



**CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
SUPERIORES EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

MUJERES, CAL Y ARENA

**POLITICIDAD EN EL TRABAJO DE MUJERES EN EL SECTOR
DE LA CONSTRUCCIÓN EN MÉXICO Y BOLIVIA. APORTES
DESDE LA ANTROPOLOGÍA FEMINISTA DEL TRABAJO**

T E S I S

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE

DOCTORA EN ANTROPOLOGÍA

P R E S E N T A

MAGALI DEL VALLE MAREGA

DIRECTORA DE TESIS: DRA. MARGARITA ESTRADA IGUÍNIZ

CIUDAD DE MÉXICO FEBRERO DE 2022

COMITÉ DE TESIS:

DRA. ANA CECILIA ARTEAGA BORTH

DRA. PATRICIA RAVELO BLANCAS

DRA. CRISTINA VEGA SOLÍS

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	6
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO 1	25
PLOMADA Y EJES DE REPLANTEO. COORDENADAS TEÓRICAS.....	25
1.1. Introducción.....	25
1.1.1. Tras las huellas de la antropología latinoamericana del trabajo	26
1.1.2. Potencialidades y límites de un campo heteróclito	34
1.1.2.1 Centralidad teórica e histórica del trabajo	34
1.1.2.2. La perspectiva de la economía política crítica.....	35
1.1.2.3. La experiencia.....	36
1.1.2.4 Sesgos y propuestas para descentrar la mirada	38
1.1.3. El trabajo y los feminismos. Aportes de un campo fértil.....	39
1.1.3.1 La perspectiva crítica de la colonialidad y el trabajo en América Latina	40
1.1.3.2 El trabajo en el sistema de reproducción social	47
1.1.3.3 La interseccionalidad como formación histórica y la experiencia de las mujeres. Aportes de los feminismos negros latinoamericanos y los feminismos comunitarios.....	52
1.1.4 Una antropología que (se) con-mueva (que se mueva con la otra). La apuesta por una antropología feminista del trabajo	63
1.2 La construcción de esta obra.....	69
1.2.1 La politicidad en el trabajo como objeto de investigación.....	69
1.2.2 La politicidad en el trabajo de las mujeres en el sector de la construcción en México y Bolivia	73
1.2.3 ¡Manos a la obra! Estrategia metodológica	79
1.2.3.1 Trabajar en la capital más grande de América Latina.....	79
1.2.3.2 Trabajar en la capital más alta de América Latina	85
1.2.3.3 Fotoelicitación y video documental	92
CAPÍTULO 2	96
GANANDO ESPACIO EN EL TIEMPO. DINÁMICA HISTÓRICA DE LA INSERCIÓN DE MUJERES EN EL SECTOR DE LA CONSTRUCCIÓN EN MÉXICO Y BOLIVIA.....	96
2.1 Introducción: Temporalidades yuxtapuestas, historicidad y poder.....	96
2.2 Urbanización, violencia e inserción tardía de mujeres en la construcción en México	97
2.2.1 ¿María Chucena techaba su choza o techaba la ajena? Experiencias de autoconstrucción y contratación de mujeres en la construcción de viviendas sociales	99
2.2.2 El tsunami inmobiliario y la inserción diversificada de mujeres en la construcción	112

2.3 Planes estatales, boom de la construcción e inserción femenina temprana al sector de la construcción en Bolivia	123
2.3.1 Inserción a principios del siglo XX.....	123
2.3.2 La experiencia en los planes de emergencia laboral del Estado....	132
2.3.3 Obreras municipales, independientes y socias de Asomuc	140
2.4 Recapitulación	146
CAPITULO 3 BASES Y FUNDACIONES	149
EL TRABAJO Y LA SOSTENIBILIDAD DE LA VIDA	149
3.1 Introducción	150
3.2 Saberes del ámbito doméstico y comunitario: centralidad de la reproducción social.....	152
3.2.1 La casa como cosmos.....	158
3.2.2 El sistema de autoridades y el principio de complementariedad	160
3.2.3 El trabajo, los saberes y la movilidad por el territorio	162
3.3 El trabajo enredado: Redes entre vecinas, amigas y familiares para sostener la vida.....	168
3.4 Centralidad del trabajo de las mujeres en la autoconstrucción.....	173
3.5 “Tener dinerito en el bolsillo, sí hace la diferencia”. Maniobras de las mujeres para sostener la vida entre el patrón y el patriarca.	178
3.6 Recapitulación	188
CAPÍTULO 4 SABER-HACER.....	191
EL OFICIO EN EL TRABAJO EN CONSTRUCCIÓN	191
4.1 Introducción	191
4.2 El sistema de oficios y las jerarquizaciones sociales.....	192
4.3 Calificación en oficios y estrategias de autogestión.....	197
4.3.1 “Ellos no te dejan, no te permiten hacer el trabajo del maestro”. Disputas y negociaciones en torno al saber.....	197
4.3.2 El aprender-mirando: “Todo lo que he aprendido ha sido mirando, porque hasta la plancha te quitan, no te dejan hacer nada”.....	206
4.3.3 El aprender-haciendo/compartiendo: Ayni y trabajo comunitario ...	217
4.3.4 Calificación III: Capacitación institucional.....	228
4.4 Recapitulación	242
CAPÍTULO 5 FLEXIBILIDAD, PRESIÓN Y COMPRESIÓN.....	244
LA POLÍTICA RACIAL Y PATRIARCAL DEL CAPITAL	244
5.1 Introducción	244
5.2 “No nos consideran trabajadoras, solo de limpieza”: <i>El poder de designar</i>	245
5.3 “Ser mujer” y “Ser india” como categorías laborales y salariales.....	250
5.4 Las fachadas del salario y el saneamiento del capital. <i>Mecanismos de extracción de plusvalía</i>	254

5.5 “Darse a respetar”. “Agarrarles el modo”. Cooperación y competencia (en la producción y reproducción).....	265
5.5 El “salario” del patriarcado en el sector de la construcción: Violencia sexual como disciplina.....	274
5.7 Recapitulación.....	283
CAPÍTULO 6 IMPERMEABILIZACIÓN.....	287
LOS CUERPOS Y EL TRABAJO.....	287
6.1 Introducción.....	287
6.2 Materialidad del cuerpo, colonial capitalismo y trabajo.....	289
6.3 El cuerpo del trabajo.....	294
6.3.1. La fuerza de trabajo en un trabajo de fuerza.....	294
6.3.2 Herramientas y vestimenta en el trabajo como extensiones corporales.....	310
6.4 Presiones, opresiones, resistencias y permeabilidades.....	329
6.4.1 “De cascos ligeros”. Culpa y vergüenza de mujeres trabajadoras en obras en México.....	336
6.5 Recapitulación: El cuerpo labrado o la politicidad desgarrada.....	346
CAPITULO 7 LA COLADA Y LA FRAGUA.....	349
POLITICIDAD ABIGARRADA EN LA EXPERIENCIA DE ORGANIZACIÓN POLÍTICA DE LA ASOCIACIÓN DE MUJERES CONSTRUCTORAS (ASOMUC) EN BOLIVIA.....	349
7.1 Introducción.....	349
7.2 Las estrategias de organización gremial como objeto.....	352
7.3 Experiencia histórica de organización y acción colectiva de las y los trabajadores en México.....	355
7.4 Experiencia histórica de organización y acción colectiva de las y los trabajadores en Bolivia.....	359
7.5 El trabajo de la política: la construcción de la Asociación de Mujeres Constructoras de La Paz y El Alto (ASOMUC).....	367
7.5.1 Dinámica organizativa y construcción de demandas.....	378
7.6 Recapitulación.....	385
CONCLUSIONES.....	386
LA FRAGUA Y FILTRADO DE PODER. LA POLITICIDAD EN EL TRABAJO DE LAS MUJERES EN CONSTRUCCIÓN.....	386
BIBLIOGRAFÍA.....	397

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) por brindarme la oportunidad de realizar el Doctorado en Antropología. Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) y al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) por las becas que me otorgaron para llevarlo a cabo. Y al Consejo para Prevenir y Eliminar la Discriminación de la Ciudad de México (COPRED), por la beca para culminar la tesis.

Esta tesis tuvo el propósito de visibilizar y reconocer a algunas de las cientos de miles de mujeres que día a día construyen nuestras ciudades latinoamericanas. Yo quiero agradecer especialmente a quienes me brindaron generosamente su tiempo en este proceso. En México, a Adriana Maldonado, Amalia Navarro, Ana María Ibarra, Carolina Peñaloza, Cecilia Cruz, Cristina Velasco, Dulce Marlén, Elizabeth Navarro, Enedina Huerta, Ernestina Marcelo Gallardo, Esmeralda Giovana Quintero, Guadalupe Ríos Vásquez, Jessica Ávila, Jessica Giovana, Laura (La tía), Lidia, Lucila de Reza García, Rosa María Bernal Cabo, Rosario, Santa Contreras, Sara Ramírez, Victoria Urbina. Y de manera muy especial a Beatriz Olvera Cruz, por su cariño y compromiso, y a Olga Navarro y su familia, por su predisposición y amistad. En Bolivia, agradezco a Alicia Calle, Ana María Mejía, Benita Cáceres, Cinda Massi Aragón, Elizabet Martínez, Erica Vedia, Lidia Quispe, Lidia Romero, Lucy Mamani Paredes, María Antonieta Cruz Mayta, María Carmen Cáceres, María Marta Gutiérrez, Madeleine Soria, Magdalena Rosario González, María Elizabeth Chura Mamani, María Esther (Teté), Marta Calle, Matilde Condori Colque, Mercedes Valderrama, Mirna Martínez, Nancy Quispe, Sonia Quispe, Verónica Mendizábal, Victoria Mamani Ortega. A Santusa y las compañeras de la cuadrilla de mujeres de la municipalidad de La Paz. También agradezco a Alejandra Copa, Delfina Norma Humanis, Dolores Durán, Elvira Vergara, Estarsula Vaca Farfán, Irma Castillo Mamani, Lidia Quispe Condori, Luisa Ballesteros Mamani, Marlene Díaz, Thelma Zabalaga, y a todas aquellas que no nombro y que colaboraron en este proceso. Quiero agradecer enormemente a tres personas especiales a quienes admiro y quiero profundamente: a Isabel Santalla y Reyna Quispe Santalla, y a Elisa Vadillo Pinto, por su sabiduría, cariño y enseñanzas infinitas.

Gran parte del trabajo de campo de esta tesis no hubiera sido posible sin la colaboración de mi querida amiga Xóchitl Morales Alcántar, su mamá Lidia, y su papá Miguel (+), quienes me abrieron las puertas de Techachaltitla. En memoria de Miguel es esta tesis. A Moisés, por su ayuda y predisposición.

Uno de los agradecimientos más especiales es para mi querida directora Margarita Estrada. Por su apoyo y confianza desde el primer momento, su orientación siempre lúcida, su generosidad infinita, por su humor certero, por su compromiso íntegro, por encontrar siempre la forma justa, por dar libertad a la imaginación y necesarios límites a su exceso. De ella aprendí a no poner adjetivos si no están sustentados por los verbos.

A Cristina Vega Solís, Ana Cecilia Arteaga Bohrt y Patricia Ravelo, que conformaron el Comité de Tesis. Por su tiempo, dedicación y compromiso en todo este proceso. Sus comentarios fueron aportes estructurales para esta tesis y grandes guías para continuar las reflexiones a futuro.

Gracias a mis compañeros del CIESAS, de quienes me llevo enseñanzas maravillosas. Agradezco especialmente a mis amigos de la línea de Globalización, Territorio y Sociedad (GTS) por la complicidad, por el compromiso de tantas horas de lectura a los avances de tesis y por los pulquitos compartidos. A Laila Stefan, por su amistad y por facilitarme contactos para iniciar trabajo de campo. A las y los compas de la maestría, especialmente a Andrea Torres García y a quienes conformaron el grupo latinoamericano de estudios del trabajo.

También agradezco a las y los docentes del CIESAS. De manera especial a los y las profesoras de la Línea GTS, entre ellas a Georgina Rojas y Susan V Hjorth, por su acompañamiento, sus lecturas comprometidas y su gentileza. Al querido profe Roberto Melville, por sus lecturas, su entusiasmo y compromiso con les estudiantes. A la querida Lourdes Salazar, por sus comentarios exhaustivos. A Carmen Icazuriaga, Gonzalo Saraví, Alberto Aziz Nassif y Virginia Acosta por sus comentarios a los avances de tesis. Un agradecimiento especial a Claudia Zamorano, por su predisposición y haberme puesto en contacto con muchas personas en Bolivia. A Carolina Corral y a Carolina Robledo, por su generosidad y sensibilidad. A Teresa Sierra y Ana Cecilia Arteaga. A Patricia Torres, por sus enseñanzas. Tengo gratitud infinita hacia Rachel Sieder, por su compromiso intelectual y humano, y su gran generosidad. También agradezco a Hiroko Asakura, su sensibilidad y su apoyo permanente. A Aida Hernández y Ana Milena Horta por sus comentarios generosos. A Alicia Álvarez Santiago, por su colaboración permanente con los trámites del Ciesas y a todas las y las trabajadoras de la institución. A Luisa Fernanda Grisales, por su amistad y generosidad.

Agradezco sustantivamente todo el apoyo y la colaboración que en Bolivia recibí de Fernanda Wanderley y de Carmen Buezo Camacho en el Instituto de Investigaciones Socio-Económicas (IISEC) de la Universidad Católica Boliviana (UCB). También darles unas significativas gracias a Anelise Meléndez por su gran colaboración, y a todo el equipo de Red Hábitat. Me han abierto las puertas de manera incondicional y estoy muy agradecida por todo el apoyo que me brindaron. A la Asociación de Mujeres Constructoras (ASOMUC), compañeras luchadoras y constructoras de vida, actoras centrales de esta tesis. Al querido Marco Paladines, a Gabriela Zamorano, Julianne Muller, Denise Arnold y Daniel Platt. Al querido profesor Juan de Dios Yapita (+) por sus clases y su amor por el aymara. A Marianela Díaz, por su generosidad. A las compas de Colectivx Ch`ixi. Un agradecimiento muy especial a Sofía Bensadón por su apoyo, cariño y enseñanzas durante todo este proceso.

Ni esta tesis ni yo hubiéramos sido las mismas sin el acompañamiento, las miradas creativas, las críticas amorosas y el sostén sistemático del grupo de lectura y escritura "Lectoras amorosas de tesis", que conformamos con Cristina Vera, Ariana Mendoza, Joy González y Julieta Sierra. A Ari por hacerse cargo de todos los trámites finales para presentar esta tesis y por su amor. A ellas gracias infinitas. Otro sostén fundamental durante toda la tesis han sido las "Sureñas" (nuestro equipo de fútbol femenino), a quienes agradezco infinitamente. Fueron mis amigas "pamboleras" que entre goles y *chelas* me enseñaron sobre la "lengua chilanga" y mexicanismos fundamentales para lograr esta tesis. A Gabriela Candía, querida amiga "sureña", por su gran generosidad en su colaboración en el manejo de análisis estadísticos. A Anne Kaspar, por su cariño y los contactos en Bolivia. A Aura Perroni, Mónica

Ballesteros y Antelma Meret, por sus apoyos permanentes en la sostenibilidad de la vida en México y su amistad. A Xóchitl Morales, a Fernanda Vásquez y Gabriela Alvarado, por su amor y compañía. A les muy queridos Sian Hunter Dodsworth y Claudio García, por las charlas, las risas y las creaciones vitales. A Juliana Arens, Julia Soul y Flavia Bonasso, por sus charlas siempre inspiradoras. A Yaskara Hernández, a Virginia Vitali y Juana Font por las transcripciones. A Eduardo Lalo Canelas por su amistad.

A mi familia amada, en especial a mi mamá Marcela Pighin, mi papá Luis Marega, mis hermanes Vanesa y Joel Marega, por el apoyo incondicional y por aguantar a regañadientes la distancia. A dos seres que extraño y que ya no veo con mis ojos, pero acompañan mi caminar: mi abuelo Santos Marega (+) y mi abuela Olga Zarza (+). A las dos vidas creadas durante el tiempo de mi doctorado, que llegaron para llenar de ternura y herosear nuestros mundos, mis sobris Felipe y Pilar.

Quiero agradecer profunda e infinitamente a Cris Vera Vega, a quien admiro por su gran lucidez, su sentipensar exquisito y su valentía ante la vida. Por ir juntas de la mano en este viaje. Porque crecimos, amamos, jugamos, cuidamos, aprendimos. Por la magia de su mirada y las formas fundamentales de cuidar. Por sus lecturas y charlas amorosamente críticas, gran parte de esta tesis es gracias a ella. Por acompañarnos en cada trazo. ¡Gracias, amora compañera!

Agradezco a Rosita Basilio por su cariño, sus cuidados y su ingenio. A Maru Guzmán, mi guía psicológica y espiritual, por su acompañamiento y ternura. A Sabrina Asquini, por su generosidad en los últimos meses de escritura, por compartir su espacio. A Gloria Rodriguez, Silvia Simonassi y Verónica Vogelmann, por su apoyo permanente. A Leslie Lemus y Cristina Herrera.

Durante todo el proceso de tesis, el sostén y el amor de mis amigas, en cercanía y a la distancia, fueron definitivos. Sin ellas, nada de esto hubiera sido posible. Son mis grandes maestras y compañeras de vida. A todas las que me acompañaron estos cuatro años y quienes estuvieron más cerquita a mi regreso a Argentina. A Paola Colombero, Beatriz Sobreville y Sol Fransoi, por su amistad hermosa. Agradezco a mi hermana Lina Magalhaes, su guía, compañía y amor de y para siempre. A mis tres "hadas": A Gretel Philipp y Eva Routier, por poner en práctica la ternura radical, el amor y los cuidados; y a Sofía Vitali, por ser sostén, forma, contenido, faro, lucha ineludible, amistad infinita. Por garantizarme las condiciones materiales y emocionales de existencia los últimos meses. Amigas como ellas, les deseo.

Y, por último, muchas gracias a todas las personas que colaboraron en este proceso y no nombré.

INTRODUCCIÓN

Construir una casa y construir conocimiento son procesos que tienen varios puntos en común. Esta tesis es la obra terminada de un (mi) proceso de aprendizaje del oficio, que tuvo por objeto analizar las formas de politicidad en el trabajo de mujeres que se insertan en el sector de la construcción en dos núcleos metropolitanos latinoamericanos: las capitales de México y Bolivia. Si bien este documento, así como una casa o edificio, en su materialidad, presenta la obra construida, tras él se esconde un cúmulo entramado de procesos y relaciones sociales que lo hicieron posible, y que suelen quedar invisibilizados. Los encuentros, charlas, experiencias y aprendizajes del compartir con muchas personas, antes y durante ese proceso, devinieron en los principales “materiales” para la realización de esta tesis.

La construcción del problema de investigación fue posible al poner en relación varios insumos. Retomaré brevemente algunos de ellos, principalmente, el contexto sociohistórico, el contexto teórico-metodológico y, como parte del vínculo entre ambos, mi propia experiencia que me trajo hasta acá y fue el medio para la elaboración de esta tesis.

A nivel global, la industria de la construcción y el negocio inmobiliario, como sectores para la colocación de los excedentes producto de la reproducción ampliada del capital, representan un papel fundamental en los procesos de acumulación capitalista (Harvey 2006). La construcción constituye una actividad original donde los modos de producción y las relaciones entre los actores difícilmente pueden ser comparados a un sector industrial "clásico". Combina oficios tradicionales con la incorporación de tecnología de punta. Se la considera una “industria madre”, debido a que sus ciclos de crecimiento repercuten en muchas otras industrias asociadas a ella (metalúrgica, maderera, extractivas de todo tipo, del cuero, del transporte, textil, siderúrgica, química).

La organización del trabajo en este sector productivo en América Latina se expresa en una serie de subcontrataciones de cuadrillas de trabajo, especializados en un oficio, que ingresan y salen del espacio laboral según el avance de la obra. Cada cuadrilla tiene un maestro mayor o contratista que coordina y es responsable del trabajo del equipo. A su vez, cada trabajador/a

ingresa a la obra en una categoría específica (ayudante, semi-oficial, oficial, maestro, etc.) y puede, en algunas circunstancias, ascender de puesto en el mismo proceso de construcción de un edificio. El oficio se transmite *in situ*, generalmente de la mano del superior inmediato. Los mecanismos de reclutamiento se efectúan casi exclusivamente a través de la recomendación de algún conocido, por lo general, pariente, vecino, paisano o compadre.

Varios antecedentes de investigación (Aragón Martínez 2012; Bruno and Del Águila 2010; Bueno 1994; Marega 2012; Philipp 2021a; Ziri6n P6rez 2013) resaltan la importancia de las relaciones de parentesco, vecindad, amistad, compadrazgo y paternalismo en la estructuraci6n de las relaciones laborales. Esto brinda caracter6sticas espec6ficas a la organizaci6n y divisi6n del trabajo en la que se superponen permanentemente una cadena vertical de mando con redes informales de parentesco (tanto sangu6neo como ritual, a trav6s del compadrazgo) y de comunidades 6tnicas y nacionales. Sin embargo, son sumamente escasos los abordajes que ponen el centro de inter6s en una de las principales caracter6sticas del sector que refiere a la divisi6n social del trabajo seg6n el g6nero, espec6ficamente la masculinizaci6n de la mano de obra.

El ingreso de mujeres trabajadoras en este sector productivo ha tomado relativa visibilidad en la prensa en las 6ltimas d6cadas, propiciado, sobre todo, por el acelerado desarrollo de la industria de la construcci6n en la 6ltima d6cada y media, sin embargo, constituye un fen6meno hist6rico en nuestras sociedades latinoamericanas, aunque invisibilizado.

En mi tesis de licenciatura en antropolog6a (presentada en 2012, en la Universidad Nacional de Rosario, Argentina) analic6 la experiencia productiva de un colectivo de trabajadores hombres, en su mayor6a migrantes paraguayos, pertenecientes al "gremio del hormig6n", encargados de construir la estructura de cemento de un edificio, en la ciudad de Rosario (Argentina). Realic6 el trabajo de campo en una obra en construcci6n, durante un a6o -desde julio de 2009 hasta agosto de 2010- per6odo que coincidi6 con la entrada de la empresa contratista del hormig6n al proceso constructivo hasta los momentos en que estaba finalizando su intervenci6n. La mayor6a de las veces fui a la obra con una amiga, Gretel Phillip, que tambi6n realizaba su trabajo de campo para su tesis de antropolog6a. En 2015, en FLACSO-Ecuador, present6 la tesis de

maestría en sociología.¹ Esa vez abordé el vínculo entre el sindicalismo petrolero público y el Estado en Ecuador. Nuevamente, un sector masculinizado. En retrospectiva puedo ver que también mi mirada tenía un sesgo que no consideraba las condiciones específicas de los géneros en relación, ni el modo en que los regímenes políticos raciales y sexo-genéricos intervenían en las problemáticas.

En el actual proyecto de tesis doctoral del Programa de Antropología en CIESAS y financiado por una beca CONACYT, decidí, entonces, centrarme en la experiencia de las mujeres, con la íntima intencionalidad de retractarme por haberlas negado analíticamente en ambos trabajos previos. En términos metodológicos, otro “material” provisionado para comenzar y desarrollar esta obra, sin duda, ha sido mi propia experiencia histórica, viviendo en zona rural en Argentina hasta los 15 años; como hija de una trabajadora no remunerada del hogar y un pequeño productor agrícola del norte de la provincia de Santa Fe, devenido en capataz asalariado de una estancia (hacienda) durante la crisis de los `90 en mi país; como primera generación, de ambas líneas filiales, en acceder a estudios universitarios; como mujer lesbiana; como trabajadora inserta en múltiples ocupaciones precarizadas para pagar los estudios, entre otras posicionalidades sociales. Migrar a Ecuador para realizar el posgrado con una beca en una universidad relativamente reconocida, favoreció mi proceso de auto-reconocimiento, en términos críticos, al poner en evidencia la historicidad y situacionalidad de los procesos de identificación. En Argentina no me había interrogado por mi “blanquitud” y los privilegios que acarrea, hasta que en Ecuador comenzaron a operar. Proceso similar percibí en términos de clase, o al menos, en términos de las condiciones materiales de existencia, que se vieron mejoradas con el otorgamiento de la beca de posgrado en el país andino. Al mismo tiempo, fui identificando prácticas y procesos vinculados a las relaciones de poder entre los géneros en los que mi adscripción como mujer, la gran mayoría de las veces, se veía desfavorecida. Vivir en México, esta vez, con una beca doctoral financiada por CONACYT, brindó también nuevas

¹ Mi tesis de licenciatura fue dirigida por Silvia Simonassi y Verónica Vogelmann, y mi tesis de maestría, dirigida por Valeria Coronel. Su orientación y compañía, así como en este caso la de Margarita Estrada, contribuyeron sustantivamente en mi proceso de formación. También remarco la centralidad de las experiencias compartidas con amigas, compañeras y profesoras en todo el proceso de adquisición de herramientas para el oficio del quehacer antropológico.

complejidades a este asunto. Mi cuerpo material y simbólico, configurado por (y en) permanente experiencias de clase, procesos de racialización y generización, constituye la principal herramienta de trabajo para la elaboración de esta tesis, característica específica del trabajo antropológico.²

La visibilización del contexto de producción de conocimiento, tanto en términos personales, como de un campo de saber, supone la noción de “conocimiento situado” (Haraway 1995)³ y el reconocimiento de que toda investigación es un diálogo que existe en campos de poder inestables y cambiantes, en los cuales se cuestionan y reproducen relaciones de desigualdad (Behar 1995). Por lo tanto, implica volver reflexiva la experiencia de nosotros/as como investigadores/as, reconociendo las relaciones de poder (de hegemonía-resistencia) en el campo y en nuestras situacionalidades históricas e identificaciones sociales.⁴

A partir de este recorrido, en esta tesis remarco la relevancia y urgencia de una *antropología feminista del trabajo*, que permita análisis situados y rigurosos de las desigualdades y múltiples violencias que se inscriben en los cuerpos de las mujeres trabajadoras, en contextos en que la matriz colonial/patriarcal/capitalista de poder (Cumes 2014; Rivera Cusicanqui 1996; Segato 2010a) permea y da forma a las estructuraciones sociales bajo diversas formas de opresión, dominación y explotación. Tal como plantean algunas intelectuales y activistas feministas, “la reproducción de la vida material en toda su complejidad articula las disputas contemporáneas; contemplarla desde los lugares más precarios se torna entonces una obligación ética y un impulso para la transformación del conjunto” (Vega Solís, Martínez Buján, and Paredes

² Expresión utilizada por mi directora de tesis, Dra. Margarita Estrada en el Seminario de Investigación impartido en CIESAS.

³ Haraway (1995) sostiene: “(n)o buscamos la parcialidad porque sí, sino por las conexiones y aperturas inesperadas que los conocimientos situados hacen posibles. La única manera de encontrar una visión más amplia es estar en algún sitio en particular” (Haraway 1995:339).

⁴ Durante el trabajo de campo, por ejemplo, he sido mujer, sin hijos, extranjera, argentina, blanquita, *güera* y *choquita*, joven, estudiante, amiga, investigadora, que habla español, desconocida, y un sinnúmero de otros imaginarios que ni siquiera alcanzo a dilucidar. Una dimensión relevante vinculada a la situacionalidad refiere a la utilización del lenguaje. Las jergas, los regionalismos, modismos y expresiones lingüísticas, así como los gestos, chistes y albres, marcaron de forma específica mi interrelación en campo y se expresará en los registros con esas especificidades. También los términos vinculados al proceso de trabajo en la industria de la construcción –nombres de herramientas, materiales, procesos-, varios de los cuales yo aprendí en Argentina y luego en Ecuador, difieren a los de Bolivia y a los de México. Las charlas sobre esos términos con las trabajadoras se volvieron material relevante en el análisis.

Chauca 2018). Pero también para restituir la centralidad del trabajo y el ocio, de los vínculos, las múltiples formas de sostén y cuidados, la amistad, el goce en nuestras vidas.

Contemplando la relevancia del sector de la construcción a nivel global y en nuestras sociedades latinoamericanas y la presencia –que en los inicios parecía incipiente, sin embargo, descubrí un proceso con un anclaje histórico mucho más profundo- de mujeres trabajadoras en el sector, consideré relevante focalizar mi interés allí. Para ello, decidí centrarme en dos localidades de estudio: las zonas metropolitanas de la Ciudad de México (México) y La Paz (Bolivia). En ambos países, la participación de mujeres en el sector de la construcción fluctúa entre un 5 y 15% del total de trabajadores del sector, según el contexto económico y político. En Bolivia, la inserción de mujeres se remonta ya a inicios del segundo tercio del siglo XX, en el contexto de crisis de la Guerra del Chaco (1932-1935), y luego se vinculó con políticas públicas de empleo, hasta en los años más recientes que tuvieron protagonismo las organizaciones de cooperación al desarrollo y el boom de la construcción impulsado por las políticas del Movimiento al Socialismo liderado por Evo Morales. En México, la inserción de mujeres se dio casi con exclusividad en el sector privado y se vinculó con los planes de desarrollo inmobiliario en el Estado de México y en la última década, en la Ciudad de México. Una excepcionalidad del caso boliviano radica en que es el único lugar en América Latina en que las mujeres trabajadoras de la construcción se encuentran organizadas gremialmente. Se trata de la Asociación de Mujeres Constructoras de La Paz y El Alto (ASOMUC) y en 2019, durante mi trabajo de campo, conformaron la Asociación de Mujeres Constructoras (AMUCBOL) que expresa una plataforma nacional de lucha. De antemano, me interesaba este proceso de construcción política. Sin embargo, desde una perspectiva que considera al trabajo desde la reproducción social, es decir, como instancia que media las relaciones sociales y el entorno para la reproducción social, los cuidados y la sostenibilidad de la vida, me preguntaba qué formas de politicidad en torno al trabajo se dan estas mujeres que se insertan un sector históricamente masculinizado.

Recupero la noción de *politicidad* de la propuesta del filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría, problematizado por autoras que se ubican en vertientes de

los feminismos marxistas y comunitarios. En términos genéricos, refiere a la capacidad de dar forma a lo social. Específicamente, me interesa esa capacidad de dar forma y contenido a lo social a través del trabajo. “La reproducción de la vida material ha sido el centro de atención tradicional de la actividad femenina no exclusiva pero sí crucial... La política desplegada desde ahí, desde esos ámbitos múltiples y variados de asociación para la satisfacción de necesidades vitales, es una forma legítima de la política que puede denominarse, para distinguirla de otras formas políticas, política en femenino (Gutiérrez and Salazar 2019:79). En tal sentido, la experiencia en torno al trabajo opera como una instancia que condensa múltiples determinaciones históricas y espaciales. Una de las apuestas de este posicionamiento es analizar el trabajo desde las experiencias de las mujeres, entendiendo que estas se constituyen en la dinámica cotidiana de los lugares de trabajo en concreción dialéctica con otras dimensiones espacio-temporales. A partir de las experiencias en torno al trabajo podemos explorar los modos de concreción de matrices de dominación basadas en las relaciones de clase, género y étnico-raciales, y los modos de enfrentarlas, transformarlas o reproducirlas.

Uno de los elementos centrales del abordaje de la antropología feminista del trabajo refiere al ímpetu de colocar la centralidad del trabajo en la reproducción ampliada de la vida (Carrasco 2017; Federici 2016; Pérez Orozco 2014; Quiroga Díaz and Gago 2014; Vega Solís, Martínez Buján, and Paredes Chauca 2018), lo que significa considerar que “las condiciones elementales para la vida se generan en el plano de la reproducción, que es donde se producen y se sostienen cotidianamente los cuerpos, las identidades y las relaciones en un espacio caracterizado por una interdependencia entre los seres humanos entre sí y entre los seres humanos y la naturaleza” (Dobrée & Quiroga, 2019, p. 24). El trabajo como categoría central, en términos históricos y teóricos, nos permite trascender la dicotomía entre lo productivo y reproductivo, entre lo público y lo privado, y considerar las múltiples jornadas laborales de las mujeres, que se intensifican en momentos de crisis. De manera particular considero la inserción de las mujeres en el proceso de trabajo en las fases de obra negra (desde los cimientos al emplazamiento de las columnas centrales y lozas de una construcción edilicia) y obra blanca (acabados, tareas de refinación, instalación de servicios, etc.) en ambas

localidades de estudio, y recupero el carácter de continuidad que desde sus propias experiencias adquiere el trabajo, atravesando espacios productivos, reproductivos, comunitarios y vecinales.

Aunque este recorrido aparezca ahora en términos cronológicos o lineales, los procesos sociales, y particularmente mi posicionamiento ante ellos, y la construcción teórica, no lo son. El trabajo de campo y la experiencia de las compañeras trabajadoras han construido el concepto, desde un lugar situado, sentido, vivido. La caminata con Eli, a una altura de casi 4000 msnm en el Altiplano andino, a cosechar papas después de colocar el techo de su casa, con esa emocionalidad, y con tanto conocimiento tácito entre sus manos y palabras, me transformó rotundamente. Lo mismo resultó de tomar una *chela* en la casa de Bety, en Tlalpan (Ciudad de México) mientras organizaba el próximo partido de fútbol y hacía el pedido de materiales para el próximo trabajo de pintura o compartir charlas con mi directora de tesis en su cocina, junto a mis amigas-compañeras, mientras preparábamos chiles en nogada. El conocimiento antropológico se construye también, y sustancialmente, desde allí.

A partir de este contexto, las preguntas que articulan mi investigación refieren a conocer qué dinámicas adquieren los modos en que las mujeres se organizan en torno al trabajo, qué vínculos existen entre los procesos de producción de la fuerza de trabajo y los regímenes sexo-genéricos y raciales en el sector de la construcción en ambas localidades de estudio, cómo se configuran y reproducen las relaciones de poder en la industria de la construcción, qué efectos genera la participación de las mujeres en un ámbito históricamente masculinizado y etnizado, cuáles son los nudos críticos de desigualdades que se generan a partir del trabajo de las mujeres en el sector de la construcción, qué estrategias organizativas, formales e informales, construyen para sostener la vida.

El objetivo general de la tesis, como mencioné, es analizar la politicidad en el trabajo de mujeres que se insertan en el sector de la construcción en dos núcleos metropolitanos latinoamericanos: las capitales de México y Bolivia. Los objetivos específicos son los siguientes: Analizar los sentidos en torno al trabajo (productivo y reproductivo) que construyen las mujeres insertas en el sector de la construcción; explorar los sentidos en torno a la corporalidad e

indagar cómo se construye la materialidad del cuerpo en el sector de la construcción; analizar el proceso de trabajo y las formas de organizar el trabajo en el sector de la construcción para identificar cómo se estructura la división del trabajo e identificar estrategias individuales y colectivas de las mujeres para enfrentar la dominación y explotación en torno al trabajo (productivo y reproductivo).

Con la elección de dos casos de estudio (en Ciudad de México y La Paz) pretendo poner en relación analítica los modos en que se (re)producen las singularidades locales de las dimensiones objetos de análisis. La *etnografía*, por lo tanto, constituye una estrategia de investigación privilegiada para el abordaje de la complejidad de los procesos sociales y de las experiencias de vida, en tanto construcción de datos desde la profundidad de la relación con los sujetos de estudio. La puesta en relación de las particularidades históricas y geográficas de los regímenes sexo-genéricos, raciales, de clase locales, me permitieron acceder a aquellas dimensiones que se perderían de vista al analizar cada caso por separado. En ese sentido, retomando a Veena Das (2000), los datos etnográficos comparativos me permitirán ver patrones en lo que a primera vista podrían parecer casos aislados. Y de modo central, tal como la problematización de referentes teóricos en la Línea de Globalización, Territorio y Sociedad, del Programa de Doctorado del CIESAS, me permitió visibilizar la relevancia del territorio para pensar el trabajo, reconozco que la conformación y transformación histórica de los territorios, como producto social, son condicionantes centrales en cada proceso de análisis y constituye una dimensión insoslayable desde el enfoque de la antropología feminista del trabajo basado en la perspectiva interseccional. A partir de ello, y siguiendo a Doreen Massey, (1994) pude visibilizar cómo la industria de la construcción aprovecha activamente las diferencias regionales en los regímenes políticos de sexo-género y raciales para estructurar las relaciones de clase. Asimismo, centrarme en un momento de transformaciones de los sentidos y prácticas en torno al trabajo a partir del ingreso de mujeres en un sector laboral históricamente masculinizado me permite analizar de modo privilegiado las tensiones de poder generadas y la creación de desigualdades, a la par de analizar las resistencias y las estrategias organizativas que despliegan.

Al inicio mencioné que este documento de tesis, al igual que una obra en construcción, ahora se puede ver en su concreción y materialidad, sin embargo, quedan invisibilizadas las prácticas, relaciones y procesos que la constituyeron. Mis compañeras y compañeros de generación y yo pudimos realizar completo el trabajo de campo durante un año que estipula el programa de Doctorado en Antropología del CIESAS. El inicio de la pandemia coincidió con el inicio del proceso de escritura de mi tesis. En el transcurso he escuchado voces, algunas provenientes de la academia, otras externas de ese espacio, que, casi con tono de celebración exclamaban: ¿Qué más quieres? ¡Puedes aprovechar la cuarentena para encerrarte a escribir!

En términos estrictos, hasta marzo de 2020, momento en que la pandemia llegó a nuestras vidas, llevaba escrita una treintena de páginas. Antes de eso, una estrategia que me había funcionado había sido encontrar cierta disciplina de trabajo yendo a la biblioteca. Me permitía organizarme los horarios y evitar que la dispersión mental no se adueñara del día. El acceso a los libros, revistas y base de datos eran insumos relevantes para el proceso productivo. Las bibliotecas cerraron. Tuvimos que quedarnos en casa. Solo en casa. Por circunstancias vinculadas también a la pandemia, mi compañera y yo permanecimos por casi un año en la casa de mi directora de tesis, que generosamente nos había cedido su hogar, que pronto se transformó en lugar de trabajo y de vida. Las condiciones materiales eran perfectas. Sin embargo, el proceso de escritura se pareció (parece) bastante a una acrobacia. De una pandemia mundial, como de la escritura, no se sale indemne. En ocasiones, encontrar el ánimo y el entusiasmo por la escritura se vinculó estrechamente con mi proceso de terapia psicoanalítica. Maru Guzmán, mi psicóloga, me acompañó en ese trayecto, desenredando nudos que me permitieran encontrar la emoción de la experiencia en campo. Algunos de esos hilos se iban conectando con mis distintos estados emocionales, en el presente de la escritura y de la pandemia. Por momentos la escritura se transformaba en un lugar de seguridad y comodidad ante lo desconocido del contexto. De ratos también colaboraba en aumentar la angustia. A veces, estar escribiendo perdía sentido ante el desastre que muchas conocidas y amigas estaban viviendo y me cuestionaba el para qué. Otras veces, la urgencia de una antropología que se interrogue por la vida, aparecía como una explosión de sentido. Algunos

hechos han marcado y reubicado mi mirada sobre mi tema de tesis, y sobre la vida en general. Me referiré a algunos de ellos.

La dinámica del trabajo de campo en México y en Bolivia ha sido distinta, teniendo bastante dificultad de conocer y contactar a mujeres trabajadoras de la construcción en el primero más que en el segundo. Mis vínculos afectivos también han sido distintos. En Bolivia, las llamadas telefónicas para saber cómo estábamos atravesando la pandemia han continuado con varias compañeras. Una de las primeras veces que hablé con Eli, ya en cuarentena, me dijo que desde hacía semanas estaba encerrada en su casa en El Alto, con sus hijos, y que por suerte tenía ahorritos. Me contó que su madre siempre les decía, “Guarda, hija, guarda. Apenas pueda, ahorra para tiempos difíciles”. Yo siempre hice eso, me dijo. Siempre compro por quintal. Pero hay mucha gente que no. Que tiene su platita y se compra una cosa u otra”. Así como Eli, varias compañeras de Bolivia me comentaron que los viajes a sus comunidades se hicieron más frecuentes, a buscar comida. Algunas de ellas se quedaron varios meses allí. Esto me hizo retomar, en términos analíticos, la importancia que tienen las redes y la organización de las mujeres en torno al trabajo de la sostenibilidad de la vida, que por momentos permanecen latentes, invisibles, pero que, en contextos de fuertes crisis, se fortalecen y consolidan.

Por otro lado, las charlas con ellas, sobre los temores, la incertidumbre, la desconfianza nos ha colocado en un lugar de cierta igualdad. Nos estaba pasando a todas lo mismo. Un mensaje o llamada sin responder causaba preocupación de ambos lados. Algunas de ellas, como Isabel, mujer aymara trabajadora de la construcción, han tenido COVID. De a poco pudo salir de la situación en la que estaba. Después de ello y producto del estado de ansiedad que le quedó como secuela, me pidió que le ayude a contar su historia de vida. Durante casi todo el 2021 nos encontramos cada semana, durante una o dos horas por zoom. Nos contábamos cómo estábamos y luego ella me narraba su historia. Yo la escribía. Se abrió un proceso de confianza, intercambio y contención que nos hizo bien a las dos.

Con amigas y conocidas de las mujeres constructoras conformamos un grupo de Whatsapp. Ellas se organizaron y realizaron una encuesta para conocer cuál era la situación de las mujeres trabajadoras durante la pandemia. Sofía Bensadón es una amiga y colega argentina con quien compartí en

tiempo, aunque no en espacio, el trabajo de campo, ya que ella está realizando su tesis de licenciatura con las mujeres constructoras en La Paz. Ella me brindó una parte relevante de los contactos para el acceso al campo en Bolivia. Con Sofi sistematizamos la encuesta que hicieron las compañeras de ASOMUC en la pandemia. Ellas, que estaban en la Paz se encargaron de comprar alimentos y llevarlos a los domicilios de las compañeras, muchas de las cuales habían quedado sin empleo.

En México he continuado en comunicación con menos personas. Gran parte del trabajo de campo, durante el segundo semestre de 2018, fue posibilitado por mi amiga Xóchitl Morales, quien me presentó a su papá, Miguel, que era contratista de la construcción desde hace varias décadas. Miguel y Lidia, su esposa y mamá de Xoch, me han abierto las puertas de su casa y de su entorno. Con Lidia caminamos por su colonia, en Los Reyes La Paz (Estado de México), mientras visitamos a sus vecinas, mujeres que trabajaron en la construcción hace varios años. Con Miguel compartimos diversas, donde me transmitió el profundo orgullo y pasión que sentía por el oficio de constructor. Después de la Navidad de 2020, Xóchitl me habló para contarme que su papá se había enfermado del “bicho”. Miguel falleció el 4 de enero. He acompañado y vivido el duelo como amiga. Me queda la gratitud infinita con Miguel, con su generosidad, su respeto, su conocimiento.

La muerte de Miguel y el crecimiento exponencial de conocidos contagiados –y muertos- ha sido el segundo momento que más me interpeló durante el proceso de escritura en pandemia. Por supuesto. Somos cuerpos en afectación, en relación, se trata de los vínculos. El primer momento que me encontró de lleno con la pandemia había sido la operación de urgencia -una apendicitis- que a mi compañera, mi pareja, le realizaron a tres meses de haber iniciado la cuarentena. Dos estudiantes, extranjeras, conociendo los senderos del sistema de salud pública en México, en un “hospital Covid”. Temor, incertidumbre, mucha solidaridad y apoyo. Estas lejos de nuestras familias amplificó las emociones de angustia y temor. La vida y la muerte florecieron. Las múltiples prácticas de solidaridad y colaboración entre amigas, colegas, profesoras, familiares para ir sosteniendo el cotidiano en tal contexto, el préstamo de libros y material bibliográfico, los encuentros, cuidados y

acompañamiento emocional han sido hilos fuertes que tejieron el día a día pandémico.

Con este relato quiero resaltar las experiencias en torno a la escritura en pandemia, que aparecen como destellos inconexos, entreverados. Ahora me retumban las palabras de Elizabeth Simburger: “El desastre no se puede describir, se escribe solo. Nuestro lenguaje ordinario y del mundo no nos permite un acercamiento analítico al desastre (...) La clave consiste en sacar los verdaderos libros, en redescubrir el paisaje poético y en quemar todo lo hermético que nos quita la vista a lo que tanto queremos analizar sociológicamente” (Simbürger 2020). Unos meses después del fallecimiento de Miguel, gran parte de mi familia se enfermó de COVID en Argentina. El 5 de abril murió mi abuela. Y sí, después de algunos intentos, me quedo con la minúscula certeza de que, al desastre, como recupera Simburgen de Blanchot, solo se llega a través de la escritura fragmentaria y acrobática. Así como las mujeres obreras que levantan el cascajo, recuperan, tiran, limpian, rearman sus vidas de los escombros, reivindico la apuesta por una escritura de cascajo, de fragmentos, en la que podamos hurgar gérmenes de futuros posibles.

Para restituir estos fragmentos, presento la estructura de esta obra, en la cual el trabajo cotidiano de cuidado y sostenimiento de la vida de muchas personas, especialmente mujeres, fueron los andamios invisibles que permitieron su construcción. Aclaro que decidí dejar los nombres verdaderos de las interlocutoras de esta investigación, a excepción de aquellas intervenciones que preferí no hacerlo para evitar exposición innecesaria o consecuencias no deseadas. Darle rostridad y reconocimiento a sus luchas, a sus deseos, vivencias es uno de los objetivos políticos de esta tesis y es la fundamentación de tal decisión. Por lo demás, cuento con su permiso para hacerlo. Una segunda aclaración, vinculada a la primera, refiere a “escribir en femenino”. Retomo a Brigitte Vasallo (2020) para sustentar el femenino genérico-honorífico y el masculino intencional, el masculino como excepcionalidad, por una vez”. Es un posicionamiento político, que parte de reconocer la no-neutralidad de la perspectiva masculina al mismo tiempo que tiene el objetivo de ser un

femenino honorífico, utilizado como agradecimiento y homenaje a la lucha y rebeldía femenina.⁵

En el siguiente capítulo presento la “Plomada y ejes de replanteo” de esta obra, es decir, las coordenadas teórico-epistemológicas desde las que parto y las resoluciones metodológicas. Recupero los grandes aportes de la antropología latinoamericana del trabajo y de los feminismos negros y comunitarios para posicionar la pertinencia y relevancia de una antropología feminista del trabajo. Presento mis objetivos y el instrumental conceptual para abordar la politicidad en el trabajo de las mujeres en el sector de la construcción.

En el segundo capítulo “Ganando espacio en el tiempo”, caracterizo el proceso de inserción histórica de mujeres en el sector de la construcción en México y Bolivia para reconstruir la especificidad de cada caso. En los siguientes capítulos, si bien el diálogo y la puesta en relación de ambas instancias etnográficas es permanente, el abordaje narrativo se estructura por núcleos analíticos y ya no por localidad geográfica. El proceso histórico de inserción de mujeres en el sector de la construcción, se remonta a la década de 1930 en Bolivia, después de la Guerra del Chaco, y en México tiene una expresión significativa durante los años de 1990 y los 2000, primero con la explosión inmobiliaria de construcción de conjuntos habitacionales en el Estado de México y desde la última década con el llamado “boom de la construcción” en la Ciudad de México.

En el tercer capítulo “Bases y fundaciones”, presento la centralidad del trabajo para la sostenibilidad de la vida. Argumento que analizar el trabajo de las mujeres en la construcción es imposible sin contemplar la diversidad de

⁵ “Lo escribo así porque reclamo al mismo tiempo que la perspectiva masculina se visibilice como tal (...) Si es masculino, no es neutro. Es masculino. Que se haya utilizado como genérico desde hace siglos no es por un acuerdo lingüístico sino por la sencilla razón de que el mundo sobre el que se guardaban narraciones era masculino, literalmente. Pero si ese mundo ya no existe, no podemos seguir narrándolo como si existiese. (...) El femenino de este libro no es genérico: es honorífico. No pretende “feminizar” a todas las personas lectoras, ni quiere invisibilizar las infinitas maneras de nombrarse de personas de géneros no-binarios. Podría haber usado otras fórmulas, pero he querido también dejar el recordatorio constante de que el género, muy a nuestro pesar, sigue existiendo y seguimos habitando un mundo regido por esa existencia, por las lecturas que de nuestros cuerpos y nuestras identidades hace el entorno. Así, el femenino de este libro es un homenaje a todas las personas que, más allá de su identidad de género y orientación sexual, merecen ser nombradas en un femenino de rebeldía (Vasallo 2020:21).

trabajo que realizan cotidianamente e históricamente. Esto último genera un horizonte de posibilidad para lo primero. A partir de la experiencia de las mujeres interlocutoras de esta investigación, identifico que una diferencia significativa entre las trayectorias de las trabajadoras refiere a que, si bien en ambos casos, las mujeres migraron de niñas desde zonas rurales a la gran ciudad, en México se observa un corte o desvinculación con sus pueblos o comunidades de origen. Por el contrario, en Bolivia, gran parte de las mujeres constructoras se identifican como aymaras, continúan estrechamente vinculadas con sus comunidades rurales, viajan frecuentemente en afinidad con el ciclo de cultivo y cosecha, obteniendo de esa fuente una parte significativa de la alimentación para la reproducción familiar. A ello lo combinan con una diversidad de ingresos que obtienen de las ventas (comida, ropa, accesorios), el empleo doméstico, entre otras. En México, la conformación de redes vecinales, de amistad y parentesco, constituyen los principales medios en que las mujeres se organizan en torno al trabajo, para acceder a las obras, para los cuidados, para garantizar servicios públicos y de infraestructura urbana, para sortear múltiples violencias que se desarrollan en sus ámbitos domésticos y laborales. En ambos casos se evidencia cómo las mujeres suelen tener experiencia y conocimiento en autoconstrucción, por participar en las construcciones de sus casas, o de familiares y amigas, sin embargo, conformarse como fuerza de trabajo, es decir, como mercancía fuerza de trabajo en el sector asalariado de la construcción expresa múltiples impedimentos, límites y presiones. Estos provienen de conceptos normativos y valorativos basados en regímenes políticos sexo-genéricos y raciales que, en una disputa permanente, intentan designar qué es y qué no es trabajo, así como quién es y quién no es un trabajador de la construcción.

En el cuarto capítulo “El oficio” analizo el modo en que se construye una politicidad específica a partir de la disputa en torno a los saberes y la calificación en el oficio. Abordo la configuración del sistema de oficios en el sector, los múltiples impedimentos que enfrentan los cuerpos feminizados y racializados para aprender el oficio, y las estrategias creativas que se dan las mujeres para sortearlo.

En el quinto capítulo “Flexibilidad, presión y compresión”, analizo la organización del trabajo en las obras y los modos específicos en que el

proyecto político de clase se vincula, potencia con -o ponen límites a- la política sexo-genérica y racial de organizar el trabajo en cada territorio. En tal configuración, las mujeres trabajadoras construyen prácticas y sentidos en torno al trabajo, mediante los cuales crean, reproducen y resisten tales entramados de poder. Específicamente, analizo el poder de designar lo que es trabajo en las obras, la configuración del “ser mujer” y “ser india” como categorías salariales, los mecanismos de extracción de plusvalía y la violencia sexual como un mecanismo de control central en la organización del trabajo.

En el sexto capítulo “Impermeabilización”, analizo la materialización de los cuerpos en el trabajo de la construcción, a partir de los modos de asignar sentidos de las mujeres trabajadoras, como de ser asignados por “otros”. En primer lugar, retomo las significaciones en torno a la noción de “fuerza”. Es ampliamente reconocido, por las mujeres y hombres trabajadores, por los empleadores, incluso por el sentido común, que la construcción es un trabajo de fuerza. Eso implica determinada materialidad de los cuerpos que se construye en un entramado de sentidos diversos, y a partir de prácticas históricas concretas. Para estas mujeres, el trabajo en la construcción efectivamente implica poseer brazos y piernas fuertes y resistencia física. Además, a través de ello reedifican su rol de madres a través del sentido de que “la construcción es un trabajo de fuerza, y la fuerza nos la dan nuestros hijos”. El sentido sobre el cuerpo también se expresa en el “desgaste físico”, los dolores, afecciones a la salud. La identificación de ello por parte de las mujeres, y las múltiples estrategias de cuidados, de su propio cuerpo, de sus compañeras, de los hombres trabajadores, de los espacios, ponen en evidencia un sentido explícito de cómo el trabajo da forma a su materialidad corporal. En tercer lugar, analizo de qué modo la vestimenta y las herramientas de trabajo operan como extensiones objetuales de su corporalidad y construyen sentidos étnicos y de clase. Me detengo en el significado de las polleras de las mujeres aymara en Bolivia y en la utilización de maquillaje y los simbolismos sobre lo sucio y lo limpio en el trabajo en México. Por último, desarrollo sentidos y prácticas que otros construyen en torno a las mujeres que trabajan en la construcción, principalmente en México, que refiere a considerarlas como “ligeras de cascos” o “prostitutas”.

El séptimo y último capítulo “La colada y la fragua” presento la experiencia de organización colectiva gremial de las mujeres en Bolivia, nucleadas en ASOMUC. Caracterizo a esta expresión de politicidad como una *politicidad abigarrada*, en la que se ponen en juego proyectos políticos provenientes de agencias de cooperación internacional, con prácticas vinculadas con la tradición comunitaria como el *ayni*, los *apthapi*, la rotación de cargos, con alianzas y vínculos con el Estados y cámaras empresariales, y mantienen una relación tensa, de alianza o confrontación, con las estructuras sindicales del sector, que ellas caracterizan como patriarcales. Si bien la experiencia organizativa de ASOMUC es extraordinaria entre los casos considerados para esta tesis, también constituye una referencia exclusiva en toda América Latina. Me pareció importante caracterizar la experiencia histórica de organización de los trabajadores también en México para dar cuenta cómo la presencia, o inexistencia en el caso mexicano, de organizaciones que velen y luchen por los derechos de los sujetos trabajadores en el sector de la construcción es un elemento sumamente relevante en el modo en que se configuran las condiciones de posibilidad, no solo para la inserción de mujeres, sino también para transformación las condiciones de explotación, opresión y dominación de estas.

Por último, presento las principales conclusiones de esta tesis.

CAPÍTULO 1

PLOMADA Y EJES DE REPLANTEO. COORDENADAS TEÓRICAS

1.1. Introducción

REPARTO DE TAREAS

*Las revoluciones dan vueltas, pactan, hacen declaraciones:
una revista nueva aparece, viejos nombres en su cabecera,
una revista antigua abrillanta su obra
con deconstrucciones de la prosa de Malcolm X
Las mujeres en las filas traseras de la política
todavía lamen hilo para pasarlo por el ojo
de la aguja, truecan huesos por plástico, rajan vainas
para venderlas como collares en los cruceros
hacen immaculados vestidos de Primera Comuni3n
con planchas y vacilante agua caliente
todavía ajustan los microsc3picos hilos dorados
en los chips de silicio
todavía dan clase, vigilan a los ni3os
desaparecidos en las callejuelas de fuego cruzado, los barrancos de
repentinas inundaciones
los repentinos incendios de queroseno
-mujeres cuyo trabajo reconstruye el mundo
todas y cada una de las ma3anas
He visto a una mujer sentada
entre la estufa y las estrellas
sus dedos chamuscados de apagar las velas
de la pura teor3a 3ndice y pulgar: los dos quemados:
he sentido esa cera sagrada levantarme ampollas en la mano*

Adrienne Rich (1988)

Traducci3n de Mar3a Soledad S3nchez G3mez

Una de las primeras tareas en el proceso de construcci3n es la ubicaci3n de referencias, plasmadas, generalmente, en un plano. El replanteo es la identificaci3n de esos puntos referenciales a partir de elementos conocidos en el terreno. Se trazan los ejes de referencia para la materializaci3n de todo el proyecto. Este proyecto de construcci3n de mi objeto de estudio requiere tambi3n establecer dichos ejes, es decir, las coordenadas te3rico-epistemol3gicas desde donde me ubico para construir.

Este requisito no es meramente una formalidad, sino que constituye un reconocimiento epistemol3gico central. Refiere al entendimiento de que conocemos siempre desde una situacionalidad concreta, conformada por

nuestra experiencia como sujetos históricos, desde nuestra trayectualidad en términos individuales como estudiante-investigadora, y en términos colectivos, como comunidad académica geohistórica y políticamente situada.

Uno de los propósitos de esta tesis es poner de relieve la pertinencia de complejizar la mirada hacia el trabajo desde los aportes de, al menos, dos campos disciplinares que entiendo centrales en los debates de la teoría social crítica: la antropología del trabajo y la teoría feminista. Esto me lleva a proponer (sin mucha inventiva en los términos, aunque sí espero en la complejización de la mirada que esta intersección propone) la relevancia de una *antropología feminista del trabajo*. Con los pies en ese terreno, en la segunda parte abordo, específicamente, los puntos referenciales para la construcción de mi objeto de estudio vinculado a las formas de politicidad en el trabajo de las mujeres en el sector de la construcción.

1.1.1. Tras las huellas de la antropología latinoamericana del trabajo

Una apuesta teórica es siempre una apuesta política. Significa tomar posición o situarnos en determinado contexto histórico, geográfico, epistemológico, reconociendo que los campos de estudio se constituyen desde diversas tradiciones, sentidos e intereses y comprenden relaciones de fuerza específicas. El profesor Edgardo Garbulsky, maestro de varias generaciones de estudiantes de antropología en la Universidad Nacional de Rosario (Argentina) mencionaba que los campos de estudio son “resultado de un conjunto de acontecimientos históricos, en los que interjuegan biografías y acciones de los investigadores, el papel que estos ocupan dentro del sistema académico de una sociedad, la tradición y el desarrollo de su disciplina, la correlación de fuerzas entre las clases y grupos sociales en su lucha por el poder y las necesidades que los condicionan” (Garbulsky en Guiamet et al. 2017:3). Partiendo de allí, en las páginas siguientes trazo las líneas centrales de mi recorrido por esos campos que me llevan a proponer la pertinencia de una antropología feminista del trabajo.

Nací en el norte de la provincia de Santa Fe, Argentina, una región marcada por la huella colonial que dejó la explotación del quebracho colorado por la empresa inglesa The Forestal Land, Timber and Railways Company

Limited, conocida popularmente como “La Forestal” durante gran parte del siglo XX. Además de la alta calidad de la madera, con la cual fabricaban los durmientes del ferrocarril, del quebracho extraían tanino que utilizaban en las curtiembres. Los relatos de mi infancia estuvieron embebidos del trabajo agrícola de mis familiares, hombres y mujeres, en un territorio explotado y empobrecido. A menudo se escuchaba que las mujeres no trabajaban, eran amas de casa, mito que quedaba al descubierto con tan solo pasar unos minutos con ellas. La proletarización en mi familia, producto de la profunda crisis que dejó la instalación del modelo neoliberal menemista en el país, nos llevó a migrar al sur santafesino, donde mi padre se asalarizó en estancias, como se llama en Argentina a las haciendas, para trabajar en el cultivo de maíz y, cada vez más, de la soja. Mi madre realizó intensamente las tareas de cuidado, de reproducción familiar así como la limpieza de “la casa del patrón”, generalmente sin pago. Mi hermana y yo, primera generación de las dos líneas filiales en acceder a la universidad, nos mudamos a Rosario, la mayor ciudad de la provincia, para realizar nuestros estudios. Ingresé a la carrera de Antropología en la Universidad Nacional de Rosario (UNR) en 2004. En 2008 comencé a participar del Núcleo de Estudios del Trabajo y la Conflictividad Social (NET) adscrito a la UNR, equipo que integro hasta la fecha. Al tiempo que trabajaba como niñera, encuestadora y de moza (mesera) para costearme mis estudios, por esos años también comencé a participar de un colectivo de militancia barrial, que conformamos con compañeras y compañeros estudiantes (principalmente de antropología, psicología e ingeniería) y al que llamamos El Hormiguero, en honor a Claudio “Pocho” Lepratti, militante social asesinado por la policía santafesina durante las jornadas de represión en la crisis de diciembre de 2001 en Argentina.⁶

Narro esto porque considero que vislumbra el modo en que tanto los campos académicos y la cotidianidad del trabajo en nuestros territorios latinoamericanos se configuran mediados por dinámicas globales del capitalismo. Específicamente me refiero a la reestructuración capitalista

⁶ El nombre también hacía referencia al “trabajo hormiga”, una praxis política que recuperaba los principios de la pedagogía popular de Freire y que, aunque con matices de improvisación, retomaba diversas tradiciones de lucha de la clase trabajadora; en ese contexto, de manera central, la lucha de trabajadorxs desocupadxs.

mundial de mitad de los años 70 del siglo XX. La crisis del 2001 en Argentina se enmarcó en un proceso que tenía su correlato a nivel mundial, vinculado al agotamiento del modelo neoliberal, que supuso transformaciones en la relación capital-trabajo, y que instaló condiciones ampliamente desfavorables para este último. Nuestra práctica con el Hormiguero se localizaba en Villa Banana, un conocido asentamiento urbano informal ubicado en la zona oeste de Rosario, sobre las vías del ferrocarril, que se había conformado por sucesivas oleadas de personas migrantes, especialmente provenientes de provincias del norte del país, desde la década de 1960. Las familias que allí residen se dedican al trabajo informal, trabajo doméstico, albañilería, hacen *changas*⁷. La crisis económica había perjudicado especialmente a este sector, a través del incremento de la desocupación y complicando cada vez más sus posibilidades de existencia. Lejos de perder centralidad, el trabajo, como actividad para el sostenimiento de la vida, se complejizaba y adquiría características heterogéneas.

En el ámbito académico, estas transformaciones del capitalismo a nivel global tenían su correlato en las ciencias sociales que, progresivamente, comenzaron a desestimar la centralidad del trabajo, y hasta llegaron a proponer su fin. En los primeros años del siglo, el NET, equipo de investigación que se había conformado a mediados de la década de los 80, en *¿Por qué una Antropología del Trabajo? Aportes para la discusión de su pertinencia disciplinar* (Rodríguez et al. 2005) sostenía, justamente, el carácter histórico-político del desarrollo del área relativa al trabajo, que “se ha mostrado u opacado siguiendo diseños que no han estado ajenos a los procesos políticos mundiales y las consecuentes ‘agendas’ que los han acompañado desde las ciencias sociales” (Rodríguez et al. 2005:13).

En Rosario, los orígenes de la antropología del trabajo se remontan a fines de la década de 1980 y durante la década siguiente, a contracorriente de la “creciente deslegitimación del concepto y marginación de los temas del trabajo fomentado desde los ámbitos empresariales y estatales” (Guiamet et al. 2017:10), desarrollada en un contexto de fuertes reformas neoliberales,

⁷ Así se llama en Argentina popularmente a los trabajos ocasionales, temporales, precarizados, de tareas menores y poca paga.

especialmente en el ámbito educativo universitario. Entre otros espacios, en 1996 se creó el área de Antropología y Trabajo, dirigido por la historiadora Silvia Simonassi, y en el 2003 se conformó el Núcleo de Estudios del Trabajo y la Conflictividad Social (NET), dirigido por Gloria Rodríguez.⁸ En esta tradición me inserté, con docentes y compañeras comprometidas con la clase trabajadora. De estos espacios y de los intercambios durante los primeros años en que participé del NET -desde 2008 en adelante- retomo dos núcleos de debate o posicionamiento teórico que tienen que ver con la centralidad del espacio de trabajo, como *locus* donde se disputan las relaciones de poder entre el capital y el trabajo, y las estrategias de organización gremial, entendiéndolas como el proceso en que un grupo de trabajadoras/es se constituyen como referentes de la defensa de los derechos de ese grupo (Soul 2011). Varias de las investigaciones del equipo se centraron en los procesos de reconversión productiva en la industria local y regional, y en el sector servicios. Más recientemente, un grupo de compañeras al calor de las transformaciones en el mercado de trabajo producto de las transformaciones socio-estatales acaecidas con la crisis del neoliberalismo en 2001, desarrollaron investigaciones para sus tesis vinculadas con la economía popular (Cavigliasso, Lilli, and Vitali 2013; Fransoi 2015; Saltzmann 2021; Vitali 2018). En todos los casos, se reivindicaba la pertinencia disciplinar de la antropología para el abordaje del trabajo, poniendo énfasis en las relaciones, prácticas y sentidos que construyen las y los trabajadores en la cotidianidad.

Esta tradición local de la antropología del trabajo, retomó y reactualizó, por un lado, las perspectivas críticas que signaron la conformación de la antropología en Rosario, y por otro, el derrotero de la antropología del trabajo latinoamericana que venía consolidándose institucionalmente, por lo menos desde los años 60, en correlato con los procesos de movilización social

⁸ En ese marco, se organizaron un sinnúmero de eventos académicos, entre los que destacan los Encuentros Regionales de Ciencias Sociales y Sindicalismo, que se llevaron a cabo intermitentemente desde el año 2000, hasta el más reciente, en su décima segunda edición, realizado el 11 y 12 de agosto de 2021. Estos Encuentros, que surgen de la propuesta de Julia Soul y Julián Gindin, dos estudiantes de la Escuela de Antropología de la UNR, partieron de la premisa de construir colectivamente conocimiento con las y los trabajadores. "Estas instancias (...) fueron pensadas como espacios en los que el cuestionamiento y la desnaturalización de la propia experiencia, en su confrontación con la de otros, se tornan herramientas indispensables para la reflexión" (Rodríguez en Guiamet et al., 2017, p. 16).

creciente que tuvieron en el centro a la clase trabajadora y sectores populares en América Latina y el mundo (Guimet et al. 2017).

Tal como sostienen Palermo y Capogrossi (2000), el avance de las relaciones de producción capitalistas en América Latina, impulsó procesos de desposesión y despojo de familias campesinas, acelerando la proletarización y la migración de grandes contingentes hacia los centros urbanos industrializados. Si bien el debate en torno a la formación del capitalismo en el contexto latinoamericano y a sus divergentes modos de internalización en la región marcó por décadas la agenda de las ciencias sociales en la región, me interesa recuperar este punto aquí, por dos cuestiones. En primer lugar, porque tuvo repercusiones en la constitución de una antropología latinoamericana de trabajo, ya que el foco de interés, especialmente en las instituciones de México, Brasil y Argentina, comenzó a centrarse en los cambios y tensiones de tales procesos de proletarización. Es decir, “las reconfiguraciones de los vínculos y representaciones de los sujetos indígenas o campesinos asociados a la vida rural y los procesos de semiurbanización o urbanización de la población” (Palermo and Capogrossi 2020:30). En segundo lugar, porque representa un núcleo de análisis central en esta tesis, aquel que refiere a la dinámica histórica de proletarización de las mujeres en el sector de la construcción, y que, como veremos en los próximos capítulos, se vinculan con las formaciones sociales y estatales de cada localidad de estudio, así como a ciertas estructuraciones de poder entre los géneros, y con las trayectorias individuales y familiares de cada una de las trabajadoras. Me refiero específicamente a mi argumento acerca de que las mujeres mexicanas que se insertan más recientemente en el sector de la construcción han mercantilizado su fuerza de trabajo después de haber experimentado múltiples despojos, entre ellos de la tierra de sus familias de origen, a diferencia de los varones trabajadores de la construcción en México, y de mujeres y hombres obreros en Bolivia, que mayoritariamente continúan con vínculos de propiedad y/o usufructo de la tierra en sus comunidades de origen.

Como mencioné, fue en México, Brasil y Argentina donde se ha consolidado el campo de la antropología del trabajo, caracterizado por abordajes interdisciplinarios. Las producciones que en este ámbito se realizaron en México, se han constituido como referentes en toda la región, especialmente la tradición iniciada en los años de 1970 en el otrora CIS-INAH, actualmente

CIESAS, entre otros por Ángel Palerm (2008), Juan Luis Sariago Rodriguez (1988, 1988), Victoria Novelo (1980, 1999), Novelo y Sariago Rodriguez (1981) y sucesivas generaciones de estudiantes que se formaron bajo esa línea (Bazán et al. 1988; Bueno and Gabayet 1993; Torres Mejía 2011).⁹ Entre ellas, Margarita Estrada Iguíniz (1991, 1996) que ha sido una referente en las investigaciones sobre trabajo y familia. En el Tratado Latinoamericano de Antropología del Trabajo, publicado en 2020, quienes lo coordinaron, Hernán Palermo y Lorena Capogrossi, señalan el gran aporte teórico metodológico de la línea de investigación inaugurada por Novelo y Sariago Rodriguez al centrarse en la cotidianidad laboral de las y los trabajadores. “Estas etnografías señeras indagan –desde la categoría de cultura obrera– sus situaciones reales de vida, de trabajo, familiares, sociales y sindicales, sus visiones del mundo, valores, símbolos y prácticas, así como sus expectativas para el futuro” (Palermo and Capogrossi 2020:33).

En Argentina, en los años 70 resaltan las investigaciones realizadas por el equipo de Medicina Laboral coordinado por Eduardo Menéndez (1990). Durante los años 80 comenzaron a realizarse investigaciones sobre la politización de las condiciones de trabajo (Grimberg 1992; Wallace 1994) y la década de los 90 y 2000, el énfasis se puso en los procesos de reconversión productiva y las transformaciones subjetivas en los colectivos trabajadores. Como tendencia, las investigaciones en este país se han centrado en el trabajo asalariado, y especialmente, en el trabajo fabril, y realizado por varones.

En Brasil, la antropología del trabajo también se consolidó institucionalmente durante los años 70, y una fuente importante fue el

⁹ Patricia Torres Mejía menciona que “En México tenemos el estudio del Complejo Industrial Ciudad Sahagún en Hidalgo iniciado en la UIA por María Esther Echeverría Zuno, María de la Luz Sela Polo y Patricia Torres con el liderazgo académico de Carmen Viqueira, más tarde incorporándose Victoria Novelo, Juan Luis Sariago y Augusto Urteaga del proyecto sobre clase obrera y sindicalismo a cargo de Francisco Zapata del CISINAH, hoy CIESAS; la región de Los Altos en Jalisco con Andrés Fábregas incluyendo la industria de la producción de tequila a pequeña escala por Virginia García Acosta; la región del occidente de Jalisco a cargo de Guillermo de la Peña quien impulsa estudios sobre el desarrollo industrial en la ciudad de Guadalajara; el proyecto del oriente de Morelos, zona cañera y cuna del movimiento campesino en la revolución de 1910, a cargo de Arturo Warman; la industria del calzado en Guanajuato; y Ciudades obreras en zonas metropolitanas, todos proyectos realizados por equipos de investigadores y estudiantes tanto de licenciatura como de grado. El objetivo, bien logrado, fue el de incursionar en regiones dando una mirada de la totalidad de sus actividades y mostrando que la industria capitalista estaba activa tanto en zonas rurales como en urbanas” (Torres Mejía 2011:168).

Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social do Museu Nacional (PPGAS/UFRJ), en Río de Janeiro, coordinado por Moacir Palmeira. Algunos referentes relevantes han sido los trabajos de Leite Lopes (2011), Gustavo Lins Ribeiro (2006), Cornelia Eckert y Ana Luiza Carvalho Rocha. Si bien en las genealogías del campo disciplinar nunca se reconocen sus aportes, yo retomo las contribuciones de la filósofa y antropóloga feminista, militante del movimiento negro en Brasil, Lélia González (2020) por su vasta producción en torno a la mujer negra y las condiciones de laborales y de vida.

En 2012 migré de Argentina a Ecuador a realizar mis estudios de maestría, esta vez en sociología, en FLACSO Ecuador. Tanto en Ecuador como en Bolivia, los mercados laborales urbanos presentan una gran estructuración jerarquizada en términos étnico-raciales.¹⁰ El acercamiento a esta bibliografía, pero sobre todo, el habitar una realidad con una configuración social específica, sumado a las experiencias de investigación alternativas a mi tesis, como las que desarrollamos en torno al trabajo de mujeres en el comercio minorista en Quito, coordinada por Cristina Vega Solís (Vega Solís, Marega, and Saltzmann 2019), y fundamentalmente el acercamiento a experiencias militantes y académicas del feminismo en Ecuador, han repercutido de modo considerable en mi conceptualización del mundo y de los mecanismo de poder, y en la formación de mi subjetividad desde la que parto para escribir esta tesis.

Bolivia, por su parte, presenta aportes centrales al pensamiento latinoamericano. En cuanto al campo de la antropología del trabajo presenta una difusión de sus límites, ya que su constitución como campo disciplinar está en ciernes. Sin embargo, retomo importantes antecedentes que abordan el trabajo en la sociedad andina desde perspectivas más amplias e interdisciplinarias. Desde la antropología social, recupero la vasta producción de

¹⁰ Hernán Ibarra (2007) quien analiza los estudios de la clase obrera en Ecuador, considera que en ese país, el surgimiento de una estructura de clases moderna estuvo acompañado del viejo lenguaje de castas que expresaba clases embrionarias que se hallaban atrapadas en las castas de naturaleza colonial. Cristina Vera Vega (2021) sostiene que los excepcionales abordajes del trabajo provinieron de la disciplina histórica y ponían en cuestión su configuración en distintas formaciones sociales y el papel de los trabajadores en la disputa por el carácter del Estado (Coronel 2011; Guerrero 1994). Más recientemente se retomaron los estudios del sindicalismo (Herrera 2015; Stoessel 2017) aunque desde abordajes más sociológicos, así como una revitalización desde el feminismo, la economía popular y los cuidados (Cielo and Vega 2015; Gago, Cielo, and Gachet 2018; Vega Solís and Gutiérrez 2014; Vega Solís, Marega, and Saltzmann 2019).

la antropóloga británico-aymara Alison Spedding (1994), Denise Arnold (1997, 2014, 2017; Arnold y Espejo 2013), Olivia Harris (1987, 2010), el clásico trabajo de June Nash (2008), y más recientes los aportes de Pascale Absi (2005) y Sian Lazar (2008). Sin duda, una de las grandes referentes de esta tesis es la socióloga Silvia Rivera Cusicanqui (1996, 2002, 2010, 2018) y las producciones del Taller de Historia Oral Andina (Lehm and Rivera Cusicanqui 1988; Taller de Historia Oral Andina 1986), así como las contribuciones que desde la historia ha realizado Rossana Barragán (1992, 1999, 2006, 2006; Barragán y Uriona 2014). En las últimas décadas unos de los campos que ha tenido importantes avances refiere al debate sobre la economía popular vinculada a la explosión comercial en el Altiplano andino y la economía feminista (Müller 2017; Müller 2020; Tassi, Medeiros, and Ferrufino 2013; Wanderley 2011; Wanderley 2015; Wanderley 2018; Wanderley 2019). Además, son importantes las investigaciones realizadas en el campo laboral por instituciones y organismos no gubernamentales, como la OIT, Red Hábitat, CEDLA, entre otros.

Mi proceso formativo en el Programa de Antropología Social del CIESAS me ha brindado aportes relevantes, especialmente en la Línea de Globalización, Espacio y Sociedad, ya que me permitió retomar la tradición de la antropología latinoamericana del trabajo a partir del acompañamiento comprometido de mi directora de tesis y otras profesoras de la línea, al mismo tiempo que los cursos en otras líneas de investigación e, incluso en otras instituciones, me dieron herramientas teórico-epistemológicas para pensar el trabajo desde los feminismos. Por supuesto que en todo este recorrido fueron centrales las prácticas, vínculos e intercambios con familiares, amigas y conocidas que mediaron las relaciones sociales para el sostenimiento de la vida en los diversos espacios que habité hasta la fecha y constituyen una de las principales fuentes de conocimientos que conforman mi caja de herramienta conceptual.

Aunque este recorrido aparezca ahora en términos cronológicos o lineales, los procesos sociales, y particularmente mi posicionamiento ante ellos, y la construcción teórica, no lo son. El trabajo de campo y la experiencia de las compañeras trabajadoras han construido de modo específico la conceptualización sobre trabajo, desde un lugar situado, sentido, vivido.

1.1.2. Potencialidades y límites de un campo heteróclito

Es imposible sintetizar en pocas líneas la conformación de un campo disciplinar tan prolífico como la antropología latinoamericana del trabajo, sin embargo, me afilio dentro de su tradición y retomo tres núcleos propositivos.

1.1.2.1 Centralidad teórica e histórica del trabajo

Parto de entender al trabajo, en sentido amplio, como toda actividad que media las relaciones sociales y el intercambio con el entorno para la reproducción social, los cuidados y el sostenimiento de la vida. Por lo tanto, en términos genéricos es una actividad que funda humanidad, que permite la producción de sentidos y constituye al sujeto (Marx 2008a). Por otro lado, en su actual realización histórica, es preciso contemplarlo también como producto y productor de las relaciones de hegemonía-subalternidad, que se despliega en configuraciones racistas, patriarcales y colonial-capitalistas (Marega and Vera Vega 2020). A través del trabajo, “el sujeto va a valorar sus experiencias, tradiciones, a construir sentidos, a actuar y a confrontar en circunstancias que van a modificar su conciencia y a relacionarse con su medio a través de productos y comportamientos que caracterizan un tipo particular de cultura humana” (Rodriguez et al. 2005).

Siguiendo a Marx, “el trabajo es, independientemente de todas las formaciones sociales, condición de la existencia humana, necesidad natural y eterna de mediar el metabolismo que se da entre el hombre y la naturaleza, y por consiguiente, de mediar la vida humana” (Marx 2008b:53). El trabajo es creador de humanidad y fundamento del ser social. Como actividad que media las relaciones sociales y el entorno para producir valores de uso, el trabajo se halla determinado por su finalidad, modo de operar, objeto, medio y resultado. Si prescindimos de ese carácter determinado, “lo que subsiste de éste es el ser un gasto de fuerza de trabajo humana. (...) Son gasto productivo del cerebro, músculo, nervio, mano, etc. humanos, y en este sentido (...) son trabajo humano” (Marx 2008b:54).

Entender el *trabajo* de la manera que expusimos, como instancia mediadora de las relaciones sociales, implica considerarlo en su doble

dimensión: por un lado, en tanto categoría objetiva explicativa, “que refiere al nivel colectivo en donde se articulan las transformaciones generales y la dinámica de la estructura social” (Vogelmann 2006:34), y en tanto proceso subjetivo, considerando las significaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas que le otorgan los conjuntos sociales al trabajo, es decir, su implicancia a nivel del sujeto, “en donde opera la reorganización de las identidades y el impacto de las transformaciones en la subjetividad” (Wallace en (Vogelmann 2006). Implica considerar, por un lado, la significación del trabajo como fuerza de trabajo, que supone generación de plusvalía, explotación y alienación, y por otro lado, pero inherentemente unida a la primera, la significación del trabajo como actividad creadora, constitutiva y constituyente del sujeto. Por lo tanto, coincidimos con los planteos de (Vogelmann 2006) en cuanto a que la indagación sobre la significación del trabajo vinculada a los procesos vividos por los trabajadores es “la llave de entrada para la comprensión de la articulación entre los condicionamientos objetivos y los procesos de construcción de los sujetos sociales” (Vogelmann 2006:34).

1.1.2.2. La perspectiva de la economía política crítica

Desde esta tradición disciplinar que retomo, se privilegia la perspectiva de la economía política marxista, que promueve un abordaje crítico de las relaciones de producción capitalistas y de las formaciones sociales que se configuran a partir de ellas (Braverman 1974; Burawoy 1989; Coriat 1997; De Gaudemar 1991; Marx 2008b).

Por lo general, se centran en el espacio de trabajo como *locus* desde donde se despliegan las relaciones de poder y la centralidad del proceso de producción y valorización del capital. Desde esta perspectiva, el “*proceso de trabajo*” es el proceso en el que se ponen en relación la fuerza de trabajo, los medios y objetos de trabajo, en función de una finalidad establecida, inscripto y constituido en el marco de relaciones sociales e históricas atravesadas por mecanismos de desigualdad (Menéndez 2010).

La reestructuración capitalista mundial que sobrevino con la crisis de los '70, redefinió de formas múltiples la relación capital–trabajo. El capital, en su intento de aumentar la tasa de ganancia y disciplinar a los trabajadores puso en

marcha un conjunto de transformaciones políticas, jurídicas y productivas (Rodríguez et al. 2005). La reconversión de la estructura productiva es un proceso que cuestiona y modifica todos los aspectos del proceso de producción y de las relaciones laborales, y cada aspecto parcial de este proceso se ubica en una tendencia global. Sin embargo, estas tendencias se actualizan en cada país y en cada rama productiva, de forma y a ritmos diferentes y concretos, lo que da cuenta del carácter intrínsecamente político de los mismos. Esta particularidad de los procesos de reconversión deviene del carácter específico de los procesos de trabajo, de las expresiones de no-subordinación o resistencia del trabajo al capital, de las experiencias históricas de los trabajadores y de los niveles de conflictos o de consentimiento entre el capital y el trabajo en el mismo proceso de implementación de la reconversión (Soul, 2006). La antropóloga argentina Julia Soul sostiene que considerar el despliegue de la relación capital-trabajo “como motorizado por ambos elementos en una dinámica cuyas contradicciones se expresan y resuelven en múltiples dimensiones que al mismo tiempo implican la reproducción de los sujetos fundamentales” (Soul 2011:13), constituye uno de los principales aportes que puede realizar la antropología a los estudios sociales del trabajo.

En sentido más amplio, la economía política también aborda los procesos de producción y de reproducción ampliada del capital. En palabras de Verónica Gago, Cristina Cielo y Francisco Gachet (2018), algunas de estas vertientes “estudian las diferentes escalas, espacios y temporalidades que constituyen en palimpsestos históricos de explotación, acumulación y desposesión en el capitalismo contemporáneo” (Gago, Cielo, and Gachet 2018:13).

1.1.2.3. La experiencia

Según la genealogía del campo disciplinar de la antropología del trabajo latinoamericana que realiza Julia (Soul 2015), más allá de las diferencias, la autora señala que pueden identificarse, al menos, tres características de las producciones en Brasil, Argentina y México: 1) una impronta marcadamente interdisciplinar (Leite Lopes 2011; Novelo 1999; Rodríguez et al. 2005; Sariego Rodríguez 1988a), 2) la recuperación de propuestas conceptuales de la historia social inglesa, especialmente de la tradición marxista y sus categoría de

tradición, cultura popular y experiencia, los trabajos de Bourdieu en Argelia, de Braverman (1974), de la sociología francesa y el obrerismo italiano; y 3) el interés por focalizar las investigaciones sobre las transformaciones en los espacios productivos y sus consecuencias en las prácticas y experiencias de la clase trabajadora (Palenzuela 1995), con repercusiones en ámbitos que se extendían más allá del “suelo de la fábrica”.

Rocío Guadarrama Olivera (2000) plantea que la recuperación de los aspectos simbólicos y significativos del trabajo surge recién a mediados de los años 70 del siglo XX como respuesta a los paradigmas teóricos deterministas imperantes desde la Segunda Guerra Mundial. Dentro del marxismo, en contrapartida a su corriente dominante, el estructuralismo, se desarrolla una nueva vertiente proveniente de la historia social inglesa, haciendo hincapié en los procesos de formación de la clase obrera y su experiencia cultural, principalmente de E. P. Thompson (1984, 2007)

El concepto de *experiencia* le permite a Thompson pensar la articulación entre *estructura/condicionamiento* y *subjetividad/acción* (Melgoza Valdivia 1990), relación que ha implicado largos debates en el desarrollo de las ciencias sociales. Si lo remitimos al espacio de producción, conllevaría la experiencia de la determinación productiva y su traducción dentro de las coordenadas culturales que permiten encarnarla en tradiciones, sistema de valores, ideas y formas institucionales (Marega 2012).

Con el concepto de experiencia productiva es posible analizar a la clase obrera en tanto sujeto, no como “sujetos autónomos” o “sujetos libres” sino como personas que viven situaciones productivas y las relaciones sociales anejas, en tanto necesidades, intereses y antagonismos, que “elaboran” luego esa experiencia en el marco de la intersubjetividad y cultura “legítimas”, por las vías más complejas –que van más allá de lo teóricamente previsible- y que actúan –o no- sobre su propia situación. (Melgoza Valdivia 1990:186).

La noción de experiencia ha sido central en la teoría feminista. Joan Scott (2001) señala críticamente que Thompson ha homogeneizado la experiencia, a través de la identidad de clase. “Cuando la clase se convierte en una identidad por encima de las demás, otras posiciones del sujeto se someten a ella como, por ejemplo, las de género (o, en otros casos de esta clase de historia, la raza, la etnicidad o la sexualidad)” (Scott 2001:57). Por lo tanto, la autora se

pregunta acerca de cómo damos historicidad a la experiencia, y cómo podemos escribir sobre la identidad sin esencializarla.

No son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos que son constituidos por la experiencia. En esta definición la experiencia se convierte entonces no en el origen de nuestra explicación, no en la evidencia definitiva (porque ha sido vista o sentida) que fundamenta lo conocido, sino más bien en aquello acerca de lo cual se produce el conocimiento. Pensar de esta manera en la experiencia es darle historicidad, así como dar historicidades a las identidades que produce (Scott 2001:50)

Más adelante retomo especialmente los modos de entender la experiencia desde los feminismos y la utilidad teórico-metodológica para esta tesis.

1.1.2.4 Sesgos y propuestas para descentrar la mirada

Las relaciones y dinámicas de poder que se establecen en torno al trabajo resultan instancias privilegiadas para analizar la vida en sociedad, y por lo tanto, constituye en sí mismo un valor para la disciplina antropológica. En ello, el concepto bifacético de trabajo que propone Marx, permite, por un lado, el reconocimiento de la centralidad que tiene en los procesos de reproducción social y creación de humanidad, y por otro, considerar las características de explotación y alienación que adquiere bajo el proceso de producción capitalista. En otros términos, se vincula con la realidad contradictoria del trabajo: por un lado, como proceso de producción y consumo de “valores de uso” y, por otro, como un proceso de valorización del valor de cambio de los mismos. En tal sentido, uno de los puntos neurálgicos de lo que sostengo que es insoslayable en una antropología feminista del trabajo, refiere a la recuperación que Raquel Gutiérrez y Huáscar Salazar (Gutiérrez and Salazar 2019) realizan del filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría. Para Echeverría, “el aporte central de Marx a una comprensión crítica de la modernidad adolece de una disimetría o unilateralidad; que las amplias y penetrantes investigaciones del proceso de acumulación del valor capitalista —de uno de los dos lados del comportamiento económico contradictorio de la sociedad moderna— no se acompañan de investigaciones similares, capaces de hacerles contrapeso, en el terreno del otro lado de ese comportamiento, el del “valor de uso” y su reproducción. (Echeverría 1998:155). Por lo tanto, si bien retomo decididamente la

perspectiva de la economía política crítica -y en tal sentido, el carácter de mercancía de la fuerza de trabajo- también propongo como central el trabajo vinculado a la “forma natural” de reproducir la vida centrada en el valor de uso. Uno de los grandes aportes aquí, como veremos enseguida, refiere a la decisión de partir analíticamente de la reproducción social, en vez de la división del trabajo.

Un segundo punto crítico refiere un cierto sesgo androcéntrico del sujeto laboral construido por las ciencias sociales, especialmente por la sociología del trabajo, y a menudo en este subcampo antropológico (Guadarrama Olivera 2000; De la Garza 2000). La antropología, a diferencia de la historia y la sociología, en términos generales basa la construcción de conocimiento partiendo de la cercanía con los sujetos, o de la profundidad de los contextos etnográficos en los que se desenvuelve, carácter que le permitió, casi como elemento constitutivo de la disciplina, considerar las múltiples dimensiones y relaciones de los y las personas trabajadoras, entre ellas dándole relevancia al ámbito de la reproducción social y su vínculo con los sectores productivos. Sin embargo, considerando algunos clásicos de la antropología del trabajo, también podríamos decir que el centro de interés estuvo en los ámbitos industrializados, con preponderancia de la fuerza de trabajo masculina, o al menos enfocada en las prácticas políticas, sociales y culturales de los varones.

En las últimas décadas la antropología latinoamericana comenzó a problematizarse las relaciones sobre género y trabajo (Palermo and Capogrossi 2020). La extensa literatura sobre trabajo femenino produjo un descentramiento en las formas de pensar el trabajo. Los grandes aportes de los feminismos, además del trabajo, han sacudido los fundamentos mismos de la ciencia.

1.1.3. El trabajo y los feminismos. Aportes de un campo fértil

A partir del modo en que las trabajadoras y los trabajadores perciben, categorizan y representan el trabajo y las formas en que se organiza, expresado en un conjunto heterogéneo y contradictorio de percepciones, creencias, actitudes y prácticas, podemos dar cuenta del modo en que en sus saberes y experiencias operan procesos ideológicos, políticos y económicos procesados históricamente (Rodríguez et al. 2005).

Indagar las complejidades de la vida de las mujeres trabajadoras, en contextos como Latinoamérica en que la matriz colonial/patriarcal/capitalista de poder (Cumes 2014; Rivera Cusicanqui 2010; Segato 2015) permea y da forma a las estructuraciones sociales bajo diversas formas de opresión, dominación y explotación, supone un posicionamiento explícito. Este último implica un ejercicio reflexivo sobre los modos de entendimiento de la realidad, y sobre el contexto de producción de conocimiento de esa realidad. Por lo tanto, en este apartado presento algunos núcleos de pensamiento y debate que suponen herramientas claves para el abordaje del trabajo en nuestra América Latina. En primer lugar, recupero los elementos teórico-epistemológicos de la perspectiva crítica de la colonialidad. En segundo lugar, retomo los aportes de la teoría feminista, específicamente el debate sobre la relación entre producción y reproducción y las contribuciones de los feminismos negros y comunitarios.

1.1.3.1 La perspectiva crítica de la colonialidad y el trabajo en América Latina

Las perspectivas que remarcan la centralidad del colonialismo y la colonialidad en las estructuraciones tanto sociales como teóricas/epistemológicas (políticas) y proponen una lectura crítica, históricamente situada, me resultan las más pertinentes para establecer las coordenadas desde dónde partir. Este enfoque se basa en la idea de que el colonialismo del siglo XVI fundó uno de los problemas centrales del mundo capitalista moderno: relaciones de poder articuladas a través de la categorización y la jerarquización social, lo que desde el pensamiento crítico latinoamericano se ha conceptualizado como colonialidad y, cuyo sentido, abarca una clasificación racial/étnica de la población del mundo para operar a través de relaciones de poder, en cada uno de los planos, y dimensiones materiales y subjetivas de la existencia social cotidiana.

Esto no implica darle exclusiva centralidad al proyecto intelectual de la colonialidad del poder (propuesta de los años `90), sino más bien, resulta importante recuperar las trayectorias de diversos debates y contextos que tiene un anclaje histórico de mayor profundidad, y que en última instancia son constitutivas del pensamiento latinoamericano. Abordar las dinámicas

contemporáneas del trabajo y el género requiere analizar cómo el colonialismo se impuso sobre éstos y extendió un proceso continuo e inacabado que se despliega hasta la presente historicidad. Para ello es necesario entender las dinámicas y procesos de reactualización de esos patrones de poder que tienen efectos concretos en los cuerpos.

En este sentido, unos de los aportes centrales es el de Silvia Rivera Cusicanqui (2010) sobre “colonialismo interno”, quien retomando los trabajos de Bloch (1971), González Casanova (1969) y Fanon (1988), lo define como “un conjunto de contradicciones diacrónicas de diversa profundidad, que emergen a la superficie de la contemporaneidad, y cruzan, por tanto, las esferas coetáneas de los modos de producción, los sistemas políticos estatales y las ideologías ancladas en la homogeneidad cultural” (Rivera Cusicanqui 2010:36). Si bien Silvia escribe desde su situacionalidad histórico-geográfica para el caso boliviano, estas postulaciones pueden tener una validez más amplia para múltiples regiones latinoamericanas. Ella considera que en la contemporaneidad boliviana opera, “de forma subyacente, un modo de dominación sustentado en un horizonte colonial de larga duración, al cual se han articulado –pero sin superarlo ni modificarlo completamente- los ciclos más recientes del liberalismo y el populismo” (Rivera Cusicanqui 2010:37). Lo relevante para pensar el caso de la región andina y, en algún punto, la mesoamericana (ambas localizaciones de mi investigación), es su planteamiento en cuanto a que

estos horizontes recientes han conseguido tan solo refuncionalizar las estructuras coloniales de larga duración, convirtiéndolas en modalidades de colonialismo interno que continúan siendo cruciales a la hora de explicar la estratificación interna de la sociedad boliviana, sus contradicciones sociales fundamentales y los mecanismos específicos de exclusión-segregación que caracterizan la estructura política y estatal del país y que están en la base de las formas de violencia estructural más profundas y latentes (Rivera Cusicanqui 2010:37).

Como bien lo resalta Rivera, ha sido Pablo González Casanova en los años 60 quien plantea un quiebre en el pensamiento latinoamericano, al aproximarse intelectualmente a la teoría de la dependencia, a partir de su noción de

colonialismo interno. Para este autor, el colonialismo interno es un proceso que se da en el terreno económico, político, social y cultural. Durante la década de los `80 y, con más fuerza en los `90, como referente del llamado giro decolonial, Anibal Quijano ha retomado en parte estos planteamientos, proponiendo nuevas interpretaciones.

Para Quijano, “la colonialidad del poder es uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista. Se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón, y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones, materiales y subjetivas, de la existencia cotidiana y a escala social” (Quijano 2007:95). Esta noción de “colonialismo interno” se distancia de la propuesta por González Casanova y Stavenhagen, quienes así denominaron al poder racista/etnicista que opera dentro de un Estado/Nación. Según Quijano,

Colonialidad es un concepto diferente, aunque vinculado con el concepto de colonialismo. Este último se refiere estrictamente a una estructura de dominación y explotación, donde el control de la autoridad política, de los recursos de producción y del trabajo de una población determinada lo detenta otra de diferente identidad, y cuyas sedes centrales están, además en otra jurisdicción territorial. El *colonialismo* es, obviamente más antiguo, en tanto que la *colonialidad* ha probado ser, en los últimos 500 años, más profunda y duradera que el colonialismo. Pero sin duda fue engendrada dentro de éste, y más aún, sin él no habría podido ser impuesta en la intersubjetividad del mundo de modo tan enraizado y prolongado (Quijano 2007:93).

La propuesta de Quijano es relevante para el abordaje de mi objeto de estudio, en tanto logra reunir y hacer confluir diversas dimensiones analíticas que también están presentes en mi problemática referida a la cuestión del poder y la politicidad. Para Quijano, el fenómeno del poder es caracterizado como un tipo de relación social constituido por la co-presencia permanente de tres elementos: dominación, explotación y conflicto, que afecta a las cuatro áreas básicas de la existencia social y que es resultado y expresión de la disputa por el control de ellas: 1) el trabajo, sus recursos y sus productos; 2) el sexo, sus recursos y sus productos; 3) la autoridad colectiva (o pública), sus recursos y sus productos; 4) la subjetividad/intersubjetividad, sus recursos y sus productos. Estas formas de existencia social no existen, ni operan, separadas o

independientes entre sí. El autor plantea que las relaciones de poder que se constituyen en la disputa por el control de tales áreas o ámbitos de existencia social “forman un complejo estructural cuyo carácter es siempre histórico y específico. En otros términos, se trata siempre de un determinado patrón histórico de poder” (Quijano 2007).

En cuanto a la colonialidad de género, la antropóloga argentina Rita Segato construye una fértil propuesta desde la antropología. Para plantear el debate podemos referirnos a lo que Segato (2010) denomina como “los dos caminos contradictorios del género en antropología ¿relativismo o universalismo?”.

Ya en los años 30 la antropóloga Margaret Mead inaugura la vertiente relativista del género en la antropología. Según el análisis de Segato (2010), este enfoque, más recientemente conocido como “construcción cultural del género”, tiene su punto de partida “en la comprobación inicial de que “mujer” y “hombre” son entidades diferentes, asociadas con contenidos variables a través de las sociedades. Se introduce así el género como una cuestión antropológica, etnográficamente documentable” (Segato 2010a:58). Esta perspectiva contribuyó a los estudios feministas al criticar el determinismo natural y al esencialismo biológico, probando que las configuraciones de género son productos históricos-culturales. La contrapartida se dio en los años 70, cuando un grupo de feministas comenzaron a plantear la universalidad de la jerarquía de género, con la intención de “generar modelos para dar cuenta de la tendencia universal de la subordinación de la mujer en las representaciones culturales” (Segato 2010a:59). Esta línea, si bien reconoce las variantes culturales, plantea que existe “una tendencia universal a ordenar los géneros en una estructura jerárquica reflejada por una ideología patriarcal” (Segato 2010a:65).

La relectura que realiza Segato, tomando herramientas de la antropología, el psicoanálisis y la teoría gramsciana, plantea el análisis de las transformaciones a partir de la infiltración de las relaciones de género del orden colonial-moderno-capitalista. Según esta autora, además de la postura del feminismo eurocéntrico que afirma que la dominación patriarcal es universal, sin demasiadas diferencias, existiría una segunda posición, en el otro extremo, representada por autoras como María Lugones (2008) y Oyeronke Oyewumi

(1997), que sostienen la inexistencia del género en el mundo precolonial (Segato 2015:81). Lugones sostiene “Como el capitalismo eurocentrado global se constituyó a través de la colonización, esto introdujo diferencias de género donde, anteriormente, no existía ninguna” (Lugones 2008:86). Sin embargo para Segato, que se ubica en una tercera posición, efectivamente existieron nomenclaturas de género previo a la intrusión de la colonial modernidad, no obstante, ésta trajo modificaciones profundas. Según Segato, el género en el mundo-aldea

constituye una dualidad jerárquica, en que ambos términos que la componen, a pesar de su desigualdad, tienen plenitud ontológica y política. En el mundo de la modernidad no hay dualidad, hay binarismo. Mientras en la dualidad la relación es de complementariedad, la relación binaria es suplementar, un término suplementa – y no complementa- el otro. Cuando uno de esos términos se torna “universal”, es decir, de representatividad general, lo que era jerarquía se transforma en abismo, y el segundo término se vuelve resto: ésta es la estructura binaria, diferente de la dual” (Segato 2015:89).

En la tradición comunitaria del mundo andino aymara, el principio de complementariedad *chachawarmi* en la organización social y política (Arteaga Bohrt 2018; Díaz Carrasco 2010), constituye uno de los elementos explicativos, no sólo de la dinámica de inserción y permanencia de las mujeres en el sector de la construcción en Bolivia, sino de la forma y sentido que adquiere el trabajo en términos más amplio.

Retomando los planteos de Pateman sobre el contrato sexual y el contrato ciudadano, Segato propone entonces los términos de “patriarcado de baja intensidad” (instancia preintrusión colonial) y “patriarcado de alta intensidad” (con la colonial modernidad). Entiende al patriarcado como una estructura de relaciones entre posiciones jerárquicamente ordenadas basadas en el género. El patriarcado pertenece, siguiendo a Segato, “al terreno de lo simbólico, y los hechos son un epifenómeno de aquella inscripción fundante (...) El género se transpone, tornándose concreto, en estratos varios de la experiencia del sujeto” (Segato 2010a:75).¹¹ Esta perspectiva es fundamental,

¹¹ Para formular su conceptualización, Segato retoma fundamentalmente tres clásicos de los estudios de género en la antropología que nos aportarán herramientas relevantes para nuestro objeto de estudio: Rosaldo (1974), Chodorow (1974) y Gayle Rubin (1986). Esta última propone la noción de “matriz sexo-género” que más tarde también será retomada por Butler.

entonces, para analizar cómo se configuran los sistemas de género en sociedades “abigarradas”¹², como las llamara Zavaleta Mercado.

Una postura superadora que incorpora la historicidad permanente de los procesos sociales, es la de Silvia Rivera Cusicanqui al centrarse en los modos en que los diversos horizontes históricos del colonialismo interno configuran con determinadas especificidades, las estructuraciones de género en la sociedad andina, lo que también podríamos aplicar al modo de concreción del trabajo en nuestra región latinoamericana. Sostiene que los aspectos del sistema de género vigentes en las sociedades andinas, “emanan de la articulación y simultaneidad entre diferentes horizontes históricos, desde el remoto pasado prehispánico a las primeras reformas liberales republicanas” (Rivera Cusicanqui 2010:179). La autora plantea que, “lejos de una visión dicotómica y excluyente de lo femenino y masculino como identidades irreducibles, lo que hizo la sociedad andina fue dar una resolución social y cultural a la desigualdad de atributos biológicos de ambos sexos, al incorporar dos asimetrías complementarias en su sistema de parentesco” (Rivera Cusicanqui 2010:186). Sin embargo, sostiene que “desde la invasión europea, la patriarcalización de los sistemas de gobierno y el debilitamiento de las estructuras familiares y políticas tradicionales condujo –al menos en el caso andino- a un severo recorte en los espacios de poder simbólico y político autónomo que controlaban las mujeres” (Rivera Cusicanqui 1996:75). En Bolivia, a fines del siglo XIX se desató un proceso de expansión latifundaria, con expulsión de la población rural, usurpación de tierras a los *ayllus*, generando una migración masiva hacia la ciudad de La Paz, que en 1899 quedaría convertida en la capital política de la República. Según Rivera, las tradiciones comunitarias y de parentesco y paisanaje operaron como ordenadores invisibles del mundo popular urbano paceño, y de la estratificación laboral, marcados también por una jerarquización genérica.¹³

¹² “Una sociedad abigarrada es una sociedad que no está vinculada orgánicamente. Hay desarticulación o articulación parcial y falta de unidad en la interpenetración. Hay una coexistencia inorgánica, producto de penetraciones y transformaciones incompletas. Resulta de la existencia de varias formas de sociabilidad en un mismo territorio en el que un estado pretende ser la unidad y el gobierno político” (Zavaleta en Tapia, 2002:239)

¹³ “Gremios enteros de la actividad laboral (...) se generizaron y se convirtieron en marcadores étnicos y de clase, en los que se articulaban la opresión colonial/patriarcal con la explotación

La condición cultural-étnica afecta la manera como el mercado laboral resulta cruzado por sutiles líneas demarcatorias que revelan imágenes contradictorias de lo masculino y femenino. Así, mientras en el mundo popular cholo-indio urbano es bien visto que las mujeres trabajen en una enorme variedad de ocupaciones por cuenta propia donde se valoriza su autonomía (ocupaciones artesanales, comerciales y de servicios), en el mundo misti-criollo dominante las mujeres comenzaron a copar una parte importante de la fuerza de trabajo empleada por el Estado o la gran empresa oligárquica, en ocupaciones legitimadas por una imagen de dependencia familiar, “altruismo” y “vocación social-material” femeninos” (Rivera Cusicanqui 1996:52).

La autora considera que ese el caso de mujeres cholos dueñas de empresas de transporte y conductoras de camiones y minibuses, en tanto que en mujeres de capas medias y altas esa ocupación sería impensable, y afirma que “esto se debe a una suerte de “tabú étnico”, más que a una barrera asociada con representaciones de género” (Rivera Cusicanqui 1996:52). Como desarrollo en el siguiente capítulo, lo mismo sucede con las mujeres aymaras que se insertan en el sector de la construcción, con evidencia incluso desde la Guerra del Chaco (1932-1935).

En el mismo sentido, podríamos incluir en esta línea, la perspectiva de Silvia Federici, (2016), quien analiza el proceso de transición al capitalismo en Europa, con repercusiones en América Latina, resaltando el papel de la subordinación de las mujeres en el proceso de acumulación originaria. En su análisis de *Calibán y la bruja* (2016), demuestra cómo la acumulación primitiva no fue “simplemente una acumulación y concentración de trabajadores explotables y capital. Fue también una acumulación de diferencias y divisiones dentro de la clase trabajadora, en la cual las jerarquías construidas a partir del género, así como las de «raza» y edad, se hicieron constitutivas de la dominación de clase y de la formación del proletariado moderno” (Federici 2016:90). El advenimiento del capitalismo propició, para la autora, la construcción de un nuevo orden patriarcal, que convirtió a las mujeres en los nuevos bienes comunes de los hombres al ser su trabajo definido como un recurso natural, que quedaba fuera de la esfera de las relaciones de mercado. En este sentido, recuperamos de Federici la concepción materialista de la historia desde una perspectiva feminista, que plantea que para entender la

capitalista a través del desigual proceso de acumulación y valorización del trabajo concreto” (Rivera Cusicanqui 1996:52).

historia y la sociedad es preciso entender las condiciones materiales de la reproducción social. Por lo tanto, es necesario concebir “las categorías de género no solo como construcciones sociales, sino también como conceptos cuyo contenido está en constante redefinición, que son infinitamente móviles, abiertos al cambio, y que siempre tienen una carga política” (Federici 2018:87). Bajo esta advertencia de Federici, pasamos ahora a los grandes aportes de las teóricas y activistas feministas.

1.1.3.2 El trabajo en el sistema de reproducción social

Mirar a los costados y resituar al centro lo que permanecía en los márgenes es una práctica de la epistemología feminista y de cuerpos/otros, especialmente de mujeres racializadas que han levantado su grito de resistencia y re-existencia (Vega Solís, Martínez Buján, and Paredes Chauca 2018). Tal y como plantea Patricia Castañeda (2008), las feministas han develado los sesgos que invisibilizan y/o reproducen las desigualdades de todo orden que subordina a las mujeres en contextos de dominación patriarcal. Por lo tanto, la preocupación por el trabajo desde la teoría feminista data de mucho tiempo. La activista marxista feminista Susan Ferguson, señala que

Ya en 1792, en su *Vindicación de los derechos de la mujer*, Mary Wollstonecraft destaca el valor del trabajo de las madres y las esposas, y afirma que una educación igualitaria para las mujeres beneficiaría su trabajo como médicas, comerciantes y en otras profesiones. Desde entonces, las feministas han retomado el tema, a menudo avanzando hacia una comprensión más crítica, matizada y compleja de qué constituye trabajo, quién trabaja, bajo qué condiciones y cómo se mide el valor del trabajo. Y durante más de doscientos años han propuesto estrategias para la emancipación de las mujeres basadas en nuevas formas de imaginar su trabajo. (Ferguson 2020:18)

Desde la genealogía que traza Ferguson -podríamos decir que desde el feminismo occidental-, identifica dos líneas: una vinculada al feminismo de la igualdad, que se centra en una crítica a la división sexual del trabajo y a la degradación de las mujeres al ser confinadas al ámbito doméstico, y propone la

estrategia política de integración de las mujeres en el mercado de trabajo.¹⁴ Un segundo enfoque, el del feminismo de la reproducción social, bajo el cual “el control patriarcal del trabajo de las mujeres está relacionado con la reproducción continua de la sociedad capitalista. No es la división sexual del trabajo en sí misma la que explica la opresión de las mujeres, sino el hecho de que esta división está basada, de manera contradictoria y parcial, en la lógica esencialmente deshumanizante de la acumulación capitalista. El trabajo, en este caso, se concibe en un sentido amplio, y se destaca el valor del trabajo doméstico de las mujeres” (Ferguson 2020:19).

El debate en torno a la reproducción es largo y fructífero, y después de varias décadas continúa, no solo vigente sino que se ha vuelto central en la teoría feminista impulsado por las luchas de mujeres y disidencias a nivel global. Asimismo, como todo campo de pensamiento y práctica, se configura en tensión, y de manera heterogénea. Al interior de las teorías de la reproducción social es posible reconocer, al menos, dos núcleos de debates claves, vinculados al entendimiento acerca de si el trabajo doméstico produce o no valor, y en lo referente a si el patriarcado y capitalismo forman dos sistemas distintos o uno unificado para pensar la opresión hacia las mujeres.¹⁵ Por

¹⁴ Coincido con Ferguson en el señalamiento de que es posible decir que fue la visión del carácter emancipatorio del trabajo remunerado la ha dominado la agenda de feminismo liberal desde entonces. “Esta perspectiva fue parte de los análisis e iniciativas de las feministas que, en los años 70 y 80, buscaban integrar a las mujeres de los países del Sur global en la economía formal (Rathgeber, 1990; Reeves y Baden, 2000). Y, a pesar de las críticas, las Naciones Unidas y muchas agencias no gubernamentales continúan trabajando dentro de este paradigma, más recientemente bajo su forma neoliberal que promueve la extensión de microcréditos a las mujeres pobres para financiar sus emprendimientos productivos (Rankin, 2001)” (Ferguson 2020:25). Como desarrollaré en la tesis, este elemento es importante, especialmente, en el caso boliviano, en que la agenda de organizaciones de la cooperación internacional tiene centralidad en el proceso organizativo de las mujeres trabajadoras en el sector de la construcción. Los sentidos otorgados al trabajo, configurados a partir de diversas fuentes y en múltiples dimensiones, serán claves en las formas de politicidad que las mujeres desarrollan en México y Bolivia.

¹⁵ Paula Varela retoma el debate entre lo que denomina la visión autonomista de la teoría de la reproducción social y la visión marxista. El debate fue sintetizado en el dossier publicado por *Radical Philosophy* (2019) en el que Silvia Federici y Alessandra Mezzadri abren una respuesta crítica al libro Tithi Battacharya *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression* (2018). Entre las primeras, se encuentran Mariarosa Dalla Costa y Selma James, con las producciones contemporáneas de Federici y Mezzadri. Tiene su origen en el *operaismo italiano*. Entre las segundas el desarrollo pionero de Lise Vogel, y las producciones contemporáneas de Cinzia Arruzza y Susan Ferguson, entre otras. Según la autora, el debate pone en evidencia que existe una disputa teórico-política en torno a cómo se defina la relación entre producción y reproducción. El punto central del debate se ubica en conocer cuál es el papel del trabajo de la reproducción social en el capitalismo actual y en la producción de valor.

supuesto que cuando se habla de la producción de valor estamos hablando de la fuerza de trabajo como mercancía. Para esta tesis, si bien recupero estas herramientas conceptuales vinculadas al trabajo que produce valor -fuerza de trabajo como mercancía- y las relaciones de poder, la violencia y también las formas de politicidad a partir de ello, me interesa centrarme -también- en el trabajo de las mujeres como hacedoras de valores de uso -con o sin valor de cambio-. Es decir, no delimitar conceptual y metodológicamente de antemano, la experiencia de las mujeres que se *asalarizan* -que venden su fuerza de trabajo en el mercado- en el trabajo de la construcción. Sino partir del trabajo de construir (viviendas, edificios, obras, etc.), como producción de bienes útiles, y a partir de allí analizar los entramados de prácticas y relaciones de poder que se configuran en torno a ese proceso de transformarse en mercancía-fuerza de trabajo. Es decir, los límites, presiones y posibilidades que experimentan las mujeres para ser “obreras de la construcción”, aunque sepan realizar el trabajo y las estrategias para darle forma a lo social u organizarse bajo tales condiciones de producción y reproducción.

La fuerza de trabajo (y los trabajadores que la portamos) se reproduce gracias a lo que sucede dentro y fuera del ámbito de producción de valor. De allí que, para entender la reproducción de la fuerza de trabajo, sea necesario mirar ambos ámbitos (el de la producción y de la reproducción) y, sobre todo, mirar su relación. Son las características del trabajo asalariado como relación social fundamental que requiere un trabajador “libre” (de medios de producción y de vender su fuerza de trabajo en el mercado), y las particularidades de la mercancía fuerza de trabajo (indisociable de su portador), lo que separa y diferencia el ámbito de la producción y el de la reproducción, al tiempo que los vuelve indisociables. Es a esa unidad diferenciada a la que Vogel se refiere con el concepto de dos dimensiones del trabajo necesario: la dimensión social y la doméstica, que se despliegan en dos esferas de la producción social en su conjunto” (Varela 2020:81).

Partir de considerar el trabajo desde la perspectiva de la reproducción social y no de la división del trabajo de antemano -siguiendo a las feministas de la reproducción social- me permite justamente, analizar la conformación de ese entramado y sostener la relevancia que en ese proceso tiene, por supuesto, la

Y de manera concomitante, ambas perspectivas suponen miradas distintas a las luchas anticapitalistas. (Varela 2020)

acumulación y valorización del capital, pero también las estructuraciones patriarcales y racistas en dicha configuración.

En este punto me parece pertinente hacer una precisión conceptual sobre el término *reproducción*. Cristina Vega Solís, Raquel Martínez Buján y Myrian Paredes Chauca (2018) hacen hincapié en la distinción entre *reproducción biológica*, *reproducción de la fuerza de trabajo* y *reproducción social*.

La *reproducción de la fuerza de trabajo*, adquirió un enorme peso en la relectura de Marx. En nuestras sociedades se producen mercancías, pero para que esto ocurra hay que producir personas, trabajadores, sujetos que actúan de acuerdo con ciertos valores y vínculos sexo-afectivos. El proyecto, tal y como insistió Gayle Rubin, siempre fue desarrollar una economía política del sexo. (...) Con el tiempo, el concepto *reproducción social* volvió a cobrar relevancia al incorporar tanto procesos biológicos como otros relacionados con la restitución y la socialización. (...) Engloba cursos de acción materiales y simbólicos necesarios para reproducir seres humanos a lo largo del tiempo (a diario y generacionalmente) (...) No interesa preservar la generalidad o un elevado nivel de abstracción, sino comprender el modo en que el sistema se perpetúa organizando en un orden opresivo de género y raza este proceso fundamental. Esto no implica únicamente entender las determinaciones de la maquinaria capitalista, sino reintroducir a los sujetos como agentes constructores y destructores del racismo y las jerarquías sexuales y de género (Ferguson y McNally, 2015) (Vega Solís, Martínez Buján, and Paredes Chauca 2018:22)

Los cuidados aparecen, entonces, como una dimensión central en el proceso de creación subjetiva y material de personas y comunidades. En tal proceso, éstos pueden referirse al cuidado directo de una misma, de las personas cercanas, o del entorno. En ese caso, para designar la interacción entre el cuidado de las personas y el cuidado del entorno, las autoras (Vega Solís, Martínez Buján, and Paredes Chauca 2018) prefieren hablar de *sostenibilidad de la vida*. Como mencioné, desde esta coordenada de entender el trabajo como actividad para el sostenimiento de la vida es donde me ubicaré conceptualmente y políticamente en esta tesis. Ello incluye, por supuesto, los procesos de producción y la venta de fuerza de trabajo para garantizar las condiciones de existencia. En términos de la propuesta de Nancy Fraser (Fraser and Jaeggi 2018), la reproducción social trasciende ampliamente la reproducción de la fuerza de trabajo. Sostiene

For me, social reproduction encompasses the creation, socialization, and subjectivation of human beings more generally, in all their aspects. It also includes the making and remaking of culture, of the various swaths of intersubjectivity that human beings inhabit – the solidarities, social meanings, and value horizons in and through which they live and breathe. In addition, I want to take a broad view of the sites where social reproduction is located in capitalist society. Unlike those Marxist-feminists who associate this activity exclusively with the domestic sphere of the household, I find it occurring in multiple sites, including, as I just mentioned, neighborhoods, civil society associations, and state agencies, but also increasingly in marketized realms. (Fraser and Jaeggi 2018:22).

La autora entiende al capitalismo como un orden social institucionalizado, constituido por relaciones de clase, de género, colonial-imperiales, raciales ordenadas jerárquicamente, proceso de clasificación en el que el Estado tiene un papel central. Estas relaciones (de clase, género, raciales) son estructurales y co-constitutivas, es decir resalta el carácter histórico de su conformación e interacción.

En México se expresó una larga tradición de debate y activismo de intelectuales feministas que recuperan la tradición de la reproducción social, y, como bien señaló la profesora Patricia Ravelo en una de las instancias de comentarios a este proceso de tesis, pueden señalarse como los orígenes o el germen de una antropología feminista del trabajo en el país. Varias de ellas hicieron aportes centrales al relacionar el protagonismo femenino en los ámbitos productivos y reproductivos (Benería and Roldán 1992; Estrada Iguíniz 1996; García and de Oliveira 1994). Otras se centraron en los modos en que organizaban la reproducción cotidiana (Cooper et al. 1989; González de la Rocha 1986; Rendón 2001) destacando el papel central que tuvieron las redes entre mujeres para los cuidados y en las estrategias para combinar su maternidad con salir al mercado laboral. En el transcurso de la tesis retomaré específicamente sus aportes.

1.1.3.3 La interseccionalidad como formación histórica y la experiencia de las mujeres. Aportes de los feminismos negros latinoamericanos y los feminismos comunitarios

Los aportes de los feminismos negros, en sus diversas genealogías, son caudalosos y representan un posicionamiento epistemológico crítico, un proyecto contrahegemónico con un horizonte emancipador. En este apartado quiero recuperar la potencialidad de dicho marco crítico para los estudios del trabajo en América Latina, retomando algunos de los aportes que considero más relevantes, en términos teórico-epistemológicos y políticos, de los feminismos negros¹⁶, como “lugar de enunciación interseccionado, teoría crítica y proyecto histórico solidario de luchas contrahegemónicas” (Campoalegre Septien 2020:4).¹⁷

En términos teóricos epistemológicos representan una ruptura con el feminismo hegemónico, blanco, eurocentrista. Se trata, como lo señala Rosa Campoalegre (2020), de una teoría crítica en la que convergen el pensamiento negro contrahegemónico y los feminismos insurgentes. Al mismo tiempo, supone un fuerte posicionamiento ético, ya que no sólo produce conocimiento, sino que cuestiona cómo y para qué se produce. “A diferencia del feminismo blanco, que tiene su momento fundacional en la Ilustración y reproduce la racionalidad del pensamiento ilustrado, el feminismo negro surge en un contexto esclavista. Desde aquí, se pretende romper con la construcción

¹⁶ Para esta construcción fueron claves los momentos de interpelación desde el cariño, a partir de repetidas charlas con mi amiga y colega Joy González Guetto, así como los espacios de intercambio en el Seminario “Lecturas sobre el pensamiento de Ángela Davis”, coordinado por las Dras. Lucía Nuñez (CIEG-UNAM) y Chloé Constant (FLACSO México), y de modo especial, el Seminario “Feminismos Negros: Perspectivas críticas desde América Latina y el Caribe”, de CLACSO, coordinado por las Dra. Rosa Campoalegre Septien y Claudia Miranda.

¹⁷ Tal como señalaban Rosa Campoalegre y Claudia Miranda en el Seminario Feminismos Negros, organizado por CLACSO: “Los feminismos negros abarcan un potente recorrido a sistematizar, desde las resistencias y re/existencias de las mujeres afrodescendientes en la lucha contra el racismo, el feminismo eurocéntrico hegemónico y todas las formas de opresión. Es un camino lleno de voces y silencios de quienes son invisibilizadas en la historia, la producción científica y las políticas. Como parte de esa invisibilización figuran los feminismos negros descoloniales en América Latina y el Caribe” (Notas de clase). Definir a qué llamamos feminismos negros puede ser una tarea sumamente rica, pero ardua, ya que varía según los diferentes contextos, según los énfasis y los proyectos políticos. Vergara y Arboleda (2014) consideran que pueden ser definidos simultáneamente como “una agenda de investigación, una estrategia de movilización social, una práctica de solidaridad” (Vergara Figueroa y Arboleda Hurtado 2014:109).

individual del pensamiento filosófico ilustrado, apostando por la inclusión de distintos saberes, lógicas, actrices sociales” (Jabardo 2012:28).

Si consideramos las experiencias de mujeres negras y sus familias, que actuaron en diversos contextos históricos coloniales, marcados por una clandestinización de las prácticas de insurgencias y de sus formas de producir conocimiento, es posible identificar un *continuum* en las formas de reinención de lo político, vinculadas a sus formas de lucha, resistencias y re-existencias. En este sentido, es sumamente relevante para pensar los saberes y conocimientos ancestrales vinculados a la práctica de reproducción de la vida, del trabajo y los oficios, uno de los objetos de esta tesis.

Los contextos diversos en que las intelectuales negras producen teoría a partir de sus experiencias, fueron marcando el camino del desarrollo de los feminismos negros.¹⁸ Es importante señalar que, a diferencia del “constructivismo” del feminismo moderno/ilustrado (“No se nace mujer. Se llega a serlo”, de Simone de Beauvoir), el feminismo negro parte de una no categoría (no-mujer). “Para dejar de ser constituidas como objetos y pensarse como sujetos, tuvieron que tomar la palabra, recuperar la voz y generar un nuevo discurso. En definitiva, crear una nueva epistemología” (Jabardo 2012:32).

La primera etapa cuyo contexto está centrado en la lucha por el sufragio, indica el surgimiento de los feminismos negros, que tiende a enmarcarse en Estados Unidos. La intervención de Sojourner Truth (1852)¹⁹ con su discurso —Acaso no soy mujer. ¡Mírame! ¡Mira mi brazo!”, es considerado texto fundacional, que deconstruye la categoría mujer. “Así emergen otros dos

¹⁸ Las genealogías dan cuenta de diversas periodizaciones. En el Seminario se propuso una vinculada a un criterio geo-histórico y a uno basado en los hitos de visibilidad de la teoría y acción política afrofeminista, ambos estrechamente vinculados. En Antología de feminismos negros (2012), Mercedes Jabardo propone tres etapas: “Las pioneras, que nos permiten situar el movimiento feminista negro en una relación dialógica con la segunda ola del feminismo hegemónico. La segunda ola del feminismo negro, que dialoga con la tercera ola del feminismo blanco, sentando las bases conceptuales del primero desde una epistemología construida desde el conocimiento subyugado. Y la tercera ola, que desde el discurso postcolonial y posiciones diaspóricas traza los puentes hacia feminismos otros, híbridos, mestizos, de frontera” (Jabardo 2012:1). Las profesoras Rosa Campoalegre y Claudia Miranda señalan que, si bien esta periodización es relevante ya que trasciende el contexto afroamericano e incorpora la diáspora, no visibiliza los relevantes aportes del pensamiento afrolatinoamericano y afrocaribeño. De este modo complejizan la periodización propuesta por Jabardo, al mostrar el juego de visibilidades e invisibilidades que dejó ese proceso.

¹⁹ En esta etapa, además de Sojourner Truth, otra referente afroamericana que aparece con fuerza es Ida Wells. Quedan invisibilizadas, sin embargo, las luchas de las esclavizadas, incluso antes del barco negrero, las resistencias ante “cazadores”, o las lideresas de la lucha antiesclavista o de liberación nacional ya en nuestro continente.

rasgos distintivos de los afrofeminismos: El texto oral contrahegemónico, desde el lugar de enunciación de una mujer negra y el cuerpo como texto y trinchera de lucha. (...) La deconstrucción de la categoría “mujer”, como ente universal es el eje transversal de este proceso” (Clase 2, Feminismos Negros, Seminario virtual CLACSO). La segunda etapa establece la relevancia teórico-práctica de los feminismos negros al estrecharse el vínculo entre el activismo político y la producción teórica. Aquí resaltan figuras como Hazel Carby (1982), Patricia Hill Collins (2012), bell hooks (2004), Audre Lorde (2003) y Angela Davis (2005), entre otras. En este contexto surgen las propuestas sobre la interseccionalidad y la epistemología alternativa.

Tal como señala Jabardo (2012), al colocar en el racismo el epicentro de la desigualdad de las mujeres negras, el feminismo negro estadounidense abrió la puerta a otros feminismos. En el contexto europeo, el feminismo negro británico tomó el relevo. “Frente a la vivencia de la esclavitud, vital en el discurso afroamericano, las británicas negras incorporaron situaciones y/o vivencias del postcolonialismo, las migraciones y los desplazamientos. Lo han hecho desde otra categoría de «negro».” (Jabardo 2012:35). Jabardo señala que las feministas negras británicas estuvieron ligadas al movimiento intelectual británico de la New Left (Nueva Izquierda)²⁰ y mantuvieron vínculos teóricos con la diáspora negra. En tal sentido, “construyeron un discurso identitario en relación / frente a las posiciones de la izquierda y del feminismo blanco” (Jabardo, 2012). Hazel Carby, Pratibha Parmar, Avtar Brah, son algunas de las pensadoras más relevantes.

La tercera etapa tiene que ver, justamente, con la recuperación de las grandes contribuciones de los feminismos afrolatinoamericanos y afrocaribeños, o de las llamadas “intelectuales negras insurgentes” (como las llama Claudia Miranda) que, paradójicamente, Jabardo no incluyó en su

²⁰ Las intelectuales negras formaban parte de un movimiento aglutinado en el grupo “Raza y política” del Center for Contemporary Cultural Studies (CCCS) de la Universidad de Birmingham, creado en 1964 dentro del movimiento de la New Left. Uno de los fundadores fue el sociólogo Stuart Hall, que en el movimiento se situaba en una posición intermedia, “entre la primera generación, más centrada en las tradiciones y las resistencias del proletariado británico (representada en las obras de Hoggart, Williams o E. P. Thompson), y la segunda, que incorpora como cuestiones centrales la «raza» y el feminismo” (Jabardo, 2012:46). Esta bifurcación genealógica es relevante para la antropología del trabajo en América Latina, ya que una buena parte se ha conformado vinculada a la tradición de los marxistas británicos, que pusieron énfasis en la experiencia de clase, como vimos en los primeros apartados.

Antología. Algunas intelectuales son Lélia González (2020), Sueli Carneiro (2003), Ochy Curiel (2009), Mara Viveros Vigoya (2016). Sin duda, uno de los mayores aportes de los feminismos negros ha sido a la lucha antirracista y anticolonial, entendiendo que el accionar colectivo no es solo ante la dominación de género, sino ante todos los sistemas de opresión.

En tal sentido, como contribución de los feminismos negros para pensar el trabajo en nuestras sociedades recupero los planteamientos de Claudia Miranda (2020) quien pone de relieve la violencia inherente que conlleva el proceso colonial. “O processo colonial adotou como ferramentas principais, práticas de violência de toda ordem, na América Latina e Caribe, e com essas características, tornou-se um dos marcos históricos, para o mundo inteiro” (Claudia Miranda, 2020:100).²¹ La feminista caribeña Violet Eudine Barriteau (2011) plantea que los lugares geográficos y políticos son sumamente relevantes para problematizar el racismo en nuestras sociedades de manera diferenciada. Para ella, uno de los grandes aportes de la teoría feminista negra es contemplar de qué modo las prácticas racistas complejizan las demás relaciones sociales de poder, históricamente situadas.²² Llama la atención sobre cómo las condiciones sociales y políticas del contexto de producción, influyen en nuestros intereses de investigación y políticos. Es preciso “ser

²¹ Algunos de estos procesos que es necesario visibilizar en nuestro continente y que generan contextos específicos para las actividades de sostenibilidad de la vida son la feminización de la pobreza y de los cuidados, las violencias, la trata de personas, el precario trabajo en el sector “informal”, las carencias en la salud sexual y reproductiva, la violencia institucional, el discurso político y mediático racista, los asesinatos impunes de líderes y lideresas afrodescendientes, el genocidio policial, juvenicidio negro, la invisibilidad estadística de la variable étnica racial, el epistemicidio negro, y un largo etcétera. Como bien señala Claudia, “faz sentido indagarmos sobre como nossos territórios estão invisibilizados e como as diferentes gerações de mulheres negras e empobrecidas, seguem pagando a conta da ausência de políticas sociais” (Miranda, 2020: 103).

²² La autora lo hace posicionándose como feminista caribeña, y ese posicionamiento es fundamental para la construcción de su teoría crítica. Barriteau se pregunta “¿A qué me refiero cuando hablo de una perspectiva feminista caribeña y cuando me defino como feminista caribeña? Me refiero a que me defino como una mujer negra, una feminista y una politóloga que reflexiona sobre y negocia, opera, teoriza y trabaja en las trincheras de las relaciones de género en el Caribe de la Commonwealth” (Barriteau 2011:3). Piensa, siente y escribe en las mediaciones entre las experiencias regionales configuradas en la dinámica de la economía política global y los cambios experimentados por las relaciones sociales de género. Para la autora, situar su análisis allí es relevante para evaluar desde una perspectiva crítica a las sociedades caribeñas, ya que “el Caribe poscolombino constituye la configuración geopolítica original de la globalización. Durante más de cinco siglos, las economías, las políticas y las culturas internacionales han perforado, salpicado y redefinido con virulencia y sistemáticamente las realidades caribeñas” (Barriteau 2011:4). Estos condicionamientos histórico-sociales configuran de manera específica el feminismo negro en la región.

conscientes de que tanto el activismo como la producción intelectual feministas deben distinguirse por su compromiso con el cuestionamiento del poder, por analizar sus fallas y confrontar con honestidad sus mecanismos” (Barriteau 2011:5). Abordar el trabajo, como una instancia de mediación de las relaciones sociales, supone considerar, por supuesto, los mecanismos de poder en, sobre y a partir de los cuales se despliega. Nuestros países latinoamericanos y caribeños muestran historias y posicionamientos epistémicos, socioestructurales y políticos diferentes en torno al racismo y también en cuanto a las implicaciones para las mujeres negras/afrodescendientes e indígenas. Estos países comparten una historia ancestral, de despojo y violencias, y las experiencias de resistencia y re-existencia ante los racismos estructural, institucional y epistemológico generaron rastros históricos específicos. La matriz de dominación racista patriarcal capitalista se impone a los cuerpos y las experiencias de las mujeres de forma diferenciada. En tal sentido, el accionar del Estado, como parte de esa misma estructuración de poder, produce y reproduce algunas desigualdades. El protagonismo y la lucha popular intenta revertir esa correlación de fuerzas. De allí las particularidades que asume cada país.²³

La activista y antropóloga brasileña Lélia Gonzalez sostiene una crítica fuerte al feminismo latinoamericano que no consideraba con suficiente fuerza el carácter multirracial y pluricultural de las sociedades de esta región. Esta gran pensadora considera que

Tratar, por exemplo, da divisão sexual do trabalho sem articulá-la com seu correspondente em nível racial, é recair numa espécie de racionalismo universal abstrato, típico de um discurso masculinizado e branco. Falar da opressão da mulher

²³ Como ejemplos, podemos mencionar en Colombia, “El Estado racial y patriarcal ha imperado de manera brutal sobre el cuerpo de las mujeres negras negando posibilidades de salud, oportunidades educativas y económicas además de patrocinar la explotación y manipulación del mercado laboral, el narcotráfico y las dinámicas de guerra que las afectan de sobremanera” (Mina Rojas, 2019:6). Las mujeres paridoras y cuidadoras de la vida, la cultura y el saber ancestral llevan de manera desproporcionada el mayor impacto, convirtiéndose en objetivos militares por su férrea defensa a la vida y al territorio (Mina Rojas, 2019:8). En Brasil, recuperamos los aportes de las “intelectuales insurgentes”, como llama Claudia Miranda, recuperando a Spivak, a las intelectuales negras y/o afrobrasileñas. Una de ella ha sido la gran Lélia González (1935-1994) quien ha estado siempre preocupada por articular las luchas más amplias de la sociedad con la demanda específica de las y los negros, en especial, de las mujeres negras.

latino-americana é falar de uma generalidade que oculta, enfatiza, que tira de cena a dura realidade vivida por milhões de mulheres que pagam um preço muito caro pelo fato de não ser brancas. (Lelia González, s/r:14)

En este sentido, Lélia sostiene que la ideología del blanqueamiento es un mecanismo de poder tan eficaz que atraviesa la estructuración social de nuestras sociedades y, por lo tanto, es preciso considerar cómo interviene en nuestras investigaciones, especialmente en cualquier estudio sobre el trabajo que se pretenda crítico. Hemos visto cómo la política racial ha sido nula o escasamente considerada en las investigaciones de la antropología del trabajo latinoamericana.

O racismo latino-americano é suficientemente sofisticado para manter negros e indígenas na condição de segmentos subordinados no interior das classes mais exploradas, graças a sua forma ideológica mais eficaz: a ideologia do branqueamento- (...) ela reproduz e perpetua a crença de que as classificações e os valores da cultura ocidental branca são os únicos verdadeiros e universais. Uma vez estabelecido, o mito da superioridade branca comprova a sua eficácia e os efeitos de desintegração violenta, de fragmentação da identidade étnica por ele produzidos, o desejo de embranquecer (de “limpar o sangue” como se diz no Brasil), é internalizado com a consequente negação da própria raça e da própria cultura (Lelia González, s/r:15)

A mí me parece un gran aporte para pensar en las implicancias de los sentidos y las valorizaciones sobre lo que se considera como trabajo. De allí los ejemplos del trabajo del hogar, remunerado y no, o la configuración de nichos laborales racializados, generizados y etnizados.

Lo que desde el feminismo postmoderno se ha traducido como teoría de la interseccionalidad está en la base genealógica del feminismo negro afroamericano (Jabardo 2012). Desde finales de los años 70, académicas y activistas feministas negras/afrodescendientes y chicanas en Estados Unidos como Audre Lourde, Angela Davis, y Patricia Hill Collins venían denunciando la explotación y el racismo en los movimientos políticos de los que ellas eran parte. Sin embargo, las experiencias de discriminaciones múltiples dejaron marcas en colectivos de lucha ancestrales y el entendimiento de que estas desventajas no están separadas sino imbricadas, se remonta a mucho tiempo

antes.²⁴ El término interseccionalidad como tal, fue acuñado por la afroamericana Kimberlé William Crenshaw (1991). Este “ha servido para desafiar el modelo hegemónico de “La Mujer” universal, y para comprender las experiencias de las mujeres pobres y racializadas como producto de la intersección dinámica entre el sexo/género, la clase y la raza en contextos de dominación construidos históricamente (Viveros Vigoya 2016:8). El gran aporte de esta propuesta para reflexionar acerca del trabajo y la sostenibilidad de la vida, refiere a la comprensión de la dominación, tal como señala Mara Viveros, como una formación histórica²⁵, en la que las relaciones sociales están imbricadas en las experiencias concretas que pueden vivirse de variadas maneras. Por lo tanto, resulta útil como pregunta, que encuentra respuesta a través de investigaciones en contextos concretos. En tal sentido,

La apuesta de la interseccionalidad consiste en aprehender las relaciones sociales como construcciones simultáneas en distintos órdenes, de clase, género y raza, y en diferentes configuraciones históricas que forman lo que Candace West y Sarah Fentersmaker llaman “realizaciones situadas”, es decir, contextos en los cuales las interacciones de las categorías de raza, clase y género actualizan dichas categorías y les confieren su significado”. Estos contextos permiten dar cuenta no solo de la consustancialidad de las relaciones sociales en cuestión, sino también de las posibilidades que tienen los agentes sociales de extender o reducir una faceta particular de su identidad, de la cual deban dar cuenta en un contexto determinado. (Viveros Vigoya 2016:12).

²⁴ Se remonta al discurso «Acaso no soy una mujer» de Sojourner Truth en la Convención de los Derechos de la Mujer en Akron de 1852, y a la explosión de escritos de mujeres negras en la década de 1890, en la que además de los textos de Ida Wells, se produjeron obras como *A Voice from the South by a Black Women from the South* de Anna Julia Couper (1882) y posteriormente *A Coloured Women in a White World* de Mary Church Terrell (1940)” (Jabardo 2012:28).

²⁵ Considero que el posicionamiento de Mara Viveros y esta tradición genealógica de abordar la interseccionalidad desde los feminismos negros es superadora de varias críticas y limitaciones al concepto. Por ejemplo, Nancy Fraser (2018) señala: “I am proposing a unified theory, in which all three modes of oppression (gender, “race,” class) are structurally grounded in a single social formation – in capitalism broadly conceived, as an institutionalized social order. And, unlike theories of intersectionality, which tend to be descriptive, focused on the ways in which extant subject positions crosscut one another, my account is explanatory. Looking behind those subject positions, to the social order that generates them, I identify the institutional mechanisms through which capitalist society produces gender, race, and class as transecting axes of domination” (Fraser and Jaeggi 2018:55). A diferencia de la propuesta de Fraser, yo considero a la experiencia como categoría explicativa que puede dar cuenta de la articulación entre estructuras objetivas -en términos de objetividad histórica- y la conformación subjetiva de las personas o grupo de personas.

Por su parte, Danièle Kergoat (2009), vuelve crítico el término “intersección” ya que supondría la existencia de grupos que estarían en la intersección del sexismo, el racismo y el clasismo, y no permite pensar una relación de dominación cambiante e histórica. Por lo tanto, para dar cuenta del carácter dinámico de las relaciones sociales y de la complejidad de los antagonismos, la autora propone que las relaciones sociales son *consustanciales* y *co-extensivas*.²⁶

Son consustanciales en la medida en que generan experiencias que no pueden ser divididas secuencialmente sino para efectos analíticos, y son co-extensivas porque se coproducen mutuamente. En algunas ocasiones, el género crea la clase, como cuando las diferencias de género producen estratificaciones sociales en el ámbito laboral. En otras, las relaciones de género son utilizadas para reforzar las relaciones sociales de raza, como cuando se feminiza a los hombres indígenas o se hiper masculiniza a los hombres negros; inversamente, las relaciones raciales sirven para dinamizar las relaciones de género, como cuando se crean jerarquías entre feminidades y masculinidades a partir de criterios raciales (Kergoat en Viveros Vigoya 2016:8).

El gran avance teórico de esta propuesta es que la experiencia de la simultaneidad de las relaciones de dominación no solo agrava las opresiones, sino que las reconstituye de formas específicas. La política feminista negra, en este sentido, interpreta “las identidades y los procesos políticos como algo orgánico, fluido, interdependiente, dinámico e histórico” (Barriteau 2011:10).

Algunas tensiones o diferencias productivas, provienen de las diferentes afiliaciones teóricas y genealógicas atribuidas a la interseccionalidad, entre las que se encuentran, principalmente, el *black feminism* y el pensamiento posmoderno/postestructuralista. Para Crenshaw, por ejemplo, se vincula con el posmodernismo, sin embargo, para Patricia Hill Collins (2000) “la interseccionalidad es un paradigma alternativo al antagonismo positivismo/postmodernismo que haría parte de las dicotomías que estructuran la epistemología occidental” (Bilge en Viveros Vigoya 2016:6).

²⁶ Yuderkys Espinosa Miñoso, siguiendo a María Lugones, prefiere hablar de *co-constitución de la opresión*: “Raza, género y sexualidad se co-constituyen. El paso de la colonización a la colonialidad en cuestión de género centra la complejidad de las relaciones constitutivas del sistema global capitalista de poder (dominación, explotación). En los análisis y prácticas de un feminismo descolonial “raza” no es ni separable ni secundaria a la opresión de género sino co-constitutiva”(Espinosa Miñoso 2019:271).

En este sentido, además del *black feminism*, los feminismos negros latinoamericanos y caribeños, han realizado importantes contribuciones en términos teóricos epistemológicos a la teoría crítica y al feminismo en particular. El modo en que abordan el poder y el enfoque político es otro de los aportes que lo distinguen del enfoque posmoderno de la diversidad. “Las feministas negras se centran en la diferencia para así interpretar la problemática que plantea la opresión: «luchan por teorizar un feminismo diverso en su núcleo, más que teorizar sobre la diferencia como fin en sí mismo». Este matiz es fundamental, y a pesar de ello está ausente de la mayor parte de las reflexiones feministas” (Barriteau 2011:8). En este marco, la experiencia vivida por las mujeres y su subjetividad es la principal instancia teórica y metodológica generadora de conocimiento. Al entender las experiencias específicas de las mujeres negras pone en evidencia la ineficacia de los marcos explicativos feministas hegemónicos. De esta manera, “ofrece reflexiones más integrales e inclusivas que fortalecen a todo el conocimiento feminista” (Barriteau 2011:7).

El feminismo latinoamericano y caribeño ha realizado nuevos e interesantes aportes a la perspectiva interseccional. Entre ellos, tal como recupera Viveros en su genealogía, las contribuciones de Ochy Curiel (2013), Yuderkys Espinosa Miñoso (2007) y Breny Mendoza (2010) “han puesto en el centro del debate latinoamericano el asunto de la heterosexualidad obligatoria, señalando que esta institución social tiene efectos fundamentales en la dependencia de las mujeres como clase social, en la identidad y ciudadanía nacional y en el relato del mestizaje como mito fundador de los relatos nacionales” (Viveros Vigoya 2016:9). Nuevamente, la centralidad de un enfoque situado se pone en evidencia. La consideración de dos campos sociales en esta tesis, me permitió identificar procesos vinculados a la heterosexualidad obligatoria configurados diferencialmente. Me refiero específicamente a la distinción que entre las condiciones en México y Bolivia introduce el principio de complementariedad *chachawarmi* en el mundo andino que, si bien reproduce la normatividad heterosexual, lo hace bajo un ordenamiento jerárquico en términos duales, no binarios (según Segato) es decir, mantiene plenitud ontológica y política.

Otra contribución para la antropología del trabajo desde una perspectiva feminista, lo ofrece la problematización de manera simultánea de las esferas pública y privada desde la perspectiva de la política racial, es decir, se aborda cómo las prácticas patriarcales se reconfiguran en contextos de racismo. Angela Davis (2005), en su clásico *Mujeres, raza y clase* señalaba acerca del vínculo entre el espacio doméstico y el racismo:

La vida doméstica adquirió una importancia desmesurada en la vida social de los esclavos, ya que de hecho les proporcionaba el único espacio donde verdaderamente podían tener una experiencia de sí mismos como seres humanos. Las mujeres negras, por esta razón -y también porque eran trabajadoras, exactamente igual que sus compañeros-, no se vieron degradadas por sus funciones domésticas del mismo modo en que vinieron a serlo las mujeres blancas (Davis 2005:24).

Sin embargo, la tradición de dominación esclavista, y su reconfiguración neocolonial, se reactualizó en la división sexual y racial del trabajo en nuestros países latinoamericanos y caribeños. Las investigaciones sobre el papel del cuidado y el trabajo doméstico y su anclaje colonial que permea las prácticas actuales, son una ventana teórica potente para profundizar desde los feminismos negros.

Estos posicionamientos también establecen un vínculo estrecho con los planteamientos sobre las relaciones de clase e identifican “el modo en que las mujeres negras de clase trabajadora experimentan relaciones capitalistas antagonistas con mayor intensidad, como resultado de las relaciones ideológicas que surgen cuando la raza actúa sobre las relaciones de opresión derivadas del género” (Barriteau 2011:11). Lo mismo se podría plantear en términos étnicos.

Nosotras —las mujeres negras— formamos parte de un contingente de mujeres, probablemente mayoritario, que nunca se reconoció en este mito, porque nunca fuimos tratadas como frágiles. Somos parte de un contingente de mujeres que trabajó durante siglos como esclavo, labrando la tierra o en las calles vendiendo o prostituyéndose. ¡Mujeres que no entendían nada cuando las feministas decían que las mujeres debían ganar las calles y trabajar! Somos parte de un contingente con identidad de objeto. (Carneiro 2003)

Partiendo de la relación *raza-contestación-género-contestación-clase-contestación-raza* el feminismo negro trastoca los supuestos y conceptos básicos de la teoría feminista. En este sentido, el hogar, la familia, y la sexualidad, adquieren nuevos sentidos teóricos y políticos, con nuevas potencialidades para el análisis crítico y especialmente, para la práctica política. Angela Davis, de modo similar, señala cómo uno de los legados de la esclavitud ha sido la instalación de modelos diferenciales de feminidad. “La actitud de los propietarios de esclavos hacia las esclavas estaba regida por un criterio de conveniencia: cuando interesaba explotarlas como si fueran hombres, eran contempladas, a todos los efectos, como si no tuvieran género; pero, cuando podían ser explotadas, castigadas y reprimidas de maneras únicamente aptas para las mujeres, eran reducidas a su papel exclusivamente femenino” (Davis 2005:15).

Considerando estos planteamientos de Barriteau (2011), Rosa Campoalegre adiciona con gran claridad, que estas relaciones de dominación no sólo agudizan las opresiones, sino que desencadenan diversidad de voces y caminos de resistencias.

Yuderkys Espinosa Miñoso (2019) señala que el movimiento contemporáneo de feministas antirracistas en Estados Unidos surgió desde principios de la década de 1970 porque se conjugaron el movimiento feminista y el movimiento de los derechos civiles, radicalizados luego en movimientos nacionalistas negros, varios de los cuales suscribieron al marxismo. De allí surgen las voces de las feministas marxistas negras en el país del norte. En América Latina, en cambio, fue recién en la década de 1990²⁷ cuando comenzaron a surgir, en el contexto de la contra-celebración de los 500 años de conquista. De allí surgirá un feminismo negro nombrado afrodescendiente y “de la diáspora”. Señala Yuderkys, “Para la aparición de voces de mujeres indígenas que se reivindicuen feministas deberemos esperar algo más, hasta la primera década de este nuevo siglo XXI, en que comenzaremos a conocer pensamientos producidos desde ese lugar de enunciación” (Espinosa Miñoso 2019:276).

²⁷ La autora plantea la excepción de Brasil, que desde la década de 1980 se escucharon las primeras voces “gracias al renacimiento de un movimiento negro local en desarrollo desde la década anterior”(Espinosa Miñoso 2019:276)

Más allá de la adscripción o no de las intelectuales indígenas al feminismo –ese es un valioso y rico debate-, los aportes de los llamados feminismos comunitarios me resultaron centrales para el abordaje del trabajo de las mujeres en América Latina. Esta identificación de mi parte fue adquiriendo importancia con el trabajo de campo. La socióloga maya k'iche' oriunda de Totonicapán – Guatemala, Gladys Tzul Tzul, propone pensar lo comunal indígena como “el funcionamiento de estrategias de hombres y mujeres que cotidianamente gestionan, autorregulan y defienden sus territorios. (...) Estas tramas comunales no son exentas de contradicciones y jerarquías políticas, al contrario, están agredidas y rodeadas de ellas, sin embargo, aún y en estas condiciones, logran pugnar por la lucha autónoma para controlar sus medios de vida cotidiana” (Tzul Tzul 2018:386). Esto me es útil para pensar el trabajo en el mundo andino altiplánico, donde las redes y movilidad en el territorio, así como la pertenencia a las formas de gobierno comunales son elementos estructuradores de la realidad laboral de las mujeres constructoras. En este marco, el trabajo comunal “es la relación social –fuerza de trabajo- que habilita la producción de lo que necesitamos para vivir y producir nuestras vidas” (Tzul Tzul 2018:389). Lo comunal indígena supone una estrategia política que se actualiza permanentemente. En ese sentido, un eje que recorre toda la tesis tiene que ver con las conexiones entre trabajo, comunidad y trayectorias individuales. En el caso de Bolivia, lo comunitario está presente con fuerza en la vida de las mujeres constructoras, a diferencia de lo que ocurre en México, donde los procesos de proletarización y asalarización, con el efecto individualizador que la modernidad capitalista impone sobre las relaciones de trabajo, toma otras formas.

1.1.4 Una antropología que (se) con-mueva (que se mueva con la otra). La apuesta por una antropología feminista del trabajo

A partir de lo expuesto hasta aquí, resalto los núcleos históricos conceptuales que, desde mi perspectiva, son insoslayables en un campo que se reconozca como antropología feminista del trabajo.

- El abordaje del trabajo como actividad que media las relaciones sociales y con el entorno para la reproducción social, los cuidados y el sostenimiento de la vida. Bajo determinadas condiciones de existencia, como las que vivimos bajo este sistema de reproducción social capitalista, las y los portadores de la capacidad de transformar el entorno para la reproducción -de trabajar-, tenemos que vender esa fuerza de trabajo. En otras palabras, supone considerar el trabajo como productor y consumidor de valores de uso, y al mismo tiempo, como productor de valores de cambio. Al transformar al entorno, el sujeto del trabajo se transforma a sí mismo/a, por lo tanto, el trabajo constituye al sujeto y crea humanidad. Sin embargo, bajo el poder del capital, adquiere características inherentes de explotación y alienación.

Concebir el trabajo en estos términos, supone considerar los modos en que las personas construyen, de acuerdo a sus formas de organización social, lo que conciben como trabajo. Vinculado a la reproducción social de la vida, resalto la advertencia que la antropóloga Maya kaqchikel, Aura Cumes, señala cómo desde la matriz de dominación se ha asociado simbólicamente la naturaleza con las mujeres. “Para el pensamiento colonial patriarcal, la naturaleza es mujer, es salvaje, es caprichosa, ininteligible, irracional, rebelde. Necesita de una fuerza superior para ser domada, sometida y puesta a disposición de quien sabe aprovecharla. Según Fernando Mires, para realizar el proceso de subordinación de la naturaleza, el patriarca se ve obligado a escindir de ella, lo que significa desnaturalizarse a sí mismo” (Cumes 2019:303).²⁸ De este modo, entendemos la centralidad del trabajo, considerándolo en los diversos modos de concreción.

- La perspectiva de la economía política que se centra en los procesos de acumulación y valorización de capital, en el ámbito de la producción y en la fase de reproducción ampliada del capital. Es importante el análisis de las relaciones de poder en los ámbitos productivos, y el vínculo con los ámbitos reproductivos de la fuerza de trabajo, así como el vínculo entre el proceso de producción y el de reproducción ampliada del capital.

²⁸ “Francis Bacon, precursor de la ciencia industrial (1561-1616), “concebía como fin supremo de la ciencia poner a la naturaleza al servicio del hombre, forzándola, incluso [...] torturándola para que revelara sus secretos” (cit. en Mires 2009: 102), de la misma forma en que se torturó a las mujeres para acabar con sus poderes, que terminaron por ser privatizados por el sistema capitalista”. (Cumes 2019:303)

- La consideración de que la relación capital-trabajo, inherentemente contradictoria y conflictiva, está en proceso de permanente concreción y es motorizada por ambos términos de la relación, y en ese proceso se reproducen a sí mismo. En tal proceso, por supuesto, reviste central importancia la organización colectiva de las y los trabajadores.

- El trabajo se realiza bajo determinadas condiciones de existencia que entrelazan las estructuraciones de poder en términos de clase, género, colonialidad, racialización que conforman una específica formación social. La perspectiva de la interseccionalidad propone abordar tal configuración con carácter de objetividad histórica, es decir, como relaciones históricas y cambiantes. Implica contemplar los *procesos y relaciones* en contextos situados. Esto significa que los procesos de valorización del capital no pueden escindirse de los modos que se configura el género y la jerarquía racial, porque conforman una realidad orgánica y específica, es decir, propia de determinado contexto.

La experiencia concreta de las personas adquiere valor epistémico, ya que constituye una instancia que articula procesos estructurales y horizontes históricos con dinámicas de conformación de subjetividad, tradiciones, valores, saberes. Considero que una antropología feminista del trabajo brinda herramientas para pensar el trabajo en cualquier contexto, contemplando colectivos de trabajo no necesariamente femeninos, ya que inscribe las relaciones sociales en estructuras de poder.²⁹

Sin embargo, esta perspectiva que propongo y retomo de los feminismos se orienta por un interés claramente emancipatorio en el que, a decir de Patricia Castañeda, “se pretende realizar la investigación de, con y para las mujeres. Tal como lo propone Teresita de Barbieri (1998: 105-106), se trata de producir una teoría o los conocimientos necesarios para liquidar la desigualdad y subordinación de las mujeres: por ello, esta teoría contempla referentes más o menos inmediatos para la acción política feminista” (Castañeda 2008:14).

²⁹ Angela Davis (2016) afirmaba que “una aproximación feminista como esta no siempre estaría obligada a comprometerse específicamente con las «mujeres» o incluso con la categoría de «género», pero cuando intentara entender dicha categoría, prestaría especial atención a su producción en y a través de estas instituciones. En este sentido, creo que el mayor impulso que se le puede dar al análisis feminista parte precisamente de pensar de forma dispar acerca de categorías relacionadas, pensar a través de fronteras disciplinares y a través de divisiones categoriales” (Davis 2016:148).

Aquí las preposiciones son relevantes: se habla de investigaciones *de, con* y *para* las mujeres trabajadoras, y no de investigaciones *sobre* las mujeres, que las explota como objeto de conocimiento sin contribuir con propuestas de transformación de las condiciones de subordinación (Westkott en Castañeda 2008:19). Para ser más precisa, “el carácter *experiencial* de la investigación feminista refiere a la incardinación de la desigualdad en los cuerpos y las vidas de las mujeres, trayendo consigo la conformación de experiencias vitales siempre significadas por el poder. En ese sentido, la experiencia deviene un concepto fundamental que coloca a las mujeres en *ubis* hetero y autodesignados” (Castañeda 2008:19), por regímenes políticos raciales, de clase, de género, estatales, globales, entre otros, así como las formas de enfrentarlos.

La importancia del conocimiento situado y el locus de enunciación en la construcción de conocimiento, vinculado a las experiencias personales y colectivas y a los contextos sociales, históricos y políticos de los lugares desde dónde se produce; a la ubicación y sentidos sobre los sujetos cognoscentes y sus cuerpos.

La centralidad del trabajo en el proceso de reproducción social así como de la experiencia, en el sentido que proponemos, ubica a la antropología como la disciplina privilegiada para su abordaje. Al igual que Mohanty, me posiciono a favor de un análisis que ligue “la vida cotidiana y los contextos e ideologías de género locales con las estructuras políticas y económicas más amplias, transnacionales, y las ideologías del capitalismo” (Mohanty en Hernández Castillo 2008). La etnografía, por lo tanto, constituye una estrategia de investigación privilegiada para el abordaje de la complejidad de los procesos sociales y de las experiencias en torno al trabajo, en tanto construcción de datos desde la profundidad de la relación *con* los sujetos de estudio.

Una mirada androcéntrica (capitalista y racista) del trabajo tiene consecuencias profundamente negativas en las posibilidades de que las mujeres trabajadoras podamos tejer los hilos de nuestra propia historia. Alejandra Ciriza (2012), en su propuesta de una genealogía feminista desde el sur, advierte:

Las historias de las sujetas subalternas (...) se tejen bajo la presión de los umbrales de tolerancia del patriarcado (...) Es preciso tener en cuenta la

advertencia gramsciana respecto de que solo las clases y los grupos dominantes – económica, cultural y políticamente hegemónicos- pueden elaborar el sentido de su continuidad en la historia, representándosela como un desarrollo ascendente e ininterrumpido. A la manera indicada por Benjamin, las feministas podemos recuperar sólo fragmentariamente nuestro pasado, apenas si podemos reconstruir frágiles genealogías, que, a la manera de interrupciones apenas visibles, permiten establecer algunas conexiones deshilvanadas y dispersas desde y a partir de los temas del presente” (Ciriza en Restrepo 2012:33).

Esta tesis, entonces, parte del deseo de contribuir al reconocimiento y visibilización de las mujeres trabajadoras de la construcción y sus experiencias en dos localidades de nuestra Latinoamérica, aportando a la historia de las mujeres trabajadoras. Las experiencias compartidas con mujeres en las obras y en sus hogares, en las ferias, en espacios de su infancia, en buses, camiones, busetas, en sus risas y llantos, en sus preocupaciones y esperanzas, han puesto en acto el sentido de la antropología como indagación generosa, abierta, comparativa y crítica de las condiciones y los potenciales de la vida humana (Ingold 2016). Para Ingold, la antropología

“es *generosa*, porque se funda en la voluntad tanto de escuchar como de responder a lo que otros tienen para decirnos. Es *abierto*, porque su meta no es llegar a soluciones finales que llevarían la vida social a una clausura, sino revelar los caminos a través de los cuales esta puede seguir andando. (...) Es *comparativa*, porque reconoce que ninguna forma de ser es la única posible, y que para cada camino que encontramos o que decidimos tomar, podrían tomarse vías alternativas que llevarían a direcciones diferentes. (...) Es *crítica*, porque no podemos estar satisfechos con las cosas tal como son” (Ingold 2016:219)

Mi propuesta de una antropología feminista del trabajo, que reintegre los aportes y tradiciones críticas del feminismo y de la antropología del trabajo se vincula con la intención de apostar por una antropología que (se) conmueva, que construya conocimiento con las “otras”. Pero en ese intento ¿cómo transmitir la humedad del cemento, junto al calor del sol, la respiración cortada y mezclada con polvo en La Paz, más polvo y contaminación en la Ciudad de México, una cumbia escapándose a borbotones de una radio vieja y salpicada con pintura, mientras se piensa en los críos solos en la casa, o la preocupación por darse espacio y tiempo a la salida de la obra para buscar la oferta de

tortillas³⁰ o chuños³¹? ¿Cómo escribir la cadencia de las voces entrecortadas de las *mujeres de polleras*³² en La Paz o los silencios que agrietan sus risas? ¿Cómo hacerlo con los *pos*, los *orita*, o los *ándales* que se pierden en el declive de un callejón de tierra en la Colonia Techachaltitla del Estado de México? ¿Cómo encontrar sentidos en sus gestos de trabajo mientras por horas hablan aymara o con modismos de español mexicanizado que no alcanzo a entender? ¿Cómo transmitir el olor a coca de la *sajra*³³ hora en un *cholet*³⁴ en El Alto, o de los taquitos comprados en la esquina de la obra en calzada de Tlalpan? ¿Cómo narrar la sequedad de las manos que amasan por horas, y hasta años, el cemento, o el dolor de aquellos cortes y martillazos que sintieron con la misma intensidad que el golpe de su esposo una madrugada de alcohol? ¿Cómo transmitir la alegría de terminar el primer tabique, o colocar el último ladrillo de algún muro? ¿Qué hacer con el cansancio que invade cucharada tras cucharada de revoque, y no se puede parar porque en pocos minutos quedará tan duro y apelmazado como los límites que el patriarcado impone para que lleguen a ser maestras del oficio de la construcción? ¿Cómo expresar la mirada cómplice entre compañeras para sortear las demostraciones de fuerza y

³⁰ Masa plana y circular elaborada con harina de maíz, emblema de la alimentación mesoamericana desde tiempos prehispánicos.

³¹ Papa amarga deshidratada muy típica de la región andina.

³² La pollera es una prenda de origen español, actualmente utilizada exclusivamente por las "cholitas" en Bolivia y constituye un emblema de la identidad de las mujeres indígenas andinas. Rossana Barragán la define como "una especie de falda, fruncida en la cintura, lo que produce una especie de pliegue. Las polleras llegan hasta media pantorrilla. Al medio tienen cuatro bastas transversales que se obtienen doblando la tela" (Barragán 1992). Durante el trabajo de campo, en diversas instancias conversamos con las mujeres constructoras, quienes en número significativo son mujeres de pollera, sobre los significados de esa adscripción. Será un eje central del análisis de mi tesis el ser "mujer de pollera", porque en ello se expresa núcleos de sentidos fuertes vinculados a lo étnico, lo racial, clasista y a lo genérico. En el capítulo 6 abordé en profundidad la polisemia de la pollera.

³³ Es un término aymara que se utiliza para referirse al corte que se realiza a media mañana y a media tarde para descansar en el trabajo. En las construcciones de La Paz y El Alto, generalmente se realiza a las 10 de la mañana y a las 3 de la tarde. En el transcurso que puede durar entre 15 a 30 minutos, las y los trabajadores suelen *pijchar* (mascar) hojas de coca y tomar algún refresco.

³⁴ Los cholets, edificaciones que tuvieron un boom en la última década, son propiedades inmobiliarias de familias aymaras vinculadas al mercado global, especialmente con China. El cholet (combinación de las palabras "cholo" y chalet) es una construcción con las características de un edificio de 3 a 7 niveles destinados a usos comerciales o viviendas y en la última planta es construido un chalet. Este tipo de construcción comenzó a aparecer en la zona norte de La Paz, y en Cochabamba, haciéndose muy frecuente en la ciudad de El Alto, siendo muchos de ellos diseño del arquitecto Freddy Mamani.

tamaño de sus compañeros y cómo hacerlo con los “*miramientos*”³⁵ entre ellas, que humillan y reproducen aquellas expresiones? ¿Cómo transmitir el silencio, que por momentos ensordece el trabajo o evidencia la impotencia de ellas ante la violencia, y la mía ante lo mismo? ¿Qué hacer con el dolor en la espalda y la calma en el pecho al final del día en que pagan la quincena?

Con lo anterior, quedan explícitas las limitaciones para transmitir la experiencia del trabajo de campo, que siempre es abierta, inacabada, que se funda en el carácter creativo e impredecible de las relaciones sociales (Strathern 2000). ¿Cómo pasar de las palabras, a la escucha, y de la escucha a la escritura, sin perder el sentido? ¿Cómo traducir aquello que no se deja decir en palabras? Aun reconociendo esto, esta tesis busca encontrar nuestras voces (las de las mujeres trabajadoras de la construcción y la mía), a través de la mirada y la escucha, entre las melodías de palas, sierras, martillos, hormigoneras y cumbias, que llenan el espacio de trabajo.

1.2 La construcción de esta obra

1.2.1 La politicidad en el trabajo como objeto de investigación

*“Cuando me como un taco de huitlacoche, estoy comiendo algo que tiene miles de años de historia; y si me sirvo un chairo de ch`uñu, estoy saboreando algo que se inventó-descubrió hace miles de años, y se recreó varias veces desde tiempos coloniales con aditamentos foráneos como las habas o el chicharrón crocante que las cocineras le ponen encima”
(Silvia Rivera Cusicanqui 2018:77)*

Después de establecer los elementos fundamentales desde los que parto, en términos epistemológicos y políticos, y que me llevan a proponer la pertinencia de una antropología feminista del trabajo, establezco en este apartado el objeto de estudio de esta tesis.

La asunción del papel del trabajo en la reproducción social, y el protagonismo histórico de las mujeres en tal proceso en nuestros territorios, me lleva a proponer, casi como desarrollo inevitable, las formas de politicidad en

³⁵ En Bolivia, así llaman a la práctica de observarse para criticar o generar rumores sobre determinada persona, que remite a competencia, desconfianza y envidia. Generalmente lo caracterizan como una práctica que se da entre mujeres. Especialmente, entre aquellas que trabajan en la construcción.

torno al trabajo de mujeres en la construcción. Partamos entonces, desde lo más básico: “Nos reproducimos como especie, como seres colectivos y como individuos, y es esta actividad, la de reproducirnos, la que nos induce a producir riqueza y organizar dicha producción. La reproducción es política en la medida en la que entraña una socialidad que está en juego, tanto en su relación con la naturaleza como en la interconexión entre sujetos como cuerpo colectivo e individual (Vega Solís, Martínez Buján, and Paredes Chauca 2018:42).³⁶ La politicidad sería esa capacidad de dar forma a lo social, de dar contenido y sentido al conjunto de relaciones de interdependencia con el entorno humano y no humano. El trabajo, entonces, constituye esa instancia de mediación privilegiada a partir de la cual abordar la capacidad de dar “forma” a lo social. “La reproducción de la vida material ha sido el centro de atención tradicional de la actividad femenina no exclusiva pero sí crucial... La política desplegada desde ahí, desde esos ámbitos múltiples y variados de asociación para la satisfacción de necesidades vitales, es una forma legítima de la política que puede denominarse, para distinguirla de otras formas políticas, *política en femenino* (Gutiérrez and Salazar 2019:79).

Con mi compañera Cristina Vera Vega, en largas charlas cotidianas y en un artículo actualmente en prensa (Vera y Marega, en prensa) hemos considerado proponer una mirada que permita bucear en los pliegues de la política en femenino, evitando la homogeneización de los cuerpos feminizados y sus trayectorias, y recuperar la perspectiva interseccional propuesta por los feminismos negros y comunitarios. Sostenemos que los modos que las mujeres

³⁶ Vivir y sobre-vivir es, para el sujeto social que se reproduce, autorrealizarse en una forma social elegida o proyectada por él. El sujeto social se reproduce mediante el consumo o disfrute de una riqueza objetiva constituida por bienes producidos o transformaciones de la naturaleza, cuyas formas adquiridas en la producción o el trabajo no están ya dadas en el funcionamiento de la naturaleza, sino que son realizaciones de fines del propio sujeto o cumplimientos de propósitos adecuados a su proyecto de autorrealización. En el proceso de producción social, el proceso natural de reproducción se encuentra duplicado por un proceso que lo acompaña y que es precisamente al que podemos denominar proceso de reproducción político. Al trabajar y disfrutar, al producir transformaciones con valor de uso o consumir bienes producidos, el sujeto social simultáneamente prefigura y efectúa una determinada forma de la socialidad, define la identidad de su polis, como sociedad concreta. (...) Esta capacidad de sintetizar o totalizar la forma de su vida social sería lo político básico o la politicidad fundamental del sujeto social. Y ésta sería, entonces, justamente, la capacidad que está siendo necesariamente reprimida y enajenada por el modo capitalista de la reproducción social. Sólo un sujeto social maniatado para decidir sobre su propia vida puede reproducir su riqueza de la manera descrita por la “ley general de la acumulación capitalista”: como proceso que implica obligadamente la “muerte” de una parte de sí mismo” (Echeverría 2011:75)

se dan históricamente para organizar lo social a través del trabajo, devienen de sus posicionalidades históricas y políticas específicas. Si consideramos las experiencias de mujeres negras e indígenas y sus comunidades, que actuaron en diversos contextos históricos coloniales, marcados por una clandestinización de las prácticas de insurgencias y de sus formas de producir conocimiento, es posible identificar un *continuum* en las formas de reinención de lo político, vinculadas a sus formas de lucha, resistencias y re-existencias, que se actualizan permanentemente en el mundo popular urbano. Las lógicas de desarrollo y acumulación del capital en los territorios, en sus múltiples formas y escalas, el accionar de los Estados, y las experiencias concretas para reproducir y sostener la vida en condiciones dignas, crean determinadas condiciones de producción y reproducción que imponen límites y presiones a esa capacidad de decidir cómo organizarse.

La reestructuración capitalista de las últimas décadas y las reconfiguraciones de la dinámica urbana en nuestras grandes ciudades, tienen efectos específicos en las formas de organizar el trabajo productivo y reproductivo, lo que adquiere relevancia central en la vida de las mujeres latinoamericanas. El geógrafo británico David (Harvey 2006) sostiene que el desarrollo de la urbanización a nivel global—y con ello, de la industria de la construcción y del mercado inmobiliario— forma parte central de la estrategia del capital para sortear las crisis cíclicas de sobreacumulación. Es posible enmarcar el desarrollo de la industria de la construcción mexicana y boliviana — aunque con especificidades diversas— en este proceso más general.

Considerando todo el trayecto relatado, a partir de este determinado contexto histórico de progresiva incorporación de mujeres en el sector de la construcción y del contexto teórico que identifiqué y precisé en este capítulo, en esta tesis me propongo, como **objetivo general**, analizar la politicidad en el trabajo de mujeres que se insertan en el sector de la construcción en dos núcleos metropolitanos latinoamericanos: las capitales de México y Bolivia. En otras palabras, me interesa conocer cómo se ejercen las relaciones de poder en torno al trabajo de las mujeres en espacios históricamente masculinizados, como el sector de la construcción, poniendo énfasis en las experiencias de las mujeres trabajadoras y las formas de organización -formal e informal- que crean en torno al trabajo.

Los **objetivos específicos** son los siguientes:

- Analizar los sentidos en torno al trabajo (productivo y reproductivo) que construyen las mujeres insertas en el sector de la construcción;
- Explorar los sentidos en torno a la corporalidad e indagar cómo se construye la materialidad del cuerpo en el sector de la construcción;
- Analizar el proceso de trabajo y las formas de organizar el trabajo en el sector de la construcción para identificar cómo se estructura la división del trabajo;
- Identificar estrategias individuales y colectivas de las mujeres para enfrentar la dominación y explotación en torno al trabajo (productivo y reproductivo).

Entonces, un primer sentido en el que considero la politicidad es la forma en que se organizan a través del trabajo. Sin embargo, y como ya he mencionado, que el trabajo en la actual configuración histórica se constituye en y por relaciones de poder, de hegemonía subalternidad en términos gramscianos, un segundo sentido de politicidad que propongo, en términos más estrictos, refiere al campo de fuerza que se despliega en la vida cotidiana (Thompson 1984), y que imponen límites y presiones al accionar de las personas.

Metodológicamente, propongo abordar la politicidad en cuatro dimensiones: en primer lugar, una vinculada a la caracterización de las condiciones históricas de producción y existencia en las que desarrollan sus vidas las mujeres trabajadoras; en segundo lugar, en las prácticas y sentidos que se construyen, relacionalmente, en torno al sujeto trabajadora, como cuerpo sexo-generizado y racializado; en tercer lugar, en torno a los sentidos y prácticas en torno al trabajo y su organización en ámbitos productivos de la construcción y el ámbito doméstico-comunitario, y en cuarto lugar, a los modos de organizar lo colectivo como mecanismo de defensa de los intereses gremiales como trabajadoras.

Como herramienta conceptual de mediano alcance, recupero la categoría de “tecnología de poder” de Teresa de Lauretis, que refiere a los mecanismos o conjunto de efectos producidos en los cuerpos, en las acciones y en las relaciones sociales a partir del despliegue de, siguiendo a Foucault,

una *tecnología política compleja*. (Arteaga Bohrt 2018). En esos términos, prefiero hablar de una artesanía de poder a través de y en el trabajo, en el que se conjugan de modos específicos procesos de conformación de clase, de generización y racialización, a partir de los cuales se expresan diversos horizontes históricos.

1.2.2 La politicidad en el trabajo de las mujeres en el sector de la construcción en México y Bolivia

A nivel global, la industria de la construcción representa un sector clave para la colocación de los excedentes producto de la reproducción ampliada del capital y, por lo tanto, tiene un papel fundamental en los procesos de acumulación capitalista (Harvey, 2006). Constituye una actividad original donde los modos de producción y las relaciones entre los actores difícilmente pueden ser comparados a un sector industrial "clásico". Combina oficios tradicionales con la incorporación de tecnología de punta. Se la considera una "industria madre", debido a que sus ciclos de crecimiento repercuten en muchas otras industrias asociadas a ella (metalúrgica, maderera, extractivas de todo tipo, del cuero, del transporte, textil, siderúrgica, química).

La organización del trabajo en este sector productivo en América Latina se expresa en una serie de subcontrataciones de cuadrillas de trabajo, especializados en un oficio, que ingresan y salen del espacio laboral según el avance de la obra. Cada cuadrilla tiene un maestro mayor o contratista que coordina y es responsable del trabajo del equipo. A su vez, cada trabajador/a ingresa a la obra en una categoría específica (ayudante, semi-oficial, oficial, maestro, etc.) y puede, en algunas circunstancias, ascender de puesto en el mismo proceso de construcción de un edificio. El oficio se transmite *in situ*, generalmente de la mano del superior inmediato. Los mecanismos de reclutamiento se efectúan casi exclusivamente a través de la recomendación de algún conocido, por lo general, pariente, vecino, paisano o compadre.

Si bien los estudios referidos al sector de la construcción han sido fuente de preocupación en otras disciplinas (como la economía, el urbanismo, la arquitectura, la ingeniería, la medicina ocupacional), es necesario destacar que no constituye un objeto habitual de investigaciones en el campo de las ciencias

sociales; por lo que nuestra propuesta sostiene la necesidad de complementar estos análisis con estudios sociales en profundidad, atendiendo a las características peculiares del sector.

Un primer grupo de referentes sobre la industria de la construcción recogen las líneas y avances de conocimiento en el área en distintos países, con aportes interdisciplinarios: Carmen Bueno (1994) Bueno (1994), Priscilla Connolly (2007), Antonio Ziri3n P3rez (2013) en M3xico; Virna Rivero (2005) en Bolivia; Marta Panaia (2004), 3lvaro del 3guila (2015) en Argentina; Amalia Mauro (1986) en Ecuador, Nilton Vargas, Alain Morice, Helio da Costa Lima en Brasil.

En M3xico, el principal antecedente es el trabajo de Carmen Bueno (1994). La autora realiza una descripci3n amena de divisi3n del trabajo en el sector. Sostiene que “la estructura laboral en la industria de la edificaci3n habitacional requiere de una organizaci3n sin fronteras permanentes y con un alto grado de discontinuidad en la demanda de los trabajadores” (Bueno 1994). Y agrega que cuanto m3s compleja sea la obra, mayor ser3 la divisi3n del trabajo. Esta divisi3n, seg3n Antonio Ziri3n, se organiza por oficios, “casi siempre siguiendo un sistema de pares subordinados, basados en la confianza que se desarrolla entre ayudante y oficial, maestro y segundo, el arquitecto y el encargado de la obra, y as3 sucesivamente” (Ziri3n, 2013: 203).

El estudio “Los trabajadores eventuales de la industria de la construcci3n en Jalisco: tres estudios de caso” (1992) de C. Padilla Dieste, S. Lailson Zorrilla, y L. Gabayet Ortega, realiza una descripci3n densa de las historias de vida de trabajadores de la construcci3n, desde una perspectiva hist3rica. Dimitri Germidis (1974) aborda el trabajo y las relaciones laborales en ese sector. Un relevante y novedoso enfoque es la tesis de Antonio Ziri3n sobre la “cultura alba3nil” en la ciudad de M3xico. Virna Rivero (2005), a partir de un enfoque cualitativo, intenta desentra3ar las caracter3sticas de inserci3n laboral de alba3niles migrantes de 3reas rurales en construcciones grandes y peque3as en la ciudad de La Paz, Bolivia. Un referente desde la intersecci3n Antropolog3a e Historia es el de Lins Ribeiro (2006) que analiza las condiciones de vida y las visiones de los que estuvieron efectivamente involucrados en la construcci3n de Brasilia, entre 1957 y 1960 considerando su cotidianeidad, los modos de

reclutamiento y control que implicaba la organización del flujo migrante en base a las necesidades específicas del proceso productivo.

Otro grupo de estudios tienen como objeto de análisis el carácter migrante de la fuerza de trabajo en este sector industrial (Waisgrais y Sarabia; Vargas, 2005; Vargas y Trpin, 2005; Santos, 2010). Del Águila (2015) ha considerado el proceso migratorio de los trabajadores paraguayos en la industria de la construcción de Buenos Aires como un proceso de proletarianización que agudiza la subalternidad experimentada a partir de la condición migratoria. En otro estudio, Álvaro del Águila junto a Sebastián Bruno (2010) consideran que las marcadas desigualdades que se dan en tal inserción, responden a un mecanismo de explotación diferencial a la que éstos se ven sometidos. La pertenencia a un grupo de trabajo supone un lazo de lealtad indiscutible que implica el acatamiento de directivas relativas a la extensión (no remunerada) de la jornada laboral, el trabajo en los días no laborales, entre otras discrecionalidades. El capataz-contratista es el empleador directo del trabajador paisano (y por ende quien regula el acceso al trabajo) y quien paga el salario o jornal. Para entender este proceso proponen la categoría de “plusvalía étnica” definida por la coexistencia de tres factores: “estrechez sectorial en el acceso al empleo (donde se rompe con la lógica económica, dado que la fuerza de trabajo se distingue no por sus habilidades, sino por su adscripción étnica); mayor informalidad (donde se omiten “costos patronales” y beneficios indirectos del salario); sobreextensión de la jornada laboral (a la que se agrega el plustrabajo ya obtenido por el contratista en la jornada “normal” -pautada- de trabajo). Ésta, según los autores, constituye una magnitud extraordinaria de la plusvalía que repercute en la estructura de costos de la rama de la construcción.

En cuanto a la inserción de mujeres en el sector, las producciones son bastante escasas y hacen hincapié en la segregación por género para la inserción laboral de mujeres en la construcción (Toor y Ofori, 2011; English y Le Jeune, 2012; Ibañez, 2017). Un antecedente importante es la “Revisión internacional de estudios de barreras de carrera bajo la perspectiva de género en la industria de la construcción” (2016), de Navarro-Astor, Román-Onsalo e Infante-Perea. Los autores presentan en su análisis las diversas barreras identificadas en diferentes países.

En la intersección género y trabajo en otros sectores productivos, existen importantes producciones, como la síntesis elaborada por Mary Beth Mills (2003) que recoge etnografías producidas en Asia, África y América Latina sobre el tema. Especialmente retoma tres núcleos analíticos: 1) reclutamiento en base a patrones de género y disciplina laboral, 2) la movilidad transnacional y la mercantilización de trabajo reproductivo y 3) los efectos de género de los programas internacionales de ajuste estructural. Rosemary Crompton (1989) brinda luces importantes para entender la estructura ocupacional como socialmente construida, tanto por relaciones de género como por relaciones de clase, y otras dimensiones. Esta estructuración se produce de manera dinámica en la imbricación de estas relaciones, que la conforman de manera específica. En México, María Eugenia de la O (2006) analiza las distintas vertientes de análisis que se dieron sobre el estudio de las maquiladoras en México a lo largo de cuarenta años de la presencia femenina en este sector productivo. Sostiene que lo que demuestran dichos estudios es que “si la mujer se incorpora a algún sector laboral sin la cancelación de la diferencia sexual, su participación se reduce al manejo de estereotipos sobre su trabajo (Borderías, 2003). (...) El conjunto de estos estudios han posibilitado ir más allá de los ejes de la opresión y de la discriminación, permitiendo reconocer el cambio de las relaciones entre hombres y mujeres en el trabajo y la vida familiar a lo largo de casi cuarenta años” (De la O, 2006: 414)

En definitiva, las investigaciones antecedentes ponen en evidencia la existencia de redes sociales creadas en torno al trabajo, cimentadas en las experiencias migratorias de los obreros, de pertenencia a la misma comunidad etno-nacional, y los vínculos de amistad y parentesco, que se imbrican y sostienen las jerarquías en la estructura ocupacional. Ello permite, en última instancia, mantener constantes o incrementar los niveles de producción y productividad en el sector de la construcción, aun en contextos tan cambiantes.

Varios antecedentes de investigación (Aragón Martínez 2012; Bruno and Del Águila 2010; Bueno 1994; Marega 2012; Ziri6n P6rez 2013) resaltan la importancia de las relaciones de parentesco, vecindad, amistad, compadrazgo y paternalismo en la estructuraci6n de las relaciones laborales. Esto brinda caracteristicas especifcas a la organizaci6n y divisi6n del trabajo en la que se superponen permanentemente una cadena vertical de mando con redes

informales de parentesco (tanto sanguíneo como ritual, a través del compadrazgo) y de comunidades étnicas y nacionales. Sin embargo, son sumamente escasos los abordajes que ponen el centro de interés en una de las principales características del sector que refiere a la división social del trabajo según el género, específicamente la masculinización de la mano de obra. En tal sentido, existe un fuerte mecanismo de segregación horizontal, que expulsa o limita la participación de mujeres en el sector de la construcción, al tiempo que, aquellas que ingresan experimentan múltiples formas de segregación vertical (Goren 2017), con restricciones para acceder al oficio (Murayama 2002). Como sostiene Goren (2017) “los mecanismos que propician la segregación de las trabajadoras a los puestos poco calificados y peor remunerados, evidencian que las relaciones sociales de género son constitutivas de la división técnica del trabajo” (Goren 2017:10).

El ingreso de mujeres trabajadoras en este sector productivo ha tomado relativa visibilidad en la prensa en las últimas décadas, propiciado, sobre todo, por el acelerado desarrollo de la industria de la construcción en la última década y media, sin embargo, constituye un fenómeno histórico en nuestras sociedades latinoamericanas, aunque invisibilizado. Decidí centrarme en dos localidades de estudio: las zonas metropolitanas de la Ciudad de México (México) y La Paz (Bolivia). En ambos países, la participación de mujeres en el sector de la construcción fluctúa entre un 5 y 15% del total de trabajadores del sector, según el contexto económico y político. En Bolivia, la inserción de mujeres se remonta ya a inicios del segundo tercio del siglo XX, en el contexto de crisis de la Guerra del Chaco (1932-1935), y luego se vinculó con políticas públicas de empleo, hasta en los años más recientes que tuvieron protagonismo las organizaciones de cooperación al desarrollo y el boom de la construcción impulsado por las políticas del Movimiento al Socialismo liderado por Evo Morales. En México la inserción de mujeres se dio casi con exclusividad en el sector privado y se vinculó los planes de desarrollo inmobiliario en el Estado de México y en la última década, en la Ciudad de México. Una excepcionalidad del caso boliviano radica en que es el único lugar en América Latina en que las mujeres trabajadoras de la construcción se encuentran asociadas gremialmente, lo que expresa un escenario específico para la lucha de los derechos laborales y de las mujeres.

Ante tal fenómeno, me interesa analizar las experiencias en torno al trabajo de las mujeres obreras de la construcción³⁷ y el modo en que se configura una fuerza de trabajo específica. De manera particular considero la inserción de las mujeres en el proceso de trabajo en las fases de obra negra (desde los cimientos al emplazamiento de las columnas centrales y lozas de una construcción edilicia) y obra blanca (acabados, tareas de refinación, instalación de servicios, etc.).

A partir de este contexto, las preguntas que articulan mi investigación son: ¿Cómo se configura la fuerza de trabajo femenina en el sector? ¿Qué formas y dinámicas organizativas se dan en torno al trabajo productivo y reproductivo? ¿Cómo se configuran localmente los regímenes de género y cómo inciden en el trabajo en la construcción en la Ciudad de México y en La Paz (Bolivia)? ¿De qué manera se producen y reproducen las relaciones de poder en la industria de la construcción? ¿Qué efectos tiene la participación de las mujeres en la industria de la construcción, en las relaciones de poder y autoridad en sus familias? ¿Cuáles son los nudos críticos de desigualdades que se generan a partir del trabajo de las mujeres en el sector de la construcción?

Esta investigación pretende llenar un vacío de conocimiento sobre la experiencia de las mujeres trabajadoras en la industria de la construcción, de las cuales casi no existe producción académica. El abordaje de la antropología feminista del trabajo me permite un análisis situado y riguroso de las desigualdades y múltiples violencias que se inscriben en los cuerpos de las mujeres trabajadoras, en contextos en que la matriz colonial/patriarcal/capitalista de poder (Cumes 2014; Rivera Cusicanqui 1996; Segato 2010a) permea y da forma a las estructuraciones sociales bajo diversas formas de opresión, dominación y explotación. Tal como plantean los enfoques feministas, “la reproducción de la vida material en toda su complejidad articula las disputas contemporáneas; contemplarla desde los lugares más precarios se torna entonces una obligación ética y un impulso para la transformación del conjunto” (Vega Solís, Martínez Buján, and Paredes Chauca 2018).

³⁷Indistintamente en este proyecto hablaré de mujeres, albañilas, obreras o trabajadoras para referirme a este grupo laboral.

1.2.3 ¡Manos a la obra! Estrategia metodológica

1.2.3.1 Trabajar en la capital más grande de América Latina

El trabajo de campo sistemático lo llevé a cabo desde junio a diciembre de 2018 en Ciudad de México y algunos municipios del Estado de México, y de enero a fines de agosto de 2019 en La Paz y El Alto, en Bolivia.

En la Ciudad de México, las primeras entradas al campo las realicé en dos obras de gran magnitud. Mis referencias empíricas fueron las obras en construcción de dos plazas comerciales. La primera ubicada en Jardines del Pedregal, una colonia de la Delegación Álvaro Obregón, al suroeste de la Ciudad de México, al cual visité en dos ocasiones, en marzo y abril de 2018. El centro comercial se inauguró el 9 de marzo de ese año y fue cerrado el 12 de julio debido a un colapso de una parte de la estructura.

La segunda fue una plaza comercial ubicada en el fraccionamiento Ciudad Satélite en el municipio de Naucalpan de Juárez, Estado de México, la que visité el 3 de mayo de 2018. Ambos proyectos estaban bajo la gestión de una conocida firma de arquitectos que lleva más de 50 años en el negocio inmobiliario. La posibilidad de acceso me la brindó una amiga quien me contactó con una de las arquitectas encargadas de ambas obras.

En cada visita recorrí las instalaciones y entrevisté a mujeres trabajadoras de limpieza de obras, herreras y arquitectas, así como ingenieros, arquitectos y albañiles. El 3 de mayo, además, tuve oportunidad de participar del festejo de la Santa Cruz, una festividad religiosa en la que también se celebra el día del albañil en México.

Además de los centros comerciales, durante los 6 meses siguientes realicé observación participante en diversos espacios laborales en la Ciudad de México, predominantemente en colonias del sur de la ciudad.

Entre ellos puedo mencionar:

La remodelación de una residencia particular ubicada en la zona de Taxqueña, Delegación Coyoacán, al sur de la Ciudad de México;

- una remodelación en un fraccionamiento privado en la Colonia Colinas del Bosque, también al sur, considerada como una de las zonas más caras de la Ciudad de México;

- tres visitas a la reconstrucción de departamentos en el conjunto Girasoles, en Villa Coapa, que habían sido afectados por el terremoto de septiembre de 2017³⁸;
- la construcción de un hotel sobre Av. Tlalpan, Delegación Benito Juárez, en la región centro de la ciudad;
- la remodelación de un edificio en el centro de la Delegación Tlalpan;
- y el trabajo de pintura e impermeabilización, durante 3 jornadas, en la Colonia La Fama, también de la Delegación Tlalpan.

Podría clasificar las obras visitadas en tres tipos:

- 1) grandes obras como las plazas comerciales, en las que durante todo el proceso participan, a veces, hasta miles de trabajadores, contratados por contratistas que a su vez son contratados por una gran empresa;
- 2) remodelaciones más pequeñas, en las que trabaja un grupo pequeño de trabajadores hombres y mujeres (de 5 a 7 personas) contratados por un contratista de obra gruesa u obra fina;
- 3) trabajos específicos del oficio de la construcción, por ejemplo, colocación de instalaciones eléctricas, impermeabilización, pintura, etc. desarrollados por uno, dos o tres trabajadores.

³⁸ El 19 de septiembre de 2017 ocurrió un terremoto que tuvo su epicentro en Morelos, a 120 km de la Ciudad de México y contó con una magnitud de 7.1 en escala de Richter. Coincidentemente, ese mismo día se conmemoraban 32 años de uno de los eventos sísmicos más fuerte en la historia del país, en 1985. El sismo de 2017 destruyó más de 12 mil inmuebles y dejó a más de 30000 personas afectadas (Sánchez, Gabriela, “Estima el gobierno que hay más de 30 mil personas damnificadas por el terremoto”, 20-8-2018, La Jornada).

Ilustración 1 Mapa Zona metropolitana del Valle de México

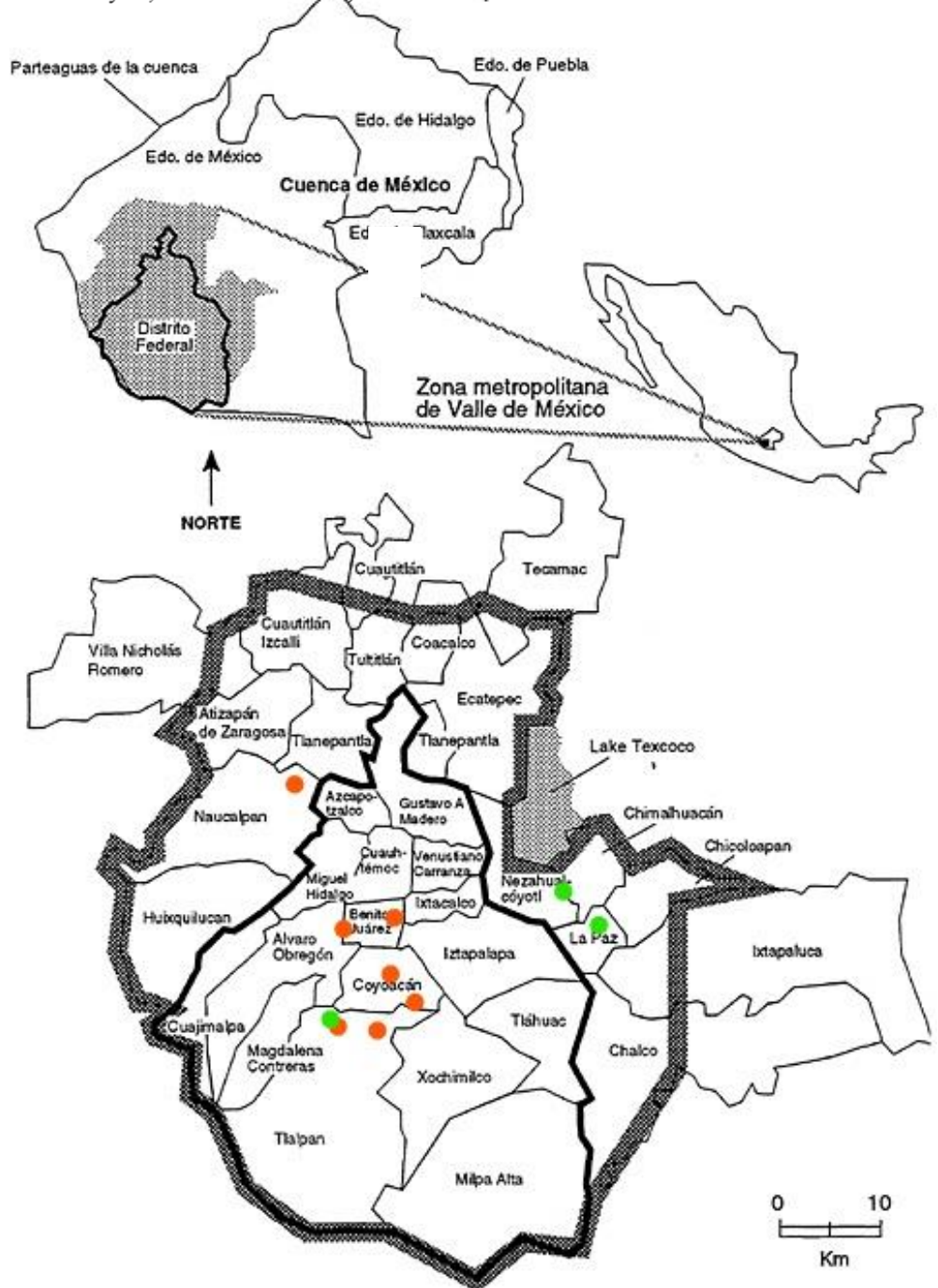
Espacios etnográficos:

Obras en construcción:

- Plazas comerciales (Pedregal y Ciudad Satélite)
- Residencia particular en Taxqueña (Coyoacán)
- Fraccionamiento Colinas del Bosque (Tlalpan)
- Complejo Girasoles, Coapa (Tlalpan)
- Hotel, Calz. Tlalpan (Benito Juárez)
- Impermeabilización B° La Fama (Tlalpan)

Hogares:

- Col. Techachaltitla (Los Reyes La Paz, Estado de México)
- Col Esperanza (Nezahualcóyotl, Estado de México)



A diferencia de lo que sucedería en Bolivia, donde existen, además de las mixtas, cuadrillas de trabajo conformadas sólo por mujeres, en México todos los grupos de trabajo estuvieron integrados por hombres y mujeres. Ello me permitió observar las dinámicas relacionales entre ellos durante la jornada laboral.

El acceso a los espacios de trabajo y las entrevistas en las obras de Taxqueña, Colinas del Bosque y el conjunto Girasoles lo obtuve a partir del contacto que mi directora de tesis me proporcionó con un contratista albañil. Él suele contratar a mujeres para la obra fina. De allí procedí a utilizar la técnica de “bola de nieve”, solicitando información para contactar a mujeres trabajadoras de la construcción y otros actores claves. Por otro lado, a otros espacios etnográficos accedí por intermedio de amigas, una de las cuales tiene su padre que es contratista de la construcción en el Estado de México, y otra con quien yo jugaba al fútbol en una liga barrial en Tlalpan (sur de la Ciudad de México). Estas personas, a su vez, me presentaron a otras a quienes contacté en diversas instancias.

Una dificultad significativa ha sido la imposibilidad de permanecer tiempo suficiente en los lugares de trabajo. En varias ocasiones, me permitieron realizar las entrevistas, recorrer el lugar, pero cuando acordaba regresar para permanecer en su cotidianidad, por diversos motivos, me negaban la posibilidad. Paralelamente, la profundización en el debate sobre la teoría de la reproducción social, y, sobre todo, la orientación de mi directora de tesis, me hicieron ver la importancia de ampliar la mirada e indagar en el ámbito reproductivo. Analizar cómo se modifican las relaciones familiares, las relaciones de autoridad, de provisión, los roles de género, cuáles son las condiciones de habitacionalidad, de alimentación, educación, para conocer la dinámica de reproducción de la fuerza de trabajo.

Mi intención era conocer los ámbitos del hogar y barriales de las mujeres que conocía en las obras. Sin embargo, con excepción de Olga, una trabajadora que vive y trabaja en Coapa, en la Delegación de Coyoacán (sur de la Ciudad de México) quien me invitó a la boda de su hermano al regresar de Bolivia, no he logrado acceder. Esta imposibilidad será ser incluida como elemento analítico en el desarrollo de la tesis.

Para saldar tal dificultad, realicé visitas a los hogares de otras mujeres que por mucho tiempo habían trabajado en la construcción. Cuatro de las mujeres con las que estuve en sus ámbitos domésticos, viven en la Colonia Techachaltitla, en el municipio de Los Reyes, La Paz, situado en el oriente del estado de México y al occidente de la Ciudad de México. Además de eso, realicé recorridos y mantuve charlas informales con pobladores de una zona conocida como Las Vías, en el límite entre Nezahualcóyotl y Chimalhuacán, Estado de México.

Las mujeres trabajadoras que entrevisté en Techachaltitla, trabajan en obras desde hace más de 20 años, principalmente de limpieza, aunque esporádicamente se insertan en oficios como albañilería, herrería, carpintería y tablarroqueras³⁹. Se conocen porque son vecinas y algunas, parientes entre sí. Ellas comenzaron en los megaemprendimientos de construcción de viviendas sociales en el Estado de México a mediados de la década de 1990. Por contacto de una amiga, comenzó una de ellas y progresivamente fue invitando a otras amigas, vecinas y familiares que andaban buscando empleo y preferían lugares de trabajo cercanos a sus hogares para poder cuidar a sus hijos. Por esa misma red, todas ellas ingresaron a trabajar en los proyectos de Casas GEO, Casas BETA y Consorcios ARA, especializadas en vivienda social, como mencioné.

Las mujeres que entrevisté en sus lugares de trabajo, en la Ciudad de México, especialmente en las colonias del sur de la ciudad, también señalaron que comenzaron a trabajar de limpieza en obras de la construcción cercanas a sus lugares de residencia. Excepción fueron las cuatro que trabajaban en una remodelación de un hotel, por Calzada de Tlalpan cercano al metro Nativitas, quien debían movilizarse entre dos y tres horas para llegar a su trabajo desde el Estado de México (Ixtapaluca, Chimalhuacán, Los Reyes La Paz).

El contratista conocido de mi directora, me presentó a cuatro mujeres. Dos de ellas con más de 20 años trabajando en el sector, y otras dos, con algunos meses. Olga, de las primeras, me llevó a dos remodelaciones en la

³⁹ La tablarroca, llamada así por una de las marcas comerciales más conocidas, es un material de la construcción muy utilizado en México que consiste en una placa de yeso laminado entre dos capas de cartón. Como veremos más adelante, el ingreso de la tablarroca al mercado mexicano propició en parte, la dedicación de mujeres en este sector.

Villa Coapa, en las que trabajaban compañeras y sus hermanas. Se dedicaban a la pintura y a resanar.



Ilustración 2. Dulce, pintora y resanadora, en obra Ed. Girasoles, Coapa, Ciudad de México 15-10-18

De las mujeres entrevistadas en México, en términos etarios, puedo distinguir dos rangos. Uno de mujeres entre 40 y 60 años, que se insertaron de manera intermitente en el sector de la construcción, en la limpieza gruesa (de obra gruesa u obra negra, que consiste en levantar escombros y restos de materiales) o en la limpieza fina (de obra fina o también llamada de obra blanca, que refiere a la limpieza de desechos de revoques, pintura, etc.). Y otro grupo de mujeres más jóvenes (entre 20 y 40) que se incorporan más recientemente, desde un par de meses antes de la entrevista hasta unos 4 o 5 años, a diferencia del grupo anterior que cuentan con incluso 2 o 3 décadas. La gran mayoría tiene hijos y son las principales proveedoras del grupo familiar, siendo ésta la motivación que principalmente expresan para trabajar en el sector.

Durante el trabajo de campo en México, además de las instancias de observación participante, realicé un total de 40 entrevistas. Específicamente, realicé 30 entrevistas a 25 mujeres (3 arquitectas, las demás eran trabajadoras de obra –la mayoría de limpieza, pero también herreras, pintoras, marmolera,

tablarroqueras, carpinteras, albañilas), y entrevistas a 10 hombres (4 contratistas –albañilería, mármol, acabados-, 5 arquitectos, 1 organizador sindical).

1.2.3.2 Trabajar en la capital más alta de América Latina

El 15 de enero llegué a La Paz, ciudad capital de Bolivia, para realizar el trabajo de campo en la segunda instancia etnográfica. La Dra. Claudia Zamorano me había contactado con varias personas del ámbito de la construcción. A mi llegada, renté un cuarto en un departamento en el barrio céntrico de Sopocachi.

En La Paz me reuní con la Dra. Fernanda Wanderley, quien me recibió como tutora externa en el Instituto de Investigaciones Socioeconómicas de la Universidad Católica Boliviana.⁴⁰ Fernanda me brindó asesoría sobre el estado de la cuestión de mi problemática y puso a mi disponibilidad importantes contactos para acceder al campo. Entre ellos, a la ONG Red Hábitat quien impulsó desde hace más de 10 años la organización gremial de mujeres trabajadoras de la construcción. Este acceso definió significativamente el desarrollo del trabajo de campo posterior. Por un lado, me abrió las puertas para contactar a un gran número de mujeres que se dedican a la construcción, y que están o estuvieron vinculadas a ASOMUC (Asociación de Mujeres Constructoras de La Paz y El Alto). Asimismo, me brindó otros contactos relevantes y la posibilidad de participar de las actividades de ASOMUC. Por otro lado, eso significó que, a cambio, yo colaboraría con la elaboración de algunos productos informativos y de difusión para la ONG.

⁴⁰ Agradezco a las profesoras de la Línea de “Diversidad cultural, etnicidad y poder” del CIESAS, muy especialmente a Rachel Sieder y María Teresa Sierra, que me pusieron en contacto con Ana Cecilia Arteaga Bohrt, quien a su vez me vinculó con Fernanda Wanderley. Agradezco a todas por el apoyo y las gestiones.

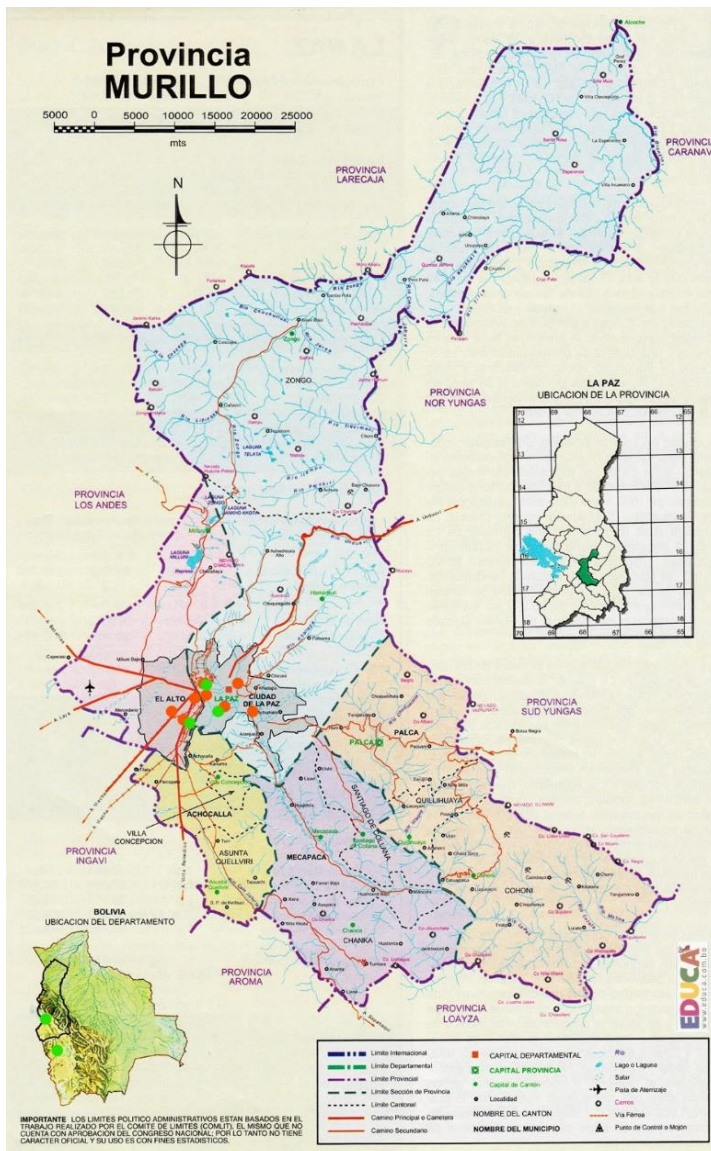


Ilustración 3 Zona Metropolitana de La Paz

Espacios etnográficos:

-Espacios laborales

- Jornadas de trabajo de estuqueado, pintura, albañilería
- Jornada de trabajo con cuadrillas mixtas y cuadrilla de mujeres en GAMLP.
- Ayni entre mujeres
- Autoconstrucción

-Hogares (actuales y lugares de origen)

Visitas prolongadas en varios hogares, 2 viajes a lugares de origen, varios partidos de wally, mercados, ámbitos comunitarios, escuelas, fiestas y celebraciones familiares.

-Espacios de participación política

Asambleas, marchas, eventos públicos, actos políticos

La primera experiencia de observación relevante fue la visita a una obra en construcción en la ciudad de El Alto⁴¹, el martes 22 de enero de 2019. Marco Paladines, un compañero sociólogo que analiza las expresiones de la nueva arquitectura andina y estudia el fenómeno de los *cholets*, me invitó a pasar el día recorriendo algunos lugares de El Alto.

En los días siguientes, la responsable del proyecto “Mujeres en la Construcción hacia su Empoderamiento Político y Económico” de la ONG Red Hábitat, me invitó al 2º Encuentro Nacional de Mujeres Constructoras que se realizaría entre el 6 y 10 de febrero en Santa Cruz de la Sierra, en el oriente boliviano. Viajé en bus durante 20 horas de ida, y otras 20 de regreso, con más de 30 mujeres de El Alto y La Paz trabajadoras de la construcción. ¡Un gran comienzo para el trabajo de campo! En Santa Cruz esperaban otras 30 mujeres de Santa Cruz, Cochabamba, Tarija, Potosí, Sucre, Oruro, Pando, Beni. Su propósito era compartir experiencias y potenciar sus capacidades para el conocimiento y ejercicio de sus derechos laborales.

Fue una gran oportunidad para conocer las problemáticas de las mujeres constructoras del país y la dinámica de las relaciones en la construcción gremial a nivel nacional. Además de acercarme a sus experiencias, los 5 días del Encuentro me permitieron analizar la relación entre ASOMUC y diversas instituciones, como la ONG Red Hábitat, la OIT, ONU Mujeres, las cámaras de la construcción. El último día se realizó una asamblea en la cual se constituyó la Asociación Nacional de Mujeres Constructoras, AMUCBOL, que sienta antecedentes a nivel mundial en la organización de mujeres constructoras. En esa instancia entrevisté a algunas de ellas y acordé ir a visitarlas en los siguientes días.

Un mes después del Encuentro se llevó a cabo la Asamblea de ASOMUC, en la ciudad de La Paz, en las oficinas de Red Hábitat. La reunión se extendió por 5 horas. Participaron aproximadamente 30 mujeres constructoras. Esta instancia me permitió reconocer algunas características de su organización y funcionamiento de la asociación, las prácticas políticas y

⁴¹ El Alto comenzó siendo un barrio de la ciudad de La Paz. Esta última se encuentra en un valle, a 3640msnm., conocido como “la ollada”, por su forma, y El Alto, está ubicado en la meseta altiplánica a una altura de 4150 msnm. En 1985 se autonomiza y se transforma en ciudad. Actualmente tiene más habitantes que La Paz.

otras dimensiones vinculadas, por ejemplo, a la sobrecarga de trabajos de cuidado de las mujeres.

En febrero viajé a Parcopata, una pequeña comunidad que pertenece al Distrito 8 de El Alto, en Senkata. Allí entrevisté a Elisa, una mujer de pollera que se reconoce como aymara, que desde hace 3 años trabaja en la construcción. Por una hora y media la entrevisté y luego me llevó a recorrer su casa, construida por ella con ayuda de su hija. Con Eli también viajé a la comunidad donde había nacido y donde reside su padre, durante una semana.

A diferencia de México, en Bolivia logré acceder a diversos ámbitos (productivos, reproductivos y comunitarios) de varias mujeres para conocer la cotidianidad de sus vidas y experiencias, los vínculos, las prácticas y la multiplicidad de actividades que realizan. La posibilidad de permanecer con ellas, de “estar ahí”, como instancia privilegiada del trabajo etnográfico, ha generado un acercamiento más profundo y fortalecido la confianza y los vínculos. La participación en eventos públicos, manifestaciones o asambleas de ASOMUC, han hecho lo mismo. A modo de recuento, puedo mencionar algunas otras instancias etnográficas relevantes:

- Asistencia a fiestas patronales del barrio donde reside Elisa y Lucy (dos maestras constructoras), en Senkata, El Alto. Allí pude observar la dinámica de redes de mujeres, especialmente entre vecinas, y el vínculo permanente que tienen varias de las mujeres constructoras con sus lugares de origen. Suelen ir frecuentemente a sus comunidades a estar pendientes de los procesos del ciclo agrícola y para abastecerse de lo que producen o comprar en las ferias de los pueblos. Generalmente, son estas redes las que proveen información sobre posibles trabajos en las obras.
- Jornada de trabajo de estuqueado en el hogar de Elisa. En El Alto, Eli construyó su propia casa. Durante una jornada completamos el trabajo de revestimiento (estuqueado) de un cuarto.
- Jornada de trabajo de pintura de la empresa Warmicons (conformada por socias de ASOMUC) en Condominios Whipala, El Alto. Fue otra jornada completa de trabajo, esta vez, con el grupo de 3 socias de ASOMUC que ha decidido conformar una empresa para aplicar a los concursos de obras públicas del Estado.

- Jornada de trabajo de varias cuadrillas en la Unidad de Mantenimiento de Infraestructura Urbana del Gobierno Municipal Autónomo de La Paz. A diferencia de lo que observé en México, donde las mujeres no trabajan bajo relación directa para el Estado, en Bolivia un número significativo de trabajadoras están empleadas en los Gobiernos Municipales. En el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz (GAMLPA), sólo una cuadrilla está conformada únicamente por mujeres, todas maestras. El resto de cuadrillas son mixtas, y las mujeres son ayudantes. Con varias de estas cuadrillas compartí una jornada entera (de 7 a 17 hs).
- Jornada de trabajo en pintura con dos socias de ASOMUC en departamento particular. Otro tipo de trabajo que realizan las mujeres constructoras independientes en La Paz y El Alto, son obras de remodelación pequeñas o pintura y acabados. Dos de ellas pintaron un departamento completo, durante 3 días.
- Jornada de trabajo de vaciado de losa en Mercado KM 7, a cargo de maestra albañil. Marta, quien, además de maestra albañil es Maestra Mayor del Mercado KM 7, organizó una jornada de vaciado de losa en su mercado. Varias socias del mercado colaboraron.
- Ayni en casa de una socia de ASOMUC. El ayni es una práctica ancestral basada en la reciprocidad. Como desarrollaré en el capítulo 4, es una de las formas organizativas que las mujeres adoptaron para aprender el oficio en la construcción.
- Visita a una obra en construcción en Sopocachi y entrevista con arquitecta.
- Participación con ASOMUC en la Marcha del 8 de marzo (Conmemoración por el Día de la Mujer), en el Desfile del 1 de mayo (Día de los y las trabajadoras) y en el Desfile del 16 de julio (Aniversario de la Revolución Independentista o Revolución de La Paz). El acompañamiento a las socias de ASOMUC en diversas actividades, me ha permitido acercarme a los conflictos, retos y potencialidades de las estrategias de organización gremial que desarrollan.
- Celebración Día del trabajador y la trabajadora constructora (26 de abril) y entrega de certificados de capacitación. Las relaciones y alianzas que

ASOMUC y Red Hábitat entablan con distintas fuerzas políticas de la sociedad civil y del Estado, se pusieron de manifiesto en estos actos de celebración del Día del Albañil.

- Acto en la Casa del Pueblo durante presentación que el gobierno nacional realizó de una nueva Ley de Seguro de Vida para constructores, con presencia de la Federación de Constructores, la Central Obrera Boliviana y el presidente Evo Morales.
- Tres asambleas de ASOMUC.
- Evento organizado por ONU Mujeres sobre experiencias exitosas de mujeres constructoras, en el que invitaron a ASOMUC y Red Hábitat que relaten su experiencia.
- Evento organizado por la ONG Red boliviana de Mujeres Transformando la Economía (REMTE) para la incidencia del C190 de la OIT en contra de la violencia de género en los lugares de trabajo.
- Participación en varios partidos de *wally*⁴² con Reyna, maestra pintora, de 24 años y una de las referentes más jóvenes de ASOMUC. Con ella compartimos varios espacios, durante su participación política, y en su casa, en sus trabajos. Con Reyna y con su madre Isabel también viajamos a su comunidad de origen, Guaqui, un poblado muy cercano al Lago Titicaca. Su mamá también ha sido trabajadoras de la construcción. Sin embargo, debió dejarlo después de un grave accidente.

⁴² El wally es un juego boliviano muy similar al vóley. Este deporte se juega en una cancha cerrada donde los jugadores pueden usar las paredes para hacer rebotar la pelota.



Ilustración 4 Asamblea Asomuc. La Paz. 9-3-19



Ilustración 5 Interior y exterior de la casa de Elisa, en El Alto. 28-2-19

Durante los 7 meses de estancia en La Paz, realicé entrevistas colectivas e individuales a mujeres trabajadoras de la construcción, contratistas, maestras, contra maestras y ayudantes, que trabajan de manera independiente y en el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz. En total realicé entrevistas en profundidad a 35 trabajadoras de La Paz y El Alto, y a 11 mujeres de Santa Cruz, Oruro, Sucre, Potosí, Cochabamba, Riberalta y Tarija.

Las entrevistas tuvieron el objetivo de caracterizar sus trayectorias de vida y laborales, identificar los sentidos del trabajo (tanto el productivo como el vinculado a la reproducción social), los significados normativos, emotivos, morales, estéticos, cognitivos otorgados a los cuerpos y al trabajo.

Tuve una entrevista colectiva con la Directiva de ASOMUC con el objetivo de conocer la historia de la asociación y las estrategias de organización gremial, así como también las trayectorias políticas de las dirigentas.

A partir de realizar un curso intensivo de aymara con el Prof. Juan de Dios Yapita⁴³, que duró dos meses, realicé dos entrevistas en esa lengua, a mujeres constructoras aymaras sobre cómo se construían las casas antiguamente y cómo es en la actualidad.

Entrevisté también a dos arquitectos y una arquitecta, sobre la forma de organizar el trabajo en la construcción y las representaciones de género, al Secretario Municipal de Infraestructura Pública y dos jefes de personal de las cuadrillas de la unidad de mantenimiento urbano, al Secretario Ejecutivo de la Federación Nacional de Trabajadores de la Construcción, Valerio Ayaviri y representantes de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en Bolivia. Durante los 6 meses también he entrevistado a 10 especialistas académicos en la temática de trabajo y género.

1.2.3.3 Fotoelicitación y video documental

Tal como había propuesto en el proyecto, realicé un ejercicio de fotoelicitación con Bety, una mujer de 62 años, mi compañera de fútbol, y contratista de pintura e impermeabilización desde hace más de 30 años, que vive en Tlalpan, al sur de la Ciudad de México. La técnica de fotoelicitación (Harper 2002)

⁴³ Lamentablemente, recibí la noticia de su fallecimiento en junio de 2020.

consiste en mostrar a la entrevistada imágenes u objetos de ella misma, y pedirle que hable sobre lo que ve. En este caso, las imágenes habían sido tomadas por ella en el transcurso de más de 20 años. La mayoría eran fotos de su trabajo. A ella le sirven para mostrar y publicitar su trabajo y experticia a potenciales clientes. Observando fotografías, Bety recordó sus inicios en el trabajo, los sentidos sobre él y sobre su cuerpo, sus dificultades y logros, las relaciones que entabla con sus trabajadores y con su familia, su experiencia como mujer lesbiana, entre otras dimensiones.

Filmé el ejercicio de fotoelicitación y, además, rodé escenas de su trabajo mientras impermeabilizaba el techo de una casa. En otra instancia, la registré en su otra gran pasión que es el fútbol. Ella juega y es dueña de un equipo barrial popular, desde hace más de 20 años, en la Liga del campo Xóchitl, una cancha de fútbol ubicada en la Col. La Fama, en Tlalpan.

En México, además de Bety, realicé una fotoelicitación a mujeres entrevistadas en Coapa y Tlalpan con una fotografía de Bernice Kolko, de 1958, tomada ese año en Ciudad de México, que lleva por nombre *Bricklayer women*.

En Bolivia, acompañé a dos maestras constructoras (Eli y Reyna) durante jornadas de trabajo, en sus hogares, durante compras en ferias barriales, durante las asambleas. Con ambas practiqué ejercicios de foto elicitación.

Registré bastante material audiovisual, en los lugares de trabajo, en sus hogares y comunidades, trasladándome con ellas, a sus comunidades de origen en Bolivia, o durante las asambleas. Ello significó un proceso que colaboró con el registro de la información, y operó en el análisis como un importante ayuda memoria, y, sobre todo, fungió como una oportunidad relevante para trabajar los procesos de auto-representación.

Durante el transcurso del trabajo de campo, tuve la asesoría audiovisual de la Dra. Carolina Corral, a quien agradezco mucho dicho acompañamiento.



Ilustración 6 Fotoelicitación en México y Bolivia

En términos generales, preciso mencionar que las características del acceso a ambas localidades de estudio fueron diferenciales. La experiencia de campo en México estuvo atravesada por la dispersión de las mujeres que se insertan en el sector, a diferencia del gran acceso que tuve en Bolivia a partir del contacto con la Asociación de Mujeres Constructoras (ASOMUC) y Red Hábitat. Eso me permitió tener corpus documentales diferentes, con mayor profundidad en Bolivia. Estas características que adquirieron ambas instancias etnográficas del campo también hablan de dinámicas sociales disímiles. El proceso de organización y participación política fue, sin duda, una de las grandes diferencias entre ambos campos.

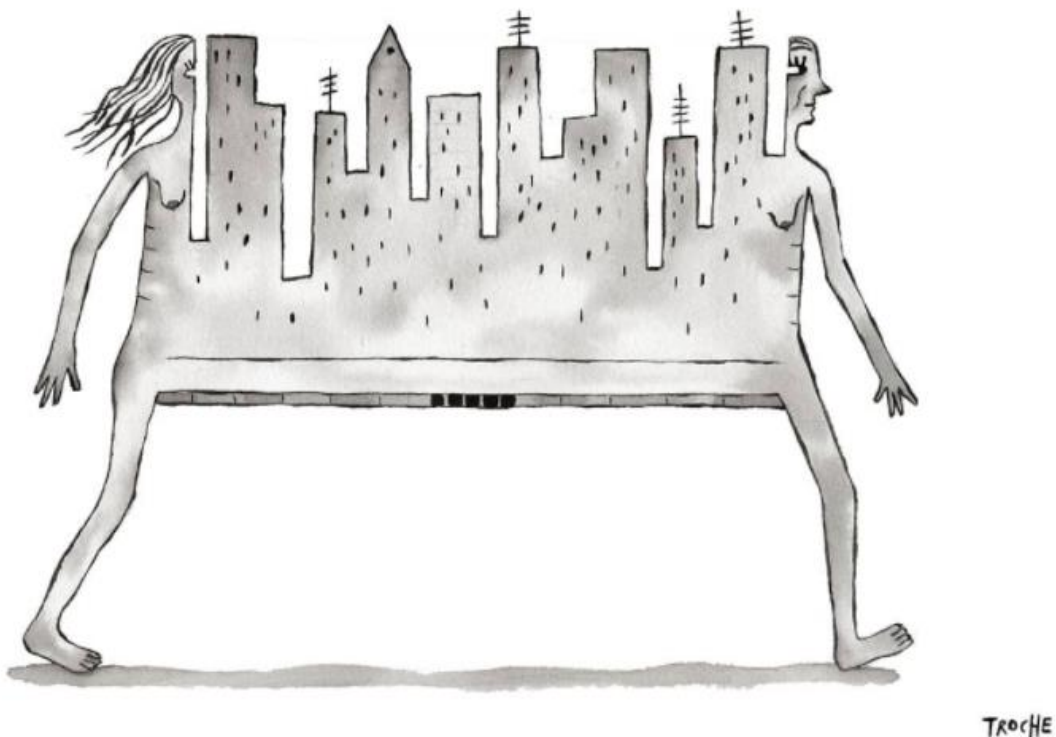
Por otro lado, en México, si bien logré acceder a espacios laborales, y luego a espacios domésticos, las mujeres que visité y entrevisté en las obras, no son las mismas que las que conocí en sus hogares. En Bolivia, en cambio, pude acompañar la cotidianidad de las mismas mujeres constructoras en sus espacios laborales tanto como en los domésticos y comunitarios.

A pesar de esas limitaciones, la experiencia de trabajo en campo en México tuvo un potencial analítico relevante. Especialmente, al poner en tensión y contrapunto la experiencia en Bolivia. El carácter abierto y comparativo de la antropología, que señala Ingold (2016), adquiere posicionalidad aquí al mostrar, en cada instancia etnográfica, “cómo en cada momento de la vida social se despliega toda una historia de relaciones de la cual esta es el resultado transitorio” (Ingold 2016:219). Eso implica buscar formas creativas, tanto para interrogar lo que damos por sentado, como para transformarlo.

Sin duda, los 6 meses de trabajo de campo en la Ciudad de México y algunos municipios del Estado de México, y los 7 meses en La Paz y El Alto, en Bolivia, constituyen una experiencia profundamente transformadora. Si acordamos en que “a investigar, se aprende investigando”, como todo oficio, el proceso de trabajo de campo ha sido un gran taller para ello. Fueron muchas las dificultades, errores, rehaceres, emparches y construcciones cotidianas. En todo caso, son parte constitutiva de mi proceso de calificación laboral, como aprendiza del oficio de construcción de conocimiento antropológico.

CAPÍTULO 2

GANANDO ESPACIO EN EL TIEMPO. DINÁMICA HISTÓRICA DE LA INSERCIÓN DE MUJERES EN EL SECTOR DE LA CONSTRUCCIÓN EN MÉXICO Y BOLIVIA



2.1 Introducción: Temporalidades yuxtapuestas, historicidad y poder

En este capítulo propongo desarrollar el proceso de inserción histórica de las mujeres en el sector de la construcción en ambos países. Parto de las experiencias concretas de las mujeres entrevistadas, caracterizando los procesos históricos que propiciaron o limitaron el ingreso al sector de la construcción. Las mujeres trabajadoras en nuestra Latinoamérica han debido abrirse caminos en mercados laborales colonial y patriarcalmente estructurados.

En cada localidad de estudio, la inserción de las mujeres obreras en el sector de la construcción presentó dinámicas intermitentes, y se configuró en la interrelación de procesos consustanciales. En este capítulo reconozco y abordo aquellos vinculados con la dinámica del desarrollo de la urbanización en ambos núcleos metropolitanos, las políticas públicas de ordenamiento urbano, así como también la intervención de los Estados a través de políticas laborales y de protección social específicas. Además, identifiqué procesos vinculados a las dinámicas familiares que ponen de relieve las relaciones jerárquicas entre los géneros. Y de modo relacional, retomo las motivaciones personales y subjetivas de las mujeres por las que ingresan al sector de la construcción.

Estructuro el capítulo en dos grandes apartados. En el primero caracterizo tal dinámica en la Zona Metropolitana del Valle de México, y en el segundo, hago lo mismo para la Zona Metropolitana de La Paz, en Bolivia. En tal sentido, este capítulo constituye el único de la tesis en el que la estructura analítica seguirá un criterio geográfico, ya que me interesa dar cuenta de las especificidades locales. Los siguientes estarán vertebrados por temáticas analíticas, poniendo permanentemente en tensión ambas localidades de estudio.

Haciendo este recorrido histórico y analítico intento poner de relieve los procesos de invisibilización histórica que operaron sobre la participación de las mujeres constructoras de ciudades, y en última instancia, constructoras de mundo.

2.2 Urbanización, violencia e inserción tardía de mujeres en la construcción en México

En el capítulo anterior mencioné que en México tuve mayor dificultad para contactar a mujeres trabajadoras de la construcción que en Bolivia. Esto me llevó a generar una estrategia conocida como “bola de nieve” en la que cada mujer entrevistada, me contactaba a su vez con otras conocidas. Por supuesto, eso generó un sesgo ya que accedí a trabajadoras que estaban conectadas entre sí por diversas redes, ya sea familiares, de vecindad o laborales. Lo rico de tal estrategia, sin embargo, fue la posibilidad de acceder al modo en que se

despliegan tales relaciones en esas redes, principalmente entre mujeres, y que permiten evidenciar la relevancia en el sostenimiento cotidiano de la vida estructurado en torno al trabajo (los trabajos). Identifico que esta oportunidad de apertura e incompletud en el trabajo de campo es justamente a lo que se refiere Marilyn Strathern (2000) como la *raison d'être* de la investigación etnográfica y que está basada en la naturaleza de lo que estudiamos, de carácter contradictorio, ambiguo y en permanente creación como son las relaciones sociales, las prácticas y narrativas.

Este recorrido en el trabajo de campo de México, me llevó a identificar dos grupos generacionales entre las 25 mujeres que tuve oportunidad de realizarles entrevistas en profundidad. El primer grupo de mujeres –entre 40 y 60 años- que comenzaron a trabajar en el sector desde hace entre 20 y 30 años (1990-2000); y otro grupo, mayoritariamente de mujeres entre 25 y 40 años, que se incorporó en los últimos 5 años.

Entre el primer grupo se encuentran aquellas que entrevisté en la Colonia Techachaltitla de Los Reyes – La Paz, al oriente del Estado de México y que son vecinas entre sí; además algunas de las que trabajaban en la remodelación de un departamento afectado por el sismo de 2017 en una colonia al sur de la Ciudad de México, y que tienen 39 y 43 años de edad (empezaron a sus 16 o 17 años a hacer trabajos de albañilería con sus familiares), y una pintora e impermeabilizadora que trabaja por cuenta propia en tal actividad desde hace 30 años, en Tlalpan, también al sur de la Ciudad de México.

En el otro grupo de mujeres, generalmente más jóvenes, la mayoría se insertó recientemente (entre 2016 y 2018) a través de redes de conocidas en pequeñas y medianas obras en remodelación; además varias de ellas trabajaban en obras de gran envergadura en la construcción de centros comerciales (uno al sur occidente de la Ciudad de México, y otro en Satélite, en el Estado de México).

Del total de las 25 mujeres trabajadoras que conocí, 19 tienen hijos y se incorporaron en el trabajo de la construcción cuando éstos eran/son pequeños o adolescentes. Aproximadamente el 30% está casada o en unión libre, las demás son divorciadas, solteras o viudas. Esto es significativo como carácter que representa las limitaciones para ingresar al sector, vinculadas a los

sentidos que se construyen en torno a la mujer que está en la construcción. Como veremos en los siguientes capítulos, en México se evidenció que considerarlas como prostitutas, ligeras de cascos o ‘buscahombres’ a las mujeres que buscan trabajo en las obras, es un sentido reproducido especialmente por los varones, maridos, hijos, familiares, también por sus compañeros de trabajo y jefes, e incluso por las mismas mujeres. No sólo persisten algunas prácticas como pedirle permiso al marido para salir a trabajar, sino que en este caso se le suma la valoración moralizante de la construcción social sobre la mujer en la obra.

Otra característica que comparten ambos grupos refiere a que, casi la totalidad de las veces, las mujeres se desempeñan en sus inicios en la limpieza de obra, más específicamente limpieza pesada o limpieza fina.⁴⁴ En algunos casos, logran trascender este límite y se insertan en oficios como albañilería, herrería, carpintería o como tablarroqueras. Varias de ellas señalaron que se asociaba con la oportunidad de encontrar algún “buen arquitecto o buen ingeniero”⁴⁵ que les enseñe, otras fueron invitadas por amigas y otras, por “ayuda” de sus familiares, principalmente hermanos o tíos.

Veamos ahora con más detalles las trayectorias de las mujeres que llevan a insertarse en la construcción y sus motivaciones.

2.2.1 ¿María Chucena techaba su choza o techaba la ajena? Experiencias de autoconstrucción y contratación de mujeres en la construcción de viviendas sociales

Las mujeres trabajadoras que viven y que entrevisté en la colonia Techachaltitla de Los Reyes- La Paz, Estado de México, trabajan en obras hace más de 20 años, principalmente de limpieza, aunque esporádicamente se insertan en los oficios anteriormente mencionados. Entre ellas se conocen porque son vecinas y algunas, parientes entre sí. Varias llegaron a la colonia cuando recién estaba iniciando el proceso de urbanización en el lugar. Dos de ellas son oriundas del estado de Puebla, otra de Oaxaca, y una nació en

⁴⁴ También les llaman limpieza gruesa.

⁴⁵ Como llaman coloquialmente al arquitecto o al ingeniero en México.

Ciudad de México, pero sus padres eran de Zacatecas, un estado del centro norte de México. Principalmente, sus familias de origen eran agricultoras.

La Colonia Techachaltitla está ubicada en el oriente de la Zona Metropolitana del Valle de México. Esta región se caracteriza por ser una zona receptora de población migrante, o bien de aquella que ha sido expulsada de la Ciudad de México.

En esta tesis sostengo que uno de las dinámicas diferenciales entre ambas localidades de estudio refiere al proceso de proletarización de las familias de las mujeres constructoras, y de ellas mismas. En México, el proceso de industrialización en las zonas urbanas fortaleció la migración campo-ciudad que se vio acompañado (y acompañó) el proceso de despojo de sus tierras producto de las transformaciones en el agro. En Bolivia, las transformaciones que acaecieron permitieron la permanencia intermitente de las familias campesinas e indígenas en sus territorios. Aquí me parece importante poner de relieve, en términos históricos, como ha sido el proceso de formación de un mercado laboral en el sector de la construcción. Ello tiene vínculos estrechos, por un lado, con el proceso de industrialización, y por otro, con la urbanización de la ciudad de México en sus inicios, y más tarde, de la zona metropolitana extendida al Estado de México. Carlos Fidel y Alicia Ziccardi señalan que, “desde los años cuarenta, cuando la industrialización empezaba a disputar al sector rural su carácter de organizador del conjunto de la economía, el área urbana de la ciudad de México comenzó a demandar la intensa presencia de la industria de la construcción” (Fidel and Ziccardi 1986:23). Para las autoras, la capital de la República, que concentraba la creciente industria, debía garantizar la concreción del proceso productivo a través de la creación de las condiciones de infraestructura, servicios y de vivienda necesarias.

Una diferencia pronunciada con las trabajadoras constructoras de Bolivia, refiere a que, en México, las mujeres migraron desde niñas a la gran ciudad y cortaron los vínculos con sus pueblos o comunidades de origen. En Bolivia, la mayoría de las mujeres, especialmente aquellas que se identifican como aymaras, continúan estrechamente vinculadas con sus comunidades rurales, viajan frecuentemente en afinidad con el ciclo de cultivo y cosecha, obteniendo de esa fuente una parte significativa de la alimentación para la reproducción familiar. A ello lo combinan con una diversidad de ingresos que

obtienen de las ventas (comida, ropa, accesorios), de trabajo doméstico, entre otras. Estas diferentes estructuraciones en las trayectorias de las mujeres en México y en Bolivia influirán, como veremos en los siguientes capítulos, en las condiciones y estrategias que construyen en los espacios de trabajo y configuran los límites y posibilidades de enfrentar la violencia producto de la organización del trabajo, prácticas patriarcales y racistas. Una vez en las ciudades, en ambas localidades de estudio, los migrantes internos hombres suelen ensanchar las filas de trabajadores como albañiles; las mujeres comienzan como trabajadoras remuneradas del hogar, y participan frecuentemente en la organización vecinal construyendo sus barrios.

En cuanto al proceso de migración a las grandes ciudades, puedo identificar una gran diferencia entre los hombres y las mujeres. En el caso de los hombres, como señala Carmen Bueno (1994) en su ya clásico estudio sobre los albañiles en México *Flor de andamio*, “la movilidad ascendente dentro del mercado de trabajo de la construcción no va aparejada a la migración permanente a la ZMCM.⁴⁶ Por el contrario, las redes comunitarias en los pueblos y rancherías permiten a algunos maestros de obra un mayor control sobre la fuerza de trabajo, dispuesta a incorporarse de manera intermitente a las obras de la ciudad” (Bueno 1994:90). Tanto los antecedentes de investigación como las entrevistas realizadas a hombres trabajadores de la construcción en México evidencian altos niveles de rotación de ellos por distintos estados y ciudades del país, con regresos temporales a sus domicilios. En el caso de las mujeres (de las dos generaciones identificadas), una característica de su inserción es que buscan obras que se encuentren cerca a sus hogares, o que estén a una distancia que les permita regresar cada noche a su hogar, aunque les implique hasta dos horas de viaje. Todas explican que ello se debe a la responsabilidad de cuidar a sus hijos. A la histórica distribución desigual de las actividades domésticas, se le adhiere en este caso, construcciones socioideológicas acerca de que el trabajo que puede hacer la mujer, especialmente la limpieza de obra gruesa y fina, puede conseguirse en cualquier lugar, en cambio, la mano de obra especializada de los varones, no. En algunas ocasiones en las cuales las mujeres logran

⁴⁶ Zona Metropolitana de la Ciudad de México.

calificarse en algún oficio, como marmoleras, carpinteras, tablarroqueras, entre otras posibilidades, los contratistas o encargados de obra suelen negarse a llevarlas a otras ciudades y/o a que permanezcan varios días fuera de casa aduciendo que las mujeres generan conflictos sentimentales entre los obreros. Profundizaré con más detalles estas construcciones de sentido; aquí me interesa remarcar las características diferenciales de inserción basada en el orden sexo-genérico.



Ilustración 7 Colonia Techachaltitla. Imagen de Canal 6TV Noticias Los Reyes La Paz, obtenida el 5-11-2020



Ilustración 8 Frente de la casa de Lucila con material de construcción. Colonia Techachaltitla. 14-10-2018. Foto: Magali Marega

En Techachaltitla, Enedina, una mujer muy ruiseña y de cabellos blancos, me contó que nació en Puebla hace 57 años. Cuando tenía 9 años, trabajaba en el quehacer doméstico en la casa de un profesor. Éste tenía familiares en la Ciudad de México (Distrito Federal en ese entonces) que llevaron a Enedina a trabajar con ellos a la gran ciudad. Trabajó de planta por muchos años. Cuando se casó, su suegra no quiso que saliera a trabajar fuera de la casa y le ofreció laborar con ella en la cocina. Cuando tenía sus hijos pequeños, su esposo, quien era chofer, se accidentó. Por ese entonces, Enedina tenía 35 años, y mediaba la década de 1990. Hacía poco tiempo habían llegado al barrio de Techachaltitla cuando su vecina, Mari, la invitó a trabajar de limpieza en la construcción de Casas GEO y Casas BETA.

M: ¿Y por qué empezó?

E: Mis niños estaban chiquitos, mi esposo era chofer, pero tuvo un accidente y, la verdad, de ver a mi esposo cómo estaba, pues yo empecé (en la construcción). Porque yo antes empecé, cuando recién me junté con mi esposo, mi suegra tenía una cocina, entonces, mi suegra me dice si quieres yo te doy trabajo y te pago. Y yo le dije que sí, que quería trabajar. Porque yo me iba a trabajar y venía yo, y así. Entonces como que a mi suegra no le gustaba, que iba y venía y así. Y me fui con ella. Me fui a trabajar. Pero después tuve a mis niños y eso. Y ya mi esposo tuvo el accidente, y pues ya una vecina de aquí de la esquina fue la que me jaló. Me dice '¿Sabe qué?, en tal parte hay trabajo en obra'. Entonces yo le digo: 'Ay, Mari, -porque se llama Mari la señora- Doña Mari, ¡pero hay puros hombres ahí! 'No', dice, 'pero hay de mujeres también, hay de mujeres, hay para barrer calles, para sacar escombros en los departamentos, hay para limpiar vidrios, para lavar baños, no sé qué tanto'. Bueno, déjeme pensarlo, le voy a platicar a mi esposo y después le digo. Y sí, le platiqué a él y me dice 'Pues si tú quieres, adelante'. Y ya me fui con ella. Trabajamos mucho tiempo por aquí adelante, por acá por San Vicente, no sé si por acá conozca. Todo eso, por las casas Geo, en las de Beta y todo eso, allí estuvimos trabajando muchísimos años. Como unos 5 si no es que más. Como unos 10 años. (Entrevista con Enedina, 14-10-18)

El San Vicente al que se refiere Enedina, es San Vicente Chicoloapan⁴⁷, un municipio cercano al de Los Reyes – La Paz, también del Estado de México, donde se ubica la colonia de Enedina. En la década de los 50 el poblado se convirtió en referente de la industria de tabiques artesanales y en ladrilleras. Pero ya en los años 70 fue el foco de la especulación de tierras e inversión para el desarrollo de los megaemprendimientos inmobiliarios que comenzaron a asentarse en varios municipios del Estado de México. Consorcios ARA y Casas Beta son ejemplo de ello.

En la década de los 70, la mancha urbana se expandió y, en general, ésta se corresponde con los espacios en los que se localiza la inversión pública en el territorio de la ciudad.

La industria de la construcción fue la instancia que dio respuesta a esa demanda solvente del sector privado y el sector público. La construcción de la vivienda para las capas medias con ingresos suficientes y la reducida pero exigente demanda de la burguesía citadina, representaron el grueso de la producción habitacional de la industria de la construcción para el sector privado. El otro gran cliente de la industria de la construcción fue precisamente el Estado (Fidel and Ziccardi 1986:24).

Fidel y Ziccardi señalan como factor preponderante en el dinamismo de la construcción, la creación de los fondos habitacionales. En 1972 se fundaron el Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT) y el Fondo de la Vivienda del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (FOVISSSTE). Estas instituciones gestionan los créditos para viviendas que construyen las desarrolladoras inmobiliarias privadas. La creación y expansión del INFONAVIT y FOVISSSTE permitió el crecimiento de varias firmas nacionales de construcción de viviendas como Casas GEO, Homex y Consorcio ARA.⁴⁸ Estas empresas constructoras adquirieron grandes reservas territoriales en los municipios del Estado de

⁴⁷ El Municipio es Chicoloapan, y su Cabecera Municipal es Chicoloapan de Juárez. Los jesuitas lo denominaron San Vicente Chicoloapan, por el culto a San Vicente diácono y mártir.

⁴⁸ Consorcios ARA se creó en 1977. Aunque se dedica a la construcción de diversas obras como hoteles, plantas industriales, hospitales, etc., se enfoca en la vivienda de interés social. En la página web de la empresa señalan “En 1997 ofreció el mejor rendimiento en el sector, tanto en México como en América Latina. (...) (Sobrevivió) a las consecuencias de la crisis de 1995, cuando las obras de construcción bajaron y se concentró en la producción de viviendas para los sectores de bajos ingresos, vendiendo 3,606 viviendas”.

México para desarrollar mega emprendimientos de vivienda social⁴⁹ (Díaz Magaña 2004). Son, justamente, en estos trabajos, donde se comienzan a insertar las mujeres de la colonia Techachaltitla a trabajar en obras.

A fines de la década de 1970, se produjo un nuevo auge en el sector de la construcción producto de la reactivación económica impulsada por la explotación petrolera. “Las grandes inversiones, en obras viales y en el necesario sistema de transporte colectivo (el metro) no sólo responden a las demandas de la ciudadanía por mejoras en el transporte, sino también a las exigencias del capital por asegurar el traslado de una fuerza de trabajo que presentaba desgaste e impedía el incremento de la productividad” (Fidel and Ziccardi 1986:23–24).

En todo caso, y esto se expresa con diferencias específicas en México y en Bolivia, el capital financiero inmobiliario se impone en el espacio urbano con lógicas propias para reproducirse. “El capital inmobiliario puede ser, entonces, capital industrial (capital-productivo) bajo la forma mercancía producida materialmente por la industria de la construcción. Puede ser capital rentista bajo la forma de propiedad del inmueble o del suelo urbano mismo. O bien, puede ser capital financiero o bursátil inmobiliario en la medida que las inversiones de capital vayan destinadas a la inversión de portafolio en fondos financieros crediticios para la construcción de obra pública o privada, a la adquisición de bienes inmuebles (créditos hipotecarios), o al mercado bursátil a través de acciones de capital inmersos en la esfera de la construcción o de la propiedad inmobiliaria” (Capel en (Merchand 2017:9). En México, el gobierno de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) aplicó las prerrogativas neoliberales orientadas por los organismos internacionales de banca y crédito como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. En ese marco, en 1992 el Estado mexicano modificó el Artículo 27 Constitucional mediante el cual se

⁴⁹ “Los principales actores públicos y las entidades financieras que integran el sector hipotecario mexicano clasificaron los tipos de vivienda según su precio, y unidad de medida corresponde a “las veces de Salarios Mínimos Mensuales para el Distrito Federal” (...) La clasificación contempla seis tipos de vivienda: económica, popular y tradicional (agrupadas en la categoría de interés social), media, residencial y residencial plus. La vivienda de interés social es aquella que tiene un precio máximo de venta al público de quince salarios mínimos anuales vigentes en el distrito federal (Pina, 2013). Se considera que las viviendas de interés social son las económicas y populares, con un costo máximo de 350.000 pesos mexicanos” (Merchand 2017:17)

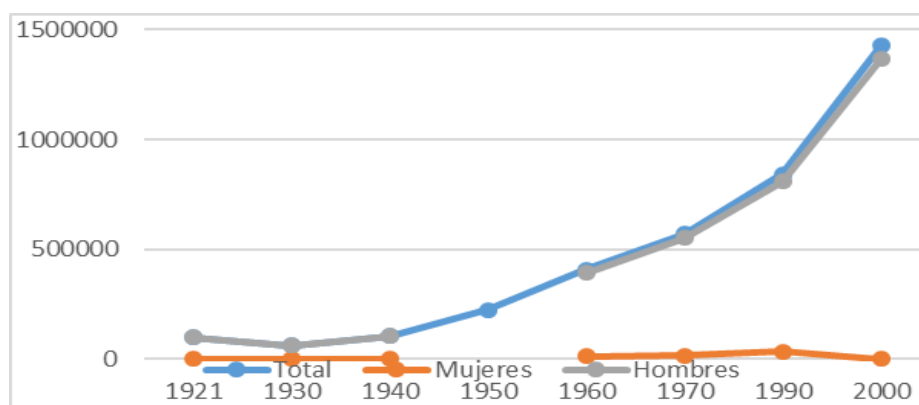
permitió la privatización de los ejidos y tierras comunales, para que pudieran entrar el mercado de tierras. De este modo,

Los propietarios originales (ejidatarios, comuneros, pequeños propietarios, etcétera) pueden vender la tierra a promotores inmobiliarios que se encargarán de valorizar la tierra introduciéndola en los procesos de capital. Así, los terrenos periféricos de las ciudades se transforman en un objeto mercantil, dinamizando un mercado que acelera y consolida la urbanización capitalista. El proceso que inicia con la compra del terreno controlada por los promotores inmobiliarios, sigue con la incorporación de valor, por medio del trabajo de los ocupantes, y culmina con la aparición de los aparatos del Estado para regularizar la tierra (Legorreta en Merchand 2017:10).

Es posible observar cierto correlato de este proceso al analizar las estadísticas sobre empleo en el sector de la construcción.

Trabajadorxs de la construcción según Censos de Población y Vivienda (1921-2010)

	1921	1930	1940	1950	1960	1970	1980	1990	2000
Total	100327	61314	105930	224512	408279	571006	1307767	843454	1426387
Mujeres	170	14	520		14161	17777	214174	35.140	60,511
Hombres	100157	61300	105410		394118	553229	1093593	808314	1365876



Fuente: Elaboración propia con base en los Censos (1921-2010)⁵⁰

Después de un tiempo, en el 2000, Enedina llevó a trabajar con ella a su vecina Lucila, y ésta a otra vecina, que a su vez invitó a su nuera Cristina. Todas comenzaron a trabajar de limpieza de obra, tanto pesada como fina, en los

⁵⁰ Agradezco inmensamente a Gabriela Candia por colaborar en el diseño y análisis estadístico.

acabados. Lucila más tarde también fue “llavera” de algunas obras (ayudante general de la obra), Cristina fue ayudante del detallista, pintaba azulejos y esparcía tirol.⁵¹ Justo donde termina el terreno de Lucila, un pasillo entre pastos lleva a la casa de Cristina, que se ubica en la pendiente de una loma. Mientras caminamos hacia su casa por un camino de tierra que bordea la línea de las grandes torres de energía eléctrica en la colonia, Cristina me cuenta que no siguió mucho tiempo en la primera obra porque se enfermó, y para pintar los baños le dolía mucho el cuello. A dos cuadras de allí vive Enedina y a unas cuadras más, Santa. Cuando entrevisté a Santa, en 2018, tenía 61 años y estaba atendiendo la pollería de su hija. Santa nació en Puebla. Me contó que a sus 10 años había quedado huérfana y vino al Estado de México a trabajar a esa edad, sola. Como vimos, presenta una trayectoria muy similar a la de Enedina.

M: ¿y cuándo vino para acá?

S: pues cuando quedé huérfana. (Silencio)

M: ¿qué edad tenía?

S: 10 años

M: ¿Y con quién se vino para acá?

S: sola

M: ¿sola, sola?

S: ... (Asiente con la cabeza)

M: ¿y qué empezó a hacer?

S: pus, a trabajar en casa

M: ¿De alguna tía?

S: No. Sola me recomendé (Silencio)

M: ¿Y cómo consiguió trabajo? ¿Fue a golpear puertas?

S: platicando. (Silencio) Pues tener buenas referencias. Los patrones lo ponen a uno a prueba, dejando las cosas ahí, a ver qué agarra uno, ser manosuelta.

M: ¿Y ya se vino a vivir acá a Los Reyes?

⁵¹ Tirol es una mezcla en base de cemento, que se utiliza para realizar los acabados, recubrir techos y emparejar.

S: No, por Texcoco

M: Ajá, ahí en la casa donde trabajaba. ¿Y luego, cómo conoció a su esposo? ¿A qué edad?

S: pues, me da vergüenza decirle.

M: ¿Por qué?

S: porque estaba muy chica.

M: ¿A qué edad?

S: 13 años” (Entrevista con Santa, 14-10-18)

En ese momento no seguimos hablando del tema pues noté que era algo que a Santa la incomodaba. Habíamos ido a hablar con ella porque la mamá de mi amiga que me la había presentado, me dijo que Santa sabía mucho de construcción, especialmente de obra gruesa y que había construido varias casas ahí en la colonia con su marido, quien también era albañil.

Diversos procesos, a veces contradictorios, han propiciado que las mujeres lograran, progresivamente entrar a un sector históricamente masculinizado. En su análisis se ponen en evidencia las estructuraciones interseccionales de este proceso. Por un lado, las experiencias familiares de estas mujeres pertenecen a la clase obrera y trabajadora. Las mujeres se insertan a muy temprana edad en el trabajo remunerado del hogar, alternando sus ingresos con otras labores. Cuando se casan, el marido suele tomar las decisiones si ella podrá seguir trabajando fuera del hogar, o no. Estas prácticas patriarcales estaban vigentes en el momento en que Enedina comenzó a trabajar, y muy a menudo también en las mujeres que comenzaron hace poco tiempo. Sigue existiendo un fuerte reconocimiento al hombre como proveedor, y cuando no puede hacerlo, las mujeres deben/pueden salir.

Mayoritariamente interviene el marido, sin embargo, es común que la suegra o cuñada tome algunas decisiones de la nueva esposa. Veíamos anteriormente cómo la suegra de Enedina le impidió que siga trabajando en casas externas, y fue ella también quien entrados los años 2000, ya no quiso que Ene siga trabajando en obras. A cambio, le ofreció hacerse cargo de su negocio de accesorios cerca de su casa. Cristina, otra de las vecinas de

Techachaltitla, narra que, en cambio, a través de su suegra comenzó en la construcción, también en Casas Beta, en el año 2000.

Son edificaciones Beta. Ahí entre de limpieza, entonces pues hay que limpiar de todo, mezcla, de todo. Duré como 6 años, y es triste, si, es triste porque se va a sufrir ahí. Duré como 6 meses siendo limpieza y a los 6 meses me pasan a limpieza fina. Limpieza fina quiere decir limpiar soplos con gasolina blanca.

M: ¿Qué son soplos?

C: Son como plástico que se pone a la orilla de los cuartos. Es un plástico para que no le entre la humedad, cuando trapea. Entonces, se limpiaba con gasolina blanca. Nosotros al principio, como que te da flojera, pero con la gasolina inhalas, quieras o no inhalas la gasolina y luego después ya no te da flojera. Porque, casi, casi no te da flojera, te despiertas.

M: ¿Cuándo empezó a trabajar usted?

C: En el año 2000.

M: ¿Y cómo llega a trabajar en la construcción?

C: La que era mi suegra, ella empezó a trabajar primero, entonces ella me llevó ahí.

M: ¿Y trabajaba con ella en la construcción?

C: Claro, ella con un arquitecto y a mí me tocó otro arquitecto para trabajar, pero las dos ahí. Ella trabajaba más duro que yo, porque ella agarraba su carretilla, y fue muy trabajadora la señora, ahora está muy viejita, ya no puede salir de su casa, pero si trabajó mucho y ya luego después de ahí se acabó la obra y duré 3 meses en mi casa. Pero luego después, el dinero hace falta. Y un día agarré mi combi y otra vez me llevó por allá por San Vicente, pero ahí ya llegué a Casas Ara. En Casas Ara duré muchos años, duré 11 años trabajando ahí. (Entrevista con Cristina, 14-10-18)

Cris tiene 53 años, nació en un pueblo del estado de Oaxaca. Su familia era campesina. A los 9 años su hermana la llevó a Ciudad de México para que cuidara a sus hijos. A los 21 se casó y tuvo 4 hijos, y desde hace 18 años está separada.

M: ¿Y ya habías empezado a trabajar en la construcción antes de separarte?

Cris: Antes de que me separara. Más bien, una de mujer sufre mucho, porque a lo mejor él ya no me necesitaba aquí, en mi casita, entonces él me dijo 'Vete a trabajar,

porque yo ya no te quiero aquí. Yo cuido a los hijos, vete a trabajar'. Entonces, me fui a trabajar.

M: ¿Ahí en la obra?

C: allá en la obra, mi suegra me recomendó allá, la quiero mucho a la señora, porque ella nunca fue mala conmigo. Él sí, fue, pero eso ya es otra historia. Sufrí mucho con él también. Pero, fue muy difícil mi vida.

M: ¿Y él a qué se dedicaba?

C: Él trabaja en la central de Abasto, desde joven, hasta ahorita que va a cumplir 60 años, sigue trabajando (Entrevista con Cristina, 14-10-18)

A diferencia de lo ocurre en Bolivia, donde en algunas circunstancias es posible que las mujeres puedan acceder a las obras “golpeando puertas”, en México pude observar que el ingreso se da exclusivamente a través del contacto y/o recomendación de alguna amiga o familiar, principalmente mujer. Y esto para entrar en limpieza gruesa o fina, porque para la albañilería, la carpintería, marmolería, como relatan las mujeres, se necesita haber demostrado ciertas capacidades antes. Este punto lo desarrollaré detenidamente en el capítulo sobre saberes y calificación. Acá me interesa resaltar la relevancia de las redes en la experiencia laboral de las mujeres. Por supuesto que ello no es exclusivo de las trabajadoras. Numerosas investigaciones han señalado cómo las relaciones laborales en el sector de la construcción están estrechamente vinculadas con las redes de compadrazgo, vecindad y parentesco entre los albañiles (Bueno 1994; Marega 2012; Ziri6n P6rez 2013; Del 6guila 2014). Y es la existencia, los v6nculos y conocimiento que brindan estas redes el principal recurso que hist6ricamente han tenido los obreros para acceder al sector. Sin embargo, var6an de acuerdo a la demanda de empleo. Carmen Bueno (1994) se6ala que en 6pocas de estancamiento el canal m6s socorrido era acudir directamente a las obras. “Otra alternativa es conseguir trabajo en las estaciones de autobuses for6neos (...) Esta alternativa se presenta en casos de alta demanda, porque los maestros de obras consideran que los trabajadores se aprovechan de los m6ltiples ofrecimientos de trabajos para conseguir mejores salarios” (Bueno 1994:106). Durante mi trabajo de campo, Miguel, un contratista alba6nil que entrevist6 en la Colonia Techachaltitla me contaba que actualmente hay ciertos espacios en la ciudad, como algunas

estaciones de metro o metrobús donde se ubican los obreros para buscar trabajo. “Las más tradicionales son la Central del Norte, Metro Tacubaya, Metro San Lázaro. Antes el Metro El Zócalo, ahora no. Metro Observatorio. En todos esos lugares es posible ver a un grupo de hombres, con su mochila y sus herramientas. Algunas tienen letreros de yesero, azulejero, albañil. Casi puros hombres, mujeres no”, dice Miguel (Diario de campo México, entrevista con Miguel, contratista de obra gruesa, 14-10-18).

Hasta aquí desarrollé algunas características de la inserción de las mujeres del primer grupo generacional, y que, por lo general, ingresaron como limpieza de obras en los emprendimientos de viviendas sociales en el Estado de México durante los años 90 y principios del 2000. Ahora me centraré en el otro grupo generacional de mujeres constructoras.

2.2.2 El tsunami inmobiliario y la inserción diversificada de mujeres en la construcción

El segundo grupo que identifiqué se insertó más recientemente en los trabajos en construcción y de modos más diversificados en cuanto al tamaño de las empresas. Trabajan en grandes proyectos de centros comerciales, obras más pequeñas en equipos de trabajo mixtos, contratados por contratistas de la construcción, o pequeños grupos de 2 o 3 personas en remodelaciones de casas particulares. De este grupo, si bien una de ellas comenzó a trabajar en el sector en 2006, otra en 2008 y otra en 2011, el resto lo hizo a partir de 2016. Aunque no podemos establecer un correlato directo, sí es posible ubicar esta mayor apertura, a la dinámica del mercado inmobiliario en la ciudad. Concretamente, me refiero al boom inmobiliario durante la última década en la ciudad, o a lo que Adrián Flores (2019) denomina, “tsunami inmobiliario”, basado en la misma metáfora propuesta por vecinos organizados de las colonias Juárez y San Rafael que resisten a megaproyectos inmobiliarios.

El crecimiento industrial que mencionábamos anteriormente se mantuvo hasta 1980. Durante esa década, “la invasión de tierras ejidales y la venta ilegal de terrenos se convirtieron en las principales formas de urbanización en la Ciudad de México” (Flores 2019:17). A partir de los años 90 se profundizó el proceso de terciarización de la economía del país y el desarrollo urbanístico

comenzó a vincularse cada vez más con el despliegue del capital financiero inmobiliario. Desde 1987, el Infonavit abandonó su papel de promotor de vivienda, siguiendo los lineamientos del Banco Mundial y quedó únicamente como gestor administrativo de la vivienda de interés social. Fue el sector privado quien se encargó de la producción (Merchand 2017). Sin embargo, a partir del año 2000, tal como señala Flores (2019), el Distrito Federal y los municipios conurbados de la Ciudad de México, pertenecientes al Estado de México, comenzaron a tomar dos rutas de urbanización distintas.

En el Distrito Federal se dictó un decreto conocido como Bando Dos, que buscaba restringir el crecimiento de “unidades habitacionales y desarrollos comerciales que demanden un gran consumo de agua e infraestructura urbana” en las delegaciones periféricas (urbanizadas entre 1970 y 2000). (...) Ante la regulación estatal de las construcciones masivas en el Distrito Federal y la imposibilidad del gobierno federal para impulsar proyectos regionales, los municipios conurbados del Estado de México emprendieron un intenso proceso de urbanización, basado en una alianza entre el sector inmobiliario y la estructura política municipal. Bajo este esquema, en sólo diez años, se construyeron más de 550 mil viviendas de interés social, concentradas principalmente en las tierras agrícolas y ejidos de Ecatepec (65 mil), Tecámac (59 mil), Ixtapaluca (56 mil), Chimalhuacán (46 mil), Nicolás Romero (33 mil), Cuautitlán, Tultitlán y Chalco (con 30 mil cada uno), y Chicoloapan (27 mil) (Flores 2019:19–20)

Esta *urbanización salvaje*, como llama el autor a este período, favoreció principalmente a empresas como SADASI, URBI, Casas GEO, Casas Ara, Homex y a varias decenas de pequeñas constructoras.

El contexto aperturado por la crisis financiera inmobiliaria de 2008, iniciada en Estados Unidos y de alcance mundial, repercutió en el mercado inmobiliario nacional. A través del Pacto Nacional por la Vivienda, el expresidente Felipe Calderón puso en marcha un plan de rescate del sector empresarial, “mediante el cual fueron otorgados 60.150 millones de pesos. Un año más tarde se entregaron 16.000 millones de pesos más. El rescate se encaminó a mantener estables los indicadores de las seis empresas inmobiliarias más grandes que cotizan en bolsa” (Merchand 2017:12).

A nivel local, la administración del Distrito Federal (2007-2012) en manos de Marcelo Ebrard, “derogó el bando dos para permitir la construcción de

vivienda masiva en todas las delegaciones e invitó al capital privado a colaborar en la construcción de vivienda popular, bajo la regulación de la *Norma para impulsar y facilitar la construcción de vivienda de interés social y popular en suelo urbano*, conocida como Norma 26” (Flores 2019:21). Según Flores, entre esos años la Norma 26 impulsó el desarrollo de florecimiento de cientos de empresas que

supuestamente comercializaban viviendas de interés social en el centro de la ciudad, en alianza con un puñado de empresas enfocadas en la construcción de vivienda media y residencial, es decir para sectores de ingresos medios y altos. Gracias a sus vínculos con las estructuras políticas delegacionales (nivel municipal), estas empresas lograron evadir las regulaciones de construcción por la vía de amparos, hasta que la Norma 26 fue finalmente suspendida por su incapacidad para impedirlo (Flores 2019:22)

Para el período 2012-2018 asumió el gobierno del Distrito Federal, Miguel Ángel Mancera que fue vinculado a algunas de las empresas constructoras beneficiadas por la norma 26 (Flores 2019), y más tarde, varios funcionarios de su gestión fueron detenidos o juzgados por actos de corrupción vinculados al negocio inmobiliario. Flores sostiene que

Una vez que cancelaron la Normas 26, la alianza entre el capital inmobiliario y el sector público se articuló en torno de la promoción de los Fideicomisos de Inversión en Bienes Raíces (FIBRA) que iniciaron operaciones en 2011. Las FIBRAS, basadas en los fondos de inversión inmobiliaria conocidos como REIT (Real State Investment Trust), han favorecido la expansión de edificios de oficinas, centros comerciales, hoteles y parques industriales controlados por portafolios de inversión en manos del capital global, en los que también participan “democráticamente” los capitales locales. (Flores 2019:22)

Las obras visitadas durante el trabajo de campo, son expresión de este escenario. Por un lado, la construcción de un gran centro comercial en una colonia residencial ubicada en el suroeste de la Ciudad de México, en la alcaldía Álvaro Obregón, planificado como conjunto de usos mixtos, incluyendo un gran parque público de 5000m², cuatro torres de oficinas y una zona

comercial en cuatro niveles. Por otro lado, la construcción de un gran centro comercial en el fraccionamiento Ciudad Satélite, en el municipio de Naucalpan de Juárez del Estado de México. Además, visité las remodelaciones de hoteles, de casas residenciales en distintas zonas de la Ciudad de México, un edificio en reparación dañado en el terremoto de 2017 y diversos trabajos de albañilería en casas particulares.

En la remodelación de un hotel ubicado sobre la Avenida Tlalpan, al sur de la ciudad, conocí a Victoria. En ese momento tenía 36 años. Comenzó a trabajar en 2016, dos años antes de ser entrevistada. Con anterioridad trabajaba en su casa, en el cuidado de sus cuatro hijos y su esposo. Éste era boxeador profesional, hacía 14 años que estaban casados y vivían todos en Ixtapaluca, municipio del Estado de México que linda con Los Reyes – La Paz. Un fin de semana salió a hacer una presentación de boxeo a un pueblo vecino. En el camino lo retuvo un retén de la marina y desde ese momento no saben nada más de él. Este hecho marcó un quiebre en la trayectoria familiar y laboral. Victoria debió buscar trabajo fuera del hogar para mantener a sus cuatro hijos. Por intermedio de una amiga, comenzó a trabajar “de limpieza”⁵² en una clínica. Cuando las “descansaron” -término utilizado de modo frecuente en México para designar eufemísticamente la no continuidad en el trabajo-, su compañera de trabajo habló con un amigo que las recomendó para trabajar en una gran red de hoteles. Fiesta Inn es una marca mexicana de hoteles de clase empresarial, propiedad de Grupo Posadas Inc., que también posee otras marcas de hoteles mexicanos como el Fiesta Americana, Live Aqua, One y Exploreal. Hay 61 hoteles operados bajo esta marca en todo el país.

Nos descansaron y por medio de esta chica nos contactó un amigo de ella para poder entrar a trabajar a otra empresa, otra obra ahí en el Fiesta Americana que está en Cuauhtémoc. Y ahí fue donde empezamos las obras... como limpieza en obras.

M: ¿Y luego?

V: Se acabó, se acabó de limpieza y pasé a ser parte de los carpinteros. Pues ya con los carpinteros gané un poco más y ahí supe más barniz, sí el barniz.

M: ¿Cómo fue que pasaste de limpieza a carpintería?

⁵² Agrego comillas al término, pues así es usado por las mujeres.

V: Lo que pasa es que como ahí son diferentes, ¿qué se le anda diciendo? ¿jefes, patronos? pues cada quien tiene su rango: de limpieza, la madera, el mármol. Entonces nos ofrecen más dinero de lo que ganas en la limpieza y me paso con los carpinteros. 2000 pesos⁵³ a la semana lo que yo ganaba en la carpintería. La limpieza son 1.500. Por eso decido, *ora* sí que pasarme a lo que gane más por mis niños. (Entrevista con Victoria, trabaja de limpieza, marmolera y carpintera, 8-9-18)

Como mencioné, la gran mayoría de mujeres tienen hijos, y su motivación principal para ingresar a la construcción es “para mantenerlos”; además el salario que reciben es mayor al que pueden obtener en otros trabajos como el remunerado del hogar, el comercio, u otros sectores a los que pueden acceder. Se trata de un trabajo que requiere cierto grado de especialización y destreza, como señala Victoria

M: ¿Qué hacías? ¿Cuál era tu trabajo?

V: Mi trabajo ahí era así que limpiar los muebles y de tallarlos. Hay una cosa que se llama muñequear o *pistolear* que es ponerle el color a los muebles, darle brillo a los muebles, con barniz. Ahí estuve 6 meses aproximadamente.

M: ¿Y era en obras determinadas o iban así rotando en distintas obras?

V: No, ellos eran parte de los hoteles, del "Fiesta Americana", de los "Fiesta". Ellos eran parte de ahí, entonces, a ellos les dan el trabajo y nosotras pues íbamos a detallar.

M: Pero en distintos lugares...

V: En cualquier hotel de los "Fiesta", "Fiesta Americana" cualquiera de aquí

M: ¿Y luego de la carpintería?

V: Se acaba el trabajo en carpintería y por medio de unas compañeras que están igual aquí me llaman y las conocí ahí en el otro hotel; me llaman y me dicen que hay trabajo aquí de limpieza. Entonces, me vengo para acá (al hotel en la que la estoy entrevistando) a la limpieza" (Entrevista con Victoria, 8-9-18)

El relato de Victoria pone en evidencia, por un lado, los altos niveles de rotación del sector, y por otro, la destreza para adaptarse a tal rotación por diversos sectores. Olga, a quien entrevisté varias veces y conocí en la

⁵³ 100 dólares aproximadamente.

remodelación de un edificio por Coapa, al centro sur de la Ciudad de México, me comentaba que ellas –un grupo de amigas, y sus dos hermanas, quienes estaban trabajando en ese mismo edificio- sólo trabajan algunos meses, hasta dos años. Sin embargo, alternan el trabajo en la construcción con otras actividades. Una de las hermanas de Olga tiene 43 años y hace 28 años que se dedica intermitente a algunas actividades en obras; su otra hermana, Elizabeth, tiene 37, y hace 25 años que se insertó, es decir, ambas a principios de los años 90.

Bueno, en mi caso es temporal, ves que te digo, no lo hago siempre, a veces trabajo en construcción, a veces en otras cosas. De mis hermanas, bueno la mayoría de las mujeres es temporal, de uno a dos años dependiendo, a veces meses nada más, dependiendo como esté el trabajo.

M: ¿Tú también sabes además de limpieza, otros oficios de la construcción no?

O: Bueno, más o menos te digo que, un poco de pintura, por Moi (se refiere al contratista Moisés) y más o menos de la tablarroca por otras personas, que... pues, viendo. De ayudante de los de tablarroca, o sea hacerla, no. Pero se aprende de todas maneras, si me lo piden lo hago.

M: ¿y tus hermanas, las mujeres?

O: Mi hermana, Elizabeth, la más chica, ella sí, sí se avienta lo que es tablarroca, pintura, barnizar. Todo ese tipo de cosas ella hace. Igual también es temporal, lo de ella, por ejemplo, *orita* que está trabajando de limpieza en un hospital, pero es temporal, se acaba ese y busca en otro lado, y si hay obra, pues en obra, o en otro lado. (Entrevista con Olga, 27-12-18)

La característica de alta rotación de la fuerza de trabajo es compartida por todo el sector de la construcción, sin distinción de géneros. Por su propia naturaleza, se trata de un lugar de trabajo en permanente transformación y creación, y, por lo tanto, movilidad. Sin embargo, considerando las trayectorias de los varones, si bien van rotando de obra en obra, suelen mantenerse en el sector productivo y las categorías laborales que van alcanzando, les son respetadas. La mayoría de mujeres entrevistadas en México tenían la categoría de ayudantes.

Como mencioné, los obreros varones suelen rotar de obras y migrar en relación con la demanda. Y esa es una característica histórica de la dinámica

de la industria constructiva. El contratista Moisés, quien me presentó a varias mujeres que él contrataba, me comentó que las mujeres no van a trabajar a pueblos o lugares lejanos de sus hogares, porque, por un lado, no quieren estar lejos de sus hijos, y por otro, ocasionan conflictos sentimentales con/entre los hombres. Olga, trabajadora contratada por Moisés me planteaba lo siguiente:

O: Por lo regular era donde te mandaban (a trabajar)

M: Moi me decía que cuando salen no van mujeres.

O: Bueno, eso dependiendo. Por ejemplo, las de aquí del DF la mayoría no. Pues haces de cuenta que se van a otros lados y allá contratan, les sale más barato hacer la contratación en esos lugares.

M: ¿Pero por qué los hombres sí por lo general van, se mueven?

O: porque, o sea es diferente, es gente que ya conocen, gente que sí le saben y como es la limpieza, pues cualquier mujer la puede hacer. Y los hombres, la verdad, no.

M: ¿Y cuando trabajan en la pintura, albañilería, tablarroca, las mujeres, sí también las mandan?

O: sí a ellas también las mandan. Si porque, yo por ejemplo, donde estuve en Gran Sur hay unas chavas que eran pasteras⁵⁴ de Guadalajara. (Entrevista con Olga, 27-12-18)

En el capítulo 4 abordaré una dimensión central del modo en que se disputan las relaciones de poder en torno al oficio en este sector productivo, y refiere a cómo se configuran los procesos de calificación, cómo se legitiman ciertos saberes y desvalorizan otros, y los efectos y enfrentamientos que ese proceso conlleva. La noción de que las mujeres son aptas para limpieza, y los hombres no, al tiempo que los hombres son aptos para el trabajo en la construcción y las mujeres no, son construcciones de sentidos reproducidas tanto por ingenieros, arquitectos, familiares y por las mismas mujeres trabajadores. Es contra ese

⁵⁴ Las o los pasteros son quienes se dedican a preparar la “pasta” o “mezcla”, que justamente es una mezcla de conglomerantes, agua y arena que originan una masa fluida o plástica que fragua y endurece. Pueden ser de cemento, cal o yeso, según el conglomerante utilizado. Es uno de los materiales más utilizados en el sector de la construcción.

espeso entramado con el que tienen que bregar, incluso, con la interiorización de tales asignaciones. Y claro está, no es un proceso exento de violencia(s). El arquitecto encargado de la remodelación del hotel en el sur de la ciudad, quien contrataba a mujeres, sostenía en una entrevista

A partir de, qué será, tres décadas, yo creo, ya le dieron más importancia a la mujer. No, no importancia, es que está mal manejado, a mi parecer, no es más importante, importancia siempre va a tener. Lo que pasa es que la mujer estaba negada a ciertos tipos de trabajos a la que se consideraba que era apta aunque no era exclusivamente, como son los actos domésticos, de cocina, de mesera, y ese tipo de trabajos. Pero hay algo importante, la necesidad, yo creo, las obliga, entonces, gana más una mujer trabajando aquí (en la construcción) que trabajando en una fábrica de obrera porque nosotros pagamos salario mínimo. (Entrevista con arquitecto Hotel Tlalpan, 8-9-18)

Y agregaba que, según su perspectiva, uno de los elementos explicativos de la escasa inserción de mujeres en el sector refiere a que los hombres “no les tienen confianza, porque no tienen experiencia”.

Empiezan trabajando, en su mayoría, como ayudantes generales, de limpieza, es como empiezan realmente. Y es que sí, en ese sentido, la mujer es un poco más delicada, en el sentido de limpieza, del detalle... En obra negra también hay mujeres que se dedican a soldar, hay mujeres que se dedican a la carpintería, al aluminio, en todos los niveles. Nosotros aquí tenemos a una contratista mujer, y todo el aluminio y vidrio lo tenemos contratado por una mujer.

M: ¿Pero es común que haya tanto chalanas (ayudantas) como maestras, oficiales?

A: Sí, sí, sí son, van en escalafón.

M: Pero, ¿igual que los hombres? ¿o es más difícil?

A: Es mucho más difícil, mucho más difícil por muchas razones. Primero, no sé, pero yo creo que le tiene uno menos confianza a la mujer en ese sentido.

M: ¿Por qué?

A: No sé, por ejemplo, en un trabajo de soldadura, a lo mejor porque duda uno de que ya haya completado la calidad o la capacidad del trabajo que están haciendo. Entonces, el hombre solda pero tiene 10 años trabajando con soldadura o 15 años. (Entrevista con arquitecto Aguilar, 8-9-18)

Desde la interpretación del arquitecto, opera un mecanismo de colectivización de la calificación como género, y no se vincula a las experiencias de capacitación en el oficio en términos personales. El saber y destreza adquirida por las mujeres son puestas en duda permanentemente por su pertenencia de género, por el solo hecho de ser mujeres. Relatos similares existen en Bolivia, donde las mujeres expresaban que, para comprobar sus conocimientos en el oficio, debían “donar” aproximadamente una semana de trabajo gratis para que los contratistas puedan cerciorarse de su capacidad y contratarlas. Por supuesto que los varones ayudantes, incluso aquellos que se dedican por primera vez al rubro, no pasan por prueba similar sin salario.

“Por necesidad” es una frase recurrente. La mayoría de las mujeres fue la primera respuesta que consideró ante mi pregunta de por qué se dedicaban a la construcción. Los contratistas, ingenieros y arquitectos también lo saben y la utilizan. El sentido de desvalorización a priori del trabajo de la mujer, solo por ser mujer, se complementa con este sentido de necesidad, y esa combinación crea condiciones adecuadas para que fermente el lucro capitalista, y valore siempre a la baja el salario de las mujeres.

Tina vive en Xochimilco, una delegación del sureste de la Ciudad de México. Tiene 42 años y se dedica a la construcción desde hace 12.

M: ¿Y cómo empezó a trabajar en la obra?

T: solita, empecé a buscar trabajo, y al principio trabajé con unos plomeros. Me creará que lijaba yo los tubos y me sangraban hasta las manos. Después empecé a trabajar en el TEC de Monterrey⁵⁵, en la segunda construcción, y me pusieron zapatos de casquillo. Se lo juro por dios que me lastimaban y yo casi lloraba, pero decía "tengo que trabajar porque mis hijos me necesitan, tengo que trabajar". Y pues así me acostumbré.

M: ¿y ahí qué hacía?

T: bajar cascajo, juntar los palos arriba de la lámina, peligroso pues, barrer y andar juntando todo lo de arriba. Todas las áreas (Entrevista con Tina, 8-8-18)

⁵⁵ Conocida universidad privada de Monterrey, con sede en varias ciudades del país, entre ellas la Ciudad de México, a la que hace referencia Tina en esta cita.

Y en su experiencia de más de una década, Tina sostiene que es fácil entrar al sector, especialmente siendo joven, ya que identifica afinidades de los empleadores basadas en lógicas patriarcales de acoso.

M: ¿Hay mucha resistencia para que entren las mujeres a trabajar en el sector?

T: No, de hecho entran fácil. Claro que si son más muchachillas entran más rápido.

M: ¿Por qué?

T: porque saben los contratistas que si es una muchachilla pues le hablan bonito y van a caer.

M: ¿Entonces los contratistas prefieren más jóvenes?

T: Si, porque pues, saben que va a haber ahí los que ellos quieren. Luego no saben hacer el trabajo. Entonces por lo mismo la vuelven a sacar. Las utilizan y las sacan. Las utilizan y las despiden y ya.

M: ¿Y las chicas que entran por lo general son parientes de hombres que trabajan en la obra, son sobrinas, primas? ¿Cómo se busca trabajo en una obra, por ejemplo, voy y toco la puerta o tiene que haber un conocido?

T: Si usted quiere buscar trabajo en una obra, va y le dice, oiga maestro ¿no tiene trabajo? Y ya pues, si tienen le dan y sino, pues no. Y si uno conoce ahí gente, pues uno también entra por la gente conocida, sí.

M: ¿Y qué diferencia hay, entrar por ir golpear la puerta y entrar por una recomendación? ¿tienes que trabajar más o cosas así?

T: Pues yo digo que a mí me da lo mismo entrar así por ir a tocar que entrar por conocidos porque, que empiecen a ver mi trabajo, ya solita me recomiendo. Ya solito mi trabajo me recomienda, ya no necesito que me diga alguien. Solito mi trabajo ya se recomienda. (Entrevista con Tina, 8-8-18)

Como vemos, partiendo de su propia experiencia, Tina considera que, para ingresar al sector, la destreza y el desempeño en el oficio opera como recomendación. En el capítulo sobre cuerpos desarrollo más exhaustivamente la trayectoria de Tina, y muestro cómo ella ha debido y sabido inventarse ciertas estrategias para ser reconocida por su trabajo.

Hasta aquí he recogido y reconstruido, a partir de experiencias concretas, sueños, motivaciones, algunas vivencias de las cientos de miles de mujeres que osan insertarse a un sector masculinizado, que sin embargo, en ocasiones

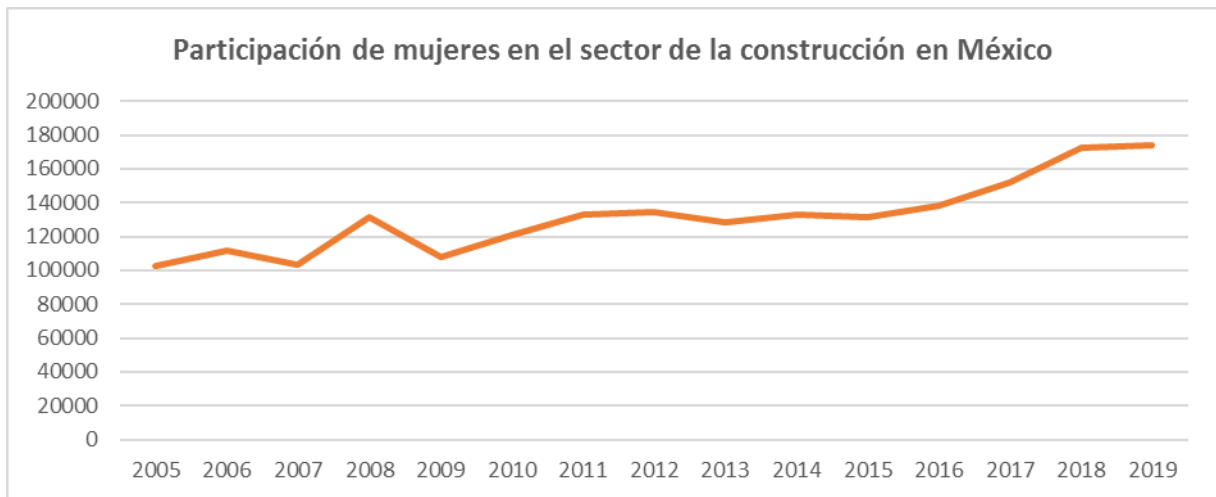
les da oportunidad de aumentar sus ingresos, de calificarse y de fortalecer las redes entre mujeres.

Como vimos, muchas de ellas se insertan intermitentemente y alternan el trabajo en obras, con otras actividades. Esta situación, sumado a las construcciones de sentidos negativamente valorizadas sobre la mujer en la obra, como veremos más adelante, suele generar que las mujeres no declaren ser trabajadoras de la construcción, colaborando con un subregistro de esta población en las estadísticas oficiales. Aun así, los Censos de Población, y más recientemente la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) nos permite visibilizar y poner en consideración que algunas de las problemáticas analizadas se repiten por cientos de miles en el país. Entre ellas, los sueños de la migración a la gran ciudad, golpear puertas siendo una niña para trabajar en casas, imaginando los futuros tratos de los patrones; conocer a algún hombre apenas entrando la adolescencia, formar una familia; tener hijos, buscados o no; aprender a hacer la mezcla o la colada mientras se levanta la casa de la tía, que el marido no deje salir a trabajar; la invitación de una amiga para trabajar en esta o aquella obra; que en la obra tu compañero no te preste las herramientas, o se acerque de más cada vez que pides un frotacho; la incertidumbre sobre la tarea de los niños. Según la ENOE, durante el tercer trimestre de 2018, mientras transcurría mi trabajo de campo en México, 172.347 mujeres trabajaban en la industria de la construcción en México.

Trabajadorxs de la construcción según Tercer trimestre de Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), Serie 2005-2019

	2005	2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018	2019
TOTAL	3349400	3526493	3716201	3766920	3559385	3597153	3674668	3683672	3600458	3774345	4037194	4233284	4198567	4464223	4346884
MUJERES	102260	111943	102949	131173	107710	120914	132967	134162	128192	133067	131788	138468	152166	172347	173896
% mujeres	3,05	3,17	2,77	3,48	3,03	3,36	3,62	3,64	3,56	3,53	3,26	3,27	3,62	3,86	4,00
HOMBRES	3247140	3414550	3613252	3635747	3451675	3476239	3541701	3549510	3472266	3641278	3905406	4094816	4046401	4291876	4172988

FUENTE: Elaboración propia con base en INEGI. Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo.



En el apartado siguiente, reconstruyo el proceso de inserción en la otra localidad de estudio, la Zona Metropolitana de La Paz, en Bolivia.

2.3 Planes estatales, boom de la construcción e inserción femenina temprana al sector de la construcción en Bolivia

2.3.1 Inserción a principios del siglo XX

En Bolivia, a fines del siglo XIX se desató un proceso de expansión latifundista, con expulsión de la población rural, usurpación de tierras a los *ayllus*, generando una migración masiva hacia la ciudad de La Paz, que en 1899 quedaría convertida en la capital política de la República. Según Silvia Rivera, las tradiciones comunitarias, de parentesco y paisanaje operaron como ordenadores invisibles del mundo popular urbano paceño, y de la estratificación laboral, marcados también por una jerarquización genérica. Al igual que el sector de la construcción masculinizado e indigenizado, “gremios enteros de la actividad laboral (...) se generizaron y se convirtieron en marcadores étnicos y de clase, en los que se articulaban la opresión colonial/patriarcal con la explotación capitalista a través del desigual proceso de acumulación y valorización del trabajo concreto” (Rivera Cusicanqui 1996:52).

Una característica significativa de la conformación social y urbana en Bolivia, a diferencia de lo que sucede en la Zona Metropolitana del Valle de México, refiere a la presencia relevante que tiene la dinámica comunitaria indígena en la estructuración de la ciudad y las relaciones familiares.

Desde finales de 1970, producto de la reestructuración mundial capitalista y de un prolongado ciclo de desposesión y concentración de la tierra, se puso de manifiesto la creciente proletarización de mujeres y hombres en nuestros países latinoamericanos. En el caso de la industria de la construcción, si bien el boom de la última década ha brindado características específicas, la inserción de mujeres en el oficio constructivo en Bolivia se remonta ya a inicios del segundo tercio del siglo XX, en el contexto de crisis de la Guerra del Chaco (1932-1935). La disminución de la población masculina como consecuencia de la contienda⁵⁶, favoreció el ingreso de mujeres a trabajos considerados masculinos, como la albañilería (Taller de Historia Oral Andina 1986, Lehm y Rivera Cusicanqui 1988, Dibbits et al. 2012). La recuperación de la historia oral de las y los albañiles realizado por el Taller de Historia Oral Andina (THOA) señala la importancia de las mujeres en este sector laboral. “Aquí cuando la Guerra del Chaco ha habido maestras albañiles mujeres, como doña Fortunata Quispe (...) era de las mejores maestras. Eran mujeres de pollera en esa época, se amarraban las polleras con cotense.⁵⁷ Porque después de la campaña de guerra del Chaco no había hombres aquí, era escaso de hombres” (Sebastián Marconi, 17-2-86) (Taller de Historia Oral Andina 1986).

A partir de la década de 1940 el sector de la construcción experimentó un gran cambio organizativo y técnico vinculado a la incorporación del cemento⁵⁸ y más tarde, del hormigón armado⁵⁹. “Las innovaciones tecnológicas

⁵⁶ Bolivia fue derrotada en la guerra contra Paraguay, con un costo de al menos 50.000 muertos (Rivera Cusicanqui 2015:52). Aun en el Censo de 1950, se expresaba la desproporción de la población en términos de género producto de las bajas de hombres durante la guerra. “En el Censo de 1950, el desnivel de los habitantes que tenían 25-30 años al terminar la contienda en 1935 es de 8528 hombres vs. 11832 mujeres de la misma edad, es decir, una proporción de 41,8% de varones sobre 58,1% de mujeres” (Rivera Cusicanqui 2002:101).

⁵⁷ Cotense es una tela gruesa de cáñamo. Tradicionalmente se usaba para hacer sacos de quintales de harina o azúcar y algunas mujeres usaban la tela para forrar sus polleras o enaguas (Comunicación personal con Elisa Vadillo, maestra constructora y socia de ASOMUC, 2-6-2020).

⁵⁸ En México, en cambio, fue a principios del siglo XX cuando se empezó a consumir el cemento importado de Inglaterra, y “para 1906 se constituyó la primera Compañía de cementos Portland, en Toluca (Sic), Estado de Hidalgo, cuyo primer horno comenzó a trabajar en 1909.

y los cambios económicos que se dieron a partir del auge minero determinaron también cambios y fluctuaciones en el mercado de trabajo” (Taller de Historia Oral Andina 1986:23). El aumento de la demanda de mano de obra y la sobreexplotación de la fuerza de trabajo tuvo como correlato el ingreso de mujeres y niños a la construcción⁶⁰. Según el Censo de 1950, el 4,5% de los trabajadores de la construcción, eran mujeres (Rivera Cusicanqui 2002).

Otros estudios (Red Hábitat 2012a), sin embargo, identifican las primeras incursiones en la década de 1960 del siglo pasado, en las que, a partir de donaciones de Estados Unidos en el marco de la Alianza para el Progreso, los gobiernos municipales intercambiaban alimentos, por trabajo en obras públicas, con la intención de enfrentar la crisis alimentaria y reducir los niveles de desempleo.

Las políticas de ajuste estructural implementadas con fuerza en Bolivia en la década de 1980, ocasionaron un incremento de la participación femenina en el mercado laboral como consecuencia de la crisis, tendencia que se manifestó en todo el continente.⁶¹ En la primera década de los 2000, se incrementó la participación femenina en el sector de la construcción como resultado de la implementación de políticas públicas de fomento al empleo, como fue el Plan Nacional de Empleo (PLANE), que se desarrolló en tres fases, de 2001 a 2005. En los relatos de vida, varias de las mujeres que conforman la Asociación de Mujeres Constructoras (ASOMUC) identifican sus primeras inserciones en el sector en el marco de los PLANE. Además de las políticas estatales, otro elemento que favoreció el ingreso de mujeres han sido los altos

La revolución mexicana de 1910 y la crisis mundial de 1929 fueron factores determinantes que retrasaron el desarrollo de la industria cementera mexicana; sin embargo, su mayor impulso inició a partir de 1940 con el crecimiento del mercado interno” (Kumaran and González 2008:167)

⁵⁹ Conocido comúnmente como cemento Portland, fue creado por el británico Joseph Aspdin y es el material más utilizado en la construcción para crear otros compuestos. Es conglomerante que mezclado con agua da como resultado productos que se endurecen y fraguan. El hormigón armado refiere al producto que se obtiene al mezclar cemento con armaduras de hierro o acero, y que se usa habitualmente para construir columnas y losas. El hormigón tiene la ventaja de ser más resistente y durable que el cemento.

⁶⁰ “A un ayudante de construcción le llamamos chivato, ¿no? Así antes llamábamos chivatas a las mujeres que trabajaban en la construcción. Eran bien machas. La mayor parte han sido de Achocalla. Paraban en la calle y ahí las contratábamos, porque a veces eran mejor que los hombres. Esas chicas trabajaban bien, muy bien” Sebastián Marconi, 17-2-86” (Taller de Historia Oral Andina 1986:24)

⁶¹ “Berger y Buvinic señalan que entre 1950 y 1980 la fuerza laboral femenina en América Latina se había triplicado, en tanto que la masculina sólo se había duplicado” (Rivera Cusicanqui 2002:114).

índices de migración, especialmente de albañiles varones, hacia países como España y Argentina. Se “estima que desde el 2002, cerca de 600.000 trabajadores bolivianos salieron del país desde las áreas urbanas y rurales; considerando solamente a quienes se trasladaron desde las ciudades. La disminución por este concepto fue equivalente al 6,2% de la PEA urbana en el 2007” (Escobar en Red Hábitat 2012:9). A ello se le sumó un flujo migratorio de hombres hacia centros mineros producto del aumento de los precios de los minerales.

A partir de 2008, al mismo tiempo que en la Zona Metropolitana del Valle de México comenzó el “tsunami inmobiliario”, en Bolivia también se expresó con fuerza el fenómeno conocido como “boom de la construcción”, pero a diferencia del país del norte, en este caso estuvo impulsado por el notable incremento de la inversión pública⁶² y, en menor medida, por inversiones privadas.⁶³

El 22 de enero de 2006 asumió la presidencia del país el líder sindicalista cocalero Evo Morales, con el Movimiento al Socialismo – Instrumento por la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP). Ello significó un parteaguas en la historia política del país, al constituirse como el primer presidente indígena en Bolivia y en América Latina, planteando un nuevo escenario en la reconfiguración del poder y el vínculo entre la sociedad civil y el Estado. La llegada del MAS al poder se caracterizó por implementar reformas en el papel redistribuidor del Estado, una de las cuales refiere al impulso a la inversión en infraestructura pública, que llegó a representar en 2016, el 21% del PIB (Wanderley 2018:46). Según el Centro de Estudios Económicos y Desarrollo (CEED) de la Cámara de la Construcción de Santa Cruz (CADECRUZ), la tasa de crecimiento en el sector de la construcción fue de 7,5% con una participación de 2,67% en el PIB nacional. Según la Cámara

⁶² “La inversión, medida por la formación bruta de capital fijo es un componente del PIB que incluye las adquisiciones de planta, maquinaria y equipo, los mejoramientos de terrenos, y la construcción de carreteras, ferrocarriles y obras afines, incluidas las escuelas y hospitales, entre otros (Serebrisky et al., 2015)”

⁶³ De 2000 a 2015 se evidenció un incremento de la inversión pública del 5,1% al 13,6% y una reducción de más del 4% en la inversión privada(Wanderley 2018)

Boliviana de la Construcción, el ritmo de crecimiento continuó en aumento hasta alcanzar el 9% el 2012, lo que indica que fue uno de los rubros más beneficiados en el ciclo de bonanza económica” (Rojas en Red Hábitat 2012).⁶⁴ Este proceso tuvo su correlato en el empleo. Según el Censo de 2001, existían 185.393 personas que tenían como fuente laboral principal el sector de la construcción (6,5% de la PEA). Para 2012, el sector experimentó una tasa de crecimiento anual promedio de 6,7%, alcanzando un total de 378.737 personas, que representan 8% de los ocupados (Mogrovejo and Mendizábal 2016:11). Según la Encuesta de Hogares de 2014, en ese año 443.644 personas se dedicaban a la construcción, y otros 27.847 trabajadores lo hacían como ocupación secundaria, alcanzando un total de 471.491 personas mayores a 10 años de edad consideradas como trabajadores de la construcción (8,8% de la fuerza laboral del país)” (Mogrovejo and Mendizábal 2016:29).

¿En este contexto, cómo se caracteriza la presencia de mujeres en el sector de la construcción? ¿Quiénes son estas mujeres? Para dar respuesta a ello, en este apartado, decidí utilizar una estrategia narrativa diferente a la presentación del caso mexicano y escogí comenzar con los datos que brindan las estadísticas. Con la intención de que “las vidas no se pierdan en las estadísticas”, como plantea Angela Davis (2016), inmediatamente retomo la experiencia vivida y sentida de las mujeres constructoras bolivianas.

--

Tabla 1 Evolución trabajadores ocupados en el sector de la construcción en Bolivia a nivel nacional 2008-2018, por sexo

Sexo	2008	2009	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018
Hombre	315.566	357.519	365.543	341.767	333.155	430.282	456.462	467.474	473.565	456.644
	95,85	96,4	95,82	95,89	96,55	95,24	96,48	95,64	96,91	97,87
Mujer	13.647	13.333	15.931	14.659	11.917	21.482	16.662	21.295	15.076	9918
	4,15	3,6	4,18	4,11	3,45	4,76	3,52	4,36	3,09	2,13
Total	329.213	370.852	381.474	356.426	345.072	451.764	473.124	488.769	488.641	466.562
	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

⁶⁴ “Entre los factores principales que explican este crecimiento destacan el incremento de la inversión pública en la construcción de obras de infraestructura que pasó de 481 millones de dólares el 2006 a 1.158 millones de dólares el 2012, con una participación del 51% en la inversión ejecutada. Asimismo, figuran la mayor liquidez y canalización de recursos del capital financiero a esta actividad como parte de sus estrategias de acumulación, la liquidez monetaria que proviene de las exportaciones de materias primas, las inversiones especulativas en lugar de otras alternativas de inversión productiva, las remesas de los emigrantes bolivianos en el exterior y una mayor demanda de viviendas por parte de los grupos sociales de ingresos medios y altos que accedieron al crédito bancario con bajas tasas de interés. Algunos empresarios constructores asociaron el boom con los recursos originados en actividades ilícitas como el contrabando y el narcotráfico” (Rojas en Red Hábitat, 2012:57).

Fuente: elaboración propia con base en las Encuestas de Hogares 2008-2018, INE

Tabla 2 Evolución trabajadores ocupados en el sector de la construcción en el Departamento La Paz 2008-2018, por sexo

Sexo	2008	2009	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018
Hombre	65.901	71.334	83.518	76.993	77.987	94.220	108.483	106.933	106.209	101.975
	91,1	90,6	90,63	93,62	93,33	92,13	93,40	92,62	95,32	95,62
Mujer	6.442	7.397	8.630	5.248	5.577	8.048	7.664	8.519	5.214	4.672
	8,9	9,4	9,37	6,38	6,67	7,87	6,60	7,38	4,68	4,38
Total	72.343	78.731	92.148	82.241	83.564	102.268	116.147	115.452	111.423	106.647
	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

Fuente: elaboración propia con base en las Encuestas de Hogares 2008-2018, INE

Considerando las Encuestas de Hogares, el año 2016 fue el último con mayor cantidad de mujeres que declararon trabajar en la construcción como ocupación principal a nivel nacional (21295 mujeres que representaban el 4,36% del total de trabajadores del sector). En cuanto a nivel educativo⁶⁵, el 1,2% no tenía ningún nivel de estudios, el 31,86% tenía primario completo, el 30,4% secundario completo y el 36,4% tenía estudios superiores. El 36% tenía entre 20 y 30 años, el 24% entre 30 y 40 años, el 28% tenía más de 40 años, y el 10% era menor de 20 años. Si consideramos el estado civil, el 28,5% era soltera, el 24,9% era casada, el 28,9% vivía en concubinato, el 12,5% es separada o divorciada y el 5,4% era viuda. Del total, el 29,13% declaró ser jefa de hogar. A nivel nacional, el 43,7% de ellas declararon pertenecer a un pueblo indígena, mientras que, en el Departamento de La Paz, el 75,47% declaró ser aymara. Ello tiene relevancia en cuanto al vínculo que históricamente las mujeres indígenas urbanizadas mantienen con las comunidades de orígenes. Esto lleva a que, principalmente entre aquellas que son cuentapropistas, dispongan de varios días y hasta semanas para viajar a las comunidades rurales en temporada de cosecha. Esta disponibilidad restringida de su presencia en la ciudad impone ciertos límites a la posibilidad de organización, como veremos más adelante.

⁶⁵ El sistema educativo de Bolivia comprende tres subsistemas: Educación regular, Educación alternativa y especial y Educación superior de formación profesional, según la ley Avelino Siñani, promulgada en 2010. En cuanto a la educación regular, la primaria tiene 6 años de duración, igual que la secundaria que también tiene 6 años.

En la ciudad de La Paz y El Alto, las mujeres dedicadas al trabajo de la construcción, se insertan principalmente en tres sectores, como obreras municipales, como obreras en el sector privado y como independientes o cuentapropistas⁶⁶.

En el sector público, las mujeres se ubican en el área de infraestructura pública de los gobiernos municipales. Específicamente en el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz, se emplean como operarias en la Unidad de Mantenimiento de Infraestructura Social (UMIS), que tiene a su cargo el mantenimiento de unidades educativas y centros de salud, y en la Unidad de Mantenimiento de Infraestructura Urbana (UMIU), en los sectores de mantenimiento, mejoramiento y servicios básicos. Además, se insertan en el sector de infraestructura de los Programas Barrios y Comunidades de Verdad (PBCV), Plan Integral de Barrios (PIB)⁶⁷ y en la Empresa Municipal de Asfalto y Vías (EMAVIAS).

⁶⁶ Según la EH2016, a nivel nacional, el 4,87% trabajaba en el sector público, el 56% en el sector privado, y el 39,14% no declaró lugar de trabajo. En el Departamento de La Paz, del total de trabajadoras del Departamento (8519), el 10,26% declaró trabajar en el sector público.

⁶⁷ La UMIU y la UMIS, y los programas PBCV y PIB dependen de la Secretaría Municipal de Infraestructura Pública del Gobierno Autónomo Municipal de La Paz.



Ilustración 9 Cuadrilla de trabajo de mujeres maestras en el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz, 26-6-19.

En cada unidad se conforman cuadrillas mixtas de 10 personas: un capataz, tres contra maestros, tres ayudantes primero, y tres ayudantes segundo. Los trabajadores obreros son contratados según las categorías denominadas Laboral B (capataz), Laboral C (maestros), Laboral D (contra maestros), Laboral E (ayudante 1), Laboral F (ayudante 2). En una entrevista realizada al actual Secretario Municipal de Infraestructura Pública, Ing. Rodrigo Solís, afirmaba que las mujeres generalmente eran contratadas como Laboral F (Ayudante 2) y realizaban trabajos de deshierbe, recojo de escombros, traslado de materiales y herramientas, construcción de muros, cavado y bacheado. Las actividades en esta categoría ocupacional no necesariamente implicaban menor esfuerzo físico, sin embargo, efectivamente sí se traducían en un menor salario. En el resto de categorías (todas superiores) se contrataba a hombres.

Desde hace aproximadamente una década, producto de capacitaciones, las mujeres han logrado acceder a categorías superiores. Aun así, el porcentaje es mínimo. Actualmente, en la SMIP, sólo una cuadrilla se compone de mujeres maestras, con un ayudante varón. En EMAVÍAS hay mujeres encargadas de equipos de trabajo para el asfaltado de vías.

El sector privado de la construcción, presenta una gran heterogeneidad⁶⁸ que va desde personas que trabajan por cuenta propia y que, en ocasiones, alcanzan a formar equipos de trabajo de hasta 3 o 4 trabajadores para construir o remodelar viviendas particulares, hasta grandes empresas multinacionales que operan a escala mundial en diversos países. El crecimiento acelerado del sector favoreció la proliferación de empresas en el país⁶⁹. Del total de 2012, cerca del 93 % eran pequeñas y el 7% representaba empresas medianas y grandes (Rojas en Red Hábitat, 2012: 57).

⁶⁸ “El Censo de la construcción del Observatorio Urbano de la Cámara de la Construcción de Santa Cruz, registró para el 2016 que de las 846 obras censadas en La Paz (contempla a los municipios de La Paz y El Alto), el 43,7% de las construcciones es para viviendas con comercio (vivienda con un negocio, tienda, ferretería, local de fiestas u otros), y 29,6% son para viviendas unifamiliares. En menor importancia le siguen los edificios mixtos, es decir los que incluyen departamentos, oficinas y comercio (5,4%); edificios exclusivos de departamentos (4,7%), e inmuebles para centros comerciales (2,0%) entre los más importantes” (Gobierno Autónomo Municipal de La Paz (GAMLP) 2018:17)

⁶⁹ Según el Registro de FUNDEMPRESA, en 2012 existían “10.780 empresas dedicadas a la construcción, mientras que en 2016 se registraron 36.965 y para junio de 2017, 38.088 representando 13,2% de las empresas registradas en la Base Empresarial de la Fundación para el Desarrollo Empresarial (FUNDEMPRESA)” (Gobierno Autónomo Municipal de La Paz (GAMLP) 2018:10).

En tal estructura empresarial, la participación de mujeres aumenta a medida que el tamaño de empresa disminuye. Según la EH2016, a nivel nacional, el 12, 27% de las mujeres constructoras trabajaba en empresas grandes, el 15,19% en mediana empresa, el 29,37% en pequeña empresa y el 43,16% trabajaba en microempresa. Mientras menor es el tamaño, menor salario recibe, y tienen menores garantías de recibir seguridad social. En tal sentido, el 77,68% declaró en la EH2016 no estar asegurada a ninguna cobertura social, el 20,9% tenía un seguro público y el 2,23 contaba con un seguro privado.

Otra dimensión que adiciona heterogeneidad al interior del colectivo obrero es el tipo de ocupación. En 2016, a nivel nacional, el 20,67% de las mujeres constructoras trabajaba como obrera, el 44,9% como empleada, el 13,76% como trabajadora por cuenta propia y el 20,57 como trabajadora familiar o aprendiz sin remuneración.

Una característica central de la organización del trabajo en el sector es la extensa red de subcontrataciones que desdibuja la relación directa capital-trabajo, al estar mediada por una serie de intermediarios contratistas. A ello se le suma la superposición de otras redes de relaciones basadas en el parentesco, el compadrazgo, lazos de vecindad, etc. que vuelven más complejo el entramado. Una larga red de subcontrataciones conlleva que las empresas o los representantes del capital, que acumulan importantes ganancias con la industria de la construcción y el mercado inmobiliario, se desresponsabilicen de la garantía de los derechos laborales de las y los trabajadores. La gran mayoría de mujeres que trabajan en la construcción, se ubican en las posiciones finales de esas cadenas, y aunque se reconozcan como independientes, sus contratos laborales conllevan una relación laboral velada.

2.3.2 La experiencia en los planes de emergencia laboral del Estado

Las mujeres que entrevisté en Bolivia, especialmente aquellas que son mayores de 50 años, manifestaron de modo recurrente haber comenzado su recorrido en el oficio de la construcción, al igual que en México, por un lado, en sus primeras experiencias de autoconstrucción, y por otro, a partir de los

Programas Públicos de Trabajo. La mayoría de ellas mencionó al “PLANE” (Plan Nacional de Empleo de Emergencia) como su primer acercamiento.

Como mencioné, además de ingresar como cuentapropistas por conocidos, en el transcurso del trabajo de campo identifiqué que una primera y significativa posibilidad de entrada al sector representaron los Programas Públicos de Trabajo, llamados así y orientados por los imperativos de los organismos internacionales de crédito, implementados por los sucesivos gobiernos neoliberales en el país. Desde 1986 a 1991 fue el Fondo Social de Emergencia (FSE) y desde finales de 2001 hasta 2005, las distintas fases del Plan Nacional de Empleo de Emergencia (PLANE). Muchas de las mujeres que se capacitaban y trabajaban en estos programas, luego ingresan a la Alcaldía como obreras. Otras se vinculan a través de los Programas municipales, entre los cuales tuvo relevancia el llamado Barrios y Comunidades de Verdad. Por último, otra gran vía de acceso y como continuidad de lo anterior, refiere a las capacitaciones brindadas por la ONG Red Hábitat. Veamos cómo se configura este proceso en el tiempo y a través de la experiencia de las mujeres trabajadoras.

En septiembre de 2001 se declaró la Emergencia Nacional por causa del Desempleo y Subempleo y se creó el PLANE, administrado por el también creado Directorio Único de Fondos (DUF). Durante la implementación de los tres programas del PLANE, el DUF fue administrado y financiado por diversos organismos internacionales: en el PLANE-I los fondos fueron gestionados por la Cooperación Técnica Alemana (GTZ) como Gerenciadora Independiente; para el PLANE-II la Administradora estuvo a cargo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y para la tercera fase, se seleccionó a la Cooperación Técnica Belga (CTB) (Landa Casazola y Lizárraga 2007: 112).

El PLANE se constituía, por un lado, por el Programa de Empleo de Servicios (PES) y por otro, por el Programa de Empleo Rural (PER). El PES incluía mejoramiento de calles y avenidas, protección del medio ambiente, prevención de desastres naturales, rehabilitación de edificios históricos y otras actividades con uso intensivo de mano de obra. El PER, por su parte, incluía mantenimiento o mejoramiento de caminos, reparación de aulas escolares, reservorios de agua y canales de riego. Lo significativo del PLANE ha sido la

cobertura. “Al PLANE-I se inscribieron 86 mil personas en el país número que aumentó para el PLANE-II a 100 mil personas y finalmente para el PLANE-III se contabilizaron como 99 mil personas” (Landa Casazola and Lizárraga 2007:113). En el primer caso, el 55% eran mujeres, en el segundo, la participación se amplió al 64.4% de inscriptas, y el último, la participación femenina alcanzó el 74%. Con esto vemos que la cantidad de mujeres que trabajaron y se capacitaron en actividades de construcción durante esos años fue muy significativo.

Marta es una mujer aymara, maestra constructora, tiene 57 años. Nació en Guaqui. Cuando Marta tenía 15 años, la llevaron a vivir a La Paz y allí comenzó a trabajar en un taller textil, propiedad de unas personas coreanas. Allí conoció a su esposo y al poco tiempo se casó. En ese lugar trabajó por tres años. A partir de allí comenzó a trabajar en el programa “Trabajo por alimentos”, a principios de los años 80.

He trabajado en OFASA, es por alimentos, antes trabajábamos. Empedrábamos calles, mejoramiento de las zonas, laderas. Puras mujeres trabajábamos porque era del Estado, del gobierno nos daba esa ayuda que venía, nacional. (...) Empedrado, hacer cordones de acera, ahí empezó. Es igual que el PLANE, pero después ha nacido el PLANE. (Entrevista con Marta, 13-5-19)

Marta se refiere a OFASA (Obra filantrópica de la Iglesia Adventista).⁷⁰ Durante los años 80, los gobiernos municipales de La Paz y El Alto comenzaron a firmar convenios con la cooperación internacional para el desarrollo urbano en el marco de los programas de Ajuste Estructural. El programa de Alimentos por Trabajo, por ejemplo, se firmó con ADRA-OFASA, con la cooperación de USAID y las Juntas Vecinales. El objetivo oficial del proyecto era

generar empleo temporal intensivo (...), de mano de obra semi y no calificada para la ejecución de proyectos de infraestructura vial – empedrado de vías, construcción de cordones y pisos de acera-, mantenimiento preventivo de vías- bacheos de

⁷⁰ Se trata de la rama humanitaria mundial de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Fue creada en 1964, conocida por sus proyectos asistencialistas y por el programa de “Trabajo por Alimentos”. En 1987 se transformó en ADRA, Agencia Adventista para el Desarrollo y Recursos.

empedrados-, construcción de muros perimetrales, forestación y mejoramiento de áreas verdes, con el fin de “mejorar el nivel de vida de las personas del municipio (...) el incentivo de estos trabajos por alimento están dirigidos a mejorar la nutrición de los niños y sus familias, así como la capacitación de mano de obra calificada” (GMEA, 2008) En forma casi exclusiva emplea a mujeres, y entre los alimentos donados, están las lentejas, el maíz, la harina de trigo, entre otros (Díaz 2011:13)

Las mujeres, insertas en el programa, generalmente trabajaban sin un salario, sino que las agencias de cooperación –ADRA, CARITAS, PCI, FCH-, daban a cambio de su trabajo 55 kg. de alimentos (Díaz 2011), es decir, un costal por mes. Marta señala que después de eso, comenzó a trabajar en el PLANE.

Y también he trabajado en PLANE. Después trabajando en PLANE, me ido a trabajar en la Alcaldía. En PLANE he trabajado casi 4 años. Era encargada también de la cuadrilla, he manejado gente. (...) Es un poco complicado, pero si tú le tratas bien, hay nomás gente que quiere trabajar. Más que todo las mujeres, porque las mujeres siempre hemos trabajado en la calle, empedrando las calles, cargando arena, cargando tierra, cargando piedras, algunos con carretilla, pico y pala, siempre hemos trabajado. Perfilando las calles. Algunos hombres también nos iban a ayudar, por ejemplo, teníamos unos maestros que nos decían la medida, cómo tenemos que sacar, cómo tenemos que hacer el empedrado, todas esas cosas también hemos aprendido de los varones. En la cuadrilla había dos varones. En otras cuadrillas no había varones, pero como ya sabíamos, nosotras nomás nos hemos manejado en cuestión del empedrado. (Entrevista con Marta, 13-5-19)

Marta reconoce la presencia histórica de las mujeres en los trabajos en las calles, y además narra cómo ha sido el proceso de adquirir conocimientos sobre el oficio en ese contexto. Mantener una relación cordial con los varones ha redundado en la posibilidad de aprender el oficio.

En cuanto a las motivaciones, varias de las mujeres sostienen que se sumaron al PLANE por necesidad. En el caso de Madeleine, porque había quedado embarazada y el padre de su hijo la había abandonado.

Yo me aferré a una persona que conocí, nos íbamos a casar, pero en un momento ya no nos casamos y él se hizo a un lado, y me dejó y yo ya estaba embarazada de mi bebé, y tuve que decidir entre terminar de estudiar o trabajar. Entonces decidí

trabajar. Estaba el plan del gobierno PLANE, para empedrar las calles, un momento reforestación, eso. Entonces había cuadrillas de mujeres, de 30 mujeres o varones y el sueldo era semanal entonces me convenía por el bebé, y le dejaba en la mañana a él con mi mamá me regresaba y ya. Entonces ayudó bastante. A mí me encantaba ese rubro de la construcción, el hacer y demás. Pasó el tiempo y veía a las mujeres ayudando en construcción, pero también escuchaba de que eran acosadas y que no se les pagaba bien. Entonces yo tenía miedo, y ejercí otros trabajos. Estuve trabajando en alcaldía, pero estaba de guardia municipal (...) Conocí gente en la alcaldía, habían licenciadas que me invitaron a uno de los cursos que iba a ser la alcaldía, y ahí también estaban las compañeras invitadas, y ahí fui. Las conocí y me enteré que había un grupo de mujeres constructoras. A partir de esa época estoy ahí, desde 2017 (Entrevista con Madeleine, 11-2-19)

Lo mismo considera Lucy. Ella dice “Hay señoras jóvenes que a veces trabajan por necesidad, que a temprana edad se hacen de hijitos y no hay quién las ayude, las deja el marido, mayormente son las que eligen trabajar más en la construcción. Hay también señoras, así, pero mayormente por necesidad” (Entrevista con Lucy, 25-2-19). Sin embargo, también considera que un proceso que propició el ingreso al sector de la construcción han sido las leyes sobre igualdad que implementó el gobierno de Evo Morales

Ahora hay más mujeres que trabajan, antes por ejemplo trabajaban puros varones. La construcción sólo era para varones, porque el varón es fuerte y todo eso. Ahora ya no, con esa nueva ley del Evo. La ley de Evo dice todos somos iguales ante la ley, hombres y mujeres, entonces las mujeres han comenzado a trabajar, porque antes solo se contrataba a varones, ayudantes varones, así. Ahora no, las mujeres. (Entrevista con Lucy Mamani, 25-2-19)

Después del PLANE, que era un programa a nivel nacional, la Alcaldía de La Paz implementó otro programa que tuvo repercusiones importantes en las mujeres trabajadoras. Veremos de qué se trata a partir de la experiencia de Lidia, actual Secretaria General de la Asociación de Mujeres Constructoras (ASOMUC).

A Lidia la entrevisté por primera vez en el Mercado Lanza⁷¹, uno de los más antiguos mercados del centro de la ciudad de La Paz que había sido completamente remodelado en 2010. Lidia y su esposo son vendedores históricos de ese mercado y la remodelación, plantea ella, les ha traído consecuencias. La reestructuración espacial del mercado generó, a decir de Lidia, una disminución significativa de las ventas.

Por esos años -2005, concretamente- el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz implementó el Programa Barrios y Comunidades de Verdad (PCBV), proyecto financiado mediante créditos por el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que tuvo como objetivo institucional “reducir la marginalidad urbana en las laderas y comunidades rurales del municipio de La Paz”.⁷²

La reestructuración del mercado también ocasionó que el esposo de Lidia, quien también era vendedor, deba intercalar la permanencia en el puesto del mercado con salidas a otros lugares de provincia a vender sus productos. Cuando el proyecto de Barrios de Verdad llegó al barrio de Lidia, ella “estaba en su casa y su esposo no”. Eso le permitió ser representante del proyecto. Este es el momento en su vida que Lidia reconoce ante mi pregunta sobre cómo comienza en el sector de la construcción.

Tenía que haber un comité con 8 personas y esas 8 personas tenían que ser 50 y 50. O sea, 4 varones y 4 mujeres. Hemos trabajado, las mujeres desde el inicio de las obras, hasta el final. Ha sido bien ponderado, nos han felicitado bastante, porque

⁷¹ El Mercado Lanza, aunque fue fundado como tal en 1937, como parte de una ola de construcciones vinculadas a los proyectos de embovedado del Río Choqueyapu, es en realidad un espacio histórico de intercambio y encuentro comercial desde la época prehispánica. El Mercado se ubica en el barrio Churubamba. “Desde hace más de 500 años, cuando estaba habitada por aymaras del señorío Pacajes y regida por el poder de los Incas, y hasta hoy en día convertida en un dinámico centro de actividad comercial, la zona de Churubamba o San Sebastián es el ombligo social de la ciudad de La Paz” (Cajías en L. A. Canedo 2015: 5). De 2008 a 2010 se llevó a cabo la reconstrucción del mercado bajo la égida de un proyecto de modernización espacial del centro de la Ciudad.

⁷² “La propuesta fue evolucionando, desde una primera fase (2000) como Programa de Mejoramiento de Barrios, enfocada en gestión de riesgos y mejoramiento de infraestructura (2000); ya para el 2005, como Programa Barrios de Verdad incorpora la metodología de planificación participativa, lo que sugiere involucrar a los vecinos en los procesos de mejoramiento de sus barrios; para el 2010 el programa adquiere la capacidad de ampliar sus competencias hacia comunidades rurales, lo que significó su refundación como Programa Barrios y Comunidades de Verdad” (<https://buenaspracticas.rosario.gov.ar/proyecto/1751/programa-barrios-y-comunidades-de-verdad/>)

todos los comités de otros barrios empezaban y después... *sin importismo*⁷³, pero nosotros, no. Nos hemos dado la tarea de poder empezar y terminar bien (Entrevista con Lidia, 14-5-19).

Esa primera instancia de juntarse con sus vecinas propició, según relata, la construcción de una casa comunal y con ello, la conformación de un grupo de mujeres.

Y los varones obviamente muy enojados, porque mi barrio es un barrio machista, no querían tener a la cabeza a una mujer. Una vecina era la representante de todas, pero así llegamos. En la casa comunal nos han dicho 'ya que hay tantas mujeres – porque en las reuniones la mayoría eran mujeres que venían a trabajar su comunidad y todo eso- una de las licenciadas dice '¿Por qué no hacen un grupo de mujeres, un centro de mujeres y que tengan aquí en esta casa comunal sus reuniones?' ¡Magnífico! (Entrevista con Lidia, 14-5-19)

Resalto ambos pasajes de la experiencia narrada por Lidia, no sólo para caracterizar su trayectoria de inserción en el sector de la construcción, sino también para remarcar las múltiples limitaciones en su hogar y en su vecindario, impuestas por los hombres que las rodean, para traspasar fronteras de participación. En ese primer grupo de mujeres recibieron talleres de tejido, liderazgo y empoderamiento, manualidades con reciclado de papel, entre otros. Una de sus compañeras del grupo de mujeres había ido a realizar cursos de capacitación que la ONG Red Hábitat estaba impartiendo sobre construcción básica para mujeres e invitó a Lidia. Sin embargo, una nueva limitación le impuso su marido, ya que no quería que “fuera a perder el tiempo en eso”. Volvieron a invitarlas, esta vez, a todo el centro de mujeres y se inscribieron unas 12, entre ellas Lidia. “¡Para mí, ya! ¡Es lo que yo quería aprender, es magnífico! Pero el problema ha sido que tenía que venir aquí a la Avenida

⁷³ Término coloquial utilizado para expresar actitud de indiferencia o apatía.

Aspiazu para aprender.⁷⁴ ¿Y cómo lo hago? Estaba bien triste, ¿qué voy a hacer?”, me relataba Lidia.

Vine la primera semana y mi esposo ya empezaba a enojarse, que estás yendo a perder el tiempo, que estás gastando el dinero y todo lo demás. Y yo dije ‘iré caminando, no importa, pero voy a ir’. Y yo fui así y con problemas lo engañé a mi esposo, porque él me daba 20 bolivianos⁷⁵ para la carne y yo compraba pulpa. Medio kilo de pulpa son 20 bolivianos, pero he comprado con hueso, que valía 15 bolivianos, eso compraba yo. Y bueno, comía un pedacito y a él le daba el más grande como tenía que ser, normal. Y así tenía algo para mis pasajes, o para sopa me daba 15, pero esa parte de la costilla vale medio kilo 15, pero el pecho valía 12 bolivianos. Entonces lo hacía cocer un poco más y así hacía la sopa. De esa manera le engañé para mis pasajes. Entonces ese era el sacrificio que hice, pero aprendí bastante, todo lo aprendí bien. Y me ha gustado (Entrevista con Lidia, 14-5-19)

Al finalizar el curso, a cada mujer le entregaban un overol y algunas herramientas para que pudieran comenzar a trabajar de manera independiente. Varias veces Lidia encontró las herramientas en la basura.

Entonces empezamos a embroncarnos de esa manera, pero me estaba dejando, le di la razón, tal vez es una pérdida de tiempo. Pero mi hija, también fue la que me hizo recapacitar y me preguntó de mi mamá, de cuando era pequeña, ‘¿qué hacía tu mamá?’ Era ama de casa. Pero cuando eras más grande, ¿qué hizo tu mamá? Bueno, salió a vender. Después cuando era joven, ¿qué hizo tu mamá? Seguía vendiendo. O sea, su vida se la ha pasado vendiendo. Si me pones a pensar, algún día mis nietos le van a preguntar lo mismo a mi hija. ¿Qué ha sido tu mamá, qué hizo? ¿Y qué le va a decir, que era una ama de casa?, ¿qué le va a decir? Tengo que cambiar las cosas, no pueden ser así. Entonces empecé (en la construcción). Y hemos ido aprendiendo tanto, que mi hija se sorprende verme en la TV, verme en las fotos, en todos los lugares. Ella está super, super contenta, orgullosa (Entrevista con Lidia, 14-5-19).

⁷⁴ Aproximadamente desde Chijini, donde vive Lidia, un barrio en la ladera oeste de la ciudad de La Paz, hasta el centro de Sopocachi, donde se encuentra la oficina de Red Hábitat, que era donde se llevaban a cabo los talleres, hay unos 4,5 km. de distancia.

⁷⁵ Aproximadamente, 3 dólares.

En el relato de Lidia identifiqué algunos elementos vinculados a la idea de progreso asociados a la ruptura que genera en las trayectorias familiares la inserción de una mujer en el sector de la construcción. Hay una valoración positiva que contrasta con la venta o el trabajo del hogar y que se pone en evidencia en el sentimiento de orgullo que expresa Lidia. El orgullo por ser trabajadora de la construcción no sólo se configura por acceder a un espacio de saberes reconocidos sino también, por el proceso de politización que llevan adelante estas mujeres en el marco de la conformación de la Asociación de Mujeres Constructoras (ASOMUC). En tal contexto, las mujeres tomaron cursos de capacitación en oficios, en formación política y vocería, al mismo tiempo que han tomado visibilidad en la prensa local y nacional. Aparecer en televisión, en la prensa escrita, tornarse visibles colectivamente e individualmente, tiene su correlato en los procesos de reconocimiento familiar, y, sobre todo, de autorreconocimiento. En ocasiones, esto les permite negociar de una mejor manera las relaciones de poder con sus esposos. Lidia sostenía que después de un tiempo, su marido no sólo dejó de tirarles las herramientas a la basura, sino que comenzó a interesarse en el trabajo de la construcción y varias veces fue a trabajar con ella para aprender.

2.3.3 Obreras municipales, independientes y socias de Asomuc

Varias de las mujeres que comenzaron trabajando en los programas de PLANE o Barrios de Verdad, luego continuaron laborando en la alcaldía con contratos temporales. Es el caso de Matilde, quien tiene 46 años y 3 hijos. Nació en el norte de Potosí, en un centro minero y quedó huérfana desde muy pequeña. “Mi mamá falleció cuando yo tenía 4 años y luego mi papá falleció cuando tenía 5. Desde ese tiempo me crié con una abuelita. Ella era de Aymaya, y ahí es donde pasé durante mayor tiempo”. Allí, con su abuelita, tal como Matilde llamaba a la mujer que la crió, han trabajado en el campo. “He trabajado en la agricultura con mi abuela, porque las docitas nomás vivíamos. Mi abuelita era viejita y como yo ya tenía fuercita, yo iba a sembrar papa, a segar cebada, sabía remover la tierra, ir a pastear las ovejas, toda esa actividad cumplía, eso hasta que he sido jovencita, hasta los 17” (Entrevista con Matilde, 25-2-19). Estudió hasta 2º básico y a sus 8 años la llevaron a Santa Cruz a trabajar en la

casa de la hija de la mujer que la criaba. Allí estuvo hasta sus 18 años. “Mi tía le decía a mi abuelita: -Yo le voy a hacer estudiar. Pero no me ha hecho estudiar-. Yo estaba como empleada en su casa. Después, como ya era jovencita tenía vergüenza para entrar a la escuela, ya era grandota y todo lo que he estudiado me he olvidado”. Al poco tiempo, “he empezado a enamorarme con mi esposo”. Cuenta que su mayor temor era no saber leer y escribir. “Después de eso, cuando ya he llegado acá a La Paz, cuando tenía a mis hijos jóvenes, recién entré al nocturno. Y estudié, y ahora, aunque no sea correctamente, ya leo, escribo”.

Posteriormente, mediante la ayuda de una amiga, entró a trabajar en la Alcaldía, de obrera. “Aprendí a hacer la pintura, mi primera experiencia fue aprender a pintar. Las compañeras me enseñaron. Es bonito, me gusta. En la Alcaldía cada año nos contrataban por cuatro meses. Después ya no fui porque era muy cansado, por eso lo dejé. Nuestro pago era en víveres”. La modalidad de pago del trabajo de las mujeres por alimentos o víveres ha sido utilizado por organismos gubernamentales y no gubernamentales y redundante, no solo en la desvalorización del trabajo, negándole un salario, sino además, la feminización de este tipo de programas consolida la asociación de las mujeres como responsables de la reproducción familiar.

Nuestro trabajo era pintado, excavación, muros de contención, vaciados, limpieza de los sumideros, baños. Eso fue en el 2010. Hasta 2017 trabajé, cada año 5 meses, 4 meses, 6 meses, de eventual. No tenía seguro, no te reconocen antigüedad. Entraba 8-30 hasta las 5. Cuando faltaba terminar, los últimos meses, llegaban a trabajar hasta las 6. A veces los sábados hasta el mediodía. Eran puras mujeres. Obreras”
(Entrevista con Matilde, 25-2-19)

Su esposo era profesor y no ganaba mucho. Por ese motivo Matilde entró a la construcción, para poder ayudarlo a él. Tuvo su primer hijo a los 19 años. “Ser mamá es muy sacrificado. Yo nunca había pensado casarme, porque veía como el hijo de mi abuelita le pegaba a su esposa grave, y por eso decía nunca me voy a casar. No sé si me casé tan enamorada o por escapar, porque mi tío me pegó fuerte por haber ido a una fiesta. Entonces yo quería escaparme, y como él me ha propuesto, bueno yo ya dije. Así pasó y desde esa vez hasta

ahorita”, relata. Esta experiencia se reiteró bastante en las historias de vida de las mujeres en Bolivia y coincide también con lo que las mujeres mexicanas narraban sobre la presencia de prácticas familiares violentas durante gran parte de sus ciclos de vidas, principalmente ejercida de parte de los hombres, pero no exclusivamente. Frecuentemente, para escapar de la violencia en sus familias de origen, se casan con hombres que suelen ser más violentos aún.

Como explicité en el capítulo metodológico, mi ingreso al trabajo de campo en Bolivia se dio a partir del contacto con Red Hábitat y con ASOMUC. Por lo tanto, casi la totalidad de mujeres entrevistadas se vinculan, ya sea formando parte como socias de la Asociación, o porque participaron de los múltiples cursos de capacitación en construcción básica y pintura impartidos por Red Hábitat. Algunas de ellas participaron en los PLANE, otras en Barrios y Comunidades de Verdad, otras son obreras de la alcaldía, y varias otras son independientes que se enteraron de los cursos y decidieron participar. Este último es el caso de Elisa.

Eli tiene 44 años, nació en la provincia de Sajama, del departamento de Oruro. Es viuda y madre de 5 hijos. Completó sus estudios primarios. Desde hace dos años trabaja de forma independiente en el rubro de la construcción. Actualmente vive en Senkata, El Alto. Tiene pocos recuerdos de sus padres, porque vivió con su hermana mayor desde muy pequeña. A los 22 años tuvo su primer hijo. Eso significó un cambio trascendental en su vida ya que adquirió nuevas responsabilidades. Después de que falleciera su esposo, Elisa tuvo que buscar diferentes formas de generar mayores ingresos para sostener a su familia. Antes se dedicaba sólo al comercio ambulante, temporal. Así se enteró de las capacitaciones de Red Hábitat y participó del curso básico en construcción.

Me enteré que había capacitación para mujeres en la construcción. Desde Red Hábitat habían traído aquí al Distrito 8 un curso de construcción básico, aquí en Senkata. Fui ahí, me interesó aprender más que todo, por la necesidad de querer hacer mi casa, porque sola, a veces no alcanza el dinero para pagar un maestro. Entonces yo tenía la desesperación en ese momento de hacer los cuartos. Esos estaban techados en ese momento, pero sin poder hacer algo fino. En ese momento el maestro que le rogué me fallaba, y mi hija me dijo hay un curso mami, andá, vas a aprender y tú vas a hacer. Entonces así me he animado al curso y fui, y así conocí a Red Hábitat, a ASOMUC. Me sirvió la mucha experiencia, me ayudó mucho en mi

familia y aquí en mi casa. También pude trabajar en ese rubro, no será mucho, pero he trabajado, he tenido una entrada económica. La casa mi hija me ayudó, las paredes yo hago solita nomás, el piso mi hija también ha ido aprendiendo. (Entrevista con Elisa, 28-2-19)

Nuevamente, como proceso que se repite, la contención, los contactos, el sostén en las estrategias de reproducción familiares son las redes de mujeres, de amigas, colegas y también familiares.

Primera vez me llamó mi compañera Sonia, me llevó a trabajar, a pintar, de las viviendas sociales, ahí. Después ella me llamó que había un trabajo para fachadas, y con Vilma hicimos. Yo le dije que no sabía, pero igual nos metimos, cumplimos el trabajo. Ha sido una experiencia y una alegría porque hemos podido cumplir el trabajo, sin saber. Ella sí entendía, pero yo no. Más que todo, mi compañera Sonia tiene más conocidos, entonces la llaman a ella y nos avisa. (...) A todas avisa y lleva a las compañeras que están desocupadas digamos. (Entrevista con Elisa, 28-2-19)

No sólo fue tener una entrada económica para su familia lo que la motivó a capacitarse en construcción. También fue la necesidad de hacer su casa y aprender. Ella, con ayuda de su hija, construyó su casa. “En la casa mi hija me ayudó, las paredes yo hago solita nomás, el piso mi hija también ha ido aprendiendo”.



Ilustración 10 Elisa y sus wawas (hijxs) en Parcopata, Senkata, El Alto. 28-2-19. Foto: Magali Marega



Ilustración 11 Interior y exterior de la casa de Elisa, en Senkata, El Alto. 28-2-19. Foto: Magali Marega

Lucy también hizo mención a la red de mujeres que sostiene y es el principal recurso para acceder a algunos trabajos, especialmente para aquellas que se dedican como independientes.

He conocido por una amistad, que me dice '¿No quieres ir a tomar clases a Asomuc? Y vine y me gustó. Pasé el curso de construcción civil y a lo que yo sabía me enseñó un poco más, me abrí más y me ha gustado. También nos han dado cursos de pintura, y vine. De lo que yo sé, me abrió las puertas, mucho más. Aquí conocí a otras señoras que trabajan, ahora son mis amigas. Siempre charlamos cuando nos reunimos, nos contamos las experiencias que tenemos en nuestros trabajos (...) Hace un mes hemos trabajado juntas, hemos pintado los colegios, han agarrado contratos de 3 señoras que hicieron su empresa. Han abierto y su empresa y nos han convocado que vengamos a pintar los colegios y hemos venido, pintado, hemos reído, compartido experiencias y hemos acabado de pintar (Entrevista con Lucy Mamani 25-2-19)

Sin embargo, así como contaba Lidia, hay limitaciones materiales para participar de los cursos, pero también tienen resistencias de parte de sus esposos. Contra todo eso tienen que lidiar. Matilde recordaba que en 2010 había querido participar de los cursos, pero no pudo. Recién lo hizo en 2016.

He conocido en 2010 primera vez que estaban empezando a dar curso de pintura. Creo que vinieron los de Red Hábitat, pasé 2 o 3 noches, y como íbamos en movilidad, hasta 10 de la noche yo llegaba a la casa a las 12, y entonces mi esposo dijo no, llegas tarde, cualquier cosa te puede pasar, y además estás trabajando y no puedes estar ahí caminando así libremente me dijo, o sea, a tu gusto más o menos. Entonces dejé y ya no vine. Después pasó años, hace 3 años, en 2016 recién volví a llegar otra vez aquí a Red Hábitat. Y llegué a integrarme en Asomuc y pasé los cursos. La mayoría de mujeres que conozco que trabajan en la construcción están en Asomuc (Matilde Condori, 25-2-19)

Si bien las capacitaciones en ASOMUC representan un elemento clave y relevante para el ingreso, en Bolivia se expresa una inserción histórico que da cuenta de una configuración social específica, alentada por planes estatales y empresariales.

2.4 Recapitulación

En este capítulo tracé las características centrales del proceso histórico de inserción de las mujeres en el sector de la construcción en ambas localidades de estudio, la Zona Metropolitana del Valle de México y la Zona Metropolitana de La Paz, en Bolivia.

En ambos, fue posible reconocer procesos similares y otros divergentes. Las experiencias de las mujeres ponen en evidencia que existe un acercamiento histórico de las mujeres al oficio de la construcción a partir de los procesos de autoconstrucción en diversos momentos de sus ciclos de vida. Primero en la casa de sus padres, o tíos, y más tarde, con sus maridos o hermanos. También, de manera significativa, a través de las organizaciones vecinales y barriales. No se trata de un proceso insignificante, sino por lo contrario, tanto el trabajo de campo, como los antecedentes de investigación demuestran que constituye una dinámica central en los modos de hacer ciudad en nuestras urbes latinoamericanas, y específicamente en México y La Paz. Encuentro que forma parte de una primera gran invisibilización del sustantivo aporte del trabajo de las mujeres en la construcción.

Por otra parte, otra gran instancia de invisibilización, y a la que se dedica específicamente esta tesis, refiere a la inserción de las mujeres como mano de obra asalariada en el sector de la construcción. Esta inserción tiene una diversidad de causales, que refieren a procesos económicos estructurales, políticos y sociales. La dinámica del modelo de acumulación en la industria de la construcción y el sector inmobiliario, el papel del Estado, los niveles de organización de las y los trabajadores, así como también, de manera fundamental, las dinámicas familiares, las relaciones de poder entre los géneros, las construcciones sexo-genéricas, prácticas y sentidos racistas que configuran mercados laborales fuertemente generizados y racializados. En ambos países se vincula con los procesos de urbanización y desarrollo inmobiliario de ambas localidades, así como también a la intervención del Estado y la implementación de políticas públicas en torno a la vivienda, y principalmente en Bolivia, a través de los planes de emergencia laboral. En la última década, la visibilización de las mujeres constructoras como sujeto

importante en el desarrollo económico y urbano y como sujeto político, adquirió relevancia en La Paz y El Alto, a partir de la creación de la Asociación de Mujeres Constructoras. Esta organización se conformó a partir de la iniciativa de algunas obreras municipales con la colaboración y sinergia entre la cooperación internacional, especialmente la ONG Red Hábitat, y algunos sectores de los gobiernos municipales que establecieron proyectos de capacitación y fortalecimiento político.

En México fue posible identificar dos grupos generacionales de mujeres que ingresan en diversos períodos históricos. Las mayores, en los años de 1990 y principios de los 2000, especialmente en los grandes emprendimientos de construcción de viviendas sociales en el Estado de México. Este desarrollo inmobiliario se favoreció con la especulación de tierras en el Estado y algunas empresas, como Consorcios ARA o Casas BETA, que fueron donde se insertaron mis interlocutoras, salieron ampliamente beneficiadas. En tales proyectos las mujeres suelen ingresar para limpieza gruesa y fina, aunque también varias de ellas pueden acceder temporalmente a desempeñarse en algunos oficios como la albañilería, la carpintería o la tablarroca. Otro grupo de mujeres, más jóvenes, accedió en los últimos 5 y mayoritariamente 3 años a un mercado más diversificado, que va desde grandes obras de plazas comerciales, hoteles, a construcciones residenciales y remodelaciones particulares. El fuerte terremoto que sacudió a la Ciudad de México en septiembre de 2017, colaboró a la reactivación del sector. A través del análisis de los procesos de urbanización, tanto en la Ciudad de México como en el Estado de México, pudimos observar la vinculación entre este mayor acceso de las mujeres y el boom de la construcción, o, en otras palabras, “tsunami inmobiliario”, tal como lo llama Flores.

En Bolivia, la presencia de mujeres constructoras presenta una más larga tradición, que se remonta, por lo menos, a la década de 1930 tras la Guerra del Chaco donde el país perdió un porcentaje significativo de la población masculina, principalmente mano de obra indígena, en la contienda. En los años, la cooperación internacional tiene un papel importante a través del programa “Trabajo por Alimentos”, que ocupaba principalmente a mujeres desocupadas en trabajos de empedrado, construcción de muros, tabiques, etc. A fines de los 90, y principios de los 2000, la fuerte crisis que azotó el país

producto de las políticas neoliberales, generó que el gobierno nacional implementara programas de emergencia laboral. Los PLANE I, II y III, de 2001 a 2005 se convirtieron en importantes receptores de mujeres que también comenzaron a dedicarse en actividades vinculadas a la construcción.

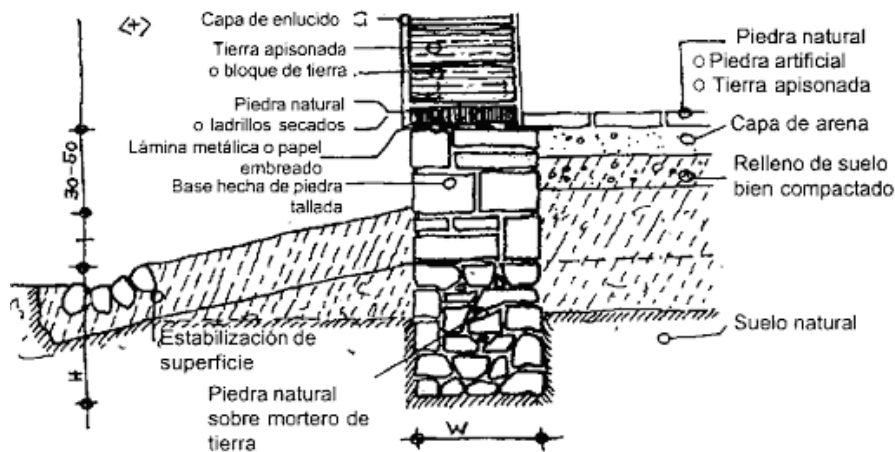
A nivel local, el gobierno municipal de La Paz creó el Programa Barrios y Comunidades de Verdad, a partir de una política urbana basada en la democracia participativa. Las Juntas Vecinales, los clubes de madres y otras organizaciones barriales se organizaron para mejorar las condiciones infraestructurales de sus propios barrios. Una vez más, el papel de las mujeres fue central. Muchas de las mujeres que participaron en estos programas a nivel nacional y local, continuaron trabajando en la alcaldía como obreras. Desde ese espacio estatal, y en sinergia con la ONG Red Hábitat, se realizaron desde 2014 a 2019 capacitaciones sobre construcción básica y oficios, al mismo tiempo que impulsaron la organización de mujeres constructoras, concretizada en la ASOMUC.

La organización del trabajo y la composición social de la fuerza de trabajo en los dos casos de estudios ponen en evidencia la presencia de espacios sociales abigarrados, con tradiciones de saberes heterogéneos, trayectorias vitales, familiares y comunitarias diversas, y fuertes estructuraciones racistas, patriarcales y clasistas, que desarrollaremos con detalle en los próximos capítulos.

CAPITULO 3 BASES Y FUNDACIONES

EL TRABAJO Y LA SOSTENIBILIDAD DE LA VIDA

Las bases y fundaciones son los elementos estructurales que soportan y distribuyen el peso de la construcción. Tienen la función de otorgar estabilidad y resistencia. Los cimientos pueden ser de diversos tipos, superficiales (como las zapatas, vigas, losas de fundación) o profundos (pilotes, columnas, etc.), y pueden realizarse con diversos materiales...



CASETA DE PROVISIÓN DE MATERIALES

(En esta tesis presento esta “Caseta de provisión de materiales” donde la lectora podrá entrar y abastecerse de material necesario para esta obra en construcción. La naturaleza bidimensional del texto y la imagen, permite la posibilidad de acceder a estos materiales “a primera vista”. Para el material audiovisual y sonoro, por favor, entre a la Caseta, dando click en el hipervínculo o escaneando el código QR con un dispositivo de telefonía celular)



Material audiovisual 1 [Bases y fundaciones. Construcción de cimientos](#)

3.1 Introducción

Pensar lo político en el trabajo de las mujeres desde la perspectiva que estamos proponiendo supone abordarlo en el contexto de reproducción social, material y simbólica de la vida. En ese sentido, en el capítulo anterior abordé algunos procesos que intervienen en la inserción histórica de mujeres al sector de la construcción en ambas regiones, vinculados a la acumulación de capital en el sector inmobiliario, el uso y gestión del uso del suelo, los procesos migratorios y proletarización de familias campesinas, así como el papel del Estado. Sin embargo, y siguiendo los planteos de las feministas que hicieron grandes aportes en el debate sobre lo común, es necesario poder pensar lo político también más allá del Estado y la acumulación del capital. Esto conlleva una operatoria que reposiciona lo que se entiende por lo político y su lugar en la vida social. Raquel Gutiérrez, Lucía Linsalata y Mina Navarro señalan: “Consideramos útil ensayar la generación común de un lenguaje en femenino, que una y otra vez trata de dar nombre a experiencias propias, que escucha lo que otras y otros dicen en sus propios términos, disputando la frecuente devaluación que sufren sus objetivos y deseos cuando éstos son expresados en clave “estatal” o “capitalista” –por lo demás, masculina dominante” (Gutiérrez Aguilar, Linsalata, and Navarro 2016:413).

En tal sentido, las autoras hacen una salvedad conceptual que me gustaría retomar. Refiere a la precisión de la distinción entre lo “íntimo o doméstico” y “lo común”.

Lo primero, el ámbito de lo íntimo o lo doméstico nombra el lugar –ya no invisibilizado ni negado, sino colocado como punto de partida de la actividad humana– de reproducción de la vida y de relanzamiento reiterado de los ciclos que ésta exige y, por tanto, garantía y condición de posibilidad de la capacidad de forma. Lo segundo, en cambio, alude al lugar de los asuntos generales, abarcativos, que interesan en tanto afectan a todos quienes reproducen la vida en común. Es en este segundo ámbito donde florece y se expande el proceso de politización de las múltiples tramas que se ocupan de la reproducción de la vida. (Gutiérrez Aguilar, Linsalata, and Navarro 2016:413).

La práctica del trabajo, en términos de relaciones materiales y simbólicas para el mantenimiento de la vida familiar y comunitaria, y específicamente el trabajo en el sector de la construcción, se desarrolla a partir de conocimientos y saberes en torno a la actividad misma, a los materiales, al entorno y a las relaciones en las que se desenvuelve. La adquisición y reconocimiento de esos conocimientos, lejos de constituirse bajo premisas técnicas o neutrales, se configuran en un campo permanentemente en tensión y, es, por lo tanto, profundamente político.

Considerar el trabajo desde las experiencias de las mujeres implica, necesariamente, abordarlo desde la vasta amplitud de tareas que realizan cotidiana e históricamente. La percepción de las mujeres trabajadoras acerca de un *continuum* de trabajos que entrelazan las actividades para el sostenimiento de la vida, las tareas específicas de reproducción social, de cuidado, con las múltiples formas de generar ingresos monetarios, entre los cuales se encuentra el trabajo en la construcción, y los saberes adquiridos en ello, tienen implicancias teórico-epistemológicas relevantes. La consideración de que el abordaje del trabajo de las mujeres en el sector de la construcción no puede hacerse sin contemplar la multiplicidad de trabajos que desarrollan casi simultáneamente, nos lleva a proponer la constitución de sujetos sociales históricamente invisibilizados: las *mujeres-andamios*, que sostienen la vida en nuestras sociedades latinoamericanas.

En este capítulo, por lo tanto, presento algunas características de la multiplicidad de trabajos y saberes que las mujeres constructoras desarrollan en su vida cotidiana y el modo en que se vincula con estructuraciones históricas y espaciales específicas. En Bolivia, el vínculo permanente y constitutivo con las comunidades originarias, la tradición del trabajo comunal, aporta ciertas estrategias que posteriormente son utilizadas en el sector de la construcción, en el trabajo y en las formas de maniobrar las relaciones de poder en torno a los saberes. En México, donde la conformación social anclada con fuerza en torno al mestizaje y a los procesos de proletarización mediante los cuales las mujeres fueron perdiendo el vínculo con sus comunidades, a la vez que fortalecieron los lazos vecinales y de amistad con otras mujeres, y se incluyeron en trabajos asalariados informales, también configuran condiciones determinadas para que el trabajo en la construcción y la

disputa en torno a los saberes se desarrolle con una especificidad propia. Más allá de sus particularidades, el ingreso de mujeres en un sector hipermasculinizado como la construcción en ambos países, pone en evidencia la fuerza con que la violencia hacia ellas se hace notar, ya que supone intentos de rupturas en el orden simbólico de los status establecidos, sobre todo, en una estructura de status jerárquica como lo es el sistema de oficios.

3.2 Saberes del ámbito doméstico y comunitario: centralidad de la reproducción social

El trabajo en el sector de la construcción exige que se pongan en juego diversas destrezas y saberes. Estos conocimientos prácticos sobre el oficio, no pueden comprenderse sin el entendimiento de su configuración histórica concreta. Es decir, el trabajo constructivo se sostiene en un sinnúmero de actividades laborales que sostienen y reproducen la vida familiar y social. Los múltiples trabajos que realizan cotidianamente millones de mujeres en nuestro continente, en ámbitos productivos, reproductivos, vecinales, comunitarios, asalariados y no asalariados, valorados y desvalorizados socialmente, son los cimientos sobre los que asienta y sostiene la vida. Cocinar, cosechar, cuidar llamas y alpacas, preparar la carne para conservarla, reparar la vivienda, cuidar de otros y de sí mismas, maniobrar la violencia cotidiana y estructural, enseña y exige que se pongan en juego múltiples saberes, que son retomados y actualizados por las mujeres obreras en sus lugares de trabajo. Desde las experiencias de las mujeres conocidas durante el trabajo de campo en México y Bolivia, el trabajo es concebido con carácter de *continuum* en sus vidas, tanto en términos espaciales, como temporales. A través del acompañamiento por varios días a Eli, maestra constructora oriunda de una comunidad campesina aymara, que actualmente reside en El Alto, pondremos de relieve algunas de la multiplicidad de actividades, saberes y destrezas que desarrolla y que se vincula a la tradición de trabajo comunitario aymara.

Un viernes frío de mayo de 2019 viajé del centro de La Paz a La Ceja, en El Alto. Eli me esperaba en una esquina de la abarrotada Avenida 6 de marzo. Caminamos unas 6 cuadras bajo el sol del mediodía alteño hasta la terminal de microbuses que se dirigen a Patacamaya. Allí esperaba su papá,

un hombre mayor, con problemas de visión. Los tres abordamos un microbús hacia el sur, por la carretera La Paz-Oruro y en dos horas bajamos en Patacamaya. Almorzamos mientras esperábamos que se llene la buseta que saldría para su pueblo, Curahuara de Carangas. Ya en el transporte -la movilidad, la llaman en Bolivia-, veo que la gran mayoría son mujeres. Una de ellas es una prima de Eli que viaja con su nieta. Se reconocen y comienzan a charlar. Va al pueblo a buscar carne y alimentos y regresa ese mismo día. Entre las dos se cuentan que han dejado a sus hijos más pequeños al cuidado de sus hijas mayores. Al igual que lo que pusieron de relieve las mujeres trabajadoras en México, en Bolivia las cadenas de cuidado intergeneracionales, y casi exclusivamente entre mujeres, constituyen tareas laborales permanentes que se entretajan con otras actividades. Los cuidados trascienden múltiples temporalidades (lo realizan mujeres niñas, adolescentes y adultas, y se reitera de generación en generación) y múltiples espacialidades (se da tanto en espacios considerados productivos como reproductivos, en espacios de participación política, etc).

Continuamos el viaje. Por momentos charlamos y Eli me enseña frases en aymara, pero me aclara que ella habla y entiende, pero no sabe cómo se escribe. Elige en qué contextos utilizarlo. Me cuenta que en el pueblo habla solo aymara, pero con sus hijos no porque se le ríen o se burlan. Cerca de las 4 de la tarde llegamos a Curahuara y nos quedamos en la casa de su padre, ubicada a una cuadra de la plaza central. Entramos por una puerta vieja de madera que da al patio, un espacio abierto y de tierra, bastante grande. A los lados hay 5 habitaciones dispersas. Dos son de adobe y tres de cemento. El cuarto del padre, donde también está una pequeña cocina, está pegado a una tienda de la que es propietario.

Después de descansar un ratito, vamos al patio y Eli comienza a trozar el pollo que compró en Patacamaya, y lo condimenta. Mientras, me dice que no le gusta el pollo, porque vio en las noticias que, según las estadísticas, tiene muchas hormonas femeninas. “Por eso ahora muchos chicos se hacen gays. Y no quiero que pase eso. Yo a mis hijos no les doy”. ¿Hay muchos chicos gays?”, pregunto. –“No sé, no conozco, yo veo eso en las estadísticas”. En ese entonces no le conté a Eli que soy lesbiana. Tampoco lo hice después, aun sintiendo que fue una de las mujeres con quien más confianza construí durante

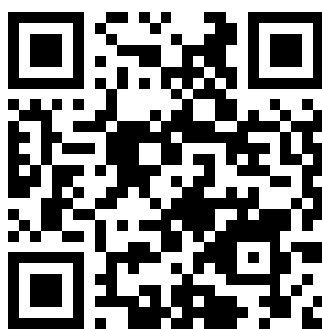
el trabajo de campo. En varias ocasiones, la homosexualidad se entreveía con temor, con desconfianza. Al contrario, y con el transcurrir del trabajo de campo lo percibí con más fuerza, la heterosexualidad aparecía como un modelo infranqueable. El gran peso que tiene en la vida de las mujeres, y que opera como germen de muchas de las experiencias de violencia que atraviesan, constituye una dimensión central de las condiciones en las que se desarrolla el trabajo, y se reproducen, no solo las relaciones de poder y dominación entre los géneros, sino también de clase y étnico-raciales. Sin embargo, esta primera percepción que yo –mujer, lesbiana, extranjera, blanca, no aymara- había confirmado a partir de mi experiencia en campo como un clásico modelo heteromativo desde una perspectiva occidental, se fue matizando progresivamente al percatarme de las tensiones que emergen del principio de complementariedad de los géneros del pueblo aymara –denominado *chachawarmi*-. Debo confesar que, hasta instancias avanzadas del proceso de escritura de tesis, primó mi resistencia –negación- a considerar la relevancia de este principio de organización social (me refiero a la complementariedad en el mundo aymara) en la vida de las mujeres constructoras en Bolivia, y en mi análisis en particular. Como todo proceso de reflexión –que tomando prestada la idea de Haraway (Haraway 2020) podríamos decir que, así como la vida, nunca es *auto-poiesis* –autocreación-, sino *sim-poiesis* –hacer con), se nutrió de las charlas y conversaciones con otras. Sobre esta cuestión en particular, agradezco la insistencia y lucidez de Ana Cecilia Arteaga, miembro de mi comité de tesis, que señaló la centralidad de este principio en los modos en que se configuran los órdenes de género en la región andina boliviana y la particularidad que la diferencia de la configuración en mi localidad de estudio en México.

Después de la charla con Eli sobre los pollos y la homosexualidad, regresamos a la cocina y ya habían llegado sus hermanas, que habían ido a pasar el fin de semana y a intercambiar productos en la feria del pueblo. Su hermana Cristina vive en Santa Cruz, y Magda en Oruro. Comemos el pollo y papas hervidas en la habitación del padre donde también estaba la cocina. Él se sentó en la cama, en silencio y ellas se sentaron cerca. Las mujeres hablaron casi todo el tiempo en aymara. A mí solo me preguntaron de dónde era. Uno de los pocos momentos que hablaron español, comentaron sobre un

pariente que se “ha echado a perder”, porque era alcohólico. “Eso pasa porque la mujer no es cariñosa con él. Por eso se echan a perder”, dijo una de ellas.

Alrededor de las 8 de la noche, Eli me llevó a dormir. En el cuarto del fondo, que ella se apropió -antes dormía en otro cuarto de cemento, donde esa noche se quedaron sus hermanas- dormimos las dos en una cama. Eli se puso un pantalón y se sacó la pollera, en ese orden. Esa noche pasé muchísimo frío. Al otro día, apenas clareaba el sol, Eli y sus hermanas fueron a la feria del pueblo que se realiza cada 15 días. La gran mayoría de las vendedoras eran mujeres y usaban pollera. Había puestos de venta de comida, verduras, semillas, hojas de coca, artículos de almacén y hasta de venta de lana de llama y alpaca. Las hermanas vendían hojas de coca, y Eli compró carne de llama para elaborar *charque*, una técnica prehispánica de conservación de carne a través de la deshidratación con sal. Al regresar, Eli con una de sus hermanas, llevaron la carne al patio, la repartieron en dos ollas que colocaron sobre una piedra y comenzaron a cortar trozos muy finos, mientras *pijchaban* coca. Yo intento ayudar, sin embargo, me resulta muy difícil, ya que es casi imposible no hacerle tajos a la carne. Ellas manejan el cuchillo con gran experticia, habilidad y fuerza. Me recordaba al gesto de concentración y destreza que la misma Eli utilizaría en alguna otra ocasión, cuando colocaba el revestimiento de estuco en su casa, ya no con un cuchillo en la mano, sino con un *frotacho*⁷⁶.

CASETA DE PROVISIÓN DE MATERIALES



Material audiovisual 2 [Eli coloca el revestimiento con estuco](#)

⁷⁶ Es una herramienta formada por una pieza metálica lisa que se sujeta mediante un asa o mango, de madera o plástico. En México se llaman *llanas*.

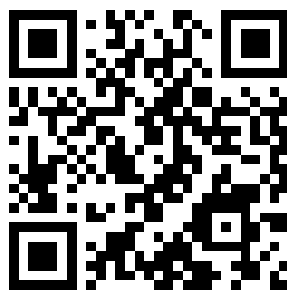
Cuando devolví un trozo de carne que me había dado Eli en la olla de su hermana, me llamaron la atención para que no las mezclara, ya que cada una tenía la suya. Eli tenía carne de llama y su hermana, de alpaca. Después de cortar todo, le agregaron mucha sal y la tendieron en una sogas que cruzaba el patio, usualmente usado para colgar la ropa.



Ilustración 12 Eli y su hermana elaboran charque de llama y alpaca

A las 5 de la tarde nos pasó a buscar el taxi que contratamos para ir al campo. Después de transitar una media hora por la carretera de Tambo Quemado, hacia la frontera con Chile⁷⁷, entramos por un camino de tierra y rocoso, hacia Choquemarka (Eli me dice que en aymara significa lugar de papas). Al llegar, nos recibe una gatita. Es una casa de adobe, de un solo espacio, de aproximadamente tres metros por siete. Al entrar, a la derecha, hay una cama con un colchón hundido, enfrente hay estantes con ollas y a la izquierda de la puerta, una pequeña cocineta a gas. Al fondo se ubica una tarima de piedra sobre la que hay colocados varios bultos y bolsas, y en la pared veo una canasta con ovillos, lanas y una rueca para hilar. El techo es de calamina y no hay baño.

CASETA DE PROVISIÓN DE MATERIALES



Material sonoro 1 [Construcción de una casa en aymara. Isabel Santalla](#)

La construcción de adobe que se encuentra pegada a este cuarto es del hermano del padre de Eli y Cristina. Las casas, despensas y corrales, que suelen aglomerarse alrededor de un patio en común, “son mayoritariamente compartidos por un grupo de parentesco patrilineal extendido conformado por padre e hijos, juntamente con esposas de otras comunidades y sus niños” (Arnold 2014). En este caso, el conjunto de habitaciones pertenece al padre de Eli y a sus tres hermanos, que a su vez pertenecen al ayllu Taypi Uta Choquemarka, uno de los 10 ayllus que conforman la Marka de Curahuara de Carangas. Las estructuras de las Markas es una forma de organización socio-

⁷⁷ El tramo internacional asfaltado Patacamaya-Tambo Quemado forma parte del corredor de exportación bioceánico que atraviesa transversalmente todo el Municipio de Curahuara de Este a Oeste.

territorial de tradición prehispánica, incluso preincaica. Esta estructura “logró configurarse como un sistema socio-étnicocultural, cohesionado fundamentalmente por elementos ideológicos y religiosos compartidos (Ayllu Sartañani, 1992)” (Sanjinés 2005:20).

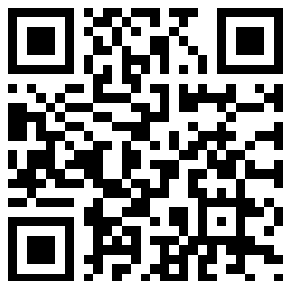
Al igual que Eli, muchas de las mujeres obreras aymaras – aproximadamente, el 80% de las mujeres constructoras de La Paz y El Alto se autoadscriben como aymaras- regresan frecuentemente a sus comunidades de origen. En este contexto, me gustaría señalar tres elementos claves en la especificidad de las mujeres constructoras en Bolivia y las estrategias en torno al trabajo en la construcción, y que están vinculadas, justamente, a la tradición comunitaria indígena. Uno tiene que ver con el proceso de construcción de una casa y su simbología en el mundo andino, otro se vincula con los sistemas de autoridades comunitarias y el principio del *chachawarmi*, y otro, refiere al vínculo entre el trabajo y el territorio “flexible”.

3.2.1 La casa como cosmos

Uno de los días que estuvimos en Choquemarka, con Eli y su hermana, ellas decidieron componer el techo de calamina (láminas) de la casa de adobe. Eli tomó la iniciativa y Cristina estuvo de acuerdo. Buscó una sogá y subió con cuidado y perseverancia sobre un tapial de barro que orillaba la casa, sacó unos ladrillos sueltos y, trepando, subió al techo. Mientras subía, uno de sus tíos que allí se encontraba, solo la miraba y opinó: “Bien varonil”. A Eli pareció no importarle. Cristina y yo buscamos piedras pesadas de lo que antes parecía ser una *pirka* (corral de piedras). Las dejamos a un costado de la pared, en hilera. Cristina comenzó a atar las piedras con la sogá y Eli las subía tirando desde arriba. Las piedras eran sumamente pesadas, calculo que algunas alcanzaban los 10 o 15 kilos. La actividad transcurrió entre el silencio y algunas risas, producto de los comentarios chistosos que solía hacer Eli. “Ahora me tienes que filmar, no cuando estoy con las llamas”, me dijo. Entendí que era una actividad por la que sentía orgullo. Voy a buscar la cámara y la filmo. Luego ayudo a empujar las piedras desde abajo. “Como no hay hombres aquí... (hace silencio). Tampoco necesitamos hombres”, dice y larga una carcajada. Los dichos de ella y los de su tío, mostraban que esa actividad,

realizada por una mujer, estaba transformando, sino rompiendo, algunas reglas.

CASETA DE PROVISIÓN DE MATERIALES



Material audiovisual 3 [Elisa y Cristina arreglan el techo](#)

Varios estudios, retomados por la arquitecta y antropóloga británico-boliviana, Denise Arnold (2014), abordan la construcción y el simbolismo de las casas andinas. En su trabajo, realizado en Qaqachaka, Oruro, la autora analiza el vínculo entre la práctica material de construcción de una casa típica aymara, con las recitaciones del ritual, las canciones, juegos, y especialmente de la *ch'alla* (libación) que acompañan la construcción. Estas prácticas culturales que acompañan los procesos de construcción de las casas, constituyen también un “arte de la memoria”. Sostiene que “en el transcurso de la construcción de una casa, los aymaras reconstruyen su visión cosmológica, y la misma casa se convierte en una representación del cosmos, una metáfora del cerro mundo, un axis mundo, y una estructura organizativa en torno a la cual giran otras estructuras” (Arnold 2014:36). Este proceso expresa las oposiciones de género en la casa, no solo en la división de trabajo (hombres

NACIMIENTO DE UNA CASA Gabriela Mistral

Una casa va naciendo
en duna californiana
y va saltando del médano
en gaviota atolondrada.

El nacimiento lo agitan
carreras y bufonadas,
chorros silbados de
arena,
risas que suelta la grasa,
y ya van las vigas-madres
subiendo apelianadas.

Puerta y puertas van
llegando
reñidas con las ventanas,
unas a guardarlo todo,
otras a darlo, fiadas.
Los umbrales y dinteles
se casan en cuerpos y
almas,
y unas piernas de pilares
bajan a paso de danza...

Yo no sé si es que la
hacen
o de sí misma se alza;
más sé que su
alumbramiento
la costa trae agitada
y van llegando mensajes
en flechas enarboladas...

El amor acudiría
si ya se funde la helada,
y por dar fe, luz y aire,
hasta tocarla se abajan,
aunque se vea tan sólo
a medio alzar las
espaldas...

Llegando están los
trabajos
menudos, pardos y en
banda,
cargando en gibados
gnomos
teatinos, mimbres y lanas
que ojean buscando
manos
todavía no arribadas...

Y baja en un sesgo el
Ángel
Custodio de las moradas
volea la mano diestra,
jurándole su alianza
y se la entrega a la costa
en alta virgen dorada.

hacen las paredes y colocan las vigas del techo, mujeres desenredan y dividen la paja para el techo), sino también a una designación de género a los materiales de la construcción (la madera se asocia con los hombres, la paja con las mujeres, la piedra se asocia con el Inka, y el barro con la Tierra Virgen). Al mismo tiempo, el rito de construcción de una casa, establece el principio del *chachawarmi*, como el “momento en que un hombre y su esposa manifiesta públicamente su nuevo estado social y económico en la comunidad más amplia, tanto en calidad de contribuyentes de tasas, como de participantes potenciales en los contingentes laborales y rituales para los trabajos y obligaciones públicas” (Arnold 2014:78).

En el “Material sonoro N° 1”, presentado anteriormente, Isabel nos relata, en aymara, las diferencias entre cómo se construía antes y cómo es ahora. La principal diferencia que ella ve es que antes todos se ayudaban, en cambio ahora, “todo compran” (*taqikuna jichha alxapxi*), “pagan al albañil” (*alwañiraru pagxapxi*), “compran cemento, calaminas, ladrillo”. Sin embargo, reconoce que “antes las mujeres no ayudaban, sólo los hombres. Ahora casi igual, entre hombres y mujeres. Mujer y hombre, igual nomás ahora, albañil”. Identifica que, por un lado, las transformaciones en los modos de construir generaron cambios en el trabajo comunitario, colectivo, al individualizarse y cambiarse por dinero – salario-, y alteraron los principios de reciprocidad del trabajo de construcción de las casas aymaras. Sin embargo, reconoce que, en ese proceso de cambio, las mujeres pudieron incrementar y diversificar su participación en los trabajos de construcción.⁷⁸

3.2.2 El sistema de autoridades y el principio de complementariedad

Como mencioné, la mayoría de las mujeres aymaras están en un movimiento permanente entre sus residencias en las ciudades de La Paz y El Alto, y sus comunidades originarias. Más allá del status de la propiedad de la tierra, que

⁷⁸ En el siguiente capítulo desarrollaré el modo en que, ante las limitaciones que los maestros varones imponen para evitar que las mujeres aprendan el oficio de la construcción, las mujeres retoman la práctica del *ayni* para enseñarse y aprender entre mujeres. El *ayni* es un término aymara y quechua que designa la acción de trabajar en forma recíproca, ayuda entre familias, especialmente en las épocas del barbecho y la cosecha y para la construcción de la casa (Arnold 2014).

claramente es importante, me interesa resaltar el carácter del sistema de autoridades, que generalmente yuxtapone autoridades comunitarias, con autoridades impuestas por la división administrativa estatal. En cuanto a la tierra, vemos que la Reforma Agraria de 1953, impulsada por el gobierno nacionalista revolucionario del MNR, tuvo matices diferentes en cada zona del Altiplano, de donde son originarias las mujeres constructoras conocidas en La Paz y El Alto. “En las regiones del altiplano donde predominaban las haciendas, la principal demanda social de carácter local, más que el acceso a la tierra, estuvo vinculada a la liquidación del sistema de explotación feudal y de servidumbre, cuya máxima expresión era la hacienda (...) Por otra parte, en los ayllus donde nunca existieron haciendas, la principal demanda fue el reconocimiento estatal del derecho propietario en favor de aquellas comunidades que poseían la tierra” (Sanjinés 2005:24).⁷⁹ En cuanto al sistema de autoridades, “la organización territorial ancestral es manejada por un amplio sistema de autoridades originarias, que convive en una relación en muchos casos tensa con las autoridades del Estado” (Arteaga Bohrt 2018:98).

En el sistema de autoridad originaria, en los ayllus andinos, es central el principio de complementariedad y dualidad, que constituye el *chachawarmi*, como mencioné anteriormente. El *chachawarmi* (Chacha = hombre, warmi = mujer) es “una categoría aymara vinculada a una idea de igualdad, dualidad y paridad entre lo femenino y lo masculino, presente en todas las dimensiones de la vida de las comunidades de la Marka. En este sentido, tienen género las deidades, los lugares sagrados, el ordenamiento espacial y territorial” (Arteaga Bohrt 2018:99). Es decir, retomando a la autora, este principio no solo organiza las relaciones entre los géneros, sino también “es un principio que estructura el orden sobrenatural y desde el cual los aymaras definen la organización sociopolítica” (Arteaga Bohrt 2018:92). Este principio de ordenación tendrá diversas expresiones en los sentidos que las mujeres construyen en torno al trabajo, y que les permite la creación de estrategias para ingresar al sector de la construcción, adquirir y transmitir el oficio. Sin embargo, desde sus

⁷⁹ “El Decreto Ley 3464 de 2 de agosto de 1953 dispuso la afectación de todas las propiedades consideradas improductivas por su superficie y producción para que sean redistribuidas entre los campesinos que estén trabajando la tierra. Se estableció, además, que todo el territorio del Estado boliviano se sujetará a este proceso” (Sanjinés 2005:25).

experiencias, reconocen la desigualdad y generalmente, las múltiples formas de violencia, que también se estructuran a través de este principio de complementariedad y dualidad.

3.2.3 El trabajo, los saberes y la movilidad por el territorio

Curahuara de Carangas fue declarada como “Capital Boliviana de la Ganadería Camélida Sudamericana”.⁸⁰ Tradicionalmente el pastoreo de llamas y alpacas consiste en trasladar alternativamente el ganado de las partes bajas, donde suelen estar las fuentes de agua, a las alturas, de acuerdo a las condiciones ambientales. La movilidad por el territorio para las actividades de subsistencia, reviste un carácter tradicional y ancestral. Durante los días que acompañé a Eli, las actividades vinculadas al pastoreo y cuidados de llamas y alpacas, han sido centrales.

Uno de los días, nos levantamos a las 6 de la mañana. Eli hizo avena con matecito de coca, fritó huevos y los puso en un pan. Mientras hacía eso, Cris se levantó a arriar las llamas. Nosotras desayunamos, preparamos aguayos y mochila, y comenzamos a subir el cerro unos 2km aproximadamente. Cuidábamos las alpacas, mientras Cris estaba más arriba con las llamas. Es un trabajo que requiere mucha constancia y resistencia física, además de atención para que los animales no se dispersen. Ese día hacía frío, había bastante ventisca y sol fuerte. Comenzamos a subir la sierra y caminamos, subiendo, bajando, atravesando pirkas. En varios momentos Eli juntó frutos por el camino. En una oportunidad se agachó rápido a recoger algo y muy contenta dice: ¡Mielcita! Es un líquido blanco que sale de un pequeño arbusto al que llaman leña. *Miski* se llama en aymara, es miel de leña. Y la raíz del arbusto es *ankañoco*. Eli lo recoge para llevárselo a su hija de regalo. Se dio cuenta que allí había porque cerca del tronco se levanta la tierra. “Si pones el pie, se hunde. Eso es señal de que allí hay”, me dice mientras me muestra. Dice “Mirá, huellas de zorrino” o “huellas de alpaquita”. Para mí son invisibles. La caminata me demostró el sinnúmero de conocimientos que tienen en torno al entorno, a los vínculos comunitarios y familiares, que, en última instancia

⁸⁰ De acuerdo a la ley N° 3157 del 27 de agosto de 2005 (Rodas 2013:10)

evidencian la importancia del trabajo de las mujeres y su centralidad en la sostenibilidad de la vida. En ello, el conocimiento del territorio se fortalece y transforma. “El territorio está construido en base a los movimientos de la población. Esta circunstancia conlleva a la producción de un territorio disperso y extenso (territorio-red) que suele construirse y reconstruirse sin fragmentarse (territorio flexible). Asimismo, fortalece la organización territorial comunitaria, dado a que siempre estuvo implicada con las tierras de uso común en los ayllus” (Rodas 2013:10).

Eli me cuenta la dinámica del sistema de pastoreo en su familia. Por cada llama que alguien tenga, le corresponde dar tres días de trabajo de pastoreo a la familia y por cada alpaca, dos días y medio. Además, cada hijo/a debe dar 5 días más por el uso de la tierra, que es propiedad del padre de Eli y sus 3 hermanos. Ella tiene que dar 16 de días de trabajo porque tiene dos llamas y dos alpacas, sin embargo, es la primera vez que lo hace. Mientras su padre estaba bien, sin problemas en la vista, ella le pagaba a él su parte de pastoreo. Pero ya no puede y, por lo tanto, debe ir a aprender.

Después del mediodía, los animales insistían en bajar en búsqueda de agua. Quien los cuida, debe quedarse hasta mitad de la tarde para arriarlos y evitar que bajen. En las noches, las llamas y alpacas quedan en la zona alta, en un corral llamado *anta*. Las mujeres también participan del trabajo de marcaje o señado de los animales, que se realiza para identificarlos para la venta o algún festejo ritual.

CASETA DE PROVISIÓN DE MATERIALES



Material audiovisual 4 [Eli participa del marcaje de llamas](#)

Los días que pasé con Eli en su comunidad, retrató de varias maneras la violencia que vivía cuando su esposo aún estaba vivo. Desde su experiencia lo relata como una violencia casi permanente, a través de humillaciones constantes, violencia psicológica y física. Mientras pasteábamos las alpacas, Eli hilaba y relataba algunas de estas vivencias. Él era oriundo de Los Yungas. Una de las modalidades que buscaba de descalificarla era a través de los trabajos que realizaba. “Me decía que en Los Yungas se *trabaja de hombre*, que eso es trabajo. En cambio, arriba (en el Altiplano), son todos flojos. Solo pasean con las llamas”, afirmaba.

Los Yungas es una región de transición entre la Amazonía y el Altiplano, que incluye montañas y valles lluviosos, zonas boscosas al oriente de la Cordillera de los Andes. Toman su nombre del vocablo aymara "yungas", que significa tierra cálida. En 2018, más del 50% de la tierra cultivada en los Yungas del Departamento de La Paz se usaba para el cultivo de coca (Jacobi, Lohse, and Milz 2018:606). Justamente, el “trabajo de hombre” al que se refería el marido de Eli es el cultivo y cosecha de coca, que se siembra en terrenos muy inclinados, con muchísimo calor y humedad. Eli me aclarará que toda la familia trabaja en la coca. “Hombres, mujeres, guagüitas. Pero más los hombres es siembra y las mujeres recolección”. Me repite que le parece un trabajo muy duro el del campo, pero más el de coca en los Yungas “Una tiene que estar agachada, juntando y limpiando hojitas sin descanso”.



Ilustración 13 Ilustración 5 Eli pastorea llamas y alpacas

Olivia Harris señala que en el aymara no hay un único término para designar el trabajo, que podría designar el trabajo abstracto. Sino, por el contrario, hay

abundantes vocablos para designar diferentes aspectos del trabajo. “Es normal que no exista un término genérico que se refiere al trabajo como categoría abstracta en las economías no capitalistas, y éste es el caso también en el aymara, aunque existe un vocablo que refiere a los trabajos agrícolas - *irnaqaña*- y otro general para "hacer" -*luraña*- que significa también obrar, fabricar, crear, ejecutar” (Harris 2010:228). De allí que Harris señala la existencia de una “poética andina del trabajo”.⁸¹

Me interesa remarcar con fuerza la tradición del trabajo comunitario o comunal y la importancia en la organización social aymara. Ello estructura varios aspectos del trabajo de las mujeres en el sector de la construcción. “Es su compromiso con los trabajos comunales lo que distingue a la "gente verdadera" (*jaqi*) de los *q'ara* que viven en los pueblos y centros urbanos” (Harris 2010:225). El vocablo *q'ara* significa desnudo, o mal vestido; la antropóloga hipotetiza que “quizás se los tilda de esta manera porque a ellos les falta la 'piel social' de obligaciones y ayuda mutuas que según los *laymi* constituyen los verdaderos humanos” (Harris 2010:233).

Después de pastear, cuando ya habíamos regresado a la casa cerca del atardecer, y mientras sonaba cumbia andina con un alto volumen en la radio, Eli me pidió si podía ayudarla a completar una evaluación por internet de un curso que estaba haciendo sobre marketing y gestión de pymes. Lo ofrecía el Banco Sol y Nueva Empresa (red global de negocios). En una de las asambleas de la Asociación de Mujeres Constructoras (ASOMUC) a la que había asistido, una compañera había invitado a las socias para que se inscribieran, que tenían 100 cupos para mujeres constructoras. Hacer la tarea

⁸¹ Harris retoma algunos de estos vocablos del aymara del siglo XVI y XVII, recopilado por el jesuita Bertonio:

Trabajar en una chacra en un mismo día – *ayratha*

Trabajar en la chacra sin alzar la cabeza –*yapu alekhattatha, hallakhchatha*

Trabajar con ahínco – *cchamatatatha, tulitatatha*

Trabajar echando el bofe - *thalatha, arasa liuisitha*

Trabajar con diligencia como buen trabajador – *kichisitha*

Trabajar como fuerte sin sentir el cansancio - *paraquenacatha, halanacatha*

Trabajar mucho en andar, o en moler quinoa – *thayllitha*

Trabajar todo el día entero - *urujaatha*

Trabajador muy grande – *añancuri, kutu, kichisiri, hani pali*

Trabajo labor - *iranacaña, locanacaña*

Trabajar mucho lo que apenas pudieran dos - *añancutha*

Trabajar en compañía de otros en hacer casa, o chacra, o cosas semejantes - *yanastha*

El que acude de buena gana a los trabajos comunes-*yanasiri* (Bertonio 1956 [1612] en (Harris 2010:222)

utilizando los datos del celular agregó complejidad a la actividad. Hacía mucho frío. Al levantarnos a la mañana siguiente, las aguas del canal estaban congeladas.

Igual que Eli, Marta es una mujer de pollera que se identifica como aymara. Tiene 57 años. Habla pausado y con seguridad un español aymarizado. Es maestra albañila y durante el momento del trabajo de campo (2019) también cumplía su gestión como Maestra Mayor de un conocido mercado en Pasankeri, al oeste de la ciudad de La Paz, que por esas fechas estaba cumpliendo 35 años. En ese mismo mercado, una mañana de mayo en que la cadena de montañas que rodean La Paz amaneció completamente nevada, mientras atendía su puesto de venta de CD`s, Marta me contó su historia. Nació en La Paz. Cuando ella tenía 8 meses sus padres se separaron y fue criada por sus abuelos maternos en una comunidad en Guaqui, a la orilla del Lago Titicaca. “Mis abuelos tenían ganado. En Guaqui, mayor parte se dedican a la agronomía y crianza de ganado. Tienen vacas, lechería, algunos se dedican a la pescadería. En la mañana ellos madrugan y traen para vender pescado, truchas, carachi, pejerrey”, me contaba Marta. A sus cuatro años la llevaron a vivir a la frontera entre Bolivia y Perú con sus abuelos paternos. También eran campesinos y con ellos Marta vivió hasta sus 14 años. Ella reconoce que fue a través de esa experiencia que ella aprendió los saberes de la agricultura, y es lo que le permite continuar haciéndola en la actualidad. “Ahí he aprendido cómo sembrar la papa, a qué tiempo hay que cosecharla, a qué tiempo hay que subir con tierra, todo eso yo también he aprendido. Actualmente hago yo, sin problemas hago yo ese trabajo. (...) Hacer chuño, luego de pisar el chuño hay que meter al agua y entonces sale tunta⁸² también” (Entrevista con Marta, maestra constructora, La Paz, 13-5-19).

⁸² El chuño y la tunta, son términos derivados del aymara que designan unas variedades de papas que pasan por un largo proceso de deshidratación, exponiéndolas a ciclos de congelación (en las heladas) y asoleamiento, de manera alternada. La tunta es el chuño blanqueado y tiene mayor valor en el mercado. Ambos constituyen la forma tradicional de conservar y almacenar papas durante largas temporadas, incluso años, en las comunidades andinas.



Ilustración 14 Marta –con overol- y sus compañeras, arreglan el piso de un famoso mercado en Pasankeri, La Paz. Marta es maestra constructora y también la Maestra Mayor del mercado. 1-2-19.

Al igual que Marta, una característica significativa en las trayectorias de las mujeres constructoras en Bolivia refiere a ese vínculo permanente que tienen con sus comunidades de origen y con la tierra. Esto les permite garantizar la reproducción familiar durante épocas del año en que merma el trabajo asalariado u otros ingresos como las ventas. Una o dos veces por mes, las mujeres viajan a sus comunidades a trabajar en las tareas agrícolas o ganaderas, como veíamos en el caso de Elisa. Encuentro que ésta es una gran diferencia con México donde, si bien varias de las mujeres entrevistadas – especialmente, las de la generación mayor- migraron a la ciudad desde muy pequeñas, perdieron el vínculo con sus lugares de origen y no tienen acceso a la tierra.

3.3 El trabajo enredado: Redes entre vecinas, amigas y familiares para sostener la vida

Las redes conformadas entre mujeres a partir del parentesco sanguíneo, político y ritual, la amistad y la vecindad son centrales en el acceso y permanencia en el trabajo, tanto de cuidados como la multiplicidad de actividades para generar ingresos monetarios, que sostienen las familias. Con valor positivo o negativo, el vínculo con la suegra suele ser central. En ocasiones, observamos que las familiares políticas ejercen violencia, que a su vez incrementa la violencia que el hombre ejerce sobre la mujer. En el caso de Cristina, en el Estado de México, ella valora que su suegra siempre estuvo de su lado en las innumerables experiencias de violencia doméstica que sufrió con su ex – esposo, que es “diablero” -carga carretillas con mercadería, llamadas “diablitos”- en el mercado central de abasto. Mientras narraba diversas situaciones de violencia extrema, mirábamos sus plantas que estaban en un cuarto a medio levantar, en el patio, el mismo que quiso terminar de construir para no cruzarse con su ex, a quien casi ya no recuerda sin estar alcoholizado. Había plantas de plátanos, aguacate, granada, un gallo enjaulado y más atrás, una milpa. En el momento de la entrevista, se encontraba preocupada por los conflictos que tenía con sus yernos, quienes también infligían violencia física y

psicológica hacia sus dos hijas. Uno de ellos obligó a una de sus hijas embarazada a correr un mueble, y lo perdió, cuenta Roberta. “La devolvió, la traje a casa y me dijo que ni siquiera para dar hijos sirve”. Ella los enfrentó y está amenazada de muerte.

El Estado de México, donde habita Cristina, encabeza la lista de feminicidios a nivel nacional⁸³, situación que se agravó con la pandemia y el confinamiento. “Detrás de esas cifras, se hilan historias complejas que aparecen en el espacio doméstico pero que dan cuenta de la profundidad con la que la violencia estructural atraviesa el conjunto de la sociedad” (Reyes-Díaz, 2018: 48). La posibilidad de un feminicidio de ellas mismas o de las mujeres de sus familias, atraviesa la experiencia urbana y especialmente laboral de estas mujeres, que tienen que crear un sinnúmero de estrategias para cuidarse mutuamente y mantenerse con vida. El feminicidio ocurre en tanto desenlace de un cúmulo de experiencias de múltiples violencias en la vida de las mujeres, y ello impone limitaciones profundas en las decisiones que se toman en torno al trabajo. Itandehui Reyes-Díaz (2018), quien analiza los casos de feminicidios y desapariciones forzadas de mujeres en Ecatepec (Estado de México) sostiene que “en un contexto de acumulación y despojo, la violencia feminicida en el ámbito íntimo y la violencia institucional patriarcal se refuerzan mutuamente” (Reyes-Díaz, 2018:60). Cristina se separó de su esposo porque la golpeaba mucho, hasta que un día que llegó de trabajar, casi la “mata a golpes”. Lo denunció y le emitieron una orden de distancia. Él la firmó pero nunca se fue de la casa. Mientras lo narra, Cristina acerca una manguera hacia un bote que da al patio de la vecina, a quien le comparte el agua potable las pocas veces que le llega a su casa.

En tal contexto, “que se empeña en el despojo de lo popular, lo comunitario y lo femenino” (Reyes-Díaz, 2018:45), las mujeres se organizan y tejen vínculos que forman un entramado ceñido entre afectos, trabajo y ocio. Aquí retomo la experiencia de Bety, de 62 años, quien se dedica desde hace más de 30 años al oficio de la pintura y la impermeabilización. La conocimos en un partido de fútbol femenino en una liga barrial del sur de la Ciudad de México

⁸³ <https://www.milenio.com/policia/edomex-primer-lugar-en-femicidios-en-el-arranque-de-ano>

en el que ella y nosotras jugábamos en equipos contrincantes. Casi por el mismo tiempo en que comenzaba a trabajar en la pintura, Bety formó su equipo de fútbol femenino. Para ella, el fútbol no solo es una distracción, sino un lugar donde puede disfrutar y relacionarse con otras mujeres “del ambiente”. Así llama al espacio de mujeres lesbianas. El día que fui al campo de fútbol por primera vez, a principios de diciembre de 2018, se encontraban allí dos mujeres más, de aproximadamente 60 años, que también me relataron las dificultades de ser lesbiana en la ciudad y de ser mujer futbolista. Varias de ellas fueron seleccionadas para representar a la Ciudad de México cuando tenían 20 años. Bety, por ejemplo, no pudo ir porque trabajaba en una ferretería y su jefe se lo impidió, bajo amenaza de despedirla. Compartimos unos cuantos sábados de fútbol y la visité en su casa varias veces. A partir de esos encuentros pude constatar la importancia de esas redes de mujeres, futboleras, amigas y a quienes generalmente Bety llamaba para que trabajen con ella en la pintura y la impermeabilización. Me decía “En el *ambiente* nos conocemos. Entonces cuando necesitamos así entre nosotras, nos ayudamos. Nos comunicamos, ‘Oye sabes qué, tengo una *chamba*⁸⁴, qué onda, ¿vienes a ayudarme?’. ‘Creo que sí, cuántas quieres’, o así. O consígueme, así le hacemos” (Entrevista con Bety, 1-12-18). Así también ella había empezado en el sector. Ahora es contratista.

M: ¿y cómo aprendiste a trabajar?

B: Bueno, pues la verdad es que yo anduve en muchos lados trabajando, pues de casi de todo le hice un poco. Algunas veces trabajé en obra, de ayudante. Posteriormente con una amiga que se dedica a eso también me metí a trabajar y me gustó. Me llenó, más que todo porque yo dispongo de mi horario, dispongo de cuánto tiempo trabajo, qué días sí y que días no. Me gustó ser más yo misma mí misma patrona. (Entrevista con Bety, pintora e impermeabilizadora, Tlalpan, Ciudad de México, 12-12-18).

Bety me cuenta que ella y sus 5 hermanos quedaron huérfanos desde muy pequeños –Bety tenía 3 meses- y al cuidado de su abuela paterna. La casa

⁸⁴ Trabajo.

donde vive se la cedieron a su abuela, que era obrera textil, después de una lucha que las obreras sostuvieron en la fábrica La Fama Montañesa durante tres años a principios de 1940.⁸⁵ Esa misma casa es lugar de fiestas, de organización para la pintura, donde se arman las estrategias para los partidos y allí Bety cuida a dos hijos de una amiga que estuvo varios años detenida. La cadena de cuidados entre mujeres, familiares y vecinas es un elemento que se reitera en las experiencias de trabajo de las mujeres insertas en la construcción.

Al igual que muchas de las mujeres trabajadoras, Bety comenzó a trabajar desde muy temprana edad, y se insertó en una diversidad de actividades laborales, tanto en industrias, como en servicios.

Yo empecé desde los 12 años. Una de mis hermanas tenía un taller de costura, de maquila, cosía, entonces me fui ahí con ella a ayudarle y a aprender a usar las máquinas. Yo te sé manejar las máquinas de coser, entonces así anduve rodando aquí y allá, o sea de todo un poco.

M: ¿de qué otras cosas trabajaste?

B: empleada de mostrador, vendiendo helados, de ayudante de albañil, en costura, en fábrica de ropa, como ayudante, o sea todo eso. ¿Qué más? de coordinadora de ventas, es que anduve en muchas cosas. Pero lo que más me llenó fue esto a lo que me dedico, que es a la pintura y la impermeabilización. (Entrevista con Bety, pintora e impermeabilizador, 12-12-18).

El fútbol femenino barrial, los cuidados de las hijas e hijos y el trabajo en las obras se traman como espacios de potencialidad emancipatoria en la colonia “La Fama”.

⁸⁵ La fábrica de tejidos e hilados La Fama Montañesa fue fundada en 1831 y cerró en 1998. De 1939 a 1942 se produjo una huelga que tuvo como resolución la entrega de 8 predios que fueron repartidos por el sindicato entre sus miembros. En esa época, aproximadamente el 50% de la mano de obra de la fábrica era femenina (Camarena Ocampo and Rosas Olvera 2005).



Ilustración 15 Mujeres madres y trabajadoras esperan su partido. Campo Xóchitl, Colonia La Fama, Tlalpan, Ciudad de México

Durante los partidos, en las calles del barrio y sus casas, pudimos constatar la importancia de esas redes de mujeres, futboleras, amigas y compañeras de trabajo. Bety repetía que constituían para sí un gran espacio de contención, en el que mezclaban el trabajo con el fútbol. “Sabes igual que cuentan conmigo, o sea, con las chicas de mi equipo, yo les he dicho, yo las trato, las quiero ver de mi familia, para mí es como si fueran de mi familia. No quiero que seamos un equipo equis. Quiero que seamos una familia. Nos duele cuando pasa algo equis, en lo mucho o poco que podamos”. (Entrevista con Bety, Tlalpan, Ciudad de México, 12-12-18). En tales procesos, la construcción de sus propias viviendas o la colaboración de casas de sus vecinas, amigas familiares fue un elemento recurrente en las experiencias de estas mujeres.

3.4 Centralidad del trabajo de las mujeres en la autoconstrucción

A finales de los años 70, América Latina comenzó con un proceso de urbanización de sus territorios de la mano del desarrollo industrial que se estaba dando en algunos países. En el caso de México, la ciudad capital y sus zonas conurbadas comenzaron a experimentar una explosión demográfica en el marco de tal contexto. Varias ciudades se convirtieron en poco tiempo en las más pobladas de México y América Latina (Hunter Dodsworth 2020). Algunos municipios del Estado de México han seguido un proceso similar. En el caso de la colonia Techachaltitla, en Los Reyes-La Paz, lugar de residencia de varias compañeras interlocutoras de esta tesis, el proceso de poblamiento y urbanización contó con el protagonismo de los propios habitantes. Aurora Zavala Caudillo (2011) reconstruye en su investigación la historia de la colonia Techachaltitla a partir de la experiencia de algunos vecinos. Ellas y ellos narran que el gobierno municipal no permitía la venta de un terreno. En asamblea, algunos vecinxs y conocidxs del supuesto dueño, decidieron tomar las tierras, hecho que ocurrió el 23 de diciembre de 1993. Los fundadores de la colonia,

son migrantes provenientes de diversos estados de la República y del Distrito Federal. Algunos residentes llegaron a la colonia procedente de Oaxaca, Puebla, Veracruz, Hidalgo, Guerrero; otros más llegaron de Ciudad Nezahualcóyotl y del Distrito Federal, provenientes de colonias populares, como Tepito, Morelos, unidad Vicente Guerrero y de Azcapotzalco. (Zavala Caudillo 2011)

Uno de los testimonios que la autora recoge entre los primeros hacedores de la colonia refleja el papel que los vecinos tuvieron en la construcción del barrio.

Se puede decir que empezamos de nada, o sea que de ser... ¡ora sí que no había nada aquí! Este era un lugar solo, sin nada, sin casas, fuimos los primeros que llegamos aquí [...] Con la ayuda de mi esposo, cuando llegamos aquí, teníamos un cuartito, que era de lámina. Después, poco a poco hicimos el de aquí, el de tabique; poco a poco, empezamos hacer este. Uno es quien construye su propia casa, entrándole los hijos, la mujer y el esposo. (Señora Dolores, 40 años) (Zavala Caudillo 2011)

La participación de las mujeres en los procesos de autoconstrucción fue relevante en Techachaltitla así como en las colonias populares donde habitan las interlocutoras de esta investigación. Existen algunos trabajos de investigación que indagan en los procesos de autoconstrucción y la participación de las mujeres en ellos, que ponen énfasis en la composición familiar y el ciclo de vida de las mujeres (Massolo 1992), en la organización política del movimiento urbano popular (MUP) (Hunter Dodsworth 2020; Massolo 1998), entre otros. Si bien fueron sumamente fructíferos, la antropóloga mexicana Claudia Zamorano Villarreal considera que estos estudios se centraron únicamente en las familias de clases trabajadoras que practicaban la autoconstrucción (Zamorano Villarreal 2007). Valeria Cuevas Zúñiga, por su parte, sostiene que “la autoconstrucción no es una estrategia de provisión de vivienda exclusiva de los sectores pobres y/o populares, es una práctica de uso extendido entre diversos sectores de la población urbana, presente desde antes del siglo XIX en la ciudad de México” (Cuevas Zúñiga 2016:2). Aun así, como lo señalan Fidel y Ziccardi (1986), la autoconstrucción de vivienda popular fue uno de los procesos económicos sociales más masivos.

Por los más diversos mecanismos económicos, políticos y sociales las clases populares urbanas accedieron a una parcela de tierra en la que fueron construyendo inicialmente precarias viviendas. La saturación de las vecindades del centro, obligó a que ya en los años treinta, y más desenfundadamente en la década siguiente, este

tipo de fraccionamientos populares se transformasen en la opción habitacional masiva para los trabajadores. Dos décadas después el Distrito Federal se expandió sostenidamente sobre la periferia inmediata que ampliaba considerablemente el área urbana para dar cabida a millones de trabajadores migrantes (Fidel and Ziccardi 1986:23)

Me interesa remarcar la relevancia del papel que tuvo la autoconstrucción, históricamente con gran participación femenina, no sólo en México, sino también en Bolivia, y podría decir que en gran parte de América Latina. Por un lado, fue central en el abaratamiento de la fuerza de trabajo que demandaba la economía urbano-industrial de este proceso, ya que garantizaba a través de la vivienda y la ocupación de tierras, las condiciones de reproducción de la clase trabajadora. En segundo lugar y fundamentalmente, participando activamente y sin remuneración, en estos procesos de construcción de infraestructura urbana. Y por último, la lucha en torno a la vivienda y a un entorno con condiciones dignas de existencia ha nucleado los procesos de participación política en los barrios populares de América Latina. El protagonismo de las mujeres en dichos procesos han estado históricamente invisibilizados. En los relatos sobre los primeros acercamientos con el oficio de la construcción las mujeres se referían a las experiencias de autoconstrucción, ya sea de sus propios hogares, como los de algunos parientes. Sara tiene 24 años y es encargada de la instalación de aires acondicionados. La conocí trabajando en la construcción de una de las grandes plazas comerciales en Satélite, un nucleamiento urbano de la Zona Metropolitana del Valle de México, en el Municipio de Naucalpan de Juárez. Sara me narraba su experiencia en la autoconstrucción

Conozco varias, primero, mi mamá y yo. Y una tía, que ella misma construyó su casa. Yo tenía aproximadamente 9 o 10 años. Mi papá que no es arquitecto empezó a construir mi casa. Y nosotros realmente le ayudábamos a todo. Había veces que nosotras le pasábamos los tabiques, le ayudábamos a pegar tabiques

M: ¿pero todos tenían el conocimiento?

S: tenía conocimiento porque te digo, mi abuelo era foráneo, y hacía luego de albañilería o cosas así. Entonces como que fue a encaminarlo. Pues desde chica, recuerdo que íbamos al terreno a escarbar para meter, escarbábamos la zanja para poder meter la piedra. Empezamos desde las bases. Ya posteriormente

colocábamos... o sea, ya mi casa tardó muchísimos años en construirse eh. No creas que es de un día para otro. Recuerdo que cada sábado o domingo íbamos a adelantar un poco, allá comíamos, cenábamos y ya nos regresábamos. Le ayudábamos a hacer los amarres de las varillas, yo me acuerdo muy bien que yo era la que me encargaba de eso. Lo único que no realizó mi papá fue el colado de las losas. Eso sí contrató gente. Lo demás sí lo hicimos nosotros. Posteriormente cuando se terminó la obra negra, los aplanados también nosotros lo hacíamos. Todavía mi mamá estaba embarazada de mi hermana la más chica. Cuando colocábamos el azulejo de la loseta, yo me encargaba de hacer la revoltura, mi papá y mi hermano nivelaban y pegaban, nivelaban y pegaban. Entonces mi mamá se encargaba de todas estas orillas, limpiarlas, para que no quedaran residuos de mezcla. Entonces era realmente todo lo que hicimos. Mi hermano, como en la secundaria había estudiado una carrera técnica de electricidad, él puso toda la electricidad de la casa. (...) Con mi tío, el de al lado. Empezó él a querer construir su casa y lo apoyamos también. (...) Mi tía también. Ella realmente la hizo toda, porque ella realizó todo. No es madre soltera, porque su esposo está ahí, pero es como si fuera madre soltera. Yo me acuerdo igual que ella, estaba ya un poco grande, tenía como 15 años más o menos, yo luego iba a su casa y la veía pegando tabique, colando castillo. Y yo le decía ¿qué haces tía? No, pues, voy a ampliar aquí mi cocina. Ya como que tenía la idea y nada más la desarrollaba (Entrevista con Sara, instaladora de aire acondicionado en las obras, Estado de México, 20-10-18)

Las mujeres que entrevisté en Bolivia, especialmente aquellas que son mayores de 50 años, manifestaron de modo recurrente haber comenzado su recorrido en el oficio de la construcción, al igual que en México, a partir de sus experiencias de autoconstrucción.

Lucy es una mujer aymara, nació en La Paz hace 44 años. Su familia también es paceña. Ella recuerda que aprendió a construir desde sus 12 años, cuando sus padres comenzaron a hacerse su casa.

Antes se hacía con adobe. Así empecé y me ha empezado a gustar, y hemos construido otra casa, de otros pisos. El piso de abajo lo hemos hecho de adobe, y el de arriba de ladrillo. Tenía un hermano que también trabajaba en la construcción, y yo le ayudaba a él. Después, desde hace 17 años, también construí mi casa con un albañil, y después he trabajado así, con otros maestros y ayudantes. Ahora como contra maestra trabajo. Soy independiente (Entrevista con Lucy, El Alto, Bolivia, 25-2-19).

A sus 25 años, Lucy se casó con un compañero del colegio y vecino. Recién casados se fueron a vivir a El Alto, y compraron un terreno para construir su casa. “Yo la construí con un ayudante. Es bajito, de aquí a 2 o 3 años pienso subir un piso más”, dice Lucy. A los 27 años tuvo a su primer hijo. De este modo relata su trayectoria laboral:

Ahí trabajaba en la fábrica de pipocas⁸⁶, 7 años. Seguí trabajando un año más después que tuve a mi hija. Después tuve otra hijita más. Y luego descansé unos 2 años y luego ya empecé en construcción. No, me fui a Santa Cruz después de eso, allá trabajaba en la fábrica de blusas. Ese trabajo conseguí con mi vecina. Primero llegué a Santa Cruz y vendía refrescos. Allá se vende bien el refresco por la calor. Después mi vecina me dijo, ¿no quieres ir a trabajar a las blusas? Bueno le dije. Y fui. En Santa Cruz trabajé 8 años. Me fui con mi familia y dejé cuidadora en mi casa y no quiso salir la cuidadora, y de eso me tuve que venir de vuelta aquí a La Paz. Pude conseguir mi casa, le saqué a la fuerza a la cuidadora, y ahora vivo sola, mi esposo más. Vivo con mi esposo (...) Cuando regresé comencé a trabajar en la construcción. Hace unos 10 o 12 años (Entrevista con Lucy Mamani, El Alto, Bolivia, 25-2-19).

Luego especifica que comenzó a dedicarse a la construcción a tiempo completo cuando tenía 30 años, por invitación de su cuñado que es contratista albañil. “Yo antes había hecho mi casa, como ya tenía una base, con él fue empezar fácil. Había 2 ayudantes más, entre 4 trabajábamos. Así empezamos, ahorita soy independiente, trabajo sola. Con él trabajé unos 4 o 5 años. Ya gané experiencia”, me dice Lucy durante la misma charla. Ella vive en El Alto y trabaja principalmente allí, aunque a veces “baja a La Paz”. “Cualquier rato me llaman, hágame un murito, póngame una ventanita”, dice con tono de orgullo. Me comenta que, cuando es para pintura, suele trabajar con 2 de sus 4 hijas, las dos más jovencitas. “A ellas yo llevo como ayudantes, a mis hijas” (Entrevista con Lucy Mamani, 25-2-19).

Como mencioné, es habitual que las mujeres en las colonias y barrios populares en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y de La Paz tengan conocimientos adquiridos en la práctica sobre el oficio de construir casas.

⁸⁶ Pipoca se le dice en Bolivia a lo que en México llaman palomitas de maíz. Se elabora con una variedad de maíz, se los tuesta con aceite hasta que explotan.

Forma parte de dinámicas cotidianas para garantizar las condiciones de existencia y de reproducción social. Podemos inferir que el trabajo comunitario, en el caso de la tradición andina, establece el principio de complementariedad entre los géneros. Al llegar a las ciudades, las mujeres comienzan a trabajar en tareas de autoconstrucción con más paridad con los varones, en tanto garantiza las condiciones de reproducción familiar en la construcción de sus viviendas. Las mujeres entrevistadas en México, forman parte de familias que se han asentado desde hace dos o tres generaciones en la gran ciudad. Las transformaciones que produce el proceso de proletarización tiene efectos directos en la individualización del trabajo. Del trabajo comunitario para sostener la vida, se asienta cada vez en el trabajo asalariado, que parte de contratos individuales y que subsume a los trabajos de reproducción familiar para su mantenimiento. En ambas localidades de estudio, las mujeres relatan tener una experiencia protagónica en las actividades de autoconstrucción, sin embargo, ingresar al mercado de trabajo en el sector de la construcción expresa múltiples condicionantes e impedimentos, los cuales parecen ser más laxos en el caso de las mujeres aymaras, debido, por un lado, a su pertenencia étnico-racial y al proceso organizativo que impulsa su ingreso. En México, tanto los procesos históricos de asalarización como de mestizaje han operado en mayor profundidad en la configuración del trabajo.

Numerosas metáforas se han utilizado para analizar la relación entre la lógica del capital y el modo en que opera el patriarcado como sistema de dominación. En el siguiente apartado retomo brevemente, desde la perspectiva del trabajo para la reproducción social, algunas dimensiones del feliz matrimonio entre el capitalismo y el patriarcado desde las experiencias de las mujeres trabajadoras de la construcción, quienes encuentran intersticios significativos para maniobrar la dominación y enfrentar la violencia.

3.5 “Tener dinerito en el bolsillo, sí hace la diferencia”. Maniobras de las mujeres para sostener la vida entre el patrón y el patriarca.

En términos generales, identifiqué que, en Bolivia, mis interlocutoras presentan trayectorias laborales vinculadas al trabajo en el comercio minorista, en el

sector agrícola-campesino, la venta callejera, el desempleo y el trabajo remunerado y no remunerado del hogar. Es decir, observo un proceso de proletarización sin demasiada asalarización. En México, por su parte, también presentan una trayectoria heterogénea e intermitente, sin embargo, la mayoría cuenta con experiencia en el sector asalariado, ya sea como operarias en industria y/o empleadas en el sector servicios⁸⁷. Recibir un salario como retribución de su trabajo en el sector de la construcción, que generalmente supone un monto mayor que el que se recibe por otras actividades, representa un hecho significativo en lo que respecta a su posicionamiento para la toma de decisiones en cuanto a la administración de la economía familiar. Este abordaje analítico no es nuevo, sino que consolidó, en el caso de México, en la década de 1980 y principios de 1990 y se centraba en el análisis de las relaciones de género en el interior de los hogares a partir del trabajo doméstico y extradoméstico de las mujeres (de Barbieri 1984; Benería and Roldán 1992; Estrada Iguíniz 1996; García and de Oliveira 1994; González de la Rocha 1986). Sin embargo, los relatos de las mujeres constructoras evidencian que es un debate sumamente vigente.

Matilde, una maestra pintora que vive en La Paz, de 46 años, decidió trabajar en la construcción para ayudar con los ingresos del hogar, porque con los de su esposo, que se dedicaba a la docencia, no eran suficiente. Las mujeres elaboran estrategias para hacer alcanzar el dinero, y además, intentan cuidar la salud e integridad de sus hijos. Matilde relata que, lo poco que el marido le daba no alcanzaba ni para el pan, entonces ella se las ingeniaba para elaborar una bebida con cebada y haba, alimento nutritivo para sus hijos. Cuando ella comenzó a trabajar en la construcción, compraba por quintales en mercados mayoristas, a diferencia de la dinámica establecida con su esposo, que le daba de a poco y, por lo tanto, solo podía comprar por arrobas. Generalmente, el pago de servicios públicos o alquiler, se hacía con ingresos del hombre. Los gastos cotidianos, dirigidos principalmente a la alimentación

⁸⁷ “Un rasgo distintivo del mercado de trabajo en México hasta 1970 fue la reducida presencia de las mujeres en las actividades extradomésticas (asalariadas o por cuenta propia) destinadas a la producción de bienes o servicios. Los estudios sobre trabajo femenino realizados en esta época también son escasos. Con la marcada expansión de la presencia femenina en los mercados de trabajo en los años setenta y ochenta ganan importancia los análisis sobre el tema” (García and de Oliveira 1994:25–26).

familiar, se realizaba con ingresos de la mujer. A cada uno de los gastos se asocian sentidos positivos o negativos. Las mujeres relatan que sus esposos resaltan el poder y el carácter necesario de los gastos mensuales, a diferencia de los otros.

Al principio, como mi esposo nomás trabajaba, yo tenía que alcanzar todo, agua, luz. Él me daba la plata, y yo tenía que darle para su pasaje, para sus gastos. Por ese motivo, yo para mis hijos, para que no falte nada, no sé tener para pan. Entonces yo se comprar pito, tostado sabía comprar. Pito de cebada está hecho, es como harina, se tuesta y se hace harina y eso puedes tomar con tecito. Es la haba tostada, y eso se llama tostado de haba. Yo siempre me hacía, no tenía dinero para pagar, entonces mis hijos se hacían tostado, es super nutritivo. Antes no costaba, ahora ya cuesta. A la haba entonces la pelaba, y en la taza, y agua hervida le echaban, tecito más o matecito le ponían, super, así tomaban ellos. Así yo me hacía alcanzar. Cuando yo empecé a trabajar, lo primero que yo hacía era comprar víveres para mi casa y a mi esposo ya le aliviaba. Yo me compraba quintal de arroz, quintal de azúcar, 20 litros de aceite, envases grandes. En mi dinero yo me gastaba todo en eso, ya no me compraba por arrobita nada, porque cuando mi esposo me daba, me compraba por arrobita de arroz, azuquita así. Cuando yo empecé a ganar él ya no me ha dado, no me ha dado el total, algunas veces para mercar no más me daba, o para la verdura. Pero ya no como antes. Por eso hay ratos que yo extraño tener mi propio dinero, porque yo dispongo, si quiero una olla me compro. Y ahora que no trabajo, tengo que decirle ¿me das para el mercado? Hay que pagar luz, agua, teléfono, internet, telecable, ahora que hay tantas cosas. Entonces él ya pone. No me da el monto que me daba antes, ahora me dice esto es para teléfono, para tal y tal, o sea, digamos que me da 1000 bs para la cocina. Pero ya no puedo comprar en mayorista". (Matilde, La Paz, Bolivia, 25-2-19)

Es la misma situación que atraviesa Lucy, una conrmaestra pintora de El Alto, de 44 años, que hace tabiqueados, sanitarios, lavanderías, instalaciones eléctricas, alcantarillados. Al igual que otras mujeres que comenzaban a llorar cuando las entrevistaba, Lucy lo hizo cuando relató que su esposo se gasta el dinero en alcohol y ella es la que sostiene a su familia. En su relato ella pone de relieve que es utilizado como elemento de poder "Él me da lo que él quiere", y en última instancia, también se asocia con la responsabilidad materna de cuidar y sostener. Si las y los hijos no comen, será su "culpa".

Ahorita yo no tengo mucho apoyo de mi esposo. Él me da lo que él quiere. Mayormente yo doy la plata. Yo gasto en mis hijos, yo soy la que más sostiene la familia. Él mucho toma, en eso se gasta. (Lucy mira hacia abajo y comienza a llorar) Así fue siempre. No es violento, solamente que tiene esa mala maña de tomar, gastarse la plata que gana. Es electricista, entonces gana un poco más que mí. Y aun así no me da. Yo sostengo todo. Ese es el motivo que yo también me he puesto a la construcción porque digamos, como me tienen como contramaestre, me pagan un poquito más que ayudante. Entonces yo siempre estoy con mis hijos, les doy a ellos. No me descuido. La mayor tiene 19 años, la que le sigue 18, la otra 12 años, el otro 9 y la última tiene 7 años. Tengo 5. La mayor está estudiando parvulario y ya salió de bachiller, a la otra le falta dos años más para que salga bachiller. Todos viven en mi casa, tranquilos así. Están en la casa. Ahorita yo subo, les hago la comida, les dejo para mañana, para que no se perjudiquen en estudiar, en nada (Lucy, Notas del diario de campo Bolivia, 25-2-19).

Magdalena tiene 47 años y 4 hijos. Cuando vivía con su esposo, la dinámica era similar a la planteada por Lucy. La que tenía que maniobrar con las deudas producto de la administración de su esposo “panchulino”, era ella.

Yo ganaba por ejemplo 150. ¿Y qué hacía? Para mis hijitos compraba yogurt, yo compraba esas cositas, o sea era para los gustitos de mis hijos. Y lo que él hacía era que tenía que pagar luz, movilidad, colegio esas cosas. Hasta que así me empecé a endeudar pues, de aquí, de allá. Después empezaron más los problemas, fue por el dinero que nos separamos. Él era muy panchulino, no era malo, pero era muy conformista. Por decirte, tenemos 200 hoy en día y hemos hablado y hemos dicho esto tiene que ser para la semana. 40 por día. A eso digo cuando digo panchulino, él venía y su hijo le decía papi no hemos ido al parque. ‘Alístense, alístate gordita, vamos’. Y vivíamos nosotros en El Alto, en Río Seco. Desde ahí hasta aquí (La Paz) se hacía el presupuesto en pasajes y que uno quería globitos y que el otro quería esas cositas que giran, que papi un heladito. Y teníamos los 200 para la semana y él sacaba los 200 y los gastaba, o por lo menos 120, y yo le decía ahora qué vamos a hacer. Pero nada, déjalos a nuestros hijos ya están felices, dime que no te ha gustado. Y yo tenía que ir a la carnicería, tenía que ir aquí, y así me endeudada." (Entrevista con Magdalena, La Paz, 6-3-19)

Lidia Romero, actual Secretaria General de la Asociación de Mujeres Constructoras de La Paz y El Alto (ASOMUC) reconocía el mecanismo de

poder que encierra la disponibilidad de recursos afianzado por el reconocimiento patriarcal que construye al hombre como proveedor. Narra que su esposo nunca le daba dinero. Sin embargo, una Navidad ella compró salchichas para darle ese gusto a su hija. Cuando el esposo se enteró, le gritó ¡*Mojsa pa`tanka!* Me explica que, en aymara, eso significa “panza dulce, que su barriga quiere cosas buenas”. Ella se ofendió mucho. Por eso asegura que “Tener dinerito en el bolsillo, sí hace la diferencia” (Diario de campo, 14-5-19). La anterior Secretaria General de ASOMUC, María Antonieta, también reconoce que contar con su propio salario la posicionó mejor para negociar con su esposo. Sin embargo, complejiza los sentidos e identifica que es un proceso más extenso y que requiere de ciertas habilidades para modificar la correlación de fuerza.⁸⁸ Señala que antes de dedicarse a la construcción, “tenía que pedirle plata a su marido para todo, incluso para sus medicamentos para tratar el lupus que la aqueja. Él la condicionaba en todo por eso, amenazándola que sino, no le daría plata. Ella dijo: “Hay que hacerles creer que ellos tienen el poder, pero en realidad es por decisión nuestra, es por nuestro poder”. Me relata que también sucede que los hombres se enojan y comienzan a ser violentos cuando ya no son el proveedor principal o exclusivo. “Yo le decía que agarraba plata del ahorro familiar, pero en realidad, era de mi sueldo, para que no se enoje. Y así iba pasando el tiempo hasta que solo se daba cuenta de que yo estaba aportando y ya no decía nada. O valoraba” (Notas del Diario de campo Bolivia, 15-6-19). En el caso de María Antonieta, como el de varias de las entrevistadas, la posibilidad de contar un salario propio vino de la mano de los cursos de capacitación en construcción de Red Hábitat. Sin embargo, son sentidos que se reproducen en el resto de mujeres que, tanto en México como en Bolivia, comienzan a trabajar a cambio de un salario.

En todo caso, identifiqué la existencia de un saber hacer específico de las mujeres construido históricamente en cuanto a la administración de los ingresos, con estrategias para abaratar los costos de la reproducción familiar, y también un saber hacer que van aprendiendo para gestionar los cambios en las

⁸⁸ En un estudio clásico realizado en la Ciudad de México sobre trabajo a domicilio de mujeres, Lourdes Benería y Marta Roldán (1992) sostienen que las trabajadoras utilizan el salario para mantener un espacio mínimo de autonomía, sin embargo, no les permite negociar de manera significativa las relaciones de poder entre los géneros al interior del hogar.

relaciones de poder entre géneros, con sus parejas específicamente. En otra oportunidad, las que llegaban a ser contratistas, mencionaban que ese saber adquirido sobre “cómo manejar a los hombres para hacerles creer que tiene el poder”, les permitía darse estrategias para administrar los contratos, especialmente, con los clientes hombres.

En este punto me gustaría resaltar una dimensión que se pone de relieve en estas estrategias y la cuestión de la violencia vinculadas a lo que Calla, Barragán, Salazar de la Torre, Arteaga y Soliz (2005) denominan la “ley del proveedor”.

“La ley del proveedor” (es un) concepto en el que confluyen, por un lado, nociones cimentadas en la ley del más fuerte, como práctica legitimizada de una sociedad marcada por la ausencia o debilidad de un régimen estatal y, por otra, nociones de socialización inherentes al capitalismo, según las cuales el salario es la fuente básica de la reproducción social. Es en relación a la superposición de estos aspectos que se han delimitado las fronteras entre el quehacer público y el privado, es decir, el lugar que ocupan los hombres y las mujeres en su relación con la producción y, por tanto, su pertenencia al orden social y político que ha determinado el papel tradicional del varón como proveedor. Éste, en su manifestación más cruda, tiene como objetivo asegurar la lealtad y subordinación de los miembros de la familia a la autoridad patriarcal, objetivo que generalmente requiere de mecanismos de chantaje y violencia física y psicológica, con tendencia a reproducirse aún en contextos en los que la provisión ha pasado a ser una responsabilidad femenina, sin que la cultura de subordinación de género se haya modificado a favor de las mujeres. (Calla et al. 2005:14)

Con la inserción de las mujeres a los mercados de trabajo, se produce un proceso de sustitución del proveedor tradicional (varón). Para las autoras, ello genera sistemas duplicados de explotación de las mujeres, ya que además de la doble jornada, tienen que manejar la tensión y/o frustración de ser las proveedoras materiales y culturales. Durante las entrevistas en el trabajo de campo, especialmente en Bolivia, las mujeres expresaban tristeza, dolor y bronca, llegando al llanto la mayoría de las veces, cuando mencionaban la culpa que les generaba dejar a los hijos para tener que salir a trabajar, pero ser la responsable de traer la comida a casa y cuando consideraban que sus esposos “no colaboraban con la economía familiar”, o se gastaba todo en alcohol. “Aquí parece observarse, justamente, la emergencia de estructuras

materiales que ponen en duda el rol del proveedor, encarnado en la figura masculina, pero que mantienen, al mismo tiempo, mecanismos culturales montados sobre esquemas de dominación de los hombres sobre las mujeres” (Calla et al. 2005:32–33). Muchas de mis interlocutoras mencionaban que aguantaban la violencia física y sexual de sus esposos, sólo porque era el padre de sus hijos, porque no querían dejar a sus hijos sin padre. La mayoría también reconocía que eran ellas quienes mantenían a sus esposos. Uno de los casos más extremos de violencia ha sido relatado por Isabel, a quien su esposo la dejaba encerrada con sus hijos y no le daba nada de dinero. “Era feo cuando se emborrachaba. Yo se me mover con bebés en la espalda, porque no tenía nada. De oculto iba a lavar ropa para otras personas. Todo el mundo me botaba por los bebés” (Entrevista con Isabel, La Paz, Bolivia, 25-5-19). En México, igual Olga narra que cuando su padre, que hacía mudanzas, se quedó sin trabajo, su madre tuvo que salir a trabajar para darles de comer. Fue ahí que su padre se molestó mucho, se enojaba con ella, empezaron los conflictos. “Mi papá trabajaba pero no aportaba mucho dinero a la casa, entonces mamá tuvo que salir, pues no le importó más si se enojaba o no. Pero sí darnos de comer. Ahí, la mujer ve, si el hombre no aporta y no te deja trabajar, ¿entonces cómo alimentas a los hijos? Tienes que ver la manera” (Entrevista con Olga, Ciudad de México, 21-7-18). De allí que proponemos que las mujeres operan como *mujeres andamios* que con su trabajo sostienen la vida de sus familias y al mismo tiempo son estructuras invisibles, como los andamios que sostienen las obras en construcción.

En otras partes de la tesis planteé la específica configuración histórica de género en los Andes vinculada al principio de complementariedad de los géneros (*chachawarmi*). Sin embargo, aquí traigo un elemento central que aportan los trabajos de la historiadora Rossana Barragán al respecto. La autora señala que uno de los ejes centrales del régimen de género en Bolivia es la *patria potestad*, una provisión legal del Estado republicano boliviano del siglo XIX. “La patria potestad que remite al poder y autoridad que tenían los padres sobre su linaje, implica la sujeción de los hijos a la autoridad de sus padres, la de las esposas a sus maridos y el uso legitimizado de la violencia [...] Esta autoridad legitimizada de los padres sobre sus hijos, y del varón esposo sobre la mujer esposa, se extendía a la de los amos y patronos hacia los esclavos,

criados o colonos” (Barragán en Calla et al. 2005:213)⁸⁹. Magdalena, obrera en la municipal de La Paz, comentaba sobre la violencia en su hogar de origen.

Eran puro varón, mi mamá había sido la única mujer, tenía puro hermanos varones con mi abuelo, ellos me criaron. Entonces como te digo eran varones, y no siempre era como una mujer

M: ¿en qué sentido?

Magdalena: o sea, me daban todo lo que yo pedía, pero nunca me decían cómo estaba, qué quería, cómo me sentía, si estaba bien o mal. A mis 14 años me envenené, ¿por qué? porque mucho mi tío me pegaba, me reñía. A su manera él siempre ha tratado de que no que sea perfecta pero que sea una buena persona. Pero siempre lo hacía con golpes. Si me caía me golpeaba, si hacía una cosa me golpeaba. A mis 14 me envenené y a mis 17 ya fui mamá. Me casé pese que a ellos me dijeron que no. Pero quizás por la experiencia que habían vivido, yo decía no, cómo no me voy a casar, qué va a ser de mi hijito, tiene que tener un papá y creo que me casé más porque tenía que casarme y no porque yo lo había planeado o era mi sueño, no. (Entrevista con Magdalena, La Paz, 6-3-19)

En la mayoría de las entrevistas en Bolivia, y especialmente las del grupo de mayor edad en México, una experiencia recurrente ha sido la de la violencia en sus grupos familiares. A muy corta de edad, para escapar de ella, las mujeres eligen irse con su “enamorado”. En la nueva familia, también la mayoría de ellas relataba que se encontró incluso con más violencia cotidiana y extrema. Continúo con el relato de Magdalena, para visibilizar tal continuidad en las condiciones materiales y simbólicas en las que desarrollan en sus vidas. Este será también uno de los elementos centrales en torno al cual se vertebra la organización del trabajo una vez insertas en la construcción.

No era malo. Tal vez sí psicológicamente me maltrataba, mucho, me decía sonsa, no puedes hacer nada sin mí (...) Hasta que un día todo tiene un límite y me dijo sonsa y le dije sí, soy sonsa por estar contigo, ya me voy a ir. Una vez, dos veces. Y él no

⁸⁹ Las autoras señalan “Así, la violencia legitimizada contra la mujer, los hijos y los sirvientes indios/as es y ha sido respaldada por la Iglesia y el Estado a través de poderes y mecanismos públicos. En este sentido, resulta importante poner de manifiesto la carga colonialista y el empuje paterno y señorial de la formación del Estado-nación boliviano en virtud de esta provisión legal que, si bien no figura como aspecto central de la narrativa legal estatal vigente, todavía constituye parte de nuestra cotidianeidad actual” (Calla et al. 2005:213).

había sido bueno. Por eso es que ahora yo, por ejemplo, les doy este consejo a mis amigas cuando me dicen que se van a separar. No, les digo. Me dijeron eso 'sí, separate'. Y yo levantaba más valor. '¡Sí, que aprenda! No es necesario que te mueras por ese hombre'. Pero ya a esas alturas una tiene que pensar no que es el hombre que amo, no, por lo menos yo tendría que haber pensado que él es el padre de mis hijos, y que mis hijos tienen que encaminarse, me guste o no me guste. Yo debería haberme quedado entre el bien y el mal, al lado del padre de mis hijos. (...) Yo le decía a mí me gusta trabajar. Él me decía no, mientras yo viva, no. No me dejaba estudiar. Yo le decía que me encantaba la pintura en tela, yo le decía quisiera estudiar eso, y él no, ¿para qué? Con él yo no trabajaba, yo aprendí a trabajar cuando... cuando yo me separé él me dijo 'Me das pena'. Me agarró y me dijo 'Mira tus manos, ¿qué saben hacer?, ¿qué vas a hacer? Me das pena, me dijo. Ahora no tengo lujo, pero hice lo que yo soñé, tengo mi cuarto, mi cama, equipo de sonido, mi TV, soy fanática de Winnie Pooh, todo Winnie Pooh mi cuarto (Magdalena, 6-3-19)

Eli, compañera maestra pintora de El Alto, me dijo que los hombres no quieren que las mujeres trabajen con otros hombres, porque se "echan a perder". ¿Qué significa que se echan a perder? Pregunté. "Que se vaya con otro que la trate mejor a ella y a sus hijos". "Pero es bueno", le dije. "No, porque por más que sea como sea, no va a ser igual que un padre".

Por último, la desvalorización del trabajo de las mujeres y del sujeto femenino, se vincula también con las relaciones que se establecen entre mujeres, fundamentadas en patrón colonial y patriarcal de poder. Para volver objeto de análisis retomo el relato de una compañera trabajadora y que por razones de seguridad no mencionaré su nombre en este caso. Cuando la entrevisté tenía algo más de 40 años. Nació en un departamento del sur del país y migró desde pequeña a La Paz. Su padre abandonó a la familia y su madre murió cuando ella tenía 14 años. Poco tiempo después, ella conoció al hombre que luego sería el padre de sus hijos. Me permito narrar en extenso desde sus propias palabras porque son experiencias que repiten en varias de las compañeras entrevistadas.

Fuimos a la casa de él a vivir. Allí estaba su mamá, pero ahí fue lo peor de mi vida, porque allí viví la discriminación, viví violencia, golpes de parte de él. Ahí ví la indiferencia, de cómo una mujer siendo mujer puede aceptar a un hijo que le pegue a otra mujer. Y la señora era la dirigente del club de madres, hablaba de derechos,

hablaba de violencia, delante de sus vecinas, su club de madre, pero ella inflingía violencia hacia mi persona y permitía que su hijo haga violencia. Me acuerdo que su hermano, incluso le sabe dar porra: '¡Dale duro, dale más, dale más!'. Su hermano mayor. Yo era mayor que él un año y medio, pero por ser un año y medio mayor que él, yo era vieja. 'Dile a la vieja, dile a la vieja. Dile a la negra'. La señora era totalmente racista, los hermanos tenían una mujer blancona, gringa, eran angelicotes, pero conmigo, yo no cuento mucho esa parte de mi historia, pero realmente viví mucha violencia por parte de mujeres, su hermano, el machismo, la violencia. (...) Yo no era mala, yo se lo juro, si usted hubiera ido a entrevistar a mis compañeras de trabajo. Yo ahorita no soy, ni la sombra de lo que era antes. La verdad no me llevo ni a la uña de mi propia, era miedosa, vivía con miedo, todo era miedo, tenía que bajar la cabeza delante de él, si estaban compañeros por miedo. Porque yo no era así. Pero te ganan la voluntad, que te vuelven un animal indefenso. En ese momento, tú los ves a ellos como grandes leones, tigres, monstruos grandes. Y tu como si fueras un conejito, te hacen sentir de esa forma, aunque no eres así. Él me hacía sentir eso, él, la familia. Si se enojaba la señora conmigo, nadie me hablaba, nadie. Incluso llegó a quererme pegar con un palo. (...)

M: ¿Cuánto tiempo viviste así, en esa situación?

MC: Aunque no me creas, casi 18 años. Tengo 3 hijos y una hija que él me mató. Que si yo hubiese tenido el valor en ese momento de denunciar, lo hubiera hecho, pero no he tenido el valor de denunciar. Me pegó y yo estaba embarazada de casi 5 meses. Y él estaba con otra mujer, y él quería estar con esa mujer. Incluso mis ex suegros fueron a pedir la mano de esa mujer. (...)

Y: ¿y a los 18 años de estar casada te separaste?

MC: Si, cuando mi hija ya era joven. Puedes creer que no me hubiera separado de él. Él intentó matarme, antes de eso, antes de separarme, intentó matarme. Yo estaba inconsciente, pero ya no vivíamos mucho porque él viajaba (...) Mi hijo le ha pegado a él, le ha dado un golpe en la cabeza que casi mata a su papá también. Porque él estaba encima de mí, ahorcándome, sentado encima ahorcándome y luego había visto y ha venido y le ha pegado a su papá. Y allí, fue que he visto que ya no podía ser más así, que él nunca iba a cambiar. Tomaba, pero lo peor que me pegaba de sano, no me pegaba borracho, me pegaba cuando a él le daba la gana. Yo digo, que mis hijos y mis cuatro paredes, saben. (...) A veces decía yo que nunca he tenido paz y me acuerdo cuando estoy sola, triste, así. Yo hubiera querido tener un papá, aunque sea borracho, cargador, zapatero, pero tener un padre. Y a veces yo pensaba, que mis hijos no se iban a quedar sin papá. A veces haces por los hijos todo, también. Tampoco era por el "qué dirán", porque en la zona todos sabían que me pegaba y me maltrataba. Me sabe arrastrar la cancha jalando de los cabellos y

embarazada. Y los dirigentes, saben ir a reñirle, saben ir a agarrarle, pero el loco, totalmente, loco. (Entrevista en La Paz, agosto de 2019)

El vínculo entre trabajo y violencia, y específicamente violencia sexual, constituye una relación no suficientemente explorada desde las ciencias sociales. Armstrong, Gleckman-Krut, y Johnson (2018) sostienen que la violencia sexual es causa y consecuencia de la desigualdad, no sólo en cuanto al género, sino también en lo étnico racial, la clase, la sexualidad, la edad, el trabajo, la ciudadanía y la nacionalidad. Sin duda, han sido las autoras feministas quienes mayores aportes hicieron sobre la violencia sexual, por un lado, para “captar la especificidad de la violencia contra las mujeres en razón de su género, y entender los vínculos que ésta sostiene con otros modos de violencia referidos a condiciones sociales como la pobreza, la marginación, la explotación económica o la impunidad” (Castañeda, Ravelo Blancas, and Pérez Vázquez 2013:13). Es preciso, entonces, considerar la participación de mujeres en el sector de la construcción bajo esta complejidad, es decir, que este proceso se da en un determinado marco de condiciones de producción y reproducción social. Muestra también cómo el modelo patriarcal y capitalista necesita de la desvalorización del trabajo femenino. Las mujeres crean estrategias efectivas para sostener la vida propia y la de su familia en un contexto de precarización de sus condiciones de vida y de trabajo. Por último, en tales condiciones de reproducción social, no es menor el reconocimiento de que Bolivia tiene una de las mayores tasas de feminicidios íntimos en América Latina (se encuentra en tercer lugar), y ocupa el primer lugar en Sudamérica. México ocupa el octavo lugar en términos comparativos, pero sobresale por el tamaño de su población.

3.6 Recapitulación

La intención de este capítulo fue remarcar la relevancia de un análisis sobre el trabajo que parta de las condiciones de reproducción social. Abordamos la multiplicidad de saberes, producto de sus trayectorias históricas en trabajos heterogéneos, que adquieren las mujeres históricamente, y las condiciones en las que se configuran. En ambas localidades de estudio, las interlocutoras de

esta investigación expresan formas de organizarse a través del trabajo, a las que en esta tesis llamamos politicidad, de múltiples modos. Entre ellos, aquellos vinculados con prácticas del trabajo comunitario para el sostén colectivo de la vida, en los que adquiere relevancia el *ayni*, el sistema local de gobierno y el principio de complementariedad *chachawarmi*. Estos los encontramos mayoritariamente en Bolivia, donde los vínculos comunitarios se actualizan y crean permanentemente. Las transformaciones en los modos de construir generaron cambios en el trabajo comunitario, colectivo, al individualizarse y cambiarse por dinero –salario-, y alteraron los principios de reciprocidad del trabajo de construcción de las casas aymaras. No obstante, este contexto les permitió a algunas mujeres, especialmente aymaras, incrementar y diversificar su participación en los trabajos de construcción.

En México, las interlocutoras de esta investigación expresan haber llegado a la gran ciudad desde muy jóvenes desde otros estados, o ser la segunda generación ya asentada en la gran urbe. En sus experiencias se pone de manifiesto cómo en este país los procesos históricos de asalarización como de mestizaje han operado en mayor profundidad en la configuración del trabajo. En ese marco, que tiende al “despojo de la politicidad entre mujeres”, identificamos que las redes entre amigas, vecinas y familiares constituyen espacios de potencialidad política, es decir, formas de restituir ese tejido comunitario y vincular.

En ambas localidades de estudio, las mujeres relatan tener una experiencia protagónica en las actividades de autoconstrucción, sin embargo, ingresar al mercado de trabajo en el sector de la construcción expresa múltiples condicionantes e impedimentos, los cuales parecen ser más laxos en el caso de las mujeres aymaras, debido, por un lado, a su pertenencia étnico-racial y por otro, al proceso organizativo que impulsa su ingreso.

Como veremos a lo largo de esta tesis, el trabajo cotidiano opera como una síntesis en la que se ponen en juego múltiples horizontes históricos y determinaciones. Las tramas de la tradición del trabajo comunal andino se expresan con prácticas que impuso la vida republicana, como la patria potestad y la idea del varón como proveedor, el despojo múltiple que profundizó el modelo neoliberal en el caso mexicano y la violencia instalada en los territorios y en los cuerpos de las mujeres. He desarrollado en este capítulo el modo en

que, la posibilidad de un feminicidio de ellas mismas o de las mujeres de sus familias, atraviesa la experiencia urbana y especialmente laboral de estas mujeres, que tienen que crear un sinnúmero de estrategias para cuidarse mutuamente y mantenerse con vida. El feminicidio ocurre en tanto desenlace de un cúmulo de experiencias de múltiples violencias en la vida de las mujeres, y ello impone limitaciones profundas en las decisiones que se toman en torno al trabajo. Algo similar ocurre en el contexto boliviano. Lo mismo veremos en las experiencias de vida de las mujeres en Bolivia, por lo que las múltiples dimensiones de la violencia son insoslayables en el desarrollo analítico de esta tesis.

En el próximo capítulo analizo las formas de politicidad en el trabajo específico de la construcción. Estas se encuentran estrechamente vinculadas con los trabajos en el contexto de reproducción social que acabamos de ver en este capítulo.

CAPÍTULO 4 SABER-HACER

EL OFICIO EN EL TRABAJO EN CONSTRUCCIÓN

¿Y si consideráramos el oficio como nuestro más efectivo testimonio?

Gabriela Mistral, "Sentido del oficio", 1927

4.1 Introducción

En el capítulo anterior he mostrado cómo es imposible abordar el significado social que adquiere el trabajo de las mujeres en el sector de la construcción sin considerar el entramado más amplio, tanto histórica como geográficamente situado, en el que se inserta y se desarrolla. Hemos visto las múltiples actividades que realizan estas mujeres en su cotidianidad, entre ellas, la autoconstrucción de los hogares propios y de familiares y amigas.

Sin embargo, el acceso a la actividad de la construcción como empleo aparece desde las experiencias de las mujeres, con múltiples obstáculos. En este capítulo propongo, por lo tanto, analizar cómo se estructura el sistema de oficios en el sector y el modo en que se configuran los procesos de calificación de las mujeres, las dificultades y limitaciones que encuentran y el recurso a múltiples estrategias para aprender y transmitir el oficio. Argumento que en la jerarquización del sistema de oficio y la disputa por el reconocimiento de los saberes y conocimientos en el ámbito de la construcción, intervienen elementos vinculados con la explotación de clase, la dominación étnico racial y patriarcal, que configuran contextos específicos en los que las mujeres maniobran el ingreso y permanencia en este sector. La irrupción de la mujer en el régimen de estatus de los oficios conlleva fuertes conflictos que evidencian transformaciones en la conformación de clase en el sector y en otros regímenes sociales jerárquicos, principalmente entre los géneros, pero también étnico-raciales. La violencia múltiple, en términos temporales y espaciales, es uno de los precios que las mujeres tienen que pagar por tal osadía. Como contrarrembolso, fortalecen redes vecinales, comunales, de amistad y de parentesco, especialmente entre mujeres, obtienen ciertos y relativos

beneficios económicos, y aprenden un oficio que les genera orgullo y, muchas veces, placer.

4.2 El sistema de oficios y las jerarquizaciones sociales

El abordaje de los saberes y conocimientos de las mujeres en torno al trabajo requiere el reconocimiento de su configuración históricamente situada, en cuanto a sus *saber-hacer* y *saber-ser*, dimensiones centrales de los procesos de calificación. Con esta consideración, propongo en este apartado, adentrarnos en el espacio de la “obra” y analizar cómo la disputa por los saberes y la calificación se configura como uno de los principales campos de fuerzas a partir del cual se dirime la politicidad en el trabajo, a partir de las artesanías del poder, o los modos artesanales en los que se configura. Ello implica considerar, en primer lugar, algunas características generales del sector.

A nivel global, la industria de la construcción representa un sector clave para la colocación de los excedentes producto de la reproducción ampliada del capital y, por lo tanto, tiene un papel fundamental en los procesos de acumulación capitalista (Harvey 2006). Constituye una actividad original donde los modos de producción y las relaciones entre los actores difícilmente pueden ser comparados a un sector industrial “fabril”. Se la considera una “industria madre”, debido a que sus ciclos de crecimiento repercuten en muchas otras industrias asociadas a ella (metalúrgica, maderera, extractivas de todo tipo, del cuero, del transporte, textil, siderúrgica, química). Tal como señalan varios estudios sobre la construcción en América Latina (Bueno 1994; Del Águila 2014; Marega 2012; Ziri6n P6rez 2013), una característica central es la persistencia de los oficios combinada con la incorporaci6n de tecnolog6a de punta.

Como mencion6 con anterioridad, la estrategia metodol6gica que desarroll6 se fundament6 en la consideraci6n, por un lado, de la naturaleza del trabajo en la construcci6n, sumamente m6vil, donde el lugar de trabajo constituye al mismo tiempo el producto (ambos inm6viles), y, por otro, del

proceso de inserción de mujeres en ambas localidades etnográficas, que presenta limitaciones y hace que se encuentren dispersas en el espacio, con mayores niveles de rotación que los hombres por las empresas, respondió a un seguimiento de las mujeres constructoras más que a algunos espacios específicos como tal. Es decir, opté por acompañar las trayectorias de las mujeres mientras los espacios cambiaban, antes que seguir a los espacios, mientras las y los trabajadores cambiaban.

Una de las características principales de la construcción es la inmovilidad del producto, es decir, que el producto físico no es transportable. Este rasgo determina que tanto los medios de producción como los trabajadores sean móviles. Determina también que la producción sea in situ. En la construcción no hay una planta industrial localizada, aquí el equivalente de la fábrica es la obra. Por ello, “la obra” adquiere gran relevancia en la medida en que es el espacio de trabajo, de socialización, de adquisición de conocimiento y de recursos. Cada obra representa un nuevo empleo y un lugar de trabajo con características propias y a las que el trabajador tendrá que adaptarse (Aragón Martínez 2012:64)

Según la clasificación de actividades económicas en Bolivia, en la construcción –sector que corresponde a la Sección F de actividades sectoriales (Instituto Nacional de Estadística de Bolivia 2012:46)- existen tres grandes grupos de actividades de construcción: la construcción de edificios, la construcción de obras de ingeniería civil⁹⁰ y actividades especializadas en la construcción⁹¹. Lo mismo ocurre en México en el sector (categorizado como Grupo 23 en la clasificación de actividades económicas) que comprende esas tres grandes áreas laborales. Una característica del sector es que existen diferencias sustanciales en las clases de equipo, habilidades de la fuerza laboral y otros

⁹⁰ En este sector se incluyen las obras de ingeniería civil y las obras de servicios público.

⁹¹ Entre las actividades especializadas en la construcción se encuentran la demolición y derribo de edificios y otras estructuras (que incluye la preparación del terreno), instalaciones eléctricas, de fontanería y otras instalaciones para obras en construcción (que incluye la instalación de sistemas eléctricos en edificaciones y estructuras de ingeniería civil y la colocación de fontanería y aire acondicionado) y la terminación y acabados de edificios (revestimiento de yeso, instalaciones de productos de carpintería, colocación de pisos, pintura de interior y exterior, instalación de vidrios).

insumos requeridos por las unidades económicas. Debido a ello, cada gran grupo de actividad tiene subespecializaciones.

En ambos países identifiqué que las mujeres se insertaban en los tres grandes grupos en proporciones variadas. En Bolivia se ubican con mayor amplitud en todo el espectro de las actividades, aunque resaltan las obreras de pequeñas obras y remodelaciones, y aquellas que trabajan en ingeniería civil especialmente en obras de servicios públicos. En México relevé su presencia en obras de gran envergadura, como la construcción de grandes plazas comerciales, aunque por el momento no he tenido conocimiento que las contraten como obreras en el sector público.

Si bien reconocí una gran diversidad y heterogeneidad, especialmente en el tamaño de los emprendimientos, también identifiqué características comunes. En México accedí a dos megaproyectos de plazas comerciales, a construcción y remodelación de pequeñas obras, en las cuales se conformaban equipos de trabajo mixtos, en los cuales las mujeres generalmente ocupaban la categoría de ayudantes, escasamente en algunos de los oficios reconocidos como tal (albañilería, pintura, carpintería, marmolería), y prioritariamente, en la fase de limpieza, ya sea gruesa o fina.

La antropóloga mexicana Carmen Bueno, en su clásico trabajo sobre obreros de la construcción, *Flor de andamio* (1994) posiciona el debate sobre la centralidad de los oficios en el sector.

Según Stinchombe, el oficio muestra su eficiencia en la supervisión de habilidades de los trabajadores manuales y en la asignación de recursos y tareas. Esto implica que, contrario al análisis de Braverman en donde el sistema capitalista tiende a transformar todo oficio en un trabajo fragmentado, aún existen particularidades en algunas actividades de la economía, en las cuales el oficio persiste como un componente básico en el proceso de producción. Un sistema productivo basado en el oficio no podría subsistir sin el soporte de trabajadores calificados. La mano de obra calificada es un elemento de jerarquización profesional en el que, como define Nieto: “el trabajador no solo porta una masa de conocimientos, un nivel de ingresos, un periodo medido en costo y tiempo de formación, un cierto nivel de responsabilidad organizativa del trabajo, también la calificación es un status, socialmente asignado e históricamente determinado” (Nieto 1988:128)” (Bueno 1994:22)

Se podría definir, en sentido amplio, al sistema de oficios como una sucesión jerarquizada de niveles de aprendizaje, que incluye atributos sobre el conocimiento técnico y la experiencia (Bueno 1994). Esta característica permite a las y los trabajadores tener cierto margen de autonomía ante sus empleadores. “El control sobre el proceso brinda al trabajador un cierto margen de libertad con respecto a la empresa que lo contrata. Además en el plano horizontal, el status está ligado al valor que se otorga al trabajo entre los oficios” (Bueno 1994:22).⁹²

La industria de la construcción latinoamericana tiene como característica una larga red de subcontrataciones de personal calificado⁹³ según las fases del proceso productivo. Generalmente, tanto en México como en Bolivia, se trata de cuadrillas de trabajo, especializados en un oficio, que ingresan y salen del espacio laboral según el avance de la obra. Cada cuadrilla tiene un maestro mayor o contratista que coordina y es responsable del trabajo del equipo. A su vez, cada trabajador ingresa a la obra con una categoría específica (ayudante, semi-oficial, oficial, maestro, etc.) y puede, en algunas circunstancias, ascender de puesto en el mismo proceso de construcción de un edificio.

⁹² Un antecedente de investigación relevante es el de Milton Luna quien aborda la historia de los artesanos de Quito (Ecuador) entre 1890 y 1930 en el que parte de reconocer las relaciones de trabajo en las que se encuentra el taller artesanal y la jerarquía de los oficios para reconstruir las estructuras organizativas. El autor “plantea un ambiente "micro" de la formación de las clases: es el taller o la pequeña empresa una matriz de las relaciones de clase, donde los oficios artesanales se presentan de un modo jerarquizado y con fuertes barreras de acceso. En este mundo contradictorio, los operarios y aprendices generaron respuestas organizativas en respuesta a los mecanismos de autoridad de los maestros y al deterioro de las condiciones de vida” (Ibarra 2007:34).

⁹³ “Panaia (2004) plantea que la Organización Internacional del Trabajo reconoce dos tipos de razones por las cuales la subcontratación del trabajo en la industria de la construcción persiste y además progresa prácticamente en todas las regiones del mundo: por un lado, la naturaleza del proceso productivo de la construcción, que no ha cambiado y mantiene características artesanales; y por otro, el contexto en el cual se encuentra la construcción, vinculado a los altos niveles de variabilidad. De esta manera, la externalización ofrecería al empresariado y a los subcontratistas una cierta flexibilidad en lo que se refiere al reclutamiento de la mano de obra: “Esto permite obtener la mano de obra cuando la necesitan y pagar por ella sólo en ese período. La flexibilidad es tanto más importante en la construcción donde las necesidades de mano de obra son fluctuantes. Esta fluctuación se explica, en parte, por las variaciones de la producción total, pero sobre todo por el hecho de que ni los productos de la construcción ni las competencias son homogéneas. La construcción en particular requiere un conjunto de competencias variables” (Panaia, 2004:15) Consideramos, por lo tanto, que la flexibilidad en la contratación, ya sea de las diversas empresas que intervienen, como de los trabajadores que cada contratista recluta para la realización de una fase de todo el proceso, es una característica que vertebra la forma en que se organiza el trabajo en la industria de la construcción” (Marega 2012:74)

Varios antecedentes de investigación (Bruno and Del Águila 2010; Bueno 1994; Marega 2012; Ziri3n P3rez 2013) resaltan la importancia de las relaciones de parentesco, vecindad, amistad, compadrazgo y paternalismo en la estructuraci3n de las relaciones laborales en el sector. Esto brinda caracter3sticas espec3ficas a la organizaci3n y divisi3n del trabajo en la que se superponen permanentemente una cadena vertical de mando con redes informales de parentesco (tanto sangu3neo como ritual, a trav3s del compadrazgo) y de comunidades 3tnicas y nacionales. Sin embargo, estos estudios dan por sentado la hipermasculinizaci3n de la composici3n social de los trabajadores de la construcci3n, sin problematizarla. En cuanto a adquisici3n y transmisi3n del oficio, Carmen Bueno se3ala el v3nculo permanente que tienen los obreros varones en M3xico con sus comunidades de origen, caracter3stica que encuentro que se reitera en ambas localidades de estudio. "La movilidad ascendente dentro del mercado de trabajo de la construcci3n no va aparejada a la migraci3n permanente a la Zona Metropolitana del Valle M3xico. Por el contrario, las redes comunitarias en los pueblos y rancher3as permiten a algunos maestros de obra un mayor control sobre la fuerza de trabajo, dispuesta a incorporarse de manera intermitente a las obras de la ciudad" (Bueno 1994:90).

En el caso de las mujeres entrevistadas, la totalidad de ellas en el caso mexicano, viven en la Ciudad de M3xico o en alg3n municipio urbanizado del Estado de M3xico. Si bien pueden movilizarse varias horas por d3a hasta sus lugares de trabajo, sus experiencias ponen en evidencia la carga social de la maternidad, por lo que siempre regresan a sus hogares. En Bolivia, como desarroll3 en el anterior apartado, el v3nculo con las comunidades es bastante asiduo, o permanente, lo que permite a las mujeres crear redes. Y, si bien algunas de ellas manifestaron haber viajado para algunas obras en particular a otros lugares de la provincia, observo que, en el caso de las mujeres maestras, por ejemplo, estas redes con sus comunidades no son un elemento de influencia directa para fortalecer el control de la fuerza de trabajo, como se3alaba Bueno. S3 intervienen en la creaci3n de redes de contactos y de estrategias relacionales, vinculadas al trabajo comunitario, como la pr3ctica del *ayni*, que luego son fundamentales en los procesos de aprendizaje y transmisi3n del oficio entre mujeres, como veremos m3s adelante.

En los estudios sobre trabajo los procesos de calificación han sido retomados desde distintos enfoques y su definición tiene una larga trayectoria y no pocas controversias. Elenice Monteiro Leite (en Bertullo 2005) conceptualiza la calificación como una relación social que se determina en situaciones histórico-sociales concretas, no sólo como producto de la relación dialéctica capital-trabajo, sino sobre todo, como resultado de las relaciones sociales de poder, incluso en las que se establecen entre los propios trabajadores y trabajadoras. Veamos ahora, concretamente, cómo aprenden y transmiten el oficio –los oficios, en realidad- las mujeres constructoras, y los muros que tienen que sortear.

4.3 Calificación en oficios y estrategias de autogestión

4.3.1 “Ellos no te dejan, no te permiten hacer el trabajo del maestro”. Disputas y negociaciones en torno al saber

Les voy a decir cómo aprendí. Yo he estado con un tío, tío Sangallo yo he estado. Cómo es la discriminación del hombre hacia la mujer. Ese tío Sangallo ha estado casi cuatro años y medio, su apoyo de él yo he estado. ¡Más sabes cómo me ha discriminado ese tío! El tío Simón Bautista, ese gran maestro, él me ha dicho, ‘¡Putá, tú eres chica!’. -Ahora soy gorda, pero esa vez era flaquita-, cuando el tío Simón me dice: ‘Tú vas a levantar el ladrillo. Esto te voy a enseñar solamente una vez, y esto que te voy a enseñar’ Así me decía. ‘No vas a enseñar a nadie. Solo te estoy enseñando a vos y vos no vas a enseñar a nadie. Esto es para hacerlo en tu casita’. Era un hombre muy bueno ese tío. Después, ya ‘¡Vení! Vamos a hacer el tabiqueado de una casa’, porque una casa estábamos haciendo. Y ese tío es el que me ha enseñado, así y así, y yo ya estaba parada, y el otro tío ‘¿Qué cosa estás haciendo ahí? ¡Bajá, necesitamos mezcla!’. No me dejaban los tíos. No te dejan. Tío, le digo al tío Simón. Me dice, ‘Bajá nomás, una mierda son estos. Bajá nomás María. Ya, qué huevada’. A hacer mezcla, a pasarles, a limpiar los ladrillitos, eso. Los tíos de planta son así. De ayudante nomás te dicen. En la Alcaldía, vieran lo que me han hecho a mí. Porque son hombres y aparte que son de planta.

Estábamos trabajando en una zona, y los hidráulicos, los de cuenca, habían hecho parar mal la columna, los fierros, los estribos eran así, chuequitos. Y como han hecho mal ellos, han metido al tío Sangallo ahí. Y cuando ya está parado, obligatoriamente tienes que subirte más arriba y arreglar los estribos. Y como yo era chiquitita y flaquita, hacíamos parar, cuñaba y yo me subía a arreglar los estribos. Ahí he pasado yo, sin ver nada. Ha pasado igual el ingeniero. Él pasaba y me dice: 'Morena', o me decía 'Negrita', porque yo era muy morena, ahora estoy blanca, porque antes no me cuidaba, me valía mi cara antes. Era muy morenita antes, más morenita era. Entonces "¡Morena, negrita!", me decía, '¿qué haces ahí arriba?' Y me ha hecho bajar. De ahí dice: 'Esta mujer sí que vale oro'. Ha dicho ese día: 'Inmediatamente, hagan una nota para que la compañera esté bien'. ¡Pucha! ¡Yo me he alegrado compañeras, por fin alguien reconoce mi trabajo, mi esfuerzo! Éramos Empresa Sangallo. Trabajábamos yo, por mis tíos, porque los he llegado a querer a mis tíos. ¡*Imilla*, anda corré! Sabíamos estar en lugares lejanos, comida era ir a comprar. Nunca me he quejado. Mi tío Sangallo me decía, 'Hija, vamos a casa, te voy a presentar a tu tía'. Yo pensé que me quería. Pero después, en una reunión de los de planta, yo era ayudante, más tres compañeros ayudantes. Éramos 4 apoyos, yo era la única mujer ahí, y en ese momento hace la nota. Pero en esa nota está solamente el nombre de mis tres compañeros, no era mi nota. Mujeres, habían dicho, cómo pueden ganar más. '¡Es mujer!, ¿cómo?, no, no'. Eso me han hecho. Cuatro años y medio trabajándoselo pal tío ¿te puede doler o no te puede doler? Duele pues. Al rato estaba bien dolida yo, dolida, dolida estaba con el alma. Y de ahí me he armado en valor de salirme ya, de esa cuadrilla del tío Sangallo. De ahí me he salido y dos meses he estado con un grupo de señoras, de mis amigas, y después me he ido al grupo de ese gran hombre que es el tío loquito, el Gualberto. Cuando yo he ido a trabajar con ese tío, ¡Putá, María!, me dice. ¡Qué bien que estás aquí! Vamos a trabajar. Ese hombre trabaja con puras mujeres, por eso a ese hombre hay que darle un premio, porque apenas tiene un ayudante o dos hombres, pero puras mujeres tiene en su grupo. Y él es de planta. Y estábamos haciendo ese día toda la acera de la perrera era. Y en ahí el tío dice '¡María encofrá!'. Pero tío, no se encofrar. '¡¿Qué cosa?! Cinco años estás con el Sangallo, ¿cómo no vas a saber encofrar? ¡Encofrá! (Gritando fuerte, como remedando el enojo) Me

ha lanzado, él me ha lanzado al éxito, ese tío Gualberto a mí me ha enseñado. Debí estar un año más o menos con él. Pero ese Gualberto es el que me ha dicho ¡Frotachá! Pero tío, no se frotachar. ¡Frotachá! Lo que son bien malos los tíos de planta. Así yo te digo que una aprende cuando se lanza al éxito. Pero es bien increíble el machismo. En este último trabajo he ido yo como ser encargada de todo el edificio de mantenimiento. Han hecho su grupo de los tíos. '¡Cómo puede ella estar de mantenimiento!' Ese puesto es para un hombre, no para una mujer. Mi jefe David, vente nomás María me dice, porque no quiero tener problemas con los de planta, vente nomás. Pues es saber manejar la gente.

Este relato, que decidí incluir en extensión, pertenece a María del Carmen, maestra constructora de La Paz, y fue expresado durante una jornada de *ayni* – que abordaré más adelante- con la intención de que sus compañeras de la ASOMUC conozcan distintas experiencias de cómo aprendieron el oficio. Hemos considerado que la industria de la construcción edilicia en cada país presenta una gran heterogeneidad, vinculada especialmente a los sectores en los que se ubica (público, privado, cuentapropista), al tamaño del emprendimiento (megaobras como plazas comerciales, hoteles; construcción y remodelación de edificios y casas particulares, pequeños arreglos). Sin embargo, me interesó incluir la experiencia de María del Carmen ya que pone en evidencia una serie de jerarquizaciones sociales que configuran el proceso de adquisición del oficio, que suponen reconocimiento de la autoridad basado en la división técnica del trabajo, pero también en un orden sexo-genérico, racializado y etnicizado, y que en la práctica se construye desde la pericia, la intelectualidad y la emocionalidad. En el relato de María puedo identificar algunos elementos que están presentes en la mayoría de sectores y en ambos países (como la desconfianza en la capacidad de las mujeres, ciertas prácticas de violencia para impedirles el aprendizaje, la autoridad basada en la identificación masculina y en los adultos) y otros que son específicos del área en que trabajaba María.

En otro momento de la conversación, Meche, una obrera que está a cargo de una cuadrilla en el área de asfaltado en el Municipio de La Paz, socia de ASOMUC, señalaba que el mismo maestro mencionado por María, a ella sí

le había enseñado. “El compañero Sangallo ha sido también mi capataz, a mí me ha enseñado. Y me ha valorado, porque yo he hecho unos peinados en unos de los colegios. Yo he hecho peinetas, he hecho drenajes, cosa que no sabía yo que es drenaje, pero en esas épocas yo también era de planta, después me he vuelto de contrato” (Entrevista con Mercedes, maestra constructora, La Paz, 20-4-19). En este fragmento Mercedes asocia el buen trato o la disposición del maestro y capataz a enseñarle porque era de planta.

La división entre los contratados bajo la modalidad de planta permanente y entre quienes tienen contratos eventuales tuvo diversas expresiones de conflicto, vinculadas a las condiciones de trabajo, al género –generalmente las mujeres tienen contratos eventuales que repiten sucesivas veces, hasta varios años- y también a la pertenencia sindical, como veremos más adelante.

Estas limitaciones explícitas que imponen los hombres para que ellas aprendan el oficio, también las relataban las mujeres mexicanas e incluso con más fuerza que en Bolivia. A la prohibición de sus esposos de trabajar en obras, se les suma la negativa de obreros y contratistas de enseñarles el oficio en los lugares de trabajo.

Vemos cómo operan de manera situada las concepciones sobre los cuerpos generizados y racializados, pero también los modos de contratación y la edad. Una de los elementos que configura la complejidad de la calificación como relación social es el relativo a la experiencia. El oficio se aprende poco a poco, justamente con la experiencia y pone en tensión las valorizaciones jerarquizadas que asocian el *saber hacer* con ciertas características socioculturales, como el género o la pertenencia étnica. Esta tensión permanente que configura a la calificación como campo en disputa, es expresada por Sonia, maestra pintora de El Alto, con más de 9 años de experiencia.

Los hombres no nos quieren hacer caso. Yo tuve muchos choques con el contratista, por ejemplo. Una vez yo había dado órdenes para que masillen y emprolijen todo. Y él vino y les dijo, pinten, pinten, pinten, no hagan eso. Yo le pregunté que por qué hacía eso, que me dejaba la palabra muerta. Así varias veces hasta que vio y reconoció que queda mejor como yo le decía. Ahora solo viene, mira, se aguanta las

ganas de decir algo, dice hagan lo que quieran, y se va. Ahora sí me respetan, pero me llevó tiempo (Entrevista con Sonia, maestra pintora, El Alto, Bolivia, 10-5-19)

María del Carmen hacía referencia a las trabas que los maestros le imponían cuando casi no conocía nada del oficio, Sonia consideraba la deslegitimación de su saber cuando incluso ya era maestra. Cecilia, la arquitecta residente en la remodelación de un hotel en Ciudad de México, planteaba algo similar en su entorno con varones que se encontraban en posiciones subalternas a su cargo. Estas experiencias ponen en evidencia que la deslegitimación y desconfianza del saber de las mujeres atraviesa toda la estructura laboral.

Es como si tú amenazaras el territorio de ellos, a lo mejor ellos se sienten un poquito... se ponen a la defensiva diciendo 'Oye, tú que eres mujer ¿por qué vienes y me dices? si yo como hombre hay cosas que no sé'. Entonces es esa situación, pero puedes encontrar de todo, desde el que te apoya al 100% hasta el que no. Porque, por ejemplo, aquí con el arquitecto, o sea, mis respetos, sabe diferenciar y sabe darle el lugar a una mujer, pero también te tocan otras personas que, me han tocado como contratistas y decirte 'Oye, es que tú no sabes'.

M: ¿Y te lo dicen así o...?

C: No. Te ignoran, no te miran hasta que poco a poco... tienes como ganado tu lugar y ellos se van dando cuenta de que sabes, que tu trabajo es bueno y sabes de lo que estás diciendo y lo que estás pidiendo.

M: ¿Y qué estrategias tomaste vos como para ir haciéndote respetar, digamos?

C: Mira, yo creo que, el primero, hacer amigos con ellos ayuda mucho, tratándolos bien, platicándoles, sacarle las pláticas que no sean con respecto a la obra, eso te ayuda mucho, para después, ya te conocen como persona y ya después te dan oportunidad y dicen: 'Oye ¿sabes qué? Sí'. Incluso ya puedes tratar con ellos de manera directa sin ningún conflicto. A lo mejor aquí con los arquitectos, o incluso con los contratistas no hay tanto problema. Pero ahí afuera, con los carpinteros, con los albañiles, hay muchos conflictos, porque aparte de ser mujer, como eres una persona más joven, sin experiencia va a llegar a decirme que es lo que voy a hacer. Es la mentalidad de la gente de ahí afuera.

M: ¿Qué te dicen? ¿Cómo haces para resolver esos conflictos?

C: Platico con ellos y así como de una manera muy, muy amable tienes que llegar y decirles. Amable, pero al mismo tiempo tienes que tener carácter. Porque si no

también te llevan. (Entrevista con arquitecta Cecilia, Remodelación Hotel Av. Tlalpan, Ciudad de México, 8-9-18)

La perspectiva interseccional me permite, justamente, analizar cómo en el trabajo, y en este caso, en los procesos de calificación operan diversas matrices de opresión, basadas por supuesto en la clase, en el género, en la edad y en la pertenencia étnica racial, siempre de modo situado y que articulan las experiencias de las mujeres trabajadoras. En diversos antecedentes de investigación que analizan “la experiencia obrera”, aunque casi con exclusividad centrada en los obreros varones (Bruno and Del Águila 2010; Bueno 1994; Marega 2012; Vargas 2005) abordan la pertenencia étnica y de nacionalidad de los trabajadores como un elemento central en la conformación de los procesos de calificación en el sector de la construcción. Patricia Vargas (2005) señala que, en ocasiones, lo étnico es utilizado estratégicamente para acceder a jerarquías laborales, en cambio Bruno y Del Águila (2010) plantean que en realidad, opera una extracción de plusvalía étnica en el caso de los trabajadores paraguayos-guaraníes que migran a trabajar en la construcción en Buenos Aires (Marega and Phillip 2013). Analizar el trabajo desde el *continuum* producción reproducción en términos históricos, me permite analizar situada y diferencialmente la experiencia de las mujeres, configuradas sobre una matriz colonial-capitalista patriarcal de poder. La experiencia y la destreza a veces no alcanza, cuando se es mujer, indígena, adulta mayor, y no se cuenta con nada más que fuerza de trabajo para vender.

Quando yo trabajaba el año pasado, una señora estaba ahí ¡Tiempo trabajaba! Mayor ya la señora. Y le pregunto cuánto hace que usted está trabajando acá. ‘Diez años’ me dice, con esta empresa y sigue ganando como ayudante. La señora bien humilde, era una señora de pollera, no hablaba castellano bien, apenas hablaba unas palabras, y sólo ganaba 110, y un ayudante estaba ganando 120. Yo veía la planilla y decía 120, y sólo había un ayudante que recién había entrado aparte de eso. Todos en la lista figuraban como maestros, todos ellos estaban ganando 180 y hacían lo mismo que ella. Y no era justo para nada ¡para nada! Yo le decía a mi jefe cómo me pueden pasar tanto ayudante si yo lo que necesito es para obra bruta, ahora lo que necesito es sólo un maestro que sepa manejar fierro y uno que sepa encofrar, después los demás tienen que ser ayudantes. Y trabajaba con 10 personas. Y todos

eran maestros excepto esas dos personas, y ese chico, a las dos semanas ya era contra maestro y ganaba 150. Ella no, estaban dos años, 3 años, y todos eran maestros, y ella 10 años y era muy capa⁹⁴, sabía todo hacer. Ella nunca ha reclamado, nunca decía nada, no le importaba porque seguía recibiendo salario” (Entrevista con Reyna, maestra constructora, 24 años, 11-2-19)

Aquí vemos cómo la dimensión étnica y de género se entretajan y forman clase. El entramado de estructura laboral con concepciones sobre las capacidades en torno al género y lo racial aparece como una fuerza que tira hacia abajo y hacia afuera de la estructura, en este caso a esta mujer de pollera. Es imposible analizar cada proceso de modo aislado. En los siguientes capítulos me detendré específicamente cómo se materializan los cuerpos en la construcción y como opera la dimensión identitaria, y especialmente en el caso de las mujeres aymaras, cholitas, mujeres de pollera, las expresiones identitarias se construyen polisémica, contextual y relacionamente.

El recurso al sentido de la necesaria fuerza o capacidad física es retomado fundamentalmente por hombres, ya sean obreros, oficiales, maestros, arquitectos, y también por mujeres, para negar o problematizar, no solo el ingreso de las mujeres en la construcción, sino también las dificultades para aprender el oficio o ascender de categoría. El arquitecto de la remodelación en el hotel de la Av. Tlalpan, en Ciudad de México, planteaba

Por la misma necesidad empiezan trabajando, en su mayoría, como ayudantes generales de limpieza, es como empiezan realmente. Y es que sí, en ese sentido, es muy cierto, la mujer es un poco más delicada, en el sentido de limpieza, del detalle. En obra negra también hay mujeres que se dedican a soldar, a la carpintería, al aluminio, y, pero en todos los niveles, nosotros aquí tenemos a una contratista mujer, y todo el aluminio y vidrio lo tenemos contratado por una mujer.

M: ¿Pero sí es común que haya tanto chalanas como maestras, oficiales?

A: Sí, sí, sí son, van en escalafón...

M: Pero, ¿igual que los hombres? ¿o es más difícil?

A: Es mucho más difícil, mucho más difícil por muchas razones. En primera, yo creo que le tiene uno menos confianza a la mujer en ese sentido.

⁹⁴ Expresión muy utilizada en Bolivia para designar que alguien sabe mucho.

M: ¿Por qué?

A: No sé, por ejemplo, en un trabajo de soldadura, a lo mejor porque duda uno de que ya haya completado la calidad o la capacidad del trabajo que están haciendo. Entonces, el hombre *solda* pero tiene 10 años trabajando con soldadura o 15 años (Entrevista con arquitecto Hotel Av. Tlalpan, 8-9-18)

Si bien no contesta a mi pregunta, deja claro que la duda y la desconfianza es lo que prima. Incluso, Cecilia, arquitecta residente en esa misma obra, mencionaba la falta de confianza por parte de los familiares hombres albañiles hacia su conocimiento y su trabajo. “Me ha tocado presenciar la obra de mi familia y pues, obvio doy mi punto de vista y digo: ‘Oye, es que algo anda mal ahí’ o cosas así. Pero por ser mujer te dicen, ‘¿A poco sí sabes?’, o ‘¿Tú por qué me estás diciendo eso?’ o cosas así, menospreciando la capacidad de una mujer” (Entrevista con arquitecta Cecilia, 8-9-18).

Estos sentidos ponen en evidencia que la calificación en el sector de la construcción opera en distintas dimensiones o modalidades. Al decir de este arquitecto, pareciera que a los hombres se los califica y se evalúa sus destrezas, conocimientos en términos individuales. Las mujeres, en cambio, son evaluadas en términos genéricos, colectivos (“uno duda que hayan completado la calidad o la capacidad”). En mi tesis de licenciatura también observé algo similar con respecto a la pertenencia étnico-nacional de los trabajadores de la construcción. Esta pertenencia dotaba de ciertos atributos al trabajador, según su procedencia, que operaban como un plus en los procesos de categorización. En las obras, era un sentido compartido por muchos, que los migrantes bolivianos eran buenos para la albañilería, los paraguayos para la carpintería, y los rosarinos eran vagos. En el caso de las mujeres, los puntos no se sumaban, sino se restaban, por ser mujeres. Varias de las obreras entrevistadas en Bolivia sostuvieron que, en ocasiones, debían trabajar hasta una semana, sin remuneración, para demostrar sus conocimientos y destrezas en los oficios.

El reconocimiento del saber y la experticia está siempre puesto en cuestión y adquiere nuevas connotaciones según el contexto. En una jornada

de trabajo en el Mercado Km. 7⁹⁵, en la zona alta de La Paz, Marta, una maestra pintora y albañila aymara, de muchos años de experiencia, coordina el vaciado de una losa. Marta también es la Maestra Mayor de ese mercado. Aquí es importante mencionar el modo en que se organiza el trabajo en los mercados ya que tiene varias implicancias para mi objeto de estudio, especialmente el *sistema de maestrerío*. Según Rossana Barragán (2006), en algunos de los actuales mercados se sigue la estructura conformada por Maestras organizadas jerárquicamente por pares (Maestra Mayor, Maestra Menor, Alcalde Mayor, Alcalde Menor, Porta Estandarte), en otros sólo una Maestra Mayor, acompañada de varias Maestras y también varios utilizan una organización mixta como Asociación y Secretarías, como en el actual sistema sindical, “aunque en los hechos se articula o enmascara el sistema de maestrerío” (Barragán 2006:111).

Cuando llegué al Mercado, estaba Marta con tres mujeres más (dos de pollera, de aproximadamente 50 años, y una “de vestido” un poco más joven). Además, había un maestro albañil que era esposo de una socia del mercado. Durante la jornada de trabajo le pregunto quién era el maestro o maestra. Marta me señala que era el hombre. Y yo le digo, ¿pero tú no eres maestra? Sí, me dice. “Pero aquí soy ayudante. El señor es maestro. No puede haber dos maestros aquí”, haciéndome entender que se debía a que, de otro modo, se superpondrían las órdenes. Las cuatro mujeres preparaban la mezcla de cemento y arena. Por lo general, era Marta quien tomaba las decisiones en cuento al trabajo y al material. El mercado es un espacio construido y sostenido por mujeres, en su mayoría, de pollera. Sin embargo, el reconocimiento y la autoridad, en ese momento, recaía sobre el único hombre que allí se encontraba.

Por su parte Reyna, que en 2019 tenía 24 años, relataba que haberse encontrado con una buena persona como arquitecto, que confió en ella, le había permitido ascender relativamente pronto de categoría:

⁹⁵ Rossana Barragán señala que “Los mercados han sido tradicionalmente espacios femeninos en la vida de las ciudades andinas y muchas veces han ido creciendo junto con ellas. En la ciudad de La Paz existen, por ejemplo, más de 87 mercados que se distribuyen en toda la ciudad” (Barragán 2006:110).

El arquitecto ha dicho 'Contramaestro, ¿quién quiere ser?' Yo, le he dicho. Y yo no estaba ni un año todavía en la empresa, en cambio mi compañera ya había estado tres años ahí. Y ella ha dicho que no quería. Después he empezado como contramaestro y luego ha dicho 'Como maestro ¿quién quiere aprender?' Y yo dije yo. Cuando era ayudante sólo mezclaba nada más. En la obra bruta le ayudaba a amarrar o a clavar para hacer los encofrados. Cuando ya era maestra, yo tabiqueaba, Y tenía mi ayudante. Esa era la diferencia.

M: ¿A quién tenías de ayudante?

R: a una señora de pollera que ha entrado nueva, y le trataban bien mal. Esa chica (su compañera de trabajo) le trataba bien mal, era muy mala, le gritaba. Es que para algunas personas todas tienen que pagar el derecho de piso, pero a mí me recordaba a mi mamá. ¿Cómo puedo ser así? '¿Por qué cargan tan poquita arena?' le saben gritar. '¡Vos tienes que cargar más! ¡Yo cargo el mismo tanto y eres vieja, tienen que cargar más!' Así le decían. Yo le sé ayudar, le digo yo voy a cargar este tanto. Yo me he explotado tal vez un poco mucho, pero era por una buena causa, era para ayudarle a esa señora. Ella era mi ayudante, yo le ayudaba a hacer la mezcla" (Entrevista con Reyna, maestra pintora, La Paz, Bolivia, 11-2-19)

La jerarquización del oficio se estructura en torno a las connotaciones acerca del trabajo. Identificamos que estas clasificaciones se organizan siguiendo patrones diferenciales según el sistema sexo-género, pero también opera una política racial específica, que tiende a incorporar a mujeres indígenas en Bolivia, y mestizas en México. Como nos referimos a la organización del trabajo en el contexto del mercado de trabajo de la construcción e inmobiliario, gestionado bajo los intereses de acumulación capitalista, existe también un claro proyecto político de clase en la estructuración de la jerarquía laboral. Esta conjunción de elementos, crea mecanismos de exclusión que obstaculizan el aprendizaje de los oficios. En los próximos tres apartados abordo algunas de las formas en que las mujeres sortean estas limitaciones, específicamente a partir del "aprender mirando", la práctica del *ayni* y los cursos de capacitación institucional.

4.3.2 El aprender-mirando: "Todo lo que he aprendido ha sido mirando, porque hasta la plancha te quitan, no te dejan hacer nada".

Ante todas las limitaciones, impuestas en los lugares de trabajo, y por fuera de ellos, las mujeres se las ingenian para acceder a ese espacio negado. El proceso de transmisión del oficio sigue diversos canales y se estructura también como una tecnología de poder.

Durante las clases de aymara con el profesor Juan de Dios Yapita, charlamos acerca de la importancia de la observación en el aymara. El término *yatiña* significa saber. Derivado de estas, existen los términos *yatiqaña*, bajar o recibir reconocimiento (*qa*=bajar, apropiarse) y *yatichaña*, dar conocimiento, observar (*cha*=dar, construir). Del mismo modo, *uñana* significa observar y *uñaqaña*, es mirar la acción, como recomendación. En ciertas ocasiones las mujeres trabajadoras reconocían que una forma legítima de aprender era mirando, sin embargo, la mayoría de las veces, afirmaban que había limitaciones para no poder mirar o específicamente, no poder hacer. Señalaban que los hombres eran “recelosos” y tenían reticencias a transmitirles el oficio. Otras en cambio, afirmaban que un “tío bueno” les había enseñado y ellas aprendieron “mirando”.

Al igual que varias mujeres en Bolivia, Tina, en México, afirmaba que la forma en que aprendió de construcción, y de plomería, fue mirando. En cambio, remarcó que, cuando ella enseña, lo hace mostrando en la práctica cómo se hace. Pone énfasis en el *hacer*.

Yo a un alemán lo vi trabajar. Jamás en mi vida había hecho un baño, hice la plomería y ni me lo creía yo. Pues el día que hice la plomería, me creó que fue la primera y jamás he tenido quejas y ya tiene cuatro años. Jamás he tenido quejas.

M: ¿y cómo aprendió, viéndolo?

T: nada más viendo al alemán. ¡Quedó mi plomería chingona! Dije a ¡toda madre! ¡Quedó bien bonito!

M: y cuénteme eso, ¿cómo aprende? ¿quién le enseñó?

T: no, mirando nomás. Y dije, algún día yo voy a hacer una cosa de esas y el día que lo hice, andaba bien contenta yo, ¡no manches! ¡Hice una plomería! Todavía no me la creía yo. Y le dijo el señor este (el alemán) a él (el papá del último hijo de Tina), no puede ser *wey*, que ella pueda aplanar, que pueda echar una planada y tú no, ¡cabrón!

M: ¿Y qué dijo?

T: me da pena, pero es la verdad.

M: ¿Y por lo general, las otras mujeres cómo aprenden, el oficio... cómo se hace?

T: porque las que no saben yo las enseño. Sabes qué, se hace así y así. Y las que... siento que van a aprender, ¡hay muchas que han salido así buenas eh! ¡Las que enseñé han salido muy buenas eh!” (Entrevista con Tina, Ciudad de México, 8-8-18)

En este fragmento de entrevista también podemos observar la burla entre hombres por no tener el *know-how* y la mujer sí (no puede ser que ella sepa y tú no). El compañero de Tina confirma que le da pena. Es algo para sentirse avergonzado.

La literatura sobre los oficios identifica como parte de la complejidad de la calificación, la existencia de un sinnúmero de saberes que a menudo son irreflexivos, son saberes implícitos, no codificados. “Se trata de aquellas capacidades que ni siquiera pueden ser verbalizadas, pero que garantizan una intervención técnica eficaz. Su aprendizaje abrevia en múltiples experiencias históricas, y en múltiples contextos socio-técnicos” (Figari 2020:267). Ello no es novedoso en sí, pues podríamos decir que constituye la historia habitual desde la instalación del modo de producción capitalista. El capital, como relación social, busca permanentemente apropiarse de los saberes de las y los trabajadores, e incluso esta dimensión ha sido una de las más resistidas, formal e informalmente, por las organizaciones de la clase trabajadora. De este modo, en el trabajo de campo realizado pude observar cómo “los saberes de la cotidianeidad se encuentran inextricablemente vinculados con los procesos y relaciones sociales que allí se despliegan” (Figari 2020:269). Además de ser parte fundamental de la lucha de clases en el piso de la obra, y de dimensiones vinculadas con la edad y la pertenencia étnico-racial, las jerarquizaciones de género constituyen una de las principales dimensiones en las que se disputa el conflicto. El “aprender mirando” es un modo legitimado del reconocimiento de que existen saberes que se dan en la práctica y que son imposibles de explicar sin ella. Sin embargo, entre el conocimiento invisible y el invisibilizado, los límites pueden ser difusos, intencionalmente o no. Es decir, como vemos en diversas experiencias relatadas por las mujeres en México y en Bolivia, los maestros u oficiales utilizan ese reconocimiento como un recurso de poder.

Recuerdo cuando estuve en la fase de construcción de un cholet, trabajo a cargo del famoso arquitecto Fredy Mamani, en la ciudad de El Alto, me llamó la atención ver líneas y algunas palabras en las paredes que se asemejaban a un plano.

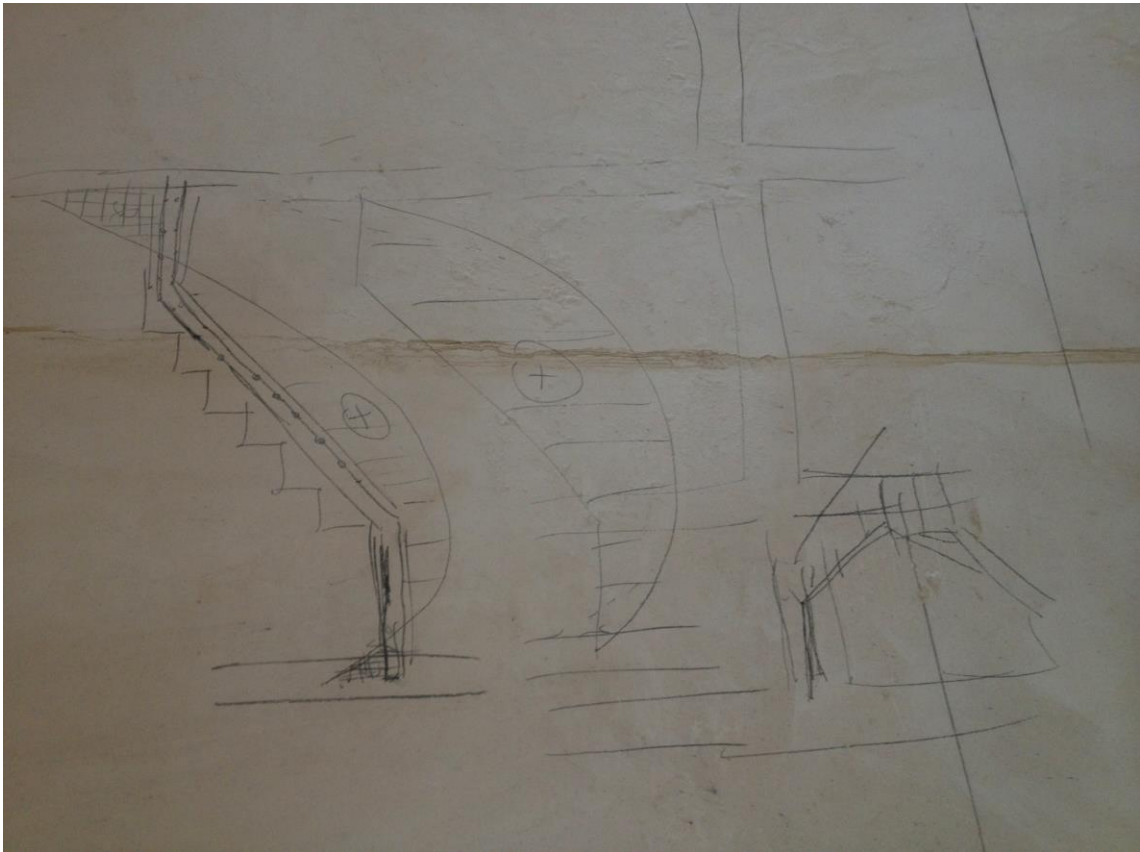


Ilustración 16 Anotaciones en la pared. Construcción de un cholet. El Alto. 22-01-19

Marco Paladines, mi compañero sociólogo quien me llevó a conocer esa obra y que estudiaba las expresiones de la nueva arquitectura andina, me comentó que así se trabajaba –o al menos, así lo hacía Fredy-. No se regían tanto por un plano previo, sino que el arquitecto dibujaba en la pared, más o menos espontánea y creativamente. El maestro le entendía y se ponía a trabajar. En esa misma obra un trabajador me dijo que allí no trabajaban mujeres porque “hacen muchas bromas, traen problemas”.

María del Carmen, maestra constructora y quien desde 2005 trabaja bajo modalidad de contrato eventual en el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz narra la disputa permanente con los maestros varones para que les enseñen el oficio y los impedimentos explícitos que efectúan. Durante un tiempo estuvo realizando trabajos de limpieza y barrido de calles. Meses después la cambiaron de cuadrilla para “hacer de apoyo” a otros trabajadores de planta en el trabajo de la construcción, a quienes ella llama “tíos”.

Cuando me cambiaron de cuadrilla para hacer apoyo de unos de planta, de los tíos, ahí es cuando comencé a hacer construcción, pero en ningún lado te hacen hacer construcción a tí, porque son bien discriminadores.

M: ¿Cómo es eso?

MC: O sea que tú eres su apoyo, haces la mezcla, le andas pasando de todo, eres el ayudante. Pero ellos no te dejan, porque son 5 o 6 varones maestros y tú eres la ayudante y no te permitían hacer el trabajo del maestro. (...)

M: ¿Y cuánto tiempo estuviste ahí?

MC: Casi 5 años, pero aprendí de ellos, pero no porque ellos *me enseñaran, sino porque le puse mucha atención, le he puesto todo de mi parte. O de mirar, todo lo que he aprendido ha sido mirando, porque hasta la plancha te quitan, no te dejan hacer nada, no te dejan lugar. Yo ahora me río, ahora son igual. ‘¡Qué se meten en trabajos de hombres!’*, decían. Yo me río porque si no me dan la oportunidad de demostrar, bueno, pues allá ellos. Pero donde yo hago, donde yo voy, yo sé lo que soy y lo que hago y se mi potencial y sé hasta dónde puedo llegar. Y yo sé que lo están hablando por envidia, yo sé que es más fuerte que ellos el machismo, es incluso mucho más fuerte que ellos. Ellos son mucho más envidiosos con una mujer que con un compañero varón. Y allí está la diferencia entre ellos y nosotros. Porque entre ellos se camuflan, se hacen de todo, se ayudan, se colaboran, son cómplices. Pero las mujeres muchas veces no servimos para eso. El hombre no le envidia al hombre. Pero cuando ven a la mujer de ayudante, son felices, son chochos. Tengo

compañeras que trabajan con ellos. 'No creas que es muy buena', hablan lo mejor, pero si tú eres lo que eres, 'Aaah, noooo'. Que 'es una malcriada, que una este, que es una alzada, qué se cree, que esto, que el otro'. (Entrevista con María del Carmen, 14-8-19)

Desde las mujeres, el orgullo por el oficio vinculado al reconocimiento propio y familiar, la satisfacción de hacer bien un trabajo y de poder transmitirle el conocimiento a otras compañeras es un elemento recurrente en los sentidos que construyen en torno a su trabajo. Sin embargo, como veremos más adelante, también es un elemento generador de conflicto entre las mismas compañeras.

No me gusta que me griten en el trabajo porque yo sé lo que hago, porque yo sé a lo que voy. Si me contratan es porque un piso está muy manchado y tengo que dejarlo nuevo; entonces a mí no me gusta que llegue otro de los arquitectos y me diga "sabes qué, haz esto", porque me quedo "wey, si lo se hacer mejor". Es lo que no me gusta, de ahí en fuera mi trabajo, sí ¡me encanta!

M: ¿Qué te gusta del trabajo?

T: pues me gusta que luzca mi trabajo, si veo algo manchado yo sé cómo quitarlo. Me gusta cuando dicen ¡qué padre quedó la casa! ¡qué bonita quedó

M: como el reconocimiento de su trabajo

T: sí, eso es lo que me gusta siempre, que me digan todo eso, que soy la mejor trabajadora, que no sé qué (Entrevista con Tina, Ciudad de México, 8-8-18)

Autonomía, trabajo bien hecho y placer aparecen como sentidos entramados que las mujeres resaltan positivamente y que vincula el trabajo a la construcción también como una elección, además de hacerlo "por necesidad". Victoria, en la remodelación del hotel en Tlalpan, planteaba la posibilidad de jugar con los colores, y Madeleine, en Bolivia, señalaba el disfrute de dibujar y sentir las texturas.

A mí me agrada el trabajo. Pero me agrada más la carpintería...

M: ¿Ah sí? ¿Por qué?

V: Porque es más de, así de barniz, más pintura, la pintura.

M: ¿Y por qué te gusta más la pintura?

V: Me agradan los colores, jugar con los colores...

M: Podes crear más...

V: Exactamente, ya se que ahí teniendo café, negro, blanco, amarillo y rojo, ya se hace la combinación de cualquier color (Entrevista con Victoria, Hotel Tlalpan, Ciudad de México, 8-9-18)

Me gustó el hacer texturas y cuando en las prácticas hacíamos las paredes para los kínderes, los dibujitos, me gustó esa parte de dibujar, agrandar los muñequitos y pintar” (Entrevista con Madeleine, La Paz, 11-2-19)

Hay una satisfacción que proviene de la posibilidad de la creación o creatividad, que aporta un refugio emocional ante condiciones de trabajo precarias e incluso peligrosas. El goce y el disfrute aparecían con frecuencia vinculado también al contacto con los materiales. Beti, quien desde hace más de 30 años trabaja como pintora e impermeabilizadora, mientras estaba sellando un techo y colocaba con sus manos material asfáltico sobre una malla, comenzó a reírse con picardía. Se detuvo con aire de vergüenza. Insistí que me diga de qué se había acordado. Me dijo que ella siempre les dice a sus compañeras de trabajo que había que hacerlo “como si estuvieras haciéndoselo a tu vieja”, mientras con su mano hacía círculos acariciando el material. La referencia al momento de goce erótico era explícita.

Además de los materiales, también hay expresiones afectivas hacia el uniforme, el overol, que expresa un modo de vivir el trabajo que resalta el orgullo por lo que hacen. Eli, en El Alto, mencionaba su forma de cuidar y valorar el overol, vestimenta de trabajo que odiaba cuando pertenecía a su esposo.

Yo decía que hubiera sido lindo que cuando mi esposo vivía, me hubiera enseñado, me hubiera llegado, o yo hubiera tenido interés, pero no lo tenía. (...) Yo pensaba que era muy pesado, que no me gustaba, nunca me hubiera imaginado, eso le decía yo a mi hija. Ahora cuando voy a trabajar me pongo overol, el de mi esposo, el que me dejó, me pongo ese. Y un día le dije a mi hija, yo la verdad nunca me hubiese imaginado ponerme el overol, estar lavando yo mi overol. A mí me daba flojera lavar

el overol de mi esposo. Ahora me pongo yo, lo ensucio y estoy lavando lo que yo he ensuciado, lo que no me gustaba lavar (nos reímos). No pues, la vida da mucha vuelta, la verdad nunca me he imaginado.

M: ¿Y ahora lo lavas con más gusto?

E: claro, se tiene que ver limpio. Él era bien estricto, tenías que lavar bien (Entrevista con Eli, 28-2-19)

El orgullo por el trabajo en la construcción tiene dimensiones de clase, pero la experticia en el oficio, y el reconocimiento que sus familiares expresan ante la osadía de desarrollarse en un sector que se reconoce con mucho esfuerzo físico, es otro elemento que mis interlocutoras señalaban. Lidia, maestra constructora, contrapone la vergüenza que sentía de presentarse con la ropa sucia ante un grupo de madres de las compañeras de colegio de su hija, que según ella pertenecían a otro sector social y el orgullo que sintió después que su hija la reconoció ante ellas. Cinco de estas mujeres se han transformado en sus clientas.

Le dije 'Yo tenía vergüenza de venir a tu colegio'. '¿Por qué? ¿Qué vergüenza? Hice aquí en un hostel, en la (calle) Santa Cruz y les ha dicho a sus compañeras 'Mi mamá está trabajando, está pintando en este hostel. Vamos a verla'. Y cuando las escucho, asoman la cabeza por la ventana y me saludan 'Hola, Li'. Yo estaba toda blanca, porque estaba lijando. Y las niñas me dicen '¡Parece un mimo!'. *Y me da vergüenza, pero ella está orgullosa de mí.* Y hasta me ha obtenido trabajo. 'Sí, mi mamá hace trabajo' y las mamás dijeron 'Ay, ¿cierto haces eso?'. Sí. Y ya pinté cinco casas con las mamás del colegio.

M: Lidi, ¿por qué sentías vergüenza?

L: Es que ella está en el colegio privado y todas las mamás son, obviamente, tienen su... bueno, son profesionales ¿no? abogadas, no sé, son administradoras de empresas, así. Y siempre vienen bien vestidas y sus esposos también, trabajan en el banco, o sea, tienen un trabajo... Pero que yo me aparezca con mi overol, así, todo sucio, y medio que me puse pues mal por esa razón. Pero después, ahora no, ellos también han entendido me dicen '¡Ay! ¡Qué bien!' Han visto, incluso han venido a comer en una casa solo para verme así trabajando. Hemos comido ahí, 'Ay, qué bien que estás haciendo eso'. Solamente por todo eso había armado todo un almuerzo la otra mamá. Entonces es por esa razón, pero yo muy orgullosa. (Entrevista con Lidia, La Paz, Bolivia)

El orgullo por el trabajo bien hecho también se vincula con lo que entienden como una forma de autorrecomendarse, como planteaba Tina, y ganar clientes en un espacio disputado, en el caso de las contratistas o cuentapropistas.

Si usted quiere buscar trabajo en una obra, va y le dice, oiga maestro ¿no tiene trabajo? Y ya pues, si tienen le dan y sino, pues no. Y si uno conoce ahí gente, pues uno también entra por la gente conocida. A mí me da lo mismo entrar así por ir a tocar que entrar por conocidos porque, que empiecen a ver mi trabajo, ya solita me recomendando. Ya solito mi trabajo me recomienda, ya no necesito que me digan alguien. Solito mi trabajo ya se recomienda (Entrevista con Tina, Ciudad de México 8-8-18)

Yo ayudaba a hacer mezcla y he ayudado cuando así van a hacer un colado grande. (...) Yo con la pala llenaba los botes y los ayudaba. Y me dijo un señor, un dueño de ahí de Colinas 'jamás en mi vida había visto una mujer hacer esto', pero yo sí. También fui con el papá de mi último hijo, que le pidieron un aplanado, un plafón. 'Aviéntatelo', le digo. 'Es que yo no sé'. 'Yo me lo chingo', le digo. Y fui, hice tres escaloncitos" (Entrevista con Tina, Ciudad de México, 8-8-18)

Lucy, una contra maestra de La Paz, por un lado, señalaba la discriminación salarial que sufren las mujeres en general, pero por otro, mencionaba que ello se debía a la experiencia, que implicaba trabajar bien y rápido. En su decir, bastaba con que vieran su *obra de mano* para conocer su aptitud.

Primerito he empezado como ayudante. Cuando han sabido ya lo que yo hacía, te dicen ¿puedes hacer esto? Bueno. ¿Puedes hacer esto? Bueno. Entonces han visto mi *obra de mano* digamos, que yo ya trabajo, tabiqueo.

M: ¿qué es obra de mano?

L: a lo que trabajas, a lo que tú haces, entonces entregas esta silla, por ejemplo, y ven que tú sabes, han visto mi trabajo entonces ya me contratan. Y como tú sabes, yo te voy a aumentar un poco más, pero hay otras mujeres que no, que es solo un sueldo digamos. Si los hombres ganan 200, las mujeres van a ganar 100 o 120, por más que haga lo mismo que el hombre. Hay mucha discriminación. A mi gracias a dios, no me ha pasado eso. Yo estuve varios años trabajando como ayudante, después he aprendido, y he ascendido como contra maestre. Ya me buscan porque

yo ya se hacer. Entonces hacemos más rápido el trabajo”. (Entrevista con Lucy, contra maestra, La Paz, 25-2-19)

Observamos que la experiencia en el oficio otorga legitimidad en el trabajo y este es un sentido compartido tanto por hombres como por mujeres. La valorización de la experiencia como configuradora de la calificación se ha construido históricamente. Sobre ella se sustentan jerarquías laborales, ingresos, status, etc. En ocasiones, y dependiendo no sólo de la posición en la jerarquía laboral –maestros, oficiales, contratistas, ayudantes-, las mujeres manifiestan múltiples formas de control sobre el saber y la destreza. Sin embargo, también mencionan que en instancias del proceso productivo en que se precisa intensificar el trabajo, ahí “aprenden porque aprenden”. Las relaciones jerárquicas entre los géneros se entrecruzan con las necesidades del capital. En tal sentido, a través del trabajo de campo puedo identificar que existen reticencias y desconfianza de ingenieros y arquitectos para contratar a mujeres, sin embargo, generalmente estas limitaciones son más laxas ya que identifican que la fuerza de trabajo femenina en el sector tiene un menor costo y especialmente en los acabados, son más calificadas (las mujeres son más detallistas, más limpias). En cambio, las mujeres entrevistadas sostienen que las mayores limitaciones en la transmisión del oficio provienen de sus propios compañeros, ayudantes, oficiales y maestros.

Victoria, quien trabajaba en la remodelación de un hotel en Ciudad de México, reconocía que generalmente, la contratan para hacer limpieza en las obras. Sin embargo, tuvo la posibilidad de adquirir conocimiento sobre la carpintería y el barnizado. El carpintero que la contrató le enseñó a *muñequear*, una técnica tradicional de barnizado que consiste en armar una “muñeca” de algodón revestido con tela. Victoria relataba

El carpintero se dedica a los muebles y el que era mi patrón, era el que detallaba, entonces fue él el que me enseñó. A él le daban, por ejemplo, 500 marcos y los 500 que querían acabar, entonces me decía ‘mira si haces esto, haces una muñeca’. La muñeca es un pedazo de algodón que ellos le llaman, y con una madera más áspera se empieza a, ora sí que a jugar y se empieza como a tejer, ellos le dicen a tejer. Y empiezas a formar una bolita bien cerradita, para que al momento en que se meta la pintura o el sellado no se *desborone* todo. Entonces le vas pasando brillo, eso es

muñequear. Vas pasándole brillo a todo y a aprender, ora sí que ha no quedarte, porque te quedas pasmado y... hay que lijar, hay que volver a echar *tiner* y otra vez volver a hacer todo. Con una sola muestra, aprendes. Aprendes porque aprendes. Ya con el tiempo vas a, pues que te vas enseñando (Entrevista con Victoria, ayudante marmolera y carpintera, Remodelación Hotel en Av. Tlalpan, 8-9-18)

El aprendizaje del oficio, para Victoria, se vincula con los tiempos impuestos por la naturaleza del proceso de trabajo, por un lado, y con la necesidad de obtener ingresos, por otro. “Aprendes porque aprendes”, es la expresión que Victoria utiliza. La opción de la modalidad “a destajo”, que al tiempo que intensificaba el trabajo le permitía aumentar el ingreso diario, se tornaba el principal mecanismo de aprendizaje en el oficio.

4.3.3 El aprender-haciendo/compartiendo: *Ayni* y trabajo comunitario

Un sábado frío a fines de abril de 2019, cerca del mediodía llegué a la casa donde Teté, socia de ASOMUC, vivía con su madre. La casa se ubicaba a unas cuadras del histórico mercado Strongest, en la zona de Tembladerani en el Distrito de Cotahuma, en La Paz (Bolivia). La puerta de entrada estaba sobre unas escaleras. Desde hacía un tiempo debían arreglar el paredón que lindaba con las gradas. Decidieron realizar varias jornadas de *ayni*, que tuvieron por objetivo arreglar el paredón y enseñar/aprender el oficio de la construcción.

Ante las limitaciones de capacitarse en el oficio, las mujeres constructoras nucleadas en ASOMUC han propuesto recurrir a una práctica habitual en la región andina, y en el mundo comunitario indígena en Latinoamérica que refiere al trabajo recíproco, en aymara denominado *ayni*.

Cada vez que las compañeras de ASOMUC hacían *ayni*, escogían la casa de una de ellas que tenía que ser remodelada o construida. En este caso la dueña de la casa, Teté, ponía el almuerzo y los materiales. Cinda, María del Carmen y Meche, las 3 maestras, pusieron sus saberes y trabajo, y las aprendizas sus ganas de aprender y su trabajo, también.

Ellas se habían reunido desde temprano. Al mediodía, Teté nos dio carne con arroz y queso, con ensalada y *llajwa*, una salsa picante típica, y

comimos sentadas en las gradas. Las mujeres no hablaban mucho entre sí, se veían cansadas. Después del almuerzo, las primeras que se pusieron a trabajar fueron las maestras, tomaron sus herramientas y volvieron a sus puestos. Al ratito, las aprendizas se levantaron e hicieron lo mismo. De vez en cuando alguna de las maestras daba una indicación, o las aprendizas preguntaban. La actividad consistía en colocar cemento y afinar, en una vieja pared de estuco. El estuco es un material blanco, de cal muerta. Era la segunda jornada de trabajo que tenían y aun restaba restituir el lado izquierdo del muro, que estaba marcado por unos bloques de cemento, que las mujeres llamaban botones. Servían para referenciar el ancho del muro y marcaban hasta donde tenían que revocar con cemento. Habían improvisado un andamio con una escalera puesta sobre las gradas y lo nivelaban colocando bolsas de cemento o tierra. El trabajo parecía desarrollarse en un ambiente de confianza y respeto. Cada una estaba concentrada en su actividad. Los hombres presentes (el esposo de Lidia y un amigo de Teté) eran los encargados de preparar la mezcla, gruesa o fina, según el caso.

Les pregunté si podía tomarles fotos. Me dijeron que sí. Tomé algunas y luego guardé la cámara. Encontré unos guantes de goma y comencé a hacer lo que ellas hacían. Elizabeth, una de las aprendizas y socia de ASOMUC, me prestó su gorro y su cuellera de lana, con el que se cubría la cara, y comencé a martillar un fragmento que se había excedido de espesor. Me dijo que era necesario cubrirse toda la cara, porque el ladrillo podía golpearnos. También me contó que nunca se lava la cara, por eso tiene la piel que tiene. “Tengo 52 años”, me dice con orgullo, y agrega que su secreto para cuidar la piel es no mojarse la cara⁹⁶. Al ver a las compañeras y realizar yo misma el trabajo de

⁹⁶ Así como Elizabeth, en diversas ocasiones las mujeres en Bolivia y también en México, expresaban formas de cuidados del cuerpo: de la piel, de las manos, de no hacer “mala fuerza”, que les permite sortear, no solo las condiciones de rudeza en la que desarrollan el trabajo –lo que comparten con sus compañeros varones-, sino también antes las adversidades de un espacio de trabajo en permanente construcción, pero siempre de acuerdo a valores masculinos, entre ellos, con herramientas, vestimenta de trabajo, ritmos, adaptados para ellos. Por ejemplo, una de las demandas de ASOMUC a las empresas, es la disminución del peso de las bolsas de cemento, que otorgaría beneficios de la salud a todo el colectivo obrero. También solicitan uniformes diferenciados según género. Además, en los lugares de trabajo generan estrategias para cuidarse ante el acoso y la violencia, como trabajar de a dos o más, o estar pendientes de sus compañeras. En México, donde algunas de ellas tienen que recorrer entre dos y tres horas desde las obras a sus domicilios, se organizan y esperan para acompañarse en el transporte público. Vemos la imposibilidad de abordar el oficio en términos neutrales. Estas prácticas ponen en evidencia que el oficio se construye en torno a experiencias

esparcir con cemento sobre la parte del muro a la que habían colocado un alambrado, comprendí, por un lado, la necesidad de fuerza física y destreza que había que aplicar, al tiempo que precisaba de una atención permanente para cubrirse la cara y los ojos. Después del cemento, las maestras tomaban un frotacho y alisaban la mezcla. Las aprendizas repetían la tarea en otro espacio del muro. De vez en cuando una maestra se arrimaba al borde de la pared y miraba en perspectiva, controlando que no haya pasado el nivel de los botones. “Le falta”, decía. O “se pasó”. Si se había pasado, se usaba un cincel, herramienta que consiste en una barra de hierro acabado en un filo en forma de cuña, que se apoyaba en el cemento, y se lo martillaba por el lado opuesto, con fuerza, quitando el material sobrante. Mientras hacíamos eso, una de ellas dijo: “Es maña. Y las mujeres sabemos de mañas”. Repetidas veces emergió la noción de maña para referirse a la capacidad de las mujeres para adaptarse y superar las condiciones adversas. Ello pone de relieve la experiencia en torno al trabajo vivido como un *continuum* entre espacios productivos y reproductivos, en que una de las habilidades adquiridas es justamente, la capacidad autodidacta. Claro que el “darse maña” no es específico del trabajo de las mujeres, y que, además, constituye uno de los procedimientos característicos de los trabajos de oficios, sin embargo, sí adquiere sentidos prácticos específicos vinculados a las trayectorias históricas de las mujeres de la clase trabajadora. En este caso específico, se trata del recurso a múltiples actividades para la sostenibilidad de la vida, la responsabilidad del cuidado como sentido internalizado y el aprendizaje sobre cómo maniobrar las relaciones sociales, como veremos más adelante, en torno a los clientes y a sus compañeros. En cuanto a este último punto, las mujeres en Bolivia lo vinculaban a las estrategias que llevaban adelante con sus esposos acerca de “hacerles creer que ellos tienen el poder”. Todos ellos constituyen elementos que, a mi entender, conforman la calificación de modos específicos.

Después de una hora y media de trabajo, comenzó a llover. Quedaron trabajando bajo la lluvia un rato, hasta que Meche, la maestra de mayor edad, empezó a gritar: “entremos, entremos, está fuerte”. Al interior de la casa, charlaban sobre las próximas actividades de la Asociación, mientras la bolsa

generizadas, que al mismo tiempo configuran nuevas características al oficio en la construcción.

con hojas de coca comenzó a pasar de mano en mano y todas empezaron a *pijchar*. Por momentos, la charla giraba en torno a la necesidad de transmitir a las nuevas compañeras cómo ha sido la historia de Asomuc. Se mostraban enojadas al preguntarse porqué a las mujeres les cuesta participar de las actividades de la Asociación. “Sobre todo las más jóvenes. No les interesa aprender”, decían. Una de ellas comenzó a tejer. La lluvia no cesaba.

Durante el descanso de la jornada de ayni, llamó mi intención el gran reconocimiento y orgullo de las mujeres hacia los saberes en torno al oficio adquiridos en la universidad. Meche narraba que ella participó en los primeros cursos de capacitación que brindaba Red Hábitat junto al gobierno municipal en los que asistían a los espacios universitarios. Para ellas tiene un gran valor simbólico ya que pueden contar con orgullo que han accedido a un espacio que sienten como inalcanzable, como es justamente la universidad. Meche lo narraba de la siguiente manera, mientras esperábamos que calme la lluvia.

(En la universidad) Hemos trabajado con los mismos docentes y nos han explicado cómo se hace un ensayo, con los materiales, cómo sacar, de cemento las probetas, el trípode. Otros nos han hecho armar cómo hacer cordón de acera, cómo hacer la excavación, cómo armar zapatas, cómo armar columnas, y todavía no han dado herramientas para que armemos con alambritos, cómo cementar, cuánto tenemos que poner de cemento. Por eso hace rato yo le estaba diciendo a 50 palas una bolsa de cemento. A toditas les he explicado, vengan chicas les he dicho. Vengan, mirenmé, cómo estoy mezclando. El mezclado se echa así. ‘Ah, bueno’. Y faltaba agua, pero una compañera se ha asustado. ‘¡Se va a rebalsar!’, decía. No, no era así, pero ya, han ido mezclando. Después en las excavaciones, cuánto de medida, cuánto de profundidad debemos entrar, 20 cm o 50, dependiendo el área, el terreno, a veces hay terrenos suaves, a veces pedregosos, duros, y todo eso nos han explicado. El primer curso ha sido bien bien, han venido puro docente.

Alicia: ¿Y nunca más se ha vuelto a repetir eso?

Meche: No. Y no sabemos por qué.

María Teté: Otras llegamos igual queríamos hacer zapatas, levantar muros. No, pintura nomás nos han dado. (Charla colectiva durante descanso del ayni, La Paz, 20-4-19)

Por lo tanto, la práctica comunitaria del ayni se reintegra con otros saberes y reconocimientos provenientes de diversos ámbitos y se expresan en el trabajo concreto. La calificación se configura histórica y relacionamente. Asimismo, el recuerdo de cómo han aprendido, y el modo en que se actualizaba a través de la práctica colectiva con las compañeras que no tenían conocimiento, se mezclaba con las charlas sobre otras experiencias organizativas de mujeres. Esto pone en evidencia el modo en que las mujeres vivencian el trabajo como un *continuum* entre lo productivo y lo reproductivo, y las múltiples formas organizativas que de allí se desarrollan, a las que, en términos genéricos, en esta tesis llamo politicidad.

Meche: entonces ahí hemos planteado de las viviendas, que queremos tener viviendas. Desde ahí ha nacido el sueño de las mujeres.

Maria Teté: Sí porque queríamos hacer como la cooperativa de Cochabamba, no ve, que era una idea súper bien bonita. Un grupo de mujeres se han animado y se han comprado el terreno, y han ido haciendo sus viviendas. La cooperativa María Auxiliadora.

Lidia: Y esto, Mari y Meche, siempre tienen que hablar con las nuevas porque tiene que saber cómo ha sido.

María del Carmen: Yo ya me he cansado de pedir a la licenciada⁹⁷ que siempre hablemos de la historia de las mujeres porque una asociación, o un sindicato, lo que tú quieras, no es nada sin su historia. Porque cuando hemos estado pintando el colegio Venezuela, ahí ha nacido el tema de la organización, de que nosotras somos capaces, nosotras deberíamos organizarnos, hacernos respetar, de ahí sabíamos todas que éramos capísimas muchas, pero que ganábamos poco. Hablábamos de todo eso y decíamos deberíamos ganar un poco más. Ahí ha nacido el sueño de la organización, en el 2010. Pero lastimosamente que Meche está en otro lado trabajando, nosotras en otro lado, a veces era complicado, digamos. Y ese ha sido un sueño que siempre ha estado en nuestras cabezas. Nos reuníamos así afuera del trabajo, cuando terminamos de trabajar en la tarde, y ahí hablábamos. (Charla colectiva durante descanso del ayni, La Paz, 20-4-19)

La práctica del ayni para aprender y enseñar el oficio surgió de parte de las socias de ASOMUC, en diálogo con la propuesta de Red Hábitat. Como

⁹⁷ Se refiere a la coordinadora del proyecto que desarrollaban con la institución Red Hábitat.

mencioné al inicio del apartado, se ancla en una tradición vinculada al trabajo comunitario en el mundo indígena andino. La multiplicidad de términos para designar el trabajo en aymara, siempre con referencias concretas, que veíamos en el capítulo anterior, adquiere sentido, especialmente en momentos de conflictos. Varias semanas después de la jornada de *ayni* en la casa de Teté, fui a la casa de Eli, en El Alto, a ayudarlo a colocar el estuco de un cuarto, tarea que habían emprendido colectivamente una semana antes con algunas compañeras de ASOMUC. Mientras trabajábamos, Eli me dice que a ella no le gusta decir que hacen *ayni*. Y me especifica que más bien ella (únicamente) cedió su casa para que aprendan. Que *ayni* sería si todas van luego a otra casa como agradecimiento. Y exclama: “Y eso no se hace. Además, me da flojera, porque hay que enseñarles bien. Ahora te estoy enseñando a ti, pero imagina si son muchas. Por ejemplo, la otra vez, yo creía que... (menciona el nombre de una compañera), sabía más que yo. Pero no. Agarró y con la mano empezó a estuquear. Yo no dije, pero quedé mirando” (Charla con Eli mientras realizábamos el estuqueado de su casa, Senkata, El Alto, Bolivia, 30-5-19). Desde el planteamiento de Eli, hay una identificación del *ayni* como práctica que obliga la reciprocidad, por un lado, y por otro, que el intercambio a través del trabajo supone saberes específicos que se trocan, que actúan como equivalentes del intercambio. De lo contrario, según su perspectiva, sería menos válido, o incluso no habría *ayni*. De todos modos, hay una actualización de una forma organizativa reconocida y valorada socialmente.

La antropóloga británica Olivia Harris en su texto *Economía étnica* señalaba la especificidad de los modos en que se establecía la prestación de trabajo en los Andes rurales, diferenciando entre *ayni* y *ayuda*. El trabajo realizado como ayuda (*yanapaña* en aymara) refiere a la prestación que se realiza sin cálculo explícito de retribución. La ayuda

incluye el trabajo para los parientes cercanos, como las obligaciones más institucionales (por ejemplo, la ayuda que prestan los ahijados a sus padrinos, o la que suministra un hombre a sus suegros). El mismo término designa también el trabajo que realizan para los propietarios que han recibido parcelas en préstamo; y la mayoría de los trabajos colectivos son percibidos como “ayuda”. En la agricultura, los trabajos colectivos de construir una casa (*utachaña*) o la preparación de una fiesta

(*phist luraña*), el trabajo se presta sin un cálculo preciso de deudas y haberes para saldar reciprocidades. La única remuneración directa es la comida ofrecida a todos los que ayudan, aunque las unidades domésticas responden evidentemente a las solicitudes de ayuda suponiendo a su vez que cuando ellos necesiten ayuda, los demás responderán en forma similar (Harris 1987:31)

En cambio, existen otras retribuciones por el trabajo que son calculadas con más exactitud y especificidad. Son el caso del *ayni* –en el que se retribuye con trabajo- y la *mink`a* –en el que se retribuye con productos.

Las formas de cooperación no son simples transferencias de trabajo en general; en el caso de los intercambios de trabajo tipo *ayni*, el trabajo es reciprocado de una manera particular. Las cualidades *sui generis* del trabajo se hacen aún más evidentes en el caso de *mink`a*, donde el trabajo se convierte en producto. El hecho de que en muchos casos el trabajo y el producto se transfiera dentro de una misma rama de producción sugiere que el trabajo y su remuneración se conciben en la forma más concreta posible: mediante el producto directo de tal trabajo. (Harris 1987:41)

La idea de trabajo comunitario, que veíamos en el capítulo anterior, como una característica de la tradición comunitaria andina, se actualiza en los espacios laborales de diversos modos. En este caso es posible observar cómo el *ayni* constituye un mecanismo para adquirir y transmitir conocimiento entre las mujeres. Sin embargo, los espacios ganados por las mujeres constructoras y su reconocimiento, también genera transformaciones en la práctica comunitaria, como lo narra Marta, una maestra constructora, socia de ASOMUC, que pertenece a un *ayllu* de Guaqui y que debía ir a retribuir trabajo comunitario que debía su mamá.

En la construcción, *chachawarmi*, el hombre es el que más trabaja, la mujer siempre puede trabajar de ayudante o pasar algo. El año pasado he ido a Guaqui, como yo soy de la construcción, yo me he ofrecido, pero en reunión no dije nada. Entonces como mi mamá debía de los ornales (jornales) entonces yo he ido a vaciar el piso y he agarrado todas mis herramientas y me he llevado para vaciar el piso. Me he llevado regla, frotacho, *linza*, todo lo de la construcción, herramientas yo me he llevado, mis botas, overol todo eso. Entonces llegado el momento yo me he cambiado con mi chaleco, con mi overol, todo bien. Entonces las mujeres, tanto los hombres,

grave me han mirado y me han dicho ¡Cómo has aprendido! Yo no sé alzar ni una pala me dicen las hermanas, qué valiente es usted, cómo ha dirigido la obra. Yo a los hombres les he dicho, mirá tenemos que sacar un nivel, sacar y recién tenemos que vaciar, no podemos vaciar así nomás como sea. Entonces yo le he indicado, he dirigido la obra. Y se ha sorprendido pues. Y me han felicitado y ahora quiere que vaya a vaciar otra losa. Y me han dado comida, refresco y el agradecimiento. Quiere que yo me vaya a vivir allá. Vente aquí, vamos a mejorar me han dicho. Pero en el Mallku es muy diferente. Mallku es un dirigente, ese se trabaja chachawarmi. El Mallku, como en aquí, Junta Vecinal, en comunidades hay un *mallku*, civil mallku le dicen, hay justicia también, ve de los terrenos, cuando hay peleas, todo eso. Siempre ahí la cabeza es el hombre, la mujer, como es pareja tiene que ir detrás de él. Los hombres a veces comparten, por decir, se hacen una reunioncita, aquí estamos las mujeres, y entre mujeres estamos hablando también. No podemos hablar con hombres así con desconocidos. Mujeres estamos de este lado, los hombres están de ese lado, *pijchando*, tomando refresquito. Entre mujeres también estamos de este lado. Así es la costumbre de allá. (Entrevista con Marta Calle, 13-5-19)

Hay un reconocimiento al trabajo y conocimiento de las mujeres, en este caso, de Marta como maestra constructora, sin embargo, se inserta en los roles sexogenéricos establecidos, que si bien son complementarios, a través del principio de *chachawarmi*, como expresa Marta, son jerárquicos. La antropóloga británica-aymará, Alison Spedding (1994) sostiene que, en los Yunkas de La Paz, el *ayni* se calcula entre unidades domésticas, no entre individuos. En el caso de Marta, ella debía trabajo de su mamá. “Hay que devolver el *ayni* con el mismo tiempo de trabajo de la misma categoría; un día de cosecha de coca es considerado como equivalente de un día de cosecha de café, y un día de *masir* en la huerta puede ser devuelto con un día de desyerbe de *walusa*” (Spedding 1994:74). La autora sostiene que, si bien algunos estudios plantean que hay que devolver el trabajo con una persona del mismo sexo, en los *yunkas* no es así: “el cosechador puede ser hombre o mujer, y hasta en *masi* se puede devolver el trabajo de un hombre con el de una mujer, en el caso de que una mujer trabaje muy bien. A veces se cambia trabajo de mujer, en la cosecha, por trabajo de hombre para cavar cocal” (Spedding 1994:74)

Raquel Gutiérrez y Huáscar Salazar analizan cómo el *ayni*, o la *mano vuelta* en México, si bien pareciera un intercambio de trabajo a partir del tiempo –una jornada de trabajo por otra-

el significado más profundo de ese intercambio está mediado por el sentido de los bienes comunitarios a producirse, comenzando por el reforzamiento de los propios lazos entre quienes intercambian. Es a partir de tales intercambios que confieren carácter social al trabajo concreto, como se regenera y recrea, de forma cada vez distinta aunque análoga, el lazo social entre quienes comparten una trama comunitaria y a la vez, «pertenecen» a ella (Gutiérrez and Salazar 2015:35)

Ello me resulta importante porque en dos entrevistas (con Elisa e Isabel) que realicé en aymara, en colaboración con el profesor Juan de Dios Yapita, consulté a las mujeres acerca de las transformaciones en la construcción de las casas. Ambas mencionaban, justamente, la individualización que conlleva la salarización y “descomunitarización” del trabajo en la construcción, al tiempo que representa modificaciones en las responsabilidades vinculadas con la condición sexo-genérica.

Cómo es hacer la casa en el Altiplano, en el campo. Antes, así es. En la construcción, primero se prepara el barro. Ese barro, tiene paja, de todo, para que agarre bien. A ese barro lo convierten en adobe, en los moldecitos, se convierte en adobe. Ese adobe se vuelve completamente seco, de ese seco, se convierte en pared. Se construye la casa. Primero se construye la pared, eso va también igual con barro. Después de convertirlo en pared, nosotros techamos, una vez construida la casa, se pone el techo de paja. Primero, se hacen los palos viguetas, después de los palos, con paja se techa sobre eso. Esa paja está sostenida también. Soga de paja se llama. De paja también está hecha. Todos esos están hechos de palo, así está techada la casa. Antes así se terminaba de construir la casa. Construimos esa casa, hacemos la misma gente de la comunidad. Al ver construir la casa, suelen venir nomás. Hacen la casa, si te ve la gente viene nomás a ayudarte a hacer barro, a hacer adobe, y de ahí la pared se termina de hacer. La gente solía ayudarse sin pago, y de ahí cuando otra gente va a construir su casa, nosotros también ya vamos. Ayni nomás era (*aynikinwa*). Así era antes hacer la casa. Ahora es diferente. Bien cambiado está. La casa ya es de ladrillo, el techo ya es de calamina, ya no hay ahora adobe. Antes la misma gente de la comunidad nomás solíamos hacerlo. Después de eso, ahora, lo mismo también se está haciendo, pero otra gente, a una sola persona contrata. Le hacen hacer, compran cemento, ladrillo compran, calamina compran. Todo ahora compran. Con eso, como en aquí construyen en la ciudad, en el Altiplano. Le pagan al albañil. Ya no es como antes, sin pago. Antes así nomás se ayudaba.

Antes, después de terminar de construir la casa, se le da de comer, hacerla alegrar. Eso nomás había. Ahora beben cerveza, alcohol con todo. Challan. Eso para que aguante la Madre Tierra. Eso se recibe. Ahora es calamina. Todos ayudan. Las mujeres cocinan, atienden a los hombres. Después, la mayor parte, los hombres pues. Trabajan, preparan barro. Antes, las mujeres no ayudaban, sólo los hombres. La mayor parte, los hombres, ahora casi igual, entre hombres y mujeres. Mujer y hombre en la construcción, albañil. Mujer y hombre igual nomás ahora (Entrevista realizada en aymara a Isabel Santalla, 25-5-19, traducción de Juan de Dios Yapita)⁹⁸

Elisa, por su parte, remarcaba las transformaciones en el proceso de construir que, al mismo tiempo que permitió el ingreso de mujeres, las seguía relegando a los espacios más bajos de la jerarquía en la estructura laboral, como ayudantes, y que incluso en la práctica recibían menor salario que los ayudantes varones.

Ahora en estos días, ya es diferente, para construir casas. Ya no se hace con barro

Lo que dijimos, con eso, igualmente también con piedra se va haciendo. Y después, ahora, tienen pisos grandes las casas, para los edificios llamamos columnas, con esos fierros metemos también. Después, con esos se hacen las columnas, hacen

⁹⁸ A continuación, la entrevista completa que realicé a Isabel Santalla en su lengua materna, el aymara. La traducción fue realizada por el Profesor Juan de Dios Yapita y la utilizamos en la clase de aymara. Llama mi atención que la mayoría de préstamos del español refieren a nombres de materiales utilizados en la construcción, como cemento, ladrillo, calamina, así como albañil y trabajo. “Kunjamasa utachaña patana kampuna, nayraja akhamaw. Utachañanja nayraja ñiq`i preparaña. Uka ñiq`ixa, pajitani taqi kuna, wali katxaruñapataki uka ñiq`itxa aruwiptayañaw. Moldecitunakaru adobeptayaña uka adobexa wañsu uka wañata pirqaptayaña. Utacht`aña pirqaw lursuña ukax ñiq`impikirakiw sari uka pachpa preparastan. Uka ñiq`impirakiw aruwix luraña aruwimpix katxaruyañ aruwi. Ñiq`impikiw katxaruyaña ukham pirqaptayaña ukat pirqaptasinxa, pirqaptañ tukuyasinxa. Utacht`tanwa utacht`ataxa jichhuta ukat techopax jichhuta lurt`atakirakiw. Primeroxa lawanak lurtaña viguetas lawata lurt`atakirakiw ukat lawata lurt`asinxa jichhumpiw techxataña ukax jichhuxa sostinitarakiw Phala sataw jichhuta phalatakirakiw ukanakas lawata luratkamakiwa ukham lurt`ataw utaxa Nayrax ukham utachsuña utachtanxa uka uta lurtanxa comunidad pachpa jaq`ixa. Inakiw yanapasir`ina Utachiri uñjasinxa jutakiriw. Utachir uñjatamxa jaq`ijutakiriw Jumaryanapiri ñiq`ichayaña aruwiña ukata pirqsuña utacht`aña jaq`iyanapasir`ina inaki ukat yaqha jaq`i lurxan`x utxa jiwax sarxaraktanwa aynik`inwa ukham`anwa nayrax lurañax utax ukhamaw utachañ`anxa jichhax mayjaxiw wali cambiataw. Cadrilloxiw utaxa, techoxa calaminaxiw, janiw jichha utjxiti adobexa nayrax pachpa comunidad jaq`ikiw lurasiriitan. Ukat jichhax pachparakiw lurasiski. Pero mayni jaq`irukiw M`a jaq`iru contratxapxi Lurayapxi cemento alxapxi ladrillo alxapxi, calamina alxapxi taqikuna jichha alxapxi ukampi akanjam lurxapxi ciudadanjam patana alwañ`iraru pagxapxi janiwa nayrjam inakikiti nayrax ukhamakiw nayapt`asiñ`ana nayrax tukuyirix utja manq`ayaña kusisiyayaña. Ukakiw utjana. Jichhaxa umapxi cerveza, alcohol con todo, hasta banda del pueblo. Machaqa utaruya. Ukhama challapxi uka awantañ`apataki uka pachamamay uka katuqasix. Ahora es calamina. Todos ayudan. Warminaka phayapxi, atintipxi chachanacaru ukat jilapa partix chachanacar trabajixa, ñiq`ichi nayrax no? jichhaxa iwalaqi janiw nayrax yanapir warmi utjkanti chachanakaki jilaparte jichhax niya iwalakiw, chachamp warmimpi. Warmimp chachampixa construccionan alwañ`il warmimp chachampix iwalikiw”.

hartos pisos 3, 4, 5 como para eso se prepara pues esas columnas, para que aguante más, resistentes. Así ya está preparado. Después, ahora, con ladrillo ya está hecho así con ladrillo, y luego el techo hasta con losas, ya está echado por completo. A lo último, con calamina ya está hecho, la obra fina también está hecho, con estuco. En los tiempos antiguos, la obra fina se hacía así mismo. Con el mismo barro, se hacía el revoque, en los tiempos de antes. Ahora es diferente, todo ha cambiado, ya no es igual. Antes, solían ayudar nomás, cuando nosotros hacemos la casa, a nuestro esposo se ayuda así. Ahora, está habiendo esos trabajos, ya es más para las mujeres. Ahora en dinero el jornal ya pagan, de ayudante. Sino que algunas ya aprenden. Son maestras albañiles también. Eso, pero no hay mucho contrato para las mujeres, no hay confianza. ¿Mujer maestra? ¿Una mujer puede ser maestra? Diciendo. Y luego más está trabajando, pues de ayudante siempre nomás las mujeres trabajamos. De ahí se paga también jornal. Antes más antes, no trabaja la mujer, así trabajar no había. En nuestro pueblo mismo cuando hacemos nuestra casa, a eso, al esposo se ayuda, eso nomás había (Entrevista realizada en aymara a Elisa Vadillo, 14-6-19, traducción de Juan de Dios Yapita)

La práctica del ayni que desarrollan las compañeras de ASOMUC es un modo de reconstruir los lazos en el transcurso del proceso de aprendizaje y transmisión del oficio. Hay diálogo, se ríen, discuten sobre sus problemas cotidianos, al mismo tiempo que deciden cuánto cemento o cuánto litros de agua necesitan para tal muro. Como mencionábamos al inicio, la pericia técnica es expresión de un saber hacer que incluye saberes explícitos e implícitos que provienen de diversos ámbitos y temporalidades, y generalmente es objeto de disputa. En este caso, observamos cómo una práctica comunitaria andina, como el ayni, reformula no sólo los términos de competencia entre varones y mujeres en los espacios laborales –específicamente, los impedimentos de aquellos para transmitirles el oficio a ellas-, sino que también, al proponer una forma de cooperación *entre mujeres* que sustenta en el trabajo concreto, pone en tensión la dinámica de complementariedad (heterosexual) que establece el principio de *chachawarmi*. En paralelo a esta práctica, una de las principales modalidades para acceder al oficio en Bolivia refiere a las capacitaciones institucionales que ofrece desde hace una década la ONG Red Hábitat en alianza con los gobiernos municipales, la OIT, otras entidades de la cooperación internacional, y las empresas vinculadas al sector. En el apartado que sigue desarrollo este proceso, demostrando cómo los cursos de

capacitación en el oficio en conjunto con aquellos destinados a la formación político/sindical, han favorecido efectivamente al ingreso de las mujeres en el sector de la construcción y han colaborado en su organización formal. Este entramado, constituido con diversas hebras de saberes tácitos y formalizados, entra en tensión permanente en los espacios de trabajo, donde el capital y las exigencias de acumulación impone presiones específicas y reconfigura los sentidos sobre el oficio y el trabajo. Es allí donde se expresan con fuerzas algunos pactos racistas patriarcales con el capital.

4.3.4 Calificación III: Capacitación institucional

El Taller de Proyectos e Investigación del Hábitat Urbano Rural –más conocido como Red Hábitat- es una ONG que desde 1993 se dedica a planificar y ejecutar proyectos en Bolivia sobre el acceso a los derechos al hábitat, la ciudad, la vivienda y el medio ambiente. En año 2010 esta institución presentó un proyecto a un fondo concursable financiado por las embajadas de Holanda y Canadá⁹⁹ titulado “Microempresas de mujeres constructoras del hábitat” que tenía por objetivo capacitar a mujer en los oficios de la construcción. Según un informe de Red Hábitat que sistematiza la experiencia, “en 2010, los primeros cursos estuvieron destinados a mujeres que trabajaban en obras civiles o de manera individual, sin embargo, se encontraron con barreras establecidas por la ‘arraigada cultura de profesionales, obreros de la construcción y familiares (jefes, técnicos, capataces, contratistas, esposos, padres, etc.) de no permitir o no facilitar que ella se capacitaran’ (Red Hábitat 2012b:5). En una segunda etapa, decidieron capacitar a mujeres que trabajaban como obreras en el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz (GAMLP) a partir de una alianza que Red Hábitat estableció con múltiples instancias del gobierno municipal (entre ellas el Centro de Capacitación y Adiestramiento Municipal-CCAM, la Dirección de Mantenimiento, subalcaldías distritales, el Programa Barrios y Comunidades de Verdad, la Unidad de Gestión de Riesgos, la Dirección de Género y

⁹⁹ Se trata de Conexión-Fondo de Emancipación.

Generacional¹⁰⁰), con sectores académicos como la Universidad Mayor de San Andrés -Posgrado en Ciencias del Desarrollo-CIDES UMSA, Facultad de Arquitectura y Artes y Facultad de Geología-, el centro de investigación CEDLA, el Defensor del Pueblo, Fundación La Paz y el Centro Femenino Victoria. En estos primeros cursos, las mujeres que se empleaban mayoritariamente en el gobierno municipal, tenían un promedio de entre 40 y 45 años y expresaban una experiencia de inserción discontinua en los procesos de aprendizaje del oficio entre otras motivaciones, porque alternaban el trabajo en el sector con otras diversas actividades, como el comercio minorista, el trabajo rural, y fundamentalmente el trabajo reproductivo en sus hogares y barrios.

Los cursos taller de capacitación básica en construcción se dividían en 8 módulos, con una carga horaria de 80 horas y constaban de las siguientes unidades:

- I: Introducción a la construcción y lectura e interpretación de planos.
- II: Obras preliminares.
- III: Obra gruesa.
- IV: Obra fina, especialización en instalaciones eléctricas, agua potable, alcantarillado y pintura.
- V: Supervisión y control de obra.
- VI: Salud ocupacional.
- VII: Equipos de protección personal.
- VIII: “Conociendo mis derechos”.

Bajo los lineamientos establecidos por Red Hábitat, uno de los objetivos establecidos en el proyecto fue “lograr fomento y asesoramiento legal y técnico para la constitución de micro y pequeñas empresas de la construcción” (Red Hábitat 2012b:21). En ese marco se diseñaron e implementaron talleres de capacitación en asistencia técnica y fortalecimiento organizacional para las

¹⁰⁰ El Proyecto de Red Hábitat se inscribió en primera instancia, en los alcances del Plan de Oportunidades y Equidad de Género del GAMLP. Posteriormente, Red Habitat firmó un acuerdo de cooperación interinstitucional con el GAMLP y otros subsidiarios con el CCAM y la Dirección de Mantenimiento. (Red Hábitat 2012b)

microempresas¹⁰¹. La gran mayoría de mujeres que participaron de los cursos trabajaban bajo contratos eventuales en la Alcaldía. Sin embargo, significaba un gran esfuerzo, ya que los cursos se desarrollaban los lunes y los viernes de 18.30 a 21 horas y los sábados y domingos de 14.00 a 18.00 horas. En los siguientes cursos, el municipio les permitió salir media hora antes y participar de las clases que se extendieron de lunes a viernes, de 18 a 21 horas. En el informe de Red Hábitat sostienen que en los últimos cursos, en 2012, “las diversas unidades y direcciones del municipio incrementaron la carga laboral de las obreras constructoras, inclusive llegando a jornadas dobles de trabajo, y ello incidió en que las mujeres ya no pudieran participar en algunas actividades del proyecto” (Red Hábitat 2012b:26). En esta dinámica se pone de relieve las múltiples dificultades que deben sortear las mujeres para acceder, en este caso, a la posibilidad de calificación institucional, que si bien representó una oportunidad sumamente interesante y reconocida por las mismas trabajadoras para revertir, en parte, la exclusión histórica de las mujeres, significó en la práctica sostener jornadas extenuantes e incluso enfrentar la violencia de sus esposos.

¹⁰¹ “Estos talleres, con una carga horaria de doce horas, estaban divididos en cinco módulos que abarcaban los siguientes temas: autoestima (para fortalecer las potencialidades de las mujeres en la toma de decisiones y ejercicio de sus derechos); organización (para fortalecer los conocimientos en la estructura y formación de una organización); liderazgo (para fortalecer los conocimientos sobre el liderazgo y fortalecer las potencialidades de una mujer líder); conformación de agrupaciones (para fortalecer los conocimientos en el proceso), y conformación de una microempresa o cooperativa (para fortalecer los conocimientos en el proceso de conformación de organizaciones)”.(Red Hábitat 2012b:21)



Ilustración 17 Taller de capacitación en Red Habitat



Primeras actividades de las mujeres constructoras previas a la conformación de las micro empresas - Mejoramiento de la cancha del barrio Pacasa.



Entre otras actividades se realizó la refacción de la fachada de liceo Venezuela.



46

Refacción del Centro Infantil del barrio San Juan Cotahuma.

Ilustración 18 Talleres de capacitación. Fuente: Red Hábitat, 2012: 46



Proceso de capacitación de las mujeres en instalaciones de agua potable y eléctricas.



Pintado del café del Museo Pipiripi.



Pintado del Museo Costumbrista.



Pintado de sala multifuncional Fundación La Paz.



Pintado de la Sede Social del barrio Boquerón Central. 47

Ilustración 19 Talleres de capacitación. Fuente: Red Hábitat, 2012, p. 47

Red Habitat presentó un proyecto y recibió apoyo para trabajar de 2010 a 2014 con mujeres constructores de La Paz, independientes y del gobierno municipal. En 2016 comenzaron un nuevo proyecto con apoyo financiero del Fondo de Igualdad de Género, de ONU MUJERES. En ese transcurso, y hasta 2019, año en el que culmina el proyecto entre Red Habitat y ASOMUC, más de 650 mujeres han realizado el curso básico de construcción en La Paz y el Alto. Se desarrollaron 280 cursos de derecho y ciudadanía, más de 50 mujeres se capacitaron y obtuvieron mayores capacidades de liderazgo, y 20 mujeres constructoras se convirtieron en voceras para exigir y hacer escuchar sus demandas.

He mencionado que la calificación se configura como un proceso de disputa permanente en los lugares de trabajo, entre mujeres y varones, entre maestros y maestras, entre maestros y ayudantes. Sin embargo, las entrevistas realizadas tanto a la encargada del proyecto en Red Hábitat como a representantes del Estado, ponen en evidencia que también hay una tensión entre quienes se reivindican para sí el éxito de la capacitación de mujeres constructoras en La Paz y El Alto. En una entrevista con el Secretario de Infraestructura Pública del GAMLP¹⁰² y quien ha impulsado el proyecto desde sus orígenes, mencionaba que ellos (la Secretaría) habían sido los primeros en promover e impulsar la capacitación de mujeres en el año 2011. A partir de ese programa, relataba, decidieron conformar una cuadrilla solo de mujeres maestras. Incluso afirmó que de allí surge el nombre de “mujeres constructoras”, hecho que sería refutado en otra entrevista por Anelise, representante del proyecto de Red Hábitat, que señalaba que el nombre había sido propuesto por ella para designar que son mujeres constructoras de vida.

Más allá de lo anecdótico, esta lucha por la memoria y el reconocimiento muestra cómo el trabajo de las mujeres en la construcción se instaló relativamente con fuerza en la agenda de la cooperación internacional, en el Estado, en la prensa, y expresa la constitución de un sujeto colectivo en un entramado social disputado por diversas razones. Entre otras, puedo mencionar debido a la experiencia histórica de las mujeres en las actividades de sostenibilidad de la vida y la búsqueda de ingresos para la reproducción

¹⁰² El contacto con dicho funcionario me lo facilitó Anelise Meléndez, coordinadora del Proyecto de Red Hábitat, a quien agradezco su gentileza.

familiar, la relevancia económica que tiene el sector de la construcción, el campo de fuerzas sindical y otros modos de representación de los intereses de las y los trabajadores del sector, por la implementación de un paradigma de política pública vinculada a la responsabilidad social y transversalización de la perspectiva de género, las agendas en las tendencias de la cooperación internacional, entre otras dimensiones.

En ese año (2011) en este programa decidimos sacar de cada cuadrilla a las mejores compañeras y conformamos por primera vez, la primera cuadrilla de mujeres constructoras. Ahí nace el nombre, ahí nace ¡Todo!

M: ¿Cómo el nombre?

R: De mujeres constructoras.

M: Ahh ¿se denominaron así?

R: Porque como este sector es de construcción, primero las llamamos constructoras, '¡A ver! ¡mándame la cuadrilla de constructoras!' Inicialmente han empezado haciendo empedrados. Entonces decíamos: mándame por favor a las constructoras y después... ¿Quiénes son las constructoras? ¡Las mujeres! ¡Ah! Si. Entonces como eran la primera cuadrilla, lo que hicimos fue que, en una de las obras, las hemos puesto a ellas y dijimos 'Ustedes hacen esta cuadra y ustedes varones hacen esta otra cuadra (risas de otros funcionarios que escuchaban mientras realizaba la entrevista en la oficina de la Secretaría). ¡Una competencia, pero feroz! ¡Feroz! Porque los varones, más expertos, por supuesto, avanzaban y como la dedicación y las ganas de superación, las compañeras seguían trabajando seis de la tarde, entonces igualaban al mismo nivel que los varones habían dejado la cuadra. Entonces venían al día siguiente y los varones como que... ¡Hay que volar! Pero cuando medimos la calidad del trabajo, cuántas falla, falla, falla, esto está bien, falla, vuelves a hacer, entonces los varones tenían que volver a desempedrar y volver a empedrar... Claro que eso les sumaba mayor tiempo, claro habíamos entrado un poquito para que no sean tan malditos de esta discriminación de los compañeros a las mujeres. ¡Para que aprendan pues también! Hoy en día están mano con mano. Y al 2014 recién creo aparece Anelise (Directora del Proyecto con Red Hábitat), bueno nace con nosotros igual, pero nosotros ya capacitábamos en pintura todo al interior del Gobierno Municipal. Red Hábitat, creo que es del 2014, no me acuerdo, aparece después y dicen necesitamos que nos podamos capacitar. ¡Bueno! nosotros dijimos oportunidad de oro, chicas vayan... ¿En qué? Pintura, ¡Magnífico! Y nuestra cuadrilla de mujeres se mantenía. Una gran ventaja de Red Hábitat es que no solamente las capacitaba en este tema de enseñarles a pintar, por supuesto, sino a algún tema de

seguridad industrial, el tema de la emancipación, de los Derechos” (Entrevista Rodrigo Solís, 9-7-19)

Cuando se conformó la cuadrilla, Solís relata que las mujeres no estaban en la misma categoría salarial que los hombres. Algunas de las que logran capacitarse, con el tiempo las ascienden de categoría –generalmente pasan de ser ayudante 2 a ayudante 1- para igualar, en parte, a los hombres. Solís señala que los varones más tarde comenzaron a exigir la capacitación que brindaba Red Hábitat.

Sí, las mujeres estaban, pero con un nivel menos, o sea, nosotros tenemos niveles, económico, en la escala salarial. Laboral C, D, E y F. Siempre estaban metidas aquí (señala Laboral F). Bueno tenemos mujeres que están en estos niveles, hay D y E en mujeres. Porque estos de B y C evidentemente son muy rallados, muy capos, muy entendidos en la materia, en donde ellos mismos hacen cálculos. Pero este nivel (señala nivel D), por ejemplo, ya ha sido cooptado por mujeres.

M: Ahora.

R: Ahora. Lo que pasa es que no tenemos laboral C en contrato, son los B y de ahí los D. Los B digamos que son poquitos, ahí si están los capos, los maestros maestros. Las mujeres antes solamente estaban metidas en el F, entonces hacemos el primer cambio, como un paso de incentivo, de que, si no te capacitas, te quedas en F, varón o mujer, entonces los varones también empiezan ahí ya a pedir estos cursos a la Anelise” (Entrevista Rodrigo Solís, Secretario Municipal de Infraestructura Pública, La Paz, 9-7-19)

Efectivamente, hubo una política del gobierno municipal de La Paz para impulsar la calificación de las mujeres. Sin embargo, desde el discurso se justifica que en las categorías superiores (especialmente B) solo estén unos pocos, “los capos”, “los maestros maestros”. Marca una jerarquía, incluso dentro de cada categoría, como los maestros, que puede intuirse que está basada en diferencias jerárquicas sexo-genéricas. Estas denominaciones denotan una legitimidad asociada a la experiencia en el oficio, pero que en la práctica se construye con sesgos patriarcales fundamentados en supuestas aptitudes naturales de los varones. Valores que existían con anterioridad, y que históricamente se construyeron como bastiones de la resistencia del poder

obrero en el trabajo, se entretajan ahora con las construcciones socioideológicas de sentido en torno a las diferencias sexo-genéricas.

16 ° Curso Básico de Construcción para Mujeres

INICIO: LUNES 12 DE SEPTIEMBRE

HORA: 18:00

LUGAR: CALLE LANDAETA ESQ. 23 DE MARZO
EDIFICIO QHANA LOCAL 7

LUNES, MARTES Y VIERNES
DE 18:00 A 20:30
TALLER TEÓRICO PRÁCTICO

SÁBADO
DE 13:00 A 20:00
TALLER 100% PRÁCTICO

AQUÍ



INSCRIPCIONES:
C. Azpiazu, esq Ecuador,
Edif California 5to piso.
RED HÁBITAT, hasta el
viernes 2 de Septiembre

Te esperamos

El curso contará con refrigerios,
materiales y **CERTIFICADOS**
para las participantes.

PROMOVIDO POR:



CON APOYO DE:



Ilustración 20 Boletín de invitación a talleres

Actualmente la Asociación de Mujeres Constructoras de La Paz y El Alto (ASOMUC) está demandando que los certificados sean reconocidos por el Ministerio de Educación. Por un lado, se proponen no depender de la certificación que otorga la Confederación que nuclea a los sindicatos de la construcción, y que ellas reconocen como un medio político de control del saber obrero, pero acaparado para los varones obreros afines a la organización, y por otro, porque reconocen que aunque muchas de ellas ya cuentan con el saber y la destreza pertinente, su “experiencia no vale tanto como la experiencia de los hombres”. María del Carmen Cáceres, una de las fundadoras de ASOMUC, y en la actualidad secretaria general de la asociación nacional de mujeres constructoras (AMUCBOL), comentaba la propuesta de conseguir la certificación por competencias como constructoras civiles.

Vamos a presentar una petición al Ministerio de Educación para tener la certificación por competencias. Ahora se van a certificar como 25 compañeras constructoras.

M: ¿Reconocidas por el Ministerio de Educación?

MC: Reconocidísimas, con un título de Construcción Civil, constructoras civiles, algo así, previo a un examen, eso vamos a verlo. Para dar esto tienes el requisito de tener 7 años de antigüedad, como constructoras.

M: ¿Cómo lo compruebas?

MC: Los hombres lo están comprobando mediante la Confederación, avalados por la Confederación. Los hombres lo consiguen de esa forma, los compañeros varones. Pero nosotras las mujeres no tenemos ese acceso. La ASOMUC puede, pero la ASOMUC tiene 4 años de vida, entonces los requisitos son 7 años. Eso es una chispita que se me ha venido a la cabeza y ahora vamos a pedir, con nota o con incidencia o como presentar algo. Para que a las mujeres se reduzca a 5 años. Así que, al año, la ASOMUC va a poder certificar a las compañeras mujeres constructoras. O sea, eso es un logro también.

M: ¿Pero cómo hacen esa certificación, evalúan?

MC: Es un examen práctico y teórico, son exámenes con arquitectos, es práctico y es teórico de todo lo que uno hace.

M: ¿Y esa solicitud, por medio de qué la hacen?

MC: La vamos a estudiar, primeramente, la vamos a bajar a las bases, lo que tenemos y vamos a ver cómo lo hacemos. Para que eso baje y se trabaje como

petición de la Asociación para las mujeres que sea de 5 años y para los compañeros de 7 años. Pero no por el tema del conocimiento, simplemente por el tema de cómo acceder a una certificación. Ahorita nuestras compañeras, la mayoría de las que se están certificando, son las de la alcaldía. Porque sí, tienen un aval como certificado de años de trabajo, por eso podemos acceder a eso, pero las compañeras que trabajan independiente tendrían que estar inscritas o ser parte de la Federación para que mediante la Federación, se les avale los 7 años de constructoras. (...) Bueno, no perdemos nada haciendo el intento de pedir, haciendo diálogo, cosa que al año que ya cumplimos 5 años nosotras, podríamos hacer que las compañeras puedan certificarse como constructoras civiles.

Y: Mari, ¿Sabes cómo es el proceso en el que da el aval la Confederación? ¿Es como dar un examen también?

CM: No, es simplemente, es más político, con una carta, digamos, avalando de que sí, el compañero es constructor, solamente eso. Hasta esas limitaciones también hemos tenido, pero si fuéramos parte de la Federación, tal vez no tendríamos muchos problemas, pero como somos una Asociación autónoma, ya tenemos tropiezos, pero tampoco se nos cierran las puertas. Yo hablaría muy mal si diría que nuestro gobierno nos está cerrando. Nos están abriendo las puertas, pero sí nos cuesta un poquito más. Simplemente es eso. Nos está costando un poquito más. (Entrevista con María del Carmen Cáceres, parte de la comisión directiva de ASOMUC y Sec. Gral. de AMUCBOL, 14-8-19)

En el último capítulo abordaré la construcción de la politicidad en el ámbito más clásico de lo político, vinculado a la representación sindical, específicamente la conformación de la Asociación de Mujeres Constructoras en Bolivia, y a los vínculos con otras organizaciones del sector. En el fragmento anterior María del Carmen hace referencia a la lucha por establecer los criterios de competencia y controlar el reclutamiento, monopolizado, en este caso, por la Federación de Trabajadores de la Construcción. La antropóloga argentina Julia Soul, señala que “en tanto las organizaciones sindicales procuran capturar un proceso de competencia, cada una de ellas construye sus propias “barreras” fundadas en diferentes atributos sociales que podrían contribuir a erosionar el valor de la fuerza de trabajo que representaban. Es necesario insistir en la amplitud y el carácter social de estos atributos” (Soul 2020:834–835).¹⁰³ Una parte de esa

¹⁰³ La autora afirma que “históricamente se registran exclusiones en función de las calificaciones, pero las organizaciones sindicales también construyeron barreras de exclusión

disputa se da en el ámbito formal de representación de los intereses del colectivo trabajador al que se representa, a través de la certificación que da la Federación, o los certificados de los cursos ofrecidos por organizaciones de la sociedad civil y las empresas. Efectivamente, las mujeres constructoras valoran la experiencia que le otorga la práctica en tales cursos, y reconocen que el reconocimiento oficial del certificado, a la hora de ser contratadas, no tiene tanto peso como la experticia. Los cursos de capacitación, al mismo tiempo, operan como un mecanismo que intenta achicar la brecha de desigualdad en la transmisión del oficio en cuanto a las limitaciones que imponen las prácticas patriarcales y sexistas en dicho proceso. Sin embargo, otra parte importante de la lucha por la calificación, como vimos, se da de modo informal, en los que disputan prácticas y saberes tácitos, y que se dirimen de manera interpersonal en el espacio laboral.

En este apartado desarrollé cómo los vínculos y alianzas establecidos entre las mujeres que se insertan al sector, algunos funcionarios representantes del Estado y organizaciones de la sociedad civil, como Red Habitat, fortalecieron en Bolivia las posibilidades de capacitación a mujeres e impulsaron, a nivel político, el surgimiento de un nuevo sujeto laboral (las mujeres constructoras). En México, este proceso es mucho más incipiente. Existen algunas iniciativas que pude relevar casi al final de la redacción de esta tesis, entre las que puedo mencionar el Programa Mujeres en la Construcción, llevado a cabo por un convenio entre la Cámara Mexicana de la Industria de la Construcción (CMIC) y la Secretaría de Desarrollo Social, a través del Consejo

según nacionalidades o grupos étnicos, géneros o edades (Le Blanc, 2018; Nash, 2015; McDonnell, 1984). La dinámica social de estas exclusiones contribuyó a modelar las relaciones de competencia al interior de la clase trabajadora y alimentó procesos de organización en torno de clivajes no clasistas (Silver, 2005). La investigación antropológica ha evidenciado también el rol de las organizaciones sindicales en producir o debilitar lazos de solidaridad –ya sea entre sus miembros o entre sus miembros y otros (por ejemplo, trabajadores eventuales, subcontratados, extranjeros o jóvenes) (Leite Lopes, 2011; Duke, Bergmann y Ames, 2010; Reigada, 2017; Birelma, 2017). Algunos hallazgos evidencian la dinámica que le otorgan a la organización sindical ciertas prácticas de inclusión-exclusión fundadas en la interacción entre la comunidad, el lugar de trabajo y las familias de trabajadores precarios (Spyridakis, 2017). Jessica Smith (2010) ha identificado prácticas enraizadas en las relaciones comunitarias que tienden al control de las relaciones de competencia por parte de los trabajadores –mediante el control del reclutamiento– incluso en ausencia de una organización sindical institucionalizada. (Soul 2020:835).

Estatad de la Mujer y Bienestar Social (CEMyBS)¹⁰⁴ (Capacitan a 600 Mujeres En Oficios Relacionados Con La Construcción 2016; Sánchez 2014; Valenzuela n.d.), y en los últimos años la organización Talachas Girls, que realiza talleres de capacitación en construcción para mujeres y miembros de la comunidad LGTB. La estructura ocupacional, tal como sostiene Crompton (1989), lejos de ser neutral o basarse en valores técnicos, se constituye en el marco de relaciones sociales de poder y es, por lo tanto, inherentemente política. En el próximo apartado desarrollo la conformación de las categorías laborales y salariales, proceso a través del cual se materializan ciertas lógicas de opresión basadas en las jerarquías sexo-genéricas y étnico raciales.

4.4 Recapitulación

En este capítulo abordé el modo en que se constituye el sistema de oficio en la construcción y la disputa por la calificación y los saberes. En términos estrictos, una de las principales formas sociales de organizar el trabajo en el sector refiere a la estructura laboral, comandado por los requisitos de la acumulación del capital. Identifiqué cómo en su estructuración intervienen tecnologías políticas de género y raciales para organizar el trabajo bajo un claro proyecto de clase ya que el espacio de trabajo se constituye como lugar político por excelencia en tanto es uno de los espacios donde se disputa cotidianamente la relación capital-trabajo.

Tal entramado produce efectos que tiende a expulsar a las mujeres de las obras y/o a incluirlas pero en situaciones desventajosas. A partir de ello se crean múltiples mecanismos de discriminación y desigualdad. Las mujeres trabajadoras se dan múltiples estrategias autogestivas y en alianza con otras organizaciones para adquirir y transmitir el oficio. En la práctica, el aprender mirando es algo habitual en los dos países objeto de análisis. Y como particularidad de Bolivia, otros dos mecanismos significativos para aprender el oficio son la práctica del *ayni* que retoman de la tradición del trabajo

¹⁰⁴ “La Vocal ejecutiva del CEMyBS, Norma Ponce Orozco, destacó que el objetivo es capacitar a las mexiquenses para autoemplearse y contribuir a la economía de sus familias. Destacó que como parte del programa Mujeres en la construcción, recibieron equipos de herramientas y cursos de capacitación en algún oficio. Informó que en una primera etapa del programa se capacitará a más de 5,000 mujeres, en tanto que en una segunda etapa se espera poder integrar a otras 5,000 mujeres de los 125 municipios del Estado de México” (Obras, 2016).

comunitario andino y la capacitación institucional impulsada por la ONG Red Habitat, en colaboración con los gobiernos locales –que operan también como empleadores de las mujeres trabajadoras-, y organismos de la sociedad civil – universidades, OIT, ONU Mujeres, cámara empresarial, etc.-

Los cursos de capacitación en el oficio en conjunto con aquellos destinados a la formación político/sindical, han favorecido efectivamente al ingreso de las mujeres en el sector de la construcción y han colaborado en su organización formal. Este entramado, constituido con diversas hebras de saberes tácitos y formalizados, entra en tensión permanente en los espacios de trabajo, donde el capital y las exigencias de acumulación impone presiones específicas y reconfigura los sentidos sobre el oficio y el trabajo. Es allí donde se expresan con fuerzas algunos pactos racistas patriarcales con el capital.

En los sentidos de las mujeres entrevistadas se reiteran los impedimentos explícitos puestos por los hombres maestros a sus procesos de calificación. De este modo, se pone de relieve un tipo de violencia moral, que en palabras de Rita Segato (2016), designaría a la manera difusa en que se imprime un carácter jerárquico a las relaciones de género entre los grupos y a la valorización de su trabajo. Estos actos de violencia contra las mujeres ocurren en un contexto de miedo, señala Segato, donde la pérdida de prestigio masculino es siempre una posibilidad. En este caso, vinculado al poder del saber del oficio. Aun así, las mujeres crean estrategias individuales o colectivas para calificarse.

En el siguiente capítulo me centro en la organización del trabajo en el sector e identifico la política racial y patriarcal del capital.

CAPÍTULO 5 FLEXIBILIDAD, PRESIÓN Y COMPRESIÓN

LA POLÍTICA RACIAL Y PATRIARCAL DEL CAPITAL

5.1 Introducción

Una vez insertas en la construcción, la política del trabajo –organizada por la gestión capitalista de la producción- establece ciertos ordenamientos específicos de los vínculos y de las tareas en el proceso productivo. En este sentido, parto de entender que la realización de cualquier proceso productivo se da en un contexto de condiciones sociales de producción y reproducción que condicionan su realización, como el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y la base técnica predominante en el sector, las condiciones de la competencia intracapitalista, las formas predominantes de uso y gestión de la fuerza de trabajo (Soul 2011). También es sumamente relevante las condiciones históricas de reproducción social, como vimos en los capítulos anteriores.

El objetivo de este capítulo es analizar la forma de organizar el trabajo. En primer lugar, indago sobre un primer mecanismo o tecnología de poder que designa lo que es y no es trabajo. Posteriormente, abordo el mecanismo político a través del cual se designa qué es y que no es trabajo y los modos en que tal proceso intervienen dinámicas de generización y racialización. Luego analizo cómo se configura la estructura laboral a través del establecimiento de las categorías de trabajo y la disputa a través de la cual se conforma. Argumento que ser considerada “mujer” o “india” en la práctica operan como categorías laborales, que se ubican en el último escalón, en un lugar inferior incluso que al de ayudante varón. Después analizo múltiples mecanismos de extracción de plusvalía como la extensión de la jornada y diversas formas de intensificar el trabajo. Luego identifico cómo se establecen las relaciones entre las distintas categorías de trabajadores, basadas en las diferencias de género, étnico-raciales, de edad, de saberes, y a partir de las relaciones de competencia y cooperación que se dan en los lugares de trabajo. Por último, abordo la violencia sexual como mecanismo de control y disciplinamiento.

5.2 “No nos consideran trabajadoras, solo de limpieza”: *El poder de designar*

Existe un mecanismo que identifiqué centralmente durante el trabajo de campo en México, aunque también en Bolivia y refiere a la creación de límites de género, o, en otras palabras, a procesos de generización marcados que consiste en reforzar la definición masculina de lo que se considera trabajo. Ello colabora en construir a las mujeres como “otras” en las obras. En este mecanismo se conjugan valores compartidos y reproducidos por los compañeros varones, pero también por toda la estructura ocupacional. La larga cadena de subcontrataciones, característica del sector, entrevera en parte los límites entre el capital y el trabajo, ya que existen múltiples intermediarios que son trabajadores y al mismo tiempo, representantes del capital (como en ocasiones los maestros y contratistas). A la jerarquía laboral se le suman otras redes constituidas en torno al parentesco, la amistad y el paisanaje (Bruno and Del Águila 2010; Bueno 1994; Marega 2012; Vargas 2005; Ziri6n P6rez 2013). En mi tesis de licenciatura (Marega 2012) se1alaba que justamente all6, en la superposici6n de esas redes, radica la efectividad empresarial del control obrero y la creaci6n de consentimiento para garantizar el proceso de valorizaci6n y acumulaci6n de capital.

Hist6ricamente, el sector de la construcci6n en Am6rica Latina se ha caracterizado por disminuir los costos de producci6n abaratando el valor de la fuerza de trabajo, precarizando las condiciones de vida y salariales de sus trabajadores. La incorporaci6n de nuevos materiales y relativamente tambi6n de nueva tecnolog6a, as6 como la modernizaci6n en las t6cnicas de construcci6n transformaron la correlaci6n de fuerza con los gremios de alba1iles, que, generalmente, gozaban de prestigio y valor social en nuestras sociedades. En las 6ltimas d6cadas, y especialmente con la gran crisis financiero-inmobiliaria en 2008, el boom de la construcci6n que explot6 a nivel global, y con fuerza en Am6rica Latina, confirm6 que el sector se ubica como clave en el actual modelo de acumulaci6n capitalista para colocar el excedente producto de la reproducci6n ampliada del capital. A partir de la incorporaci6n de mujeres trabajadoras en este 6mbito, se puede observar nuevas formas de

abaratando los costos, y que se beneficia de un pacto o consenso patriarcal en la producción. Una de esas formas refiere a la capacidad de definir qué es y qué no es trabajo, por lo tanto, de valorizarlo o no, y otra es la discriminación salarial basada en criterios racistas y patriarcales. Se las contrata como ayudantes, pero en la práctica las mujeres –y especialmente mujeres de pollera en el caso boliviano- reciben hasta un 30% menos de salario, a la par que se les intensifica el trabajo a través de diversas modalidades como el trabajo a destajo.

Si bien existen numerosas diferencias entre el modo en que se configura el trabajo de las mujeres en ambas localidades etnográficas, una característica compartida refiere a la jerarquización constituida en torno a lo que se considera trabajo o no. Durante el trabajo de campo pude identificar que, cuando hay mujeres trabajando, se insiste en distinguir “ella está en limpieza, no trabaja, no en oficios”, sentidos reproducidos por la gran mayoría de sujetos sociales que intervienen, también por ellas mismas. ¿Por qué la limpieza de obra fina y gruesa no se reconoce socialmente como un trabajo? Si me baso en la experiencia de la vida, en los antecedentes de investigación, e incluso en investigaciones propias previas, cuando se trata de hombres trabajando en la construcción, no se pone en cuestión que se dedican a un oficio; lo que sí se modifica son las categorías. El trabajador hombre que realiza tareas de limpieza de escombros, de cascajo, detalles de revestimiento, etc. es considerado ayudante de albañil o chالán en México. Ser obrero de la construcción no está en duda. Amy Denissen (2010) analiza el modo en que las mujeres construyen sus identidades ocupacionales en oficios históricamente dominados por varones, específicamente, en el sector de la construcción en el sureste de California, Estados Unidos. Ella señala, justamente, que los hombres construyen los límites de género al reforzar la definición masculina de trabajar y construir a la mujer como “otro” y que las mujeres resisten a tales límites con prácticas que desafían las diferencias de género, o las diferencias de estatus de género o suprimen el género como una categoría relevante en la interacción. Si bien me resulta interesante la propuesta de inestabilidad de género que se disputa permanentemente en el cotidiano laboral, los procesos de generización así como los de racialización y conformación de clases se

configuran relacional e históricamente, en un determinado contexto productivo y reproductivo que impone límites y presiones a la práctica cotidiana.

En México desde hace varias décadas las mujeres lograron traspasar la barrera que les impedía trabajar en obras. Sin embargo, operó generalmente un proceso de segregación por sectores, que las confinó a ocupar lugares históricamente destinados a mujeres. La limpieza es ese lugar por antonomasia. A esta tarea pueden desarrollarla en obra gruesa, que es un trabajo que implica levantar pesos elevados, cascajos y escombros, o en obra fina, que es la limpieza última que se realiza para entregar un trabajo de albañilería. No obstante, cuando un varón entra como ayudante, no opera un proceso similar que niega su actividad como trabajo. Como mencionamos, esta tendencia es clara en México, pero también la encontramos en Bolivia.

Reyna tenía 24 años cuando hice trabajo de campo en La Paz. Ella es maestra pintora y albañila. Durante una entrevista narraba lo que tuvo que atravesar para capacitarse y aun así, cuando ingresó a una obra, sólo la querían para limpieza.

Yo trabajaba desde pequeñita. Seguí trabajando cuando salí del colegio. De pequeñita cuidaba niños, después vendía frescos, vendía comida. A mis 8 o diez años la ayudaba también a una señora a lavar platos. Cuando he salido quería estudiar, pero no había plata tampoco, yo he empezado ahí con la construcción. Había unas capacitaciones para jóvenes, y decía que te insertaban laboralmente. A mí nadie me quería contratar, porque era joven. Caminaba toda la ciudad buscando trabajo y no encontraba. Me daba rabia porque cómo no me pueden dar trabajo, ¿Qué era lo que me hacía falta? Me metí ahí, eran 8 meses. Primero fui con unos capacitadores y luego íbamos a trabajar a los Pinos Sur, es zona sur, y ahí hemos hecho fachada. Era un programa para jóvenes que querían un título para que puedas trabajar. Y ahí he aprendido, de la Alcaldía de La Paz. Yo iba a pie y volvía a pie, porque no tenía para pasajes. Me caminaba toda la ciudad, 3 horas más o menos. Yo le decía a mi mamá que almorzaba, pero no nos daban almuerzo, porque si le decía eso mi mamá no me iba a dejar. Casi 8 meses estuvimos así. No nos pagaban, sólo era práctica. Decían que podían darte beca en la universidad. Por eso yo me quedaba hasta las 8, porque quería explotarme, o sea, que se den cuenta que hago bien. Y me han dado la beca. He empezado a trabajar. Era una beca en una universidad privada para estudiar ingeniería civil. He entrado. Primero he ido a trabajar con dos empresas que me han rechazado, sólo hacía limpieza. Pero yo sabía

más, pero las mujeres solo las querían para limpiar. Se acaba la limpieza ¡Afuera! No me creían que yo sabía. (Entrevista con Reyna Quispe, 11-2-19)

Reyna apuntaba “No somos consideradas constructoras, somos consideradas limpieza”. Así como ella, varias mujeres en Bolivia señalaron que a corta edad (7 u 8 años) habían comenzado a trabajar, muchas en el trabajo doméstico en hogares de terceros, otras vendiendo, o en el campo. Por su parte, según los relatos de las compañeras trabajadoras en México, podemos ver que sus inserciones iniciales son, en su gran mayoría, en el trabajo doméstico, de limpieza. Podríamos decir que existe un patrón de segregación ocupacional de clase bastante marcado vinculado a la división sexual del trabajo. Los varones de las familias de clase trabajadora se insertan en el sector de la construcción mientras que las mujeres lo hacen en el trabajo remunerado y no remunerado del hogar. De todos modos, no son trayectorias lineales. Ambos combinan el trabajo en otros sectores.

Es decir, la albañilería y limpieza son trayectorias tradicionales familiares sostenidas como característica en términos de clase, y también en términos de género. Habría que indagar, en futuras instancias, si efectivamente se trata de tal “especialización de clase por género” o más bien, al menos en el caso de las mujeres, podría tratarse de mayor versatilidad para insertarse y reorganizar la reproducción social, tal como plantea Montserrat Carbonell (2018). Victoria, que es ayudante marmolera y carpintera y que actualmente vive en Ixtapaluca, Estado de México, reconstruía la trayectoria laboral de la familia.

V: Mi mamá pues siempre fue dedicada al hogar, mi papá pues es mecánico. Mi abuela pues se dedicó siempre al comercio con mi abuelo, en los tianguis, vendían suéters, camisas, ellos siempre fueron dedicados. Mis abuelos maternos. Mis abuelos paternos, mi abuela siempre fue al hogar y mi abuelo siempre trabajó en obras.

M: ¿También era albañil?

V: Sí, mi abuelo paterno era albañil y él cuando ya no pudo estar de albañil entró de... ¿cómo le puedo decir? De bolero, los que limpian los zapatos (Entrevista con Victoria, 8-9-18)

Lo mismo sucede con Dulce, de 30 años, que su mamá se dedicó “toda la vida” a ser afanadora (limpieza) en la Dirección 5 de Xiomali, en la zona de Taxqueña, Ciudad de México.

En Bolivia hay una continuidad con estas trayectorias de las mujeres en el trabajo remunerado del hogar. La entrega de niñas para el trabajo doméstico ha sido una práctica extendida en Latinoamérica y presenta actualizaciones históricas tanto en el contexto andino como mesoamericano. Cristina Vera Vega analizó las persistencias de la práctica de colocación de niñas para el trabajo del hogar en Ecuador, a partir de tres historias de vida de mujeres indígenas y afroecuatorianas trabajadoras del hogar. La autora aborda estas experiencias en el marco de la formación de un sistema moderno colonial hacendatario de género (Vera Vega 2019). Su estudio me sirve para pensar en las continuidades de este régimen sexo-genérico moderno colonial en los trabajos actuales y que coloca a las mujeres como servidoras por antonomasia. Isabel es una mujer aymara, oriunda de Guaqui, una comunidad ubicada a orillas del Lago Titicaca, en Bolivia. Vivía en el campo con sus padres y hermanos. Cuando tenía 10 años, su padre la entregó a una familia que vivía en La Paz para que realice el trabajo del hogar. La habían entregado sólo por ropa y comida. Su papá no quería que estudie, “solo los varones, mujer solo para maridos”, me decía con tristeza. De un día a otro, Isabel se encontró en una casa que no conocía, con gente extraña, y que no hablaba su lengua, el aymara. Estuvo en esa casa, casi sin salir, por una década. “Solo lavar, cocinar, no salía a ningún lado” (Entrevista con Isabel, en Munaypata, La Paz, Bolivia, 25-5-19).

Con lo expuesto queda claro, por un lado, que el trabajo doméstico remunerado y no remunerado ha constituido un hilo conductor en las trayectorias de estas mujeres, y que se configuró históricamente como garante de la reproducción social de sus familias. En la construcción, espacio históricamente ocupado por varones, las mujeres son destinadas a la limpieza en México e ingresan y se mantienen como ayudantes. En Bolivia, según el trabajo de campo, las mujeres lograron acceder a categorías superiores, como contra maestras, maestras y hasta contratistas. Sin embargo, en ambas localidades observamos que una práctica habitual es pagar menos el trabajo de la mujer, aunque esté en la misma categoría ocupacional que un varón.

5.3 “Ser mujer” y “Ser india” como categorías laborales y salariales

Bolivia representó uno de los progresos más significativos en términos de aumento salarial en toda la región. Durante el gobierno del MAS de Evo Morales, entre 2005 y 2017, el Salario Mínimo Nacional pasó de 54 a 296 dólares, incrementándose en un 448% (Wanderley 2018:25). En 2019 alcanzó los 307 dólares mensuales (70 bs diarios, 2122 bs mensuales).

Por su parte, la situación en México, que en las últimas décadas también ha tenido uno de los salarios más bajos de Latinoamérica, ha comenzado a revertirse recién en 2019 con el gobierno de Andrés Manuel López Obrador, quien asumió la presidencia el 1 de diciembre de 2018. La Comisión Nacional de Salarios Mínimos (CONASAMI) es la institución que establece los salarios. En distintos años la CONASAMI decidió cambiar (unificar o ampliar) las zonas que aplicaban diferentes salarios mínimos según zona fronteriza y resto del país. De 2015 a 2019 se unificaron las zonas existentes en sólo una para todo México. Después, volvieron a separarse. El salario mínimo en México se establece en términos diarios. En 2016 el salario mínimo diario era de 73 MXN (pesos mexicanos), que representaban 3,80 USD por día y el salario mínimo mensual de 2,220 MXN, es decir 115,58 USD al mes. En 2017, el salario mínimo fue de 80,04 MXN y en 2018 fue de 88,36MXN diarios. En 2019, con la asunción del nuevo gobierno, el monto del salario mínimo a nivel nacional aumentó un 20% (102,68 MXN). Durante el año 2020 fue de 123,22 MXN diarios que significó, en términos mensuales un salario mínimo de 197,53 dólares. En 2021, el salario mínimo mensual es de 4310,04 MXN, que representan 210 dólares mensuales.

En ambos países, en el sector de la construcción, pervive una brecha salarial marcada basada en las diferencias de género y étnico-raciales. Si bien los niveles salariales de las mujeres son menores que los hombres, la inserción en el sector resulta conveniente para ellas debido que, aun así, los ingresos son mayores que en otros sectores en los que pueden aspirar a desempeñarse, principalmente el comercio informal y trabajo remunerado del hogar. También es cierto que, si bien este escenario promueve las

posibilidades de acceder a puestos de empleo para las mujeres, lo hace para puestos de mayor precariedad y desprotección. El arquitecto encargado de la remodelación de un hotel, en Ciudad de México, mencionaba que las mujeres se ocupan en el sector porque tienen la posibilidad de acceder al salario mínimo, que se paga como ayudante.

Pero hay algo importante, la necesidad, yo creo, las obliga, entonces gana más una mujer trabajando aquí (en la construcción) que trabajando en una fábrica de obrera porque nosotros pagamos salario mínimo. Hay un salario mínimo que establece el gobierno que no podemos pagar abajo de ese salario. No sé ahorita debe andar como entre 80 y 84 pesos diarios salario mínimo. (...) Entonces, con 84 pesos la mujer, sobre todo aquí hay muchas madres solteras, ahorita estuve platicando con una de ellas que tiene que pagar el uniforme y no sé qué cosas de la escuela de su hijo y no le alcanza. (Arquitecto, Ciudad de México, 8-9-18)

El monto salarial oscila según lugar geográfico, tamaño de la obra, origen de la inversión y categoría ocupacional. Sin embargo, observamos que esta última no refiere a criterios neutrales de experticia, sino a sentidos sociales contruidos en base a jerarquías. Las mujeres entrevistadas en México, generalmente coincidieron en que recibían el salario mínimo. En cambio, en Bolivia, se reiteró que ser mujer se constituye como la categoría salarial más baja, recibiendo un salario menor que los ayudantes hombres. Dentro de ellas, las mujeres de pollera, de identificación aymara, afirman en las entrevistas que pueden estar hasta 10 años para lograr un ascenso y que, en la mayoría de las categorías, su salario es menor al de los hombres. Las mujeres entrevistadas relataron recibir entre 70 y 120 bs por día, cuando son contratadas como ayudantes, y aproximadamente 30 bs más si son maestras. Los ayudantes hombres reciben entre 100 y 150 bs por día. Victoria, una mujer aymara de 56 años quien es maestra pintora y albañila, relata su experiencia en el sector privado. Como maestra le pagan 120 bs. y a los maestros varones 180 bs, es decir, recibe un tercio menos de salario por el mismo trabajo. Sin embargo, como mujer maestra, recibe incluso un 20% menos que un ayudante varón.

Soy maestra pintora, y también se hacer vaciados, todo yo sé, múltiple soy. Estuqueado también se. 120bs por día me pagan, por semana 720 se hacen. A los varones les pagan 180, y a los ayudantes 150. Nosotras más bajo estamos ganando. Así nomás siempre es. Nosotras hemos avanzado en capacitación, pero el contratista así nomás te dice, 120 les voy a pagar, pero como no hay trabajo, ya aceptamos. Algo es algo, y si no trabajamos no hay en la casa (Entrevista a Victoria, La Paz, Bolivia, 20-2-19).

Victoria, sin embargo, señala que eso es lo habitual cuando ellas trabajan para un contratista. En cambio, cuando se organizan entre mujeres y negocian con el dueño de manera directa, el ingreso puede aumentar: "Con el dueño ya contrato firmamos, cotizamos cuánto va a costar, y cuándo nos pagan repartimos igual, igual, igual con las compañeras. Así trabajamos" (Entrevista a Victoria, La Paz, Bolivia 20-2-19). Eso demuestra también la centralidad que tienen los intermediarios del capital en el establecimiento de estos mecanismos de desigualdad salarial. Madeleine, que es maestra pintora, narra la dinámica de trabajar de manera autónoma, con la capacidad de establecer el tipo de contrato según la obra que se requiera.

M: ¿cómo te contratan?

Madeleine: "Si es un cuarto lo puedo hacer yo, tal vez mi hijo me puede ayudar en pasarme alguna cosa, pero es bueno trabajar entre dos. Si trabajamos sólo una no podemos agarrarnos la escalera, por ejemplo, o pasarnos la pintura. Siempre es bueno trabajar entre dos, pero cuando trabajamos entre dos tenemos que dividir el sueldo, a tu compañera tampoco le vas a poder decir te doy tantito porque sólo me has ayudado en estito, ¿no? Entonces tienes que hacerle hacer la mitad del trabajo, que ella haga. Entonces el sueldo también va a ser la mitad. Como sería un ayudante que va a pintar; la que va a pintar gana digamos 100 bs, la que ayuda va a ganar 80, tampoco hay mucha diferencia digamos, pero sólo ayudante

M: ¿y arreglan por hora o por día con la persona que contrata?

Madeleine: dependiendo de cómo es el ambiente. Si es un cuarto que está nuevito, sólo hay que lijar y pintar, dos o tres manos se le va a dar, va a demorar como 2 días. En esos dos días yo le voy a cotizar por metraje, por ejemplo 600 bolivianos. En 2 días yo le entrego, pero le va a costar 600 bs. Pero si yo veo que es grande, hay que remachar, masillar, hay que curar la pared, estuquear en algún momento. Si la pared se ha desportillado mucho, el estuco es con lo que hacen el revoque del muro, es la

parte blanca, seca. Si es de adobe ponen estuco y queda blanquito todo, es como yeso. Si es que hay que hacer todo eso y es complejo el trabajo, y yo veo que por metraje va a ser 600 bolivianos y por jornal me va a salir 750, entonces veo la cantidad de días, cuánto me va a llegar a ser, y al rato me conviene que sea por jornal a que sea por metro cuadrado (Entrevista con Madeleine, La Paz, Bolivia, 11-2-19)

La edad y ser mujer aymara en Bolivia también están operando como un factor que interviene en el establecimiento de la categoría y el salario, que se posicionan en escalas inferiores, incluso, inferior a las de ayudante. Reyna mencionaba una experiencia con una compañera, mujer de pollera, y la discriminación salarial que vivió, por lo menos, durante 10 años.

Cuando yo trabajaba el año pasado, una señora estaba ahí. ¡Tiempo trabajaba! Ya mayor la señora. Le pregunto cuánto hace que usted está trabajando acá, 'Diez años', me dice con esta empresa y sigue ganando como ayudante. La señora bien humilde, era una señora de pollera, no hablaba castellano bien, apenas hablaba unas palabras, y sólo ganaba 110, y un ayudante estaba ganando 120. Yo veía la planilla y decía 120, y sólo había un ayudante que recién había entrado aparte de eso. Todos en la lista figuraban como maestros, todos. Ellos estaban ganando 180 y hacían lo mismo que ella. Y no era justo para nada, ¡para nada! (...) Todos eran maestros excepto esas dos personas. Y ese chico, a las dos semanas ya era contra maestro y ganaba 150. Ella no. Estaban dos años, 3 años y todos eran maestros y ella 10 años y era muy capa, sabía todo hacer. Ella nunca ha reclamado, nunca decía nada, no le importaba porque seguía recibiendo salario. (Entrevista con Reyna, maestra pintora, 24 años, La Paz, Bolivia, 11-2-19)

La designación de las categorías generalmente establece el salario a recibir. Sin embargo, como vemos, en el "suelo de la obra" a veces se trasciende la categoría establecida formalmente y no hay un correlato directo con el salario, sino que el pago se establece en la práctica basado en estructuraciones de poder configuradas históricamente. Como mencioné, para las mujeres constituye un gran logro ingresar al sector pues, así sea recibiendo menor salarios que los varones, generalmente el ingreso suele ser mayor que otras posibilidades. Recibir el pago quincenal o mensualmente también representa desde sus experiencias una posibilidad para negociar, enfrentar o modificar las

relaciones de poder en sus hogares, especialmente con sus esposos. Son múltiples los elementos que, a lo largo de este capítulo, demuestran la imbricación permanente de las disputas que atraviesan los ámbitos productivos y reproductivos y que configuran el modo en que el trabajo se realiza histórica y geográficamente. En el capítulo anterior desarrollé algunas características de la dinámica familiar de administración de los ingresos, que ponen en evidencia las maniobras creativas de las mujeres para garantizar la reproducción familiar. Estas estrategias de abaratamiento de costos tienen incidencia en las políticas empresariales de precarización en la contratación y pago de salarios de mujeres. Esta tensión, entre la autonomía en las formas que se organiza y garantiza la reproducción social y el aprovechamiento que de ello hace el capital para no hacerse cargo de los costos de reproducción de la fuerza de trabajo, como vimos, atraviesa toda la tesis y tiene condicionamientos recíprocos. A partir de ello es posible observar, concretamente, el carácter histórico y cambiante de las relaciones de poder y cómo la simultaneidad de las relaciones de dominación reconstituye las opresiones de modos específicos (Kergoat en Viveros Vigoya 2016), y al mismo tiempo expresa un horizonte de posibilidad para transformarlas.

5.4 Las fachadas del salario y el saneamiento del capital. *Mecanismos de extracción de plusvalía*

Como lo plantearon ya hace mucho tiempo Mariarosa Dalla Costa y Selma James en su clásico *“El poder de la mujer y la subversión de la comunidad”* (1979) sabemos que el salario controla y oculta mucho más trabajo del que se muestra. Y como vimos, además, en la construcción es habitual el pago de salarios inferiores a las mujeres por su condición de género. La forma de pago del salario también constituye un mecanismo generador de desigualdad. En tal sentido, el trabajo a destajo es una modalidad bastante frecuente, especialmente utilizado para gestionar la fuerza de trabajo femenina que se construye como necesitada de vender su trabajo para sostener a su familia.

Opera como intensificación del trabajo y, por lo tanto, como mecanismo de extracción de plusvalía, al tiempo que como un importante dispositivo de disciplinamiento. Victoria hacía referencia a la diferencia entre pago por día y por destajo.

Ahí es porque quieres ganar un poco más de dinero. Yo ganaba 2.000 pesos a la semana y si me quedaba horas extras, el sábado a partir de las 2 de la tarde ya eran 50 pesos la hora y los domingos era doble, entonces si había trabajo el domingo me decían '¿Quieres ganar por día o quieres ganar por destajo?' O sea, a mí me daban esa opción, entonces al ganar por destajo pues ganas mucho más que 500 pesos el día. Entonces, ahí fue que digo "aprendes porque aprendes" porque por ganar más dinero, o por llevar más a casa entonces aprendes. Y a mí me decían '¿Quieres hacer más dinero, más que 500?' Sí. 'Aviéntate 40 cuadros, quiero 40 cuadros decorativos y 40 espejos, empapelas todo el vidrio y empiezas, los limpias y despegas otra vez todo'. En un día me venía sacando como 2000 pesos. De 8 a 6 de la tarde. Aparte de todo lo de la semana. A mí me convenía ganar más por destajo. (...) Ese patrón le vendía a gente rica. Entonces una mesita cobraba 2000. 'De ahí sacas tu sueldo, güera', me decía. ¡Pues sí! (Se ríe). Nada más mirando, tienes que aprender a pulir, agarrar la máquina para pulir, a raspar, a lijar. (Entrevista con Victoria, ayudante marmolera y carpintera, Remodelación Hotel en Av. Tlalpan, Ciudad de México, 8-9-18)

Olga relató una situación de conflicto entre mujeres encargadas de la limpieza de la obra en la zona de Coapa, Ciudad de México. No supe estrictamente en torno a qué surgió el problema entre una de las trabajadoras y otras compañeras. Ante ese conflicto, el contratista decidió "hacer descansar" (despedir) a todas, excepto a esta mujer. Cuando el ingeniero se enteró, exigió a la trabajadora que labore a destajo.



Ilustración 21 Celebración de la Santa Cruz y Día del Albañil. Plaza Comercial en Ciudad Satélite, Estado de México. 3-5-18. Cada gremio construye su cruz con el material que se especializa: la cruz de madera fue realizada por los carpinteros, la de cemento, por los albañiles, y la de hierro, por los herreros.



Ilustración 22 Almuerzo con trabajadores y trabajadora en remodelación, Colinas del Bosque, Tlalpan, Ciudad de México. 31-8-18

A diferencia de lo que ocurriría en carpintería, como señalaba Victoria, en el caso de la limpieza de departamentos, a las mujeres no les conviene la modalidad a destajo. En contraposición, los contratistas sacan provecho monetario de tal situación.

El ingeniero le dijo que no iba a contratar más gente. Que ahora ella se tenía que arreglar como pudiera, pero no le dan el sueldo completo. 'Si te arreglas, el departamento te pago, sino no te pago'. Ella se buscó ese problema y se tiene que atener a las consecuencias. A ella no le van a pagar por semana, ahora le van a pagar por cada departamento terminado.

M: ¿Y así cuánto le pagan más o menos?

Olga: depende los días que se tarde en hacer un departamento, le van a pagar 500 pesos por departamento.

M: ¿500 pesos por departamento?

Olga: de limpieza, pero ya terminada así al 100.

M: ¿Pero cómo 500 pesos? ¡no es nada!

Olga: No, no es nada, pero ella tuvo la culpa, le estaban pagando 1600 por semana y no hacía nada, porque ella no hacía nada, y como ahora no están mis hermanas ni las otras chavas. Pos ahora tiene que trabajar.

M: ¿Pero por qué acepta eso, es muy desigual?

Olga: Lo que pasa, que es como le dicen, trabajas por destajo. Por ejemplo, en la pintura, el trabajo por destajo es por metro, te van a pagar tanto por metro. Todo lo que te tardes tú, por ejemplo, de esquina a esquina, es a destajo, pues cuanto más te apures, más te van a pagar. Entonces si ella se apura, puede terminar un departamento por día y le va mejor.

M: y le pagan 500 por día.

Olga: Sí, por eso lo pusieron así, trabajas por destajo, para que trabajes más, para que ahora sí trabaje la señora.

M: entonces ella ahora, está haciendo el trabajo de todas.

Olga: Sí. Es que igual no era mucho el trabajo, era más que nada la limpieza de lo que ya estaba terminado, que era la limpieza fina. El ingeniero se enojó. Entonces por eso le dijo a ella 'Sí, sí vas a trabajar, pero a trabajar por destajo. Me corriste a mi gente'. Para ella fue un castigo (Entrevista con Olga, Ciudad de México, 27-12-18)

En el sector de la construcción donde el trabajo se organiza a partir de una gran cadena de subcontrataciones, las diferencias en las formas de pago opera como uno de los principales mecanismos en los que los intermediarios extraen su ganancia.¹⁰⁵ Generalmente las grandes empresas, sus arquitectos o ingenieros pagan a los contratistas de diversos gremios o al maestro bajo la modalidad de pago por producto final. En cambio, el contratista o maestro paga a sus trabajadores y trabajadoras a través de las horas o días trabajados, es decir por tiempo de trabajo (no por producto). La diferencia entre ambas modalidades hace que justamente adquiera importancia, como forma de aumentar la explotación (y por el ende el plustrabajo) la intensificación del ritmo de trabajo, en tanto en una misma unidad de tiempo es mayor el trabajo prestado. Marx, por ejemplo, mencionaba al respecto que “la hora más intensiva de la jornada laboral de 10 horas, contiene (...) tanto o más trabajo, esto es fuerza de trabajo gastada, que la hora más porosa, de la jornada laboral de 12 horas” (Marx 2008a:500). El antropólogo Gustavo Lins Ribeiro (2006) observa un proceso similar en la utilización de la fuerza de trabajo en el proceso de construcción de Brasilia

Al tener que disponer de mucho trabajo durante determinadas fases de la obra, o que apurarse en la entrega de la misma para cumplir con los plazos, el empleador acepta como resultado de la negociación un número de horas que puede ser incluso mayor del necesario porque sabe que igualmente pagando las horas no trabajadas, en el sentido que durante ese tiempo los operarios no estarían “encima” de la obra, habrá ganado, ya que los trabajadores aumentarán la intensidad del trabajo” (Lins Ribeiro 2006:152).

¹⁰⁵ Marx afirma: “El pago a destajo, por un lado, facilita la interposición de *parásitos* entre el capitalista y el obrero, el *subarriendo del trabajo* (sub-letting of labour). La ganancia de esos intermediarios deriva, exclusivamente, de la *diferencia* entre el precio del trabajo pagado por el capitalista y la parte de ese precio que aquéllos dejan que llegue efectivamente a manos del obrero. Este sistema recibe en Inglaterra el nombre característico de “*sweating system*” (sistema de explotación del sudor). Por la otra parte, el pago a destajo permite al capitalista concluir con el obrero principal –en la manufactura con el jefe de un grupo, en las minas con el picador de carbón, en la fábrica con el maquinista propiamente dicho- un contrato a razón de tanto por pieza, a un precio por el cual el obrero principal mismo se encarga de contratar y pagar a sus auxiliares. La explotación de los obreros por el capital se lleva a cabo aquí mediante la explotación del obrero por el obrero. Una vez dado el pago a destajo, naturalmente, el interés personal del obrero estriba en emplear su fuerza de trabajo de la manera más intensa posible, lo que facilita al capitalista la elevación del *grado normal de la intensidad*. El obrero, así mismo, está personalmente interesado en prolongar la jornada laboral para que de esta manera aumente su jornal o salario semanal” (Marx 2008a:675)

Según el autor, este tipo de trabajo propicia la presencia de intermediarios que reúnen trabajadores con los cuales mantienen o no un vínculo legal ofreciendo el trabajo de ellos para un capitalista, luego repartiendo el precio combinado, ya debidamente disminuido en la parte que se autoatribuyeron por la intermediación (Lins Ribeiro 2006). Si bien desde las experiencias de las mujeres entrevistadas, el destajo en algunas ocasiones las beneficiaría a ellas, ya que tendrían mayor autonomía en la administración de los tiempos, actúa legitimando la intensificación del trabajo en los momentos que el contratista o maestro requiere.

Hemos visto que uno de los principales mecanismos de opresión de las mujeres refiere al pago menor que se les realiza en relación con el que reciben los varones. Sin embargo, también existen otras formas de reducir el precio del trabajo sin necesidad de rebajar el salario o el jornal. “En el salario por tiempo, el trabajo se mide por su duración directa; en el pago a destajo, por la cantidad de productos en que se condensa el trabajo durante un tiempo determinado” (Marx 2008a:673). Por lo tanto, la calidad e intensidad del trabajo están controladas por las formas de pago del salario.

En la casa te acuestas, si quieres lo haces, sino no. Planchas. No es lo mismo, ¿no? Y no tienes la presión de nadie y tu comida, todo bien relajado, tus niños. Y llegas aquí, a una empresa, a una obra, donde se tiene que hacer, esto, esto y esto. Y tienes que hacerlo rápido, rápido, rápido. Porque aquí es todo rápido. En algunos trabajos se te exige demasiado y no hables, no platiques y rápido, no te puedes ni sentar. (Entrevista con Victoria, Remodelación Hotel Av. Tlalpan, Ciudad de México, 8-9-18)

Los ritmos impuestos por la producción capitalista y las formas de pago se entretejen con la experiencia de intensificación del trabajo en los ámbitos domésticos. En el fragmento anterior Victoria señalaba la posibilidad de autonomía de organizar los tiempos y las actividades en la casa, a diferencia del ritmo hiperintenso que impone el trabajo en la obra. Sin embargo, en Bolivia, varias mujeres asocian la dureza del trabajo y el malestar con estar en la casa, a diferencia de salir a trabajar por fuera, en la obra, lo que les permite

estar más libres, sociabilizar, e incluso descansar, privilegio que en la casa no pueden darse.

A mí me gustaría trabajar y trabajar todos los días y descansar sábado y domingo. Es mucho mejor trabajar que estar en la casa. En la casa yo me levanto a las 6 de la mañana, estoy recogiendo mis cosas, si hay que lavar servicios, boto la basura, recoger el cuarto. A las 10 me hago el desayuno, con mi hijo, después de eso estoy tejiendo. Tejo tapetes, chompas, para mis nietos. Después es las 11, empiezo a cocinar. Mi esposo dice 'voy a venir a almorzar'. Ya rápido tengo que cocinar, después de eso estoy poniendo la lavadora. Lavo, hago secar. O sea, no puedo descansar en ningún momento. A veces sábado y domingo mi esposo me dice qué cosas haces. No puedes estar sentada, debes reposar. No puedo, es mi costumbre. Por eso digo mejor es ir a trabajar, porque cuando voy, a la mañana hasta las 10 trabajo, de ahí descansamos y estamos riendo. Después nos ponemos a trabajar hasta las 12 en punto. Y ya nos vamos a almorzar en grupo, después volvemos y estamos descansando y riendo. Pero en la casa no puedo. En la tarde ya no hago la comida, le caliento la comida. En la noche sigo tejiendo (...) Este trabajo me gusta, la pintura, por ejemplo, en la alcaldía cada persona tiene que terminar dos aulas al día. Cuando yo trabajo, ahorita, extraño ese punto donde nosotros trabajamos en grupo. Cuando entramos, o a la mañanita, o a las 10, o a las 12. '¡A pijchar! ¡A ver! Vengan todos', dice la jefa o el jefe que está. '¿Quién ha traído coquita?', 'Yo, yo'. Ponemos coquita y hay como pijchar coquita, un refresquito y ya, y ahora pónganse a trabajar, cada uno en su lugar. Y ese compartir, riendo, alguna cosa contándonos, estamos riendo, nos sentimos libres y eso es lo que más me gusta a mí. Alimentarme de esa manera. Yo no quiero estar encerrada aquí entre 4 paredes y ahí estar trabajando, no" (Matilde Condori, maestra pintora, La Paz, Bolivia, 25-2-19)

Estas percepciones hablan de una mayor intensidad en el trabajo en las grandes obras del sector privado y de un ambiente algo más relajado en el sector público en Bolivia. La intensidad en este último caso, sería mayor en el ámbito doméstico, según Matilde. De todos modos, como mencioné, en este último se da un proceso de flexibilidad contractual en que la mayoría de las mujeres que laboran en el gobierno municipal tiene contrato eventual, que renuevan, incluso, por varios años, sin sumar antigüedad.

La flexibilidad horaria también es un mecanismo reiterado en el sector en el que los empleadores contemplan la histórica sobrecarga de trabajo doméstico de las mujeres como elemento para dar ciertos permisos de retirarse

antes, a cambio de garantizar la intensificación del trabajo en otros momentos. Olga por ejemplo, trabajaba horas extras a cambio de tener la posibilidad de retirar a sus hijos de la escuela.

Cuando yo empecé a trabajar en las obras, yo empezaba a trabajar desde las 9 de la mañana, hasta las 6 de la tarde. Bueno a mí me tocó la fortuna de que trabajaba de 9 a 6. La mayoría trabajan de 8 a 7. Yo tuve la fortuna de trabajar ese horario, porque yo hablaba con mis jefes y les decía que, yo tengo muchas ganas de trabajar, pero tengo dos hijos que tengo que llevar a la escuela, por lo menos *demen* chances de llegar. (...) Si quieren me quedo horas extras. Y tuve esa fortuna que siempre, llegaba y como tenía muchas ganas de trabajar. Entonces me decían, que estaba bien, ningún problema. Yo tuve esa consideración con ellos, porque bueno, se daban cuenta de que yo me dedicaba puro a trabajar, a trabajar, no hablaba con nadie. (Entrevista con Olga, Coapa, Ciudad de México, 27-12-18)

Reconocí una lógica similar, incluso, cuando las contratistas eran mujeres. Tina, quien estaba a cargo de la limpieza de las obras, negociaba con las trabajadoras mujeres los horarios porque reconocía que venían desde lejos y eso implicaba más riesgos en el camino. Sin embargo, luego no debían quejarse para el trabajo y aceptar la intensidad.

Cuando yo estuve de limpieza y hay gente que yo las traigo de por sí siempre en todas las obras así esté una de por muy chingona que sea, siempre me dan la preferencia a mí. Y aunque ella mande le quitan el lugar y me lo dan a mí. Es por eso que luego me agarran coraje. Algunas saben que se va a trabajar así y así. Como yo estoy ahorita a cargo de todo esto, qué le parece si le doy una hora de desayuno, si entramos a las 8, no, entren a las 9, pero lo que es escondidas, que no diga nada porque ahorita me regañan. Y a la hora de la salida, mandaba yo a decir vete a bañar y luego te cambias. No, no me voy a bañar. Entonces vete a cambiar. Como siempre salimos a las 6 y de aquí que sale bien lejos, les digo, sabes qué, vete a las 5. Pero siempre he sido con la gente así porque al fin de cuentas, qué le digo, las que se portaban así, decir *naa* (como quejándose), que no, esas una o dos semanas y se fueron (Entrevista con Tina, Xochimilco, Ciudad de México, 8-8-18)

Amalia, hermana de Olga y también trabajadora de la construcción en el oficio de la tablarroca y la pintura, señalaba con respecto a su lugar de trabajo “Acá pagan más, es una friega sí, pero acá pagan más”. En el momento en que la entrevisté trabajaba en la remodelación de una unidad habitacional que había sido afectada por el terremoto en 2017 de 8 a 18 horas, aunque a veces se quedaba más tiempo. Según ella, la ventaja era que vivía cerca. Y efectivamente las distancias y los tiempos de traslado son elementos relevantes a considerar. Supone tiempo que se quita al descanso, a hacer otras tareas y al mismo tiempo constituye una dimensión de la desigualdad que se manifiesta también en el territorio.

Aquí me gustaría poner de relieve una dimensión que, de tan naturalizada, queda opacada en la centralidad que adquiere en la experiencia de trabajo de las mujeres tanto en México como en Bolivia. Me refiero a las jornadas de trabajo hiper-extensas que tiene efectos en la precarización de sus vidas y en el agotamiento estructural que manifiestan muchas de ellas y que debería ser considerada como una dimensión central de la violencia estructural de género.¹⁰⁶ Tal como señala un informe de la CEPAL (2019a:146), el valor económico del trabajo no remunerado de los hogares se encuentra entre el 15,2% y el 24,2% del PIB nacional de los países de la región. México presenta la tasa más alta, alcanzando el 24% en 2014. En el siguiente cuadro se muestra el tiempo dedicado a las actividades domésticas y cuidados no remunerados por género en cada país.

¹⁰⁶ Según un informe de la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL) 2020, “Antes de la pandemia de COVID-19, las mujeres de la región dedicaban más del triple de tiempo al trabajo no remunerado que los hombres. La presencia de niños y niñas en los hogares, sobre todo en los más pobres, provoca una sobrecarga de trabajo de cuidados para las mujeres, lo que a su vez limita sus posibilidades de participación en el mercado laboral. Tal como muestran los datos de diez países de la región, el principal obstáculo para la plena inserción de las mujeres en el mercado laboral está relacionado con las responsabilidades familiares, expresadas en trabajo doméstico y de cuidados” (CEPAL 2020:200)

América Latina (18 países): tiempo dedicado a quehaceres domésticos y cuidados no remunerados, según sexo y tipo de trabajo no remunerado, último año disponible
(En porcentajes)

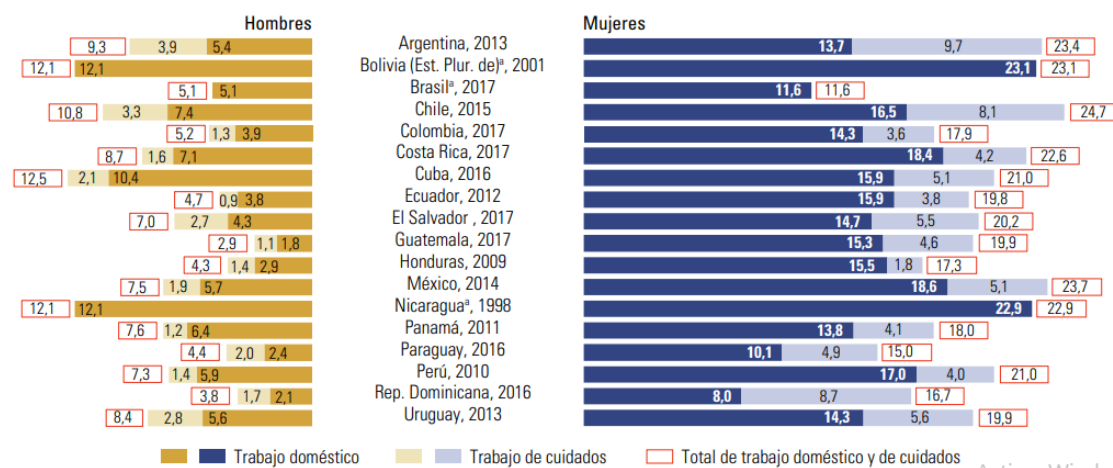


Ilustración 23 Tiempo dedicado a quehaceres domésticos y cuidados no remunerados según sexo en América Latina (CEPAL, 2019:146)

Abordar el trabajo desde una perspectiva feminista permite, justamente, dimensionar los vínculos y condicionamientos recíprocos entre los ámbitos productivos y reproductivos. El debate feminista en los años 70, especialmente de las teóricas de la reproducción social, ponía de relieve una concepción acerca de que la dinámica productiva determinaba los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo. En la actualidad, el tema de los cuidados incluye una multiplicidad de dimensiones y por eso hay un consenso en utilizar la noción de economía del cuidado (Dobrée and Quiroga 2019). La crisis del COVID 19, que expuso de manera violenta la sobrecarga del trabajo de las mujeres, produjo asimismo una revitalización del debate en torno a los cuidados. De allí la importancia de su abordaje, en tanto “la injusta organización social del cuidado combina y recrea no solo las desigualdades entre hombres y mujeres, sino también las desigualdades socioeconómicas, étnicas, raciales y territoriales y las existentes entre distintos países” (CEPAL 2020:202).

Casi por unanimidad, las compañeras de ambas localidades etnográficas describían jornadas de trabajo de entre 17 y 19 horas diarias, es decir, casi hasta el límite de lo humanamente posible. La sobrecarga de trabajo doméstico y tareas de cuidado se sumaban a las jornadas de trabajo en la obra. Esta es una dimensión que, si consideramos únicamente la dinámica en el espacio de trabajo productivo, como generalmente lo ha hecho la

antropología del trabajo fundamentada en la línea sobre proceso de trabajo, perderíamos de vista un elemento central en el análisis, no sólo de la valorización del capital sino también de la experiencia concreta de casi la mitad de la clase trabajadora. Victoria, en México, quedó a cargo de sus tres hijos pequeños después que su esposo fuera víctima de desaparición forzada, dos años antes. En ese momento ella comenzó a trabajar en el sector de la construcción.

V: Un día normal es pararte a las 5.30 de la mañana, me paro a hacerle el desayuno a mis pequeños, a los que se van a la secundaria, desayunan ellos, desayuno yo, les preparo sus tortas a mis hijos, y uno se va a la secundaria que lo lleva mi mamá, otro me lo traigo yo. Entonces uno conmigo viaja todos los días en metro a las 6, 6.30 vamos saliendo de su humilde casa hacia el trabajo, y él hacia la secundaria, y así todos los días.

M: ¿Y luego? ¿Cuánto tiempo le pones hasta llegar acá?

V: Salgo a las 6 de mi casa y llego aquí 8.30, cuarto para las 9. Un montón de tiempo. Salimos de aquí a las 6 de la tarde y llego a mi casa a las 8, 8.30. Y ahí otra vez empieza, llegas a hacer tarea con los niños, lo que les faltó, prepararles el uniforme, zapatos y otra vez a preparar de mañana...

M: ¿Y a qué hora te duermes más o menos?

V: Tengo que bañar a mis niños, a los chiquitos, vengo durmiendo hasta las 10.30, 11, si es que no hay tarea hasta las 12.

M: O sea que son como, 18 horas de trabajo.

V: Sí, prácticamente. Ora sí que dicen 'vas a la casa a descansar' pero no, no descansas.

M: ¿Y te tomas así vacaciones algunos días, sin trabajar?

V: Este, no, a menos de que pida permiso porque una junta, o que uno de mis hijos les pasó algo, no sé, necesito ir por algo con urgencia al doctor, o a la escuela, es como pide el permiso, medio día, o un día si se requiere. (Entrevista con Victoria, Remodelación Hotel Av. Tlalpan, Ciudad de México, 8-9-18)

Un día normal de trabajo para mí, es me levanto a las 6:30 de la mañana, si es que mi trabajo es a las 8:00. Más antes era diferente, porque ahora estoy un poco delicada de salud y me cuesta levantarme de la cama, entonces ahora me estoy

levantando 6.30, preparo el desayuno y no preparo la comida, me voy así nomás, regreso y mi mami se encarga de la comida y mi hijo. Yo regreso como a las 8 (Madeleine, La Paz, Bolivia, 9-2-19)

La responsabilidad del trabajo doméstico, históricamente designada a las mujeres, opera como uno de los factores que inciden en la forma de organizar el trabajo en la obra y en la configuración de mecanismos de extracción de plusvalía, al tiempo que, como ya se debatió por varias décadas, el capital se beneficia del trabajo no remunerado de las mujeres que reproduce gratuitamente la fuerza de trabajo. De allí la famosa denominación acerca del patriarcado del salario de Silvia Federici (2018) que muestra la importancia del salario como herramienta de poder. En el próximo apartado, indago en la regulación de los cuerpos trabajadores como forma de organizar el trabajo.

5.5 “Darse a respetar”. “Agarrarles el modo”. Cooperación y competencia (en la producción y reproducción)

Todos los capítulos de esta tesis abordan, de una u otra forma, el trabajo de los cuerpos y en el siguiente es el foco central de análisis. Sin embargo, en este apartado, me interesa resaltar algunos de los modos en que los cuerpos son producidos más directamente vinculados con la necesidad de ser productivos para el capital. A partir de esta necesidad, se retroalimentan y se crean nuevos sentidos sobre las corporalidades. Para ello, como vimos, no podemos soslayar la estructuraciones racistas y patriarcales en torno a las cuales se dirime el trabajo, específicamente los procesos de reproducción de la relación capital-trabajo.

Hemos planteado que el sector de la construcción tanto en México como en Bolivia presenta una gran heterogeneidad que involucra desde trabajo unipersonales hasta grandes empresas constructoras, en el sector privado, y también en ámbitos públicos. Una característica central de la organización del trabajo en el sector en la mayoría de países latinoamericanos, al menos, refiere a las cadenas de subcontrataciones. Por lo tanto, entre el empleador, y los

diversos grupos de trabajadores suele haber distintas instancias de mediación, encarnadas en las figuras de los contratistas.

Mi intención en este apartado es caracterizar algunas prácticas y sentidos en torno a los “cuerpos en relación”, en el sector de la construcción. Principalmente, la dinámica entre hombres y mujeres, y al mismo tiempo, la vinculación entre mujeres. Para ello, retomo analíticamente las nociones de cooperación y competencia.

Si exceptuamos aquellos escasos casos en los que el proceso de trabajo lo realiza una sola persona, el trabajo como actividad genérica, como proceso para la creación de un producto, es constitutivamente social. Y precisa de la coordinación de las actividades individuales. Y ello lo podemos observar en los trabajos de *ayni* en Bolivia o tequios en México, en los que la coordinación es simétrica o solidaria. Sin embargo, cuando se trabaja para el capital, esa coordinación aparece como despótica (en términos de Marx). En el sistema capitalista

La cooperación entre obreros asalariados es (...) un simple resultado del capital que los emplea simultáneamente. La coordinación de sus funciones individuales y su unidad como organismo productivo radican fuera de ellos, en el capital, que los reúne y mantiene en cohesión. Desde un punto de vista ideal, la coordinación de sus trabajos se les presenta a los obreros idealmente como el plan del capitalista y la unidad de su cuerpo colectivo les aparece prácticamente como la autoridad del capitalista, como el poder de una voluntad ajena que somete su actividad a los fines perseguidos por aquélla. Pero si, por su contenido, la dirección capitalista, como el propio proceso de producción que dirige, tiene dos filos (por una parte, un proceso social de trabajo para la creación de un producto, y por otra parte, un proceso de extracción de plusvalía), por su forma es una dirección despótica. (Marx 2008a:403)

Las relaciones de cooperación son centrales para la acumulación capitalista, sin embargo, las y los trabajadores, en tanto sujetos, tienen la capacidad de tensionar esos imperativos. De esta contradicción se origina en la necesidad que tiene el capital de controlar la fuerza de trabajo. “Marx caracterizó que esta necesidad fundaba, para el capital, la necesidad de *dirección política* del proceso de trabajo, que se entrama con la dirección técnica que ejerce sobre el proceso de trabajo” (Palermo and Soul 2015:250).

Los sentidos sobre los cuerpos de las y los trabajadores se constituyen relacionamente, y las estructuraciones en torno al género y las jerarquizaciones raciales ocupan un lugar central en el control de la fuerza de trabajo. En los espacios de trabajo se producen y reproducen tales estructuraciones que tienden a materializar los cuerpos (siguiendo a Butler) de modos específicos.

Uno de los ingenieros que estaba a cargo de la remodelación de algunos edificios en la Unidad Girasoles, en Coapa, Ciudad de México, señalaba la estrategia que utilizan para gestionar a sus trabajadores.

Cuando contratamos mujeres, lo primero que se hace es, se habla con las mujeres, primero para decirles que se tienen que dar a respetar. Porque es bien importante que la mujer se dé a respetar. Porque si la mujer no se da a respetar provoca muchas consecuencias malas y negativas tanto para el trabajo como para el empleador. Entonces primero se les dice a las mujeres dense a respetar. Vienen a trabajar, no a buscar novio, ni papás de sus hijos. Después se habla con los hombres. No pueden acosarlas. Se les pide... es más, casi ni les hablen. Y a los dos se los juntan, y se les pide que no se lleven, que no chanceen, que no jueguen, que no nada.

M: ¿y eso lo hacen por separado?

Primero las mujeres, pues dense a respetar. Después a los hombres, respeten a las mujeres. Y luego ya juntos, que todos lo oigan, no se lleven, no jueguen, porque no vinimos a hacer amigos, vinimos a hacer dinero. Entonces, ok. A los hombres se les dice no acosen sexualmente, no se lleven, no las espíen, no las busquen, no esto, no lo otro.

M ¿Y ellos cómo responden?

Ellos dicen ¡ah, nooo! Como que no es importante para ellos, pero es muy importante. Y vamos a ser honestos, desafortunadamente siempre acaba viendo una relación sentimental con alguno. Seguramente pasa, porque las mujeres que trabajan en la construcción regularmente son madres solteras.

M ¿Y por qué sólo madres solteras?

Yo creo que son mujeres que tuvieron problemas en su relación, son madres y pus quieren salir adelante. ¿Y qué pasa? Trabajando en otra cosa el sueldo es mucho más pequeño, entonces si te metes en la construcción, el sueldo es mayor. Es trabajo rudo, es trabajo de hombres, es trabajo físico, pero obtienen mejor paga. Entonces son mujeres solas. Entonces al ver día a día a un hombre, acaban teniendo una relación sentimental, por más que se los prohíbo, no hay formas de evitarlo eh.

Regularmente llevo 26 años trabajando en la construcción y siempre se trata de evitar esto. No se puede evitar, pero siempre tratamos de evitarlo. Ya cuando hay una relación sentimental se presta a muchas cosas, no es bueno para nadie.

M ¿Y ud. contrata hace mucho tiempo a mujeres?

Yo contrato a mujeres desde el día 1 que empecé en la construcción hace 26 años, porque, aunque me duele aceptarlo, las mujeres son más metódicas, son más detallistas, son mejores hechas que los hombres. Los hombres no son tan buenos. Especialmente para limpieza, por ejemplo, que es para lo que se contrata, las mujeres son mejores limpiando, son más limpias, más detallistas, lo hacen mejor. Se fijan más, lo hacen con más cuidado. (Entrevista con Francisco, ingeniero, Coapa, 29-10-18)

Como veíamos en el anterior apartado, en el caso de la mujer que fue castigada, según la perspectiva del ingeniero y de las propias compañeras, por generar conflicto entre las trabajadoras, el modo de resolución es la disciplina laboral a través de la intensificación del trabajo. Ello redundaba en un aumento tanto de la explotación como del salario, que es en última instancia, lo que “engancha” a las madres sostén de familia.

Como bajó el trabajo y necesitaba yo contratar ayudantes, tomé la decisión de quedarme con las mujeres que tenía y enseñarles un trabajo diferente que sea nada más limpiar. Al final de cuentas, para mí, es lo mismo que lo haga un hombre o una mujer, y a ellas ya las tenía contratadas y yo ya les había agarrado el modo de cómo trabajar con ellas. Entonces decidí mejor enseñarles a trabajar, para que me ayudaran en otra área que no nada más fuera limpieza.

M: ¿Y a qué se refiere con eso de agarrarles el modo?

Ok. Lo que pasa es que es difícil las relaciones personales, son difíciles. Las relaciones laborales son muy difíciles. Tú le agarras el modo a las personas de cómo hablarle, cómo tratarle, cómo sacarle la productividad, que sea productivo para mí. A eso me refiero con agarrarles el modo. Ya sé que, los lunes por ejemplo no vienen, ya sé que llegan tarde, pero ya sé cómo cobrarme ese tiempo, como para que todos salgamos contentos. Yo con que saque mi trabajo y ellos que cobren su sueldo completo. Se quedan más tarde para compensar. A eso me refiero con agarrarles el modo. Tenemos una forma de trabajo que nos convenga a los dos. Ellos su dinero, yo mi trabajo. (Entrevista con Francisco, ingeniero, Coapa, 29-10-18)

Sin embargo, inmediatamente, el ingeniero mencionó que, a diferencia de los hombres, que suelen llegar tarde los lunes (¿San Lunes?), las mujeres no lo hacen porque “tienen más necesidades”, lo que favorece a ellos como empleadores.

Las mujeres faltan menos. Siendo honesto, las mujeres son más comprometidas, como que las mujeres tienen mayor necesidad. O son más... ¿Qué podría decir? Quiero usar una palabra exacta. Son más responsables. A los hombres les vale. Si un lunes un hombre no viene, no se va a comprar dos cervezas, ¿no? En cambio, la mujer está pensando en libros, comida, en ropa, en zapatos. Los hombres no. Entonces las mujeres en verdad son más dedicadas, más responsables. El único problema que tenemos, y todos lo pensamos igual, es que las mujeres son más conflictivas. Pelean más entre ellas mismas. Y eso genera que no trabajen a gusto. ‘Ah no, yo con ella no trabajo. Ah, yo con ella no voy’. Ese roce. Igual los hombres lo tenemos, pero nosotros *bahhh* (hace un sonido como de desprecio), para nosotros no es tan importante, ¿no? Cada quien en su trabajo y no importa. Las mujeres son más sentimentales, lo llevan más a pecho. Entonces sí son un poco más conflictivas cuando tienen algún conflicto con alguna otra mujer. (...) Es bien fácil, la mujer como quiere cuidar su trabajo, le dices bueno, te aplicas, te portas bien o pierdes el trabajo. O sea, ellas lo que quieren es seguir teniendo el trabajo. Entonces, *pus*, las reglas siguen mejor” (Entrevista con Francisco, ingeniero, Coapa, 29-10-18)

¡Las contratamos! Porque al final de cuentas a nosotros nos da lo mismo pagarle 1000 pesos a una mujer o 1000 pesos a un hombre. Si queremos sacar el trabajo más rápido y mejor. Nosotros no estamos casados con un género, estamos casados con sacar el trabajo lo más rápido posible. (Entrevista con Francisco, ingeniero, Coapa, 29-10-18)

Tina también hacía referencia a su modo de “agarrarles el modo”. “Me gusta porque adonde quiera que soy contratada me la dan de... o sea, para mandar a las chavas también, me gusta. No es de mala onda, digo, porque también yo se la necesidad. Lo que me gusta es que trabajen como a mí me gusta. Yo sé cuándo una persona va a trabajar conmigo y que van a pedir trabajo. Cuando yo estoy trabajando me dicen, oye, ¿me consigues trabajo? Las miro, y si se ve que no son trabajadoras... ps, ahorita no”. “¿Ya solo con verlas sabe? Le

pregunté. “Ya solo con verlas.., sí, ¡pero *luego luego!*”¹⁰⁷ “¿Y cómo lo sabe?”, pregunté sorprendida. “Porque cuando alguien llega al trabajo y se queda ahí mirando como viendo, a ver si hay chavos o algo así... ¡No! ¡Tú vienes al desmadre hija! Tú no. Sí, ya me tocó tener unas chavas así, me quisieron meter `No, mira ¿qué crees?, yo vengo por el *arquí*”¹⁰⁸. No, tú vienes porque yo te contraté. Le dije a tu prima, y así como viniste te vas”, me relató casi actuando la situación.

Olga, por su parte, hacía referencia a que sus empleadores, como sabían que tenía dos hijos, le permitían salir antes cuando ella lo necesitaba. Ella entiende que esa permisividad se la otorgaban porque ella era “muy trabajadora”.

‘No, no, está bien, tienes dos hijos y estás sola’. Y dicen que hablando se entiende la gente. Y sí me entendían. Y tuve esa fortuna que llegaba y como tenía muchas ganas de trabajar, entonces me decían que estaba bien, ningún problema. Yo tuve esa consideración con ellos, porque bueno, se daban cuenta de que yo me dedicaba puro a trabajar, a trabajar, no hablaba con nadie. (...) Para el trabajo, sí. De alguna manera, sí me tenía que poner a hablar con esas personas, pero solo por trabajo, ni relajo, ni nada. (Entrevista con Olga, Coapa, Ciudad de México, 29-10-18)

Las mujeres entrevistadas en México y varias de Bolivia, optaban por la estrategia de no hablar ni vincularse con sus compañeros hombres. Olga me narra que su mamá vendía comida en las obras. Antes de casarse con su padre, la madre de éste (o sea, la futura suegra de la mamá de Olga) la contrató para ese trabajo, pero siempre le decía que no le hable a los hombres para que no le falten el respeto. Parece haber una continuidad en esa experiencia y en ese sentido. Fue reiterativo, especialmente en las entrevistadas en México, pero también en Bolivia, que la estrategia que utilizan para evitar el acoso, o que las respeten, es no hablar con nadie. Especialmente

¹⁰⁷ En México la expresión *luego luego* significa ‘inmediatamente’ o ‘enseguida’ (Diccionario de mexicanismos, de la Academia Mexicana de la Lengua, México: Siglo XXI Editores, 2010).

¹⁰⁸ Apócope informal de arquitecto. El mismo mecanismo lingüístico utilizan, especialmente los subalternos en la cadena de mando, para referirse a ingenieras o ingenieros, conocidos como el o la *inge*.

no hablar con los hombres, pero debido a la competencia y conflictos entre las mujeres, tampoco conversar entre ellas.

En estas significaciones también se deja entrever un sentido subyacente vinculado a la culpabilidad de las mujeres. “No le hables, para que no te falte el respeto”. Si te falta el respeto es porque tú le hablas o lo provocas. Se repite en los relatos de las mujeres, pero también en los contratistas y arquitectos.

Yo que siempre me daba a respetar. Sí, era de que ‘Te invito a comer’. ‘No, gracias’. ‘Te invito a...’. ‘No, gracias. Tengo muchas cosas que hacer en mi casa’. Ya después con el tiempo los empecé a medio hablar y ya nos empezamos a llevar bien. *Ora* sí que nos fuimos ganando amistad, ¿no? Pero fue conforme a como yo los fui observando, si eran respetuosos y eso. Con las mujeres que se dejan, que sí les gusta andar ahí. (Entrevista con Olga, Coapa, México, 29-10-18)

Carolina, de 37 años, quien trabajaba de limpieza de obra fina en la remodelación de un hotel sobre la Avenida Tlalpan, en el centro sur de la Ciudad de México, señalaba que su estrategia recaía en marcar diferencia de edad, hablándoles de usted. “No llevarse” es la expresión que suelen utilizar a menudo, y significa un disciplinamiento en el relacionamiento de los cuerpos.

Hasta ahorita no me han faltado el respeto. Me han respetado. Yo digo, que depende de uno, ¿no? O sea, si uno no cede su lugar, como mujercita, obviamente que nos van a respetar. Yo, en mi caso tengo esa costumbre de hacerme respetar con ellos, hablarles de ‘usted’, aunque estén jóvenes, para que ellos me respeten. Hasta ahorita, de momento me dicen ‘Doña Caro’. A pesar de que estoy chava, pero me dicen ‘Doña Caro’ y me tienen un respeto. Y no me llevo con ellos, trato de trabajar yo sola, sin grupito, sin las demás compañeras para que no pase nada.

M: ¿Y cómo es el vínculo con las otras compañeras?

C: No, no, cuando terminamos de trabajar, pues ahí, ya me junto con ellas y platico con ellas un ratito, pero no, no hablo con ellas, nada más un "hola" y "hola" y ya. (Entrevista con Carolina, Tlalpan, Ciudad de México, 8-9-18)

En varias ocasiones, Tina hizo referencia a la utilización despectiva de “ser indio”, “ser de pueblo”, o “ser mujer”, para designar los modos más habituales en los que se visibilizan las múltiples discriminaciones en el ámbito de la

construcción en la Ciudad de México. En tal sentido, la burla se constituye como un mecanismo que crea límites y presiones definidas en los cuerpos que se permiten estar y permanecer en el trabajo de la construcción. Algunas estrategias, desarrolladas generalmente de modo individual, ponen en evidencia diversos modos en los que las mujeres sortean y resignifican estas prácticas de dominación, incluso, a través de la misma burla. Tina narraba de la siguiente manera algunas de estas:

Hay muchos *canijos* que trabajan ahí que, a la gente que llega de pueblo, haga de cuenta la quieren humillar y como yo he trabajado... cuando la hacen se las devuelvo a ellos por cabrones. Haga de cuenta, llega uno de pueblo ¡Y no! ¡que se empiezan a decir cosa y media! Que ‘pinche indio’ y todo eso. ‘Yo nunca voy a andar ayudando a una mujer a barrer o equis’. Ya verás. Luego yo, cuando estoy trabajando ‘Oye inge, necesito dos canijos, necesito lavar la vialidad, necesito dos canijos’. –‘¿Quién te gusta?’ –‘Fulano y sultano’. -Si, si, si. ‘Van a ayudar a Tina, van a agarrar la escoba’. –‘No es que...’ (como quejándose). Les hago burla ya cuando están trabajando. ‘¿Qué onda mamacita?’, le digo, ‘qué, ¿cómo te va? ¿Qué tal, te gustó la escoba *mija*? ¡Órale cabrón! ¡No te burles de esas viejas que andan barriendo!’ Y les hago burla, así ¿qué sienten *weyes*, que los humille una persona? Les digo, no me gustan que sean así. De ahí para delante jamás vuelven a hacer eso (Entrevista con Tina, 8-8-18).

Tina, que ha atravesado múltiples injusticias, en su lugar de trabajo se posiciona con firmeza. “Me conocen por buena, por eso me contratan mucho, aunque estoy mal de mis manos, pero me contratan, porque saben cómo trabajo”, reconocía con cierto tono de orgullo. Se vale del reconocimiento que le tienen por “hacer bien su trabajo”, para elaborar estrategias que, desde su punto de vista, sirven para generar justicia, o para revertir las relaciones de poder. “A todos los aplaco. Eso es lo bueno, que siempre he tenido que no me gusta que humillen a la gente que, porque viene uno a veces de pueblo, ¿verdad?” (Entrevista con Tina, 8-8-18). El reconocimiento de su trabajo por parte de los superiores es utilizado por Tina para lograr lo que se propone en los espacios de trabajo. De todos modos, en última instancia, sigue primando la decisión del arquitecto o ingeniero a cargo.

No le gusta a un hombre que siempre una mujer lo mande, pero a mí sí me hacen caso. Le digo que me gusta y me da risa cuando me dice no, no lo voy hacer. ¿Sabes qué? Le digo (al arquitecto o ingeniero) ¡mándeme a ese cabrón! -Sí, sí, ocúpalo el tiempo que quieras. Y hazle caso, cuando ella te diga que hagas esto, hazlo. Me daba risa y dicen, “no, si está bien Tina”. Pero como que no les gusta que una mujer le mande, pero conmigo se doran. (Risas) Sí soy buena gente, pero no me gusta cuando... Me gusta que cuando dicen ¡ah, esa pinche vieja no me manda! ¡Claro que sí! ¿quién dice que no? hay que hacerlo. ¡Está cañón! (Entrevista con Tina, 8-8-18)

Sin embargo, Tina reconocía que la preferencia que los arquitectos e ingenieros tenían por ella, frecuentemente le ocasionaba conflictos con otras mujeres. “En todas las obras, así esté una de por muy chingona que sea, siempre me dan la preferencia a mí. Y aunque ella mande le quitan el lugar y me lo dan a mí. Es por eso que luego me agarran coraje” (Entrevista con Tina, 8-8-18). La división del trabajo actúa como un mecanismo central en la generación de competencia y conflicto al interior del colectivo (heterogéneo) de trabajadores y trabajadoras. Incluso el sentido de las mujeres como “conflictivas”, construido tanto por los hombres como por las mismas mujeres, tanto por los profesionales, como en los puestos técnicos, aparece como una característica necesaria de gestionar o administrar.

Veremos cómo la cooperación y la competencia se constituyen en dos procesos contradictorios pero dependientes (o necesarios) que se vuelven central en la disputa de poder en las relaciones entre el capital y el trabajo, pero también en las relaciones de género y étnico raciales. Históricamente, en la organización capitalista del trabajo, el capital necesita de la cooperación de las y los trabajadores (el obrero colectivo, en palabras de Marx), pero no lo suficiente como para permitir que se organicen en su contra. En la industria de la construcción veremos también cómo las mujeres tienen que lidiar con (enfrentándose o reproduciendo) la competencia de los hombres, pero también de otras mujeres. Los “miramientos” y el chisme son dos elementos que en ambas localidades etnográficas aparecieron con fuerza, como mecanismos creadores de diferenciación y distanciamiento entre las mujeres.

Entre mujeres nos observamos. Ella trabaja en una empresa y yo soy nuevita en entrar y sí va a haber ese rivalismo. A mí me han hecho eso en la alcaldía, me han

querido obligar a cargar más cosas, en el cual yo no he hecho. Hasta el día de hoy no he levantado ni una bolsa de cemento, y le he dicho tú tienes un contrato de un año, carga vos si quieres. He agarrado una escoba, me he ido a otro lado a barrer, porque de mí ya faltaban dos semanas para terminar mi contrato, y yo entraba por tres meses (Sonia, entrevista colectiva con la dirigencia de ASOMUC, 24-5-19).

En los sentidos que construye Sonia en torno al trabajo aparece otro núcleo central en las estrategias de fragmentación del colectivo obrero referido a la competencia entre puestos de trabajo. En el caso que señala Sonia, son los conflictos entre trabajadoras de planta y las eventuales.

5.5 El “salario” del patriarcado en el sector de la construcción: Violencia sexual como disciplina

Moisés, el contratista que remodelaba casas particulares en Coyoacán y Taxqueña, barrios del centro sur de la Ciudad de México, me había insistido verla. Varias veces lo hizo. “Hola. ¿Qué tal? Buenos días. Hay una persona que es muy importante, muy interesante para tu investigación, en el aspecto que ella hasta le ocurrió un accidente. Se rompió sus manos en plena obra limpiando unos cristales. Y tiene toda una vida para platicarte de su historia, pero ella está en otra obra si la quieres entrevistar”, me escribió en un mensaje de WhatsApp.

Moisés estaba encargado de entregar el trabajo de remodelación de una casa particular, cerca del famoso Café El Jarocho, a unas cuadas de la estación terminal sur de buses Taxqueña. Fui a la obra porque me había dicho que había dos mujeres trabajando con él y que allí las podría entrevistar. Ese mismo día, un caluroso sábado de julio, debían “entregar” la casa.

En el café El Jarocho entrevisté a Olga, quien, como mencioné, suele trabajar con Moisés. Ella me acompañó hasta la casa. Cuando llegué, me presenté como pude. No había mucho tiempo ni espacio para presentaciones. Al principio creí que se trataba de los nervios de ver a una desconocida allí, más tarde me di cuenta que estaban atrasados con el trabajo y que era probable que pasaran la noche trabajando. Moisés varias veces repitió el plazo de

entrega a sus trabajadores, presionando para que aceleren sus tareas. Era mediodía y faltaba bastante trabajo. Después de pasar por un patio en el que había dispersos un sinfín de elementos de trabajo, latas de pintura, ladrillos, alambres, llegué a la primera sala de la casa donde colocaron el piso. Allí estaban, además de Moisés, tres varones y dos mujeres. El lado de la habitación que daba al patio eran unas puertas corredizas de vidrio que cubrían el ancho de la sala. Todo el piso de ese espacio estaba cubierto con un plástico transparente. El polvillo, un estridente sonido de alguna herramienta que estaban utilizando en el piso superior, y los acordes de un *norteño*¹⁰⁹, impregnaban el aire. Una fina capa de polvo cubría el piso, los materiales y los cuerpos. En una de las esquinas, 20 bolsas de material de marca *Bexel*, de 50 kg. se apilaban repartidas en dos columnas. Al acercarme leí que era un adhesivo para pisos. Giovana, una de las trabajadoras, se paraba encima de ellas para poder sacar los restos de mezcla de revestimiento o pintura que habían quedado en el marco de la puerta. Usaba una espátula de acero que sostenía con sus manos manchadas de blanco. También utilizaba la escalera que iba moviendo por todo el espacio a medida que necesitaba.

Moisés continuó con su trabajo junto a otro hombre. Este parecía tener unos 35 años. Vestía un pantalón de *jean* ancho, una playera sin mangas y un sombrero de tela. Las tres prendas, al igual que sus brazos y zapatos estaban manchados de pintura blanca. Estaba parado sobre un balde de pintura invertido. Tenía dos *llanas* o *frotachos*, una en cada mano. Con una de ellas juntaba macilla y con la otra la esparcía en la pared con un movimiento áspero y rítmico.

Después de charlar unos minutos, Moisés me insistió que debía entrevistar a Tina. “La más chingona, discúlpeme que lo diga así, la más chingona se llama Tina. A ella la tiene el arquitecto allá, se cae, en el momento que cae se corta las manos, las muñecas. Ella ya toda su vida va a quedar con el problema de sus manos, pero como la señora tiene 10 hijos... O sea, es que muy interesante su vida, está *chingonsísimamente*”. Y continúa: “Luego para colmo es *infómana*.¹¹⁰ ¿Sabes lo que es *infómana*? Es una persona que todo el

¹⁰⁹ El norteño es un género musical originario del norte de México, que incluye formas musicales como la ranchera o el corrido.

¹¹⁰ Se refiere a *ninfómana*.

tiempo tiene que tener sexo. Es una enfermedad. Las *infómanas* son así. O sea, está chingonsísima, porque aunque... ¡Vaya! Aunque ella trabajara en la obra, pues si un chico le dice *pus* que hola... por su enfermedad, ¡pus, vamos!” (Charla informal con Moisés, contratista, 21-97-2020).

Quedé muy sorprendida, tanto por lo que me contaba, como por su insistencia en que lo sepa. No supe qué decir. Inmediatamente, Olga le preguntó a Moisés: “¿Y tú llevas un tiempo de conocerla?”. “Sí, a Tina, sí”, respondió con un gesto de simpatía. “Es una persona súper especial, en el aspecto que es bien grosera”, dijo imitando un tono de exageración. “Ella sí te dice, disculpe que lo diga así, oye yo quiero coger contigo. Así, directo. No se anda con ribetes, no. Es algo... para la mera verdad para mí, para lo que necesito, no hay mujer que le llegue a ella. Neta, neta” (Charla informal Moisés, contratista, 21-7-18). Inmediatamente me aclaró que lo que él necesitaba era una buena trabajadora. Alguien que haga bien el trabajo de limpieza de obra.

Después de unos días, logré contactarme con Tina. Habíamos quedado en encontrarnos en el reloj del zócalo de Xochimilco, al sureste de la ciudad, cerca de donde ella vive. Un día antes del encuentro, me envió un mensaje de audio por WhatsApp y me dijo que ya no fuera a ese lugar. Su sobrino había tenido un accidente y estaba cuidándolo en el Hospital General de Balbuena, un histórico hospital de urgencias y traumatología de la ciudad.

Al día siguiente, llegué al mediodía al hospital. Tina estaba con su cuñado y otro muchacho comiendo tacos en uno de los bancos. Vestía tenis morados con cordones, un *party* del mismo color, una blusa y un suéter. Tenía el pelo largo y recogido en una trenza que le colgaba sobre su lado izquierdo. Unos aretes, también largos, hacían juego con su ropa. Después de la incomodidad del primer momento, dos sensaciones que me quedaron del encuentro con Tina han sido la franqueza y la ternura de su mirada. Le expliqué qué estaba haciendo. Buscamos un lugar apartado para poder charlar más tranquilas. Tina tenía en ese entonces 42 años. Nació en Veracruz, una ciudad portuaria del oriente del país, ubicada a unos 400 km. de Ciudad de México y fundada por Hernán Cortés. Si tiene que decir qué hace, responde “limpieza fina”. Sin embargo, después de unos minutos de charlar con ella, puedo reconocer una infinidad de saberes. “Hay ocasiones que he tenido muchachas de limpieza y también sacamos cascajo. Y si hay trabajo extra, voy pos, a

lecharear la loseta”. Con paciencia me explicó qué es *lecharear*¹¹¹ y percibí que se entusiasmaba cuando hablaba de su trabajo. En un momento de la charla Tina, a quien Moisés me había insistido en conocerla por su supuesta ninfomanía, me dijo: “¿Qué cree? cuando entra uno como mujer muchas veces los hombres andan como perrito atrás de una. Yo tuve que... a mí me quisieron violar tres chavos”. “¿En la obra?”, pregunté. “Pues sí. Al principio pues yo pensé que era una broma, porque con uno de ellos yo me llevaba de maravilla. Pensé que era broma”. Hizo un silencio, como abstraída. “Y dije ¡ya sálganse! Me terminaba de bañar, me acababa de poner mi ropa y pues me agarraron a la fuerza. Ese día sí estuvo *gacho*. Pero como siempre tenía un cúter debajo de la cabecera, en el cuarto de servicio, tenía yo una camita, y tuve que defenderme. Y a un chavo le corté la mano y ahí fue cuando me soltó. Y le mordí la mano”. Nuevamente Tina quedó en silencio. “Pero sí, estuvieron a punto de violarme. Yo digo que a lo mejor me hubiera gustado. Verá, sabes qué, hablando se entiende la gente. A lo mejor si me gustaba el muchacho, a lo mejor sí, pero pues no. Esa vez sí estuvo cabrón porque tuve que defenderme” (Entrevista con Tina, 8-8-18).

Quizá porque no supe qué decir o porque necesitaba demostrarle que sí le creía, le pregunté inmediatamente ¿Y ahí tienes el apoyo de otros compañeros o más bien le creen al hombre? ¿Cómo fue eso? Y su respuesta me mostró que las desigualdades y el control del cuerpo de las mujeres también se extiende en las dinámicas vinculares, generando lo que podría llamar un entramado relacional de control.

T: Pues a la arquitecta no se le dijo a ella, porque el chavo que quiso hacer lo que quería hacer, andaba con ella, con la dueña de todo eso. Entonces no habló y se quedó callado. ‘¿Qué te pasó?’ (refiere a la pregunta que le hacían al abusador al verle su mano cortada). ‘Pues nada, me resbalé y me corté’. Es que fue horrible. ‘Nos vemos señora, con permiso’, y salía. Pero él nunca dijo nada porque sabía que no iba a poder.

M: ¿y después siguió trabajando ahí?

¹¹¹ La lechada de cemento o caldo de cemento es la mezcla de cemento gris o blanco sin arena con agua para conseguir un fluido semilíquido que tiene diferentes usos y aplicaciones en construcción.

T: no, yo me salí, yo me salí” (Entrevista con Tina, 8-8-18).

En los sentidos y simbolismos sobre el cuerpo femenino se reproduce el control y, frecuentemente, se fortalecen en el suelo de la fábrica. En este caso, de las obras. Esto muestra la imposibilidad de abordar los efectos del poder en los cuerpos de las mujeres considerando la dinámica patriarcal, capitalista, racista, aisladamente. Como sostuvo la feminista estadounidense Iris Young

El hostigamiento y el abuso sexual en el lugar de trabajo, por ejemplo, no pueden ser separados del sistema total de jerarquía y subordinación, esencial a las relaciones productivas del capitalismo contemporáneo. El hostigamiento sexual, de una forma u otra, es una manera rutinaria de tratar con las trabajadoras mujeres y es una parte integral de la relación superior-subordinado, en muchos ambientes de fábrica y oficina. La estructura más amplia de la cosificación sexual de la mujer no puede ser separada de los esfuerzos de los capitalistas por vender, para lo cual constantemente explotan los cuerpos de las mujeres como símbolos de placer, lujo y conveniencia (Young 1992)

La voluntad de control del cuerpo de las mujeres por parte de los hombres opera como un pacto entre hombres, diluyendo o eliminando la estructura jerárquica derivada de la división técnica del trabajo. En ambas localidades de estudio, los relatos de las mujeres evidenciaron que el acoso y violencia patriarcal hacia las mujeres no es exclusivo de sus jefes, sino que se ejerce desde toda la estructura laboral. Más adelante veremos cómo, incluso desde las estructuras sindicales, se legitiman y reproducen estas prácticas.

El intento de control del trabajo de las mujeres no sólo se disputa en los procesos de calificación, como vimos anteriormente, sino también se extiende al control del cuerpo de la mujer estructurado en torno a un sentido de propiedad. Varias mujeres señalaban que cotidianamente tienen que lidiar con el entendimiento bastante común entre los varones de la construcción de la mujer como servidora. Lo que incluye también el servicio sexual. “En la construcción los hombres piensan que las mujeres pueden estar a su disposición siempre”, suelen reiterar.

Me empezaron a molestar, y como yo era solita, me daba miedo ir al baño porque me molestaban y golpeaban el baño. Yo agarrada a mi escoba, por si me querían hacer algo. Era feo. Los hombres eran mayores. Nadie había de mi edad. Tenían esposas, tenían hijos, y no entiendo por qué me molestaban o qué cosas pensaban que yo iba a hacer, ¿qué les iba a decir que sí? (...) Yo me quedaba callada, me daba harto miedo decir o perder el trabajo, o que piensen mal de mí, y no me crean a mí, porque yo he entrado a ese trabajo porque la han botado a una compañera por esa misma situación (Entrevista a Reyna, La Paz, Bolivia, 11-2-19).

La reiteración de prácticas abusivas por parte de los hombres, genera un imaginario que actúa como medio de control y disciplina para las mujeres, que en la mayoría de casos desisten de la denuncia. La necesidad del sustento diario también impone presiones para que las mujeres soporten abusos y violencias en los lugares de trabajo. La pobreza genera un contexto de vulnerabilidad, que se acrecienta en las mujeres en las mujeres que son sustento de familia.

La sobreexplotación de la fuerza de trabajo femenina se torna moneda corriente, acentuada por la violencia de género. La intensificación del trabajo, vinculado a las pruebas que deben sortear para ingresar y mantenerse en el trabajo siendo mujeres, redundando en riesgos importantes para la salud. En una entrevista Magdalena hacía referencia a una experiencia en la que, debido a la sobrecarga de trabajo que le ordenaba su jefe, se había roto los tendones del brazo. Ella le reclamó por qué no contrataba a alguien más para que puedan repartir el trabajo. “Entonces si no puedes ¡déjalo! me dijo. Y yo no voy a decir bueno usted me dijo que lo deje. Entonces tenía que seguir, seguir, seguir. Y ahí me lastimé. Eso ha sido lo peor que podía ser” (Entrevista a Magdalena, 6-3-19).

Observamos que las experiencias de violencia en el trabajo son formas constitutivas de la organización del trabajo en el sector, y toma formas diversos modos de expresión a partir de múltiples modalidades de intensificación del trabajo y extensión de la jornada laboral, así como acoso y violencia sexual. Un caso recordado por la mayoría de socias de ASOMUC refiere al grave accidente que una de ellas sufrió debido a una venganza que su jefe le tendió ante su negativa a salir con él.

Por el 2016 hubo una compañera que estaba trabajando en el municipio, por cuestiones de acoso también, ella ha sufrido un accidente, fuerte, ella ha sufrido 5 fracturas, era de la cadera, la tibia, la pelvis, la columna y el tobillo. Ese hombre (su jefe) le ha dicho nos vemos el sábado, era viernes. Ella no quería. Y él `nos veremos en tal lugar, si, si`. Ella no ha ido. Lunes, le ha dicho andá a limpiar las canaletas de ese techo. Ha subido al tercer piso, ha ido a limpiar esa canaleta, esa calamina era de plástico y no soportó y cayó (...) Por su culpa de él, ella ha perdido a su familia, su marido le ha dejado, le ha dicho yo te he conocido sanita, ya estás inservible y la abandonó. Y sus hijos la culpan a ella porque su papá se ha ido (Entrevista colectiva con dirigencia de ASOMUC, 24-5-19)

Unas de las socias de ASOMUC, maestra constructora, el día que le hice la entrevista, lloró por largo rato, narrando múltiples violencias de las que había sido víctima. La más dura ha sido la violación que sufrió por un empleador suyo, un contratista de la construcción. Fruto de esa violación tuvo a su última hija, que ahora tiene 5 años. Su esposo, de quien en ese momento estaba separada, la obligó a tenerlo, amenazándola con que iba que tener que soportar la culpa de un asesinato de por vida, haciendo alusión a la posibilidad de aborto. Le dijo que él se haría cargo de la criatura. Ellos estaban separados por violencia y porque él le había robado los ahorros que ella guardaba para construir su casa, y se los había dado a su hermana. El violador de esta compañera trabajadora la perseguía en su trabajo, hasta llegó a patearle la panza mientras la insultaba.

Así como en los procesos de calificación, los saberes tácitos son utilizados con frecuencia de modo estratégico para controlar el trabajo desde los propios trabajadores ante el capital, y ante el ingreso de nuevos sujetos como las mujeres, donde los varones manifiestan sentirse amenazados, también la violencia sexual aparece como un recurso de dominación que articula la organización del trabajo y disciplina a los cuerpos en la obra. Son múltiples las modalidades de la violencia y se expresan con diversa intensidad. Una de las trabajadoras maestra constructora y socia de ASOMUC narraba algunas de estas modalidades.

Era un trabajo de meses, entonces nos hemos hecho un pahuichi. Un pahuichi le dicen a una pequeña construcción, de puras calaminas estaba hecho, ahí estaban los

materiales, herramientas, todo eso. Entonces, ahí estábamos, hay días que llovía entonces no podíamos trabajar, teníamos que entrar adentro ahí para protegernos. Yo a veces me sentaba en un lado, o encima del cemento, entonces él (el maestro) venía y ya como que me tocaba la pierna, así, aquí ponía su mano, y yo le decía: '¿Qué le pasa?' (...) '¡Ay!, pero no pasa nada, pues, si aquí estamos entre nosotros nomás, no ve'. Y José (su compañero ayudante) sí era muy respetuoso, claro, era bromista y todo eso, pero era muy respetuoso, y decía ¡Ay! Don Nico no te pases, cuidado, ahorita, la señorita te va a pegar, no le hagas así, un poquito más de respeto' decía. Y '¡Ay!, no pasa nada, pues, la secretaria' (...) O sea, allá a las mujeres se les dice secretaria. A las ayudantes no les dicen ayudantes, sino las secretarias, o sea, por parte de los maestros ¿no? 'La secretaria nomás es, pues, es nuestra secretaria, pues, si vos tocala aquí, vos tocas, yo voy a poner mi mano aquí, vos pone ahí, así'. Entonces yo he optado en hacerme en una esquina como una... Me he traído cortinas, de los baños y esos, entonces me he puesto ahí dos, y ahí me entraba cada vez que llovía, o era hora del descanso. Era mi lugar, también para cambiarme. Porque a veces tenía que esperar que él se salga para que me cambie y a veces no se salía el, ahí estaba 'ya pues, ya pues, cámbiate ahí'. (...) Le ha hecho descansar después a José porque él se metía, le ha hecho llevar a otro lado". (Entrevistas con maestra constructora, El Alto, mayo de 2019).

Esta misma compañera relata diversas situaciones de acoso de ese maestro. Este solía solicitarle que le alcanzara herramientas, y aprovechaba para tocarla. Una de esas veces ella le tiró un martillo. Otra vez, ese maestro la quiso llevar engañada a otra región con la excusa de un trabajo que duraría varias semanas. Cuando quiso denunciarlo, él ya había hablado con la ingeniera acusando a la trabajadora que acosaba de no trabajar. "Él ha bajado rapidito donde la ingeniera, a decir que yo no estoy rindiendo bien, que soy muy floja, que llego muy tarde, que no estoy llegando con la volqueta, y es mentira porque siempre me ven en las mañanas (...) Y me ha hecho cambiar" (Entrevista con maestra constructora, La Paz, mayo de 2019). La trabajadora relata que fue también a hablar con el otro ingeniero a cargo y este le dijo: "Tienes que entender que él es maestro, tu eres ayudante, entonces, sí o sí le van a dar el crédito a él, porque él es maestro y tiene más experiencia, despedirlo a él, ¿tú vas a terminar la obra? Eso se van a poner a pensar y van a decir 'Prefiero que se vaya ella y no él' Entonces yo he optado en cambiarte, ya no vas a estar con él desde mañana. Yo he pedido ahorita a la ingeniera

dejarle dicho que tú te vas a ir con las otras señoras a pintar los colegios" (Entrevista con maestra constructora, La Paz, mayo de 2019).

Así como las violencias son múltiples, las mujeres también resisten y responden activamente a estas situaciones. En la mayoría de los casos son respuestas individuales, de acción directa, como arrojarles herramientas, empujarlos; en otras situaciones, la solución es evitar estar a solas, no compartir los espacios o ir a trabajar acompañada con otra mujer o varones de confianza. Buscar alianzas con superiores también es una opción. En la mayoría de las experiencias que me relataban las mujeres entrevistadas, la violencia doméstica en sus familias de origen, como con sus actuales parejas es algo bastante habitual. Las estrategias para enfrentar la violencia también son saberes que las mujeres van construyendo históricamente. La violencia racista patriarcal se entreteje minuciosamente con la violencia impuesta por la explotación de clase y se expresa en diversas escalas y dimensiones¹¹².

En este capítulo abordé, desde las prácticas y sentidos en torno al trabajo, la configuración de políticas de género y raciales que articulan la estructura de las relaciones laborales. Me centré en las modalidades de organización del trabajo. En el capítulo siguiente abordo los sentidos sobre los cuerpos. Allí retomo este vínculo entre el trabajo y la violencia sexual, y la conformación de las mujeres como comunes en el espacio de trabajo, a través de sentidos que se reproducen entre varones, pero también entre las mismas mujeres, algunos de los cuales refieren a considerarlas prostitutas o "ligeras de cascos".

¹¹² En 2019, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) adoptó el Convenio 190 sobre la violencia y el acoso en el mundo laboral. En su Art. 1 establece: "A efectos del presente Convenio: a) la expresión «violencia y acoso» en el mundo del trabajo designa un conjunto de comportamientos y prácticas inaceptables, o de amenazas de tales comportamientos y prácticas, ya sea que se manifiesten una sola vez o de manera repetida, que tengan por objeto, que causen o sean susceptibles de causar, un daño físico, psicológico, sexual o económico, e incluye la violencia y el acoso por razón de género, y b) la expresión «violencia y acoso por razón de género» designa la violencia y el acoso que van dirigidos contra las personas por razón de su sexo o género, o que afectan de manera desproporcionada a personas de un sexo o género determinado, e incluye el acoso sexual". Se aplica a la violencia y el acoso en el mundo del trabajo que ocurren durante el trabajo, en relación con el trabajo o como resultado del mismo.

5.7 Recapitulación

Históricamente, el sector de la construcción se ha valido del trabajo de los oficios para su desarrollo. En la actualidad se combinan múltiples avances en los procesos de tecnificación y automatización, sin embargo, por su naturaleza cambiante y basada en la articulación de diversas fases productivas, los oficios manuales perviven como centrales en esta actividad productiva. En este capítulo abordé específicamente la organización del trabajo en el sector, comandado por las necesidades del capital. Con el ingreso de mujeres a estos ámbitos históricamente masculinizados, observamos que la gestión de la fuerza de trabajo se produce basado en un pacto o consenso patriarcal y racista. En primer lugar, existe una operatoria política que define lo que es y no es trabajo, y por lo tanto, valoriza la fuerza de trabajo en esos términos. La definición del trabajo de las mujeres en la limpieza como no trabajo es una expresión de ello. Esto se potencia ya que, al considerar el trabajo en términos históricos y relacionales, como estamos planteando, observamos un patrón de segregación ocupacional de clase bastante marcado vinculado a la división sexual del trabajo: las mujeres de la clase trabajadora en el trabajo remunerado y no remunerado del hogar y los varones en el trabajo de la construcción. Cuando las mujeres intentan romper esas trayectorias se expresan limitaciones explícitas y tácitas, generalmente acompañadas de violencia. A ello se le suma las dificultades para calificarse en los oficios.

Cuando ingresan, las mujeres son destinadas a la limpieza de obras, especialmente en México e ingresan y se mantienen como ayudantes. En Bolivia, observamos mayor acceso y posibilidades de ascenso, que tiene que ver con las prácticas autogestivas de transmitir el oficio y las capacitaciones institucionales, como vimos en el capítulo anterior, potenciado por el proceso de organización gremial.

Por otro lado, la categoría laboral, que define las actividades del puesto que ocupa, las responsabilidades, las destrezas y el nivel salarial, no se designa únicamente en términos técnicos, sino que es un proceso político. Es decir, se define por intermedio de múltiples relaciones de poder. En la práctica, ser mujer y ser indígena en el caso de la construcción en Bolivia, operan como categorías laborales que se ubican en una relación subalterna más baja que la

categoría más inferior de los varones (ayudante o chalán). El trabajo es el mismo o más intenso, sin embargo, el salario suele ser menor. En ambos países pervive una brecha salarial marcada basada en las diferencias de género y étnico-raciales. Si bien los niveles salariales de las mujeres son menores que los hombres, la inserción en el sector resulta conveniente para ellas debido que, aun así, los ingresos son mayores que en otros sectores en los que pueden aspirar a desempeñarse, principalmente el comercio informal y trabajo remunerado del hogar. También es cierto que, si bien este escenario promueve las posibilidades de acceder a puestos de empleo para las mujeres, lo hace para puestos de mayor precariedad y desprotección. Aquí también es importante señalar que en México las mujeres trabajadoras dependen casi exclusivamente del salario de sus empleadores. En Bolivia, en cambio, el mayor acceso a la capacitación y la experiencia histórica más prolongada en el sector, permitió que las mujeres puedan ser contratistas, organizarse de manera autónoma a los maestros e incluso, formar una empresa solo de mujeres constructoras. Ello le permite tener más control de todo el proceso de trabajo y por supuesto, del salario.

Además de abaratar los costos a través del pago de menores salarios a las mujeres, identificamos múltiples mecanismos de extracción de plusvalía en los que se articulan dinámicas en el lugar de trabajo con las del ámbito doméstico. La jornada de trabajo en las obras duran entre 8 y 9 horas, y en momentos en que el proceso productivo lo exige, pueden extenderse algunas horas más. Sin embargo, en el caso de las mujeres, relatan una experiencia de trabajo con jornadas que se extienden hasta el límite de lo humanamente posible. La gran mayoría de ellas –en ambos países- describieron jornadas de trabajo de entre 17 y 19 horas diarias. La sobrecarga de trabajo doméstico y tareas de cuidado se sumaban a las jornadas de trabajo en la obra. Aquí vemos la relevancia política que tiene considerar el trabajo desde una perspectiva, no sólo de género, sino feminista, que considere los mecanismos de poder que operan tras estas dinámicas sociales. La flexibilidad horaria que se expresa como modalidad de gestión de la fuerza de trabajo femenina en las obras, es un mecanismo reiterado en el sector en el que los empleadores contemplan la histórica sobrecarga de trabajo doméstico de las mujeres como elemento para dar ciertos permisos de retirarse antes, a cambio de garantizar

la intensificación del trabajo en otros momentos. Como lo planteé, las jornadas de trabajo hiper-extensas que tiene efectos en la precarización de sus vidas y en el agotamiento estructural que manifiestan muchas de ellas debería ser considerada como una dimensión central de la violencia estructural de género. Asimismo, en Bolivia las mujeres solían plantear que en el trabajo asalariado al menos podían descansar de vez en cuando, a diferencia del trabajo en el hogar que era permanente. En México, la intensidad en el ámbito productivo era ampliamente mayor, y el descanso lo podían tener en sus hogares. Esto nos demuestra dos cuestiones relevantes, por un lado, cómo el trabajo de las mujeres de la clase trabajadora constituye el sostén principal de la sostenibilidad de la vida y la reproducción social en nuestras sociedades latinoamericanas, y por otro, cómo los procesos de conformación de la clase se entraman permanentemente y con efectos específicos, con los procesos de generización y racialización. El modo en que se desarrolla el trabajo y la experiencia en torno a él, es una vía privilegiada de acceso al análisis de tales procesos.

En este capítulo analicé, además, diversos modos de intensificar el trabajo, a través de la modalidad a destajo, o mediante amenazas explícitas o tácitas que operan bajo patrones patriarcales y racistas. El hostigamiento y abuso sexual se expresa como mecanismo de control del trabajo, para amenazar o como modo de castigo cuando las mujeres no acceden a las presiones. Las prácticas de cooperación y competencia en el lugar de trabajo demuestran un entramado en el que se superponen las cadenas de mando con las redes de amistad y parentesco, pero también ponen en evidencia la existencia de pactos patriarcales interclasistas en los lugares de trabajo.

Por último, abordé cómo la violencia sexual opera como uno de los principales mecanismos de disciplinamiento y control del trabajo. Como planteaba Young, el abuso sexual y el hostigamiento no pueden separarse del sistema total de jerarquía y subordinación, y es esencial a las relaciones de producción en este sector. Ante ello las mujeres responden con múltiples estrategias, mayoritariamente en términos individuales, aunque también se organizan colectivamente para enfrentarla.

Algunas de las propiedades que adquieren los materiales de la construcción son la flexibilidad, la presión y la compresión. La experiencia en

torno al trabajo de las mujeres nos demuestra que también son características centrales de los modos en que se organiza el trabajo y se ponen en relación los cuerpos en la obra, bajo imperativos del orden capitalista de producción en alianza con patrones patriarcales y racistas de opresión.

CAPÍTULO 6 IMPERMEABILIZACIÓN

LOS CUERPOS Y EL TRABAJO

6.1 Introducción

Sol
y barro

líquida trama de la fatiga

En cada adobe:

una cruz
una tapia.

Vilma Tapia (poeta boliviana)

Este capítulo tiene como objetivo analizar cómo se configura la materialidad de los cuerpos de las mujeres en el trabajo en la industria de la construcción. Me interesa en cuanto los cuerpos constituyen uno de los principales *locus* desde donde indagar el despliegue de las relaciones de poder en el trabajo y, por lo tanto, las formas de politicidad que operan en esta dimensión. Entiendo a los cuerpos como la primera trinchera sobre la cual y desde la cual se ejerce y se enfrenta al poder. La materialidad es física, y al mismo tiempo, significa. Es decir, es una materialidad semiótica, produce sentidos.

La noción misma de fuerza de trabajo se asienta sobre, al tiempo que, construye una materialidad corporal. El valor de la mercancía más importante (o más productiva, en el lenguaje del sistema capitalista), la fuerza de trabajo, es justamente, ser la única capaz de producir valor. En ese sentido, interrogarnos sobre cómo se construye el cuerpo que trabaja tiene relevancia en sí mismo. Además, me interesa resaltar la importancia de los cuerpos para la antropología feminista del trabajo. ¿Por qué los cuerpos importan? ¿Qué cuerpos importan?

El sector de la construcción en América Latina es un ámbito significativo que expresa de manera relevante el carácter heterogéneo estructural de la formación social que predomina en el continente. Tanto en México como en Bolivia, el trabajo se desarrolla combinando sectores artesanales, con relevancia de los oficios, con el avance de nuevas tecnologías y expansión del capital, como desarrollé en el capítulo anterior. Esto brinda características específicas a la organización y división del trabajo en la que se superponen permanentemente una cadena vertical de mando con redes informales de parentesco (tanto sanguíneo como ritual, a través del compadrazgo) y de comunidades étnicas y nacionales, generando un entramado muy heterogéneo de formas de trabajo y subjetividades. En esa matriz de relaciones, ubico el análisis de los cuerpos.

En primer lugar, presento las precisiones conceptuales desde las que parto para conseguir los objetivos analíticos de este capítulo. Luego, identifico algunas aspectualidades de la materialidad del cuerpo desde los sentidos prácticos de las mujeres trabajadoras y sus formas de organizarse en torno al trabajo. Para ello, distribuyo el análisis en dos partes.

En la primera parte desarrollo cómo las mujeres perciben y construyen algunas dimensiones de su corporalidad en el trabajo, es decir, cómo se “asignan”. Para ello, primero analizo las significaciones en torno a la noción de “fuerza”. Es ampliamente reconocido, por las mujeres y hombres trabajadores, por los empleadores, incluso por el sentido común, que la construcción es un trabajo de fuerza. Eso implica determinada materialidad de los cuerpos que se construye en un entramado de sentidos diversos, y a partir de prácticas históricas concretas. Me centraré, por lo tanto, en el modo en que se construye la materialidad del cuerpo desde la experiencia de las mujeres constructoras. Para estas mujeres, el trabajo en la construcción efectivamente implica poseer brazos y piernas fuertes y resistencia física. Sin embargo, un sentido generalizado tanto en las mujeres de México como en las de Bolivia, se configura en torno a la prolongación social de la fuerza corporal al reificar su rol de madres. “La construcción es un trabajo de fuerza, y la fuerza nos la dan nuestros hijos”, planteaba María del Carmen Cáceres, maestra constructora de La Paz, haciendo referencia a que, de la necesidad de mantener dignamente a sus hijos, sacaban la fuerza física y la fuerza de espíritu para el arduo trabajo

de la construcción. En segundo lugar, y vinculado con lo anterior, el gasto de fuerza de trabajo se expresa directamente en el sentido de “desgaste físico”, dolores, afecciones a la salud. La identificación de ello por parte de las mujeres, y las múltiples estrategias de cuidados, de su propio cuerpo, de sus compañeras, de los hombres trabajadores, de los espacios, ponen en evidencia un sentido explícito de cómo el trabajo (en la construcción, pero también los múltiples trabajos históricamente realizados por ellas) da forma a su materialidad corporal. En tercer lugar, analizo de qué modo la vestimenta y las herramientas de trabajo operan como extensiones objetuales de su corporalidad y construyen sentidos étnicos y de clase. Me detengo en el significado de las polleras de las mujeres aymara en Bolivia y en la utilización de maquillaje y los simbolismos sobre lo sucio y lo limpio en el trabajo en México. En ambos casos, los sentidos sobre los uniformes o la ropa de trabajo, con sus características materiales específicas, constituyen el elemento que opera como contrapunteo analítico.

Si en la primera parte analizo los modos de “asignar” sentido de las mujeres sobre su propio cuerpo, en la segunda parte retomo los modos de “resignar”. En el proceso de materialización también intervienen, por supuesto, sentidos simbólicos construidos históricamente sobre esos cuerpos-otros. De este modo, el cuerpo físico se inserta (o se materializa al insertarse) en una gama de conversaciones sobre ese cuerpo al reproducir en la práctica tales esquemas regulatorios. Claro que esa repetición deja espacio para “salirse de los esquemas”, violar las normas, enfrentar la dominación. La violencia que se ejerce en contra de aquellos cuerpos que intentan transgredirlas, pone en evidencia la potencialidad de esa agencia. Por eso, en la segunda parte desarrollo sentidos y prácticas que otros construyen en torno a las mujeres que trabajan en la construcción, principalmente, refiere a considerarlas como “ligeras de cascos” o “prostitutas”.

6.2 Materialidad del cuerpo, colonial capitalismo y trabajo

Ubicándome desde el punto de vista de la reproducción social (Cielo and Vega 2015; Federici 2016; Vega Solís, Martínez Buján, and Paredes Chauca 2018),

que es desde donde me posiciono para entender el trabajo en esta tesis, podríamos decir que los cuerpos son, entre otras posibilidades de sentido, la materialización de la capacidad de ser fuerza de trabajo. Siguiendo al filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría, podemos concebir al cuerpo como un valor de uso, capaz de satisfacer necesidades concretas. “En cuanto valor de uso, el cuerpo humano resulta valioso o útil por sus múltiples propiedades cualitativo-concretas, que se encuentran cifradas a partir de un sistema reproductivo social (Echeverría en García Conde 2016:216). Por lo tanto, abordar los sentidos y prácticas en torno a los cuerpos me permite, no sólo contemplar el marco de control que impone el desarrollo del trabajo subsumido al capital –lo que sin duda es estructurador de relaciones jerárquicas de dominación y explotación–, sino también el trabajo de cuidado y sostenibilidad de la vida. Asimismo, me permite considerar el carácter hegemónico de la lógica del capital sobre el trabajo así como otros regímenes regulatorios vinculados a las construcciones sexogenéricas y étnico-raciales. En este sentido, concibo que las condiciones “objetivas” – entendiendo la objetividad como objetividad histórica¹¹³–, devienen constitutivas de la experiencia en torno a los cuerpos y su configuración histórica, a través de las prácticas. Ahora bien, estas determinaciones objetivas, como la impronta del proceso de trabajo, la organización del trabajo, el sistema patriarcal, racista y colonial, no se imponen a un material desnudo o en blanco, sino a seres históricos, con tradiciones, valores, sentimientos, pautas simbólicas e imaginarios colectivos (Thompson 1984). Por lo tanto, las vivencias y experiencias construidas por y en el trabajo concurren, con matices diversos, en la determinación de esas condiciones “objetivas” (Soul 2015).

Como mencioné en el capítulo 1, el enfoque interseccional que propone la antropología feminista, y que retomo para abordar el trabajo, no sólo es pertinente, sino imprescindible. “El enfoque interseccional debe incluir las distintas formas de opresión de género dentro de las historias nacionales y

¹¹³ El concepto de 'objetividad' tiene el contenido histórico propuesto por Raymond Williams en *Marxismo y Literatura* (1977). Lo objetivo es, para el autor, relativo a un momento histórico y vinculado con las relaciones en el que el sujeto se encuentra inmerso. "Desde el momento en que (...) por definición, las condiciones 'objetivas' son, y sólo pueden ser, resultado de las acciones del hombre en el mundo material, la verdadera distinción sólo puede darse entre la objetividad *histórica* (...) y la objetividad abstracta". (Williams en Rodríguez et al. 2005:3)

locales de racialización y colonialismo (...) (También) analizar la conexión entre violencia interpersonal y las formas más estructurales y colectivas de violencia racial de clase y de género” (Sieder en Arteaga Bohrt 2018:31). De allí mi interés en realizar trabajo de campo antropológico en dos países latinoamericanos. Desde esta perspectiva, entonces, planteo que abordar los cuerpos en el trabajo de la construcción y sus concreciones históricas (espacio-temporales), supone, en primer lugar, entenderlo como un gesto interrogativo, de exploración, más que como una definición cerrada. Por lo tanto, la referencia a mujeres trabajadoras, de Bolivia o de México, que utilizaré en este capítulo, no tiene la intención de asignar cualidades a esos cuerpos de antemano (reduciéndolos a una identidad, a un territorio, o una sociedad). Más bien, parto de entender que los cuerpos producen sentido en su capacidad de afectar y ser afectados, es decir, en su relación con el mundo y con otros cuerpos.

En el primer capítulo sostuve la centralidad que tiene la colonialidad para el análisis del trabajo en América Latina, que impuso una clasificación racial/étnica de la población del mundo para operar a través de relaciones de poder, en cada uno de los planos y dimensiones materiales y subjetivas de la existencia social cotidiana. Por lo tanto, abordar las dinámicas contemporáneas del cuerpo y el trabajo requiere analizar cómo la colonialidad se impuso sobre éstos y extendió un proceso continuo e inacabado que se despliega hasta la presente historicidad de modos específicos. Para ello es necesario entender las dinámicas y procesos de reactualización de esos patrones de poder que tienen efectos concretos en los cuerpos.

Para analizar los efectos del poder en los cuerpos, retomo en este capítulo la propuesta teórico-metodológica de la filósofa estadounidense Judith Butler en torno a los procesos de materialización de los cuerpos y al *modus operandi* de los regímenes disciplinarios. Para Butler, “concebir el cuerpo como algo construido exige reconcebir la significación de la construcción misma” (Butler 2002:14). No se trata de una perspectiva constructivista como tal —la construcción no es un acto único ni un proceso causal iniciado por un sujeto y que culmina en una serie de efectos fijados—. La autora sostiene, en *Los cuerpos que importan* (2002), que la construcción, desde su perspectiva, remite a un proceso temporal de repetición de normas. “Y si ciertas construcciones

parecen constitutivas, es decir, si tienen ese carácter de ser aquello "sin lo cual" no podríamos siquiera pensar, podemos sugerir que los cuerpos sólo surgen, sólo perduran, sólo viven dentro de las limitaciones productivas de ciertos esquemas reguladores en alto grado generalizados" (Butler 2002:14). Aquí reitero la aclaración acerca de que estos esquemas simbólicos reguladores operan, en el trabajo de la construcción, en un marco de prácticas mediadas y configuradas por la relación capital-trabajo que refuncionaliza la materialización de los cuerpos de acuerdo a esa relación, que es siempre conflictiva.

De este modo, considero mejor, al igual que Butler, hablar de *materialización* antes que *construcción* para pensar en los cuerpos. Butler propone

un retorno a la noción de materia, no como sitio o superficie, sino como un proceso de materialización que se estabiliza a través del tiempo para producir el efecto de frontera, de permanencia y de superficie que llamamos materia. (...) El hecho de que la materia siempre esté materializada debe entenderse en relación con los efectos productivos, y en realidad materializadores, del poder regulador en el sentido foucaultiano (Butler 2002:28).

Un elemento que es sumamente relevante para mi investigación se vincula con la concepción de estos esquemas reguladores como estructuras no eternas, "que constituyen criterios históricamente revisables de inteligibilidad que producen y conquistan los cuerpos que importan" (Butler 2002:36). Centrar el foco de mi interés en un momento de potencial crisis de esos esquemas a partir de la participación de cuerpos "femeninos" en ambientes históricamente "masculinos", como la industria de la construcción, constituye, a mi entender, una vía privilegiada, movilizada por la práctica antropológica, para analizar las normatividades y las inestabilidades en la inteligibilidad corporal. No sólo en lo relativo a la materia corporal del sexo, modelada en gran parte por la heterosexualidad normativa, sino me permitirá indagar qué otros regímenes de producción reguladora determinan los perfiles de la materialidad de los cuerpos. Butler remarca, por ejemplo, el papel de la regulación social de la raza.

Lo simbólico -ese registro del ideal regulatorio- siempre es además una actividad racial o, más precisamente, la práctica reiterada de interpelaciones que destacan las diferencias raciales. Antes que aceptar un modelo que entiende el racismo como discriminación sobre la base de una raza dada previamente, sigo la línea de aquellas teorías recientes que han sostenido que la "raza" se produce parcialmente como un efecto de la historia del racismo, que sus fronteras y significaciones se construyen a lo largo del tiempo, no sólo al servicio del racismo, sino también al servicio de la oposición al racismo (Butler 2002:41).

En esta línea, Butler se opone al establecimiento de analogías directas entre el racismo, la homofobia y la misoginia, sin considerar las historias específicas de su construcción o elaboración. Esa actitud "pospone la importante tarea de reflexionar sobre las maneras en que estos vectores de poder se necesitan y despliegan recíprocamente para lograr su propia articulación" (Butler 2002:42). En este proceso, la autora llama la atención sobre la improcedencia de valorar un vector de poder por encima de otro, aunque en el otro extremo se corre el riesgo de caer en un "imperialismo epistemológico" al esperar explicar las complejidades del poder contemporáneo. Esto no hace más que poner en evidencia, una vez más, la pertinencia y relevancia de la práctica situada de la etnografía.

Tal como sostienen las antropólogas argentinas, Manuela Rodríguez y Yanina Menelli (2019),

entendemos que la perspectiva de la corporalidad sólo puede resultar fructífera en su interés por cuestionar los modos en que las situaciones de opresión, violencia y jerarquización social se encarnan en los sujetos de modos duraderos, si en su focalización por los aspectos sensibles, perceptivos e intersubjetivos, desentraña los regímenes de corporalidad (o de materialización subjetiva) de manera históricamente situada (Rodríguez y Menelli, 2019:16).

En afinidad con este planteamiento, propongo analizar en el siguiente apartado algunos sentidos y prácticas que las mujeres construyen sobre su propia corporalidad, históricamente situada. Específicamente desde la inserción en el sector de la construcción, como fuerza de trabajo en tal sector productivo.

6.3 El cuerpo del trabajo

6.3.1. La fuerza de trabajo en un trabajo de fuerza

A las 9 de la mañana del jueves 30 de mayo de 2019 llegué en minibús a la altura de Cristal I, en Senkata, El Alto (Bolivia). Eli me estaba esperando en una esquina. El barrio donde vive se llama Alfa y Omega y se comenzó a formar hace aproximadamente 10 años. Es una zona con una urbanización incipiente. Caminamos tres cuadras hasta su casa. Todas las calles son de tierra. Yo había llevado una bolsa con mandarinas y al llegar nos sentamos sobre unas maderas en el patio, a comerlas. Después de eso, Eli me ofreció coca y *pijchamos*.¹¹⁴ “El pijcheo de la coca nos da más energía, más fuerza, y así aguantamos en el trabajo”, me dice Eli. Me contó que se había levantado alrededor de las 6 de la mañana, hizo el desayuno para sus 5 hijos y lavó ropa. Días antes me había dicho que tenía que terminar de hacer el revestimiento con estuco a un cuarto de su casa, el que está al lado del baño, y quería aprovechar ese día que no debía salir a trabajar en las obras. Faltaba pasarle estuco a los últimos 70 cm. de las paredes y emparejar, en otras palabras, hacer el terminado. El estuco es una pasta compuesta de cal apagada, mármol y yeso que se coloca sobre el cemento para hacer los acabados de las paredes.

Eli, a quien acompañamos cuando regresó a su pueblo y lo retomamos en el capítulo 3, tiene 44 años. Recordemos que se define como *mujer de pollera*, aymara. Ese día tenía dos trenzas agarradas con una *chullma* (cuerdas tejidas con lana de alpaca) negra y marrón, una camiseta celeste mangas largas, con unos lentejuelas brillantes en el pecho y un pantalón de gabardina de un uniforme de trabajo. En los pies, Eli usaba medias de algodón y zapatos acharolados abiertos.

¹¹⁴ Término aymara que designa a la práctica de mascar hojas de coca. *Akullikar*, y coquear son sinónimos. Es más utilizada en aymara. Es una práctica que se realiza en ámbitos laborales privados, públicos y autoconstrucción en varias regiones de Bolivia. Si es una jornada completa, alrededor de las 10 de la mañana y las 3 de la tarde, las y los trabajadores dejan de trabajar y se juntan para *pijchar* juntos. Le llaman la *sajra hora* a este intermedio en el que, además de coca, en ocasiones suelen acompañar con alimentos livianos y refrescos.

En el cuarto que íbamos a trabajar, de aproximadamente de 3m x 3m, y que también fue construido por ella misma, había desparramadas bolsas con material cemento, pintura, tablas, guantes, y algunas herramientas, como espátulas, martillos y frotachos. El techo era de chapa sostenido por unas vigas de madera. Pusimos las tablas de madera sobre ladrillos, recostadas sobre las cuatro paredes, con la intención de que sirvan para pisarlas a la hora de trabajar. El piso aun era de tierra.

Antes de empezar, Eli buscó la chaqueta que también forma parte del uniforme (un overol de dos partes) para cubrirse del polvo. Es de gabardina gris y morado, con algunas líneas blancas fluorescentes de seguridad (denominadas “de alta visibilidad”). Se cubrió el cabello, amarrándolo con una tela y haciéndole un nudo por detrás. El uniforme dice ASOMUC, la Asociación de Mujeres Constructoras a la que pertenece.

Tomó el mazo o martillo. Su mango era de madera, con varias grietas. Sobre uno de los extremos, un alambre apretado intentaba que la madera, ya vieja, no se abra. En el otro extremo, el mango de madera se insertaba en una gran maza de hierro de forma prismática. Al sostenerlo me pareció que pesaba entre 1,5 y 2 kg. Eli se subió sobre la tabla de madera y comenzó a golpear la maza con fuerza contra los ladrillos y el cemento, rompiéndolos superficialmente y dejando un agujero vertical que atravesaba desde el techo a la mitad de la pared, de unos 10cm. de ancho. Allí haría la instalación eléctrica. Martilló casi sin descansar por unos 10 minutos. Por momentos tomaba el martillo con ambas manos, por momentos lo hacía con la derecha y usaba la izquierda para cubrirse del material que salía esparcido tras cada golpe. Cerca de ella, el aire se volvió espeso por el polvo y por los fragmentos de ladrillos que se esparcían. Entró en calor y se quitó la chaqueta. Luego fue a lavar un balde y las herramientas. Debía raspar con fuerza para quitar el resto de material que tenían pegados. El agua que utilizaba había quedado afuera en la noche y se había congelado.



Ilustración 24 Fuerza de trabajo

Eli preparó el estuco en un balde. Me dice que va una medida del polvo de estuco -“aproximadamente un kilo es nuestra medida”- por una medida de agua -“aproximadamente litro y medio”. Formó una pasta bastante chiclosa, gris oscura. Se puso guantes y comenzó. Yo la registré por un ratito filmándola con la cámara y luego hice lo mismo que ella. Los materiales que se mezclan, al entrar en contacto, producen un efecto de endurecimiento rápido, por lo tanto, al tener un balde preparado, había que colocarlo sin perder tiempo. Esto hacía que el trabajo fuera agotador e implicaba un gasto de fuerza de trabajo considerable. Antes de aplicarlo, Eli mojaba la pared, “para que se adhiriera mejor el estuco”, me dijo. Con una mano, o directamente con el frotacho¹¹⁵, juntaba material y lo esparcía con fuerza sobre la pared. El objetivo era que quede liso y parejo, sin embargo, al endurecerse requería aplicar una fuerza que, al menos a mí, me parecía excesiva. Con movimientos repetitivos, en múltiples direcciones, aplicaba la fuerza con destreza y saber, ya que la actividad requería posicionar el cuerpo de una forma que colabore en ejercer presión. La fuerza se ejercía con los dedos, sobre el mango del frotacho, girando sobre el eje de las muñecas; con los brazos en general y con el cuerpo entero. Más o menos al tercer balde, yo ya no podía seguir pues me dolían demasiado los brazos. Mentiría si digo que mi cansancio se debía, únicamente, a que nos encontrábamos cerca de los 4200 msnm. Se necesita experticia y un cuerpo labrado por prácticas laborales sostenidas en el oficio. Durante dos horas y media Eli realizó ese trabajo. Yo me limité a preparar la mezcla. Ella paró a descansar una o dos veces y *akullikaba* hojas de coca.

Por lo general, trabajamos en silencio. De vez en cuando salía algún tema de conversación, de sus hijas o de sus compañeras de trabajo. El silencio es parte importante del trabajo en la construcción. En *Un mundo ch`ixi es posible*, Silvia Rivera Cusicanqui (2018) retoma de la lengua aymara el término *amuki*, como aquellos “momentos de silencio en el ritual, en el trabajo, en muchos espacios y tiempos. (...) El silencio es lo que permite respirar. Y respirar es ese nexa con el *chuyma*, con el corazón y los pulmones, que es el lugar donde se piensa” (Rivera Cusicanqui 2018:152). Me interesa remarcar el

¹¹⁵ Es una herramienta formada por una pieza metálica lisa que se sujeta mediante un asa o mango, de madera o plástico. En México se llaman *llanas*.

silencio en el trabajo como una forma de comunicación y acompañamiento, que sostiene la concentración y esfuerzo necesario para transformar la materia.

Después del mediodía, los dos hijos más pequeños de Eli, Rosy y Joel, habían llegado de la escuela. Sus hijas mayores habían comenzado a hacer la comida. Alrededor de las 12.30 paramos para almorzar. Eli fue a la cocina y siguió ella con la cocción de alimentos. Hizo una sopita de pollo con chuño, que es una especie de papa deshidratada mediante una técnica milenaria andina. Comimos rápido y Eli lavó los platos con agua que ya comenzaba a descongelarse. Después de comer, el ritual se repitió. Por varios minutos *pijchamos* coca y continuamos con el trabajo. Ella comenzó a afinar, es decir, a emparejar el nivel de mezcla que había agregado. Alrededor de las 5.30 ya había terminado las 4 paredes. Se notaba que estaba muy agitada, cansada. Lavó las herramientas, el balde y descansó por un momento. Regresó a la cocina e hizo la merienda para sus hijos. Preparó *api*, una bebida a base de maíz, y buñuelos. Los pequeños demandaron que Eli había prometido ir a jugar fútbol con ellos. Después de merendar, Eli, Rosy, Joel y yo fuimos a la cancha de la escuela que estaba en el barrio, a unas 5 cuadras de allí, y jugamos cerca de una hora al fútbol. Se sentía el frío y ya no había luz. Al terminar, me acompañaron a tomar el bus y regresé a mi casa. Eli se puso a hacer la tarea con los niños hasta tarde.



Eli utilizó su fuerza de trabajo para la construcción de su casa. Podría decir, siguiendo a Marx, que lo descrito se trató de un proceso laboral simple, genérico, es decir, un proceso en el que se puso en relación la fuerza de trabajo, los medios y objetos de trabajo, en función de una finalidad establecida. Este proceso produjo un valor de uso, algo que responde a cubrir las necesidades básicas de la existencia social. Sin embargo, y como es ampliamente conocido, Marx plantea que además de esta característica del trabajo en términos genéricos, bajo el modo de producción capitalista, el trabajo también (y principalmente) se realiza bajo la forma mercancía. En ese sentido, “Un valor de uso o un bien (...) sólo tiene valor (valor de cambio) porque en él está objetivado o materializado trabajo abstractamente humano” (Marx 2008a:50). El gran descubrimiento analítico de Marx ha sido, justamente, que el valor de uso de la fuerza de trabajo, ya como mercancía, es crear valor. Más precisamente, *plusvalor*. Ese es el gran fin sobre el que se asienta el modo de producción capitalista, la obtención de plusvalor. “Al incorporar fuerza viva de trabajo a la fuerza muerta de los mismos, el capitalista transforma *valor*, trabajo pretérito, objetivado, *muerto*, en *capital*, en *valor que se valoriza a sí mismo*, en un monstruo animado que comienza a “trabajar” cual si tuviera dentro del cuerpo el amor” (Marx 2008a:236). Pero ahora bien, lo que me importa en este momento, y considero que es un núcleo central de la antropología del trabajo, es que, así como el valor sólo existe (se realiza) en un valor de uso, también el trabajo mismo (la fuerza de trabajo) sólo puede realizarse corporizadamente.

Como lo afirmara Marx, al transformar la materia, la trabajadora o trabajador se transforma a sí mismo, se constituye como sujeto. Sin embargo, cuando hombres y mujeres se emplean en el sector de la construcción, como trabajadores, por un lado, el producto y la actividad misma de su trabajo, no les pertenecen. Por otro lado, la actividad práctica se da en el marco de un modo de control y regulación capitalista del trabajo. Esto quiere decir que opera bajo formas y tendencias de organizar el trabajo en función de la necesidad del capital de obtener ganancia, como vimos en el capítulo anterior. Por supuesto que, en este sentido, el trabajo reproductivo familiar y comunitario también es necesario verlo bajo este prisma de regulación, aunque no exclusivamente. Como desarrollé, me interesa poner de relieve la centralidad del trabajo, no solo para la reproducción del sistema capitalista, sino también en la

reproducción de los entramados comunitarios que potencialmente pueden hacerle frente.

Construir muros, paredes, pintar, arreglar casas son actividades que pueden ser realizadas directamente bajo el control del capital, en los emprendimientos privados, o por el Estado para la construcción de infraestructura pública, o por mujeres cuentapropistas que toman algunos contratos de trabajo para realizarlo de manera individual o con un pequeño grupo de trabajadores/as. En muchas ocasiones, como desarrollé en el capítulo 2, se trata de la metodología conocida como “autoconstrucción”, en que las mujeres construyen parte de su casa, o la casa completa, o la de algún familiar o amigo. En la escena narrada al comienzo de este apartado, Eli desarrolló un oficio que, por momentos aprendió en espacios mediados directamente por el control del capital; en este caso le sirve para sostener materialmente su vida, levantar y recubrir una pared donde duermen, comen, juegan ella y sus hijos. Todos esos trabajos están construyendo la materialidad del cuerpo de Eli, en la repetición, en la práctica, en el uso del cuerpo. Por lo tanto, en este apartado, presento dos argumentos centrales en torno a la materialidad del cuerpo y refiere, por un lado, a la noción de “fuerza”, y esa fuerza del cuerpo se conforma históricamente. Por otro lado, desde la experiencia de las propias mujeres, esa fuerza surge de su rol de madres cuidadoras. Este es un sentido que prima tanto en México como en Bolivia, y es compartido por mujeres adultas mayores y por las más jóvenes que comienzan a trabajar en el sector de la construcción. Enedina, del Estado de México, había comenzado a trabajar en casa de terceros desde que era niña. Igual lo hizo Tina que comenzó a los 8 años a realizar *trabajo en casa*, y desde hace 12 trabaja en el sector de la construcción.



Ilustración 25 Publicidad de cemento, Ciudad de México

En Bolivia, Lucy, una mujer que actualmente vive en El Alto, trabaja como ayudante de construcción. Menciona que es habitual que los hombres, como desafiándolas por estar en un lugar “no permitido”, les exijan a las mujeres levantar más peso que ellos. Las mujeres se dan modos de sortear esas presiones a través de la colaboración colectiva.

En los edificios también hay más mujeres que trabajan, porque se necesitan más gente. Digamos que el 50% son mujeres y el 20% varones. Mujeres trabajan de ayudantes digamos, que le suban, que le pasen. (...) Los hombres no nos quieren tratar igual que a ellos, yo les digo, pero los hombres deberían ayudarlas a ustedes. Gracias a dios a mí los hombres me ayudan, cuando es muy pesado, así. (...) A veces las mujeres saben decir nos quieren hacer levantar ladrillos o más peso que los varones. Ellas dicen que no, entonces en ascensor están subiendo de a ratos (Lucy Mamani, El Alto, Bolivia, 25-2-19)

Un domingo de junio de 2019, las socias de ASOMUC pintaron un mural sobre uno de los muros laterales del Mercado Lanza, uno de los más antiguos y conocidos de La Paz. Dos días después, una nota periodística recogía una experiencia narrada por una maestra constructora sobre los esfuerzos físicos propinados por los hombres en las obras:

Me sentí discriminada porque los maestros (albañiles expertos) en el momento de cerrar el contrato de trabajo, a las mujeres nos veían y decían que vayamos a acarrear piedras, entonces, nos hacían cargar cemento como diciendo que no íbamos a poder sabiendo que las mujeres no tenemos la misma capacidad de fuerza nos discriminaban de esa manera ya que al ver que nosotras sudábamos, ellos se mofaban de su fuerza y nos querían hacer escapar y hacernos dar miedo”. Por ello, dijo, la mujer tiene “sexto sentido y es inteligente, nos dábamos modos y llevábamos de poco en poco y hacíamos llegar el material y trabajábamos”. Destacó el trabajo de equipo de las féminas. “Entre mujeres hay equipo y siempre hay un apoyo, mientras que en un hombre siempre hay miramientos” (Maite Lemus, “Mujeres constructoras pintan murales en demanda de igualdad de derechos laborales”, *Brújula Digital*, 11-6-19, <https://brujuladigital.net/reportajes/mujeres-constructoras-pintan-murales-en-demanda-de-igualdad-de-derechos-laborales>)

Podemos observar cómo la fuerza se configura en un sentido permanentemente en disputa, en la que expresan relaciones de poder (¿relaciones de fuerza?). Otro elemento que se manifiesta en este fragmento tiene que ver con el carácter emocional diferenciado que se atribuye socialmente a mujeres y hombres. Emociones como el miedo, la vergüenza, la tristeza o la ira hacen parte del carácter emocional atribuido a los cuerpos de las mujeres. Estas emociones son siempre asumidas como negativas en los cuerpos de mujeres, más no en los de los hombres. Madeleine, en Bolivia, me aseguraba que pasó mucho tiempo antes de decidir capacitarse en construcción por el miedo. “Y veía a las mujeres ayudando en construcción, pero también escuchaba de que eran acosadas y que no se les pagaba bien, entonces yo tenía miedo, y ejercí otros trabajos” (Entrevista con Madeleine, La Paz, 11-2-19). Como vimos en el capítulo anterior, sus temores no son infundados.

Para terminar este apartado, planteo un nuevo elemento asociado con la fuerza en la experiencia de las mujeres y es aquel que refiere a los hijos. “La construcción es un trabajo de fuerza, y la fuerza nos la dan nuestros hijos”, planteaba María del Carmen, maestra constructora y dirigente de ASOMUC, en Bolivia. La necesidad de sostener a sus hijos les da la fuerza para el trabajo arduo de la construcción. Si bien mayoría de entrevistadas reconoce el gran desgaste del cuerpo al trabajar en la construcción, reproduciendo los sentidos creados en torno a tal sector productivo, plantean que generalmente reciben mejores ingresos que los que obtienen en “trabajos para mujeres”, como el trabajo remunerado del hogar o el comercio informal.

Adriana es una mujer alta y risueña. Cuando la entrevisté, en agosto de 2018, tenía 36 años. Usaba una camiseta de mangas largas amarilla y un jean. Estaba remodelando uno de los dos edificios de 6 pisos que se derrumbó en el terremoto de septiembre del año anterior y afectó gran parte de la Ciudad de México. Los Girasoles (I, II y III) es un conjunto de varias unidades habitacionales ubicada en Coapa, en la delegación Coyoacán. Poco tiempo después de la tragedia, una amiga que estaba trabajando allí, en limpieza gruesa, la invitó. Al principio también hacía limpieza, sacaba cascajos, pero en ese momento estaba pintando y resanando, como el resto de las 4 mujeres que trabajaban con ella. Adriana hizo énfasis en que ella jamás había trabajado en

obra, que siempre estuvo en oficinas. Imprudentemente, y cargada de prejuicios, yo pregunté: “¿De limpieza?”. “¡No, no, no! –me respondió enfática- ¡De recepcionista!”. Inmediatamente dijo: “Pero el sueldo no es el mismo. Yo estoy aquí por el sueldo, soy madre soltera y tengo 5 hijos y el sueldo de administrativa no alcanza. Sí lo necesito y no importa si tengo que estar apaleando o estar levantando cascajo. Ya me salieron callos, pero no importa” (Entrevista con Adriana, 15-10-18). Los límites o presiones para no entrar al sector tienen que ver, por un lado, con el reconocimiento de que es un trabajo “duro”, “pesado”, desgastante; pero por otro, con las limitaciones impuestas por sus maridos o miembros de la familia política ampliada para que no descuiden a sus hijos.

M: ¿Y tus suegros qué opinaban cuando tuviste que empezar a trabajar y eso?

V: Pues, no les agradó mucho la idea porque cómo los iba a descuidar (a sus hijos). Ellos querían que yo pusiera un negocio allá afuerita, no sé, algo de comida, algo fuera y adentro, fuera de la casa para que yo no desatendiera a mis niños y los viera. Pero pues, no, no alcanza, acá la economía, lo que vendes, no alcanza. Entonces sí te ves forzada a ir, a salir. Más una como mujer, como hombre pues se va y deja a la esposa, los niños, pero una como mujer pues...” (Entrevista con Victoria, Ixtapaluca, Estado de México 8-9-18)

Olga, en Coapa, Ciudad de México, relata que su hija le reprochó por mucho tiempo que la dejara tanto tiempo sola por trabajar. Ella y su hermano estaban de 8am a 4pm en la escuela para que Olga pudiera trabajar. El mismo reproche aparece en el relato de Alejandra, de Oruro, Bolivia. Un sentimiento de fuerte culpabilidad aparece en las mujeres que sostienen a su familia. La maternidad entra en choque explosivo con su trabajo, y se expresa en el cuerpo de las mujeres y su sentimiento de culpa. En los hombres el trabajo siempre dignifica, en las mujeres no sucede lo mismo.

Por último, otra modalidad en que las mujeres perciben su cuerpo y es a través de los dolores, los accidentes y la centralidad de los cuidados en el trabajo de la construcción. Tina hacía hincapié que trabajaba desde los 8 años, casi sin parar. “Desde ese entonces yo trabajo, y sigo trabajando”. Su énfasis pone en perspectiva y me ayuda a dimensionar lo que significó para ella el

accidente que tuvo en 2017, hacía un año. “Me rompí las dos manos”, me dijo con un gesto de angustia que denotaba ser casi como el fin del mundo.

Tina estiró las manos, con las palmas hacia arriba. Me las mostraba. “Esta no me sirve porque tengo que estar en terapia, pero ésta ya. Me cuesta mucho, me lastiman los fierros. Duele, en tiempo de frío duele bastante”. Dos cicatrices de unos 10 cm. le cruzaban cada muñeca. La de la izquierda casi se superpone con la flecha que tiene tatuada y que atraviesa un corazón. Ambos, la flecha y el corazón, estaban hechos con una tinta oscura que comenzaba a borrarse. “Estaba yo limpiando los vidrios y se fue la escalera de lado. Yo no sé ni cómo fue, porque yo me acuerdo de la camioneta, me preocupaba la camioneta de la señora, pero metí las manos entonces fue como se rompieron mis manos. (...) No, no, es feo, ya no es lo mismo” (Entrevista con Tina, Ciudad de México, 8-8-18). Así como cantara hace tiempo el poeta¹¹⁶, “mis manos son lo único que tengo” suelen reiterar muchos hombres y mujeres trabajadoras. El accidente, que limita a Tina en su trabajo, también implicó renunciar al sueño de hacerse una casa.

Estuve a punto de comprar un terreno, pero la primera vez que tenía el enganche, de un terreno, mi yerno le pegó a mi hija, la lastimó feo y gasté mi dinero. La segunda, mi hermano falleció, y la tercera, ya no tengo tercera. Porque, ahora hace un año que yo iba a ver un terreno un sábado, me caí el viernes, entonces ya no, ya no tengo planes, ya no. Definitivamente mejor no. (Entrevista con Tina, 8-8-18).

El cuerpo adquiere sentido como principal medio de trabajo. La relevancia del cuerpo y, específicamente, de las manos, para quienes lo único que les queda es vender su fuerza de trabajo, sobresale en una experiencia de carácter religioso que Tina me narró. Sucedió durante una de las operaciones posteriores al accidente.

La Virgen de Juquila fue la que me salvó, fue la que me sacó del quirófano. Me iba a morir, porque se me complicó. Y la visión que tuve no fue nada buena. Se me complicó en el quirófano, lo de las manos de la operación de ésta (se señala una mano) y me estabilizaron tres veces, me estaba dando infarto. Y vi la muerte. Me volteaba para acá y la vi, me volteaba así y ¡no manches! Estaba así de frente con

¹¹⁶ Víctor Jara, “Lo único que tengo”.

sus manos, así y dije ¡no manches! Su guadaña y las manos así... Ay no, le pedí de corazón a la Virgen de Juquila.

M: ¿Le habló?

T: Sí, por primera vez” (Entrevista con Tina, Xochimilco, Ciudad de México, 8-8-18).

Casualmente otras manos, esta vez las de la muerte, aparecieron en escena para concretar su trabajo. No lo lograría. La Virgen se lo impidió y salvó a Tina. Me llama la atención el vínculo que teje Tina entre el trabajo, la muerte y las manos. Como no conozco mucho la tradición de la Virgen de Juquila en México, me dispuse a averiguar. Encontré un trabajo que realizó la antropóloga Alicia Barabas (2006) sobre los santuarios de vírgenes y santos aparecidos en Oaxaca. Casualmente, la autora aborda los procesos de las apariciones. Barabas entiende el aparicionismo como un fenómeno de la religiosidad popular que presenta características propias.

Se configura a partir de las visiones de seres pertenecientes a una realidad no ordinaria, que se les presentan a ciertas personas con propósitos diversos. Las apariciones son manifestaciones de lo sagrado; por lo tanto, *hierofanías*, o por lo común *teofanías*, ya que tienen voluntad y figura [Eliade, 1967]. Suelen tomar como elegidos a grupos humanos en crisis, a quienes hacen destinatarios de su cuidado y de sus mensajes, a cambio de veneración y ofrenda. (Barabas 2006:229)

Si bien la aparición principal en el caso de Tina es la muerte, el milagro confirma la aparición-presencia-existencia de la Virgen. En ese sentido, puedo asociarlo con una afirmación de Barabas. “Un aspecto que parece quedar claro en relación con este fenómeno polifacético de la religiosidad popular es su carácter político, que siempre se presenta históricamente contextualizado y entrelazado con los anhelos humanos de justicia y bienestar” (Barabas, 2006:230). Tina recibió esta vez la justicia de las manos milagrosas.

Los relatos sobre accidentes en las obras fueron bastante habituales entre las mujeres entrevistadas. De hecho, a nivel mundial, el sector de la construcción es considerado uno de los más peligrosos debido a la gran cantidad de accidentes mortales (Philipp 2021b). Marta, una mujer de pollera, aymara, de 57 años, tuvo un accidente en su lugar de trabajo en el Municipio de La Paz,

donde había trabajado por 12 años. María del Carmen, actual Secretaria General de la Asociación Nacional de Mujeres Constructoras de Bolivia, se cayó desde un techo. “Le dije ‘un cacho chicas, no tengo guantes’, me olvidé de las vigas y caí abajo. Se han puesto a llorar. Yo perdí el conocimiento. Eran chicas muy trabajadoras. Por hacer más ameno el trabajo, por hablar. Por la recuperación he estado deprimida. Justo ese día iba a ser la final de fútbol de mi equipo. Ahora ya no hago ejercicio, nada, me he deprimido, un accidente cambia todo.”¹¹⁷ Una de las socias fundadoras de ASOMUC, María Elena Ferrufino falleció en un accidente en su lugar de trabajo en la Alcaldía de La Paz. En el capítulo anterior también vimos cómo algunos supuestos accidentes fueron producidos por altos niveles de intensidad en el trabajo, o por situaciones de acoso sexual en que algunos hombres para castigar a las mujeres las exponían a situaciones muy riesgosas.¹¹⁸

El vínculo entre trabajo, cuerpo y muerte también se descubre relevante en Bolivia a través del ritual extendido en el sector de la construcción de ofrecer a la Pachamama cuerpos a cambio de protección y evitar accidentes. En la novela *Catre de fierro*, Alison (Spedding 2015) narra cómo el personaje central busca en los bares de La Paz a quien emborrachar para enterrar en los cimientos de las obras en construcción. Cuando fui a Curahuara de Carangas con Eli, ella me narraba que en el pueblo se dice que en la construcción de la capilla del pueblo, conocida como Capilla Sixtina, se habían enterrado mujeres y hombres en los muros como ofrenda. Cuando en el trabajo de campo pregunté acerca de esa práctica, varias compañeras trabajadoras me comentaban que “eso dicen”, pero ellas no sabían de algún caso que se

¹¹⁷ Conversación reconstruida a posteriori. Registro en diario de campo, 6-2-19

¹¹⁸ Aunque son escasos estos abordajes, una gran referencia es el trabajo de Álvaro del Águila (2015) quien analiza las relaciones que existen entre masculinidad y exposición a riesgos entre los trabajadores paraguayos insertos en la industria de la construcción en Buenos Aires. Sostiene que “en las obras, la ausencia de lo “femenino” parece resaltar y reforzar la construcción de lo masculino. Así, la hombría, la valentía, el trabajo duro, el chiste con referencia al sexo, el placer por la comida abundante y el alcohol representan cuestiones que suelen estar presentes en las conversaciones que los trabajadores sostienen entre sí y que forman parte de los modos de llevar adelante de forma menos pesada el trabajo. Estas construcciones particulares de masculinidad no deben ser consideradas como exclusivas de las obras en construcción, sin embargo, en tanto ámbito donde prima casi exclusivamente el trabajo masculino, se presentan hipervisibilizadas” (Del Águila, 2013: 65). De este modo, la “exaltación de la masculinidad”, “el esfuerzo físico, la potencia y la disciplina aparecen como índices del “ser trabajador de la construcción”, resultando sumamente funcionales a la explotación de la fuerza de trabajo” (Del Águila, 2013: 66).

ofrendara con humanos, sino más bien, es habitual enterrar fetos de llamas, llamados *sullus* en aymara. El presidente de la Cámara de la construcción de Cochabamba mencionaba en una nota periodística¹¹⁹ que por respeto a las creencias de los trabajadores, *q`oan* en el proceso de edificación de infraestructuras o al comienzo de un nuevo emprendimiento. “El ritual se desarrolla no solo una vez, sino hasta tres. ‘Es por etapas. Antes de iniciar la obra, luego en la primera losa (placa de hormigón apoyada sobre el terreno para repartir el peso del edificio sobre toda la superficie) se hace otro pequeño *ch`allaku* (término quechua que significa rociar con trago o chicha). La construcción sigue avanzando y cuando se llega a cubierta nos piden hacer otra *q`oa*”. Esto pone de manifiesto el sentido acerca de un vínculo orgánico entre el trabajo y el cuerpo, donde el producto, en este caso la obra edilicia, como prolongación de la Pachachama, tiene características de fuerza viva, con agencia. El clásico libro de la antropóloga June (Nash 2008) “*Comemos a las minas y las minas nos comen a nosotros*”, en el que la autora analiza la mutua dependencia entre los trabajadores y las minas, hay un reconocimiento que éstas últimas, como cuerpos vivientes, necesitan ser alimentadas, al tiempo que los trabajadores toman conciencia de su explotación a partir del deterioro de la salud, las muertes en el trabajo y los bajos salarios. Así como Tina después de su accidente revelaba la importancia de su cuerpo, y específicamente de sus manos, para sostener la vida, en Bolivia el vínculo que se establece entre muerte, trabajo y accidentes pone de relieve la conciencia sobre el cuerpo trabajador.

Vinculado a ella, en ambas localidades de estudio, las mujeres desarrollaban estrategias de cuidados en torno a su propio cuerpo y el de sus compañeras. Señalaban estar más atentas a los movimientos que realizan y al espacio, tratan de no hacer “mala fuerza”, en el caso de Bolivia observé que algunas se cubren la cintura con *wak`as*¹²⁰ que ellas mismas tejen, arreglan los

¹¹⁹ “Albañiles exigen hasta tres rituales por cada construcción”, Diario Opinión, 25-11-18.

¹²⁰ En aymara las *wak`as* son los espacios sagrados, ceremoniales de la tradición andina comunitaria, y también refiere a cinturones tejidos. Esta asociación no es casual. El tejido en mundo andino representa el universo simbólico y sagrado. “Los textiles no sólo intercedían en materia de relaciones interpersonales sino también, como lo propone un estudio etnográfico llevado a cabo por los investigadores Edward y Christine Franquemont junto con Billie Jean Isbell: “el tejido intercede entre el cuerpo humano y el poder de la Madre Tierra [... porque] está prohibido sentarse directamente sobre el suelo ya que hacerlo causaría enfermedad e incluso

espacios para no generar accidentes, hacen propuestas de mejorar hábitos alimenticios, entre otros. Las compañeras de ASOMUC, por ejemplo, han incorporado en su pliego de reivindicaciones a las empresas la solicitud de disminución del peso de las bolsas de cemento, medida que beneficiaría a todo el colectivo laboral, más allá del género.

En definitiva, se construye una noción de fuerza, vinculada a la práctica en el trabajo. Esto es reconocido por las mujeres, pero también por sus compañeros varones. Y con ello se construye una materialidad basada en esa práctica que efectivamente implica tener fuerza física, brazos y piernas fuertes. Aunque también se construye en complementariedad con ser inteligentes, “es cuestión de darse maña”, de tener conciencia de las capacidades. Me resulta relevante plantear que esa materialidad del cuerpo se construye históricamente. Y con ello me refiero a las trayectorias vitales y laborales de las mujeres, pero también a las trayectorias familiares en torno al trabajo. La mayoría de mujeres entrevistadas tanto en México como en Bolivia reconoce que comenzó a trabajar a muy temprana edad, entre los 6 y 8 años. Muchas de ellas en el campo y en el trabajo doméstico en casas de terceros. Estas trayectorias han estado atravesadas por situaciones de violencia, en términos de género, violencia física, psicológica, sexual y estructural. Por lo tanto, las condiciones de reproducción social intervienen de manera relevante en esa materialización de los cuerpos y también en las estrategias de cuidado.

6.3.2 Herramientas y vestimenta en el trabajo como extensiones corporales

La vestimenta ha sido ampliamente abordada en los estudios antropológicos desde los comienzos de la disciplina. Mi intención en este apartado es analizar la ropa y las herramientas como extensiones objetuales de la materialidad del cuerpo, que producen significados específicos y se forman relacional y contextualmente.

muerte” (1992, 50). De tal forma que, el tejido sería «una protección» para el ser humano en relación al medio en que convive” (Andrade San Martín 2020:26)

En primer lugar, me referiré a la utilización de polleras (faldas) por las mujeres trabajadoras de la construcción en Bolivia. Varias investigadoras señalan que la pollera es uno de los principales elementos que expresan la identidad étnica andina (R. Barragán 1992, S. Rivera Cusicanqui 2002). Antes de permanecer 7 meses en Bolivia, durante el trabajo de campo, asociaba a las mujeres de pollera con ser chola o cholita. Suponía que eran sinónimos (mujer de pollera, chola, cholita) y que los tres términos servían para designar a las mujeres indígenas, especialmente aymara. Después de mi experiencia etnográfica, la certeza que tengo al respecto es que el asunto es bastante más complejo que tal asociación directa. Con algunas de las mujeres entrevistadas tuvimos oportunidad de conversar directamente sobre la utilización de la pollera y la designación como indígenas. Explicitaré algunas de esas instancias.

A Eli la conocí en el marco del Segundo Encuentro Nacional de Mujeres Constructoras, que se realizó en Santa Cruz del 7 al 10 de febrero de 2019. En esa oportunidad viajé junto a aproximadamente 30 mujeres constructoras de La Paz y El Alto, y trabajadoras técnicas de la ONG Red Hábitat durante 40 horas (ida y vuelta) en bus. A Eli no pude entrevistarla en esos días, pero acordamos que iría a su casa. De ese modo, el jueves 28 de febrero fui a visitarla a Parcopata, Senkata, El Alto. Viajé en minibús. Al llegar, Eli me estaba esperando sentada sobre el emplazamiento de un mástil, en el centro de un espacio descampado, del área aproximado de una cuadra, que parecía ser una plaza baldía. Tenía puesto un sombrero color beige que simulaba un tejido con fibras vegetales pero de fabricación industrial. Sobre el sombrero, una cinta floreada rosada bordeaba el perímetro de la cabeza y se cerraba en forma de moño. Sus largas trenzas negras se unían por un cordón tejido de lana marrón, llamado *tullma*. Vestía una pollera (falda) larga, hasta mitad de la pantorrilla, con varios pliegues, de color morada, de una tela muy fina. Arriba tenía un fino suéter rosado y sobre él, una chaqueta de hilo tejida. Ambas prendas tenían bordados con hilos blancos y pequeñas aplicaciones. Me quedé en su casa casi dos horas. Al momento de retirarme, Eli me ofreció acompañarme a otro lugar a tomarme el minibús, un poco más alejado pero que me era más conveniente. En ese trayecto charlamos sobre las polleras.

M: ¿Estas son polleras? (señalo lo que tiene puesto)

E: Esta tiene bastas, se llama. Son las bastas las que hacen la diferencia. Es toda entera la pollera, pero tiene bastas. Pero las faldas de las cholitas ya no llevan las bastas, también es tipo pollera, pero es falda se llama. Esta se llama pollera, y esa es la diferencia. (...) De las de Cochabamba, Sucre, Oruro, por ejemplo, usan más cortita. A esas les decimos las cochalas, usan cortas, arriba de sus rodillas las polleritas, pero las pacañas usamos así largas. Y en eso nos diferencian. Por ejemplo, si viajamos a Cochabamba, Santa Cruz, con nuestra pollera grande, nos dicen que somos pacañas. Eso hace la diferencia. Yo por ejemplo cuando viajaba a Oruro, '¡Ay, vos eres pacaña! ¿por qué vienes aquí?' Pero sin embargo yo pertenezco a Oruro, pero mi vestimenta nomás es así. Entonces ahí es la diferencia. Por eso le decimos cochalas, por la vestimenta ya sabemos. Las de Tarija son más cortitas también, son cochalas, Sucre también, Cochabamba, Oruro. Potosí también tiene otro tipo típico de vestimenta natural. No sé si ha visto los que bailan *tinku*¹²¹, esa vestimenta usan. Acá en la ciudad se ven con su vestimentita que están vendiendo dulces, ellas son de Potosí. Son las diferencias que nos hacen la vestimenta por departamento.

M: ¿Y lo que me comentabas de la discriminación cómo es?

E: porque ahorita digamos si bajo a Calacoto, San Miguel¹²², se escucha, 'ahh esas de polleras han de ser campesinas', dicen, nos discriminan porque somos de pollera. Sólo porque somos de pollera, saben que somos campesinas. Y ese miedo, más que todo ahora de las jovencitas, ya no quieren usar la pollera. Y pocas gentes, mujeres de pollera entran a la política. Ahora con el presidente actual que tenemos ya han entrado ya, mujeres de pollera, en el parlamento, pero más antes eran más discriminadas las mujeres de pollera. (Entrevista con Elisa, Parcopata, El Alto, Bolivia, 28-2-19)

Son muchos los elementos que significa Eli en torno a la pollera. Primero, su autoidentificación como mujer de pollera. Señala que el largo de la prenda sirve para identificar la pertenencia geográfica de la mujer en cuestión. Generalmente, en las prácticas laborales de quienes llegan a la ciudad a vender sus productos, hay una relación entre el origen geográfico (de Oruro, Cochabamba, Potosí) y el giro comercial al que se dedican (las de Potosí venden dulces), y se manifiesta a través de la pollera. En tal sentido, asigna

¹²¹ Es una danza ritual que realizan en Potosí.

¹²² Ambos son barrios del sur de la ciudad de La Paz, asociado con sectores económicamente poderosos y blancos.

una procedencia, al tiempo que designa ciertos espacios permitidos de tales corporalidades en la ciudad. Eli menciona a Calacoto y San Miguel, barrios del sur de la ciudad de La Paz. En cuanto a los sentidos espaciales, una asociación más generalizada es la que vincula la pollera con la procedencia *rural* de las mujeres. También es un signo de jerarquización social. En este sentido específico, de subalternidad.

Por momentos la pollera adquiere una significación más vinculada a términos étnicos (generalmente), pero en otras instancias, adquiere sentidos de jerarquización de clase. El conflicto se pone evidencia en contextos como el de la última década en Bolivia, de gran reactivación económica y crecimiento sin precedentes de lo que se conoce como la “nueva burguesía aymara”.

En este proceso de reconocimiento fue fundamental el contexto que impulsó el proceso constituyente que motorizó la transformación del Estado en Bolivia. Tal como plantea la antropóloga boliviana Ana Cecilia Arteaga Bohrt (2018), en la Asamblea Constituyente instalada el 6 de agosto de 2006, se llevó a cabo un sustantivo debate acerca del reconocimiento de los derechos de las mujeres indígenas. “Fue en el proceso constituyente que se abordaron temas tan novedosos como el de la despatriarcalización y la descolonización, debates que cuestionaron el proyecto estatal moderno y eurocéntrico, y sobre el cual se erigió la estatalidad plurinacional con una institucionalidad que responde a estos debates” (Arteaga Bohrt 2018:53). La misma instalación de la Asamblea, en el que el 34% del total de asambleístas eran mujeres, con gran presencia de mujeres indígenas, marcó un antes y un después en la vida política del país.¹²³ Por lo tanto, la agenda de género que impulsó el flamante Estado Plurinacional

¹²³ “Además de las asambleístas mujeres, durante el proceso constituyente, a través de una política de alianzas se sumaron organizaciones de mujeres indígenas —siendo centrales “las Bartolinas” — y organizaciones del movimiento de mujeres no indígenas, quienes elaboraron un programa conjunto con demandas específicas frente a la Constitución, denominado: “Consenso de las mujeres del país hacia la Asamblea Constituyente”. (...) Según Ströbele (2013: 76) se abordaron temas como: desigualdad de género en la vida comunitaria, en la familia, en las organizaciones etnopolíticas; las demandas por la equidad de género para avanzar en la igualdad y justicia social, por la representación y participación política que garanticen la incorporación de un 50% de mujeres en todos los espacios de la gestión política y en todos los niveles (nacional, departamental, municipal, indígena y comunitario); el reclamo por el derecho a una vida libre de violencia; el acceso equitativo de hombres y mujeres a la tenencia, herencia y propiedad legalmente reconocida de la tierra; la igualdad de salarios; y la educación con equidad de género; y el ejercicio de derechos sexuales y reproductivos” (Arteaga Bohrt 2018:61).

boliviano es una condición de posibilidad relevante en el reconocimiento del ser mujer de pollera, como lo afirmaban varias de las interlocutoras de esta tesis.

Más allá de la polisemia, la pollera, en todo caso, siempre significa género femenino. Además, Eli marca la diferencia entre ser de pollera, ser cholita y ser chola. En este fragmento no lo nombra, pero una clasificación importante también es el término “de vestido”, o “señorita”, en contraposición al “de pollera”. Son varios elementos que conviene retomar con más detalle.

Como mencioné, un elemento central es el contexto propiciado por el proceso constituyente. La mayoría de las mujeres entrevistadas en Bolivia, reconocían que la pollera, como símbolo de la identidad aymara, comenzó a tomar una significación positiva a partir del gobierno del MAS. Reyna es una maestra constructora de 24 años, miembro de la dirigencia de la Asociación de Mujeres Constructoras (ASOMUC). Su madre es una mujer de pollera, oriunda de Guaqui, a la ribera del Lago Titicaca. Ella es “de vestido”, porque usa pantalón y no pollera. Reyna identificaba la pérdida de vergüenza por usar pollera y reivindicarla en espacios a los que tradicionalmente no podían acceder (educación, espacios políticos, otros sectores laborales que no fueran ayudantes, o empleadas domésticas) durante el gobierno de Evo. Antes, para Reyna, la pollera actuaba como una especie de limitación material, casi del propio cuerpo, para que las mujeres pudieran trascender y ocupar espacios de poder.

Al día de hoy, ser de pollera ya no se avergüenza. Tal vez tiene mucho que ver el gobierno, no lo sé, es que ha tratado de jalar mucho esa gente y decir no tienen de qué avergonzarse. Hoy día muchas mujeres de pollera estudian. Yo en la universidad tengo compañeras de pollera, ya sin miedo han salido de eso, algo que le tapaba, les decía eso no es para ti. Tú te limitas a salir del colegio máximo, y a ir a la ciudad para trabajar de empleada, más no. O en obra de ayudante. Pero más no. Hoy en día la mujer ya ha salido de esa barrera, y dice ‘no, yo también puedo estudiar, puedo postular’. Hay mujeres en el gobierno, hay mujeres en Asamblea, hay autoridades, profesoras, en todos lados hay mujeres de pollera, con mucho orgullo. Dicen ‘¿por qué me tengo que agachar?’ (Entrevista con Reyna, 11-2-19)

Discursivamente, Reyna establece a las mujeres de pollera como otredad. Sin embargo, el conflicto incorporado (en el cuerpo) de siglos de dominación y

resistencia se aprecia en el vínculo con su madre, una mujer de pollera a quien admira y ama.¹²⁴ En alguna ocasión Reyna me contó que en su trabajo defendía a una mujer de pollera a quienes otros discriminaban, pues le hacía acordar mucho a su mamá. En otra instancia me relató una anécdota en la que pone en evidencia la relevancia, en términos personales y sociales, de las estrategias de enfrentamiento abierto a actitudes discriminatorias reiteradas desde hace siglos. Su expresión visibiliza que, si bien la pollera es una prenda emblemática, “ser de pollera” trasciende ampliamente la materialidad de la pollera como tal (no les gustan mucho las mujeres de pollera, *incluso* la vestimenta).

A muchas personas no les gustan mucho las mujeres de pollera, incluso la vestimenta, a veces en El Alto se molestan. Supuestamente, una mujer de pollera es una mujer del campo, una mujer sin educación, una mujer que no sabe nada, y que no tiene el derecho de estar en mi posición, supuestamente. Pero las mujeres muchas no se callan. Un día yo he escuchado, por ejemplo, bajando de El Alto, una señora de pollera se sube, y una señora se ha puesto a insultarle de todo, sin motivos se ha puesto a insultarle. ‘¡Qué se creen estas pues, que porque el presidente es un indio...!’ Y no ha tenido ningún miedo en decirlo. Y nadie decía nada. Y la señora (de pollera) le ha dicho: ‘¿Qué cosa tú te crees? Tú estás comprando en El Alto ropa usada¹²⁵ y te vas a creer que eres mejor que yo, cuando tu ropa cuesta un peso. ¿Mi ropa has visto cuánto cuesta? ¡Así que te vas a medir! (a callar)’ No se ha callado, y ha dado una muy buena respuesta y todos ‘¡¡¡juhh!!!’ (como alentando). Claro, hay cosas que tú no puedes estar diciendo, porque es cierto, hay muchas personas la mayoría que está en El Alto, ahí comprando ropa usada a uno o dos pesos. Son personas así, que supuestamente tienen la categoría o no sé de qué, la educación será, pero una pollera cuesta un montón. Comprarse la ropa, la pollera, la blusa, la manta, el sombrero. No puede venir a decirte esas cosas. Y no se ha callado, le ha respondido y con una muy buena respuesta y lógica también. Y se ha callado la señora. Entonces hoy en día hay muchas mujeres que han roto esa barrera y han dicho yo no tengo por qué callarme (Entrevista con Reyna, La Paz, Bolivia, 11-2-19)

¹²⁴ Durante el trabajo de campo he pasado bastante tiempo con Reyna e Isabel. Las visité en la casa que viven en Munaypata (La Paz), jugamos varias veces al wally con Reyna, y viajamos las tres a Guaquí, y a la comunidad donde nació Isabel.

¹²⁵ En El Alto se encuentra la feria 16 de julio, una de las más grandes de Latinoamérica. Uno de los sectores de la feria se dedica a la reventa de ropa usada, generalmente que llega desde Estados Unidos. (Tassi, Medeiros, and Ferrufino 2013)

En esta escena observamos cómo a través de la materialidad corporal que significa la vestimenta, y, sobre todo, una tan emblemática como la pollera, se expresan conflictos que sintetizan múltiples determinaciones y relaciones de poder históricamente establecidas. La violencia que ejerció “la señora” a través del insulto oral visibiliza sentidos racistas legitimados socialmente (“y no ha tenido ningún miedo en decirlo”). Al mismo tiempo, “la señora de pollera”, se atreve a contestarle y a disputarle el sentido, cambiando el foco donde centra las relaciones de poder. Ya no lo hace desde una subalternidad étnica, sino desde el estatus que le otorga el poder económico, de consumo. Y para Reyna es una respuesta lógica, porque tiene sentido y asidero en la realidad.



Ilustración 26 Marta, maestra constructora, arregla el baño del Mercado. En la pared se lee "EVO INDIO BOLIVARISTA". Pasankeri. La Paz. 13-5-19.

Existen sentidos asociados a las polleras que se van concatenando en formas de autoasignación o asignación de identidades. Varias de las mujeres entrevistadas mencionaban que utilizar pollera se asocia, a menudo, con ser del campo. Y ser del campo, se asocia, frecuentemente, con ser “indio”. Cuando acompañé a Eli durante una semana a su comunidad de origen, en Curahuara de Carangas, mantuvimos la siguiente conversación. Estábamos en la ladera del cerro, pasteando llamas y alpacas. Es decir, esperábamos que los animales se alimenten. Mientras, Eli tejía una *wak`a*, un cinturón ancho, con lana de alpaca, para que no le pase la humedad. Le pregunté, ¿Las mujeres de pollera, ustedes, se identifican como indígenas o no? ‘No, a mí no me gusta eso. A nosotros la gente nos dice que somos indígenas, pero yo no me considero. Creen que todos los del campo somos indígenas. Además, nos dicen indios. Yo no sé ni qué quiere decir indígenas. ¿Qué quiere decir?’¹²⁶ Charlamos sobre eso. Le digo que, en Argentina, por ejemplo, se llaman pueblos originarios. “Ah, eso sí está bien”, me dice, somos pueblos originarios, pero no indígenas. Ahora el presidente acá también sacó una ley para que seamos pueblos originarios. Indígenas no, yo no sé qué quiere decir”. ¿Tus hermanas o tu familia se definen algunas como indígenas? Le pregunté. “No sé, nunca hablamos de eso con mis hermanas”. “¿Y tú cómo te identificas?” “Como de campo”, respondió. En varias ocasiones Eli me dijo que se identificaba como aymara. En cuanto a esta referencia de pertenencia rural, Ana Cecilia Arteaga Bohrt retoma la distinción entre ser chola y ser originaria. La autora, en su tesis doctoral, analiza la experiencia política de mujeres aymaras de la comunidad Totora Marka (Departamento de Oruro) en el marco del proceso de despatriarcalización abierto a partir de la aprobación de la nueva constitución boliviana en 2009. Según las mujeres totoreñas, la distinción proviene de los modos de vestir y opera con valores diferenciados en varios niveles: según sea su posición en la estructura de decisión política de la comunidad –si son Mama Tamanis o de base–, también si bailan tarqueada o morenada¹²⁷, o según el lugar donde residan –en la comunidad o son

¹²⁶ Notas reconstruidas a posteriori en mi diario de campo. No es una transcripción textual.

¹²⁷ “Danza originaria de la zona altiplánica de Bolivia que alude al hecho de la presencia de población afro en la región andina” (Arteaga Bohrt 2018:137).

migrantes en la ciudad. Como menciona la autora, la identificación refiere a contextos específicos en los que se encuentra la mujer.

Como mencioné, otra distinción importante refiere a ser chola o cholita. La pollera es el símbolo identitario de la chola o cholita. La historiadora boliviana Rossana Barragán (1992) analizó la conformación del grupo mestizo-cholo en Bolivia como un proceso gradual, en el que, de un origen rural e indígena, al llegar a las ciudades fueron adquiriendo una identidad clara y diferenciada del mundo criollo, pero también distinta de su origen indígena.¹²⁸ Tal proceso se expresó en la vestimenta, especialmente en las mujeres. La autora sostiene que, a lo largo del período colonial, ciertos grupos indígenas comenzaron “a adquirir la vestimenta española, como los caciques, posiblemente porque representaba un status social elevado en la sociedad colonial. Pero muchos parece que lo hicieron también para escapar del tributo en la medida en que las leyes españolas exoneraban a los mestizos de toda obligación fiscal tributaria” (Barragán 1992:65). Un proceso concomitante de “cholificación” fue la adquisición de oficios, el aprendizaje de la lengua española, y el servicio doméstico para el caso de las mujeres. Además de ello, Barragán se centra en uno de los más emblemáticos: la transformación en la vestimenta y la adquisición de la pollera como símbolo emblemático de las cholitas. El término *cholo*, a fines del siglo XVIII designaba a los hijos de mestizos e indios, y en general a los “mestizos” que se encontraban muy cerca de la sociedad indígena”. A fines del siglo XIX, con continuidad hasta nuestros días, era cada vez más difícil distinguir la pertenencia étnica de los hombres por su vestimenta, porque ya habían adoptado la ropa “occidental”. La pollera, de origen español, comenzó a ser usada por las mujeres, combinada con prendas andinas como la *lliclla* (manta para cubrirse la espalda), y la *ñañaca* (manta que utilizan en la cabeza). La pollera se vuelve un emblema porque es

¹²⁸ La antropóloga británica, nacionalizada aymara, Alison Spedding (1994) señalaba: “El Inka codificó lo que sin duda era una variación pre-existente de trajes regionales; todos debían vestirse con los artículos que señalaban su etnia de origen, mientras que el Sapa Inka usaba ciertos artículos que nadie más se ponía. El Estado controlaba la producción de una variedad inmensa de tejidos, algunos más finos que cualquier producto europeo de la época, y los vestidos más ricos fueron distribuidos como señales de favor especial a los señores de mayor rango entre las etnias dominadas. Los españoles llegaron a entender rápidamente esta costumbre y regalaron artículos lujosos de vestimenta europea a sus aliados. En pocos años, la nobleza indígena asumía el traje de los europeos de la clase alta, pero retenía ciertos artículos andinos –el *unku* o túnica en vez del jubón para los hombres, o la manta o *lliclla* prendida con topos de plata u oro para las mujeres” (Spedding 1994:121)

usada exclusivamente por las cholitas. Barragán sostiene que, en la década de 1990 (su texto es de 1994) era despectivo llamar a alguien chola, o cholo. En cambio, cholita, es una expresión de auto-identificación y orgullo. Por su parte, Ana Cecilia Arteaga Bohrt (2018), señala que, en términos generales, “el vocablo chola hace referencia a la mujer del altiplano, que usa una vestimenta característica, cuyas prendas principales son las polleras, mantas, aguayos y sombrero bombín (Jiménez, 2013: 3)”(Arteaga Bohrt 2018:137).

En esta investigación pude constatar que, en el trabajo de las mujeres en el sector de la construcción, hay una instrumentalización del sentido de la corporalidad étnica en las mujeres en función, no sólo de las necesidades del capital, sino también como estrategia de las propias mujeres de pollera. El reconocimiento de cuerpos fuertes, “acostumbrados al trabajo duro”, así como aquellos vinculados a una jerarquización étnica (en tanto corporalidades históricamente subalternizadas) son puestos en juego en éstos espacios y contribuyen a una mayor apertura de tales corporalidades a espacios históricamente masculinizados (e indigenizados también). Durante una charla con Reyna, hacía mención a que mayoritariamente se insertan mujeres de pollera. En su relato asocia inmediatamente la corporalidad de las mujeres de polleras como fuertes. Especialmente, aquellas que “han sido de campo”, porque están acostumbradas a trabajar.

Hay muchas mujeres con polleras. Por ejemplo, las mujeres con polleras que han sido de campo, saben trabajar, muy trabajadoras. Desde pequeños no puedes estar parada, tienes que sembrar cosechar, tienes que hacer algo siempre. El rato de comer sólo te puedes sentar, sino después tienes que estar trabajando. En las ciudades son más cómodos, tenemos la tecnología a nuestros pies. Y en la construcción hay mucha mujer de pollera, y en las obras que yo he trabajado había 3 o 4, mayormente señoras, pero muy pocas ascienden de rango, incluso cuando hay cholita le molestan los hombres (Entrevista con Reyna, La Paz, 11-2-19)

La pollera como objeto material, guarda una polisemia bastante amplia según el contexto. En este caso, se vincula con el trabajo en el campo. En torno a ella se construye una materialidad corporal asociada a la noción de fuerza, y se forma a través de la repetición de trabajos desde la infancia. Esto trae uno de

los elementos analíticos centrales que observamos en la materialidad del cuerpo de las mujeres constructoras y refiere a que siempre, se trata de una materialidad conformada históricamente. Como desarrollé con anterioridad, en la mayoría de casos en Bolivia, como las trabajadoras adultas en México, presentan trayectorias vitales constituidas en torno a la inserción laboral muy temprana (desde los 6 o 7 años muchas de ellas comenzaron a trabajar “en casa” de terceros) y en ocupaciones que implican un gran desgaste físico. Isabel, la mamá de Reyna, me contaba que en el campo cada uno tiene su función desde muy pequeño.

Yo me acuerdo que a los 5 años mi función era dar al conejo agua, dar pasto, tener su comida. Y recoger los huevitos de las gallinas. Esa era mi primer función. Luego, ya vas más subiendo y más creciendo. Luego era llevar a los chanchitos a los cantos y dar de comer, hacer pastear. Luego, más grandecita, ya pasteaba oveja, subía la función. Después era traer agua, todo, todo completo. Y llevar las ovejas a los cerros (Entrevista a Isabel, La Paz, Bolivia, 10-8-19).

Existen regímenes regulatorios, como veremos en los siguientes apartados, que ponen límites concretos para que un cuerpo, con determinadas características, asignado de diversas formas, ocupe ciertos espacios, o realice alguna actividad, como el trabajo de la construcción, por ejemplo. Sin embargo, en última instancia, siempre se trata de cuerpos aptos para trabajar, es decir, que tienen una historia de trabajo.

La corporalidad fornida no sólo se construye por la práctica laboral “pesada”, sino que también está vinculada con criterios de belleza y, en ocasiones, a status económicos. Spedding sostiene que

el principio vital en los Andes no es la sangre (*wila*), sino la grasa (*untu*); ser gorda (*lik'i*) es deseable, mientras que flaca (*t'ukha* se refiere a las mujeres flacas como esa *ch'arkhi'*, esa carne seca) es un término de desprecio. Las mujeres adoptan una postura con los hombros echados atrás, las caderas adelante, y la espalda cóncava, para hacer resaltar la barriga encima de la cinturilla de la pollera. La mujer bella es rolliza, con una barriga redonda que hace bajar por adelante su pollera. (...) No se admira la gordura en hombres jóvenes, porque es un índice de flojera, pero gente

flaca y madura, de ambos sexos, lamenta los días de su prosperidad cuando eran barrigones (Spedding 1994:126).

Madeleine, una maestra pintora de 45 años, que no es mujer de pollera sino “de vestido”, me contó que el padre de su único hijo le decía que quería una mujer de pollera.

Un día su hermana hizo una fiesta, esa fiesta de la morenada. Esa noche él me dijo tú no puedes estar a mi lado, tú no eres de pollera. Él quería que fuera de pollera, no le tomé en serio.

M: ¿Cómo es eso de ser de pollera?

Madeleine: Ser cholita, como las compañeras de pollera. Él quería que yo me ponga pollera. Ya me voy a conseguir una de pollera me dijo y se consiguió. Ahora la esposa es de pollera.

M: ¿por qué quería que fuera de pollera?

Madeleine: No sé, tal vez porque su mamá es de pollera. Hasta ahora él está bien, ya se casó, tiene su hija” (Entrevista con Madeleine, 11-2-19)

Es posible aseverar, siguiendo a Paredes (en A. C. Arteaga Bohrt 2018) que el significado de cholo o chola (o mujer de pollera) desde su aparición hasta nuestros días, ha ido cambiando de acuerdo al momento político y económico que ha vivido la sociedad boliviana. Varios estudios señalan la relevancia que tuvo el proyecto descolonizador abierto por Evo Morales y el gobierno del MAS, a partir del cual, entre otras dimensiones, se abrió espacios políticos históricamente vedados para las mujeres como el Parlamento, o la educación superior. Sin embargo, la antropóloga Marta Cabezas Fernández (s/f) señalaba que “Evo Morales, poco después de tomar posesión del cargo de Presidente de la República, declaró a la prensa “este es un gobierno de ponchos y corbatas”. Con esta metáfora sobre la vestimenta masculina de indígenas y profesionales, Morales recalca el carácter interétnico e incluyente de su gobierno. Pero no aludió a la vestimenta de las mujeres, ni a las “polleras” de las indígenas, ni a los “vestidos” de las no indígenas” (Cabezas Fernández n.d.:139). Cabezas analizó en su tesis los posicionamientos políticos en torno a los derechos de las mujeres en el

Parlamento Boliviano durante el primer gobierno del Movimiento al Socialismo (MAS), encabezado por Evo Morales (2006-2010). Específicamente, se centró en la distinción (y sus consecuencias en el debate político) entre dos tipos de parlamentarias en la bancada del MAS, las “orgánicas” y las “invitadas”:

Las primeras eran mujeres con identidad indígena y/o campesina, la mayoría de ellas “de pollera”. Contaban con una trayectoria política previa de liderazgo en los sindicatos agrarios y que carecían de titulación universitaria y que, por tanto, no eran “profesionales”. Las invitadas eran mujeres mestizo-criollas, todas ellas “de vestido”, urbanas y con formación universitaria, lo que las convertía en “profesionales.”(Cabezas Fernández n.d.:136)

A través de su análisis, la autora ve que los hombres no contaban con esta objetivización de su identidad (basada en la etnicidad) como sí pasaba con las mujeres. “Los hombres tenían mayor movilidad étnica (De la Cadena 1991:10) que las mujeres en la bancada” (Cabezas Fernández n.d.:139), y ya fueran del campo o de la ciudad, mestizos o indígenas, los hombres podían “indianizarse” con más facilidad, contar con nuevo capital social y estar legitimados como “orgánicos” dentro del movimiento. Cabezas Fernández retoma a Marisol de la Cadena quien, en su texto “Las mujeres son más indias” señalaba que las mujeres indígenas “son el último eslabón en la cadena de subordinaciones y también los personajes en los que la “volatilidad” de la etnicidad se expresa con mayores dificultades” (De la Cadena en M. Cabezas Fernández s/f: 139]. Para la autora, el marco ideológico que propiciaba esta mayor “carga étnica a las mujeres” era la ideología etno-nacionalista del MAS que las construía como “símbolos étnicos” y como “guardianas de las fronteras étnicas” (Cabezas Fernández n.d.).

El reconocimiento de las mujeres de pollera como sujeto político, al tiempo que el proceso de crecimiento económico considerable de un sector importante de la población aymara, y entre ellas, de las cholos, rearticuló y transformó de modos específicos la estructuración histórica de la matriz de poder colonial- capitalista patriarcal y racista. En tal sentido, Marianela Díaz Carrasco, analiza las transformaciones generadas durante el proceso constituyente en Bolivia, a partir del proyecto de despatriarcalización y

descolonización que desarrolló el Estado. En una de sus investigaciones, la autora se centra en los nombramientos de mujeres indígenas en los poderes del Estado (ejecutivo, legislativo y judicial) y señala que “uno de los principales efectos que ha tenido la propuesta de descolonización del género, y en sí la ocupación de mujeres indígenas en cargos jerárquicos del Estado, es resituar la relación de servidumbre y la relación jerárquica entre mujeres indígenas y no indígenas” (Díaz Carrasco 2014:144). En otro trabajo (Díaz Carrasco 2018), analiza la incursión de la chola paceña y en los certámenes de belleza o “Miss Cholita”. En él plantea que si bien esos procesos “desarticulan el espacio hegemónico de los blanco-mestizos y sus patrones de lo permitido, lo adecuado, lo bello, entre otros; (...) por otra parte estos cambios se dan sin subvertir o afectar los patrones centrales de esa hegemonía” (Díaz Carrasco 2018:52).

En el marco de tales transformaciones, planteo que se generaron nuevas condiciones de posibilidad para las mujeres en Bolivia, al tiempo que se abrieron nuevas conflictividades que se despliegan en distintos ámbitos y niveles. Por mencionar alguno, en los ámbitos de trabajo persisten prácticas y sentidos que actualizan con intensidad variable, la violenta ideología colonial-modernizante, como la llama Barragán. Recuerdo una conversación con un funcionario de la Secretaría de Infraestructura Pública de La Paz en la que me narró una anécdota sobre la sub-utilización de las instalaciones para servicios higiénicos construidas para las mujeres indígenas. Mencionó que, después de construir baños para mujeres en las entidades del Municipio y que nadie los usara, se dieron cuenta de algo. Según sus palabras, las mujeres indígenas no utilizaban los baños por una costumbre en la que, como una forma del marido indígena de controlar y evitar que su mujer estuviera con otro hombre, las obligaban a ir al trabajo sucias, con olores del acto sexual. De este modo, cualquier otro hombre que intentara acercarse, el olor funcionaría como un aviso de que esa mujer tenía ya un hombre. Bañarse implicaría quitarse esa marca personal, por lo tanto, si se bañaban, su esposo creía que estaba buscando hombres. Para evitar el castigo, muy seguramente una golpiza, seguían sucias, sin utilizar las nuevas instalaciones.¹²⁹ La materialización de

¹²⁹ “Los problemas del trabajo en Bolivia. Informe de la Comisión Mixta Boliviano-Estadunidense” (1943) fue un informe presentado por la OIT ante el gobierno de Bolivia en 1943. Ese, año el embajador boliviano en Estados Unidos había solicitado que un grupo de

las ciudades y de los cuerpos, es un proceso permanente y en disputa constante. En mi diario de campo registré la lectura de un cartel que había en el baño de mujeres enfrente de un cholet, en El Alto: “NO ORINAR EN EL PISO”.

En México también identifiqué una serie de simbolismos sobre los cuerpos en relación con el trabajo. Tiene que ver con la suciedad y la rudeza. En el capítulo 2 mencioné que Olga, quien trabajaba intermitente con el contratista Moisés, me dijo que ella prefería no trabajar en obras. “Mis hermanas sí, por lo que ganan, es mejor ese sueldo, pero a mí no me gusta, porque anda uno muy sucia. La verdad. Yo casi no, en eso no” (Entrevista con Olga, 27-12-18). Otra de las mujeres que trabajaba con Moisés en esa misma obra, era Giovana. En ese momento tenía 26 años, aunque parecía menos. Se había casado por primera vez a los 14 años. Ahora llevaba 6 años de su segundo matrimonio. Me cuenta que, cuando comenzó a trabajar, recibió muchas burlas de parte de sus familiares. “De mi papá especialmente. Me decía, ‘pos, es que estás de albañila, ¡ya te vas echar el colado! (lo dice con tono de remedar la burla), cosa así” (Entrevista con Giovana, 21-7-18). Al releer la entrevista, sospecho que también puede tratarse de un albur¹³⁰, aunque en

expertos de ese país realizara una investigación sobre la situación “del obrero”, particularmente, del obrero minero. Esta cooperación se daba inmediatamente después de haber terminado la Segunda Guerra, cuando Bolivia abastecía diversas materias estratégicas, especialmente el estaño. Las observaciones se focalizaron en la educación, libertad de asociación y negociaciones colectivas, regulación del salario mínimo, regulación de horas de trabajo, seguro social, servicio público y gratuito de colocación, vivienda y sanidad. Las recomendaciones ponen en evidencia una clara orientación modernizante y civilizatoria en la preocupación para regular las relaciones capital-trabajo durante la posguerra, proceso en el que la OIT, como organismo de las Naciones Unidas, tuvo un papel central. Una observación de ese informe (de 1943, reitero) llamó mi atención por la similitud con la anécdota narrada por el funcionario (en 2019). Dice el informe “Impresionó particularmente a la Comisión, la carencia de servicios higiénicos para los trabajadores, prácticamente en todos los lugares visitados en el curso íntegro de la inspección. Cuando esta deficiencia fué destacada, se dijo a la Comisión que el trabajador indígena no puede ser habituado al uso de excusados y letrinas. Pero, por otra parte, en algunas escuelas donde existen modernos servicios sanitarios, se nos aseguró que los niños se habitúan rápidamente a su uso. (...) Debe darse una acción preventiva, combinadas con medidas de asistencia social y económica. El objetivo debe recaer en la prevención colectiva para proteger al individuo, a la familia y a la sociedad. Los “tabús”, los prejuicios y los hábitos del indio, constituyen, a menudo, un grave obstáculo. Pero el proceso educativo debe iniciarse sin demora en gran escala, y ser proseguido sin desmayo. La educación de los escolares en higiene personal y nociones elementales de sanidad, como parte de la instrucción, constituye uno de los medios más importantes para resolver el problema” (OIT, 1943:36). Agradezco al profesor Roberto Melville por acercarme el informe e instar a la reflexión sobre el tema.

¹³⁰ El albur es un juego de palabras, que generalmente connota doble sentido sexual. Es muy utilizado en la cultura popular mexicana, y especialmente, en el gremio de los albañiles.

ese momento no se lo pregunté. Giovana también recordaba que disfrutaba tomarse fotos de las cosas que hacía, como “echar pasta”, y el padre le decía riéndose: “¡Estás de albañila!”. ¿Por qué se burlaban? Pregunté. “Porque no son lugares como para trabajar éstos”. ¿Qué tiene de malo trabajar acá?”, dije. “El hecho de que estés sucia, que no estés arreglada de una forma adecuada, como tú. Yo siempre le he dicho que no me importa mi aspecto mientras yo tenga para darle a mis hijos y no decirles no tengo. Yo nunca me he espantado por un trabajo”, me dijo mientras trataba de quitarse el polvo y la pintura de su suéter tejido. Giovana tiene un hijo de 4 años y una niña de 5. La relevancia del aspecto físico y ciertas características de una feminidad que podría llamar hegemónica, se ponen en evidencia en la anécdota que relata en torno a su hija.

También mi hija era así, ‘¡ay nooo!’ (exclama, como negando con fuerza). Cuando yo trabajaba en el hotel (en obras), yo trabajaba con mi hija. Y era como que a ella le daba pena. Me decía... Porque anteriormente nosotros teníamos una tienda de abarrotes. Entonces, *pos*, éramos dueños. Y yo siempre estaba arreglada, uñas pintadas, bien iba ¿no? Y mi hija estaba acostumbrada a verme así. Cuando esa tienda no se da, tengo que irme a trabajar así, para seguir manteniéndonos. Y mi hija era así como que ‘¡ay mamá!, ¿a poco que no te da pena¹³¹ salir a la calle así?’ (con la ropa con pintura de albañilería)". (Entrevista con Giovana, Ciudad de México, 21-7-18)

Giovanna identificó que fue cuando llevó a trabajar a su hijita con ella, que la niña cambió de opinión al respecto. Desde su perspectiva, pareciera que la experiencia del trabajo operó, en ella y en la niña, como elemento que evidenció la dignidad del trabajo. Tal dignidad la vinculan con el reconocimiento del esfuerzo. Como mencioné, el interés por resaltar este carácter del trabajo en las obras fue reiterativo en los relatos de las mujeres que actualmente se desarrollan en ese ámbito.

Y eran cosas muy fuertes para mí, por el hecho de escuchar a mi hija que dijera que le daba pena. Entonces empecé yo a hablar con ella y le dije, ‘mira, a lo mejor estoy

¹³¹ Vergüenza.

sucia, pero tengo para comprarte`. Y mi hija empezó a entender eso, porque obviamente, como trabajábamos con botes de pintura, y ella también tenía su ropa de trabajo... Con el sábado yo llegaba y le pagaba a mi hija por haberme ayudado y me decía (la imita con voz de felicidad), '¡No inventes mamá, trabajamos mucho!'. Y empezaba ya a valorar su trabajo. Luego yo le decía a mi hija 'ponte a pintar aquí'. Y me decía '¿Sabes qué? Sí me cansé'. Mi hija ya empezó a valorar el trabajo que yo hacía, y ahorita es lo que me dice 'No mamita ¡Tus manos! Es para mi mochila y es para mis cosas, vienes cansada'. O sea, mi hija entendió ahí el valor de mi trabajo, haciéndolo conmigo, y ahora ya no le da pena" (Entrevista con Giovanna, 21-7-18)

Este fragmento de la entrevista con Giovana condensa diversos núcleos analíticos significativos que atraviesan los sentidos del cuerpo trabajador. Podría mencionar el trabajo de los niños y niñas en el sector de la construcción, que incluye hasta la ropa de trabajo; el sentido sobre el esfuerzo en la dignificación del trabajo; las expectativas de consumo, entre otros. Sin embargo, me quiero detener en una construcción de sentidos que identifiqué en torno a la noción de los cuidados del cuerpo y la apariencia física, las nociones de belleza y el "estar bien arreglada", como características normativas del ser mujer que se resaltan en oposición a la apelación de lo sucio en la construcción. Ello se reiteró no solo en la entrevista con Giovana, sino en varias mujeres insertas en obras en México. La "pena" o vergüenza de trabajar en la construcción se corporeiza en la suciedad. Giovana relató que cuando va a la tienda con la ropa o las manos manchadas de pintura, la gente pasa y se le ríe en la cara. Durante mis estancias de observación participante en las obras, era habitual ver las mujeres que llegaban o salían de su lugar de trabajo muy maquilladas, con ropa ajustada al cuerpo, y vestían de un modo que socialmente podríamos considerar como bien arregladas.

En las ciencias sociales, y especialmente desde los estudios feministas, son prolíficos los abordajes sobre las prácticas y estándares de belleza y cómo estos impactan en la vida de las mujeres y en las relaciones de poder entre los géneros. Entre ellos, me interesa retomar el planteamiento de Mónica Moreno Figueroa (2013) quien considera que la belleza no sólo es un recurso simbólico generizado sino también fuertemente racializado, clasizado y disputado permanentemente. La autora se centra en el contexto mexicano.

En lo que podría definir como la trayectoria corporal de Giovana, se observa uno de los mecanismos en que opera el régimen de producción reguladora que determina la materialidad de los cuerpos, en sentido butleriano. Tiene que ver con la noción de castigo que percibo. A medida que en nuestra interacción durante la entrevista se volvía más confidente, Giovana me contó por qué había comenzado a trabajar en la construcción. Era edecán. La imagen de su cuerpo era su principal medio e insumo de trabajo. Sin embargo, por algunas circunstancias, se volvió adicta a las drogas. Eso le ocasionó que bajara mucho de peso. Me relata que decidieron –aunque no supe exactamente quién tomó la decisión- que trabaje en la construcción con su marido. Un trabajo pesado, donde pueda gastar energías y sanarse. Desde su perspectiva lo percibe como un castigo a sus malos hábitos. En ello la imagen del cuerpo es el elemento clave. Su cuerpo, ahora, es prueba de la abyección de los cuerpos que no importan.

Adriana nació en Ciudad de México, su padre era de Oaxaca y su madre de Guerrero. Ella vive junto a sus 5 hijos (de 13, 5, 4, 3 y 2 años) en Cuemanco, al sureste de la ciudad, distante a una hora aproximadamente de su lugar de trabajo. Su hermano es ingeniero y no le gusta que trabaje en obras. “¿Qué pasó? Tú usabas zapatillas¹³², traje sastre,... ¿Qué pasó? Ahora estás mugrosa, tienes callos, no usas uñas postizas”, me cuenta Adriana que suele decirle su hermano. “Pues no, pero aquí hay dinero, en serio, sí pagan más”, responde y parece que su gesto devela un interés para convencerlo. Empezó a trabajar a los 15 años, “pero de recepcionista o cosas así”. Enumera: “Recepcionista en un consultorio, en cajero en lo que iba estudiando (la preparatoria), después trabajaba de edecán. (...) Igual si me llaman para un evento igual me voy, me hago todo lo que me tengo que hacer, me cambio la imagen, me lacio el cabello, me pongo tacones” (Entrevista con Adriana, 15-10-18).

A partir de estas experiencias, identifico que en México las mujeres constructoras solían resaltar el género femenino como central en su identidad corporal. El estar arreglada, maquillada, se contraponía a lo sucio del trabajo en la construcción. Podría decir que el género se hace con más fuerza en este

¹³² En México llaman “zapatillas” a los zapatos de tacón.

contexto, que en el caso boliviano, en el que se refuerzan las categorizaciones desde lo étnico, como mujeres de pollera –como indígenas o mestizas, según algunas de las múltiples acepciones que vimos con anterioridad-.

6.4 Presiones, opresiones, resistencias y permeabilidades

En los apartados anteriores vimos algunos modos en que las mujeres perciben la construcción o materialización de sus cuerpos en el trabajo. Es decir, cómo se “asignan”. Sin embargo, en esta relación, “asignar” y “(re)signar” aparecen articuladas. “Inacabado, o inacabados desde el comienzo, nos van formando, y mientras nos forman, estamos siempre parcialmente inacabados por todo aquello que vamos sintiendo y aprendiendo” (Butler 2016). Este reconocimiento plantea una relación *ética* (capacidad de afirmar o negar el hecho de que hayan actuado sobre mí) y *estética* (capacidad de afectar y ser afectado). De manera similar a Butler, en *El uso de los cuerpos*, Giorgio Agamben (2017) recupera la noción de “afectación” propuesta por Spinoza, para caracterizar lo que denomina “el uso de los cuerpos”. Para Agamben, *Somátos chrēsthai*, “usar el cuerpo”, es “la *afección que se recibe en cuanto se está en relación con un cuerpo o con cuerpos*” (Agamben 2017:71). Reconoce el autor, también como Butler, que “Ético –y político- es el sujeto que se constituye en este uso, el sujeto que testimonia las afecciones que recibe en cuanto está en relación con un cuerpo” (Agamben 2017:71). Los modos de afectación, que genera la alteridad, responde al vínculo. Es el vínculo el que produce sentido. El cuerpo es constitutivamente relacional. Con la noción de *cuerpo en acto* –presente en Butler (2016) como en Agamben (2017) –, hay una vuelta al sujeto, ya que es justamente en la acción donde existe la posibilidad de devenir como tal. El sujeto aparece como acontecimiento irruptivo.

La experiencia personal de la corporalidad es un proceso vivenciado históricamente, de acuerdo a nuestros posicionamientos sociales, y, por lo tanto, relacionales. Confieso que comenzar este apartado me dio mucha dificultad. Justamente, al construirse como experiencia situada, abordar las estructuraciones racistas como régimen de disciplinamiento (y materialización) de los cuerpos, supuso un enfrentamiento con mi propia situacionalidad, y en

este caso con mis privilegios. Explorar los procesos de racialización y etnización de la fuerza de trabajo, en este caso, de las mujeres trabajadoras de la construcción me interpela. ¿Cómo las experiencias, desiguales e imbricadas de relaciones de poder, pueden tornarse en fuentes reflexivas para la investigación antropológica? Este es un debate que ha sido abordado abundantemente. Volver visible algo, ya supone un mecanismo de montaje. Lo que dejamos ver y lo que no, nuestras cegueras intencionales e involuntarias, nacen de tal posicionamiento en la historia. El riesgo es que mi presencia (la presencia que investiga y que narra) entorpezca o invisibilice otras presencias (y con eso me refiero a experiencias que mis privilegios no logren, ni han logrado percibir). De allí lo rico y riesgoso del conocimiento situado (Haraway 1995).

Cuando en mayo de 2019 viajé desde La Paz (Bolivia) a Curahuara de Carangas con Eli, sucedió una situación precisa que operó como un disparador de un ejercicio de reflexividad sobre mi posicionalidad y mis privilegios. Al día siguiente de haber llegado, las hermanas salieron temprano a la feria del pueblo a vender y comprar mercadería para llevar a sus hogares. Recorrí la feria que estaba al costado de una cancha de fútbol, un espacio de aproximadamente 3 hectáreas, buscándolas. Había puestos de comida, de verduras, de artículos de almacén y hasta de venta de lana de llama y alpaca. La mayoría disponía sus productos en el suelo. Al rato encontré a Eli. Además de las dos hermanas que se habían quedado en la casa, estaban por llegar otras dos hermanas de otras ciudades a vender sus productos. Eli me llevó a un lugar donde suelen ubicar su puestito. Las 4 hermanas son *mujeres de pollera*, como casi todas las mujeres del pueblo. Yo sentía algunas miradas que me hacían sentir extraña, extranjera. Nos acercamos a un puesto en el que estaba su hermana vendiendo hojas de coca. Estaba sentada. Eli le dijo, presentándome: “Mi amiguita”, mientras me señalaba levantando el mentón. Su hermana levantó la vista, me miró. “¿Qué va a ser?”, dijo con un gesto de profunda desconfianza y desaprobación. Me generó mucha incomodidad. Se condensaron siglos de historia en un solo gesto.

Esa misma tarde dejamos el pueblo y nos dirigimos a Choquemarca, la comunidad donde nació Eli. En el viaje, me contó que cuando regresó sola a la

feria, una mujer le había preguntado “¿De dónde sacaste a la *choquita*¹³³ esa, esa *gringuita*? (por mí). Eli le respondió, en broma, que yo era su cuñada. La mujer le dijo que consiga una para ella, para sus hijos, que necesitaban. Me llamó la atención que, durante mi trabajo de campo en Bolivia, en muchas ocasiones escuché utilizar la palabra choca o choco, en referencia a determinados cuerpos. Específicamente, cuerpos que poseen características particulares a nivel físico (cabello rubio, ojos claros, piel muy blanca) y a nivel de sus posiciones sociales históricas.¹³⁴ Decir “choca” o “güera” hace una referencia dual al cuerpo como materialidad y al cuerpo como significado y posición en la estructura social. En el caso de la mujer que pidió a Eli una choca para sus hijos, demuestra cómo los significados no sólo son estéticos, sino también nos habla de los sentidos aspiracionales (sentido positivo de “conseguirse” una mujer choca). Mi compañera Joy Helena González (me) preguntaba al conocer tal experiencia “¿Qué dice de Eli que “tenga una cuñada choca”, esto es, que esté emparentada con un cuerpo choco? ¿Por qué aquello es lo primero que dice la otra mujer? ¿La otra mujer hubiese dado la misma respuesta si tú fueras un cuerpo negro o un cuerpo indígena y campesino? Estas preguntas aún siguen resonando en mí. Decido incorporar parte del proceso de construcción de esta reflexión, porque tiene un significado analítico para mí. La perspectiva interseccional se construye constantemente y de manera fundamental, volviendo visibles y perceptibles (sensibles) nuestros privilegios.¹³⁵

Durante mi trabajo de campo en México percibí algo similar con la designación de *güerita*. Por lo general, no iba acompañada de algún adjetivo valorativo. O quizás, mi modo de percibirlo estuvo más condicionado porque llevaba más de dos años viviendo en el país y tal vez, ya había naturalizado ciertos modos de interacción. O quizá porque hay similitudes entre México y Argentina (país donde nací) en cuanto a los procesos racistas sobre los que se

¹³³ Choca es rubia o blanca.

¹³⁴ Agradezco a mi amiga y colega Joy Helena González Gueto por interpelarme a través de sus comentarios y reflexiones sobre el racismo y las experiencias encarnadas, y acercarme a la bibliografía vinculada.

¹³⁵ Un proceso similar ocurrió con la interpelación que mi amiga y colega Julieta Sierra me realizó en torno a la priorización que yo estaba haciendo de las experiencias masculinas al poner en primer lugar en la construcción de este capítulo, los sentidos (especialmente patriarcales) que los hombres construyen sobre las mujeres.

funda el Estado- Nación, a través de la creencia en una supuesta “desracialización”, o negación de la raza en la conformación (“somos todos mestizos”, “somos todos blancos”). O lo que, en otras palabras, Rita (Segato 2007) denomina la monocronía del mito fundador. En varias ocasiones se sucedieron experiencias como las anteriormente narradas, en ambos países. Estas han colaborado en el reconocimiento de algunas de mis posicionalidades de privilegio durante la investigación, vinculados a la blanquitud, a ser extranjera, estudiante doctoral, a un *habitus* de clase. Progresivamente, me di cuenta que tendía a reconocer con facilidad cierta imagen hegemónica del orden sexo-genérico, pero no lo hacía sobre lo racial. La incomodidad que me generaban aquellos momentos en que alguien visibilizaba mi “pertenencia racial” y mis privilegios, puedo asociarla con lo que algunas investigadoras/es de la blanquitud¹³⁶ denominan al estrés racial. El estrés racial es producto de la fragilidad blanca. La profesora estadounidense Robin DiAngelo (2011) considera la fragilidad blanca como un estado en el que, en términos individuales, “incluso una mínima cantidad de estrés racial se convierte en intolerable, desencadenando una gama de movimientos defensivos” (DiAngelo 2011:57).¹³⁷Entre ellos menciona, la ira, el miedo y la culpa, y comportamientos como argumentación, silencio y abandono de la situación que induce al estrés. El estrés racial aparece, según la autora, como producto de alguna interrupción de lo que es racialmente familiar. Estas interrupciones pueden producirse de diversos modos y surgir de desafíos a la objetividad del punto de vista de los blancos, a los códigos raciales blancos, a expectativas raciales blancas y a la necesidad de la comodidad racial blanca, a las relaciones colonialistas, a la solidaridad blanca, al individualismo, a la meritocracia, a la autoridad y centralidad blanca.¹³⁸

¹³⁶ “Los estudiosos de la blanquitud, definen al racismo como un entramado de estructuras culturales, sociales, políticas y económicas, acciones y creencias que sistematizan y perpetúan una distribución desigual de privilegios, recursos y poder entre gente blanca y gente de color (Hilliard, 1992). (...) La blanquitud refiere a dimensiones específicas del racismo que sirve para elevar a la gente blanca sobre la de color (DiAngelo 2011:56). La traducción es mía.

¹³⁷ La traducción es mía.

¹³⁸ “Racial stress results from an interruption to what is racially familiar. These interruptions can take a variety of forms and come from a range of sources, including: Suggesting that a white person’s viewpoint comes from a racialized frame of reference (challenge to objectivity); People of color talking directly about their racial perspectives (challenge to white racial codes); People of color choosing not to protect the racial feelings of white people in regards to race (challenge to white racial expectations and need/entitlement o racial comfort); People of color not being

Uno de los principios en que opera la blanquitud como dimensión del racismo estructural es la creencia en la objetividad que permite a los blancos verse a sí mismos como humanos universales que pueden representar toda la experiencia humana. “Esto se evidencia a través de una identidad o ubicación no racializada, que funciona como una especie de ceguera; incapacidad para pensar en la blanquitud como identidad o como un "estado" de ser que debería o podría tener un impacto en la vida de uno. En esta posición, la blanquitud no es reconocida ni nombrada por los blancos, y es asumida como un punto de referencia universal” (DiAngelo 2011:59). La socióloga mexicana Mónica Moreno lo llama la “ironía del privilegio”. “La ironía del privilegio, desde la perspectiva de quien lo puede tener, es que no es el resultado de un logro personal, sino de una ubicación social y que una de sus características es “no tener que pensar en él”. Los privilegiados tienen “el privilegio del olvido” (Ferber en Moreno Figueroa 2013:43). Y esto, sin duda, es importante en la producción académica. Como plantea Segato, “La blancura opera como un “capital racial”, y la propiedad de ese “capital racial” agrega valor en los productos, incluyendo entre los ejemplos posibles, sin duda, la propia producción académica” (Segato 2010b:30). Y por supuesto, es importante en los lugares de trabajo, y en los cuerpos de las mujeres.

El lugar de la raza, de la negritud y la blanquitud, se superponen en una compleja articulación que varía de acuerdo a los contextos nacionales. Por lo tanto, son centrales para analizar el modo en que se configura el trabajo bajo un específico patrón de poder, en este caso, el trabajo de las mujeres en el sector de la construcción en Bolivia y México. “Los sentimientos peculiares que están en las bases del racismo en cada caso se encuentran profundamente arraigados en las estructuras de relación establecidas a través de una historia nacional particular, en cada escenario nacional particular” (Segato 2007:99). La dominación racial no equivale a dominación colonial, aunque ambas se

willing to tell their stories or answer questions about their racial experiences (challenge to colonialist relations); A fellow white not providing agreement with one's interpretations (challenge of white solidarity); Receiving feedback that one's behavior had a racist impact (challenge to white liberalism); Suggesting that group membership is significant (challenge to individualism); An acknowledgment that access is unequal between racial groups (challenge to meritocracy); Being presented with a person of color in a position of leadership (challenge to white authority); Being presented with information about other racial groups through, for example, movies in which people of color drive the action but are not in stereotypical roles, or multicultural education (challenge to white centrality)” (DiAngelo 2011:57)

vinculan estrechamente. Como bien plantea Silvia Rivera Cusicanqui (2015), si la dominación racial existe, es como resultado del “hecho colonial” y no a la inversa. En tal sentido, “La posibilidad de un pensamiento situado en las entrañas del colonialismo supone colocarnos a la vez más allá y más acá de la raza y el racismo como temas de crítica y herramientas de comprensión de la dominación social” (Rivera Cusicanqui 2015:28).

La reflexividad sobre los privilegios de la blanquitud se retroalimenta con el material obtenido en trabajo de campo acerca de las violencias racistas y las expresiones sobre lo étnico en México y Bolivia. Eso me lleva a precisar el modo en que utilizo conceptualmente la noción de régimen étnico-racial a la hora de abordar la materialización de los cuerpos en/para el trabajo. Para ello retomo la propuesta de Wallerstein y Quijano (1992) quienes conciben que la creación de América, como entidad geosocial, fue el acto constitutivo del moderno sistema-mundo capitalista. La americanidad brindó, por lo menos, cuatro elementos centrales para la constitución de ese sistema: la colonialidad, el racismo, la etnicidad y la noción de modernidad. La colonialidad estaba definida por la creación de un conjunto de estados reunidos en un sistema interestatal de niveles jerárquicos. Cuando culmina el sistema formal colonial, la colonialidad persiste en la clasificación de jerarquías sociales (económicas, políticas, culturales). Para los autores, es esa colonialidad la que impuso la etnicidad.

La etnicidad es el conjunto de límites comunales que en parte nos colocan los otros y en parte nos los imponemos nosotros mismos, como forma de definir nuestra identidad y nuestro rango con el estado. La etnicidad fue la consecuencia cultural inevitable de la colonialidad. Delineó las fronteras sociales correspondientes a la división del trabajo. Y justificó las múltiples formas de control del trabajo inventadas como parte de la americanidad: esclavitud para los «negros» africanos; diversas formas de trabajo forzado (repartimiento, mita, peonaje) para los indígenas americanos; enganches, para la clase trabajadora europea. Desde luego éstas fueron las formas iniciales de distribución étnica para participar en la jerarquía laboral (Quijano and Wallerstein 1992:585)

El racismo estuvo siempre implícito en la etnicidad, y fue parte y propiedad de la americanidad y modernidad de sus inicios. Los autores señalan que el

racismo formal se instaló en los Estados Unidos de América durante el siglo XIX como una manera de apuntalar en términos culturales la creciente hegemonía de esa nación. En América Latina, en cambio, el racismo se disimulaba bajo los pliegues de la jerarquía étnica.

Considerando lo anterior, el procedimiento analítico que propuse para desentrañar los regímenes de corporalidad en el trabajo de la construcción de manera históricamente situada, implicó identificar ciertas construcciones de sentidos sobre los regímenes sexo-genéricos y étnico-raciales en ambas localidades etnográficas, vertebradas por imperativos, también históricos, de acumulación de capital en un sector productivo específico como el sector de la construcción.

Todo ese entramado, como mencionamos, tiene que ver con los procesos de concreción histórica de los proyectos estado-nacionales, que expresan características comunes y divergentes en Bolivia y México.

El transcurso de la investigación identifiqué como sentidos predominantes sobre los cuerpos de mujeres que intentan y/o logran ingresar al sector de la construcción, los de “ser ligera de cascos” o prostituta, ser apta sólo para limpieza y ser madre necesitada de sostener a sus hijos. Los tres aparecen con fuerza en México, y los dos últimos en Bolivia. La pertenencia o clasificación étnico-racial se expresa con fuerza en Bolivia, como vimos especialmente a través de la corporalidad expresada en la “pollera”, y es fuente no sólo de conflicto entre las mujeres, sino de creación de redes de cuidado, resistencia y procesos de identificación en torno a ser cholas o cholitas. En México, la problematización de lo étnico racial y, especialmente, de la estructuración racista de las prácticas y sentidos que materializan los cuerpos aparece más velada, no por eso menos existente (o real).

En los lugares de trabajo, estos sentidos se ponen en juego y configuran a través de la mediación disciplinar de los imperativos que impone el proceso de trabajo capitalista, normatividades específicas para el “uso” de los cuerpos. Tal proceso genera nuevas “objetividades históricas” (en los términos de Raymond Williams al que hacíamos referencia anteriormente), que, en parte, profundizan las opresiones de género, clase y raza, y en parte, las desafían, resisten y transforman.

6.4.1 “De cascos ligeros”. Culpa y vergüenza de mujeres trabajadoras en obras en México

En el apartado sobre la violencia sexual como mecanismo de control y disciplinamiento, que desarrollé en el capítulo 5, recuperé la experiencia de Tina. En su relato reconozco uno de los conceptos normativos que operan con fuerza en el sector y refiere a lo que debería ser y no debería ser una “buena mujer”. Cuando le pregunté a Tina qué pensaba su familia cuando dijo, hace más de 12 años, que iba a comenzar a trabajar en la construcción, me contestó enfáticamente: “¡Lo peor! Porque decían que sólo las prostitutas trabajaban ahí, que solamente una mujer ramera, una mujer cualquiera hacía eso” (Entrevista con Tina, 8-8-18). Tina, sin embargo, se muestra orgullosa. Dice que es la única mujer de su familia que trabaja en la construcción, y que eso es muy bueno porque se aprenden “un buen de cosas”. Me cuenta que ha tenido diversos trabajos. “Yo he trabajado... pues de todo. Creo que solamente hay dos cosas que no he trabajado, que eso es lo más feo, pero bueno”. “¿De qué?, pregunté intrigada. “No, de prostituta eso no”, se sonrió y dijo “Eso es lo más feo”. “Pero también es un trabajo”, le dije. ¡Ay, sí, qué horrible, imagínese que te llegue uno requetefeo, no!”, se rió a carcajadas.

El sentido de la mujer que osa trabajar en la construcción como “de cascos ligeros”, o prostituta, es una representación simbólica que lleva implícitos conceptos normativos. Como sostiene Scott, “esas declaraciones normativas dependen del rechazo o represión de posibilidades alternativas y, a veces, tienen lugar disputas abiertas sobre las mismas” (Scott 2013:189). Las experiencias narradas por las entrevistadas se vinculaban con los sentidos que los familiares de ellas construían vinculados a la asociación directa entre trabajar en la construcción y ser una mujer “fácil”, “buscahombres”, “prostituta”. Olga reiteró varias veces “en un sector como ése”, “ese tipo de lugares”, denotando un sentido peyorativo. En su relato varias veces hizo la separación entre los de adentro de la obra, y los de afuera (familiares, amigxs, etc.). En ambos ámbitos se refuerza el mismo sentido. Para “los de afuera” es humillante que una mujer trabaje en la obra. Para los hombres “de adentro”, es fácil que se “confundan y piensen otra cosa, que la mujer está buscando otra cosa” (Entrevista con Olga, 21-7-18).

Un tiempo antes de comenzar mi trabajo de campo en México, descubrí una fotografía de Bernice Kolko.¹³⁹ La imagen *Bricklayer Women (Mujeres albañiles), Mexico City, 1958* muestra a dos mujeres, una sentada y la otra arrodillada, ambas de espaldas. En primer plano hay una colada de cemento recién realizada, con 6 varillas de hierro sobre el material húmedo. Sobre la mezcla hay un balde de metal. Un poco más distantes, en un breve espacio se ubican las mujeres que miran hacia el fondo. Pareciera que están echando escombros en un molde de madera sostenidos por tacos del mismo material, es decir, construyendo un encofrado de losa. Del otro lado de ese molde, a la izquierda, hay una persona con un gran sombrero. Las mujeres llevan puestos unos vestidos largos de tela que atan en su espalda. Parecen uniformes o mandiles que sobreponen a su ropa.

Utilicé esta fotografía para realizar un ejercicio de fotoelicitación con las mujeres que entrevisté en México. Varias de las mujeres entrevistadas se sorprendieron por la fecha de la fotografía y no asociaron nada en específico con la imagen. En otras, en cambio, suscitó sentidos de identificación. Enedina se identificó con la ropa que usaban, y me dijo que en la foto están limpiando pisos. Y añadió, “A nosotros nos daban ropa, nos daban pantalones y botas, de plástico, de hule y nos daban cascos en las obras” (Entrevista con Enedina, 14-10-18). Doña Santa, vecina de Enedina, me dijo que las mujeres fotografiadas estaban lavando. Le comenté que la fotografía se llama “Mujeres albañiles”. “Está bien. Le están echando ganas” (Entrevista con Santa, 14-10-18).

Dulce, quien se encontraba trabajando en la remodelación de los edificios Girasoles, en Coapa, al sur de la Ciudad de México, me dijo riéndose: “Me llama la atención que yo luego estaba así, aquí”. ¿Qué ves de parecido?, le pregunté. “Que son mujeres trabajadoras, chambeadoras como nosotras” (Fotoelicitación con Dulce Marlén, 15-10-18). Inmediatamente se sumó Olga a ver la foto. Ambas comenzaron una conversación que recuperé en extenso.

O: Bueno, era muy difícil encontrar una mujer trabajando en una obra, en ese tiempo, era muy difícil. Eso es lo que llama la atención. En esa época, que no había mujeres. En ese tiempo la mujer debía estar en su casa, y no trabajando. Menos en obra, o

¹³⁹ Fotógrafa polaca nacionalizada estadounidense, nacida en 1905. En 1951 llegó a México invitada por Frida Kahlo y Diego Rivera y comenzó un proyecto para retratar rostros en el país.

sea, puros hombres. Su pensamiento en ese tiempo machista, que si una mujer está trabajando ahí es una *mujer de cascos ligeros*.

M: ¿De cascos ligeros?

D: Cascos ligeros, que bueno, para no decir la palabra correcta. Bueno te la voy a decir...

O: Prostituta.

D: Prostituta, una cualquiera ¿no? Cascos ligeros es para que no se escuche tan feo, ¿me entiendes? Qué es la palabra correcta, una prostituta. Esa es la palabra correcta.

M: ¿Y por qué creen que se piensa así de las mujeres que trabajan en obra?

O: Más bien dicho, ese es el pensamiento del hombre, ¿sí me entiendes? Aquí en México, el machismo, siempre ha estado al nivel más alto. Si te das cuenta, a pesar de que ya hay liberalismo, ya hay... cómo se le dice... el empoderamiento de la mujer, un hombre casi no lo acepta. No acepta que una mujer pueda hacer lo mismo que él. Él siente que su ego no se lo permite.

D: Nosotras nada más tenemos que estar en casa, no tenemos que estar trabajando.

M: ¿Sí sienten que hay un cambio desde esa época a ahora?

D: ajá, mucho cambio, la verdad

O: es un cambio abismal, muy, muy grande. Porque te digo, yo en esa época dudaba que una mujer trabajaba en obra

D: hasta *orita* que yo vi esto (la foto).

O: por eso me quedé también sorprendida, no imaginé que una mujer en ese tiempo. Yo me acuerdo que mi mamá nos decía que ella iba a las obras, pero ella no trabajaba. Cuando ella estaba más joven que llegó recién a México, al DF pues, a mi mamá la ponían a vender comida en las obras, pero no le podía hablar a los hombres, porque luego era... Ahora ya no es tanto, antes sí (Fotoelicitación con Olga y Dulce, 15-10-18)

El sentido de valoración negativa sobre las mujeres que se insertan en la construcción como “de cascos ligeros” pone en evidencia, por un lado, el control del cuerpo y la sexualidad de las mujeres. En sí mismo, estos sentidos operan limitando moral y socialmente las posibilidades de ingreso de las mujeres al sector. Sin embargo, una vez en las obras, el control se sigue

ejerciendo y tiene a la violencia sexual como una de sus principales expresiones.

La imagen de la mujer, y especialmente de la mujer joven, se torna en una característica considerada por los contratistas, o los ingenieros para incorporar a mujeres en las obras. Tina mencionaba al respecto la relativa facilidad con que las mujeres entraban. “De hecho entran fácil. Claro que si son más muchachillas entran más rápido. Porque saben los contratistas que si es una muchachilla pues le hablan bonito y van a caer”. “¿Entonces los contratistas prefieren más jóvenes?”, pregunté. “Sí, porque pues, saben que va a haber ahí los que ellos quieren. Luego no saben trabajar, entonces por lo mismo la vuelven a sacar. Las utilizan y las sacan. Las utilizan y las despiden y ya” (Entrevista con Tina, 8-8-18).

La lingüista española María de los Ángeles Calero Fernández, en su libro “Sexismo lingüístico”, se refiere al término “ligera de cascos” de la siguiente manera:

Lo cierto es que la cualidad mayor que se ha exigido a una mujer es la castidad fuera y dentro del matrimonio. Esto se comprueba en los adjetivos ligados a la idea de honestidad. (...) un varón honesto es aquel que cumple escrupulosamente con su deber y que es incapaz de engañar (...) el que es decente de palabra y obra. (...) aplicado este término a la mujer, *honesta* es la recatada, la que evita excitar el instinto sexual o herir el pudor ajeno. Por ello se acusa a una mujer de *ligera* o *ligera de cascos* cuando carece de formalidad en las relaciones amorosas, cuando es casquivana, mientras que *ligero* no existe en este sentido para los varones (Fernández 1999:104)

Calero Fernández analiza la proliferación de la terminología para designar a las prostitutas¹⁴⁰ en los diccionarios de la Real Academia Española, a diferencia de la escasez que presentan otros campos léxicos relacionados con la sexualidad. Y, además, y que es relevante para lo que nos convoca, resalta las históricas limitaciones para aceptar formas femeninas en determinados oficios o profesiones. “Tal abundancia de entradas lexicográficas (sobre prostitución) destaca de manera elocuente al cotejarlo con el resto del vocabulario laboral

¹⁴⁰ La autora identifica, por lo menos, 91 acepciones.

femenino, que es tenido en cuenta con muchas reticencias en el diccionario académico” (Calero Fernández 2014:34). Llamativamente, el DRAE reconoce la acepción de *albañila* exclusivamente para un tipo de abejas (la *Osmia*) que se caracteriza por construir tabiques de barro que separan las celdas de sus nidos, sin embargo, no lo reconoce para la mujer que ejerce ese oficio. En ese caso sería *una albañil*.

Imagen utilizada para la fotoelicitación



27 Bricklayer Women, Mexico City, 1958. Bernice Kolko <http://www.bernicokolko.org/photo.html>

Podemos observar cómo los sentidos sobre los cuerpos se configuran en una trama cultural/material que desborda los lugares de trabajo. Las relaciones y prácticas configuradas en los espacios laborales, bajo reglas de la acumulación capitalista, también genera nuevas normatividades de los cuerpos. La denominación de la mujer que desea o logra ingresar a las obras como “de cascos ligeros”, o prostituta, producida y reproducida por los hombres, por ellas mismas, por sus familiares, tiene influencias concretas en las estructuraciones de las prácticas laborales. Como sostiene Butler,

El "sexo" no sólo funciona como norma, sino que además es parte de una práctica reguladora que produce los cuerpos que gobierna, es decir, cuya fuerza reguladora se manifiesta como una especie de poder productivo, el poder de producir -demarcar, circunscribir, diferenciar- los cuerpos que controla. De modo tal que el "sexo" es un ideal regulatorio cuya materialización se impone y se logra (o no) mediante ciertas prácticas sumamente reguladas (...) Las normas reguladoras materializan el "sexo" y logran tal materialización en virtud de la reiteración forzada de esas normas (Butler 2002:18).

La inserción histórica de mujeres en ámbitos masculinos se vincula con la dinámica general del sector productivo, con las transformaciones en los procesos productivos, las tendencias en los procesos de reproducción ampliada del capital, el papel de los Estados, entre otras dimensiones, como vimos en los anteriores capítulos. En este quiero destacar cómo intervienen en tales dinámicas algunas dimensiones y construcciones de sentidos que constituyen el ideal regulatorio mediante el cual se materializa el cuerpo. Y fundamentalmente, cómo operan las construcciones de género y étnico raciales en la conformación de la fuerza de trabajo.

Desde sus experiencias, las mujeres entrevistadas -tanto las más jóvenes, quienes actualmente se desempeñan en las obras, como el grupo de mujeres adultas que ya no lo hacen- reconocieron que, al entrar al sector, tuvieron restricciones explícitas de sus familiares. Dulce Marlén planteaba: “Desde el principio, mi mamá no estuvo de acuerdo, porque dijo que cómo iba a trabajar con puro hombre. Pues mi papá tampoco, pero la necesidad es la que nos hace trabajar y yo le dije a mi mamá que yo sí quiero trabajar”

(Entrevista con Dulce, 15-10-18). Victoria, una mujer de 31 años, asociaba los impedimentos que las mujeres casadas tenían por parte de sus maridos.

Por lo general, las mujeres que estamos en obra, somos mamás solteras. ¿Qué va a hacer una mujer casada aquí? Nada. (...) Primero, pues son muchos hombres. Estás rodeada de muchos hombres. Entonces al entrar a una obra, los hombres, no sé, si tú les das pie, son muy irrespetuosos. O sea, todo ese tipo, o 'ya te gusté' y empiezan... Entonces el marido... Yo creo que los hombres, hay unos que son muy machistas. Vivimos en un país, en un mundo de muchos hombres machistas. Entonces como tal, no te dejan trabajar. Aparte, pues '¿Qué te hace falta en tu casa? Nada. Pues si no te falta nada en tu casa, no tienes nada que hacer en otro lado'. (Entrevista con Victoria, 8-9-18)

En su caso particular, al no tener marido, el impedimento se asoció a incumplir con su rol de madre.

M: ¿Y qué respuesta tuviste de tu familia así cuando comenzaste a trabajar en la construcción?

V: Pues obviamente no, no estaban de acuerdo, por lo mismo que lo ven como más trabajo para hombres...

M: ¿Y qué te decían?

V: Pues, que no, que me buscara otro tipo de trabajo.

M: ¿Y por qué piensan que es un trabajo para hombres?

V: Es un trabajo más para hombres porque pues, descargando, bajas, subes, no estás ni le das tiempo a tu familia. O sea, principalmente por eso. Y más como yo tengo mis niños, pues los descuido mucho tiempo (Entrevista con Victoria, 8-9-18)

El ingreso de mujeres a un espacio históricamente masculino es una muestra de que, tal como sugiere Butler, los cuerpos nunca acatan completamente las normas mediante las cuales se impone su materialización. Señal de ello es que la reiteración es siempre necesaria. Según Butler, son precisamente "las inestabilidades, las posibilidades de rematerialización abiertas por este proceso las que marcan un espacio en el cual la fuerza de la ley reguladora puede volverse contra sí misma y producir rearticulaciones que pongan en tela de

juicio la fuerza hegemónica de esas mismas leyes reguladoras” (Butler, 2002: 18). Las mujeres en los lugares de trabajo, en ocasiones enfrentan abiertamente esos mandatos. Tina hacía referencia

Trabajé con un señor que quería andar conmigo y bueno, pues, qué cree. Les gritaba a los chavos, les mentaba su jefecita.¹⁴¹ Dije, ‘ja este me lo voy a aplacar!’. Y me empezó a decir, que quiero andar contigo. Y el día que yo lo vi, le digo. ¡No le avientes la madre cabrón! eso sí que no. Y empecé a discutir con él, le digo, me corro o me vales (...) pero no estés, no lo trates así, vienen de pueblo igual que yo, así que no lo trates así. Empezamos a discutir. Ya después, ‘es que me gustas’. No, *pus*, ‘sí, te voy a hacer caso, pero con el tiempo. Ahorita no, pero quiero ver cambios. Si veo que tú tratas bien a la gente, a lo mejor y...’ No, sí lo hice cambiar, nunca le hice caso, pero le hice cambiar con la gente y se volvió diferente de todos modos. ‘Oye, trae esto’, dice. Así a la gente la hice que cambiara” (Entrevista con Tina, Ciudad de México, 8-8-18)

La noción de performatividad que propone Butler, describe tanto los procesos de ser representados como las condiciones y posibilidades para actuar. Ello nos resulta útil para abordar los modos en que se configura la fuerza de trabajo como tal, en una disputa permanente por la actuación de los cuerpos. El carácter central de la noción de cuerpo que aparece en Butler (2016), es entenderlo no como una *tabula rasa*, sino que refiere a la condensación y apertura del sujeto en su relación con el mundo, con el otro, consigo mismo. En términos marxistas, también podríamos decir que las mujeres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio.

Para recapitular lo desarrollado en este apartado, observamos que existen construcciones de sentidos en torno al sistema sexo-género que operan creando muros invisibles que limitan la inserción de mujeres en el sector. La imagen de “buscahombre”, prostituta o “de cascos ligeros” –la mujer hipersexualizada-, o la mujer “masculina”, sucia, que debe esforzarse por recuperar los estándares de belleza impuestos –la mujer subsexualizada-. Un elemento adicional que resaltaré tiene que ver con otro simbolismo sobre los cuerpos relacionado con la amenaza que implica la presencia de la mujer en el

¹⁴¹ Mentar la madre, o mentar su *jefecita*, es un insulto habitual en México.

trabajo de la construcción. Desde ese simbolismo, esa presencia amenazante genera efectos materiales. ¿Y qué es lo que está amenazado? No sólo el trabajo constructivo concreto, llámese losa o el producto que fuera, sino principalmente, un esquema simbólico de poder. La presencia de las mujeres en ámbitos masculinos, se bien reproducen muchos mandatos sociales en términos de género y laborales, también tienden a quebrarlos. Podríamos decir, “a cuartearlos”.

Cecilia Cruz, de 22 años, quien hacía sus prácticas profesionales en la remodelación de un hotel por Calzada de Tlalpan –Ciudad de México-, mencionaba que, en su pueblo natal, Ixmiquilpan Hidalgo, está mal visto que una mujer trabaje pues “cuarteas la losa”:

En el pueblo de donde nosotros somos, el machismo es así, demasiado. No pueden ver a una mujer en obra porque te dicen que... Allá tienen creencias con respecto a que descompones las construcciones. Un ejemplo, si van a colar, tú no puedes subirte a la losa porque como mujer dicen que tú cuarteas la losa. Son creencias que, o sea, no lo sacas tú de ahí. Ni tampoco puedes llegar tú como mujer y decirles: ‘Oye, eso está mal’, o ‘Puedes hacerlo así’, porque son personas demasiado cerradas. Va, así, como siendo hereditaria de generación en generación. Yo tuve una ventaja, mis papás ya no crecieron con esa idea. (...) Yo me acuerdo, cuando estaba un poquito más pequeña, hace unos 10 años, las mujeres no podían hacer nada que no fueran cosas del hogar.

M: ¿Qué se piensa de la mujer? ¿Por qué echa a perder la losa?

C: No sé yo qué es lo que piensan, o por qué es lo que dicen que no puedes tú subir y hacer eso. Te digo, es nada más te ven y ‘Tú no subes, eres mujer’. Lo de la losa es algo así como que tengo muy marcado porque yo cuando recién me inicié, a mí me gustaba subirme y ver qué hacían. Pero, o sea, me decían: ‘No, tú no puedes subir porque descompones nuestra mezcla, descompones el material’. Todavía los albañiles son un poquito más conscientes, pero los *chalanes*¹⁴² incluso llegan a ser un poquito groseros. Entonces es como de esto: ‘¿Tú qué haces aquí?’, cosas así como de ‘Vete a tu casa’. Yo creo que con el paso del tiempo iban comprendiendo que las mujeres, o sea sí, también teníamos un lugar, eran un poquito menos groseros” (Entrevista con arquitecta Cecilia, Ciudad de México, 8-9-18)

¹⁴² Peones o ayudantes.

La misma Cecilia reconocía que, si bien sus padres la apoyaron “cien por ciento”, su familia externa, “como son tíos, primos, dudan de las capacidades de uno y te preguntan, ‘¿Segura?’. E incluso me ha tocado presenciar la obra de mi familia y pues, obvio doy mi punto de vista y digo: ‘Oye, es que algo anda mal ahí’ o cosas así. Pero por ser mujer te dicen ‘¿A poco sí sabes?’, o ‘¿Tú por qué me estás diciendo eso?’ o cosas así, menospreciando la capacidad de una mujer (Entrevista con arquitecta Cecilia, 8-9-18).

A través de la narrativa de que las mujeres que osan trabajar en la construcción son prostitutas o ligeras de cascos se fortalece la conformación de un sentido de las mujeres como *comunes* (“mujer común”) en la obra. Ante la amenaza latente de ocupar su espacio, en términos materiales y simbólicos, en cuanto a la adquisición de un oficio que da prestigio y es relativamente redituable en términos salariales, los varones establecen un consenso o pacto patriarcal, que es reproducido muchas veces por las mismas mujeres. En el ámbito de las obras, así como en el entorno familiar se reproduce este sentido.

6.5 Recapitulación: El cuerpo labrado o la politicidad desgarrada

En este capítulo me propuse analizar una dimensión de la politicidad en el trabajo a partir de los “cuerpos que importan”, es decir, analizar los procesos de materialización del cuerpo en el trabajo de las mujeres en la construcción. Para eso, en la primera parte analicé los modos en que las mujeres se asignan, y en la segunda parte, cómo son asignadas por otros (otras mujeres, hombres, jefes, familiares, etc.).

Partí de la consideración de los cuerpos como el *locus* desde donde indagar el despliegue de las relaciones de poder en el trabajo. En las prácticas laborales, se evidencia el modo en que los sentidos étnicos-raciales, genéricos y de clase se refuerzan, resisten y readaptan en el trabajo. La capacidad del cuerpo de producir trabajo, y a partir de ello, relacionarse con el entorno, se encuentra cifrada a partir de un sistema reproductivo social.

Planteo que hay una materialidad que se construye y que, efectivamente implica poseer brazos fuertes, piernas fuertes y resistencia. Esa materialidad se vincula con la fuerza física y se construye como práctica histórica. Allí adquirió

relevancia abordar las trayectorias de las mujeres en el trabajo: muchas de ellas tanto en Bolivia como en México, comenzaron desde muy temprana edad a trabajar en casa de terceros, en el trabajo de doméstico, o en ámbitos rurales. La conciencia sobre el propio cuerpo se evidencia en los sentidos que las mujeres configuran sobre el cansancio, el desgaste corporal y los accidentes. También en torno a las estrategias de cuidado, que según vimos, toman diversas formas (están más atentas, tratan de no hacer tanta fuerza, se cubren con *wak`as*, se protegen entre ellas, hacen propuestas para mejorar los cuidados y salud de sus compañeras y de los trabajadores hombres, entre otras dimensiones. Un sentido generalizado tanto en las mujeres de México como en las de Bolivia, se configura en torno a la prolongación social de la fuerza corporal al reificar su rol de madres. “La construcción es un trabajo de fuerza, y la fuerza nos la dan nuestros hijos” fue una frase reiterada.

En este apartado también identifiqué cómo los descuidos, las violencias, afecciones a la salud, vinculadas con sus trayectorias laborales y vitales, configuradas en múltiples dinámicas de violencia estructural, son determinaciones también para la materialización de sus cuerpos y se dan en un determinado marco de condiciones de reproducción social.

Asimismo, abordé cómo la vestimenta y las herramientas de trabajo operan como extensiones objetuales de su corporalidad y construyen sentidos étnicos y de clase, que se reconfiguran en el trabajo de la construcción. Tomé como emblema para analizar esta dimensión, la polisemia y ambigüedad de la pollera en el mundo andino. Establecí una serie de clasificaciones y determinaciones de la identificación a través de los significados que socialmente se le otorga a la pollera. Estos sentidos sobre el ser mujer de pollera, chola o cholita se modifican contextual e históricamente, dependiendo del contexto político más general. Durante el gobierno del MAS, los proyectos de descolonización y despatriarcalización, propiciaron procesos de reivindicación de elementos identitarios indígena, y las mujeres de pollera o cholitas se volvieron símbolo de la transformación social. En el trabajo de las mujeres en el sector de la construcción en Bolivia, hay una puesta en tensión de sentidos en términos de cuerpos racializados étnicamente, no sólo en función de las necesidades del capital, sino también como forma de acceder al mercado de trabajo de la construcción. El reconocimiento de cuerpos fuertes,

“acostumbrados al trabajo duro”, al trabajo en el campo, vinculado a corporalidades indígenas, son puestos en juego en éstos espacios y colaboran para una mayor apertura de tales corporalidades a espacios históricamente masculinizados (e indigenizados también). Son aprovechados por las mujeres, pero al mismo tiempo, propician mayor explotación. En México, por su parte, la resaltación de la belleza, del cuidado corporal, de la imagen, la utilización de maquillaje y los simbolismos sobre lo sucio y lo limpio en el trabajo, remarcan una específica identidad de género. En otras palabras, impulsan una mayor generización (asociada a elementos femeninos) de los cuerpos. Aquí retomo a Mónica Moreno Figueroa (2013) quien considera que la belleza no sólo es un recurso simbólico generizado sino también fuertemente racializado, clasizado y disputado permanentemente.

En la segunda parte del capítulo analicé modos-otros de asignar sentidos sobre los cuerpos, que operan reproduciendo en la práctica esquemas regulatorios. La asociación entre mujeres que trabajan en la construcción con la idea de “ligera de cascos” o prostitutas”, reproducida por varones, compañeros, jefes, familiares, amigas, mujeres trabadoras, operan limitando moral y socialmente las posibilidades de ingreso de las mujeres al sector. En el espacio de trabajo ello también se traduce en violencia sexual al operar un mecanismo que convierte a las mujeres en comunes, en cuerpos-territorios a ser objetivados y explotados.

CAPITULO 7 LA COLADA Y LA FRAGUA

POLITICIDAD ABIGARRADA EN LA EXPERIENCIA DE ORGANIZACIÓN POLÍTICA DE LA ASOCIACIÓN DE MUJERES CONSTRUCTORAS (ASOMUC) EN BOLIVIA

7.1 Introducción

En los anteriores capítulos analicé múltiples formas de politicidad en torno al trabajo de las mujeres en el sector de la construcción. Preponderantemente, abordé las formas de organizarse en torno al trabajo en el contexto de reproducción social de sus vidas, lo que en este caso significa contemplar la diversidad de actividades, saberes y conocimientos que cotidiana e históricamente realizan las mujeres para sostener sus propias vidas y las de los suyos. Planteé que se configuran como *mujeres-andamios* sobre las que se fundamenta el trabajo de sostenibilidad de la vida. En las experiencias de mis interlocutoras, identifiqué que, en primer lugar, es imposible abordar su inserción en el sector de la construcción sin contemplar esta multiplicidad de trabajos, al mismo tiempo, esta característica configura y es configurada por las dinámicas *en el suelo* de la obra, que enfrenta y reproduce desigualdades, al tiempo que crea condiciones y experiencias de clase, crea y recrea procesos de generización y racialización de los cuerpos trabajadores. A través de sus trayectorias vemos cómo en México, el proceso de proletarización, la migración a las ciudades, en las que la forma salario para sustentar la vida adquiere centralidad, con el concomitante proceso de individualización de las relaciones sociales laborales y la relevancia que ha tenido el proyecto de mestizaje en la conformación del Estado-Nación llevó a que las mujeres pudieran ingresar a la construcción con mayor dificultad. Este proceso comenzó a visibilizarse en la década de los 80 y 90 de la mano con el avance de la urbanización en algunos municipios del Estado de México y posteriormente en la ciudad. Allí varias manifestaron haber ingresado en la construcción de grandes emprendimientos de vivienda social, además de presentar experiencias formativas en la autoconstrucción. También desarrollé cómo se construyen nociones normativas acerca de los cuerpos feminizados que ocupan los espacios que históricamente

ocuparon los varones, en este caso en particular, acerca de ser prostitutas o *ligeras de cascos*. El avance del neoliberalismo en la apropiación del espacio urbano, el empobrecimiento de la clase trabajadora, recrudesció las condiciones que garantizaban la reproducción social. En términos de la politicidad en el trabajo, vimos que en las colonias populares del Estado de México y la Ciudad de México, operaron diversos modos de despojo de lo comunitario, lo popular y lo femenino, como plantea Itandehui Reyes-Díaz (2018). En Bolivia, su inserción se remonta a varias décadas antes, desde la Guerra del Chaco (década de 1930).

Bajo ese marco, hemos resaltado las formas de politicidad que emergen de estos entramados comunitarios, vecinales y entre redes de amigas y familiares para conseguir trabajo, para cuidarse entre ellas, a sus hijos y mayores. En este último capítulo me propongo indagar sobre la politicidad desde la forma institucionalizada, que expresa la existencia colectiva de trabajo. Las formas históricas en que las y los trabajadores se organizaron para garantizar las condiciones de existencia social y para enfrentar las condiciones desfavorables y de explotación en los lugares de trabajo son constitutivas de las dinámicas que adoptan los fenómenos laborales actuales y las relaciones de poder en el trabajo. Si bien las experiencias de las mujeres entrevistadas en México y en Bolivia expresan varias dimensiones convergentes, como son su papel de madres, las relaciones desiguales de poder en sus familias, estructurados en torno a esquemas patriarcales, la construcción histórica de cuerpos aptos para el trabajo pesado, entre otras dimensiones, un proceso que diferencia significativamente ambas localidades de estudios refiere al nivel organizativo formal. En Bolivia desde hace más de 10 años comenzó un proceso de organización gremial de mujeres constructoras, producto del cual nace la Asociación de Mujeres Constructoras (ASOMUC), que se transformó en una referencia casi exclusiva en toda América Latina. Esta experiencia se vincula con una tradición de organización de mujeres obreras a lo largo de todo el siglo XX y converge con el accionar de otros sujetos, como el Estado, la cooperación internacional, organismos internacionales y retoma las experiencias de trayectorias personales de las mujeres organizadas en clubes de madres, organización gremial en mercados, grupos vecinales, entre otros.

Esto le da un carácter abigarrado a la forma de politicidad que construyen en a este nivel.

En México, si bien en los últimos años han tomado trascendencia algunas experiencias de organizaciones de mujeres que desarrollan su trabajo en los oficios de la construcción, y lo hacen especialmente desde la militancia de colectivos LGBTIQ+¹⁴³, hasta el momento no he identificado alguna organización política que se aglutine en torno a mujeres insertas en la construcción.

Las dimensiones que fui desarrollando en los capítulos anteriores, como los modos en que se organiza el trabajo productivo y reproductivo, en un contexto configurado mediante la matriz de dominación colonial patriarcal capitalista, la violencia estructural en las que desarrollan sus vidas, las múltiples redes basadas en la vecindad, la amistad, el parentesco y los vínculos comunitarios, el papel del Estado, crearon condiciones de posibilidad para la organización de las mujeres. Los modos en que las mujeres trabajadoras de la construcción construyen sus demandas, sus prácticas de acción colectiva y el mismo proceso de organización resultan, entonces, relevantes para abordar otro ámbito de la politicidad en las prácticas de las mujeres constructoras. Este ámbito, de la política vinculada con la acción colectiva, visible y en ámbitos públicos, ha sido el más desarrollado en las ciencias políticas, y ciencias sociales en general.¹⁴⁴ En esta tesis, considero a la organización colectiva formal como una más entre otras dimensiones en las que se configura la politicidad en el trabajo. Dentro de este nivel de la politicidad, utilizo la herramienta conceptual de *estrategias de organización gremial* para dar cuenta del proceso de organización y politización de sus condiciones de trabajo y de vida.

¹⁴³ Entre ellas, resaltan las *Talachas Girls*, una colectiva de mujeres para mujeres, que se han organizado principalmente desde la pandemia de Covid-19 y que trabajan en plomería y albañilería en la Ciudad de México (“Talachas Girl: trabajos de plomería y albañilería de mujeres para mujeres”, Infobae, 27-3-21, [Link](#)).

¹⁴⁴ La antropología se ha centrado en analizar el poder y sus variantes, y una de sus subdisciplinas, la antropología política, tiene tal objetivo. Sin embargo, sin desconocer tales aportes, yo delimito mi objeto a la politicidad en torno al trabajo, desde la antropología feminista del trabajo.

7.2 Las estrategias de organización gremial como objeto

La antropóloga argentina Julia Soul (2006) define a las estrategias de organización gremial como “aquellas prácticas y dispositivos - institucionalizados o no- a través de los cuales las organizaciones sindicales procuran la realización de uno de sus objetivos: constituirse como referente de los trabajadores en sus relaciones con las diferentes instancias de organización empresarial” (Soul 2006:3). Estas estrategias organizativas se configuran históricamente en el marco de procesos más generales que imponen límites y presiones concretas a los colectivos de trabajadores, y cuya dinámica se expresa en las relaciones entre diferentes actores y sujetos. Por lo tanto, es preciso identificar las “*dimensiones contextuales*”¹⁴⁵ que permitan ponderar las determinaciones que concurren a particularizarlas” (Soul 2006:3). Las estrategias de organización no se explican meramente por el accionar de algunas dirigentes, aunque claramente influyen, ni tampoco sólo por las dinámicas estructurales. Más bien, deben tanto a la acción como al condicionamiento.

Uno de estos procesos configurativos de las posibilidades organizativas refiere al modo en que se organiza el trabajo en el sector de la construcción, la composición de la fuerza de trabajo y la situación laboral de conjunto.

En tanto fuerza social el capital define al trabajo como un todo -mediante las modalidades de contratación, la organización de la producción, el tipo de calificación requerida, las ramas económicas en las que se reproduce, etc. Al mismo tiempo, las estrategias empresarias respecto de las formas de organización y expansión o las políticas de innovación tecnológica, se encuentran determinadas por procesos más generales como el momento del ciclo industrial en el sector, la dinámica del sector en el espacio nacional, la competencia intercapitalista, los procesos de concentración (Soul 2006:5)

¹⁴⁵ La identificación de *dimensiones contextuales* supone contemplar “el carácter relacional de las estrategias gremiales en tanto objetos, lo que equivale a considerarlas en su doble dimensión de constituidas por y constituyentes del campo de fuerzas sociales en que se inscriben. (...) las dimensiones contextuales planteadas son mediaciones de determinaciones más generales. El contenido mismo de las mediaciones, en tanto formas particulares de las relaciones sociales, se construye y se reconoce a partir del análisis de la dinámica misma del objeto” (Soul 2006:5).

El modo en que se configura y estructuran las relaciones de poder en el sector se conforma histórica y geográficamente, enmarcándose en procesos globales de la dinámica de acumulación capitalista y de acuerdo con sus especificidades locales. Éstas últimas remiten a un mercado laboral urbano estratificado, estructurado en torno a jerarquías étnicas y de género que se entretajan con las jerarquías laborales. La organización del trabajo aporta elementos analíticos para entender el modo en que tales jerarquizaciones producen y reproducen mecanismos de desigualdad. Las múltiples formas de explotación de la fuerza de trabajo, la violencia de género y el racismo imponen límites concretos a la posibilidad de organización de las mujeres del sector, al tiempo que las redes de reciprocidad, cooperación y cuidados entre ellas posibilitan que, en circunstancias particulares, puedan confluír intereses y comenzar a organizarse.

Una segunda dimensión constitutiva de las estrategias de organización gremial refiere a las experiencias históricas de organización y acción colectiva de las y los trabajadores. En tercer lugar, las transformaciones en el carácter del Estado constituyen una mediación fundamental en la definición de las estrategias organizativas. En el caso específico de Bolivia, una serie de profundas transformaciones ocurrieron durante la gestión del gobierno en manos del Movimiento al Socialismo, que tuvo a Evo Morales liderando el proceso. El reconocimiento del carácter plurinacional del Estado, el proyecto de despatriarcalización y descolonización del Estado, el notable incremento en la inversión pública, que impulsó en parte el *boom* de la construcción, una política salarial progresiva que benefició a la clase trabajadora en su conjunto, el fortalecimiento de la dinámica corporativista de vinculación con las cúpulas sindicales, conformaron un campo de posibilidad específico para el desarrollo de la organización de este colectivo de trabajadoras.

Me interesa profundizar en las experiencias de las mujeres y la multiplicidad de formas de explotación y violencia para poner en evidencia el contexto en el que se da la organización de las mujeres. Resaltar los obstáculos que tienen que sortear para ingresar (porque aunque ganen menos que los hombres, ganan más que en otros sectores); una vez dentro, los impedimentos para aprender el oficio y calificarse, la explotación a través de la

intensificación del trabajo y la extensión de la jornada, y los acosos y hasta violaciones como prácticas habituales y naturalizadas en el sector, ponen de relieve la gran dificultad que representa tal contexto para que cada mujer decida organizarse, al tiempo que, por lo mismo, remarca su importancia.

En adición, las múltiples cadenas de tercerización, la heterogeneidad en los ámbitos de trabajo (público, privado y cuentapropistas), salarios, condiciones laborales, calificación, sumada a la diversidad étnica y etaria, genera conflictos entre las mismas mujeres que se expresan con diversa intensidad. A la competencia y fragmentación del colectivo obrero, como estrategia inherente del capitalismo, se entran prácticas de competencia entre mujeres bajo una lógica patriarcal. Esto suele reiterarse en contextos en los que, como la inserción de mujeres en ámbitos históricamente masculinos, el *status quo* se pone en tensión. La competencia y conflictos entre mujeres aflora en casi todas las entrevistas. En un ambiente laboral de trabajo intensivo, y con prácticas de abuso y violencia hacia las mujeres, las trabajadoras identifican como formas relacionales habituales los “miramientos”, los conflictos y rencillas entre ellas. Esto también estará presente con fuerza en el ámbito de participación política, como veremos más adelante.

Los modos en que se organiza el trabajo y la experiencia de desigualdad de los colectivos trabajadores adquiere características históricamente situadas. Por lo tanto, las formas en que se organizaron los trabajadores para enfrentar las injusticias en los distintos ámbitos, también lo son. Ésta experiencia organizativa histórica (y ampliamente heterogénea) opera como mediación que actuará como referencia de sentido práctico en la estrategia desarrollada por las mujeres constructoras en Bolivia. Es decir, hay una identificación de ciertas prácticas del sindicalismo que retoman para construir sus demandas en torno a las condiciones laborales, al tiempo que marcan su posición crítica ante las limitaciones impuestas por el carácter patriarcal de muchas de esas prácticas. En ese sentido, si bien en este capítulo me centro en la experiencia organizativa de las mujeres en Bolivia, en el siguiente apartado retomo brevemente las características de la organización sindical en el sector de la construcción en México, que muestra la situación desfavorable en la que se encuentran los trabajadores en general y que genera condicionantes aún más

difíciles para las mujeres insertas en el sector. Ello no quiere decir que no sea posible, sino que, por lo contrario, resalta la necesidad de tal instancia.

7.3 Experiencia histórica de organización y acción colectiva de las y los trabajadores en México

En México, si bien los primeros sindicatos datan del siglo XIX, la presencia del sindicalismo

cobró especial relevancia para la política mexicana en el contexto de las pugnas entre los grupos políticos beligerantes desde principios del siglo XX, poco antes, durante y después de la revolución de 1910. Desde entonces, los grupos oligárquicos lograron ponerse de acuerdo en el diseño de modelos de sindicalismo desde el poder, en los que pudieran intervenir y a los que pudieran “tutelar”, en un sentido negativo, y también someter mediante la fuerza, la represión y otros mecanismos que se construyeron paulatinamente. Hacer copartícipes a algunos dirigentes sindicales de dicho poder, en lo político y lo económico, fue desde entonces una pieza importante en dichos modelos” (Xelhuantzi López 2006:14).

No es mi intención abordar la configuración del sindicalismo en México pues sería una tarea titánica, y desviada de mis objetivos en esta tesis. Sin embargo, me interesa remarcar aquí la centralidad que tuvo, como sujeto político, durante el siglo XX, y ha acompañado las transformaciones en la conformación socio-estatal. Este proceso ha sido vastamente abordado por las ciencias sociales y desde múltiples perspectivas. Más allá de la gran diversidad, aquí me interesa retomar el debate sobre el sindicalismo que se consolidó desde el poder. En diversos momentos del siglo XX, el corporativismo que caracterizó la vinculación entre Estado y sindicalismo, generó un control de la clase trabajadora. El control y el sometimiento del sindicalismo garantizaban, “por un lado, mayores márgenes de ganancia y acumulación para el capital, (...) y por otro lado (...) permitían debilitar la autonomía sindical y hacer copartícipes a los sindicatos de los proyectos de poder de los grupos de la oligarquía” (Xelhuantzi López 2006:14). Un tipo extremo de este sindicalismo creado desde los grupos dominantes (en términos económicos y políticos) es el llamado sindicalismo de

protección patronal. Graciela Bensusán y Kevin Middlebrook (2013) señalan que desde la década de 1980 comenzaron a proliferar estos sindicatos fantasmas y los contratos de protección patronal. Los primeros son sindicatos “cuya existencia puede ser desconocida para los afiliados de base, pero que están registrados legalmente con el apoyo de la patronal, como medio para evitar la formación de organizaciones obreras más responsables” y los segundos, son “acuerdos negociados entre un patrón y una dirigencia sindical espuria, cuyo principal objetivo es defender las prerrogativas de la gerencia en cada centro de trabajo y mantener al nivel mínimo de la ley las condiciones de trabajo” (Bensusán and Middlebrook 2013:48–49). Esta configuración del sindicalismo de protección, llega a constituir, según León (1976) retomando a Zavaleta Mercado, una verdadera fuerza productiva.

Esta característica en la que se fue conformando un bloque histórico fortalecido a nivel local por la alianza entre los poderes políticos y económicos, es relevante para mi análisis en tanto, por un lado, constituyó un elemento relevante en la precarización y empobrecimiento de la clase trabajadora en el país en las últimas décadas del siglo XX. Sumado a ello, el vínculo entre la burocracia sindical y sus acciones represivas con los poderes políticos locales, especialmente en el Estado de México¹⁴⁶ generó un escenario que coadyuvó a empeorar las condiciones de reproducción social en las que las mujeres interlocutoras de esta investigación desarrollan sus vidas y su trabajo.¹⁴⁷ El despojo de lo comunitario se asocia, por supuesto, a la violencia estructural que produjo décadas de instalación del modelo neoliberal en el país, y en los territorios que nos convoca.

Un tercer elemento que interviene analíticamente es el papel que el sindicalismo de protección patronal tuvo en el sector de la construcción. Uno de

¹⁴⁶ Xelhuanzi López (2006) incluso ubica al sindicalismo de protección nacido como un modelo de sindicalismo regional en el Estado de México.

¹⁴⁷ En un relevante antecedente de investigación, de corte comparativo, Patricia Ravelo Blancas y Sergio Sánchez (1997) investigan la participación de mujeres como lideresas y asesoras sindicales en dos sindicatos, uno representativo del sindicalismo corporativo estatal en el sector de la industria maquiladora y otro del sindicalismo independiente, en el sector textil (costureras). Señalan que, en esos espacios de poder, las mujeres reproducen algunos aspectos de la cultura política sindical hegemónica que caracterizan como antidemocrática, corrupta y clientelar. Señalan que es preciso profundizar las demandas de género, así como las de clase. En este trabajo también se sistematiza los aportes de varios estudios sobre sindicalismo y género, o sindicalismo y participación de mujeres en México durante la década de 1980 y 1990. (Ravelo Blancas and Sánchez 1997).

los principales referentes de investigación en México que aborda el sindicalismo en el sector de la construcción es el de la socióloga mexicana Soledad Aragón Martínez (2012).¹⁴⁸ La autora resalta la casi inexistente tasa de sindicalización, que en en 2009 fue del 1,1%. Sin embargo, remarca que no solo es preocupante esta tasa bajísima, sino que lo es también la inautenticidad de esos sindicatos. “En lugar de representar los intereses de los trabajadores, son “sindicatos de protección patronal”. Este tipo de sindicatos son aquellos que se conforman a espaldas del trabajador y que tienen como objetivo principal proteger al patrón a cambio de una cuota monetaria. Los únicos actores que forman parte de la negociación son el patrón y el “dirigente” sindical, los trabajadores ni siquiera saben de la existencia del sindicato” (Aragón Martínez 2012:194). En términos formales, estos sindicatos son legales, pues cumplen con los requisitos de conformación que la Ley Federal de Trabajo les exige. Se firma un Contrato Colectivo por obra, y son firmados por quien hace de representante de los trabajadores y por el empleador (que pueden ser las grandes empresas, o el dueño de la casa en obras pequeñas), y se depositan en la Junta Local de Conciliación y Arbitraje. En la práctica, desde mi perspectiva, más que un tipo de sindicalismo, constituye una sofisticada estrategia de la clase dominante para impedir la organización de las y los trabajadores. En el sector de la construcción, opera del siguiente modo:

La cuota sindical corresponde al 2% sobre la percepción neta que reciba diariamente el trabajador, es por ello que se calcula el número de trabajadores que el patrón requerirá para realizar la obra de construcción. Es el ingeniero residente o el dueño de la obra el único que tiene relación con los dirigentes sindicales. La forma en que el dirigente sindical entra en contacto con ellos es muy particular y puede darse de dos maneras. Una de ellas, probablemente la más común -dada la cantidad de obras pequeñas, autoconstrucción y reparaciones en casa-, consiste en que el dirigente sindical hace un rastreo por la calles y cuando encuentra una obra de construcción llama al dueño de la obra o bien al ingeniero responsable, si la obra no tiene aún registrado un CCT entonces el dirigente propone que se firme un Contrato con el sindicato que representa, de lo contrario emplazará a huelga (aunque el dirigente ni siquiera conozca a los trabajadores). Al final se llega a un acuerdo, se firma el CCT,

¹⁴⁸ Soledad Aragón Martínez también se desempeñó como Secretaria del Trabajo y Fomento al Empleo (STyFE) de la Ciudad de México desde octubre de 2018 a octubre de 2021.

el dueño o representante de la obra paga al dirigente la respectiva 'cuota sindical', el dirigente coloca una 'placa metálica' en la fachada de la obra (como señal de que ya se tiene un sindicato titular del CCT) y no se vuelve a presentar. La otra manera de firmar un CCT, que suele ser más común cuando se trata de empresas constructoras formales y grandes, consiste en que el ingeniero o representante de la obra ya tiene a un único sindicato titular de los CCT de todas las obras que se encuentre construyendo" (Aragón Martínez 2012:195)

En varias ocasiones durante el trabajo de campo, las y los trabajadores mencionaron la existencia de los "plaqueros", personas encargadas de vender la placa metálica. Incluso llegué a escuchar "trabaja de plaquero". Generalmente, era la única referencia que tenían cuando yo preguntaba acerca de los sindicatos en el sector. Aragón Martínez (2012) sostiene que esta dinámica sindical es histórica en el sector de la construcción.

La protección vía acción colectiva está (...) ausente para el trabajador de la construcción. Los sindicatos no compensan la desprotección laboral a la que están expuestos estos trabajadores, por el contrario, la favorecen, pues no se presentan a la obra, no vigilan el cumplimiento de las normas laborales, no existe verdadera negociación colectiva y no permiten que un sindicato genuino sea titular del Contrato Colectivo. Este tipo de sindicatos contribuye al incumplimiento de derechos porque brinda garantías al empleador, quien tiene conocimiento de que no habrá vigilancia por parte de los sindicatos. (Aragón Martínez 2012:197)

La autora señala que la anterior legislación laboral propiciaba la prevalencia de estos sindicatos.¹⁴⁹ Desde la asunción de Andrés Manuel López Obrador al

¹⁴⁹ "De acuerdo con la Ley, el sindicato puede obligar al empleador a firmar un CCT cuando se utilicen los servicios de dos o más trabajadores. Si el empleador se niega, el sindicato cuenta con facultades para emplazar a huelga y por tanto detener la obra de construcción (Art. 387 y 450 de la LFT). Este poder otorgado a los sindicatos ha generado una perversión en la contratación colectiva, pues es utilizado como mecanismo de extorsión al empleador a cambio de "paz laboral" y sirve también como mecanismo de protección para el empleador frente a una auténtica sindicalización. Los fines de la contratación colectiva quedan distorsionados, pues los trabajadores no logran obtener los beneficios de una contratación colectiva en tanto no tienen ninguna participación en esta negociación. Además, la fragmentación de la contratación colectiva en el sector de la construcción, da la pauta al dirigente sindical para que por cada obra de construcción que exista, firme un Contrato Colectivo de Trabajo con el empleador, convirtiéndose sólo en negocio para el dirigente y en un mecanismo de reducción de costos para el empleador" (Aragón Martínez 2012:197)

gobierno de México se ha impulsado una reforma laboral¹⁵⁰ que, entre otros puntos, tuvo como eje la reforma del modelo sindical, especialmente el impulso a la libertad y democracia sindical. Habrá que ver cómo se desarrolla la nueva dinámica en el sector de la construcción, que con el boom que ha manifestado en la última década se ha convertido en el principal sector donde ubicar los excedentes productos de la reproducción ampliada de capital. El feroz desarrollo urbano de la Ciudad de México y en municipios del Estado de México, como vimos en el capítulo 2, ha tenido consecuencias relevantes en la inserción de las mujeres en el sector, y en las condiciones en que se insertan. Las personas que trabajan en la construcción se desempeñan en la total desprotección de sus derechos laborales y conforman un mercado laboral fuertemente dominado por los imperativos de acumulación de capital, con sesgos racistas y sexistas. El impedimento a la organización colectiva de las y los trabajadores es un elemento que colabora sustantivamente en la configuración de este escenario que propicia la explotación. Como mencioné, lo que demuestra la urgencia y necesidad de procesos organizativos que puedan generar colectivamente condiciones para transformar tal correlación de fuerzas.

7.4 Experiencia histórica de organización y acción colectiva de las y los trabajadores en Bolivia

Históricamente, la organización y la defensa colectiva de los intereses de ciertos grupos, han puesto límites, enfrentado o reproducido las políticas de los grupos dominantes. En el abordaje de la inserción de las mujeres en el sector de la construcción es insoslayable considerar a esta dinámica como un campo

¹⁵⁰ En 2017, a 25 años de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), Estados Unidos, con Donald Trump, promovió la renegociación del Tratado. Para asegurar la ratificación del actual T-MEC (Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá; o USMCA por sus siglas en inglés), desde principios de 2019, el gobierno mexicano ha impulsado el incremento “del salario mínimo y promovido una reforma laboral, cuyas medidas han incluido aumentos al salario mínimo de 100 por ciento en la frontera norte y 16.2 por ciento en el resto del país y de 20 por ciento en 2020. Además, se promovió la promulgación de una reforma laboral que trata de garantizar la libertad sindical, el derecho a la negociación colectiva y el establecimiento de mecanismos que aseguren la titularidad de los contratos colectivos (Carrillo y García, 2019; Quintero, 2019)”. (García-Jiménez, Carrillo, and Bensusán 2021:12).

de disputa permanente, que se vincula con diversos procesos históricos estructurales, políticos, económicos y patrones culturales. Como mencioné, una de las mayores diferencias entre las dos instancias etnográficas refiere a que en Bolivia existe una organización colectiva relativamente fuerte y reconocida, de mujeres constructoras. En este apartado, entonces, desarrollo el proceso de conformación de la Asociación de Mujeres Constructoras de La Paz y El Alto (ASOMUC).

Argumento que la constitución de ASOMUC constituye una práctica de *politicidad abigarrada*, retomando la famosa caracterización que propone Zavaleta Mercado¹⁵¹ para la conformación social boliviana. ASOMUC nace con un impulso sustantivo de la cooperación internacional, que luego de pasar por diversas formas, deciden denominarse Asociación, distanciándose de la forma sindical y en la práctica adopta formas que reactualizan las tradiciones comunitarias.

Existen varios antecedentes de investigación crítica y comprometida que abordan el protagonismo de los gremios femeninos en Bolivia, especialmente refiero a los trabajos realizados por el Taller de Historia Oral Andina (Dibbits et al. 2012; Lehm and Rivera Cusicanqui 1988; Taller de Historia Oral Andina 1986). En la década del 30, la presencia política orgánica sindical de las mujeres se expresó en la conformación de la Federación Obrera Femenina que aglutinó a los sindicatos de la Sociedad de Culinarias y Sirvientas, Unión Femenina de Floristas, Sindicato de Oficios Varios del Mercado Camacho, Sindicato de Oficios Varios de Locería, Sindicato Femenino de Trabajadoras de Viandas, Sindicato de Lecheras y Sindicato de Anexos del Mercado Lanza. Tenían un posicionamiento político afín al anarquismo. En este contexto las visibles eran las mujeres de los gremios del sector artesanal y de oficios, y que,

¹⁵¹ Desde mi propuesta, no tendría exactamente el mismo sentido de abigarramiento. Luis Tapia, siguiendo a Zavaleta, precisa que “una sociedad abigarrada es una sociedad que no está vinculada orgánicamente. Hay desarticulación o articulación parcial y falta de unidad en la interpenetración” (Tapia 2002:239). Entiendo la politicidad abigarrada más cercana a la propuesta de Silvia Rivera y su colectiva en torno a lo *ch`ixi*. Silvia Rivera, quien dialoga permanentemente con la noción de Zavaleta Mercado, critica además de esa categoría, el desenvolvimiento conceptual en el que deriva, acerca de la confianza en la forma estatal nacional-popular, proyecto político del intelectual boliviano. Silvia plantea que eso “delata una mirada lineal y progresista de la historia, que se centra en el estado, en el desarrollo de la industria pesada y el capitalismo estatal” (Rivera Cusicanqui 2018:17). A diferencia de ello, propone la noción de *ch`ixi*, que en aymara (*ch`iqchi* en qhichwa) designa al gris jaspeado, una filosofía que asume la contradicción como fuerza creativa.

en su mayoría eran mujeres aymaras, “que conservaban el idioma y la pollera y que al hablar de ellas mismas se reconocían como cholos” (Dibbits et al. 2012:53).

En el contexto de crisis post guerra del Chaco, con desocupación y desabastecimiento se abrió un nuevo escenario para la organización de las y los trabajadores. Hemos visto que este contexto también propició el ingreso de mujeres en el sector de la construcción, impulsado por el desajuste poblacional en términos de género como consecuencia de la gran baja de varones, mayoritariamente indígenas, producto de la contienda. Este hecho coincide históricamente con transformaciones profundas en el sector artesanal, que después de la Guerra entra en crisis, y que llega a su punto álgido en la década del 1940. “En el gremio de los constructores, se percibe como línea divisoria la utilización de hormigón armado y, paralelamente, la proliferación de empresas de construcción que desplazaron o subordinaron a la mano de obra calificada del sector” (Lehm and Rivera Cusicanqui 1988:23).

En términos políticos, el golpe cívico-militar del llamado “socialismo militar” (Lehm and Rivera Cusicanqui 1988:61), de los gobiernos de Toro (1936-1937) y Busch (1937-1939), condujo a una serie de reformas estatales en el que se adoptó un modelo sindical corporativista bajo control estatal que se concretó en 1936 al promulgarse la sindicalización obligatoria. Más tarde, los siguientes gobiernos promovieron la estructuración de organizaciones sindicales con carácter nacional como la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (CSTB) en 1939, la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) en 1944, la Confederación General de Trabajadores Fabriles de Bolivia (CGTFB) en 1950. Como sostiene García Linera

El sindicalismo emergerá en el escenario como creación autónoma, pero también como iniciativa tolerada y luego apuntalada por el propio Estado. Esta doble naturaleza del sindicato, llena de tensionamientos permanentes, contradicciones y desgarramientos que inclinan la balanza hacia la autonomía obrera, en unos casos, o hacia su cooptación estatal, en otros, atravesarán su comportamiento en las décadas posteriores (García Linera 2010:44)

García Linera sostiene también que el sindicato, después de la Revolución del 52, será en Bolivia la forma legítima del acceso a los derechos públicos. Desde ese momento, ser ciudadano es ser miembro de un sindicato, plantea García.

Por su parte, Silvia Rivera se posiciona críticamente ante esa lectura. La autora, retomando formulaciones de Brooke Larson, plantea que la revolución de 1952 instaló una *pedagogía nacional-colonial* que, a través de instituciones como la escuela, el ejército y el sindicalismo, intentó imponer lo “mestizo” como la única identidad legítima de la nación boliviana moderna. La Central Obrera Boliviana (COB), fundada el 17 de abril de 1952 en el marco de la Revolución nacionalista de ese año, se configuró en sus primeras décadas como un “sindicalismo de corte paraestatal, prebendal, masculino y cupular” (Rivera Cusicanqui 2015:96). En tal contexto, la FOF y su lucha por una ciudadanía intercultural encarnada en la chola o mujer de pollera, fue perdiendo fuerza. En 1955 se creó la Confederación Sindical de Trabajadores Gremiales, que pertenecía a la COB y la FOF decidió afiliarse. En su Primer Congreso de 1954 la COB “adoptó una estructura más bien jerárquica y centralizada. Fue así que chocaron dos dinámicas organizativas muy distintas y las compañeras de la FOF no sintieron un verdadero apoyo a su causa por parte de la COB” (Dibbits et al. 2012:72).

Así como en el capítulo 3 desarrollé brevemente cómo se configura el sistema de autoridades locales que se yuxtapone con el sistema impuesto por la división administrativa estatal en las comunidades andinas, aquí preciso mencionar otro proceso vinculado a este y que refiere a la diferencia entre la estructura del *ayllu* o forma comunitaria y la de sindicato.¹⁵² Ana Cecilia Arteaga Bohrt (2018) señala que

El *ayllu* es la institución básica que se encuentra como unidad organizativa en la antigua y actual comunidad andina que determina su forma política, económica, religiosa y social (Coaguila, 2013: 26). Esta institución fue la primera unidad social comunitaria en la que se fundó el Tawantinsuyu, (Turpo, 2005: 51), siendo la célula

¹⁵² Cabe aclarar que una parte relevante de la intelectualidad boliviana y la producción académica ha considerado los vínculos y dinámicas relacionales entre las formas políticas comunitarias y las formas liberales-modernas de hacer política. Un caso emblema desde la antropología es el clásico trabajo de June Nash (2008) sobre la conciencia de clase de los obreros mineros indígenas en las minas de Oruro.

básica del Incario, manteniéndose en el periodo colonial y republicano. Por esta razón, muchos autores resaltan la capacidad dinámica, de adaptación y moldeamiento del ayllu, tanto a coyunturas políticas y socioeconómicas de origen endógeno (Incario) y exógeno (Colonia), lo cual explica su subsistencia en la actualidad (Condarco, 1982: 29; Untoja, 1992: 94; Coaguila, 2013: 11). (Arteaga Bohrt, 2018, pp. 103-104)

En segundo lugar, la autora considera el caso de los sindicatos agrarios. Estos “son la unión libre de campesinos que se constituyen con carácter permanente con el objeto de defender sus intereses, o para mejorar sus condiciones económicas y sociales; dichas uniones se gestaron en la década de los años treinta, y se consolidaron con la reforma agraria, entre 1953 y 1954, impuestos por el entonces Ministerio de Asuntos Campesinos” (Arteaga Bohrt, 2018, pp. 103). Lo que es importante, en este sentido, es que el ayllu es una forma organizativa de orígenes incaicos, basada en el principio de organización dual y complementaria, que se ha transformado con el tiempo y que no tiene relación con el Estado, a diferencia de la forma sindical, que es una institución moderna vinculada con el Estado boliviano¹⁵³. Como hemos visto a lo largo de esta tesis, la tensión entre la forma comunitaria y la forma moderna (ya sea Estado, o más específicamente sindicato) atraviesa el análisis y brinda elementos centrales para el análisis de la politicidad del trabajo de mujeres.

Retomando con la participación política de mujeres en Bolivia, en la década de los 60`, fueron las mujeres mineras, como esposas de los mineros, nucleadas en el Comité de Amas de Casa, quienes tuvieron un rol central en la caída de la dictadura de Bánzer (García Fernández 2017, Viezzer 1977). A pesar de ello, “la participación de las mujeres en los sindicatos y en las organizaciones sociales se fue dando bajo los parámetros establecidos por la experiencia masculina. Después de la Revolución de 1952, en los sindicatos se abrió la cartera de “vinculación femenina” con actividades que reproducen los roles domésticos” (Ramos Salazar 2016).

Los movimientos sindicales urbanos han continuado como organizaciones predominantemente masculinas, en cuanto a espacios de

¹⁵³ Pascale Absi (2005) plantea que tanto las investigaciones antropológicas de Olivia Harris y Xavier Albó, como los trabajos etnohistóricos de Assadourian, Platt, entre otros, han puesto de manifiesto la permeabilidad histórica de las sociedades campesinas e industriales.

representación y toma de decisiones.¹⁵⁴ María Antonieta Arauco analiza la ausencia de las mujeres en los Congresos de la COB¹⁵⁵ de 1954 a 2000. En los 12 Congresos que hubo en ese período, de 100 dirigentes sólo tres han sido mujeres (Arauco en García Fernández 2017).¹⁵⁶ Desde el 2000 hasta el 2019 se realizaron 5 Congresos más. En ese período ha habido 4 mujeres en los Comités Ejecutivos de la COB, todas durante la gestión de Evo Morales como presidente del país y las 4 del sector campesino.¹⁵⁷ Sin duda este panorama precisa profundizar el análisis en torno al modo en que se reconfiguró el modelo de vinculación Estado-sociedad civil durante las gestiones del MAS, particularmente con el sector trabajador, campesino, indígena y de las mujeres, objeto del que no me extenderé aquí. Sólo mencionar que, en cuanto a los índices de la afiliación sindical en el país, hubo una disminución drástica en el período 2011-2016. Según la Encuesta de Hogares 2016, “la afiliación de trabajadores asalariados cayó sostenidamente de un 22,2% en 2011 a 11,7% en 2016, lo que equivale a una reducción del 50%. La caída fue más pronunciada entre los obreros ya que de una tasa de 11,3% registrada en 2011 disminuyó a apenas el 4,8% en 2016. Si bien entre los empleados la afiliación sindical no llegó tan bajo, el porcentaje se redujo al 13,1% en 2016” (CEDLA 2018:13). Por su parte, la tasa de afiliación sindical registrada en el sector de la construcción durante ese período fue más baja, llegando a un reducido 3%.

Para el caso específico de la construcción, el ente matriz que aglutina a todos los trabajadores de la construcción de Bolivia es la Confederación Sindical de Trabajadores en Construcción de Bolivia (CSTCB), dirigida por Valerio Ayaviri. La CSTCB fue creada el 26 de abril de 1953 y se compone de

¹⁵⁴ Y ello no es exclusivo de Bolivia. Según la OIT, “las mujeres en América Latina representan un tercio de la fuerza de trabajo, mientras la tasa de sindicalización alcanza al 10% de la PEA femenina” (Rigat-Pflaun, en García Fernández 2017:11).

¹⁵⁵ “Los Congresos son espacios de discusión que plantean los direccionamientos políticos e ideológicos a seguir durante la gestión del nuevo comité ejecutivo. En ellos se discuten temáticas por comisiones: política, económica, orgánica, social y agraria” (García Fernández 2017:10).

¹⁵⁶ En el Séptimo Congreso (1987), Lidia Flores y, en el 10º Congreso (1996) y 11º Congreso (2000), M. A. Arauco de la UMSA. Las dos ocuparon el cargo de 2º Vocal (García Fernández 2017).

¹⁵⁷ En la gestión 2006-2012, Tomasa Qelqa; en la gestión 2016-2018, Juanita Ancieta ocupó la Cartera de Organización y Josefina Mamani la Cartera de Defensa; y en el último Congreso de la COB, en 2018, se eligió a Laura Reyna Zárate como Secretaria de Defensa.

las federaciones de los 9 departamentos del país. Cada Federación, a su vez, se compone de sindicatos de base de trabajadores de una misma empresa constructora, trabajadores dependientes del Estado y entidades autárquicas, cuentapropistas e independientes. A nivel nacional, la CSTCB nuclea actualmente alrededor de 100 sindicatos, con más de 18000 afiliados (Entrevista con Valerio Ayaviri, Secretario Ejecutivo de la CSTCB, 30-7-19). La CSTCB forma parte de la Central Obrera Boliviana (COB)¹⁵⁸, y hasta 2018, estaba afiliada a la Internacional de Trabajadores de la Construcción y la Madera. La Confederación es la interlocutora válida ante el Estado y las empresas o empleadores, para negociar colectivamente las condiciones de trabajo del colectivo obrero.

La gestión de Ayaviri (2013-actualidad) en la CSTCB se orientó a construir demandas en torno a la salud y seguridad en el sector de la construcción. En 2014 el gobierno de Evo Morales ratificó el Convenio 167 sobre seguridad y salud en la construcción de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) mediante la Ley 545. A partir de ello, en un trabajo conjunto entre el Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social, la CSTCB y la Cámara Boliviana de la Construcción (CABOCO) se elaboraron marcos normativos más específicos.¹⁵⁹

Por último, abordar las experiencias históricas de organización de las y los trabajadores requiere considerar dos actores claves que intervinieron en el ámbito del trabajo de manera muy disímil. Por un lado, me refiero a la

¹⁵⁸ La COB aglutina en la actualidad, fundamentalmente a tres sectores sociales: "(i) el proletariado compuesto por las y los fabriles, mineros, petroleros y constructores; (ii) la clase media compuesta por el magisterio y el sector de salud; y (iii) el campesinado compuesto por los interculturales, campesinos y zafreros" (García Fernández 2017:9).

¹⁵⁹ El 5 de octubre de 2016 se expidió el Decreto Supremo 2936 Reglamento de la Ley 545 de Seguridad en la Construcción. El 17 de mayo de 2017, por Resolución Ministerial 387 se expidieron las 8 Normas Técnicas de Seguridad. El 12 de marzo de 2019 el presidente promulgó la Ley 1155 "Seguro Obligatorio contra accidentes de la trabajadora y el trabajador de la construcción". El acto de promulgación de esta última Ley se realizó en la Casa Grande del Pueblo al cual asistieron centenares de trabajadores de la CSTCB y socias de la ASOMUC. La Ley fue celebrada como un gran logro para todas las personas trabajadoras de la construcción. El análisis de tal normativa excede los objetivos de este trabajo. Sin embargo, menciono que la Ley establece que todo trabajador/a de la construcción tiene la *obligación de comprar anualmente* (Art. 4) el seguro de accidentes y de vida, administrado y comercializado por la Entidad Pública de Seguros habilitada para el efecto. Establece, además, que cada empleador que contrate o subcontrate personal de la construcción debe exigir al trabajador el seguro vigente. De este modo, la ley responsabiliza al trabajador de su seguridad, violando el principio de beneficio de protección laboral, establecido en la Ley General de Trabajo (el empleador debe garantizar la protección laboral a sus trabajadores).

Organización Internacional del Trabajo, organismo que nació al terminar la Primera Guerra Mundial, y estuvo dedicado a la promoción de la legislación laboral en el marco de los tratados de paz europeos y a la internacionalización de esos principios regulatorios (Carusso and Stagnaro 2019). La definición de lo que es considerado trabajo, y la regulación de estos campos de trabajo, ha tenido a América Latina una gran relevancia¹⁶⁰, particularmente, en lo que respecta a la regulación del trabajo indígena y al trabajo de las mujeres. Asimismo, una característica del funcionamiento de la OIT es la inclusión de la representación de los tres actores –Estado, capital y trabajo-, en las negociaciones.

Por otro lado, un segundo actor se vincula con las agencias de cooperación internacional al desarrollo y que, en este caso, tienen gran relevancia en la conformación de la Asociación de Mujeres Constructoras (ASOMUC). Virginia Aillón (2015) analiza en su ensayo sobre el devenir del feminismo en Bolivia que, en las últimas décadas del siglo XX llegó al país una visión de género vinculada al desarrollo, que se institucionalizó en la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (Beijing, 1995), y que se incorporó luego a la plataforma de desarrollo de las Naciones Unidas. En las décadas del 70 y 80 del siglo XX, se crearon varias organizaciones no gubernamentales (ONG), dedicadas a la promoción de los derechos de la mujer y de los grupos considerados vulnerables. “Este enfoque de la teoría de género devino en una pragmática asentada en proyectos de desarrollo que favorecían la incorporación de la mujer en el ámbito productivo (sobre todo en la versión de pequeñas empresas), proyectos de salud reproductiva, de educación popular, de incorporación de las mujeres a la política pública y otros” (Aillón 2015). La incidencia política en el Estado, a través de la promoción de la elaboración de proyectos de ley que exigían los derechos negados, fue una de las estrategias principales que adoptaron. Pronto aparecieron las críticas y llamadas de atención sobre “los apoyos condicionados y las sutiles disciplinas civilizatorias” (Rivera Cusicanqui 2002:10) que estos proyectos terminaron ejerciendo contra las mujeres y sectores populares, análisis que es preciso abordar en los

¹⁶⁰ Sobre el vínculo histórico entre la OIT y América Latina, remitirse a Caruso y Stagnaro (2019). Para el caso de Bolivia, recomendamos particularmente el artículo de Rossana Barragán en esa compilación.

ámbitos en los que se debaten los horizontes de posibilidad de autonomía de las poblaciones y organizaciones “beneficiarias”.

En este sentido, además de la forma comunitaria y sindical, también se vincula con una “tecnocracia de género” que fue criticada por algunas organizaciones indígenas. Ana Cecilia Arteaga Bohrt señala que el feminismo vinculado a esta tecnocracia de género¹⁶¹ fue rechazado por los movimientos indígenas, “cuyos enfoques y lineamientos se adoptaron relacionados con la política de identidades del multiculturalismo neoliberal con base en el reconocimiento, de la diferencia cultural que despolitizaba la identidad y legitimaba la subordinación de las mujeres indígenas (Díaz en Arteaga Bohrt, 2018). Algunas ONGs, sin embargo, criticaron estas posiciones, por lo que ha habido diversos matices.

7.5 El trabajo de la política: la construcción de la Asociación de Mujeres Constructoras de La Paz y El Alto (ASOMUC)

La conformación de ASOMUC expresa un proceso en el que intervienen una heterogeneidad de actores (colectivos e individuales) y que se configuró en la última década en el marco de procesos más generales que definieron (y definen) los límites posibles de su accionar, como vimos en los anteriores apartados.

Aproximadamente en 2010, un pequeño grupo de mujeres que trabajaba en el Gobierno Autónomo Municipal de La Paz había intentado organizarse, sin grandes posibilidades debido a que los delegados sindicales de los sindicatos municipales, todos hombres, monopolizaban la representación de los trabajadores en las negociaciones con el empleador estatal, obstaculizando en algunas oportunidades, el desarrollo de demandas vinculadas a problemáticas específicas de las mujeres y de los trabajadores eventuales.

¹⁶¹ Según Monasterios, la tecnocracia de género en los años 90 “congregó a una élite mestiza de mujeres profesionales que, sin una previa formación feminista, monopolizó el marco discursivo y los fondos provenientes de la cooperación para tratar el tema de la desigualdad de género; es decir, una perspectiva desvinculada de una sensibilidad y una praxis feminista” (Monasterios en Arteaga Bohrt, 2018, p. 67)

En 2009, la ONG Red Hábitat, que, como desarrollé anteriormente, desde 1993 en ámbitos de intervención vinculados al hábitat y urbanismo con fondos de la cooperación internacional, comenzó a realizar estudios para conocer cómo se producen las ciudades latinoamericanas. De allí, presentaron una propuesta a financiadores externos y recibieron apoyo para trabajar con mujeres trabajadoras de la industria de la construcción. Red Hábitat ha sido el principal impulsor de la organización de ASOMUC a partir de un programa de capacitación en oficios vinculados al sector de la construcción, como desarrollé en el capítulo 4.

Progresivamente, producto del encuentro y los lazos establecidos en los talleres de capacitación de esos primeros años, a las mujeres trabajadoras les surge la necesidad de contar con una organización que las represente en la lucha por lograr condiciones de trabajo y de vida dignas. Un pequeño grupo formó el Comité Impulsor de Mujeres, que con justicia puede ser reconocido como el germen organizativo de lo que actualmente es ASOMUC.

Ese incipiente proceso organizativo consiguió, en esa instancia, dos logros muy importantes para las compañeras. Uno de ellos, la aceptación de que los cursos fueran en horario laboral, disputando por un lado el sentido político de concebir la capacitación como parte del trabajo, y en términos prácticos les permitió disminuir el porcentaje de deserción en las capacitaciones, que estaba en aumento. “No podíamos capacitarnos, porque las compañeras se iban por cuestiones de sus esposos, los hijos, el cansancio” (Entrevista con María del Carmen Cáceres, Secretaria General AMUCBOL, 14-8-19). El segundo lugar, elaboraron y presentaron la “Propuesta de la Política Pública para las mujeres constructoras del Gobierno Autónomo Municipal de La Paz”.

Entre junio de 2010 y agosto de 2012, Red Hábitat, con el apoyo financiero del Fondo de Emancipación - Conexión¹⁶² ejecutó el proyecto “Mypes – Mujeres Constructoras del Hábitat”. Durante ese tiempo, se realizaron ocho cursos de capacitación en Construcción Básica con especialidad en

¹⁶² Financiada por el Gobierno del Reino de los Países Bajos y la Embajada de Canadá en Bolivia. Fue implementado y gestionado por un consorcio conformado por HIVOS y OXFAM (Red Hábitat 2014).

acabados e instalaciones¹⁶³, y cursos de orientación para la conformación de micros y medianas empresas (MYPES). Parte del Comité Impulsor de Mujeres, se organizó, esta vez, como pequeñas empresas que ofrecían servicios de construcción. Sin embargo, al poco tiempo se disolvieron debido a dificultades concretas transversales a la vida de las mujeres constructoras, vinculadas con la sobrecarga de trabajo doméstico y el vínculo permanente con sus comunidades de origen. La mayoría de ellas, mujeres aymaras, debían regresar periódicamente, o algunas semanas en el año para realizar los trabajos comunales en sus comunidades de origen. De 2012 a 2014 se desarrolló un segundo proyecto de Red Hábitat y Fondo Conexión, denominado “Fortalecimiento y empoderamiento de Organizaciones de Mujeres Constructoras del Hábitat”. Con la misma intención de crear posibilidades de inserción laboral de mujeres en el rubro, una nueva iniciativa organizativa tuvo lugar a partir de la conformación de las llamadas Organizaciones Económicas de Mujeres Constructoras, en el marco del reconocimiento estatal de la economía plural.

En el período posconstituyente se aprobaron diversas normativas para instrumentalizar la economía plural. En ese marco, las mujeres capacitadas en construcción deciden formar Organizaciones Económicas de Mujeres Constructoras (OEMC). “La nueva Constitución Política del Estado (CPE), aprobada en referendo el 2009, propone, en lo económico,

reconocer, promover y proteger la economía plural constituida por cuatro formas de organización económica: comunitaria (sistemas de producción y reproducción de la vida social fundados en los principios y la visión propios de los pueblos y naciones indígena originario y campesinos); estatal (las empresas y entidades económicas de propiedad estatal); privada (las empresas y entidades económicas de propiedad privada); y cooperativa (Wanderley 2015:42)

En ese contexto, se conformaron 9 OEMC, mediante las cuales accedieron a licitaciones públicas en los gobiernos municipales para refaccionar colegios y centros de salud. En ese marco, Red Hábitat firmó un convenio marco con el

¹⁶³ Contó con la participación de 229 mujeres, del cual el 68% de ellas estaban vinculadas laboralmente al Gobierno Autónomo Municipal de La Paz (Red Hábitat 2014).

gobierno municipal de La Paz, para articular actividades con varias instancias gubernamentales.¹⁶⁴ El gobierno municipal, y especialmente la Secretaría Municipal de Infraestructura Urbana, ha sido un actor relevante en el impulso a la organización de mujeres constructoras.

Tanto las MyPEs como las OEMC habían logrado un importante avance en capacitarlas, sin embargo, las que lograban acceder al mercado laboral de la construcción, experimentaban desigualdades multiformes, acoso y violencia en sus lugares de trabajo. En el marco del Proyecto también se realizaron talleres denominados de empoderamiento político, sobre derechos laborales y de las mujeres, liderazgo y vocería para incidencia política. A partir de allí, las mujeres constructoras debatieron sobre la forma organizativa más adecuada según los intereses que emergieron de su situación concreta. María del Carmen Cáceres, una de las dirigentas referentes de la organización de mujeres constructoras, menciona

“(En los cursos de pintura) ahí nació la ASOMUC. Yo siempre voy a decir que ha nacido allí, porque cuando teníamos los descansos, siempre así, hablando, `Que mi jefe me ha dicho... que el compañero tal... que el del sindicato...`, siempre así hablando, o `Tal vez no salga mi contrato`. Y ahí surgió que si nosotras nos organizábamos. Incluso en los cursos de empoderamiento económico y liderazgo, hay los sueños de ser sindicato, asociación o cooperativa” (Entrevista con María del Carmen Cáceres, 14-8-19).

En 2014, una asamblea constituyente posesionó a su primer directorio conformado por 8 mujeres constructoras entre representantes de las OEMC y obreras del GAMLP.¹⁶⁵ Según el relato de la actual dirigencia, la búsqueda de una sede para la asociación ha llevado a algunas de esas compañeras a vincularse al MAS. Las posiciones encontradas al respecto, han generado una ruptura y reestructuración organizativa. El primer grupo se conformó como sindicato y se afiliaron a la Confederación Nacional de Trabajadores de la

¹⁶⁴ Entre ellas, las subalcaldías de Max Paredes y Cotahuma, el Centro de Capacitación Municipal (CCAM), la Dirección de Género y Generacional, la Dirección de Mantenimiento, Dirección de Cultura, el Programa Barrios y Comunidades de Verdad, Unidad de Gestión de Riesgos, EMAVIAS, EMAVERDE (Red Hábitat, 2014).

¹⁶⁵ La primera Comisión Directiva tuvo de Secretaria Ejecutiva a Elizabeth Ticona y como suplente a Dora Quispe, como Secretaria de Actas a Aurora Arias y Suplente a Nelly Chacón, como Secretaria de proyectos a Sonia Quispe Ventura y Suplente a Pasesa Chura, como Secretaria de Finanzas a Cristina y como suplente a Matilde Pacosillo.

Construcción y a la Central Obrera Boliviana (COB). Uno de los elementos centrales de disputa del accionar político y de la forma organizativa adoptada por ASOMUC en la actualidad (asociación civil), tiene que ver con la lectura crítica acerca de ser sindicato y perder la autonomía.

Al ser sindicato debíamos asociarnos a la COB, íbamos a estar con un cierre en la boca, sin decir nada, estar ahí presente y nada. Eso hemos dicho no, porque el fin que hemos tenido para formar la asociación, organizarnos, era para defender los derechos de las mujeres que trabajan en este rubro (Sonia Quispe Ventura, entrevista colectiva con el Directorio de ASOMUC, 24-5-19)

De acuerdo con sus experiencias previas y con los sentidos que construyen en torno a las desigualdades en la participación de las mujeres en la política sindical, las dirigentes de ASOMUC coinciden en reconocer que, habitualmente, las organizaciones sindicales operan bajo mandatos y dinámicas patriarcales. Algunas de las prácticas que ellas identifican con lo patriarcal refiere a los obstáculos impuestos para su participación política, entre ellos, no ser consideradas ni en la toma de decisiones, ni en la construcción de las agendas de reivindicaciones, la desvalorización o negación de la palabra, el confinamiento de las mujeres a tareas de servicios o cuidados dentro de la organización, el imperativo de contar con el permiso de los dirigentes hombres para participar de cualquier actividad.

Prácticamente también hemos buscado la autonomía, de decir nosotras mismas, de nuestros pensamientos y de nuestros logros, sin poder... hasta el momento siguen diciendo. Obviamente nos han invitado de la confederación, pero dicen “¡Trabajemos juntos compañeras!” pero no sé hasta qué punto vamos a trabajar juntas porque hasta ahora no hay ni una mujer ahí que pueda trabajar con ellos” (Lidia, entrevista colectiva con directiva de ASOMUC, 25-5-21)

Cuando hay eventos, hay mujeres que están, pero son las esposas de ellos mismos, de su mismo directorio, de su misma base, pero no son mujeres que realmente trabajan” (Sonia, entrevista colectiva con directiva de ASOMUC, 25-5-21)

Otro motivo que alegan para no conformarse como sindicato refiere a la necesidad de mantener la autonomía de los partidos políticos. Después de

problematizarlo y discutirlo en las oficinas de Red Hábitat, un grupo mayoritario no aceptó la conformación del sindicato, y decidieron seguir adelante como asociación.

En noviembre de 2015 se posicionó un nuevo directorio, que se comprometió a tramitar ante el Gobierno Autónomo Departamental de La Paz (GADLP) el reconocimiento de la personalidad jurídica de la asociación¹⁶⁶, objetivo que logró dos años después, el 27 de octubre de 2017 de manos del gobernador de La Paz, Félix Patzi. En diciembre de ese año, se eligió una nueva Comisión Directiva para la gestión 2017-1019.¹⁶⁷

El accionar político de ASOMUC estuvo vinculado con los lineamientos de las instituciones aliadas en ámbitos gubernamentales y no gubernamentales, fundamentalmente Red Hábitat y la Secretaría de Infraestructura Pública del GADLP. Ante la necesidad de acceder a contratos de trabajo en el sector público, las mujeres trabajadoras han sido incentivadas por estas instituciones a conformar empresas y presentarse a licitaciones. Con ese objetivo, en 2018 tres socias de ASOMUC, entre ellas la Secretaria General, han constituido la primera empresa a cargo de mujeres, Warmicons.¹⁶⁸ Inmediatamente, el Municipio de La Paz les adjudicó la obra de refacción de 60 colegios.

La creación de Warmicons ofreció una gran oportunidad para disputar sentidos sobre la autogestión, ya que ellas mismas se organizarían, según recuerdan, para generar trabajo y no depender de empresas constructoras y subcontratistas, lo que las posicionaría en mejor lugar para negociar las condiciones de trabajo. Este intento organizativo para enfrentar la gran desigualdad de las mujeres a la hora de ingresar al sector, no estuvo exento de conflictos. A poco de surgir emergieron inconvenientes provenientes del “conflicto de intereses” que generaba ocupar espacios en la dirección de la

¹⁶⁶ La nueva directiva quedó conformada por María del Carmen Cáceres como Secretaria Ejecutiva, Stephany Avendaño Quenallata como Secretaria de Juntas y Asuntos Jurídicos y Antonia Cáceres como su suplente, Sonia Quispe Ventura como Secretaria de Programas y Proyectos y su suplente Lidia Romero Alarcón y María Elena Ferrufino como Secretaria de Administración Financiera y Recursos, y Justina Soria como su suplente.

¹⁶⁷ Para la gestión 2017-2019, la Directiva quedó conformada por María Antonieta Cruz Mayta como Secretaria General, Sonia Quispe como Secretaria de Actas, Lidia Quispe como alterna, Martha Calle Calle Secretaria Financiera y de Recursos, Reyna Madeleine Quispe Santalla como su alterna, Lidia Romero como Secretaria de Programas y Proyectos, y Madeleine Soria como suplente.

¹⁶⁸ *Warmi* es mujer en aymara.

empresa, fungiendo como empleadora, al tiempo que ser representante de los intereses de las trabajadoras. Ello provocó que, en asamblea, se decidiera nombrar a una nueva Secretaria General de la Asociación, cargo que ocupó Lidia Romero. En febrero de 2020 se llamó a nuevas elecciones, las que posicionaron nuevamente a Lidia Romero como Secretaria General.



Ilustración 28 Celebración del día del trabajador y trabajadoras de la construcción (4 de abril) y entrega de certificados de capacitación. La Paz. 4-6-2019.



Ilustración 29 Asamblea de ASOMUC. La Paz. 9-3-19.

La conformación de ASOMUC generó un proceso de identificación en torno a la noción de ser constructora, que revitalizó la valorización del oficio realizado por mujeres y reforzó la confianza en ellas mismas, como trabajadoras y como mujeres. Reyna Quispe, una de las socias más jóvenes y participativas de ASOMUC, miembro de la Comisión Directiva, señala que los aprendizajes colectivos en la dinámica organizativa de la asociación, les ha permitido obtener herramientas para perder el miedo y no callar más. “He venido a una de sus reuniones y las he conocido realmente. Había maestras, contramaestras, conocí a mucha gente que se dedicaba a la construcción. Me he sentido mucho más segura, no me ha dado miedo expresarme, yo sabía de lo que estaba hablando, sabía los problemas porque yo los he pasado” (Entrevista con Reyna Quispe, 11-2-19).

La ASOMUC recibe su Personalidad Jurídica de manos del Gobernador de La Paz, y está habilitada para hacer cumplir los derechos laborales de todas las mujeres que trabajan en el sector de la construcción



Ilustración 30 Boletín Nº 4 de ASOMUC, De brochas y brechas (2017), P. 6



Ilustración 31 María del Carmen Cáceres posa con la flamante personería jurídica de ASOMUC y su estandarte. Fuente Boletín De brochas y brechas Nº4

Al igual que Reyna, más de 600 mujeres han recibido cursos de capacitación en el oficio y en empoderamiento político, impartidos por Red Hábitat. Madeleine, una maestra pintora, de 45 años, señala lo que significó la participación en tales procesos de aprendizaje.

De haber sabido todo lo que ahora sé, jamás me hubiera hecho engañar con las personas. Si veo un letrado que diga se necesita ayudantes, ahora ya voy, tengo esa seguridad, ya sé qué horarios tengo que trabajar, no me pueden explotar, sé cuánto me tienen que pagar y qué trabajo tengo que hacer (Entrevista con Madeleine Soria, 11-2-19).

Después de varios años de trabajo colectivo, e impulsadas también por Red Hábitat, y con el apoyo de OIT, ASOMUC decidió dar un salto al nivel nacional. Una nueva instancia organizativa tomó forma en febrero de 2019, cuando se conformó la Asociación de Mujeres Constructoras de Bolivia (AMUCBOL), la organización nacional que nuclea a mujeres trabajadoras de la construcción de diversas organizaciones de primer grado (asociaciones y sindicatos) de todo el país. Esta nueva plataforma nacional de lucha apuesta a fortalecerse internamente y a visibilizar las demandas de las constructoras. La Asamblea Constitutiva tuvo lugar en el marco del Segundo Encuentro Nacional de Mujeres Constructoras, organizado por Red Hábitat y la Organización Internacional del Trabajo, llevado a cabo en Santa Cruz de la Sierra, el 10 de febrero de 2019.¹⁶⁹ Sin duda, el accionar político y la visibilidad de ASOMUC funge como guía de acción para la flamante AMUCBOL.

¹⁶⁹ Con 52 votos válidos, se posicionó una Directiva Ad Hoc de la flamante AMUCBOL. La Secretaría General quedó en manos de María del Carmen Cáceres Choque, representante de La Paz y dirigente de ASOMUC; Yaquelin Camacho, representante de Santa Cruz fue elegida como Secretaria de Actas y Asuntos Jurídicos; Inkar Acosta de Pando, como Secretaria de Programas y Proyectos; Delfina Norma Humaniz, representante de Potosí, como Secretaria de Asuntos Económicos y Recursos; Alejandra Copa Santos, de Oruro, como Primera Vocal; Sonia Quispe Ventura, de El Alto, como Segunda Vocal y Carola Díaz, representante de Beni, como Tercera Vocal. Se conformaron tres comisiones de trabajo, a cargo de Dolores Durán Rojas de Tarija, Irma Castillo Mamani de Cochabamba y Basilia Callaguara Nina de Sucre.

En cuanto a sus experiencias organizativas previas, varias de ellas señalan participar en las juntas escolares de las escuelas de sus hijas e hijos, participan también en los clubes de madres, muchas son parte de las juntas vecinales en sus barrios, a los cuales, han colaborado en construir y urbanizar. Otras, como vimos antes, forman parte del sistema de maestrazgo en los mercados. Estas experiencias se retoman en la práctica organizativa de ASOMUC.

Gran parte de las narraciones de las socias entrevistadas manifiestan un fuerte sentido de pertenencia con la Asociación, sobre todo, de aquellas que estuvieron en los orígenes de la organización. Sin embargo, en la actualidad se visibiliza que el sentido de la historia de ASOMUC está en disputa. No sólo por la diversidad de actores que intervinieron de manera sustantiva en el proceso de formación, sino por la perspectiva política que estos actores impulsan y que orientan el accionar político de ASOMUC. En la construcción de demandas y las estrategias priorizadas en ese sentido, podemos observar tal tensión.

7.5.1 Dinámica organizativa y construcción de *demandas*

Debido a que ASOMUC surge y toma forma institucional en el marco de un proyecto de la ONG Red Hábitat, en lo que lleva de vida institucional, las demandas se construyeron en afinidad con los lineamientos políticos de tal organización. En los últimos años, la construcción de las demandas se orientó a generar alianzas con actores políticos influyentes, cabildeo, y sensibilización de la sociedad civil que permitiera una visibilización de las mujeres constructoras como actor político, con capacidad de incidencia para la exigibilidad de mejores condiciones y oportunidades laborales. Ello logró un gran reconocimiento de ASOMUC como representante y referente de la lucha de las mujeres constructoras, con gran visibilidad en los medios de comunicación nacionales y extranjeros, con alianzas con autoridades políticas y organismos internacionales, e incluso, como interlocutores ante la cámara empresarial. Entre ellos, en los últimos años la OIT desarrolló acciones con ASOMUC para fortalecer su capacidad de incidencia para la erradicación de la violencia en los espacios laborales.

Es sumamente significativo, para estas mujeres, el proceso de adquirir confianza en sí mismas, y en su saber y experticia. “Cuando mis wawas

ingresaron a un colegio, pedía la palabra y ya estaba lagrimeando de miedo. Pero aquí (en ASOMUC) he perdido ese miedo”, contaba emocionada Elisa. La presencia en los medios de comunicación, el vínculo directo con las autoridades de gobierno, constituirse como un colectivo de mujeres trabajadoras, ha significado transformaciones personales y colectivas relevantes, desde el reconocimiento en sus círculos más cercanos, familiares y comunitarios, hasta la integración en una ciudadanía que las reconoce como sujeto político.

¿Cuál es la dinámica de funcionamiento de la asociación? Con base en sus Estatutos, la organización convoca a Asambleas Generales Ordinarias dos veces por año, y llaman a Asambleas Extraordinarias cuando un asunto así lo amerite. Arman el orden del día pensando que al llegar a casa tendrán que seguir con las órdenes de compra del día siguiente. En las Asambleas que tuve oportunidad de presenciar, se reiteraban escenas en las que madres y abuelas socias de ASOMUC cuidaban a sus hijos y nietos, mientras debatían la importancia de ir a la marcha del 1 de mayo, o se compartían recomendaciones de lugares donde venden el cemento más barato. En los casos de accidentes de compañeras organizan colectas, y van a cuidarla a los hospitales.

Darle importancia a la visibilización ha significado estar presentes en los grandes actos públicos, entre ellos, el 1 de mayo, el 8 de marzo, el desfile de teas por el día de la ciudad, participar en eventos de otras organizaciones sociales u organismos internacionales como REMTE, ONU Mujeres, y asistir a medios de comunicación.

Ya la ASOMUC se ha hecho un poco visibilizar, en varios lugares. ¡Dónde no hemos ido, también! Nos han invitado y hemos ido, por eso el 1 de mayo hemos decidido ir, porque es algo importante. Hasta ahora tengo esa foto. Éramos 5 personas nomás. Pero hemos entrado y de tal manera de que, al entrar, teníamos nosotras vergüenza ¿no? Pero ya estábamos ahí, en las filas. Y entramos y pensando que nos iban a abuchear, es un lugar donde tienes que ir a marchar y pedir lo que tú necesitas, qué derechos estás pidiendo, todo eso, ¿y cómo con 5 personas vas a estar? ¿no? Pero no, ha sido muy diferente. Cuando hemos terminado la marcha, se formaron aquí, se formaron acá, y nosotras seguíamos por el centro. Y nos ha impactado bastante cuando nos aplaudieron, como si fuéramos una gran mayoría. Y nos han dicho ¡bien! Y cuando terminamos han venido bastantes compañeros, no, de otras empresas, de

otros lugares. Que las cosas son así. Empezar es algo difícil, pero así se empieza. Sigán compañeras con la lucha (Lidia, Entrevista colectiva con dirigencia de ASOMUC, 25-5-19)

Ello puso de relieve a la recuperación de la calle y el espacio público como central en su activismo político y estrategia de visibilización. La adopción de símbolos como el caso amarillo, como elemento de identificación se tornó en algo que no faltaba en ningún evento ni en ninguna entrevista, al igual que su chaleco de trabajo.

Esta multiplicidad de prácticas y de recursividades que fueron moldeando el quehacer político de ASOMUC configuran una estrategia de organización gremial que entrecruza una lógica de acción que pone énfasis en la alianza con actores políticos y sociales claves para generar una sensibilización e interpelación a la sociedad civil y al Estado –que a su vez coincide y se retroalimenta de la agenda de la cooperación internacional-, con una lógica de sostenimiento de la vida que se expresa en modalidades de cooperación, reciprocidad, cuidados que sostienen, como andamios invisibles, la organización colectiva. En estas prácticas se entrelazan sentidos y valores que provienen de prácticas comunitarias y vecinales, como la relevancia que le dan a la rotación de los cargos, la realización de *apthapi*, celebración de origen aymara, que consiste en compartir alimentos y saberes es una actividad realizada habitualmente por estas mujeres, tanto en las asambleas, como en sus lugares de trabajo y en los espacios de ocupación política de las calles, como marchas y desfiles. Hemos visto en capítulos anteriores, cómo la práctica del *ayni* es retomada con frecuencia, no solo para la transmisión del oficio, sino también para el “trabajo político”.

Algunas de estas lógicas distintas, a veces suelen entrar en tensión, y se manifiesta por ejemplo en inconformidades expresadas por socias de ASOMUC en torno al funcionamiento de la dinámica de la cooperación, que tienden a limitar la autonomía de la organización, generalmente se conjugaron en un hacer político que ofreció grandes posibilidades de disputar demandas por condiciones de trabajo y de vida dignas, en un ámbito en el que, como vimos, no resulta nada fácil.

ASOMUC al mismo tiempo que fue conformando una identidad como colectivo de mujeres trabajadoras, como “constructoras” –porque “construimos vida” solían mencionar- también optó hacia afuera, por una estrategia que en los estudios de movimientos sociales podría llamarse una política dual de identidad y de influencia (Cohen and Arato 2000), dirigida tanto a la sociedad civil como al sistema de organización política (Estado). En cuanto al primer mecanismo, la estrategia de visibilización resultó exitosa y se centró en promocionar el trabajo de las mujeres constructoras y sus propuestas políticas en programas radiales locales y nacionales, de televisión de alcance nacional e internacional, prensa escrita y documental. Los talleres de vocería y estrategias de comunicación propulsados por Red Hábitat han significado una herramienta fundamental para ello. En cuanto al segundo, y en el marco de los “resultados esperados” de los proyectos de Red Hábitat, se propuso aprovechar la estructura de oportunidades políticas a partir de la búsqueda de aliados. Entre ellos, entidades municipales como la Secretaría Municipal de Infraestructura Pública del Gobierno Autónomo de La Paz, la Dirección de Género y Generacional, la Dirección de Cultura Ciudadana y la Oficialía Mayor de Culturas, autoridades específicas con sensibilidad en la problemática de las mujeres obreras, Diputados, Concejalas, universidades, las cámaras empresariales, fueron claves para concretar sus objetivos. La Organización Internacional del Trabajo y ONU Mujeres, y en ellas, la sensibilidad de las personas responsables de programas afines, algunas académicas y académicos fungieron como aliados claves. Se realizaron ferias de pintura para dar a conocer su trabajo y se crearon “Bolsas de oportunidades” para apoyarse en la búsqueda de empleo. Bajo la égida de los lineamientos de Red Hábitat, que promueve el derecho a la ciudad, se apeló a un sentido tripartito de incidencia y negociación que promovió el diálogo entre las cámaras empresariales, el Estado, ASOMUC, y en ocasiones convocando a la Confederación Sindical de Trabajadores de la Construcción de Bolivia (CSTCB).

Las socias de ASOMUC señalan que los talleres han sido importantes para ir adquiriendo conciencia en torno a las desigualdades de género y de clase. En ese sentido, ponen de relieve por ejemplo, cómo progresivamente

han logrado identificar la violencia como una problemática compartida y la han transformado en un punto central de su lucha.

En las capacitaciones que venían personas, especialistas en este caso y es ahí donde nos abren también, y después de hacernos como un sondeo, nos hablan y de ahí hemos sacado a luz lo que realmente nos preocupaba. En qué estado estábamos cada una de las personas, algunas poco, otras mucho y otras demasiado en cuestiones de violencia, tanto en sus casas como en el trabajo, entonces son motivos por el cual vamos avanzando en este tema de la violencia en el trabajo, y muchas compañeras que están gravísimas, sus historias son tremendas y no podemos creer de que eso esté pasando, pero está pasando. Son puntos en lo que realmente nos hacen reflexionar, esos casos se podría decir para llegar a poder hacer esto de qué se llaman, los anteproyectos, es en vista de los problemas que se estaban generando en eso (Lidia, entrevista colectiva con dirigencia de ASOMUC, 24-5-19)

Varias de ellas reconocen que formar parte de la Asociación, progresivamente les permitió, por un lado, reconocerse como trabajadoras con derechos. Pero también, adquirieron conciencia en torno a la violencia de género, en sus familias y los sesgos patriarcales de las estructuras vecinales. Lidia comentó la dinámica en las juntas vecinales de su barrio

Es un poco complicado esto de querer cambiar las cosas. Porque pese a eso yo ya llegué y habíamos dicho que en mi barrio es también machista. Nunca se había hecho una directiva con mujeres, más que portaestandarte le ponían de mujer en los barrios. E incluso yo pedí que dentro de los estatutos se cambie y que se ponga dentro de la directiva un cargo, como secretaria de salud, tal vez, o secretaria de violencia, porque en los barrios sí se sufre violencia a los niños y hacia las mujeres también. Se ha visto muchos casos de esos, por la infidelidad, o por el abandono de los mismos varones. Es más, por el boto de las mujeres, les botaban de la casa porque la casa la tenía el varón, entonces son cosas de que... Una vez, más allá no más, lo ha vendido a la casa porque esa había sido de soltero. Le vende y le deja la señora, a su esposa. Bueno, no era su esposa pero ya tenía sus tres hijitos. Y eso, ¿quién dice algo? Entonces ni el mismo dirigente, pero si tuviéramos una secretaria de violencia, esa secretaria tendría toda la facilidad posible para ver donde uno puede ayudarle a denunciar este tipo de casos. Entonces la señora tuvo que volverse a su pueblo. Niños también, de igual manera (Lidia, entrevista colectiva con dirigencia de ASOMUC, 24-5-19)

La convergencia de esta multiplicidad de procesos de “tomar conciencia” se visibilizó también en la elaboración de tres proyectos de ley. En 2018 presentaron a la Asamblea Legislativa Plurinacional el Anteproyecto de Ley de Igualdad de Oportunidades y remuneración igualitaria entre hombres y mujeres trabajadoras en construcción, propuesta que fue elaborada en mesas multipartitas impulsadas por la OIT y ASOMUC. En segundo lugar, la Asociación presentó ante el Concejo del Gobierno Autónomo Municipal de La Paz el Anteproyecto de Ley Municipal Autonómica de fomento a la formación integral de mujeres trabajadoras en construcción. El tercero es un Anteproyecto de Resolución Ministerial que reglamenta al Decreto Supremo N° 2936 de la Ley 545 sobre Salud y Seguridad en la construcción y solicita uniformes diferenciados entre varones y mujeres, y baños específicos para cada género, que tienen como objetivo evitar situaciones de acoso. Fue presentado al Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social, con el apoyo de Valerio Ayaviri, Secretario Ejecutivo de la Confederación Sindical de Trabajadores Constructores de Bolivia (CSTCB).

Anteriormente mencionamos las reticencias y contradicciones que las mujeres constructoras han tenido en torno a la posibilidad de ser parte de la CSTCB y de la COB. Desde su conformación como asociación, el vínculo con la CSTCB ha sido, podríamos llamarlo, de apoyo distante mutuo y asimétrico. La Confederación incorpora en su agenda el respeto por la igualdad de género, que se vincula con la exigencia de equidad salarial. Sin embargo, ante la baja participación política de las mujeres en la Confederación, alegan que se debe a la falta de entusiasmo o al miedo de que sus esposos las regañen.

En cuanto a la violencia de género en los lugares de trabajo, el Sec. Gral de la Confederación, Ayaviri señaló

Nosotros no podemos certificar que todos somos bien respetuosos, siempre hay compañeros que a veces las molestan, eso hay, nosotros no podemos controlar, como también hay compañeras que molestan también a los hombres (...) mucho seguramente hay, pero nosotros como no lo vemos, o muchos no lo denuncian. O por ahí a veces se enamoran y contraen matrimonio, eso es así” (Entrevista con Valerio Ayaviri, Secretario Ejecutivo de la CSTCB, 30-7-19)

El accionar de ASOMUC muestra la importancia de la posibilidad de negociar las condiciones en que se desarrolla el trabajo en el sector y que, como veremos en los siguientes capítulos, es el *locus* privilegiado para el despliegue y producción de las relaciones de poder, de ejercicio de la dominación, pero también de la resistencia. Ante las dificultades de hacerlo en el marco de la Confederación sindical y de la COB, por las limitaciones que mencionamos, ASOMUC ha optado por priorizar los vínculos con otros actores institucionales como Red Hábitat, diversas instancias del gobierno municipal, hacer incidencia con autoridades del poder ejecutivo y legislativo, así como apelar a la sensibilización de la sociedad civil, a través de los medios de comunicación. En ese sentido, la expresión de una de las fundadoras de ASOMUC y actual Secretaria Ejecutiva de la AMUCBOL, muestra la potencia de cuestionar la autoridad masculina y la lógica de construcción patriarcal que caracteriza a una buena parte del sindicalismo en nuestro continente:

Nosotras tenemos ya logros, aunque Valerio nos ha dicho que si fuéramos parte de la Confederación esas leyes hubieran salido. Pero no perdemos la esperanza, sabemos que somos un grupo fuerte de mujeres. Lo primero es que tenemos la fuerza, tenemos ganado un lugar, estamos visibilizadas. Todavía nos falta un poco más. Pero ya tenemos un gran camino trazado, nos conocen, somos conocidas a nivel municipal y nacional (Entrevista con María del Carmen Cáceres, 14-5-19)

Sin duda, la conformación de AMUCBOL como plataforma nacional de lucha, representa un gran desafío para la organización de mujeres constructoras. Los conflictos internos en ASOMUC y el modo en que se vaya reconfigurando el campo de fuerzas tan complejo al que se enfrentan, definirán el derrotero a seguir. El trabajo político en torno al sostén cotidiano de la vida, los cuidados, los *apthapi*, el trabajo para la toma de decisión, en el que adquiere centralidad la asamblea, el trabajo comunitario a través del *ayni*, los cuidados colectivos, entre otras prácticas, así como los logros obtenidos en cuanto a la visibilización, la modificación y creación de leyes, a su vez, van ampliando sus horizontes de posibilidad para consolidar una organización que ya es referencia no sólo en Bolivia sino en toda América Latina.

7.6 Recapitulación

Ser mujer y dedicarse a trabajar en el sector de la construcción en Bolivia tiene, al menos, dos especificidades. Por un lado, ser fuerza de trabajo en un ámbito que implica una utilización intensiva de la fuerza, con altos índices de explotación y precarización de sus condiciones de trabajo y que se configura en un mercado laboral estratificado y jerarquizado. Por otro lado, significa enfrentarse a un conjunto de experiencias en torno al trabajo que en parte difiere de la de sus compañeros varones y acentúa las modalidades de explotación y dominación. El control de la fuerza de trabajo femenino, además, actúa a través de prácticas patriarcales violentas, principalmente acoso y violaciones. Estas condiciones operan poniendo presiones y límites concretos a la organización de las mujeres. De modo adicional, dentro del grupo de mujeres existe una heterogeneidad de experiencias que tienden a crear diferenciaciones y jerarquizaciones, basadas en estructuraciones étnicas, de clase y etarias. Sumado a ello, y no menos importante, es la imposibilidad de ejercer una representatividad política genuina y autónoma en los aparatos sindicales existentes, que aumenta considerablemente las desigualdades. Este panorama adverso, sin embargo, no impidió que concretizaran su organización, sino que delimitó algunas alternativas posibles.

Las socias de ASOMUC, de las cuales varias presentan experiencias previas en organizaciones barriales, vecinales y comunitarias, junto al apoyo sustantivo de Red Hábitat con una multiplicidad de actores, generó una sinergia fructífera para visibilizar y posicionar en los medios de comunicación y en la sociedad civil su problemática, abrió canales de diálogo con autoridades públicas y privadas, y elaboró propuestas de políticas públicas. Estos procesos configuran los límites de lo posible, a la vez que los procesos de organización y demandas abren nuevos campos de disputa. Las estrategias de organización gremial están en permanente definición, formación y tensión. Las mujeres trabajadoras de la construcción organizadas en ASOMUC representan una experiencia de referencia no sólo en Bolivia, sino en toda América Latina y plantean un nuevo horizonte de posibilidad desde donde pensar la conformación de nuevos sujetos políticos.

CONCLUSIONES

LA FRAGUA Y FILTRADO DE PODER. LA POLITICIDAD EN EL TRABAJO DE LAS MUJERES EN CONSTRUCCIÓN

En esta tesis me propuse indagar en las formas de politicidad en el trabajo de las mujeres que se insertan en el sector de la construcción en dos núcleos metropolitanos latinoamericanos: las capitales de México y Bolivia.

En primer lugar, la referencia a mujeres trabajadoras de la construcción no es una cualidad designada de antemano, sino, justamente, esta tesis trató de dar cuenta de cómo a través de la experiencia y del entramado de múltiples relaciones, prácticas y sentidos, que se configuran en diversas escalas, se va construyendo un sujeto laboral como mujer trabajadora de la construcción. Ello trasciende la mirada de la identidad. En última instancia traté de dar cuenta de los modos específicos en que se fueron construyendo como mujeres, y como trabajadoras, en un proceso histórico específico, reconociendo que estas son asignaciones que se producen en términos relacionales y cambiantes. A excepción de la dinámica propiciada por ASOMUC en Bolivia, en la que el proceso organizativo generó efectivamente ciertas identificaciones en torno al ser mujer constructora (y que las llevó a definirse políticamente como tal), las corporalidades que se insertan como mujeres en el trabajo de la construcción, han sido construidas en múltiples disputas de sentido, atravesadas por regímenes políticos de clase, sexo-género y raciales. Como plantea Scott (2001), no son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos que son constituidos por la experiencia. En el transcurso de la tesis traté de dar cuenta de tal proceso, reconociendo de antemano que, por su misma naturaleza, se encuentra en permanente concreción, o en palabras de Ingold, significa reconocer que “en cada momento de la vida social se despliega toda una historia de relaciones de la cual esta es el resultado transitorio” (Ingold, 2016, p. 219).

La instancia analítica que me permitió eso ha sido la de trabajo. Para ello, he propuesto la pertinencia de una antropología feminista del trabajo, en la que recojo las principales contribuciones de dos campos de la perspectiva crítica en las ciencias sociales: la antropología latinoamericana del trabajo y la

teoría feminista, especialmente los aportes de los feminismos negros y comunitarios. La experiencia en torno al trabajo, entendido como instancia que media las relaciones sociales y con el entorno para sostener la vida, se convierte en una dimensión central para el análisis antropológico y, lo que es aún más importante, para la vida de las personas. En tal sentido, el trabajo opera como un prisma en el cual se condensan múltiples determinaciones, temporales y espaciales. A través del trabajo vimos cómo regímenes de poder de clase, sexo-género y racial están pugnando todo el tiempo por despojar a los cuerpos de la política, de la politicidad. La politicidad, entonces, es la capacidad de dar forma social a través del trabajo, que se constituye en relaciones de poder.

En su cotidianidad las mujeres desarrollan múltiples actividades, en espacios productivos como el sector de la construcción, al mismo tiempo, en espacios de restitución de la fuerza de trabajo (hogares, comunidades), y en sus lugares de origen en el caso de Bolivia, en sus barrios y colonias en el caso mexicano. Y condensa múltiples temporalidades, en el que se conjuga elementos de significación del trabajo de estructuraciones coloniales, otras más vinculadas al período republicano y liberal -asociadas a principios de la ciudadanía moderna-, y otras que impuso específicamente el modelo neoliberal en cada país.

Como estrategia teórico-metodológica, abordé las formas de politicidad en las siguientes dimensiones:

- En las prácticas y sentidos en torno al trabajo (jerarquías en organización del trabajo, saberes, espacio, emociones);
- En las prácticas y sentidos en torno al sujeto (sentidos y corporalidades, emociones –cuerpos en afectación-);
- En la producción y reproducción de las relaciones de poder en términos de clase, sexo-género y étnico-raciales;
- En la producción de entramados comunitarios;
- En el proceso de organización gremial;
- En los *efectos* del poder, en los contextos de múltiples violencias y despojos y en las capacidades de gestionar, organizar la sostenibilidad de la vida;

- Políticidad teórico-epistemológica, que contempla las implicaciones en términos teóricos e históricos de las conceptualizaciones sobre el *trabajo*.

Veamos con más detalle. Un primer mecanismo o tecnología de los regímenes políticos de clase, racial y sexo-genérico, es el poder de designar qué es y qué no es trabajo, y por lo tanto, quién es trabajador/a y quién no. Las mujeres, en ocasiones, reproducen tales sentidos y prácticas y frecuentemente, los modifican, los resisten, los transforman.

En el espacio de la obra, el capital y el patriarcado, como vimos intenta convertir a las mujeres en sus comunes (su cuerpo, su sexualidad, su trabajo). Las prácticas y sentidos que las mujeres construyen, si bien muchas reproducen aquello, otras encierran la potencia de generar entramado común en las actividades y los vínculos de sostén. “Hablamos de la atención diaria a las condiciones que habilitan el espacio y los cuerpos a través de la crianza, el cuidado, la limpieza, la cocina, la gestión, el apoyo, en ocasiones junto con esto (...) la agricultura familiar, el abastecimiento de agua, el aprovisionamiento de alimentos, el cuidado de los animales y de la chakra, etcétera” (Vega Solís, 2019, p. 56).

Durante la tesis, identifiqué que las trayectorias laborales de las mujeres obreras siguen caminos heterogéneos. Comienzan desde muy pequeñas en al trabajo en casa, luego van alternando en ocupaciones en el pequeño comercio, en industrias, en el empleo doméstico, desempleo, y de modo permanente se encargan del trabajo doméstico y de cuidados en sus propios hogares. 19 de las 25 mujeres entrevistadas en México tienen hijos y se incorporaron en el trabajo de la construcción cuando éstos eran/son pequeños o adolescentes. Aproximadamente el 30% está casada o en unión libre, las demás son divorciadas, solteras o viudas. Esto es significativo como carácter que representa las limitaciones para ingresar al sector, vinculadas a los sentidos que se construyen en torno al ser mujer en la obra. En este país se evidencia que, considerarlas como prostitutas, “ligeras de cascos” o ‘buscahombres’ a las mujeres que buscan trabajo en las obras, es un sentido reproducido especialmente por los varones, maridos, hijos, familiares, también por sus compañeros de trabajo y jefes, e incluso por las mismas mujeres. No sólo

persisten algunas prácticas como pedirle permiso al marido para salir a trabajar, sino que en este caso se le suma la valoración moralizante de la construcción social sobre la mujer en la obra.

Entre las 25 mujeres, identifiqué dos grupos generacionales con características similares vinculadas al trabajo en la construcción. Un primer grupo, de mujeres entre 40 y 60 años, que comenzaron a trabajar en los años 1990 y 2000, que residen en la colonia Techachaltitla, en el Municipio de Los Reyes-La Paz (Estado de México), otras que residen en un barrio popular de la alcaldía de Coyoacán, y otras que viven en una colonia popular de la alcaldía de Tlalpan, estas dos últimas en el sur de la Ciudad de México. Ellas empezaron a asalariarse en los proyectos inmobiliarios de viviendas sociales en el Estado de México, algunas son cuentapropistas -como pintoras e impermeabilizadoras-, y otras acceden temporalmente a proyectos de remodelación en cuadrillas mixtas como pintoras o tablarroqueras. En el segundo grupo generacional, identifiqué mujeres más jóvenes, entre 25 y 40 años, quienes se insertaron en el último lustro, aunque la mayoría lo hizo entre 2016 y 2018. Se contactan a través de redes de conocidas para acceder a pequeñas y medianas obras en remodelación; otras se emplean en obras de gran envergadura en la construcción de centros comerciales (uno al sur occidente de la Ciudad de México, y otro en Satélite, en el Estado de México). Algunas viven en diversos municipios del Estado de México (como Nezahualcóyotl, Chimalhuacán, Ixtapaluca), que les implican entre dos y tres horas de viaje hasta llegar a las “obras”, y otras en barrios de la Ciudad de México.

A partir de las experiencias narradas por las mujeres, identifiqué que la gran mayoría de ellas ha participado de los procesos de construcción de sus propias casas y de familiares, y por lo tanto tienen conocimientos y destrezas en torno a ello. Este trabajo, de construcción de las condiciones materiales de existencia, de sus viviendas y entornos sociales, está sumamente invisibilizado. Ello se evidencia cuando, al querer ingresar de manera asalariada al sector, se reproducen insistentemente sentidos acerca de que las mujeres no pueden y/o no saben, incluso por ellas mismas.

En cuanto a su participación asalariada en el sector, observo que va siguiendo, a grandes rasgos, los trazos del desarrollo del capital financiero

inmobiliario y las políticas de regulación del suelo en las últimas décadas, en el Estado de México y la Ciudad de México.

Una diferencia pronunciada con las trabajadoras constructoras de Bolivia, refiere a que, en México, las mujeres migraron desde niñas a la gran ciudad y cortaron los vínculos con sus pueblos o comunidades de origen. En Bolivia, la mayoría de las mujeres, especialmente aquellas que se identifican como aymaras, continúan estrechamente vinculadas con sus comunidades rurales, viajan frecuentemente en afinidad con el ciclo de cultivo y cosecha, obteniendo de esa fuente una parte significativa de la alimentación para la reproducción familiar. A ello lo combinan con una diversidad de ingresos que obtienen de las ventas (comida, ropa, accesorios), de trabajo doméstico, entre otras. Estas diferentes estructuraciones en las trayectorias de las mujeres en México y en Bolivia intervienen en las condiciones y estrategias que construyen en los espacios de trabajo y configuran los límites y posibilidades de enfrentar la violencia producto de la organización del trabajo, prácticas patriarcales y racistas.

La práctica del trabajo, en términos de relaciones materiales y simbólicas para el mantenimiento de la vida familiar y comunitaria, y específicamente el trabajo en el sector de la construcción, se desarrolla a partir de conocimientos y saberes en torno a la actividad misma, al cuerpo, a los materiales, al entorno y a las relaciones en las que se desenvuelve. La adquisición y reconocimiento de esos conocimientos, lejos de constituirse bajo premisas técnicas o neutrales, se configuran en un campo permanentemente en tensión y, es, por lo tanto, profundamente político ya que crea desigualdades profundas, especialmente salariales, de categorías laborales, intensificación del trabajo, extensión de la jornada de trabajo, y una experiencia de vida inserta en múltiples violencias. Además de aquellas vinculadas a violencia estructural, patriarcal, económica, es bastante habitual la violencia sexual en los lugares de trabajo en las obras.

Como mencioné, es habitual que las mujeres en las colonias y barrios populares en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y de La Paz tengan conocimientos adquiridos en la práctica sobre el oficio de construir casas. Forma parte de dinámicas cotidianas históricas para garantizar las condiciones de existencia y de reproducción social. Podemos inferir que el trabajo comunitario, en el caso de la tradición andina, establece el principio de

complementariedad entre los géneros. Al llegar a las ciudades, las mujeres comienzan a trabajar en tareas de autoconstrucción con más paridad con los varones, en tanto garantiza las condiciones de reproducción familiar en la construcción de sus viviendas. En México, mis interlocutoras forman parte de familias que se han asentado desde hace dos o tres generaciones en la gran ciudad. Las transformaciones que produce el proceso de proletarización tiene efectos directos en la individualización del trabajo. Del trabajo comunitario para sostener la vida, se asienta cada vez en el trabajo asalariado, que parte de contratos individuales y que subsume a los trabajos de reproducción familiar para su mantenimiento. En ambas localidades de estudio, las mujeres relatan tener una experiencia protagónica en las actividades de autoconstrucción, sin embargo, ingresar al mercado de trabajo en el sector de la construcción expresa múltiples condicionantes e impedimentos, los cuales parecen ser más laxos en el caso de las mujeres aymaras, debido a un doble proceso. Por un lado, un sesgo racista en la estructuración laboral que jerarquizó los oficios según la inserción de determinados colectivos de trabajadores. El trabajo de la construcción se ha caracterizado históricamente por incorporar fuerza de trabajo indígena en condiciones precarizadas, y en el caso de las mujeres, son reconocidas por sus corporalidades fuertes y “acostumbradas al trabajo pesado”, al mismo tiempo que, una vez contratadas, se les retribuye con menor salario que a un varón por el mismo trabajo. Por otro lado, los cursos de capacitación de Red Hábitat y el proceso organizativo que llevan adelante las compañeras de ASOMUC con su concomitante visibilización, han colaborado en propiciar las condiciones para que aumente la participación de mujeres en el sector. En general, las mujeres que trabajan como cuentapropistas, o armando su equipo de manera autónoma, reconocen que eso les posibilita obtener mejores salarios y mejores condiciones laborales. Incluso aquellas que en la estructura laboral se ubican en puestos inferiores a los ayudantes varones, reconocen ganar más que en otras actividades en las que suelen insertarse, como en el trabajo remunerado del hogar o vendedora minorista. En Bolivia, asimismo, identifiqué mayor participación de mujeres en emprendimiento medianos y pequeños. En México, en cambio, observé una participación un poco más pareja en cuanto a la distribución de mujeres por tamaño de obra, es decir, me vinculé con varias mujeres que trabajaban en grandes obras, como la

construcción de plazas comerciales, en medianas y pequeñas labores. Durante el trabajo de campo, los equipos en los que participaban mujeres siempre eran mixtos, no encontré cuadrillas de composición únicamente femenina, como en Bolivia. En México, tanto los procesos históricos de asalarización como de mestizaje han operado en mayor profundidad en la configuración del trabajo.

En cuanto a las respuestas, modos de organizarse y formas de politicidad, identifiqué que en Bolivia las mujeres obreras recurren a elementos de la tradición campesina comunitaria para generar una politicidad en clave de asociativismo que retoma elementos de la forma sindical y también de la comunitaria, así como lineamientos vinculados a la cooperación internacional y la dinámica organizativa de las ONG'S. En este proceso, que llamo de politicidad abigarrada, fueron apoyadas por entidades públicas (del gobierno nacional y particularmente de los gobiernos municipales de La Paz y El Alto) para acceder al trabajo en la construcción y para aprender el oficio –muchas de ellas llegaron a ser maestras albañilas y contratistas-. En México, en cambio, los vínculos con las comunidades de origen están más debilitados, y las redes se crean en torno a una organicidad barrial, de amistad y parentesco entre mujeres, la mayoría vecinas entre sí, que les permite crear estrategias en torno a las desigualdades sociales y particularmente, enfrentar la violencia en los lugares de trabajo. Encuentran más límites para ingresar y para aprender los oficios de la construcción, que se traduce en mayor desigualdad y discriminación de las mujeres en el trabajo.

Además de los procesos sociales en torno a los sentidos y concepciones históricamente configuradas en torno al ser mujer trabajadora, a los saberes y destrezas, y a las capacidades designadas, basadas en una fuerte estructuración jerárquica de género y étnico-racial, es sumamente importante considerar las dinámicas institucionales y los procesos estructurales tanto del sector de la construcción y las transformaciones productivas, como las políticas llevadas a cabo desde las empresas, el Estado y la sociedad civil, para generar estrategias de prevención y eliminación de la discriminación hacia las mujeres en el sector de la construcción. En Bolivia, la posibilidad de capacitarse en cursos organizados por la ONG Red Hábitat, en sinergia con entidades del estado municipal y la Cámara de la Construcción les ha permitido a las mujeres acceder a los oficios, ascender de categoría o dedicarse como cuentapropista.

Al mismo tiempo, la conformación como Asociación fortaleció su sentido de pertenencia, al mismo tiempo que se constituyeron como organización referente en la defensa de los derechos laborales de las mujeres. En ese marco, presentaron proyectos de ley a la Asamblea y al Ministerio de Trabajo con propuestas para revertir la discriminación en el sector de la construcción, especialmente en el acceso al empleo, la desigualdad salarial, y en los mecanismos de higiene y seguridad para las mujeres.

(Agregar lo de violencia sexual)

Argumento que, así como el sector de la construcción que es tan heterogéneo, que intervienen múltiples procesos de trabajo, múltiples sujetos, con incorporación de tecnología y donde pervive la centralidad del oficio, la politicidad en el trabajo de las mujeres en la construcción, también presentan ese carácter abigarrado. De allí que hablo de una politicidad abigarrada. Como señalan Natalia Quiroga Díaz y Verónica Gago (2014) al caracterizar algunas de las experiencias de economías populares en América Latina, no se “plantea una autonomía ingenua”. En el caso de ASOMUC vemos que por momentos tensionan la subjetividad patriarcal de las organizaciones sindicales, en sus lugares de trabajo (en las obras y en sus hogares), proponen prácticas que contestan y otras veces reproducen una política instituida desde lo representativo, despliegan habilidad para negociar con el Estado y se entreteje permanentemente con formación de entramados comunitarios para los cuidados, propios y del espacio que habitan, desplegados en los intersticios del capital. Una escena paradigmática que narré, durante una jornada de ayni, en las que las mujeres mientras arreglaban la casa de una de las compañeras, aprendían y enseñaban el oficio entre sí, al mismo tiempo, cuidaban a sus hijos, tomaban decisiones acerca de las actividades a realizar en la próxima semana en la Asociación (trabajo asambleario) y se ayudaban para hacer una evaluación de un curso que tomaron en internet, como socias de ASOMUC, sobre marketing y gestión de MyPES que ofrecía un banco y una red global de negocios. Un instante que muestra la politicidad abigarrada en torno al trabajo, que condensa múltiples tiempos y espacios.

Estas prácticas en torno al trabajo también trastocan o transforman los regímenes políticos de dominación. En México, las mujeres construyen redes vecinales y de amistad en que los espacios de trabajo y de ocio están

entreverados. Las redes de parentesco entre mujeres también operan como mecanismos relevantes para construir estrategias que les permitan sostener la vida y para sortear las dificultades en el trabajo.

En ambas localidades de estudio, observamos que las vidas de las mujeres de la clase trabajadora se desarrollan en contextos de múltiples despojos y violencias. Tales contextos de violencia estructural tienden a despojarlas de su capacidad política, es decir, de decidir y gestionar su trabajo y su vida de modo autónomo, en términos personales y colectivos. Organizarse para ingresar en un sector en el que, para empezar, reciben mayores ingresos que en otras actividades, y concomitante, pueden acceder a un oficio que les da placer y orgullo, trastoca el régimen sexo-género que establece roles rígidos de división sexual del trabajo. Eso tiene implicaciones en las relaciones de poder con sus esposos y también con sus jefes y compañeros de trabajo. Veíamos en el caso de Tina cómo, su desempeño en el trabajo le permitía estar en una posición de modificar, en parte, la organización del trabajo y “vengar” acciones racistas y misóginas a través de las burlas. La práctica habitual de resaltar características hegemónicas de lo femenino en torno a la belleza, al cuidado corporal y uso de maquillaje,

Al mismo tiempo que se construyen como mujeres trabajadoras, se producen y reproducen procesos de generización y racialización específicos. Más allá de sus particularidades, el ingreso de mujeres en un sector hipermasculinizado como la construcción en ambos países, pone en evidencia la fuerza con que la violencia hacia ellas se hace notar, ya que supone intentos de rupturas en el orden simbólico de los status establecidos, sobre todo, en una estructura de status jerárquica como lo es el sistema de oficios.

En Bolivia, a partir de sus experiencias, identificamos cómo, por un lado, las transformaciones en los modos de construir generaron cambios en el trabajo comunitario, colectivo, al individualizarse y cambiarse por dinero –salario-, y alteraron los principios de reciprocidad del trabajo de construcción de las casas aymaras. Sin embargo, en ese proceso de cambio las mujeres pudieron incrementar y diversificar su participación en los trabajos de construcción.

La gran contribución de la propuesta sobre interseccionalidad para abordar el trabajo en América Latina -con sus múltiples derivaciones genealógicas, como vimos en el capítulo 1- refiere, por un lado, al

entendimiento de la dominación como formación social, que se articula con las experiencias concretas de múltiples formas. Considero que abordar la experiencia del trabajo desde una perspectiva feminista, que se base en la interseccionalidad, permite su historización, a través de análisis situados contemplando que constituye una instancia que recupera diversos momentos (trayectorias personales, familiares, sociales). Aquí me parece importante aclarar que es relevante y situada en sentido cronológico y/o lineal, al tiempo que opera como una categoría que condensa múltiples horizontes históricos y espaciales. “Ser múltiple” es uno de los sentidos que varias mujeres constructoras señalaban en Bolivia y en México y da cuenta de la experiencia del trabajo como un continuum que resalta la “interdependencia comunitaria, afectiva y material, que a nivel intergeneracional y desde los ámbitos cotidianos hacen posible la sostenibilidad de la vida” (Aguilar, Linsalata, & Navarro, 2016, p. 5). En tal sentido, propuse la noción de mujeres andamios.

A partir de la construcción de esta tesis, quedan múltiples líneas pendientes de abordaje, indagación y/o profundización. Una de las que me interesa refiere a profundizar el análisis en torno a la dinámica y efecto de la institucionalización de la politicidad, es decir, qué ocurre cuando lo común, o lo vecinal, comunitario, se vuelve público. Efectivamente, como demuestra el caso de ASOMUC en Bolivia, conformarse en Asociación, con reconocimiento formal por parte del Estado, otorgó grandes posibilidades no solo en términos organizativos, sino también en la incidencia en la sociedad civil, en las entidades empresariales, en el Estado. Sin embargo, también reproduce algunos sesgos patriarcales y colonialistas. Silvia Rivera plantea, como una forma de violencia colonial, los diversos mecanismos de disciplinamiento de las matrices organizativas. En ello me gustaría indagar en futuras instancias.

Quiero cerrar con una frase de Silvia Rivera Cusicanqui, que condensa mi sentimiento acerca de la relevancia de pensar y *corazonar* sobre el trabajo para producir nuevas politicidades en este mundo que nos toca vivir.

“Pienso que es un privilegio vivir en un espacio desde el cual se puede experimentar y repensar cosas como la desobediencia organizada, la resistencia comunitaria, las formas comunales de autogestión, la desprivatización de facto de servicios y espacios públicos, las formas alternativas e iconoclastas de hacer política desde lo cotidiano/femenino, que nos ayudan a defendernos de las lógicas perversas del sistema capitalista. (..)

Pero es bien difícil pensar que se puede lograr espacios descolonizados en el interior de la academia, desde la individualidad de la cátedra, o en la soledad de la producción teórica. Considero que hay que formar colectivos múltiples de pensamiento y acción, corazonar, y pensar en común para poder enfrentar lo que se nos viene. Las expresiones de declive del sistema pueden ser peligrosas. Este sistema decadente es sumamente maligno, malignamente peligroso. Frente a eso hay que recuperar saberes que están escondidos. Estos tienen que ver con maneras de enfrentar las crisis ambientales, las crisis de servicios, las crisis de abastecimientos. ¡Hay que estar listos! ¿Listos cómo? Pienso que sólo será posible a través de comunidades (ancestrales o modernas, de parentesco o afinidad) que sean capaces de hacer al mismo tiempo que hablar; trabajar con las manos al mismo tiempo que trabajar con la mente, pero también comunidades que no obliteren ni silencien las voces disidentes, las formas femeninas y ancestrales de crear lo político y de procurar el bienestar común. (...) Hay que valerse de múltiples recursos (...) tejiendo por debajo alegorías de interconexión que en última instancia harán brotar otro lenguaje de la politicidad” (Rivera Cusicanqui, 2018, p. 73).

BIBLIOGRAFÍA

ABSI, PASCALE

2005 *Los ministros del diablo: el trabajo y sus representaciones en las minas de Potosí*. IRD, IFEA, PIEB. La Paz.

AGAMBEN, GIORGIO

2017 *El uso de los cuerpos*. Adriana Hidalgo Editora. Buenos Aires.

AILLÓN, VIRGINIA

2015 Debates en el feminismo boliviano: de la Convención de 1929 al “proceso de cambio”. *Revista Ciencia y Cultura*, 19 (34), junio: 9–29.

ANDRADE SAN MARTÍN, JEARIM

2020 *Vistiendo wak'as: el tejer como expresión de lo sagrado. Estudio sobre las Aqllas y la sacralidad del quehacer textil durante el apogeo y término del Tawantinsuyu, segunda mitad del siglo XVI*, tesis de Tesis de Licenciatura en Historia. Universidad de Chile. Santiago de Chile.

ANÓNIMO

2016 Capacitan a 600 mujeres en oficios relacionados con la construcción. *Boletín Obras*, 1 de julio, Grupo Expansión, edición, Construcción sección.

ARAGÓN MARTINEZ, SOLEDAD

2012 *Prácticas sociales y derechos laborales en el sector de la construcción de vivienda en México*, tesis de Doctorado en Ciencia Social con especialidad en Sociología. El Colegio de México. Ciudad de México.

ARMSTRONG, ELIZABETH, MIRIAN GLECKMAN-KRUT y LANORA JOHNSON

2018 Silence, Power, and Inequality: An Intersectional Approach to Sexual Violence. *Annual Review of Sociology*, 44: 99–122.

ARNOLD, DENISE

1997 *Más allá del silencio. Las fronteras del género en los Andes*. CIASE, ILCA. La Paz.

2014 La casa de adobes y piedras del Inka. Género, memoria y cosmos en Qaqachaka, en *Hacia un orden andino de las cosas*. ILCA. La Paz, Bolivia.

2017 Hacia una antropología de la vida en los Andes, en *El desarrollo de lo sagrado en los Andes. Resignificaciones, interpretaciones y y propuestas en la cosmo-praxis*, Heydi Galarza (ed.). PIEB. La Paz.

ARNOLD, DENISE y ELVIRA ESPEJO

2013 *El textil tridimensional: la naturaleza del tejido como objeto y como sujeto*. ILCA. La Paz, Bolivia.

ARTEAGA BOHRT, ANA CECILIA

2018 *Complementariedad, Derechos y Despatriarcalización: el debate de los órdenes y las ideologías de género en el marco del proyecto autonómico de*

Totora Marka (Bolivia), tesis de Tesis de Doctorado. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Ciudad de México.

BARABAS, ALICIA

2006 Los santuarios de vírgenes y santos aparecidos en Oaxaca. *Cuicuilco N* 36, 13: 225–258.

DE BARBIERI, TERESITA

1984 *Mujeres y vida cotidiana*. Fondo de Cultura Económica (FCE) e Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM. México.

BARRAGÁN, ROSSANA

1992 Entre polleras, lliqllas y ñañacas. Los mestizos y la emergencia de la Tercera República, en *Etnicidad, Economía y simbolismo en los Andes*. Institut français d'études andines, HISBOL, Sociedad Boliviana de Historia. Lima: 85–127.

1999 *Indios, mujeres y ciudadanos. Legislación y ejercicio de la ciudadanía en Bolivia (siglo XIX)*. Fundación Diálogo. La Paz.

2006 Más allá de lo mestizo, más allá de lo aymara: organización y representaciones de clase y etnicidad en La Paz. *América Latina hoy*, 43: 107–130.

BARRAGÁN, ROSSANA y PILAR URIONA

2014 *Mundos del trabajo en transformación entre lo local y lo global*. SIDES, UMSA. La Paz, Bolivia.

BARRITEAU, VIOLET

2011 Aportaciones del feminismo negro al pensamiento feminista: una perspectiva caribeña. *Boletín ECOS*, 14.

BAZÁN, LUCÍA, MARGARITA ESTRADA IGUÍNIZ, RAÚL NIETO, *et al.*

1988 *La situación de los obreros del calzado en León, Guanajuato*. CIESAS (Ediciones de la casa chata). México.

BEHAR, RUTH

1995 Introduction: Out of exile, en *Woman Writing Culture*. University of California Press. Berkeley.

BENERÍA, LOURDES y MARTA ROLDÁN

1992 *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica. México.

BENSUSÁN, GRACIELA y KEVIN MIDDLEBROOK

2013 *Sindicatos y política en México: cambios, continuidades y contradicciones*. FLACSO México, UAM, CLACSO. México.

BERTULLO, JORGE

2005 Calificaciones laborales, empleo y la nueva nomenclatura, en *Trabajo y subjetividad, entre lo existente y lo necesario*, Luis Leopold y Leonard Schvarstein (eds.). Paidós. Buenos Aires.

BRAVERMAN, HARRY

1974 *Trabajo y capital monopolista*. Nuevo Tiempo. Mexico.

BRUNO, SEBASTIAN y ÁLVARO DEL ÁGUILA

2010 Huellas de tierra roja en el cemento porteño. Trabajadores migrantes paraguayos de la construcción en Buenos Aires, presentado en III Taller: "Paraguay desde las ciencias sociales". Resistencia.

BUENO, CARMEN

1994 *Flor de andamio. Los oficios de la construcción de vivienda en la ciudad de México*.

BUENO, CARMEN y LUISA GABAYET

1993 *Antropología e industria: los proyectos colectivo del CIESAS*. CIESAS (Ediciones de la casa chata). México.

BURAWOY, MICHEL

1989 *El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista*. Ministerio de Trabajo y Seguridad social. Madrid.

BUTLER, JUDITH

2002 *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Paidós. Buenos Aires.

2016 *Los sentidos del sujeto*. Herder. Barcelona.

CABEZAS FERNÁNDEZ, MARTA

s/f *Feminismo, mujeres indígenas y descolonización en América Latina: La política parlamentaria de los derechos de las mujeres frente al "proceso de cambio" boliviano*. Universidad Autónoma de Madrid (España). Madrid.

CALERO FERNÁNDEZ, MARÍA ÁNGELES

2014 Diccionario y enunciación: el tratamiento de la prostitución en el DRAE. *Andamios, Revista de Investigación Social*, 11 (26), 18 de agosto: 29.

CALLA, PAMELA, ROSSANA BARRAGÁN, CECILIA SALAZAR DE LA TORRE, *et al.*

2005 *Rompiendo silencios: Una aproximación a la violencia sexual y al maltrato infantil en Bolivia*. Plural Editores. La Paz.

CAMARENA OCAMPO, MARIO y ALEJANDRA ROSAS OLVERA

2005 *Manantial de historias. El barrio La Fama Montañesa, 1939-1980*. CONACULTA-FONCA/Colectivo Cultural Fuentes Brotantes/CEAPAC Ediciones. México.

CAMPOALEGRE SEPTIEN, ROSA

2020 Presentación del Dossier Espacialidades de las mujeres negras en América Latina, Caribe y África. *Geopauta*, 4: 4-7.

CANEDO, LUCÍA ARAMAYO

2015 Transformaciones y tensiones: el nuevo mercado Lanza de La Paz. *T'inkazos* N° 38: 53–69.

CARBONELL, MONTSERRAT

2018 Economía Plebeya. Familias, hogares y comunidad en Europa del Sur, en *Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa*. Traficantes de Sueños. Madrid.

CARNEIRO, SUELI

2003 Ennegrecer el feminismo. Documento III Foro Ciudadanía sexual.

CARRASCO, CRISTINA

2017 La economía feminista. Un recorrido a través del concepto de reproducción. *Ekonomiaz: Revista vasca de economía (Euskera)*, 91.

CARUSSO, LAURA y ANDRÉS STAGNARO

2019 Para una historia de la Organización Internacional del Trabajo y América Latina: perspectivas, problemas y trabajo colaborativo, en *Trabajo y trabajadores en América Latina (Siglos XCI-XXI)*. Vicepresidencia de Bolivia y CIS.

CASTAÑEDA, MARTHA PATRICIA

2008 *Metodología de la investigación feminista*. CIEG, UNAM. Ciudad de México.

CASTAÑEDA, MARTHA PATRICIA, PATRICIA RAVELO BLANCAS y TERESA PÉREZ VÁZQUEZ

2013 Femicidio y violencia de género en México: omisiones del Estado y exigencia civil de justicia. *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 74: 11–39.

CAVIGLIASSO, CECILIA, LICIA LILLI y SOFÍA VITALI

2013 Economía Social: un acercamiento a las experiencias productivas de cooperativistas y emprendedores. Aportes desde el enfoque etnográfico. *Anuario Antropología Social y Cultural del Uruguay*, 13: 171–180.

CEDLA (ed.)

2018 Alerta laboral. *Alerta laboral*, 80.

CEPAL

2019 La autonomía de las mujeres en escenarios económicos cambiantes. Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL).

2020 Panorama Social de América Latina. Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL).

CIELO, CRISTINA y CRISTINA VEGA

2015 Reproducción, mujeres y comunes. Leer a Silvia Federici desde el Ecuador actual | Nueva Sociedad. *Nueva Sociedad | Democracia y política en América Latina*, 256, 1 de marzo.

COHEN, JEAN y ADREW ARATO

2000 *Sociedad civil y teoría política*. Fondo de Cultura Económica. México, D.F.

COOPER, JENNIFER, TERESITA DE BARBIERI, TERESA RENDÓN, *et al.*

1989 *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*. Coordinación de Humanidades de la UNAM y Porrúa (Las Ciencias Sociales). México.

CORIAT, BENJAMIN

1997 *El taller y el Cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Siglo XXI Editores. Mexico.

CORONEL, VALERIA

2011 *Revolution in Stages: Subaltern Politics, Nation-State Formation, and the Origins of Social Rights in Ecuador, 1834-1943*, tesis de Tesis de Doctorado en Filosofía. New York University. Michigan, Estados Unidos.

CROMPTON, ROSEMARY

1989 Class Theory and Gender. *The British Journal of Sociology*, 40 (4): 565–587.

CUEVAS ZÚÑIGA, VALERIA

2016 *Vivir en Las Vías. Desposesión, autoconstrucción y formación de un insterticio urbano en la ciudad de México*, tesis de Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas. UAM Iztapalapa. Ciudad de México.

CUMES, AURA

2014 *La “india” como “sirvienta”: Servidumbre doméstica, colonialismo y patriarcado en Guatemala*, tesis de Doctorado en Antropología. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Ciudad de México.

2019 Colonialismo patriarcal y patriarcado colonial: violencia y despojos en las sociedades que nos dan forma, en *En tiempos de muerte: Cuerpos, Rebeldías, Resistencias*, vol. IV. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Cooperativa Editorial Retos; La Haya, Países Bajos: Institute of Social Studies. Buenos Aires, Chiapas, La Haya.

CURIEL, OCHY

2009 Descolonizando el feminismo. Una perspectiva de América Latina y el Caribe, presentado en Primer Coloquio Latinoamericano sobre Praxis y Pensamiento Feminista. Buenos Aires.

2013 *La nación heterosexual*. GLEFAS, Brecha lésbica. Bogota, Buenos Aires.

DAS, VEENA

2000 The act of witnessing: violence, poisonous knowledge, and subjectivity, en *Violence and subjectivity*, Veena Das, Arthur Kleinman, Manphela Ramphela, et al. (eds.). University of California Press. Berkeley.

DAVIS, ANGELA

2005 *Mujeres, raza y clase*. 2a ed. Akal. Madrid.

2016 *Democracia de la abolición. Prisiones, racismo y violencia*. Editorial Trotta. Madrid.

DE GAUDEMAR, JEAN PAUL

1991 Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista de trabajo, en *Espacios de poder*. La piqueta. Madrid.

DE LA GARZA, ENRIQUE (ed.)

2000 *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*. Fondo de Cultura Económica. México.

DEL ÁGUILA, ÁLVARO

2014 A través de la yerba mate: etnicidad y racionalidad económica entre los trabajadores rurales Paraguayos en la industria de la construcción de Buenos Aires. *Antipoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 19: 165–187.

DENISSEN, AMY M

2010 The Right Tools for the Job: Constructing Gender Meanings and Identities in the Male-Dominated Building Trades. *Human Relations*, 63 (7)

DIANGELO, ROBIN

2011 White Fragility. *International Journal of Critical Pedagogy*, 3: 54–70.

DÍAZ CARRASCO, MARIANELA

2010 Desarrollo y chacha-warmi: lógicas de género en el mundo aymara. *Revista Casa de las Américas*, 258: 10–24.

2014 “Mujeres de pollera” y la propuesta de descolonización del género en el Estado Plurinacional de Bolivia. *Ciencia Política*, 9: 133–156.

2018 ¿Hacia la descolonización del ser? “Cholitas” conductoras de televisión y modelos en Bolivia, en *¿Todo cambia? Reflexiones sobre el proceso de cambio en Bolivia*, Hugo Suárez (ed.). Universidad Nacional Autónoma de México. México.

DÍAZ MAGAÑA, MARÍA FLOR

2004 *La vida cotidiana en un conjunto habitacional: estudio de caso, San Miguel Cofradía, Cuautitlán Izcalli, Estado de México*, tesis de Tesis de Licenciatura en Sociología. UAM.

DIAZ, MARIELA

2011 El habitat popular de El Alto, presentado en IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.

DIBBITS, INEKI, ELIZABETH PEREDO, RUTH VOLGGER, *et al.*

2012 *Polleras libertarias. Federación Obrera Femenina 1927-1965*. 2º. TAHIPAMU, Garza Azul Editores. La Paz, Bolivia.

DOBRÉE, PATRICIO y NATALIA QUIROGA

2019 *Luchas y alternativas para una economía feminista emancipatoria*. CLACSO. Buenos Aires.

ECHVERRÍA, BOLIVAR

1998 *Valor de uso y utopía*. Siglo XXI Editores. México.

2011 *Bolívar Echeverría. Ensayos políticos*. Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados. Quito.

ESPINOSA MIÑOSO, YUDERKYS

2007 *Escritos de una lesbiana oscura. Reflexiones críticas sobre feminismo y política de la identidad en América Latina*. En la Frontera. Buenos Aires, Lima.

2019 Superando el análisis fragmentado de la dominación: una revisión feminista descolonial de la perspectiva de la interseccionalidad, en *En tiempos de muerte: Cuerpos, Rebeldías, Resistencias*, vol. IV. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Cooperativa Editorial Retos; La Haya, Países Bajos: Institute of Social Studies. Buenos Aires, Chiapas, La Haya.

ESTRADA IGUÍNIZ, MARGARITA

1991 *Heterogeneidad y calificación entre los obreros de Azcapotzalco*. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). México.

1996 *Después del despido, desocupación y familia obrera*. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). México.

FEDERICI, SILVIA

2016 *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Abya Yala. Quito.

2018 *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de Sueños. Madrid.

FERGUSON, SUSAN

2020 Las visiones del trabajo en la teoría feminista. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 16: 17–36.

FERNÁNDEZ, MARÍA ÁNGELES CALERO

1999 *Sexismo lingüístico: Análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje*. Narcea Ediciones.

FIDEL, CARLOS y ALICIA ZICCARDI

1986 De cal y canto, apuntes sobre la industria de la construcción. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 32 (123).

FIGARI, CLAUDIA

2020 El cotidiano laboral en grandes corporaciones: el saber hacer en la disputa capital/trabajo, en *Tratado Latinoamericano de Antropología del Trabajo*. CLACSO. Buenos Aires.

FLORES, ADRIÁN

2019 Cartografía del tsunami inmobiliario: el movimiento urbano popular y los vínculos urbano-rurales del boom inmobiliario en la ciudad de México. *Espiral, revista de geografías y ciencias sociales*, 1 (1)

FRANSOI, MARÍA SOL

2015 *Con la yema de los dedos. Una aproximación a los procesos de trabajo de la cosecha de arándanos en el departamento de Concordia, Entre Ríos*, tesis de Tesis para obtener el título de licenciatura en Antropología (orientación sociocultural). Universidad Nacional de Rosario. Rosario, Argentina.

FRASER, NANCY y RAHEL JAEGGI

2018 *Capitalism. A conversation in critical theory*. Polity Press. Cambridge.

GAGO, VERÓNICA, CRISTINA CIELO y FRANCISCO GACHET

2018 Presentación del dossier. Economía popular: entre la informalidad y la reproducción ampliada. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales* (62): 11–20.

GARCÍA, BRÍGIDA y ORLANDINA DE OLIVEIRA

1994 *Trabajo femenino y vida familiar en México*. El Colegio de México. México.

GARCÍA CONDE, GUSTAVO

2016 Cuerpo Humano En El Capitalismo: Blanquitud, Racismo y Genocidio. *De Raíz Diversa. Revista Especializada En Estudios Latinoamericanos*, 3 (6)

GARCÍA FERNÁNDEZ, CARMIA

2017 *La estructura familiar como elemento constitutivo de la subjetividad obrera femenina textil de las trabajadoras de las fábricas Manhattan y Enatex de la ciudad de La Paz*, tesis de Tesis Carrera de Sociología. UMSA. La Paz, Bolivia.

GARCÍA LINERA, ÁLVARO

2010 *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*. Plural Editores. La Paz, Bolivia.

GARCÍA-JIMÉNEZ, HUMBERTO, JORGE CARRILLO y GRACIELA BENSUSÁN

2021 *Salarios en tiempos de libre comercio ¿Ofrece la industria automotriz salarios dignos en México?* El Colegio de la Frontera Norte. Tijuana.

GOBIERNO AUTÓNOMO MUNICIPAL DE LA PAZ (GAMLP)

2018 *El sector de la construcción en el Municipio de La Paz*. Secretaría Municipal de Planificación para el Desarrollo del GAMLP. La Paz, Bolivia.

GONZÁLEZ DE LA ROCHA, MERCEDES

1986 *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*. El Colegio de Jalisco, CIESAS y Secretaría de Programación y Presupuesto. México.

GONZÁLEZ, LÉLIA

2020 Cultura, etnicidade e trabalho: Efeitos linguísticos e políticos da exploracao da mulher, en *Por un feminismo afro-latino-americano. Ensaíos, intervencoes e diálogos*. Zahar. Río de Janeiro.

GOREN, NORA

2017 Desigualdades sociolaborales. Una aproximación a sus marcos interpretativos desde la perspectiva feminista. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 1 (2)

GRIMBERG, MABEL

1992 *La relación trabajo-salud en "los gráficos": construcción social y hegemonía*, tesis de Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.

GUADARRAMA OLIVERA, ROCÍO

2000 La cultura laboral, en *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, Enrique De la Garza (ed.). FCE. México.

GUERRERO, ANDRÉS

1994 Una imagen ventrilocua: El Discurso Liberal de la 'desgraciada raza indígena, en *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX-XX*. FLACSO. Quito.

GUIAMET, JAIME, GRETTEL PHILLIP, SOFÍA VITALI, *et al.*

2017 La antropología del trabajo en Rosario (Argentina) y su región: desafíos, rupturas y continuidades. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, 1.

GUTIÉRREZ AGUILAR, RAQUEL, LUCÍA LINSALATA y MINA NAVARRO

2016 Repensar lo político, pensar lo común. Claves para la discusión, en *Modernidades alternativas*. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM, Ediciones del Lirio. Ciudad de México.

GUTIÉRREZ, RAQUEL y HUÁSCAR SALAZAR

2015 Reproducción comunitaria de la vida. Pensando la trans-formación social en el presente. *El apantle. Horizontes comunitarios*, 1: 15–50

2019 Reproducción comunitaria de la vida. Pensando la transformación. social en el presente., en *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida*. 1a ed. Traficantes de Sueños. Madrid.

HARAWAY, DONNA

1995 *Ciencia, cyborgs y mujeres. La invención de la naturaleza*. Cátedra. Madrid.

2020 *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni. Ciudad de México.

HARPER, DOUGLAS

2002 Talking about pictures: A case for photo elicitation. *Visual Studies*, 17 (1)

HARRIS, OLIVIA

1987 *Economía étnica*. Hisbol. La Paz.

2010 Trocaban el trabajo en fiesta y regocijo. Acerca del valor del trabajo en los Andes históricos y contemporáneos. *Chungara: Revista de Antropología Chilena*, 42 (1): 221–233.

HARVEY, DAVID

2006 La ciudad neoliberal, en *Espacios globales*, Carmen Bueno y Margarita Pérez Negrete (eds.). Plaza Valdéz Editores. México, D.F.

HERNÁNDEZ CASTILLO, ROSALVA AÍDA

2008 Feminismos poscoloniales: Reflexiones desde el sur del río Bravo, en *Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes*. Cátedra. Madrid.

HERRERA, S GONZALO

2015 *Situación, estrategia y contexto de los sindicatos en el Ecuador*. CLACSO. Buenos Aires.

HILL COLLINS, PATRICIA

2012 Rasgos distintivos del pensamiento feminista negro, en *Feminismos negros. Antología*, Mercedes Jabardo (ed.). Traficantes de Sueños. Madrid.

HOOKS, BELL

2004 Mujeres Negras: Dar forma a la teoría feminista, en *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Traficantes de Sueños. Madrid.

HUNTER DODSWORTH, SIAN

2020 *Prácticas culturales, memoria e identidad colectivas: El caso de Acapatzingo*, tesis de Tesis de Maestría en Antropología Social. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. México.

IBARRA, HERNÁN

2007 Los estudios sobre la historia de la clase trabajadora en el Ecuador. *Ecuador Debate*, 72.

INGOLD, TIM

2016 Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía. *Etnografías Contemporáneas*, 2 (2)

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA DE BOLIVIA

2012 Clasificación de Actividades Económicas de Bolivia (CAEB-2011). INE. La Paz, Bolivia.

JABARDO, MERCEDES

2012 Introducción. Construyendo puentes en diálogos con/desde el feminismo negro, en *Feminismos negros. Antología*. Traficantes de Sueños. Madrid.

JACOBI, JOHANNA, LUIS LOHSE y JOACHIM MILZ

2018 El cultivo de la hoja de coca en sistemas agroforestales dinámicos en los Yungas de La Paz. *Acta Nova* N° 4, 8: 604–630.

JAMES, SELMA y MARIAROSA DALLA COSTA

1979 *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*. 3a ed. Siglo XXI Editores. Mexico.

KUMARAN, GANESH BABU y SAÚL MARTÍNEZ GONZÁLEZ

2008 Evolución reciente de la industria de cemento: un estudio comparativo entre México y la India. *PORTES, revista mexicana de estudios sobre la Cuenca del Pacífico*, 2 (3),

LANDA CASAZOLA, FERNADO y SUSANA LIZÁRRAGA

2007 Evaluación del Impacto del PLANE III: Un Programa que Permitió Adquirir Experiencia Laboral a los Obreros. *Revista de Análisis Económico*, 22: 109–142.

LAZAR, SIAN

2008 *El Alto, Rebel City: Self and Citizenship in Andean Bolivia*. Duke University Press Books. Durham.

LEHM, ZULEMA y SILVIA RIVERA CUSICANQUI

1988 *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*. THOA. La Paz, Bolivia.

LEITE LOPES, JOSÉ S

2011 *El vapor del diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*. Antropofagia. Buenos Aires.

LEÓN, SAMUEL

1976 La burocracia sindical mexicana. *Revista Trimestre Político*: 48–59.

LINS RIBEIRO, GUSTAVO

2006 *El capital de la esperanza. La experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasilia*. Antropofagia. Buenos Aires.

LORDE, AUDRE

2003 *La hermana, la extranjera*. Horas y horas. Madrid.

LUGONES, MARÍA

2008 Colonialidad y género. *Tabula Rasa* (09): 73–101.

MAREGA, MAGALI

2012 “Las manos de la obra” *Proceso productivo, organización del trabajo y experiencia de los obreros de la construcción en Rosario, Argentina.*, tesis de Tesis para obtener la Licenciatura en Antropología. Universidad Nacional de Rosario. Rosario.

MAREGA, MAGALI y GRETTEL PHILLIP

2013 Relación migración-trabajo en la industria de la construcción. Una perspectiva etnográfica desde las experiencias de los trabajadores migrantes, Córdoba.

MAREGA, MAGALI y CRISTINA VERA VEGA

2020 ¡La vida es de quien la sostiene, la cuida y la trabaja! *Ichan Tecolotl*.

MARX, KARL

2008a *El capital. Crítica de la economía política*, vol. 2 Libro primero. El proceso de producción de capital. Siglo XXI Editores (Los clásicos)(2). Ciudad de México.

2008b *El capital. Crítica de la economía política*, vol. 1 Libro primero. El proceso de producción de capital. Siglo XXI Editores (Los clásicos)(1). Ciudad de México.

MASSEY, DOREEN

1994 *Space, Place and Gender*. University of Minnesota Press. Minnesota.

MASSOLO, ALEJANDRA

1992 *Mujeres y ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*. El Colegio de México. DF, México.

1998 Testimonio autobiográfico femenino: un camino de conocimiento de las mujeres y los movimientos urbanos en México, en Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales, Vol. 2, 1998, ISBN 84-7658-537-3, págs. 9-26, presentado en Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales. Anthropos: 9–26.

MELGOZA VALDIVIA, JAVIER

1990 Tras la huella de la subjetividad obrera. Algunas reflexiones desde la sociología del trabajo. *Sociológica*, 5 (14 (SEP-DIC)): 171–187.

MENDOZA, BRENY

2010 La epistemología del sur, la colonialidad del género y el feminismo latinoamericano., en *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*. En la Frontera. Buenos Aires.

MENÉNDEZ, EDUARDO

2010 *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*. Prohistoria Ediciones. Rosario, Argentina.

MERCHAND, MARCO

2017 Estado, vivienda de interés social e inmobiliarias en México. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 10: 6–21.

MOGROVEJO, RODRIGO y JOEL MENDIZÁBAL

2016 *Perfil Sociodemográfico y Económico de los Trabajadores del Sector de la Construcción en Bolivia. Énfasis en la Cobertura de Seguridad Social*. OIT, Oficina de la OIT para los Países Andinos. La Paz, Bolivia.

MORENO FIGUEROA, MÓNICA

2013a Displaced Looks: The Lived Experience of Beauty and Racism. *Feminist Theory*, 14 (2), 1 de agosto: 137–151.

2013b Mestizaje, cotidianeidad y las prácticas contemporáneas del racismo en México, en *Mestizaje, diferencia y nación: Lo “negro” en América Central y el Caribe*, Elisabeth Cunin (ed.). Centro de estudios mexicanos y centroamericanos (Africanías). Mexico: 129–170.

MÜLLER, JULIANE

2017 Place-Based (In)formalization: A Bolivian Marketplace for Consumer Electronics and Global Brands. *Latin American Research Review*, 52: 393–404.

2020 Rebuilt indigeneity: Architectural Transformations en El Alto. *Roadsides*, 4: 8–14.

MURAYAMA, M. GUADALUPE

2002 *El trabajo obrero en la industria constructora y la incorporación de las mujeres (México, 1960-2000)*, tesis de Licenciatura en Antropología Social. Escuela Nacional de Antropología e Historia. Ciudad de México.

NASH, JUNE

2008 *Comemos a las minas y las minas nos comen a nosotros. dependencia y explotación en las minas de estaño bolivianas*. Antropofagia. Buenos Aires.

NOVELO, VICTORIA

1980 La vida obrera, un nuevo campo para la etnología. *Cuicuilco*.

1999 *Historia y cultura obrera*. Instituto Mora/CIESAS. Mexico.

NOVELO, VICTORIA y JUAN LUIS SARIEGO RODRIGUEZ

1981 Algunas cuestiones de método para el estudio de la clase obrera en México, en *Memorias del Encuentro sobre historia del movimiento obrero*. UAP. Puebla.

OYEWUMI, OYERONKE

1997 *The Invention of Women. Making an African Sense of Western Gender Discourses*. University of Minnesota Press. Minneapolis.

PALENZUELA, PABLO

1995 Las culturas del trabajo: Una aproximación antropológica. *Sociología del trabajo*, 24.

PALERM, ÁNGEL

2008 *Antropología y Marxismo*. UAM, CIESAS, Universidad Iberoamericana. México.

PALERMO, HERNÁN y LORENA CAPOGROSSI (eds.)

2020 *Tratado Latinoamericano de Antropología del Trabajo*. CLACSO. Buenos Aires.

PALERMO, HERNÁN M. y JULIA SOUL

2015 Dos caras de la misma moneda: cooperación y competencia. Un análisis crítico en búsqueda de continuidades y discontinuidades en las estrategias empresarias. *Trabajo y Sociedad* (25): 247–263.

PÉREZ OROZCO, AMAIA

2014 *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños. Madrid.

PHILIPP, GRETEL

2021a *Procesos de trabajo y de salud enfermedad en trabajadores de la industria de la construcción rosarina*, tesis de Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de Rosario. Rosario.

2021b “El trabajo de la carpintería siempre es malo para la salud”: Antecedentes y aportes antropológicos al estudio de los procesos de salud-enfermedad de los trabajadores de la construcción. *Revista de la Escuela de Antropología*, 29, 5 de octubre.

QUIJANO, ANIBAL

2007 Colonialidad del poder y clasificación social, en *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Ilesco-Pensar-Siglo del Hombre Editores. Bogotá: 93–126.

QUIJANO, ANIBAL y IMMANUEL WALLERSTEIN

1992 La Americanidad Como Concepto, o América En El Moderno Sistema Mundial. *Revista Internacional de Ciencias Social N° 134, UNESCO*.

QUIROGA DÍAZ, NATALIA y VERÓNICA GAGO

2014 Lo común en femenino. Cuerpo y poder ante la expropiación de las economías para la vida. *Economía y Sociedad*, 19: 1–18.

RAMOS SALAZAR, SANDRA

2016 Conflictos de género y cultura política en las “Bartolinas” de La Paz. *T`inkazos*, 39: 93–111.

RAVELO BLANCAS, PATRICIA y SERGIO SÁNCHEZ

1997 Las mujeres en los sindicatos en México Los dilemas del género y la clase. *Espiral*, 7: 139–162.

RED HÁBITAT (ed.)

2012a Diagnóstico Socioeconómico de la Mujer Constructora de La Paz. Red Hábitat, La Paz.

2012b *Microempresas de mujeres constructoras del hábitat. Sistematización del proyecto*. La Paz.

2014 *Mujeres constructoras del hábitat. Derechos y emprendimientos en la ciudad. Sistematización del Proyecto “Fortalecimiento y Empoderamiento de las Organizaciones Económicas de Mujeres Constructoras del Hábitat*. Red Hábitat, La Paz.

RENDÓN, TERESA

2001 La división del trabajo por sexo en el mundo. *Investigación Económica*, 61 (238): 157–202.

RESTREPO, ALEJANDRA

2012 La genealogía como método de investigación feminista, en *Lecturas críticas en investigación feminista*. CEIICH UNAM. México, D.F.

REYES-DÍAZ, ITANDEHUI

2018 Cuerpos-territorios despojados: Escenarios de la violencia feminicida y desaparición en Ecatepec, Nororiente del Valle de México. *Bajo el volcán*, 27.

RIVERA CUSICANQUI, SILVIA

1996 *Ser mujer indígena, chola o birlocha en la Bolivia postcolonial de los años 90*. Subsecretaría de Asuntos de Género. La Paz, Bolivia.

2002 *Bircholas: trabajo de mujeres, explotación capitalista o opresión colonial entre las migrantes aymaras de La Paz y El Alto*. Mamahuaco. La Paz, Bolivia.

2010 *Violencia (re) encubiertas en Bolivia*. La mirada salvaje. La Paz, Bolivia.

2015 *Sociología de la imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina*. Tinta Limón. Buenos Aires.

2018 *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón. Buenos Aires.

RODAS, CARLA

2013 *De la llama libre a la llama cercada: cambios en la construcción territorial de Curahuara de Carangas (Prov. de Sajama, Dpto. Oruro, Bolivia, 2007-2013)*, tesis de Tesis para obtener el Título de Maestría en Estudios Socioambientales. FLACSO Ecuador. Quito.

RODRIGUEZ, GLORIA, MARY AFRANCCHINO, PATRICIA ANDREU, *et al.*

2005 ¿Por qué una Antropología del Trabajo? Aportes para la discusión de su pertinencia disciplinar, en I Congreso Latinoamericano de Antropología, Universidad Nacional de Rosario. Rosario, Argentina.

RODRÍGUEZ, MANUELA y YANINA MENNELLI

2019 Introducción: La corporalidad en cuestión. Alcances teóricos, metodológicos y políticos de los estudios socioantropológicos actuales. *Claroscuro*, 0 (17), 11 de abril.

RUBIN, GAYLE

1986 El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo. *Revista Nueva Antropología*, 30: 95–145.

SALTZMANN, LUCRECIA

2021 *La cooperativa desde la perspectiva de género: Trayectorias y sentidos en torno al trabajo en una experiencia de autogestión de la ciudad de Rosario*, tesis de Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de Rosario. Rosario.

SÁNCHEZ, GUILLERMO

2014 Aguas “maistros”. Mujeres albañiles. *Periódico Mi ambiente*, 8 de diciembre.

SANJINÉS, ESTEBAN

2005 *Ayllu Jila Taypi Uta Collana Sistemas de tenencia de la tierra, una visión desde la norma*. Fundación Tierra. La Paz, Bolivia.

SARIEGO RODRIGUEZ, JUAN LUIS

1988a *Enclaves y minerales en el norte de México, historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita*. CIESAS (Ediciones de la casa chata). México.

1988b Antropología y clase obrera. Reflexiones sobre el tema a partir de la experiencia de la Antropología social mexicana. *Cuadernos De antropología Social*, 2.

SCOTT, JOAN

2001 Experiencia. *La ventana*, 13: 42–73.

2013 El género: una categoría útil para el análisis histórico, en *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, Marta Lamas. PUEG, UNAM. Ciudad de México.

SEGATO, RITA

2007 *La Nación y sus otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Prometeo. Buenos Aires.

2010a *Las estructuras elementales de la violencia*. Prometeo. Buenos Aires.

2010b Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje. *Crítica y Emancipación*, Nº 3: 11–44

2015 *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*. Prometeo. Buenos Aires.

2016 *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños. Madrid.

SIMBÜRGER, ELISABETH

2020 Escribir el desastre. Del jabón al cajón, del aula virtual intubada al fracaso feliz. *Revista Latinoamericana del Colegio Internacional de Filosofía*, 7.

SOUL, JULIA

2006 *Transformaciones de las estrategias sindicales en contextos de Reconversión Productiva. Un estudio de caso en la Industria Siderúrgica*. CLACSO. Buenos Aires.

2011 Problematizando los espacios de trabajo y la cotidianeidad laboral. Aportes socioantropológicos para los estudios de la clase obrera, presentado en 11° Jornadas Rosarinas de Antropología Sociocultural. Rosario.

2015 *Somiseros. La configuración y el devenir de un grupo obrero desde una perspectiva antropológica*. 1º. Prohistoria Ediciones (Colección Biblioteca de Antropología)(3). Rosario, Argentina.

2020 Las prácticas sindicales en los procesos de reorganización de la clase trabajadora. Indagaciones sobre los trabajadores siderúrgicos desde la antropología del trabajo, en *Tratado Latinoamericano de Antropología del Trabajo*. CLACSO. Buenos Aires.

SPEDDING, ALISON

1994 *Wachu Wachu. Cultivo de coca e identidad en los Yunkas de La Paz*. HISBOL- COCAYAPU - CIPCA. La Paz, Bolivia.

2015 *Catre de fierro*. Plural Editores. La Paz, Bolivia.

STOESSEL, SOLEDAD

2017 *Estado y representación política durante el ciclo postneoliberal: el vínculo entre poder gubernamental y transportistas en Argentina, Bolivia y Ecuador*, tesis de Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina.

STRATHERN, MARILYN

2000 *Accountability and ethnography*, en *Audit Cultures: Anthropological studies in accountability, ethics and the academy*. Routledge. London and New York: 279–304.

TALLER DE HISTORIA ORAL ANDINA

1986 *Los constructores de la ciudad*. Sindicato de constructores y THOA. La Paz, Bolivia.

TAPIA, LUIS

2002 *La producción del conocimiento local: historia y política en la obra de René Zavaleta*. CIDES-UMSA, Posgrado en Ciencias del Desarrollo Muela del Diablo Editores. La Paz, Bolivia.

TASSI, NICO, CARMEN MEDEIROS y GIOVANA FERRUFINO

2013 *Hacer plata sin plata. El desborde de los comerciantes populares en Bolivia*. PIEB. La Paz, Bolivia.

THOMPSON, EDWARD P.

1984 *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. 2º. Crítica. Barcelona.

2007 *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica. Barcelona.

TORRES MEJÍA, PATRICIA

2011 Presentación al libro *El Vapor del Diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*. *Theomai*, 24: 166–177.

TZUL TZUL, GLADYS

2018 *Sistemas de gobierno comunal indígena: la organización de la reproducción de la vida*, en *Epistemologías del Sur*. CLACSO. Buenos Aires: 385–396.

VALENZUELA, CRISTINA

2020 *Pide CMIC continuar con el programa Mujeres en la Construcción*. *El Sol de Toluca*.

VARELA, PAULA

2020 *La reproducción social en disputa: un debate entre autonomistas y marxistas*. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, N° 16: 71–92.

VARGAS, PATRICIA

2005 *Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra: identidades étnico-nacionales entre los trabajadores de la construcción*. Antropofagia. Buenos Aires.

VASALLO, BRIGITTE

2020 *Pensamiento monógamo, terror poliamoroso*. Hacerse de palabras. México.

VEGA SOLÍS, CRISTINA y ENCARNACIÓN GUTIÉRREZ

2014 Nuevas aproximaciones a la organización social del cuidado. Debates latinoamericanos, Presentación del Dossier. *Revista Íconos*: 9–26.

VEGA SOLÍS, CRISTINA, MAGALI MAREGA y LUCRECIA SALTZMANN

2019 Protagonismo femenino y construcción de la ocupación. La apropiación del espacio urbano por parte de las vendedoras minoristas en la Martha Bucaram (Quito, Ecuador), en *Trabajos y trabajadores en América Latina (siglos XVI-XXI)*, Rosana Barragán (ed.). Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, Centro de Investigaciones Sociales (CIS). La Paz, Bolivia: 537–574.

VEGA SOLÍS, CRISTINA, RAQUEL MARTÍNEZ BUJÁN y MIRIAM PAREDES CHAUCA

2018 *Cuidado, comunidad y común. Extracciones, apropiaciones y sostenimientos de la vida*. Traficantes de Sueños. Madrid.

VERA VEGA, CRISTINA

2019 *Hijas Del Viento (Wayra Apamushkas): Historia de Vida de Mujeres Entregadas de Niñas Para El Trabajo Del Hogar En Los Andes Ecuatorianos*. Antropofagia. Buenos Aires.

2021 Trabajo, género y servidumbre. La entrega de niñas indígenas para el trabajo del hogar en Cotacachi, Ecuador, presentado en Géneros y Trabajo. Presentación del libro Tratado Latinoamericano de Antropología del Trabajo. 28 de junio. CLACSO.

VIEZZER, MOEMA

1977 *Si me permiten hablar. Testimonio de Domitila*. Fondo de Cultura Económica. México, D.F.

VITALI, SOFÍA

2018 *Particularidades regionales en el campo de la economía social. Análisis sobre la relación entre la acción estatal y la producción de sentidos y prácticas de los beneficiarios de programas municipales en la ciudad de Rosario*, tesis de Tesis de Doctorado en Humanidades y Artes con mención en Antropología. Universidad Nacional de Rosario. Rosario.

VIVEROS VIGOYA, MARA

2016 La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate feminista* (52): 1–17.

VOGELMANN, VERÓNICA

2006 *Procesos de Trabajo y Construcción de Subjetividad. La experiencia de los trabajadores de la carne en el Gran Rosario*, tesis de Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de Rosario. Rosario, Argentina.

WALLACE, SANTIAGO

1994 El proceso de trabajo cervecero. Una mirada desde los riesgos, en *Estudios inconformistas sobre la clase obrera argentina (1955-1989)*, Patricia Berrotarán y Pablo Pozzi (eds.). Ediciones Letra Buena. Buenos Aires.

WANDERLEY, FERNANDA

2011 *El cuidado como derecho social, Situaciones y desafíos del bienestar social en Bolivia*. Oficina Internacional del Trabajo. Santiago, Chile.

2015 *La economía solidaria en la economía plural. Discursos, prácticas y resultados en Bolivia*. HEGOA-CIDES. La Paz, Bolivia.

2018 Bolivia: Los avances sociales y laborales en el período del boom económico y los desafíos con el fin de la bonanza. IISEC-UCB.

2019 ¿Qué es trabajo? Las fronteras conceptuales entre trabajo y no trabajo, en *Trabajo y trabajadores en América Latina (Siglos XVI-XXI)*. Vicepresidencia de Bolivia y CIS. La Paz.

XELHUANTZI LÓPEZ, MARÍA

2006 El sindicalismo mexicano contemporáneo, en *Los sindicatos en la encrucijada del siglo XXI*, Inés González Nicolás (ed.). Fundación Friedrich Ebert. México.

YOUNG, IRIS

1992 Marxismo y feminismo, más allá del “matrimonio infeliz” (una crítica al sistema dual). *El cielo por asalto*, N° 4: 43–69.

ZAMORANO VILLARREAL, CLAUDIA

2007 Vivienda y familia en medios urbanos. ¿Un contenedor y su contenido? *Sociológica*, 65: 159–187.

ZAVALA CAUDILLO, AURORA

2011 Espacio disidente o territorio construido. *Revista “Trabajo Social” de la Universidad Nacional de Colombia*, 13.

ZIRIÓN PÉREZ, ANTONIO

2013 *La construcción de habitar. Transformación del espacio y cultura albañil en la ciudad de México a principios del siglo XXI*. UAM Iztapalapa. México.